

HARMONY



Paco de la Nuez

HARMONY

Para Ángeles

Contenido

[El Diario de Paul Sander](#)

[Kate](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

[Anexo](#)

El Diario de Paul Sander

Diario de Paul Sander.

Nueva York.

11 de Septiembre de 2.036.

Hola Kate.

Bruce McKellen quiso verme un viernes de principios de junio, a última hora de la tarde. Recuerdo que mientras me dirigía a su despacho, pensé en los rumores que llevaban semanas incendiando la redacción: recortes, despidos, el cierre inminente de varias corresponsalías... A pesar de mis denodados esfuerzos por pasar desapercibido, aquella llamada, al filo del fin de semana, constituía todo un indicativo. Me había llegado la hora.

Bruce pondría en marcha el plan *Allen & Wyman* sin tener en cuenta las consecuencias. Lo haría a pesar de las movilizaciones y sin escuchar a los sindicatos. Al fin y al cabo, uno no se deja una fortuna en las mejores consultoras financieras de la costa este para, como decía Bill, al final no hacer ni puto caso. Mientras me ajustaba, temeroso, el nudo de la corbata frente al espejo en el baño de caballeros, tuve la certeza de que mi nombre estaría entre los prescindibles. Angustiado, dejé correr un buen rato el agua del lavamanos mientras me preparaba para lo peor.

McKellen lo expresaría con la gracia que ambos sabemos le caracteriza:

—Paul, tu sección arroja demasiadas pérdidas. No te ofendas, pero los anunciantes no se llevan bien con los agujeros negros.

Nunca, Kate, he entendido la obsesión que tiene la gente con los agujeros negros... Bill y yo hemos publicado cientos de artículos sobre una gran diversidad de temas pero creo que la idea de que ahí fuera existan monstruos invisibles, a la deriva, capaces de engullirlo todo, produce mucho morbo. Personalmente, he llegado a la conclusión de que todas las obsesiones con agujeros resultan perturbadoras y que este espinoso asunto tiene, sin duda, un marcado trasfondo freudiano. Ya sé que si estuvieras aquí me dirías que tú de esto no sabes nada, que lo tuyo son los agujeros financieros...

Durante la interminable espera frente al ascensor, me encontré con el imbécil de Arthur Cunningham que, como siempre, empezó a hablar de lo que no sabe.

—¿Has visto la rueda de prensa?... Si yo fuera el presidente Wilkinson, daría un golpe sobre la mesa y suspendería ese condenado tratado de libre comercio con los chinos.

—Créeme Arthur, América se conforma con que tan sólo seas el

redactor de deportes del New York Times. Un periódico con solera, aunque últimamente menguante.

—¿A qué planta vas? —Preguntó Arthur molesto.

—Última. —Respondí incómodo.

Arthur pulsó el botón con una sonrisita.

—¿Va todo bien Paul? —Quiso saber, mostrando el rostro impertinente que delata a los cotillas.

—Perfectamente Arthur. Todo va perfectamente. —Dije con cinismo.

Mi buen amigo Bill, dice que la planta más alta del edificio del New York Times en el centro de Manhattan, es como el planeta *Korriban*, el hogar de los más oscuros Señores del Sith y según la *Star Wars Wiki*: “una fuente inagotable para el mal cuyo único propósito consiste en sembrar la amenaza en la galaxia a través de los milenios”. La verdad es que, mientras el ascensor me catapultaba hacia el piso cincuenta y dos, no pude pensar en un apelativo más adecuado para mi destino.

Korriban... Korriban...

Debo decirte Kate, que Bill y yo tenemos muchas cosas en común. Aparte de trabajar juntos, ambos estudiamos en la NYU y allí tuvimos la idea de fundar nuestra particular hermandad de bohemios e inadaptados. El *Merry Ent Club* se convirtió en sinónimo de tardes lluviosas vividas alrededor de un sinfín de viejas películas, videojuegos y no pocos tableros de rol. Creo que, aún hoy en día, sería capaz de recordar gran parte de las aventuras que transcurrieron bajo la tenue luz del quinqué o la temblorosa llama del candelabro con el que Bethany Doherty se obstinaba cada vez que decidíamos jugar una partida.

—La ambientación lo es todo. —Decía.

Yo me limitaba a asentir mientras observaba fascinado su larga melena azabache salpicada por una miríada de finas mechas azules.

El *Merry Ent* tenía sus propias normas, y, por supuesto, todo *Entie* que se preciara, tenía que haber leído *El Señor de los Anillos*, una cantidad absurda de veces. Nunca confiamos en nadie al que no le gustase *Led Zeppelin*, y *Expediente X* nos enseñó a sospechar siempre de todo lo que digan los federales. No espero que lo entiendas, Kate, pero ya por entonces, nuestra idea de una noche de sábado perfecta consistía en una pizza de Lombardi's acompañada de un buen montón de series y películas de ciencia ficción. Los domingos pasaban volando, enfrascados en nuestra lucha por

Sigmar, a las órdenes del emperador Karl Franz. A veces, salíamos a intercambiar cómics de *Batman* con desconocidos en los mercadillos del Soho, y hasta hubo una época en la que nos encantaba organizar grupos de discusión en internet sobre los grandes clásicos: *UVE... La Fuga de Logan... Galáctica...*

Luego está lo que yo llamo nuestro *lado oscuro*, que es precisamente aquel por el cual se nos conoce habitualmente en la redacción. Artículos premiados sobre el Bosón de Higgs, Las Ondas Gravitacionales... Nuestro trabajo sobre los espectaculares avances en la Teoría de Cuerdas... Bill y yo revelamos al gran público, los arcanos de la Nanotecnología Biológica, una disciplina prácticamente desconocida, pero que probablemente terminará convirtiendo a las futuras generaciones en robots. Nuestros reportajes sobre el Súper Volcán del Parque Yellowstone, el cambio climático y los últimos avances en computación cuántica, han sido todos acogidos con gran éxito en el ámbito de la prensa especializada.

Lo cierto es que Bill Walsh y yo estamos a la vanguardia de la divulgación científica en este país, tanto si le parece rentable a Bruce McKellen, como si no.

Ahora puedo verte enarcando las cejas, pensando en todo esto que te cuento. Soy consciente de que los problemas de nuestra pequeña sección, deben parecer ridículos comparados con los formidables retos que debes afrontar tú en el intrincado marasmo de Wall Street. Entiendo que no generamos suficientes ingresos pero, al mismo tiempo, si el New York Times dejara de meter sus narices en lo que ocurre con el Bosón de Higgs... ¿Quién demonios lo iba a hacer...?

El ascensor paró suavemente en la planta de dirección, donde la secretaria de Bruce, la Señorita Rose Nightingale, que debe estar ya próxima a su momificación, me pidió con una sonrisa que esperara a ser atendido. Me senté en la antesala, a ojear uno de nuestros magazines. A mitad de un artículo sobre la tos y el jubilado medio americano, Rose me obsequió con una humeante taza de té que no recordaba haber pedido, y me indicó amablemente que podía pasar.

Mi entrada en escena no pudo causar peor impresión. Demasiado bajo, demasiados kilos, el pelo largo, barba negra y descuidada. Ataviado con chaqueta de pana marrón y camisa blanca, ancha, sin planchar. Complementaba mi aspecto una de esas infames corbatas que parecen salidas de un capítulo de *Starsky y Hutch*, excesiva para la ocasión. Comencé a

balancearme, nervioso, sujetando con cuidado la maldita taza de té.

Bruce McKellen se acercó sonriendo, y me invitó a ocupar la cabecera de una mesa que tenía el tamaño aproximado de un crucero imperial, con micrófonos delante de cada asiento. En el otro extremo, había dos personas más. Alistair Van Wyck, director de relaciones internacionales y Amanda Carlson, una de nuestras mayores accionistas. Bruce se sentó y apretó un botón. Los altavoces de la sala rugieron:

—HOLA PAUL ¿COMO ESTÁS?

Miré atolondrado a la taza de té y luego al micrófono, sin saber muy bien qué hacer. Recuerdo que me sentía tremendamente estúpido. Amanda debió percatarse porque inmediatamente escuché su áspera voz:

—PARA HABLAR, PUEDE USTED APRETAR EL BOTÓN VERDE SR. SANDER.

—Claro... Perdón. ESTOY BIEN. GRACIAS.

—NOS ALEGRAMOS MUCHO PAUL. —Respondió Bruce.

—TENEMOS ALGO IMPORTANTE SOBRE LO QUE HABLAR. —
Añadió Alistair.

En ese momento, me puse muy derecho en mi asiento, la expresión enmarcada en un contumaz gesto de desprecio. Afrontaría aquello con dignidad.

—LES ESCUCHO CON ATENCIÓN —Dije en un tono excesivamente alto.

—PUEDES HABLAR CON NORMALIDAD, PAUL...

—Perdón. —Balbuceé, esta vez demasiado bajo, mientras jugaba nerviosamente con la cucharilla y la inesperada taza de té.

Bruce volvió a sonreír mientras echaba un vistazo a su reloj de treinta mil dólares. Acabábamos de empezar, y se notaba que el Presidente Ejecutivo del New York Times tenía prisa. Amanda, se dio cuenta rápidamente del gesto, así que fue directamente al grano.

—¿TE GUSTARÍA IR AL ESPACIO PAUL?

Y con esta pregunta, empezó todo.

Diario de Paul Sander.

Wilginton. Vermont.

13 de Septiembre de 2.036.

Hola Kate.

Los días posteriores a la reunión en el piso cincuenta y dos fueron bastante extraños. Iba a todos lados envuelto en una especie de nube, una mezcla de aturdimiento, excitación, temor y, sobre todo, incertidumbre. Me despedí de Bill y dejé de ir al periódico para ser internado en una pequeña casa de campo a las afueras de Wilginton, Vermont. Allí pasé tres semanas, rodeado de expertos y sometido a una miríada de tests psicológicos.

—No querrá que mandemos a un loco allí arriba. ¿Verdad? —Me dijo el director del programa de psicología de la Universidad de Stanford.

La rutina era agotadora. ¿Se considera usted una persona animada? ¿Paciente? ¿Abierta? ¿Controvertida? ¿Violenta? ¿Ha tomado alguna vez sustancias con componentes psicotrópicos? En caso afirmativo, por favor indique cuál o cuáles. ¿Toma con frecuencia bebidas alcohólicas de alta graduación? ¿Ha incumplido usted alguna vez su palabra? ¿Piensa que los demás le critican? ¿Se considera usted feliz? ¿Es usted una persona promiscua?

—Promiscua... ¡Santo Dios! ¿Qué se supone que debo responder? — Exclamé estupefacto.

El equipo de psicólogos desplegaba entonces su ronda habitual de sonrisas y miradas de complicidad. Luego, continuaban machacando.

—¿Ha sentido alguna vez pulsiones de carácter homosexual?

—...

Sólo al final del día, me dejaban tranquilo. Me gustaba salir un rato a tomar el aire. Reconozco, Kate, que era durante estos cortos paseos, con las luces de la casa comenzando a iluminar tenuemente la vegetación que la rodeaba, cuando las dudas me asaltaban con más fuerza. ¿He hecho bien al aceptar esta propuesta? ¿Qué pasa si algo sale mal? Me vinieron a la cabeza las imágenes del transbordador espacial Challenger, explotando en directo ante los cuarenta millones de americanos que contemplaban, en aquel momento, el despegue frente a sus televisores. Corría el año mil novecientos ochenta y seis. Se me encogió el estómago y me entraron ganas de vomitar.

Por otro lado, si tenía un día bueno, mi mente era capaz de apreciar la oportunidad que se me había brindado.

¡Se trata de un trabajo único en la historia del periodismo!

¿Cómo voy a rechazarlo?

Al igual que hace el miedo, la gloria susurra, astuta, al oído.

—¡A ti llego mi dulce campeón! ¡A través de las hojas de los arces!
¡Quebrando las ramas de las hayas! ¡No temas más! ¡Paul Sander! ¡A ti llego!

A mi regreso, todos me mirarán con otros ojos. A mi regreso, Kate, tú me mirarás con otros ojos.

La primera fase del “periodo de entrenamiento y aclimatación” concluyó a finales de julio. Abandoné Vermont una tarde gris y desapacible, en el preludio de una tormenta de verano. Florida aguardaba.

Cabo Cañaveral me pareció un lugar desagradable, preñado de máquinas ávidas de librar la batalla contra los estragos de mi proverbial sedentarismo. Intentaban convertirme en algo mínimamente aceptable que enviar al espacio. Me hicieron saber, de mil maneras, que el sobrepeso no se lleva bien con las estrellas. Yo argumentaba que en tan pocas semanas, no iba a salir de allí convertido en Conan el Bárbaro, pero, para mi desgracia, ellos nunca cejaron en su absurdo empeño.

—No querrá que mandemos a un maldito gordo allí arriba. ¿Verdad? —
Me dijo el sargento instructor de la base de las fuerzas aéreas en Little Rock.

No hay arces ni hayas en la costa Florida, Kate.

Demasiado calor, demasiada humedad...

Nada de susurros a través de los manglares.

La gloria, se quedó en el norte, ahogada en el preludio de una tormenta.

Subiría al espacio muerto de miedo.

Publicado en el New York Times.

15 de Septiembre de 2.036

EL NEW YORK TIMES EN LA ESTACIÓN ESPACIAL INTERNACIONAL

Por **KATE BRENNAN**. SEPT, 15,2036

El New York Times será el primer medio de comunicación de la historia en tener un corresponsal en la Estación Espacial Internacional Harmony. Paul Sander, responsable de la Sección de Ciencia del periódico, convivirá durante cuatro meses con los astronautas que desarrollan su trabajo en la obra de ingeniería más importante jamás construida por la humanidad. Esto ha sido posible gracias al acuerdo firmado por nuestro Presidente Ejecutivo, Bruce McKellen y el alto comisionado de la División Aeroespacial de las Naciones Unidas (DANU), John Philip Cruz.

Esta agencia de la ONU, fundada en 2.017 con el objetivo de aunar todos los esfuerzos de la humanidad en la conquista del espacio, fue la responsable de la exitosa puesta en marcha de la nueva Estación Espacial Internacional Harmony. A diferencia de su predecesora, la estación dispone de un avanzado módulo de rotación que simula la gravedad terrestre mediante el aprovechamiento de la fuerza centrípeta. En los casi cinco años de investigaciones llevadas a cabo por este ambicioso proyecto, se han producido importantes avances que serán decisivos en el próximo objetivo de la DANU: El planeta Marte.

Inaugurada en 2.031, Harmony no es solamente una estructura tecnológicamente asombrosa a 400 km de distancia en el espacio. Aparte de las actividades científicas que allí se desarrollan, la ONU ha puesto en muchas ocasiones a la estación como ejemplo de convivencia para los habitantes de la Tierra. Astronautas de numerosos países, a veces históricamente antagónicos, han compartido con éxito el mismo entorno en la estación en beneficio de un bien común que trasciende razas, ideologías y religiones. La estación ha sido por lo tanto, unánimemente considerada como el mejor ejemplo de lo que la humanidad puede llegar a conseguir cuando se impone el espíritu de colaboración entre las naciones.

El próximo 17 de Septiembre, despegará, con Paul Sander a bordo, y desde el Centro Kennedy en Cabo Cañaveral, el transbordador Reacher de la DANU, en misión de aprovisionamiento rumbo a Harmony. El trabajo de Paul consistirá en contarle a la humanidad, de primera mano, cómo es el día a

día de los científicos y astronautas que desarrollan su labor en el espacio. Para ello, el New York Times tiene previsto publicar una edición especial con cada crónica que Paul vaya haciendo llegar a esta redacción.

Actualmente están presentes en la Estación Espacial cinco grandes especialistas, todos ellos cuidadosamente escogidos por la DANU en base a sus sobresalientes cualidades, tanto profesionales, como físicas y psicológicas. Viktor Zaitsev, cosmonauta ruso, es el Responsable de Sistemas y el más veterano de todos. La joven y brillante Dana Lehner, experta en Física de la Agencia Espacial Europea. El Dr. Yun Wang es una reconocida eminencia en Biología Molecular de la Administración Espacial Nacional China. El Coronel David Dayan se ha constituido como uno de los más prestigiosos estudiosos de la Materia y la Energía Oscura en la Agencia Espacial Israelí y por último, el profesor Omar Aslan, Director del Programa Conjunto de Magnetismo y Micro Gravedad de la Universidad de Chicago e importante asesor de la NASA.

El pronóstico del tiempo previsto por el Servicio Meteorológico Nacional para el 17 de Septiembre es de cielos despejados para todo el sur de Florida.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

18 de Septiembre de 2.036.

Hola Kate.

Nadie debería viajar nunca, ni si quiera una vez, en un transbordador espacial. La sensación de pánico, mezclada con el subidón de adrenalina que produce estar encima de más de dos mil toneladas de hierro y combustible; subiendo, subiendo, con todo ese ruido... es algo... difícil de describir. Tan solo baste decir que nunca había pasado tanto miedo en toda mi vida.

A primera hora de la mañana del 17 de septiembre, y con un día perfecto para dar un paseo por el universo, salimos del Edificio de Operaciones en dirección a la rampa de lanzamiento. Pronto alcanzamos lo que los técnicos llaman la "habitación blanca" donde el equipo de tierra nos ayudó a ponernos los paracaídas y Pantalones Anti-G antes de guiarnos a nuestros asientos.

Oficialmente, la misión, comandada por Thomas Anderson un veterano astronauta tejano de la DANU, tenía como objetivo llevar a cabo con éxito el aprovisionamiento regular de la Estación Espacial Internacional *Harmony*. Un viaje relativamente corto, rutinario, realizado ya en numerosas ocasiones. A su lado, Morgan Lawrence, un joven y prometedor copiloto afroamericano formado por la NASA pero que, como yo, visitaba la estación por primera vez.

Tan sólo puedo imaginar la cara de Anderson cuando le comunicaron que, además de tener que preocuparse por un compañero novato, en esta ocasión, tendría que hacerle un hueco a un periodista del New York Times... Supongo, que la misma que hubiese puesto yo si hubiera llegado a la redacción un cabrero de Azerbaiyán...

Cuando estuvimos los tres ya acomodados, el personal de apoyo retiró la escotilla y evacuó la zona. Anderson y Morgan no paraban de contar anécdotas mientras hacían todo tipo de comprobaciones. En lo que a mí respecta Kate, debo confesarte que estaba demasiado asustado como para seguirles el juego.

Me gustaría decirte que abandoné el planeta Tierra tranquilo y confiado pero lo cierto es que no fue así. Teniendo en cuenta que el punto más alejado de Brooklyn en el que he estado es el pico Black Mountain en Kentucky, creo que entenderás mi desazón al salir disparado a 5.000 km por hora rumbo al espacio. No soy un tipo especialmente religioso, Kate. Me limito a seguir los principios de la Orden Jedi y a Martin Scorsese pero durante los primeros

momentos del viaje, te confieso que no me faltó Dios al que rezar.

Dos minutos después del despegue y estando a unos 45 km de altura, se separaron los SRB que es como se llaman los gigantescos cohetes propulsores que nos ayudaron a vencer la fuerza de la gravedad y situaron al *Reacher* fuera de las capas densas de la atmósfera. En seguida se notó la diferencia. El transbordador espacial pasó a desplazarse con suavidad y mis nauseas parecieron disminuir, pero solo un poco.

Todo fue bien durante el trayecto a la estación y si hubo alguna incidencia, yo desde luego no me enteré. Estaba demasiado ocupado tratando de encogerme en mi asiento mientras combatía con mis intestinos. Es posible que te estés preguntando cómo es que no disfruté más intensamente de una experiencia que muy pocas personas han tenido el privilegio de vivir... Aún a riesgo de parecer un pusilánime, me he propuesto redactar para ti este diario con ánimo sincero, sin adornos.

Cuando me propuse escribirte sobre todo esto Kate, te aseguro que tuve la tentación de retratarme a mí mismo de manera mucho más heroica. El intrépido periodista que sin apenas preparación, se embarca en una épica misión espacial que le hará mundialmente famoso... Hubiese sido fácil describir para ti, a través de este diario, a ese personaje. Al fin y al cabo, en las películas, la guapa protagonista pelirroja de ojos verdes nunca se enamora del actor secundario; un tipo bajito y rechoncho, que moja los pantalones cuando decide abandonar el planeta. Está claro que no soy Han Solo, Kate. Será mejor que pienses en Danny de Vitto.

Por supuesto, nunca admitiré públicamente que viajé a las estrellas rezando a todos los dioses. Estaba en un transbordador espacial que se movía a 28.000 kilómetros por hora, rumbo hacia lo desconocido.

Que descanses Kate. Aquí en las estrellas, se te echa de menos.

Correo electrónico personal de Paul Sander.

Bandeja de entrada.

De:billwalsh@gmail.com

Enviado: 21/09/2036 23.14

Para:paulsander@gmail.com

Asunto: Ten cuidado

Hola Paul ¿Cómo estás? No han pasado aún una semana desde que te marchaste y algunos por aquí ya te echamos de menos. No hagas tonterías allí arriba y por favor, vuelve sano y salvo a la redacción. Recuerda lo que hablamos: Nada de paseos espaciales. Eres periodista, no Yuri Gagarin.

En el periódico estaban todos con un ataque de ansiedad esperando tu primera crónica desde la estación. Finalmente, llegó ayer y ahora te cuento las reacciones. Parece que tu viajecito se ha convertido en el acontecimiento periodístico más importante en el New York Times desde lo de las Torres Gemelas. Josh Spanoulis, ese griego mal nacido que tenemos como editor jefe, se ha convertido en un león embutido en una pecera. No pasaron quince minutos desde que supimos que habías llegado a *Harmony* y ya estaba preguntando por tu “maldito artículo”.

Fíjate si están nerviosos con todo el asunto, que han apartado a Kate Brennan de la Sección de Economía para ponerla al frente de todo este circo, lo cual le ha sentado fatal. La chica estaba investigando un caso relacionado con la presuntamente fraudulenta salida a bolsa en Wall Street de uno de los conglomerados industriales más importantes del sudeste asiático. Ahora ha tenido que dejarlo todo en manos del imbécil de Bryan Norris para ocuparse de ti.

No se lo tomes a mal, ya sabes que Kate es muy profesional en todo lo que hace pero a nadie le gusta que otro venga a aprovecharse de su trabajo.

Bueno, como te iba diciendo, tu primer artículo desde la estación llegó ayer, y luego se desataron todos los infiernos. Recibí una llamada de Bruce McKellen para una reunión en su despacho. Cuando llegué, Kate, Spanoulis y Amanda Carlson ya estaban allí.

Bruce nos facilitó una copia de lo que habías escrito. A mí me pareció un enfoque interesante pero enseguida se alzaron voces críticas que pusieron en peligro la publicación de tu trabajo. Spanoulis afirmó que tu visión no era la correcta, de acuerdo con su tesis, nuestros lectores esperan una

aproximación más científica y menos filosófica de toda esta experiencia.

Kate, con la determinación que la caracteriza, enseguida disintió, realzando precisamente el aspecto humano. Argumentó que tus palabras serían, y cito textualmente: “Como un aldabonazo en el corazón adormecido de América.” Pronto nos vimos inmersos en un acalorado debate editorial sobre si debíamos publicar una perspectiva tan personal o de lo contrario, desechar tu crónica y pedirte un enfoque mucho más aséptico y racional. Amanda mostró preocupación por tu estilo, haciendo hincapié en lo políticamente incorrectas que eran tus referencias a las Naciones Unidas. Teme que la DANU se mostrará incómoda con esto.

Spanoulis insistió afirmando con rotundidad que todos tienen ahora sus ojos puestos en el New York Times y que lo que el mundo entero espera del periódico es “la crónica de una historia épica, no las trasnochadas reflexiones de un periodista sensiblero.”

—La gente no quiere gloria. La gente quiere una buena historia y eso es lo que tenemos aquí. —Argumenté yo.

—Si publicamos esto, vamos a tener que dar unas cuantas explicaciones a nivel institucional. —Repitió preocupada Amanda.

Como resultaba obvio que la discusión no estaba llegando a ninguna parte, Bruce McKellen optó por zanjar de golpe la cuestión.

—Lo publicaremos tan pronto como podamos y no tocaremos ni una sola coma. Kate tiene razón. El lado humano es lo que importa.

¿Te lo puedes creer? Spanoulis y Amanda salieron de allí cabizbajos y derrotados. Querían vetar tu artículo descaradamente. Censurarlo. Estoy seguro de que con tal de servir a sus intereses, ¡serían capaces de inventárselo todo!

Te escribo este correo, Paul, sin ánimo de alarmarte.

Tan sólo quiero que estés prevenido.

FUERZA Y HONOR.

Bill

Crónica publicada en el New York Times.

23 de Septiembre de 2.036

RIPLEY

Por **PAUL SANDER**. SEPT, 23,2036

Harmony es como una gigantesca rueda de diligencia girando lenta y silenciosamente en el espacio. A medida que el transbordador de la DANU se aproxima al muelle para su acoplamiento, mi atención se fija sobre todo en los pequeños detalles: El familiar escudo de las Naciones Unidas en la cubierta, las luces rojas de posición, los engranajes de los brazos robóticos, los ventanucos distribuidos de forma regular a lo largo del imponente círculo exterior, la luz refractada en los enormes paneles solares desplegados para absorber la vital energía con la que aquí funciona todo...

La estación da la impresión de ser más grande vista desde fuera. Parece que la falta de espacio ha venido siendo una constante desde que en 1.957 la humanidad puso en órbita a la perrita Laika a bordo del Sputnik 2. La primera lección que aprende el recién llegado, es que en Harmony se debe ser siempre extremadamente ordenado. Lo que uses debe ser devuelto siempre a su sitio. Las habitaciones, las áreas comunes, los laboratorios, el gimnasio, incluso los pasillos, cuentan con gran cantidad de cajones y armarios minuciosamente etiquetados, así que, aquí, todo tiene su sitio.

Harmony está dividida por sectores bien señalizados siguiendo un código alfanumérico pero, a la postre, tan sesuda nomenclatura ha terminado convirtiéndose en un fútil esfuerzo de ingeniería. Pronto, los astronautas adoptaron su propia jerga a la hora de referirse a muchas de las estancias e instrumentos de la estación: La nevera, el destornillador, el burdel...

Mi lugar favorito no es el amplio puesto de control CR-HS1, ni la sala de reuniones rebautizada hace años como Lindon High. Ni siquiera la impresionante cámara de ingravidez o los modernos y sofisticados laboratorios han conseguido dejar una huella especial en mi interior. Mi lugar favorito en Harmony pertenece oficialmente a la categoría de almacenes SE-AA3 y es un rincón apartado que en algún momento dejó de albergar piezas de repuesto para convertirse en el Museo Ellen Ripley. Se trata de un espacio ocupado por estanterías cuyas paredes están forradas con un montón de imágenes. Fotos de astronautas y de sus familiares: abuelos y abuelas, padres y madres, novios y novias y, por supuesto, decenas de bebés. Hay carteles de

deportistas, actores, músicos y tentadoras instantáneas de despampanantes modelos. Instantáneas de coches, casas y postales con todo tipo de ciudades y monumentos. Imágenes de montañas, ríos, playas y lagos... Fotografías submarinas y de exploradores anónimos recorriendo selvas y bosques...

Es como si todos los que han pasado por aquí hubiesen traído consigo un pequeño trozo de la Tierra.

Cuenta también el Museo Ripley, con una bizarra colección de objetos inverosímiles entre los que he podido catalogar: una Biblia presbiteriana, varias botellas de vodka, todo tipo de revistas y hasta una bolsa de palos de golf. Así mismo, no pude evitar sorprenderme ante una colección de cromos de la Súper Liga de Críquet de Pakistán y me llevé un buen susto al toparme en una esquina con la reproducción, a tamaño real, de un *Linguafoeda Acheronsis*, el octavo pasajero más aterrador de todos los tiempos.

Sorprendido por tan peculiares descubrimientos, inmediatamente quise saber más. ¿Cómo habían llegado todos aquellos extraños objetos allí?

—Todo empezó de manera espontánea. —Confesó Viktor Zaitsev, el ingeniero de sistemas.

—Los astronautas, antes de regresar a casa, empezaron a dejar algunos de sus efectos personales en la estación. Puede que al principio se tratara de deslices, objetos olvidados con las prisas, falta de espacio a la hora de hacer las maletas... El caso es que pronto se corrió la voz de que todo el que venía a Harmony tenía que dejar algo aquí y el descuido se tornó en tradición.

—¡Vaya!

—Surgió una especie de competición por ver quién lograba traerse de la Tierra el objeto más extravagante para la que al principio se llamó: “La Maravillosa Habitación de Objetos Inverosímiles e Inusuales en el Espacio Exterior, Teniente Ellen Ripley.”

—Un poco largo...

—Con el tiempo, este lugar se ha ido ganado su categoría de museo. — Respondió Zaitsev con solemnidad.

Absolutamente fascinado por la historia, continué con mis indagaciones.

—¡Pero si hay hasta palos de golf! ¿Juegan torneos? —Pregunté con sorna.

—18 hoyos. Aunque debo pedirle que sea discreto. La Federación Galáctica aún no los ha homologado...

Reí de buena gana con las respuestas de Viktor y esto me hizo reflexionar sobre el buen ambiente que se respira en la estación. Entre los

astronautas, sin importar su procedencia, impera una gran camaradería y todos me han acogido de buena gana. Se interesan por mi y desde aquí me gustaría agradecer públicamente el esfuerzo adicional que a ellos les supone intentar que mi estancia en Harmony sea lo más agradable y productiva posible.

Dejando a un lado las respuestas del señor Zaitsev, el Museo Ellen Ripley me parece una muestra palpable de lo que somos. Una habitación gris, suspendida en el espacio, nos recuerda que no importan los mundos que descubramos ni lo lejos que lleguemos. No hay nada como nuestro hogar. Esta pequeña sala es un tributo a todo lo que, como especie, nos resulta querido y ha causado un efecto en mi mucho más impresionante que cualquier otra cosa en Harmony.

El espacio es un entorno hostil, frío. Me hace sentir frágil y vulnerable. Lo único que nos libra de una muerte segura son unas finas paredes de metal. Dejo un momento de escribir para mirar a nuestro planeta por la ventana de este estrambótico museo...

Luce azul, tranquilo y maravilloso.

Vine aquí con el encargo de documentar el día a día el uno de los mayores logros de la humanidad. Sin embargo, en vez de hablar sobre los importantes experimentos científicos que se realizan en esta estación, o tratar de explicar con detalle el funcionamiento de la misma, he preferido comenzar esta crónica recordando lo que he dejado atrás: A todos ustedes.

PAUL SANDER. SEPT,--,2036

Estación Espacial Internacional Harmony.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

26 de Septiembre de 2.036.

Hola Kate

¿Cómo estás? Me gustaría agradecerte tu defensa de mi trabajo el otro día en la reunión con Bruce McKellen. Bill me lo ha contado todo y es evidente que si no llega a ser por tu intervención, mi artículo no hubiese visto la luz. Al menos, no tal y como yo lo escribí...

Cuando salí de casa para embarcarme en este proyecto, no tenía ninguna idea preconcebida de cómo abordar este tipo de empresa. Quiero decir, no hay un manual de estilo para estas cosas pero todos los días me recuerdo a mi mismo que soy un periodista del New York Times. Mi compromiso está con nuestros lectores, no con el gobierno, ni con la ONU, ni siquiera con Bruce.

En *Harmony* resulta fácil quedar atrapado por la ingeniería, por la maravilla de la propia construcción y te aseguro que es mucho más tentador hablar de máquinas que de personas. Uno no tiene que preocuparse por las opiniones de la inteligencia artificial que controla los sistemas de la estación, o por lo que piensen de mi presencia aquí los robots mecánicos de la bahía de carga. Pese a lo que hayas podido leer en el artículo, no todos se han apuntado al *Club de Fans de Paul Sander*, y hay quien ni siquiera se molesta en disimular las miradas de recelo. Es normal que algunos me vean al principio como un *outsider*, alguien que viene a meterse en sus asuntos.

El comandante de transbordadores Thomas Anderson es, ante todo, un militar. Un tipo serio, hosco, de esos que, en una fiesta, se limitan a observar; manteniendo siempre la compostura. Es un hombre de profundas convicciones religiosas, aspecto adusto, políticamente conservador y tremendamente celoso de su intimidad. Me recuerda físicamente a Brutus Howell, el guardián amable de *La Milla Verde*; sólo que, para mi infortunio, nuestra primera charla en la estación no tuvo nada de amable.

Aunque intenté abordar la conversación con Anderson como si estuviéramos en un pub, tomando unas cervezas mientras la televisión retransmitía un partido de los Nets, el resultado no fue el esperado. Supongo que la culpa es mía por no haberlo visto venir... Al fin y al cabo, ¿Qué pueden tener en común un soldado de la guardia pretoriana del Partido Republicano en Texas y un periodista que votó YES WE CAN a la primera gobernadora lesbiana del estado de Nueva York?

Gracias a Dios, procuro grabarlo todo. Me ayuda luego a poner mis

notas en orden. No obstante, ya sabes que este diario es sólo para ti. Cuando vuelva a casa espero tener el valor de invitarte a cenar para entregártelo. O puede que simplemente lo borre del disco duro de mi portátil y nadie sepa nunca de su existencia... No lo he decidido aún.

Me encontré con Anderson mientras éste supervisaba las tareas de descarga del transbordador. Una gigantesca grúa robotizada procedía en ese momento a depositar un contenedor de repuestos en uno de los almacenes laterales de la estación.

—Menudo cacharro... —Se me ocurrió decir de manera despreocupada.

—Las máquinas que fabricamos son fascinantes señor Sander. Nunca sabremos hasta donde podemos hacerlas llegar. Las primeras computadoras empezaron haciendo cálculos matemáticos mucho más rápido que cualquier ser humano. Luego nos ganaron jugando al ajedrez, más adelante comenzaron a hacer carreteras, puentes, edificios... y ahora son capaces de construir estaciones espaciales como *Harmony*.

—¿No le inquieta un poco que algún día...?

—¿Puedan tomar el control?

—Si... Bueno... —Respondí. —Es un temor que siempre ha existido y que ha protagonizado encendidos debates entre...

—Entre los que no confían en Dios.

Reconozco, Kate, que en ese momento, debí de haberme percatado de que la conversación podía tomar derroteros un poco espinosos, sin embargo, mi naturaleza escéptica tuvo que salir a relucir...

—Comandante, no creo que Dios tenga nada que ver con... —Intenté argumentar.

—Dios está en todas partes señor Sander. ¿Acaso no lo sabe? ¿Qué es lo que les enseñan a ustedes en esas malditas escuelas de Nueva York? —Respondió Anderson categórico con su marcado acento tejano.

No pude evitar la respuesta.

—Nos enseñan, entre otras muchas cosas, a separar claramente la ciencia de la religión.

Anderson me dirigió una mirada fulminante.

—Ya veo que no es usted creyente.

—Tengo un amigo que cree que Jesucristo fue, en realidad, un cyborg, implantado por extraterrestres mediante fecundación artificial en el útero de María... —Dije rememorando las teorías de Bill sobre el asunto.

—Se cree usted muy gracioso. —Concluyó Anderson. —No me gusta,

Sander. No me gusta usted, ni lo que ha venido a hacer aquí. Esta estación no es lugar para los de su calaña. No sé a qué maldito burócrata se le ocurrió que sería una buena idea enviar a un periodista a interferir con nuestro trabajo... Espero fervientemente que usted sea el primero y también el último.

Tanta hostilidad en el hombre que algún día tendría que llevarme de vuelta a casa me produjo cierta inquietud. ¿Y si este tío decide arrojarme por la ventana? —Pensé divertido.

—Lamento que así sea. Disculpe si le he parecido ofensivo, tan solo pretendía... —Respondí tratando de recuperar en vano, la cordialidad.

—Limítese a hacer su trabajo Sander, y de paso, déjeme hacer el mío. — Respondió Anderson terminando abruptamente nuestra desafortunada conversación.

Pues ya lo has visto Kate.

Pese a lo que hayas podido leer, la verdad es que no todo son trompetas y fanfarrias durante mis primeros días en la estación.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

27 de Septiembre de 2.036.

Hola Kate

No me sorprende que mi primera charla con el comandante Anderson en la estación haya sido un completo desastre. Un hombre difícil el comandante Thomas Anderson; introvertido, simple. Le gustan las cosas claras, las cosas que son, o no son; sin matices... Los matices le suenan a excusas... Entelequias para filósofos.

Conozco bien al comandante Anderson. Está en el periódico, le he visto en el metro, yendo a trabajar. Merodea por el barrio, coge el ascensor en mi edificio, siempre hay uno en la familia... Para los Thomas Anderson de América, la realidad se basa en cuatro simples conceptos: Dios, patria, Wall Street y un buen presidente republicano. Una fisura en cualquiera de estos pilares, significa el comienzo del fin del mundo, por lo que además de creer, hay que mantenerse siempre alerta.

Según Thomas Anderson, en esta vida un hombre que duda, no es un verdadero hombre. Será a lo sumo, un demócrata, o peor aún, un ateo, un maldito abortista o un homosexual. Dudar implica objetar y... ¿A dónde iríamos a parar si la gente empieza a cuestionarlo todo? Si, conozco bien al comandante Thomas Anderson, ¿Quién no se ha topado alguna vez con alguien como él? Están por todas partes, Kate, hasta en el espacio.

Decidí quitarme de la cabeza al personaje mediante una breve visita a su compañero, aunque antagonista, el copiloto de transbordador espacial Morgan H. Lawrence. Ayer, mientras intentaba conciliar el sueño, se me ocurrió que podría realizar un buen artículo sobre el transbordador espacial, y el contraste entre las personalidades de los responsables del mismo.

Morgan me atendió con simpatía, durante un descanso de sus tareas en el muelle de carga.

—¡Paul Sander! ¿Qué te trae por aquí, hermano? No me digas que echas de menos a mamá y quieres volver ya a casa.

—Hola Morgan. —Respondí chocando el puño. —Ayer intenté mantener una charla con nuestro comandante.

—Déjame adivinar el resultado.

—Si... Salió todo lo mal que cabría esperar... Creo que piensa que soy un anti sistema infiltrado para acabar con todos en la estación.

—Además de un maldito ateo. —Añadió Morgan divertido.

—Además de un maldito ateo... —Confirme yo con cara de circunstancias.

—Tío... Seguro que te has equivocado. Nunca debiste abordarle de frente. No se puede someter a Thomas Anderson al tercer grado.

—Supongo que me falló el olfato... Te aseguro que intenté algo casual... ¡No me preguntes cómo acabó así!

Morgan volvió a reír. Yo estaba desconcertado.

—El muy bastardo te está poniendo a prueba.

—¿A prueba? —Pregunté sorprendido.

—Hizo lo mismo conmigo. El primer día, en el simulador... Antes de mover una sola palanca, quiso saber si yo era un negro temeroso de Dios...

—...

—Anderson no es un mal hombre. Tan sólo hay que saber manejarlo. Además, es el comandante más cualificado y profesional con el que he trabajado. El tipo sería capaz de aterrizar ese pájaro, sin ayuda y con los ojos vendados. —Afirmo Morgan señalando fuera, al transbordador.

—Así que, os lleváis bien...

—¿Y qué otra cosa podría hacer? Trabajamos juntos. El hombre tiene sus cosas, pero si no le tocas las pelotas, es un buen compañero. Si aceptas mi consejo, deja que pase un poco el tiempo. Piensa que, bajo su perspectiva, tu presencia aquí resulta extraña... ¿Qué demonios hace un periodista en una estación espacial? ¿A qué viene? ¿A escribir mierda sobre nosotros? ¿Qué es lo que quiere? Y sobre todo... ¿Quién ha sido el imbécil en Washington que le ha permitido venir? Todas esas preguntas están pasando ahora mismo por su cabeza...

—En el periódico me dijeron que este proyecto contaba con el apoyo de las más altas instancias...

—Precisamente. Esto, con una administración republicana, no hubiera pasado.

Reí de buena gana.

—¡Seguro que la culpa de que estés aquí, al final la tiene nuestro querido presidente, Ted Wilkinson!

—Comprendo.

—Mira Paul, a la gente como Anderson, le cuesta aceptar los cambios. Están acostumbrados a sus rutinas. Pero no dejes que esto te amargue. Haz tu

trabajo, muéstrate serio y respetuoso con él, y disfruta de la estación. Todo va a salir bien. —Dijo Morgan guiñando un ojo y dándome una palmada en el hombro.

—Gracias Morgan. De verdad, has sido de gran ayuda.

—De nada. Y ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer.

Dejé a Lawrence enredado en sus cosas, y siguiendo su consejo, volví al cuarto a retomar mis notas sobre Thomas Anderson. Está claro que voy a tener que armarme de paciencia, pero ahora mismo, no me apetece ponerme a pensar demasiado en ello.

Te tengo que dejar, Kate. Acordé pasarme al final de la jornada por los laboratorios para tener una charla con la Doctora Lehner, y ya llego tarde. Dana es una joven promesa de la Universidad de Leipzig y, teniendo en cuenta lo serio que parece aquí todo el mundo, no quisiera que se enfadara también conmigo por impuntual.

Cuídate mucho.

Nota: No hay motivos para que te pongas celosa. La chica no es mi tipo.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

28 de Septiembre de 2.036.

Hola Kate

Se me hizo tarde ayer para continuar. Me retiré a dormir inmediatamente después de mi encuentro con Dana Lehner. Hoy te escribo desde *Lindon High* que es como el equipo llama aquí a la inmensa sala de reuniones en la estación. Es este, sin duda, uno de los espacios más amplios de *Harmony* y cuenta con un ventanal enorme que abarca todo el lateral de un área rectangular. En el centro hay una mesa inmensa que está cubierta con una funda naranja. Han orientado todas las sillas de cara al gigantesco cristal que está compuesto por cuatro capas de vidrio, convirtiendo así este lugar en el mejor mirador de la historia. ¡Las vistas de la Tierra son espectaculares! Al fondo de la estancia, y como único vestigio de solemnidad, hay un escudo enorme de la DANU flanqueado por las banderas de todos los países miembros de la agencia a lo largo de todos estos años.

Dando la espalda a las ventanas, el visitante se encuentra con una especie de gigantesco mural en el que se puede ver dibujado al Ganso Goosie Goose vestido de astronauta. No me preguntes cómo ha llegado hasta aquí... Mis investigaciones al respecto, se han vuelto a dar de bruces con el habitual mutismo y sonrisa cómplice de todos los interpelados. De todas maneras, lo averiguaré.

Mirar como gira la Tierra, aquí sentado mientras escribo en mi ordenador, resulta sobrecogedor. Todos hemos visto vídeos o imágenes parecidas alguna vez en las noticias, pero tener, literalmente, el planeta a mis pies es una de las experiencias por las que realmente ha valido la pena venir. Una vívida aurora boreal culebrea y tiñe de verde el horizonte, mientras el azul uniforme de los océanos se alterna con el blanco en el que se enredan las nubes. De vez en cuando se puede distinguir alguna tormenta, y entonces el paisaje se cubre de destellos. Al orbitar la cara del planeta que se va adentrando poco a poco en la noche, las luces de nuestras ciudades comienzan a delimitar los contornos geográficos. El golfo de México, la Península de Florida...

Mi cita con Dana comenzó de manera poco ortodoxa. Llegaba tarde y me vi obligado a balbucear algo parecido a una disculpa.

—Lo siento, me he despistado...

Dana me respondió a la defensiva. Por un momento, temí otro desastre

como el sucedido con Anderson.

—No se preocupe. ¿En qué puedo ayudarle señor Sander? Como supongo que sabrá, formo parte de un programa conjunto de investigación entre la Agencia Espacial Europea y la DANU. Estoy segura de que una persona inteligente como usted, comprenderá que el tiempo del que dispongo para todo lo que no sea el desempeño estricto de mis actividades profesionales en esta estación, es limitado.

—...

—No se quede ahí pasmado. El tiempo es oro. Le advierto además, que hay ciertos aspectos de mis investigaciones que no puedo hacer públicos. Espero que lo entienda.

—No me interesa demasiado su trabajo.

Dana Lehner, joven Doctora en Física y Ciencias del Espacio por la Universidad de Leipzig, adoptó en seguida un gesto que revelaba a una persona muy poco acostumbrada a desplantes.

—¿Cómo ha dicho?

—Quiero decir que me interesa mucho más usted, que su trabajo.

—¿A 400 km de la Tierra y no se le ocurre otra cosa que flirtear conmigo señor Sander?

—En realidad no. Lo siento pero hay alguien esperándome ahí abajo. En Brooklyn concretamente. Tenemos una cena pendiente, ya sabe... — Probablemente Pizza.- Añadí.

—¿Tiene usted pareja entonces Señor Sander? ¡Qué lástima! — Respondió Dana con una sonrisa picarona.

—¿Está intentando seducirme doctora Lehner?

—En realidad no. Al contrario que a usted, a mí sólo me esperan mis jefes. En Sajonia concretamente, y dudo mucho que alguno estuviera interesado en cenar Pizza.

No pude evitar reír de buena gana.

—¿Cuánto tiempo lleva en esta estación Doctora Lehner?

—Puedes llamarme Dana. Aquí todos lo hacen. Cumpliré seis meses dentro de poco.

—Seis meses...

—Viktor lleva casi dos años. Los rusos suelen ser los que más tiempo se quedan. El Profesor Wang, ocho meses, el Coronel Dayan cerca de diez y Omar llegó aquí un mes antes que yo.

—Aun no he podido hablar con todos. Aquí parecen estar siempre tremendamente ocupados... Muchas veces no tienen tiempo ni para compartir una de esas “estupendas” raciones que...

—No protestes. Tendrías que haber visto lo que comían los astronautas hace veinte años...

—No quiero ni imaginármelo...

—Todos tenemos mucho que hacer y el tiempo pasa deprisa. Disfrutamos de autonomía para realizar con independencia nuestro trabajo. No hay ninguna jerarquía aunque es el Doctor Yun Wang quien se encarga de organizar los experimentos conjuntos. Yo soy experta en física, Wang, biólogo molecular, Dayan está consiguiendo importantes avances que nos ayudarán a entender mejor la materia y la energía oscura. Omar lleva a cabo extraños experimentos relacionados con magnetismo y materiales raros. ¡Es posible que debido a su trabajo, los combustibles fósiles puedan pasar definitivamente a la historia! Por último, Viktor se encarga de mantener a *Harmony* en forma y, aunque casi todo está automatizado, siempre hay algo que requiere su atención. Anderson y Lawrence van y vienen con las provisiones, piezas de repuesto, componentes, etc. Y ahora, también estás tú.

—El periodista entre los astronautas. Me siento como un avestruz en el nido del águila.

—¿Avestruz? ¿Todos sus símiles son igual de elocuentes, Señor Sander?... —Preguntó Dana divertida.

—Le sugiero que me trate bien Doctora Lehner, tenga en cuenta que todo lo que yo escriba sobre este lugar será leído por millones de personas en todo el mundo.

—Lo sé. Somos conscientes de la importancia que tiene la opinión pública en relación con nuestros proyectos. Esos millones de lectores a los que antes te referías, también son millones de votantes y las urnas determinan las políticas y los fondos que los países aportan a la ONU para el mantenimiento del programa espacial. Descuida, te trataremos con cariño. Ya estamos preparando una fiesta de bienvenida, pero se supone que tú no sabes nada. —Indicó Dana riendo.

—¿En serio?

—Habrá música, globos y hasta luces de colores... Un planeta entero como telón de fondo en tu honor... y... si la dejas continuar con su trabajo... ¡Hasta una chica!

—¿Podré bailar con ella?

—Por ahora, confórmese con una buena conversación. Tiene a su disposición unas cuantas mentes brillantes, nuestra estupenda gastronomía y de beber, agua reciclada de la estación Señor Sander. ¿Qué más puede pedir?

—No me lo perdería por nada del mundo.

Dana me dirigió una mirada divertida al tiempo que se percató de lo agotado que estaba.

—Será mejor que duermas un poco Paul.

Pensé que haría bien siguiendo sus indicaciones así que la dejé trabajar y me fui a descansar.

A pesar de mis esfuerzos, no creas Kate, que conseguí conciliar el sueño tan fácilmente...

¿Te lo puedes creer? ¡UNA FIESTA!

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

30 de Septiembre de 2.036.

Hola Kate.

Me despierto con Tchaikovski. Se oye por todas partes, proveniente de *Lindon High*. Me quedo unos minutos acostado en el catre de mi habitación, ensimismado; escuchando. Me imagino a la estación como si estuviera en casa viendo una película de Stanley Kubrick. *El Lago de los Cisnes* se escucha al principio lejano, pero la melodía va cobrando fuerza a medida que la cámara se centra en un punto brillante que se convierte en el eje central de la escena. Empezamos a distinguir el contorno de la estación, girando majestuosamente al compás de la suave sonata que sale de su interior. La magia del cine hace que podamos colarnos por una ventana al interior de un cuarto no demasiado grande, de aspecto un tanto anárquico, desordenado, que refleja el carácter voluble de su inquilino: Paul Sander, el primer periodista de la historia en abandonar el planeta Tierra para ir a trabajar al espacio.

Me pregunto si no debería pedir un aumento de sueldo. Estoy seguro de que Bruce me diría que debería estar agradecido con la oportunidad que el periódico me ha brindado pero, hasta donde yo sé, el simple hecho de haberme ganado una oscura referencia en la Wikipedia, no va a terminar de pagar la hipoteca... Me levanto somnoliento sin saber muy bien por qué debería preocuparme ahora por las letras de mi apartamento e intento asearme en el minúsculo cuarto de baño, lo cual requiere no pocas dosis de destreza, so pena de aparecer ante el resto de la tripulación como un troglodita recién salido de su cueva.

—Cuida siempre tu aspecto Paul. —Solía decirme mi madre mientras me inundaba el pelo con colonia para bebés antes de salir corriendo a la parada del bus. Para mi desgracia, ella nunca llegó a ser plenamente consciente del estímulo que mis efluvios matutinos suponían para la cruel imaginación de los niños en aquel destartalado infierno amarillo... Omitiré los detalles Kate, pero por el amor de Dios; jamás se te ocurra regalarme una maldita colonia.

Unos vaqueros, una camisa blanca lo suficientemente ancha como para camuflar el inquietante contorno de mi barriga y ya estoy listo para empezar a trabajar. Compruebo la batería del teléfono móvil y me dirijo a la sala de reuniones de la estación. Como todavía no me oriento con soltura por los numerosos pasillos de la misma, tengo que fijarme en los mapas que

ocasionalmente me voy encontrando por las paredes y que, como en los hoteles dicen: USTED ESTÁ AQUÍ.

—Aquí... A medio camino entre la Vía Láctea y la Galaxia de Andrómeda... —Pensé con ironía.

Conseguí llegar, por fin, a *Lindon High* después de estar un rato deambulando. Las luces de la sala estaban apagadas pero una bola de cristal refractante en el techo fragmentaba en mil colores el verde de la aurora boreal que ardía sobre la Tierra. Goosie Goose seguía allí, sonriente bajo su escafandra. Surrealista.

El Doctor Wang está sentado frente al ventanal con las dos manos apoyadas sobre las rodillas. Su figura es un perfecto ángulo recto y pequeños puntos de colores surcan su rostro. Me siento a su lado, tratando de imitar su postura.

—No sabía que pudiera ser tan... intensa...

—¿Se refiere a la aurora?

—Sí...

—Lo estamos estudiando.

—¿Estudiando?

—No es normal.

—¿A no? —Pregunté preocupado.

Wang frunció un poco el ceño como si le molestara tener que darme explicaciones.

—Aún no sabemos por qué ha aumentado su brillo y tamaño pero no se preocupe, ya le he dicho que lo estamos estudiando.

Me encogí de hombros y decidí cambiar de tema sin dejar de contemplar el hipnotizador y brillante fuego verde que coronaba el hemisferio norte de nuestro planeta.

—¿Ha empezado ya la fiesta?

—¿Le gusta a usted Tchaikovski señor Sander?

—Soy un melómano y un cinéfilo empedernido. —Respondí.

—Siempre he pensado que la música que escuchamos contribuye a forjar el carácter de las personas. Quizás pueda usted recomendarme algo...

—Me temo que no me atrevería.

—¿Es usted siempre tan tímido?

—Cosas de familia. Pertenezco a un antiguo y legendario linaje de irlandeses. Todos tímidos.

—Su país nunca deja de sorprenderme con sus contrastes.

—Aunque a muchos no les guste reconocerlo, somos una nación de inmigrantes. Y los que piensen que podemos poner puertas al mar, se equivocan. Nunca dejarán de llegar. Tome por ejemplo a los padres del imbécil que tengo por jefe en Nueva York, Josh Spanoulis. Pastoreaban un rebaño de cabras en los montes del Peloponeso hasta que decidieron hacer las maletas durante la crisis financiera de 2.008.

—¿Y usted de donde proviene señor Sander?

—Mi ilustre antepasado, el Teniente Sander, llegó a Virginia en 1.622 procedente del condado de Wicklow, en la costa este de Irlanda. El mismísimo Conde de Pembroke tuvo a bien ceder unas tierras de labranza a la panda de colaboracionistas en que se convirtieron mis ancestros por su inestimable ayuda durante la invasión normanda de la isla en el año 1.171. Admito que no es algo de lo esté especialmente orgulloso, y desde entonces han ocurrido tantas cosas en la familia que sería absurdo tratar de enumerarlas todas. Creo que lo más práctico sería acotar mis orígenes al área de Brooklyn. “Neoyorquino de pura cepa”.

—Mi familia cultivaba arroz en las orillas del río Yangtsé. Durante generaciones no hicieron otra cosa. La Revolución de Mao cambió el destino de millones de personas pero el tiempo, ha deshecho todos los cambios de Mao... Irónico, ¿No le parece?

—No me gusta hablar de política. —Respondí un tanto incómodo.

—Amigo mío, ahí abajo, todo es política.

Sonreí por compromiso, temiendo que Wang se arrancara con una disertación sobre el manifiesto comunista.

—¿Se cree usted importante Señor Sander?

—¿Importante? —Respondí completamente desconcertado.

—Es usted el primero de su especie. —Dijo Wang con sonrisa enigmática.

—¿Se refiere usted a mi condición de periodista?

Wang guardó silencio, pensativo, para a continuación añadir:

—Por muchos artículos que usted escriba, me temo que estamos condenados a la trivialidad.

—Si usted lo dice... —Respondí intentando no darme por aludido. — ¿Dónde están los demás?

En ese momento, como si los hubiese invocado, aparecieron Dana y Omar Aslan, el profesor me dirigió una sonrisa amable antes de estrecharme la mano con firmeza. Recordé en un instante su biografía. La historia de otro

inmigrante.

El padre de Omar, fue un destacado cirujano que se estableció con sus dos hijos en Chicago cuando las cosas se pusieron feas en Siria. Los comienzos fueron difíciles. Musulmán, viudo y con dos niños que no hablaban una sola palabra de inglés el Doctor Yusuf Aslan tuvo que enfrentarse a todo tipo de dificultades para poder salir adelante. Afortunadamente, el hábil cirujano acabó intimando con la jefa de Cardiología del Centro Médico de la Universidad de Chicago. Se casaron en Kentwood cerca de Grand Rapids, Michigan, así que la historia tiene un final feliz. Yusuf y Kassandra tienen una niña en común, Fátima que se pasa el día colgando fotos de gatos en el muro de Facebook de Omar. Dana lo encuentra adorable, Omar no tanto.

—Encantada de verte Paul, ya veo que el doctor Wang te tiene muy entretenido... —Terció Dana.

—Tan perspicaz como siempre, señorita Lehner —Respondí sonriendo.

—Será mejor que cambie la música antes de que nos quedemos todos dormidos —Dijo Omar.

—Se acabó la paz... —Farfulló Wang.

—¡Esto es una fiesta! ¿Qué va a pensar nuestro invitado? —Respondió Dana animada.

El resto de la tripulación fue llegando mientras Omar hacía de maestro de ceremonias improvisado. Viktor Zaitsev, alto y fuerte como un toro, se dirigió con resolución hacia Dana y tras inclinarse frente a ella en pomposa reverencia, la invitó cortésmente a bailar. Tom Anderson y Morgan Lawrence saludaron e hicieron corro con David Dayan, el nuevo mago Merlín de la materia oscura. A pesar de la música, uno podía oír el acalorado debate que mantenían sobre cuál era el mejor equipo NBA de la historia.

Wang volvió a sentarse, impasible, a pesar de la defenestración de Tchaikovski en favor de *Simple Minds*.

—¿Estás disfrutando Paul? —Me preguntó Omar.

—Tan solo aguardo la llegada inminente de un Crucero Imperial. Daremos un paseo por una galaxia muy lejana, esta me queda pequeña. — Respondí de buen humor.

—Cierto. Vistos los primeros cuatrocientos kilómetros... Visto todo... —Dijo Omar riendo.

—Bonita fiesta, ¿Se celebran muy a menudo?

—No iré a hablar de esto a sus lectores...

—¿Qué le parece este titular?:

“Astronautas de las Naciones Unidas derrochan el dinero de los contribuyentes celebrando escandalosas bacanales en estación espacial.”

—¡Sexo, Drogas y Rock and Roll!

—Nunca me imaginé que este lugar pudiera ser así...

—¿A qué se refiere?

—¡Hay una discoteca en la sala de reuniones! Por no mencionar a Goosie Goose... ¿Cómo demonios ha llegado hasta aquí?

—Acompáñeme y se lo mostraré. —Respondió Aslan.

Nos acercamos a la pared. En la esquina inferior del mural había una pequeña inscripción, casi ilegible, que rezaba lo siguiente:

PARA LOS HÉROES DE LA ESTACIÓN ESPACIAL
INTERNACIONAL HARMONY

Los alumnos de quinto grado de Lindon Junior High School
Westwood. Mississippi. USA.

—Llegó con una misión de aprovisionamiento al poco tiempo de construirse la estación. La tripulación, encantada, se hizo unas cuantas fotos que, para orgullo de la escuela, fueron más tarde publicadas en toda la prensa local. Y aquí sigue desde entonces...

—Americanos... siempre tan infantiles... Oí exclamar a Wang desde lejos.

Arqueé las cejas sorprendido.

—No le haga caso. Es un aguafiestas empedernido. Hasta ahora, Goosie nos ha traído suerte.

—¿Y qué puede decirme de ese almacén que tienen a rebosar con todo tipo de objetos inverosímiles?

—¿El *Museo Ellen Ripley*?

—Ese mismo...

—Los astronautas también son personas y vulnerables a la nostalgia.

—¿Pero Houston sabe la cantidad de cachivaches que tienen ustedes guardados ahí?

—¿Houston?... Yo diría que aquí es Viktor el que se encarga de que todo esté siempre en orden. —Respondió Aslan guiñando un ojo.

Aproveché para fijarme en el ruso que, subido a la mesa para regocijo de Dana y el más absoluto espanto de Wang, cantaba *Starway to Heaven*.

Justo cuando la cosa empezaba a animarse, una pequeña luz roja comenzó a parpadear encima de la puerta de entrada. Omar, se percató enseguida y pude observar cómo fruncía ligeramente el ceño. Al ver mi semblante, el profesor me explicó.

—Es una señal del control de tierra. Será mejor que vea que demonios quieren. Se enfadan bastante si no contestamos...

—¿Se enciende esa luz cada vez que llaman?

—No.

—Entonces...

—Sólo cuando pasan más de quince minutos y nadie responde...

—¿Puedo acompañarte? —Pregunté sin poder reprimir mi curiosidad.

—Como quieras.

La música seguía sonando como si nada pero enseguida surgieron algunos rostros de extrañeza. Aslan hizo un gesto con las manos para expresar tranquilidad y ambos salimos apresuradamente hacia el centro de comunicaciones. Todavía recuerdo los ecos de *Moonlight Shadow* reverberando por los pasillos mientras trataba de seguir los pasos de Omar por la estación.

Correo electrónico profesional de Paul Sander.

Elementos enviados.

De:sanderp@nyt.com

Enviado: 02/10/2036 16.21

Para:brennank@nyt.com

Asunto: ¿Qué está pasando?

Hola Kate.

Nos llegan noticias que no sabemos cómo interpretar. El Centro de Control en Houston informó sobre una alerta emitida por la Organización Mundial de la Salud en torno a una enfermedad desconocida que afecta principalmente a las vías respiratorias. La información de la que disponemos habla de repentinos y virulentos brotes simultáneos, localizados en el hemisferio norte. Internet es una locura y al parecer, se han agotado las mascarillas y las vacunas contra la gripe en todas partes... Por el amor de Dios, ¿Qué está pasando ahí abajo Kate?

Todo nos parece confuso y lo que publican los medios de comunicación no aclara de ningún modo las cosas. ¿Cómo estamos manejando en el periódico la situación? ¡Ya me imagino a Spanoulis subiéndose por las paredes! Supongo que si es algo grave, la estación quedará relegada a un segundo plano... Acabo de redactar más material pero no se qué hacer... ¿Te importaría preguntar a alguien por ahí? Ya he enviado un mail a Bruce McKellen pero sin suerte. Supongo que como siempre, andará tremendamente ocupado.

Dime Kate, ¿Es grave? ¡No conozco a nadie con mejores fuentes en todo el New York Times! ¿Tiene esta alerta de la OMS algún fundamento o estamos ante otro fiasco como el de 2.009 con la gripe aviar?

El centro de control de tierra dice que no debemos preocuparnos y que la actividad en la estación debe continuar con normalidad, sin dejar de estar atentos a la evolución de los acontecimientos, pero Viktor Zaitsev, nuestro ingeniero de sistemas, no parece convencido. Al parecer, en Rusia está habiendo muchísimos muertos. Se habla de colas interminables de refugiados desplazándose al sur ¡desde Siberia! Insiste, muy enfadado, que no debemos dejarnos engañar, que lo mismo está ocurriendo en Groenlandia, Finlandia, Noruega, Suecia, Alaska y Canadá.

El Coronel Dayan está intentando averiguar algo a través de los

servicios de inteligencia israelíes. El Doctor Wang intenta hacer lo propio con los chinos y hasta el comandante Anderson nos ha dicho que intentaría hablar con algunos contactos en la CIA. Te prometo que si me entero de algo por vías extraoficiales, te lo haré saber pero con la condición de que no publiques nada sin consultarme.

Como es natural todos tenemos las mismas preguntas: ¿Cómo puede de repente aparecer una enfermedad al mismo tiempo en tantos países? ¿Se trata de un atentado con armas biológicas? Viktor habla de un bloqueo informativo sin precedentes por parte de las autoridades. ¿Cómo es posible? La red está llena de teorías descabelladas y no podemos fiarnos. Lo próximo que me queda por leer es una invasión zombi...

En la estación estamos todos bien. Inquietos por los acontecimientos pero con la esperanza de que pronto se restablezca la normalidad y toda esta locura no sea más que una falsa alarma. Dentro de unos días le pondré un correo a Bill para ver como está y qué novedades puede contarme.

Aguardo tu respuesta.

Paul

Correo electrónico personal de Paul Sander.

Bandeja de entrada.

De:walshb@nyt.com

Enviado: 05/10/2036 23.10

Para:sanderp@nyt.com

Asunto: Mil disculpas

Hola Paul

Por aquí las cosas se están poniendo feas y en el periódico apenas nos dan un respiro para descansar. El ritmo de trabajo es frenético con todo lo que está ocurriendo y para colmo, empezamos a tener problemas de personal porque la gente tiene miedo, y muchos empiezan a hacer las maletas para poner rumbo al sur. Yo mismo estoy pensando si debería irme una temporada a Reno con mis padres y esperar a que capee un poco el temporal pero Spanoulis ha amenazado con el despido fulminante a cualquiera que se le ocurra abandonar el barco.

Supongo que aunque estés allí arriba habrás podido ver las noticias y estar al tanto de todo lo que se está publicando en internet. No obstante, te pongo al corriente de cómo estamos gestionando este desastre en la redacción. Kate recibió tu email pero no te preocupes si no ha podido contestar. En honor a la verdad debo decir que esa chica tiene carácter. Recién salida del hospital debido a un desmayo sin importancia y ya parece haberse multiplicado por diez. Está en todas las ruedas de prensa, supervisa o redacta decenas de artículos, acude a todos los comités... Por orden del mismísimo Bruce McKellen, el New York Times no publica ya nada sobre Wicca que previamente no haya pasado por sus manos.

Al principio se dijo que estábamos ante una nueva mutación del virus de la gripe pero nuestras fuentes afirman que el Centro Nacional para el Control y Prevención de Enfermedades de Atlanta no tiene ni idea de a lo que nos estamos enfrentando. Lógicamente, así lo publicamos y pronto se desató el infierno. La Casa Blanca llamó diciendo que estábamos difundiendo información sin contrastar, ¡Nos acusan de sembrar el pánico entre la población! Según tengo entendido, Bruce se puso hecho un basilisco y mando a freír espárragos al delegado de prensa del presidente. ¡Imagínate la situación!

Luego, cuando corrió el rumor en redes sociales de que Wicca no es

exactamente un virus y todos se volvieron locos. ¡Los chinos, los judíos, los islamistas, los católicos y todo el que no fuera blanco, protestante y anglosajón estaba envenenando el aire! Por todas partes, han surgido movimientos extremistas que promueven el odio a las minorías, las responsabilizan de todo lo que está ocurriendo... ¿Te puedes creer que un congresista de Georgia ha enarbolado la bandera confederada y reclama en la CNN un referéndum en los estados del sur que quieran abandonar la Unión?

La gente desesperada, es capaz de aferrarse a cualquier tontería con tal de pensar que estarán seguros pero la verdad es que nadie, ni los científicos ni el gobierno federal, saben realmente lo que es Wicca. Lo que es cierto, es que la gente muere en el norte. Los primeros síntomas son muy similares a un resfriado, para terminar casi siempre y en poco tiempo, con un fallo multiorgánico fulminante. Da miedo.

La administración del presidente Wilkinson sólo ha reconocido oficialmente algunos casos en Alaska. Afirman tener la situación bajo control pero yo digo que una mierda... En contraste con la versión oficial, tenemos a Twitter donde ya se habla de decenas de miles de personas desplazándose aterrorizadas hacia el sur.

Créeme Paul, no soy idiota. Todavía puedo ponerme en los zapatos de las autoridades y su obligación es tranquilizar a la gente. El pánico corre más rápido que los gérmenes y una vez completamente desatado, sólo quedan la anarquía y el caos. Como te dije, aquí todos conocemos a amigos o compañeros de trabajo que lo dejan todo y simplemente, se marchan de Nueva York. Hay historias espeluznantes sobre asentamientos mineros en Alaska y pueblos pesqueros de Terranova, borrados completamente de la faz de la tierra. Ningún superviviente. Todos muertos.

Me considero un tipo instruido Paul, tú me conoces, hemos trabajado un montón de años juntos y no seré yo el que salga ahora a la calle con una cruz a gritar ¡Es el fin del mundo! ¡Arrepentíos! pero creo que esta vez estamos ante una crisis verdaderamente seria. A pesar de todo, confío en nuestras capacidades. Al fin y al cabo, al final siempre ganan los buenos... ¿No?

Dicen que el país entero está trabajando para encontrar una vacuna. Las universidades, los laboratorios... Todos están investigando sin descanso para dar pronto con una solución. Yo digo que venceremos. Podremos con Wicca. América prevalecerá. El Times prevalecerá. Siempre lo ha hecho. En la redacción bromeamos diciendo que si todo se va a la mierda, al menos, tú saldrás adelante. Estando ahí arriba, difícil será que puedas contagiarte, ¿No

crees?...

Afortunado hijo de perra...

Tengo que dejarte. Estamos en contacto y ten cuidado, no vayas a resfriarte.

Un fuerte abrazo

Bill

Publicado en el New York Times.

07 de Octubre de 2.036

EL GOBIERNO FEDERAL DECRETA LA EVACUACIÓN.

Por **KATE BRENNAN**. OCT, 07,2036

El gobierno federal ha decretado hoy por medio de un comunicado oficial “la evacuación de todas las poblaciones de los Estados Unidos de Norteamérica que se encuentran situadas al norte del paralelo 35. El estado de emergencia en el que se encuentra el país desde la propagación descontrolada del virus Wicca incluye a partir de ahora ésta y cualquier otra medida que el ejecutivo estime necesaria para salvaguardar la integridad de los ciudadanos.”

Se estima que más de ciento cincuenta millones de personas, a lo largo de todo el país, se verán obligadas a trasladarse hacia el sur en el que, con toda seguridad, será el acontecimiento migratorio más colosal de la historia del continente. Representantes oficiales han insistido en que “aquellos que no obedezcan las directrices de evacuación decretadas por las autoridades y permanezcan en cualquier localidad situada al norte del paralelo 35 lo harán bajo su propia responsabilidad, exponiéndose a un serio peligro de muerte.”

Esta medida es muy similar a la adoptada hace una semana por el gobierno canadiense, acusado de generar un caos sin precedentes. El país entero se ha visto afectado por cientos de disturbios en las principales ciudades, multitud de autopistas colapsadas e interminables avalanchas de refugiados. El despliegue del ejército ha sido también calificado como un vano esfuerzo por intentar controlar la situación.

En Washington D.C., Andrew Olmos, director de la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias, apeló enfáticamente en rueda de prensa a “la colaboración y a la solidaridad del pueblo de los Estados Unidos para acometer con éxito el mayor desafío humanitario y logístico de su historia.”

En el campo de la lucha contra el virus y a pesar de los recursos desplegados, la comunidad científica internacional ha sido hasta ahora incapaz de detener la oleada de fallecimientos que se desplaza de norte a sur con escalofriante rapidez por todo el planeta. Tras el desastre de Canadá, donde la Organización Mundial de la Salud estima, a día de hoy, cerca de cinco millones de casos, la ONU ha venido apremiando para que se acoja sin restricciones a todos los refugiados. Atendiendo a la gravedad de la situación, el ejecutivo del presidente Ted Wilkinson declaró la apertura de toda la frontera norte de los Estados Unidos el pasado 2 de Octubre.

Pero no todos han seguido su ejemplo. El Departamento de Estado realiza en estos momentos intensos encuentros diplomáticos desde la nueva sede del gobierno en Nueva Orleans con el embajador de México y el secretario general de Naciones Unidas, el nicaragüense Pablo de Lorenzo. El objetivo de estas gestiones no es otro que conseguir que el Presidente Rivero abra la frontera. Los reportes de enfrentamientos entre el ejército Mexicano y los grupos de refugiados norteamericanos y canadienses que intentan llegar desesperadamente al país vecino son constantes y la escalada de declaraciones por parte de ambos gobiernos no está ayudando a encontrar una solución diplomática a esta situación.

El insistente rumor de que el gobierno de los Estados Unidos ultima los preparativos para invadir México y varios países de Centroamérica como alternativa a un posible fracaso de la vía diplomática, no ha sido desmentido por la Casa Blanca. El Departamento de Defensa anunció el pasado lunes la puesta en marcha de maniobras militares en toda el área del Golfo de México. Esta declaración ha sido interpretada por parte de las autoridades Mexicanas, como un abuso intolerable y se han multiplicado los efectivos a lo largo de los más de 3.000 km de frontera. El Presidente Rivero cuenta con el respaldo unánime de la Organización de Estados Iberoamericanos que, “a pesar de las excepcionales circunstancias,” observa con creciente preocupación la escalada de los comunicados emitidos por el gobierno Norteamericano.

Por otro lado, el comité de dirección del New York Times ha decidido por unanimidad trasladar la actividad de este periódico a Nueva Orleans. La ciudad más poblada del estado de Louisiana se ha convertido en pocos días en el centro neurálgico de la nación y allí es donde consideramos que debemos estar. La edición en papel de este rotativo queda suspendida hasta la resolución de esta crisis. Nuestro compromiso con los lectores y su derecho a la información, se verá plasmado temporalmente y de manera exclusiva a través de nuestra cabecera online.

Correo electrónico profesional de Paul Sander.

Elementos enviados.

De:sanderp@nyt.com

Enviado: 15/10/2036 16.21

Para:brennank@nyt.com

Asunto: ¿Estás bien?

Kate, ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?

Aquí estamos todos muy preocupados por las noticias que van llegando desde el centro de control de misiones en Houston. No puedo creer lo que está ocurriendo. En la estación, mis compañeros intentan mantener la calma pero incluso ellos, que están preparados para afrontar todo tipo de emergencias; están completamente desconcertados. Aunque intento no dejarme llevar por el pánico, no puedo evitar pensar en lo que pueda pasarte a ti y a Bill en medio de todo este caos. Por favor, sé que no es fácil, pero si puedes; responde a los correos. Es la única manera de saber que te encuentras bien.

Cuídate mucho.

Paul.

P.D. Te dejado varios mensajes en redes sociales. ¡Por favor responde!

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

30 de Octubre de 2.036.

Hola Kate.

Los acontecimientos se suceden y esto tiene cada vez peor aspecto. En la estación, los ánimos van decayendo poco a poco. Como si del guión de una espantosa película de serie B se tratara, nos vemos sometidos a la impotencia de ver cómo todo se desmorona, sin que podamos hacer absolutamente nada por evitarlo. A nivel personal, cada uno de nosotros parece haberse encerrado en sí mismo. El Coronel Dayan se pasa todo el tiempo en su laboratorio. Viktor Zaitsev, va de aquí para allá exigiendo la inmediata evacuación de estas instalaciones. No para de decir que tenemos que volver, que hay que hacer algo...

—Aquí no pintamos nada y ahí abajo nos necesitan. —Afirma.

Hasta el impasible Doctor Wang parece haber entrado en un comportamiento un tanto errático. Compagina momentos en los que se muestra meditabundo, casi abstraído, con imprevisibles exabruptos; casi siempre dirigidos contra Viktor Zaitsev. El profesor Aslan y el comandante Anderson no cejan en su empeño por intentar restablecer la comunicación con el Centro de Control en Houston. Nadie responde. Tampoco ha habido suerte con el resto de estaciones de la NASA o de cualquier otra agencia. Es horrible, como si todo el mundo se hubiese evaporado de repente...

Morgan Lawrence se pasa el día montando guardia en el transbordador. Si te acercas, se pueden ver algunos de sus efectos personales en la cabina y Dana afirma que ya lleva varios días durmiendo en la bodega. Lo dijo con tono despreocupado, me atrevería a decir que incluso divertido, pero a mí todo esto no me parece normal...

—Alguien tiene que mantener este trasto a punto para cuando salgamos pitando de aquí. —Me dijo cuando fui a verle.

En cuanto a mí, Kate, pues intento ocupar mi tiempo hablando con quien me quiere escuchar y actualizando este diario que espero poder darte algún día. Quizás justo después de esa cena que tenemos pendiente... Lógicamente, también estoy preocupado por mi familia. Lo último que sé de mis padres y mi hermana Denise es que se marcharon de Nueva York para dirigirse primero a Virginia y luego a Louisiana a través de Georgia. Tampoco hay manera de contactar con ellos. Todos los teléfonos han enmudecido. Es algo de locos.

Dios mío Kate ¿Cómo ha podido deteriorarse todo tan rápidamente? Desde aquí el planeta parece tan tranquilo y majestuoso como siempre. Las vueltas que da la estación al orbitar la Tierra se suceden rápidamente y este espectáculo de la naturaleza al que asistimos continúa, ajeno al drama que estamos viviendo. Como dice Wang, al Universo no le importa nada de lo que pueda pasarnos.

No sé nada de ti, ni de Bill. Pude leer tu artículo sobre el decreto de evacuación emitido por el gobierno y creo que la decisión del periódico de continuar con la actividad desde Nueva Orleans ha sido muy acertada. Publicaste en Facebook que te dirigías a Connecticut en busca de tu padre y tu hermana. ¿Pudiste llegar? Espero que sí y que estéis todos a salvo en algún lugar seguro y apartado. Las montañas... El desierto... Algún sitio tendrá que haber libre de esa maldita enfermedad...

La doctora Lehner es la persona con la que más contacto mantengo desde que recibimos las primeras noticias. Ella está también muy preocupada por su familia en Alemania y parece que la situación en Europa no es mucho mejor que al otro lado del Atlántico. Dana teme especialmente por su hermano que está en Londres. No sabe cómo se las habrá podido ingeniar para salir de la isla.

Ayer, en su laboratorio, no pudo evitar dar rienda suelta a sus miedos:

—Paul, estoy aterrada. El Eurotúnel del Canal de la Mancha quedó colapsado durante los primeros días y cuando la cosa se puso fea, fue dinamitado sin contemplaciones por los franceses que rehúsan a hacerse cargo de una avalancha de refugiados que se cuenta por millones... Sé que no debería dar crédito a todo lo que lea en Internet pero... —Me dijo.

—Estoy seguro de que habrá podido salir a tiempo, si tu hermano es tan listo como tú... —Contesté.

Dana me obsequió con una pequeña sonrisa de compromiso.

—Europa entera está sumida en el caos. Las aguas del Estrecho rebosan con los cadáveres de cientos de miles de españoles, muertos al tratar de alcanzar la costa de Marruecos. ¡Es horrible Paul!

—Y Estados Unidos quiere invadir México ante el cierre de fronteras decretado por el gobierno de Marcos Rivero...

—Una guerra es lo último que nos faltaba.

—Confío en que Kate haya podido llegar al menos hasta Nueva Orleans, no sé nada de ella.

—¿Tu chica?

—No es mi chica... Todavía... —Contesté ruborizado.

—Dana sonrió levemente. —¿Cómo es?

En este punto me quedé un poco bloqueado. No me gusta hablar de ti con nadie, Kate, pero decidí responder.

—Kate es una compañera de trabajo... Ella, no sabe... Bueno no sé si sabe... Es complicado...

—Comprendo.

—En la redacción... Yo intento que no se note... Cuando todo esto termine... yo tenía pensado...

Esta vez Dana rió de buena gana. La primera vez que lo hacía desde el día de la fiesta.

—Tenías pensado volver como un héroe, ¿Verdad? Primero un buen baño de multitudes, y luego a por la princesa...

—Algo así... Ninguna chica se fijará nunca en un tipo como yo. ¿A quién puede importarle alguien que se pasa once horas al día en la redacción de un periódico escribiendo sobre el sex appeal de las mitocondrias? Mido un metro sesenta y mi doctora me ha diagnosticado un índice de masa corporal insano y, como colofón, mi único amigo es otro inadaptado al que veo los fines de semana para ver películas y organizar partidas de rol.

—¡Menudo currículum!

—No soy lo que una joven neoyorquina entiende hoy en día por un tipo atractivo, sofisticado. Kate Brennan se relaciona con ejecutivos, gente de Wall Street y es una periodista con olfato, ambiciosa; realmente buena en su trabajo. Ahora ya da igual, puesto que el mundo se ha olvidado de nosotros, pero cuando el New York Times decidió enviarme al espacio... Se equivocaron... Tenía que haber sido ella.

—...

Por otro lado, si yo fuera capaz de hacer aquí algo verdaderamente único...

—Yo pienso que tu presencia aquí nos sirve a todos de gran ayuda. A veces es bueno contar con perspectivas... Diferentes...

—Por eso escribo el diario... Para recordarlo TODO. No es para mí, es para ella.

—Y otra cosa Paul.

—Dime.

—El mundo no se ha olvidado de nosotros.

—¿Tú crees? ¿Acaso sabes de alguna misión de rescate para sacarnos de

aquí? ¿Acaso has visto una sola mención en los medios referida a estas instalaciones desde que todo se fue a la mierda ahí abajo, Dana?

—¡Omar y el comandante Anderson conseguirán restablecer el contacto! ¡Conseguirán que alguien nos dé instrucciones precisas sobre lo que debemos hacer! ¡Nunca pierdas la esperanza, Paul!

El tono de la respuesta de Dana me dejó estupefacto. Había pronunciado las palabras con la voz rota, muy deprisa, atropellándose con el inglés. La cruel sombra de la histeria estaba rondando la habitación. Así que mentí.

—No perderé la esperanza. Te lo prometo.

Entonces Dana no pudo contenerse y sin dejar de mirarme; comenzó a llorar. Fue un llanto desgarrador.

Lloramos juntos.

Olvidados en el espacio.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

2 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

Me encontré con Wang cuando éste salía de la cámara de ingravidez. A menudo doy paseos por los pasillos y entro a fisgar en las numerosas estancias de la estación con el fin de distraerme y estirar un poco las piernas. La idea de tener que pasar más tiempo del inicialmente previsto aquí me incomoda cada vez más. Con todo lo que está ocurriendo, mi propósito en *Harmony* ya no tiene sentido. Estoy seguro de que ahora mismo, los lectores del *New York Times* tienen cosas mucho más importantes de las que preocuparse. Como diría Bruce:

—No estamos en nuestro mejor momento...

A Wang le gusta pasar tiempo en la cámara de ingravidez de la estación. Se queda ahí flotando, con los ojos cerrados, mientras el resto del equipo trabaja intentando recuperar desesperadamente la comunicación. Su actitud frente a la crisis que estamos padeciendo no está siendo muy popular. Zaitsev no para de criticarle y Omar le contesta diciendo que no debemos extrañarnos; Wang siempre va a lo suyo.

En cuanto se percató de mi presencia, saludó.

—Señor Sander. Me alegro de verle. ¿Está usted encontrando agradable su estancia en la estación? —Me dijo como quien da los buenos días un domingo antes de salir a cortar el césped.

—Sería bueno que algunos trabajaran más y meditaran menos. — Respondí bastante molesto.

—Respóndame a una pregunta Señor Sander.

-...

—¿Por qué ustedes en occidente son tan aficionados a malgastar su tiempo en causas perdidas? Su idealismo es admirable pero muchas veces, somos los demás los que acabamos pagando las consecuencias de su obstinación.

—Vamos Doctor Wang... Hágame el favor de ahorrarse el sermón.

—¿Ve a lo que me refiero?

—...

—Negar la realidad es un ejercicio inútil y una gran fuente de frustración. Tome usted como ejemplo nuestra situación. En vez de comenzar con los preparativos para afrontar una larga estancia en *Harmony*, su amigo el

profesor Aslan se dedica a malgastar tiempo y recursos intentando recuperar lo que lleva semanas irremisiblemente perdido. En vez de comenzar inmediatamente a planificar el futuro, Viktor Zaitsev insiste obsesionado en evacuar estas instalaciones. Incomprensiblemente, ¡pretende obligarnos a abandonar el único lugar del universo donde estamos a salvo!

—Algunos somos un poco maniáticos a la hora de resignarnos... Todavía tenemos esperanza. —Respondí con gran énfasis.

—*Quien volviendo a hacer el camino viejo aprende el nuevo, puede considerarse un maestro.* Es de Confucio. —Afirmó Wang.

En ese momento me di la vuelta con la intención de irme tranquilamente por donde había venido.

—Los proverbios orientales no son lo mío. —Respondí.

—Entonces permítame obsequiarle con algo más occidental: *Lupus est homo homini.*

—No todos en la estación hablamos latín... —Respondí irritado.

—El hombre es un lobo para el hombre. *Asinaria*, Plauto.

—Tomo nota. —Respondí con ironía.- Y ahora, si me disculpa...

Pero cuando apenas había dado dos pasos en dirección al gimnasio, Wang me espetó:

—Prepárese para lo que está por venir Señor Sander. No piense que porque se encuentra usted rodeado de personas brillantes todo se va a desarrollar de manera racional. No crea que, porque está usted entre los mejores, nada puede salir mal. No confíe en todo el mundo, señor Sander.

—¿Qué quiere decir? —Respondí alarmado.

—Es usted periodista. Estoy seguro de que sabrá leer entre líneas. Manténgase alerta. Continúe con su trabajo; con sus... entrevistas. Más pronto que tarde, tendrá ocasión de comprobar todo lo que le he dicho. ¡Ah! y por favor, venga a verme de vez en cuando. Aunque no lo crea, me agrada disfrutar de su compañía. Su presencia es una bocanada de aire fresco en esta estación. En la República Popular China no hay demasiados como usted... Y ahora, si me disculpa, le deseo que pase un buen día.

Como habrás visto Kate, la charla no resultó precisamente tranquilizadora. ¿A qué se refería Wang cuando dijo que debía mantenerme alerta? ¿Acaso hay cosas que desconozco? Al fin y al cabo, no soy más que un recién llegado... ¿Me he forjado una imagen equivocada de la estación? ¿Está Yun Wang jugando conmigo?

Demasiadas preguntas y pocas respuestas por ahora, Kate. Aunque no

estoy seguro de que sea buena idea, me temo que ha llegado el momento de averiguar lo que verdaderamente está pasando aquí...

Que descanses.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

10 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

Los días pasan y continuamos incomunicados. Está claro que el hecho de que Houston lleve casi un mes sin responder a nuestro intento de establecer contacto, ha terminado con mis esperanzas de obtener una respuesta rápida sobre lo que está pasando. Los nervios, la incertidumbre y la tensión nos han hecho llegar hasta el deprimente punto de tener que discutir hasta por la comida y es que, al parecer; Morgan Lawrence ha estado haciendo algunos cálculos por su cuenta.

—Si racionamos las provisiones, es posible aguantar más de un año.- Declaró.

—¡El primero al que se le ocurra meter la mano en la despensa tendrá que vérselas conmigo! —Exclamó Dana indignada. —¿Qué es lo que os pasa?

—Nuestra obligación es ser previsores. —Respondió Wang.

—De la comida me encargo yo. —Insistió Dana molesta. —Además, estoy segura de que todo esto se habrá arreglado mucho antes de tener que vernos obligados a vivir como en un campo de refugiados.

—¿Acaso no es eso exactamente lo que somos? —Contestó Lawrence con ironía.

Zaitsev se revolvió incomodo en su silla para insistir de nuevo en la necesidad de evacuar cuanto antes la estación, lo cual provocó un gesto de desaprobación por parte de Wang.

—Lo que propones es imposible Viktor. Vete haciendo a la idea.

—¿Imposible? Tan solo tenemos que coger esa maldita nave y...

—Será mejor que dejemos algo claro desde el principio. —Intervino Anderson amenazante.- El transbordador espacial *Reacher* pertenece al Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica y nadie en esta estación va a poner un solo pie en él sin mi autorización. ¿Ha quedado claro?

—¿Y qué vas a hacer para impedírmelo? —Respondió Viktor desafiante.

—¡Basta! —Exclamó Aslan. —Ya está bien de bravatas por ambas partes.

—...

—Creo que lo mejor será que todos nos vayamos a trabajar. Ya

hablaremos más adelante. —Concluyó Wang.

Si algo he aprendido trabajando en el periódico, es que en cualquier equipo siempre hay alguien encantado de perder los nervios, y esta estación, por muy científica que parezca, no es una excepción. Tras semanas de actividad frenética, todos empezamos a mostrar los primeros síntomas de agotamiento. Hay familias y seres queridos de los que no sabemos nada... compañeros... amigos... Kate, tu eres una mujer joven, fuerte, llena de recursos para poder salir adelante, pero no todo el mundo cuenta con tanta suerte... ¿Sabías que la abuela de Dana, frau Gertrud, lleva años en silla de ruedas? ¿Qué va a ser de ella cuando todos salgan corriendo?

Son preguntas para las que no tengo respuesta.

Toda esta incertidumbre, los rumores y la falta de información, abren las puertas a la imaginación. Cualquier pequeña preocupación puede convertirse en una noticia horrible y descabellada. Dana habla de enormes extensiones por todo el planeta declaradas en cuarentena con millones de personas atrapadas en su interior. ¿Realidad o exageración? Guerra en México, la Federación Rusa, el Sudeste Asiático, Australia... Israel arrasada por los árabes... ¡Es absurdo! África está plagada de campos de concentración donde cientos de miles de europeos mueren bajo el sol abrasador de sus desiertos o la sofocante espesura de las selvas sin que nadie haga nada...

Desde luego, yo prefiero pensar que todo esto no son más que disparates, pero Dana argumenta lo contrario.

—Como periodista, aprendí pronto a no dar crédito a lo que cualquier chalado publica en internet. Hazme caso. —Le digo.

En el otro extremo de este carrusel de emociones en que se ha convertido la doctora Lehner está la misteriosa y discreta figura del israelí David Dayan. Casi nunca está y las raras veces que nos honra con su presencia, permanece siempre callado, observando. Zaitsev afirma que lo único que le importa a Dayan es encontrar a los culpables de todo esto. Está convencido de que lo sucedido tiene una explicación y no piensa parar hasta encontrarla.

—Lo más importante es dar con los responsables. —Afirmó con determinación.

—Pero... ¿Qué responsables? —Pregunté sorprendido. —¿Qué importancia puede tener eso ahora? ¿Acaso no deberíamos concentrarnos en trabajar juntos para salir de todo este embrollo?

—Tú eres de Nueva York. ¿No?... Ya sabes cómo son los judíos... Les

encantan las conspiraciones. —Dijo Zaitsev con zafiedad.

—...

Así están las cosas, Kate. Cada jornada nos trae consigo una nueva y alarmante especulación de Dana, un nuevo enfado de Viktor, una nueva cara de circunstancias de Wang, una nueva negativa de Anderson, un nuevo encogimiento de hombros de Lawrence, un nuevo apaciguamiento de Aslan, una nueva y conveniente ausencia de David Dayan...

Por otro lado, y dejando atrás nuestras pequeñas miserias, las instituciones tampoco es que hayan hecho un gran trabajo gestionando esta crisis. Las redes gubernamentales están repletas de comunicados oficiales, consejos sobre cómo acometer largos viajes a pie, órdenes de evacuación y... ¡Partes meteorológicos! Lo más inquietante es que este absurdo patrón se repite en todas partes. Reino Unido, Alemania, Francia, España, Italia... Al final todo se reduce a un SÁLVESE QUIEN PUEDA, DÉJENLO TODO Y HUYAN AL SUR.

Parece que las infraestructuras todavía resisten... Quiero decir... Los satélites siguen ahí, no se han precipitado en una especie de lluvia demencial sobre la Tierra, pero el problema es que NADIE responde al otro lado. Hemos perdido todas las señales de radio y televisión, la red es un cementerio donde el tiempo pareciera haberse detenido. Las webs de los medios, los foros, los blogs, las redes sociales... ¡Está todo sin actualizar! Es como si no hubiera nadie, en ninguna parte. Y no sólo está pasando en América, ocurre en todos lados, incluso en países situados tan al sur como Sudáfrica, Australia o Argentina. La edición online del diario bonaerense *Clarín* ha quedado reducida a un gigantesco titular: EL FIN.

Para empeorar aún más las cosas, hace un tiempo que somos testigos de un fenómeno que nos pone los pelos de punta, Kate. Algo cuyo impacto es sólo comprensible por los que hemos pasado el suficiente tiempo aquí como para poder calibrar la gravedad de lo que está ocurriendo.

La luz... Nuestra luz, Kate, se está apagando.

De norte a sur, nada queda ya de lo que antes era un radiante mosaico de ciudades refulgentes. *Harmony* surca ya la cara nocturna de la Tierra en medio de una pavorosa oscuridad y nosotros, los espectadores espantados de este macabro teatro, nos dividimos entre el instinto de supervivencia y la irresistible necesidad de acudir cuanto antes al encuentro de nuestros seres queridos. Con el fin de evitar más conflictos, Dana me ha pedido que hable en privado con Viktor.

Quiere que sea yo el que intente apaciguar al ruso... ¿Es que no pueden dejarme al margen de sus trifulcas? Tanto ha insistido que, de mala gana, le he prometido que lo haré...

Muchas veces pienso que, en cualquier momento, voy a despertar.
Despertar, por fin, en Brooklyn.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

14 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

Tal y como le prometí a Dana, he hablado con Zaitsev.

Le encontré en el *Museo Ellen Ripley* contemplando con aire taciturno las cientos de fotos que adornan las paredes. Tenía una botella de vodka en la mano.

—¡Paul Sander! -Exclamó con sorpresa.- ¿Ya es la hora?

—¿La hora de qué? —Respondí.

—¡De nuestra maldita entrevista! Por eso te paseas por ahí con ese condenado teléfono... Grabándolo todo... ¿No?

—¿Me das un trago de eso? —Pregunté cambiando incómodo de tema.

—¡Claro! —Exclamó Viktor tendiéndome la botella.

Bebí un sorbo que me supo a rayos y puse el vodka sobre la estantería.

—Tranquilo, sólo bebo un trago de vez en cuando... —Quiso aclarar el ruso.

—¿Te imaginas un paseo espacial con resaca?

—Menudo experimento... —Respondió Zaitsev sonriendo.

—Miedo me das... —Asentí.- Dime una cosa, a quien se le ocurrió almacenar aquí todos estos... ¿recuerdos?

—Cuando llevas el tiempo suficiente entre estas paredes SABES que, en realidad, estás atrapado. *Harmony* te atrapa.

—...

—Una gran dama blanca que gira grácilmente en el espacio, brillante, pero celosa.

De repente me pregunté si Viktor no habría bebido demasiado...

- *Harmony* no quiere que te vayas. —Continuó —No soporta la soledad y su gran tragedia es que, pese a su inconmensurable belleza, pese a la perfección de sus líneas, ninguno de los que aquí llega lo hace para quedarse.

Miré a Zaitsev de forma un tanto extraña. ¿Estaba aquel hombre en sus cabales?

—...

—Aquí todos somos aves de paso y eso le cabrea.

—¿Qué niño no ha soñado alguna vez con alcanzar las estrellas? —

Pregunté.

—Ah sí... ¡Las estrellas! Vemos esos documentales sobre galaxias lejanas y pensamos que algún día podremos salir ahí fuera a conquistarlas. Para justificar nuestro desvarío, nos escudamos en nuestra insaciable curiosidad, en nuestra necesidad vital de ir siempre más allá... Yo lo llamo “el efecto Marco Polo”. Antes de ponernos el traje espacial, invocamos a Cristóbal Colón, James Cook, Livingston, Amundsen... y tantos otros... Pensamos que realmente podemos ir MÁS ALLÁ...

—Estas instalaciones son una prueba...

—¡TONTERÍAS!

—Pero...

—Escriba esto en su libreta, Sander: El espacio es una mierda.

—No puedes estar hablando en serio Viktor. Por todos los demonios... Eres una celebridad y ¡el ser humano que más tiempo ha pasado en esta estación!

—¿Sabes lo que ocurriría si intentásemos llegar a Próxima Centauri?

—Es la estrella más cercana a nuestro sistema solar. —Asentí.

—Los cálculos más optimistas estiman un viaje de ochenta y cinco años.

—...

—Y esto con una tecnología con la que hoy en día sólo podemos soñar. ¿Sabes lo que significa pasar tanto tiempo metido en una lata parecida a esta, Sander?

—Seguro que sería algo bastante más moderno y confortable...

—Acabarían todos comiéndose unos a otros —Sentenció Zaitsev dirigiéndome una mirada sombría.

La imagen del Capitán Kirk, sucumbiendo en una masacre caníbal en el puente del USS Enterprise perturbó mi imaginación. Hora de trivializar la conversación.

—Si busco bien entre las estanterías... ¿Podría encontrar un Kalashnikov? —Quise saber.

Viktor rió de buena gana.- Como mucho, palos de golf...

—¿Palos de golf? —Pregunté contento de que Zaitsev se relajara un poco.

—Pertenece a Sir George Dickinson, un intrépido astronauta británico que vino con las primeras misiones a la estación. Solía decir que un auténtico caballero del imperio nunca salía de casa sin ellos y que no veía ningún

motivo por el que el maldito espacio exterior debía ser una excepción...

—¿Se trata de una broma?

—Compruébalo tú mismo.

Me dirigí a donde Viktor señalaba. La instantánea de un tipo con perilla y el pelo largo recogido con una coleta, sonreía sosteniendo un palo y un par de pelotas de golf en la cámara de ingravidez de la estación. La fotografía no dejaba lugar a dudas.

—Sir George Dickinson...

—También resulta ser uno de los mayores expertos en radiometría de toda la Unión Europea. Los resultados de sus experimentos han sido decisivos para la puesta en marcha de no pocos proyectos.

—Vaya... Me pregunto qué van a opinar mis lectores de todo esto... — Respondí.

—Ya no te quedan lectores. ¿Acaso no es eso lo que dice Wang? ¿Qué nadie va a leer nada de lo que estás escribiendo? —Preguntó Zaitsev con acritud.

—Así que tú también piensas que pronto no quedará nadie con vida ahí abajo... —Respondí a la defensiva.

—Lo que me enferma es quedarme aquí, sin hacer nada.

—Anderson dice que volver por nuestra cuenta sería una maniobra arriesgada. Hay un montón de cosas que podrían salir mal.

—¿Tienes miedo a morir Sander?

—Bueno... —Respondí un tanto desconcertado.- Yo también quiero volver... Tengo... Supongo que todos tenemos razones para regresar... Pero no me gusta hacer locuras. De todas maneras, soy periodista, no astronauta... Si La Fuerza me hubiese querido a los mandos de un X-WING, mi nombre sería Luke Skywalker, no Paul Sander.

—Anderson es un cobarde y desde luego, él no da aquí las órdenes. Escribe eso también en tu maldito artículo. —Sentenció Zaitsev amenazador.

—Aunque no los comparta, puedo entender sus argumentos. No sabemos exactamente lo que ha ocurrido ahí abajo Viktor. Desconocemos el origen y las características de la enfermedad. Ni siquiera entendemos bien cómo se transmite. Wang afirma que Wicca está en el aire. Puede que en unos meses se haya desvanecido. Si esta hipótesis fuera posible, tiene sentido esperar.

—Wang es un bocazas.

—¿Me estás diciendo que Wicca es capaz de matar en pocos meses a

siete mil millones de personas Viktor? Eso es imposible.

—Nuestro planeta ya ha vivido extinciones masivas en el pasado.

—¿En serio vas a comparar lo que está ocurriendo con los dinosaurios?

—¡Debemos hacer algo!

—¡Cálmate! —Respondí angustiado.

—Métete esto en la cabeza Sander: Viktor Zaitsev no va a quedarse sentado en esta maldita estación. Pienso volver, con o sin vosotros. Ya estoy harto de suposiciones.

—Pero...

—¿Tienes miedo a morir Sander?

Con esta tremenda pregunta, formulada dos veces en el transcurso de la conversación, Zaitsev dio por concluido nuestro encuentro. Salí de allí, Kate, con la inquietante sensación de que aquel hombre estaría dispuesto a todo, con tal de volver a casa.

Wang va a tener problemas.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

15 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

El proceso de transcribir todas mis conversaciones resulta muchas veces agotador. Al fin y al cabo, soy periodista, no escritor. Mi charla con Zaitsev ha puesto de manifiesto que el ruso necesita afrontar las cosas con más calma. Es evidente que toda esta situación, y quién sabe si el vodka, ha terminado por trastornarle. Si él mismo admite que está dispuesto a hacer lo que sea con tal de salir de aquí... ¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar con tal de conseguirlo?

Me alegra que Omar también opine que Zaitsev es una persona inestable. Cuando le hablé sobre nuestra charla, su semblante adquirió un evidente tinte de preocupación. Dana Lehner también estaba presente.

—Efectivamente, Zaitsev puede convertirse en un problema. —Afirmó Aslan.

—¿Y qué sugieres? —Preguntó Dana.

—Por ahora nada. Nos limitaremos a tenerlo vigilado, pero si la situación se descontrolase...

—Odio que estemos divididos. —Dijo Dana.

—No estamos divididos. —Aclaró Omar.- Es normal que haya diversidad de opiniones. Por el amor de Dios, todos aquí somos personas civilizadas. La tripulación ha sido entrenada, todos tenemos una formación excepcional... Somos científicos.

—Gracias —Respondí.

Omar se dio cuenta de su metedura de pata.

—Perdona, no pretendía parecer arrogante.

—No importa. -Dije sonriendo.- Ni en un millón de años podría estar yo a la altura de tanta eminencia...

—No seas tonto... —Intervino Dana dirigiéndome un gesto cariñoso.

—Viktor admite que es posible que Wicca no deje supervivientes. — Dije para tantear el terreno.

—Eso es una estupidez —Argumentó Omar.- Ningún patógeno puede exterminar de golpe a toda nuestra especie. Y menos en tan poco tiempo. Ningún virus conocido es capaz de eliminar a siete mil millones de seres humanos repartidos a lo largo y ancho de todo un planeta como el nuestro. ¡Afortunadamente, no vivimos todos juntos! Hay que tener en cuenta

fronteras naturales formidables, océanos, montañas, desiertos, miles de islas, cinco continentes...

—Pero la Tierra ya ha sufrido varias extinciones en el pasado y por lo que sabemos... —Respondió Dana temerosa.

—No SABEMOS nada. —Aseguró enfáticamente Omar.- Todo son rumores.

—¿Pero qué pasa con las noticias? ¿Y las redes sociales? Todo ha ido dejando de funcionar a medida que Wicca avanza de norte a sur. —Argumenté con cierta aprensión.

—Que la gente no entre en Twitter no quiere decir que estén muertos, Paul. —Dijo Omar.

—Pueden haberse refugiado en lugares inhóspitos. —Apuntó Dana.

—¿De vuelta a las cavernas? —Respondí con sarcasmo.

Dana intentó sonreír pero sólo consiguió dibujar una extraña mueca.

—A estas alturas, nadie va a venir a buscarnos. Estamos solos en esto. No vamos a recibir instrucciones de NASA ni de la DANU, ni de nadie diciendo lo que debemos hacer. Tenemos que convencer a los demás para comenzar cuanto antes, a hacer los preparativos para evacuar con seguridad esta estación.

—¿Qué significa cuanto antes? —Preguntó Dana.

—Seis semanas a lo sumo.

—Wang quiere esperar un año. —Dije.

—Es una locura. —Contestó Omar.- Wang subestima la presión que sus teorías ponen sobre los hombros del equipo. De seguir insistiendo, no creo que aguantásemos ni tres meses más sin que ocurriera una desgracia.

—Ya tenemos a Viktor como un pura sangre desbocado... —Añadió Dana.

—Efectivamente. Hay que pensar en otra solución. Ni marcharnos mañana mismo como quiere Zaitsev, ni dentro de un año como dice Wang.

—Pero ese es el tiempo que Wang estima para que Wicca remita. Para poder volver con garantías.

—¿Qué sabe Wang de Wicca? —Respondió Dana con tono airado.- ¡Ninguno de los que estamos aquí sabemos nada sobre la enfermedad!

—En realidad, la Wicca es una religión neo pagana que algunos vinculan con la brujería. —Respondí.

—Qué agradable... —Dijo Dana.

—Cosas de los medios escandinavos. Ellos le pusieron el nombre. —

Explicué.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—¿Porque soy periodista e intento elegir bien mis fuentes? —Respondí de repente con acritud.

Dana se puso a la defensiva y me retiró la mirada.

—Ya estamos otra vez discutiendo... —Pensé con tristeza.

Omar intervino rápidamente en la conversación.

—Sería bueno que supiésemos que se trae David Dayan entre manos... ¿Te importaría seguir ejerciendo de periodista Paul? Habla con él, a ver que le sacas. Te prometo que cuando lleguemos a casa me encargaré de que te otorguen el Pulitzer.

—No me conformaré con nada que no sea el Nobel de literatura.

—Me temo que en Estocolmo ya no quedará nadie para entregártelo... —Bromeó Omar.

—Muy gracioso. —Apostilló Dana.

—Será mejor que me ponga en marcha. Tengo mucho que “espíar”. — Dije un tanto incómodo.

De vuelta en mi habitación, reflexioné sobre el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Odio sentirme utilizado y algo me dice, Kate, que aquí, algunas cosas, no son lo que parecen.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

20 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

Hoy me he levantado con la desagradable sensación de ser una marioneta en manos de Omar. Su interés por conocer el contenido de mis conversaciones con el resto de los miembros del equipo me desconcierta. ¿Querrá la información para ayudarnos a volver a casa lo antes posible, o me está utilizando para sus intereses personales?

La idea de permanecer por mucho más tiempo en este lugar se me hace insoportable. Puede que lo que encontremos al volver a casa sea mucho peor que este lugar, es posible que la situación esté tan deteriorada que no reconozcamos nada de lo que, hace tan solo unos meses, dejamos atrás. Lo que pueda ocurrir, ya no me importa.

Estoy de acuerdo con Dana, es triste que el grupo esté dividido. Uno nunca hubiera esperado un conflicto tan amargo. Al fin y al cabo, son científicos... Personas equilibradas, inteligentes, racionales...

O quizás no tanto...

—Cuando hablamos de ciencia Paul, ten siempre en cuenta el siguiente axioma: “El número de colegas envidiosos dedicados de por vida a refutar tus hipótesis es siempre inversamente proporcional a la brillantez de las mismas.”

Sonreí con un gesto áspero.

—Nadie es perfecto. Ni siquiera Stephen Hawking...

Estuve unos cuantos días dando vueltas inútilmente por la estación. Tenía la intención de hacerme el encontradizo con el Coronel Dayan, pero mis esfuerzos por simular un encuentro casual resultaron inútiles. Harto de buscar a un fantasma, finalmente opté por la aproximación directa. Nervioso, y después de la cena, llamé a la puerta de su habitación y al cabo de unos segundos, el Coronel Dayan abrió la puerta. Tenía aspecto de no haber dormido bien en unos cuantos días.

—Ah... Es usted...

—Coronel Dayan, disculpe las molestias... ¿Quizás esperaba a otra persona?

—No esperaba a nadie.

—¿Podemos hablar?

—¿Quién le envía señor Sander?

—Puede llamarme Paul. Y no me envía nadie -Mentí.- Tan sólo intento mantenerme ocupado. Ya sabe, seguir trabajando, aunque, dadas las circunstancias, no sé si tiene demasiado sentido... ¿Puedo pasar?

—Adelante —Respondió David mientras asentía haciendo un gesto con la cabeza.

La habitación del Coronel, a diferencia de la mía, estaba exquisitamente ordenada y era mucho más espaciosa. Sé por Dana que el trabajo de laboratorio muchas veces se extiende más allá de la propia investigación, con lo que casi todas las estancias en *Harmony* disponen de instrumental y ordenadores que permiten continuar con el trabajo.

—Es para maximizar la productividad. —Me explicó la doctora Lehner.

Cuando le pregunté a David por el tiempo que hacía que no descansaba, me respondió de manera un tanto abrupta.

—Aquí se viene a trabajar señor Sander. *Harmony* no es un hotel ni un plató de televisión.

—¿Le incomoda mi presencia en la estación Coronel?

—Le seré sincero. Soy de los que opinan que estas instalaciones no son el lugar más adecuado para un periodista.

—En eso estamos totalmente de acuerdo. —Afirmé con rotundidad. - ¿Qué tal si nos metemos todos en ese transbordador y nos marchamos de aquí?

—Me temo que esa decisión no depende de mí y ahora si me disculpa, tengo trabajo. —Respondió Dayan visiblemente incómodo.

—Su especialidad, su trabajo aquí. ¿En qué consiste exactamente?

—No estoy autorizado a hablar de ello.

—Pero usted es uno de los mayores expertos mundiales en materia y energía oscura. ¿Cierto?

—Mi trabajo es propiedad del gobierno de Israel.

—Esta estación está bajo la jurisdicción de las Naciones Unidas, Coronel Dayan.

—La ONU ya no existe.

—Y por lo que sabemos, puede que su gobierno tampoco...

David Dayan, me miró entonces de una forma muy extraña. Su expresión denotaba una mezcla de enfado y tristeza mezclados con una fanática determinación. Respiró muy profundamente y agarró el borde de una silla con tanta fuerza, que pude percibir claramente como los nudillos de ambas manos se ponían blancos por la presión.

—Nunca vuelva a decir eso. —Me dijo muy despacio.

—Perdone... —Rectifiqué.- Todos estamos sometidos a mucha presión.

—Cuando todo esto termine. Cuando hayamos superado esta crisis señor Sander...

—¿Cómo vamos a superarlo? —Interrumpí.

—Nuestra primera tarea será hacer que los responsables paguen por lo ocurrido.

—¿Qué responsables? ¿De qué demonios está hablando?

—Evitar que nuestros hijos olviden...

—¿Qué es lo que sabe Coronel? No tiene ningún derecho a ocultar información. ¿Tiene usted amigos en el Mosad? ¿Mantiene algún tipo de contacto con su gobierno? ¡Por el amor de Dios! ¿A qué viene tanto secretismo?

—Todavía no está usted preparado.

—¡Ahórrese su condescendencia! —Estallé.

—Tengo mucho trabajo por delante Señor Sander y le veo algo alterado. Creo que será mejor que se marche.

—Y yo creo que usted no se encuentra bien. Hablaré con el profesor Aslan para...

Dayan volvió a interrumpirme con la mirada. Me pareció casi la expresión de un perturbado. Sus últimas palabras no ayudaron a desmentir esta impresión:

—Y el Señor habló a Moisés diciendo: ¡Toma primero venganza de lo que han hecho a los hijos de Israel!

Esto tiene mala pinta Kate. No sé qué es lo que pretende Aslan pero, a estas alturas, me niego a competir contra Moisés.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

21 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

Creo que he conseguido desarrollar una relación especial con la doctora Lehner. No sólo es mi mayor y más fiable fuente de información sino que además, siento que hemos... conectado. No se trata, por supuesto, de nada romántico... ¡Puedes estar tranquila! No... Nada de eso... Es algo mucho más prosaico, pero a la vez, genuino. En realidad, Dana es en quien más puedo confiar. Hoy, casi nos dimos de bruces en el compartimento donde está almacenado todo el material EVA destinado a los paseos espaciales.

—¡Sander! ¡Menudo susto! —Exclamó Dana.

—Doctora Lehner... No era mi intención. —Respondí un tanto aturullado.

—¿Hoy no tienes a nadie a quien entrevistar? —Preguntó con sorna.-
¿Qué demonios haces aquí?

—A veces vengo a mirar los trajes. —Confesé.

—Anda, ayúdame a revisar los equipos. —Respondió Dana afectuosamente.

Entre los utensilios que la doctora Lehner estaba manipulando, destacaba una sierra de mano de aspecto poco amigable.

—¿Qué es eso? —Pregunté señalando.

Dana la activó, y la hoja circular comenzó a girar de manera tan endiablada como silenciosa.

—Si te quedas enganchado y tienes que cortar algo ahí fuera, mejor será que esté bien afilada.

—¿Has tenido que usarla alguna vez? —Pregunté con aprensión.

—¡No! Normalmente es Zaitsev quien realiza las reparaciones en el exterior.

La doctora Lehner abrió el compartimento donde estaban guardados los impresionantes trajes espaciales, desarrollados por la DANU para llevar a cabo actividades extra vehiculares fuera de la estación. Lo que tenía ante mí, era de factura mucho más moderna que los antiguos dispositivos empleados por los astronautas a lo largo del siglo XX, parecían sacados de una película de ciencia ficción.

—¡Guau! —Exclamé.

—¿Te gustaría probarlo? —Preguntó Dana divertida.

—¡Estoy demasiado gordo! —Admití un tanto avergonzado.

—Seguro que podremos encontrar una talla extra grande.

—¡Eh! ¡No te pases! —Exclamé.

—¡Damas y caballeros! ¡Vengan a ver a Paul Sander! ¡Nuestra Albóndiga Espacial!

Las burlas de Dana consiguieron ensombrecer mi rostro.

—No tiene gracia. —Dije.

Ella enseguida quiso rectificar.

—Lo siento si te he molestado Paul. No pretendía ofender, de todas formas, tampoco es para tanto.

—¿Es que tú no tienes ningún trauma infantil? —Pregunté intentando justificar mi estúpido enfado.

—Claro que sí. —Respondió Dana para mi sorpresa.

—Me tomas el pelo. Las valkirias como tú, son todas perfectas. —Dije.

—Haremos un trato. Yo te cuento mi insoportable niñez y tú me cuentas la tuya. —Propuso Dana.

Nos sentamos en el estrecho banco metálico que ocupaba el centro de la estancia, al fondo, escoltada por las taquillas, una ventana rectangular dejaba entrever el fulgor de la Tierra.

—Supongo, que de no haber sido por el sobrepeso, hubiese tenido infancia mucho más feliz. En el colegio, los niños pueden llegar a ser muy crueles. —Afirmé retrotrayéndome treinta años en el pasado.

Dana asintió, como si supiera exactamente de lo que estaba hablando.

—Mis padres me han querido siempre mucho. Especialmente mi madre, un ángel adorable y protector pero atormentado ante la posibilidad de que su hijo no estuviera comiendo lo suficiente. Yo le agradecía de buena gana el esfuerzo, pero algunos de mis compañeros no opinaban lo mismo. Especialmente, Mike Schreder.

—Oh Paul... —Dijo Dana con tristeza.

—Schreder era un abusador. El matón del colegio. Más alto y más fuerte que los demás, le gustaba ensañarse con los empollones, con los flojuchos y, por supuesto, con los gordos...

—Siento mucho haberte llamado Albóndiga Espacial Paul... ¿Podrás perdonarme? —Dijo Dana poniendo morritos.

—Recuerda que todavía tienes que contarme tu historia...

—Cierto... —Admitió Dana enarcando mucho las cejas.

—De todas maneras, no fui yo el que peor lo pasó en aquellos pasillos.

Había otro chico. Joe Mendoza.

—¿Joe Mendoza?

—Un niño flaco, tímido y con serios problemas de dicción. Cada vez que la señorita Claire le mandaba a leer algo en voz alta, toda la clase estallaba riendo a carcajadas. Schreder decía que Joe nunca sería capaz de hablar bien porque sus antepasados se alimentaban comiendo lagartos en la selva.

Mendoza, Mendoza, Mendoza

Se comió cuatro mariposas

La cabeza de un lagarto

Y todavía no está hartó.

—¿Le compuso una canción? —Preguntó Dana aterrizada.

—Se la cantamos durante un año, prácticamente todos los días. —Dije apesadumbrado.

—Pobre chico...

—Lo peor de todo es que yo, otra de las víctimas de Schreder, disfrutaba con aquello como el que más. —Confesé.

Dana no supo que responder.

—¿Patético verdad?

—¿Y qué fue de Joe?

—No lo sé. Repitió curso y lo dejamos atrás. Nunca tuve la oportunidad de pedirle perdón. —Respondí con el corazón encogido.

—Bueno... Todo eso ocurrió hace mucho tiempo... Y no erais más que niños... —Dijo Dana intentando desdramatizar un poco el ambiente.

—Su turno, Doctora. Hora de escuchar tu desgarradora historia.

—Creo que renunciaré al privilegio.

—¡No puedes hacer eso! —Protesté.

—¡Claro que puedo!

—¿Que eras? ¿Bizca? ¿Tenías aparatos en la boca? ¿Mal aliento? —Inquirí divertido.

—Durante muchos años, hasta llegar a la facultad, tuve que vivir con un horrible mote... —Respondió Dana afectada.

—¿Dana la farsante? —Pregunté divertido.

—DANA LA PLANA.

—¡JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJ!

—¡No tiene gracia!

—¡Dana la plana! ¡Dana la plana! ¡Dana la plana!

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

23 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

La voz grave de Morgan Lawrence llegaba amortiguada, precediéndole por los pasillos de la estación.

—¡A *Lindon High*! ¡Todos a *Lindon High*!

Un segundo después, el rostro del copiloto del transbordador espacial asomaba por la puerta del comedor donde estábamos charlando Dana, Omar y yo. Visiblemente alarmado y con las facciones desencajadas, Lawrence insistió.

—¡Corred!

La rápida reacción de mis compañeros reveló las virtudes de su entrenamiento. En el tiempo en el que a mi atolondrado cerebro le llevó procesar que algo verdaderamente importante estaba ocurriendo, Omar y Dana ya habían salido disparados en dirección a la sala de reuniones de la estación.

Cuando llegué, el último y resoplando, estaban todos en silencio con la atención fijada en el inmenso ventanal.

—¿Qué ocurre? —Pregunté.

Me acerqué al cristal pero no me percaté de nada extraño. El planeta seguía estando a nuestros pies, tan silencioso y majestuoso como siempre. Entonces, de repente, las vi. Primero una, luego otra, y otra... Salpicando el hemisferio sur, intermitentes.

—¿Cuántas van? —Preguntó Omar en un ahogado susurro.

—Yo he contado ya diez o doce antes de que llegarais. —Contestó Zaitsev desde un oscuro rincón cercano a un extremo de la sala.

—Australia, Nueva Zelanda, Indonesia, Filipinas...

—¿Como han podido? —Dije anonadado.

—Es el fin... —Sollozó Dana.

—Toda la región quedará devastada.

—Las ciudades... Toda esa gente...

—Han debido ser los chinos... —Dijo Aslan con amargura.

—Estoy seguro de que los americanos también tienen sus juguetes nucleares en la zona... —Respondió Wang con tono desafiante.

—No importa quien haya sido. —Quiso zanjar Lawrence.

—¿A no? —Insistió Zaitsev. —Yo creo que sí que importa.- Creo que si

hay una guerra nuclear ahí abajo es algo que debería importarnos a todos.

—¿Que vas a hacer Zaitsev? ¿Vas empezar a cavar trincheras en la cocina? —Respondió molesto Anderson.

—Creo que será mejor mantener la calma. —Terció Aslan.

—¿Tú de qué lado estás Omar? —Quiso saber rápidamente Anderson.

—Del lado del sentido común, Thomas.

—¿Te vas a quedar ahí sentado tan tranquilo viendo el espectáculo?

—¡No sabemos qué ha ocurrido! ¡No tenemos ni idea! —Intervine...

—Caballeros... —Quiso mediar Wang aplacando de paso mi impulso de abofetear a Anderson. —Les ruego que dejen a un lado sus diferencias. Como bien dice el señor Sander, estamos aislados, incomunicados; y por lo tanto debemos ser prácticos. A partir de ahora, nuestro comportamiento aquí y todas nuestras acciones, deben estar encaminadas a la consecución de un solo objetivo.

—¿Ah sí? —Contestó Zaitsev burlón. ¿Ahora estás tú al mando, Wang? ¿Quién demonios te has creído que eres?

—¡Deja que hable! —Exclamó el Coronel Dayan dando un manotazo sobre la mesa.

—¿A qué se refiere exactamente Doctor Wang? —Preguntó Dana con voz temblorosa.

—A sobrevivir.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

24 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

Wang ha venido a verme. Puede que sea su excesiva cortesía o ese aire de constante superioridad, pero lo cierto, es que cada vez le soporto menos. Si tuviera que describirlo, diría que Wang es como uno de esos burócratas del Comité Central del Partido Comunista que salen de cuando en cuando en las noticias. ¿Alguna vez te has fijado cómo aplauden? Nunca de manera estrepitosa. Se levantan a la vez, como impulsados por un resorte y baten sus pequeñas palmas con suavidad. Déjame decirte una cosa Kate, yo no me fío de la gente que aplaude sin hacer ruido. Es antinatural.

Escuché pasos acercándose a mi habitación mientras trataba de poner en orden mis notas sobre todos los desastres ocurridos desde el comienzo de esta pesadilla. Es algo que he intentado hacer varias veces, pero que todavía no he conseguido llevar a cabo. ¡Siempre me interrumpen! Hoy, fueron los nudillos de Wang, tocando suavemente la puerta.

—¿Señor Sander?

—¡Adelante! —Exclamé.

—Por favor, discúlpeme si le molesto.

—No... Tan solo estaba... —Respondí mientras recogía un buen montón de papeles.- Estaba tratando de poner todo esto un poco en orden... Ya sabe...

—Comprendo. La vida en la estación puede resultar a veces algo caótica. —Respondió Wang dibujando una media sonrisa.

Los calculados modales de Wang, activaron inmediatamente mi lado oscuro. Esa calma impostada... Esa irritante presencia, siempre equilibrada... Su tono de voz, sin una palabra nunca más alta que otra... ¡Me saca de quicio! Acabábamos de empezar la conversación y yo ya estaba a la defensiva.

—Sabe... Admiro profundamente su saber estar Doctor Wang. A veces me pregunto si no será usted una especie de androide... ¿Sabe usted quien es Karl Bishop Doctor Wang?

—Usted cree que todo esto es como una de sus películas... ¿No es cierto?

—No conozco ninguna de las suyas... —Respondí con mordacidad.

El semblante de Wang se puso serio.

—No estoy aquí para hablar de cine señor Sander. —Respondió en un tono que no admitía dudas.

—Lástima. Es uno de mis temas favoritos de conversación. Mi amigo y compañero de fatigas, Bill Walsh, siempre dice que sólo se hablar de amebas y de cine. Por eso sigo soltero. ¿Le apetece una charla sobre protozoos unicelulares Doctor Wang?

—Guárdese su sarcasmo. No le funcionará conmigo.

—Guárdese usted esa actitud condescendiente para con todos los que estamos aquí, doctor.

—Ha llegado la hora de tomar decisiones importantes. —Insistió Wang.

—¿Qué tipo de decisiones? Permítame sugerirle alguna: ¿Cuándo vamos a irnos de aquí? Hay gente ahí abajo pasándolo realmente mal. Nuestros seres queridos atraviesan un infierno, bombas nucleares incluidas, y algunos pensamos que ya va siendo hora de intentar echar una mano. Ni usted, ni el comandante Anderson pueden arrogarse el derecho a decidir por todos.

—Ustedes... —Respondió Wang apretando más de la cuenta las mandíbulas.- Omar, Dana, Viktor... Todos hacen un diagnóstico equivocado y emocional de la situación. Se niegan a aceptar los acontecimientos... Es una reacción normal, no nos enfrentamos a una crisis como esta todos los días. Ahora mismo se encuentran inmersos en la fase de negación, pero deben superarla y comenzar a actuar de la única manera posible. Se nos está agotando el tiempo y no puedo andar con más contemplaciones.

—¿Qué acaba usted de decir? —Respondí atónito.

—Tan sólo disponemos de un transbordador. Es la única forma de volver y yo tengo el respaldo de los hombres que lo pilotan. Ustedes cuentan con la fuerza bruta de Zaitsev, el estúpido optimismo del profesor Aslan y el desconcierto de Dana Lehner. Ahora, continúe poniendo sus cosas en orden señor Sander, y piense sobre el papel que va a jugar usted en ESTA película.

—¿Me está usted amenazando Doctor Wang?

—Nada más lejos de mi intención. Le conmino, por favor, a que hable con ellos. Les conmino a todos a dejar atrás las tensiones y comenzar a trabajar desde mañana mismo, por nuestro futuro. Necesitamos una reunión. Está en juego la supervivencia y hay mucho que hacer, empezando por asegurar la continuidad de nuestra especie.

—Un noble propósito sin duda. Estoy seguro de que las Naciones Unidas y los gobiernos, ya deben de tener a gente cualificada trabajando en

todo esto que usted menciona. Cuanto antes podamos ayudarles, mejor.

—Veo que no ha entendido usted nada Señor Sander.

—Veo que sigue usted hablando como un androide Doctor Wang.

—Dentro de poco, si es que no ha ocurrido ya, sus Naciones Unidas habrán dejado de existir. Los gobiernos habrán desaparecido y la gente de la que usted habla, la cualificada y la no cualificada; serán todos historia. Pronto, no quedará nadie sobre la faz Tierra, señor Sander.

—Está usted completamente loco...

—¡Maldito idiota! ¿Es que no se da cuenta? ¡Nosotros somos los únicos supervivientes!

La reacción de Wang me provocó un sudor frío por la espalda. Psicológicamente agotado, alcancé a balbucear:

—Salga... Salga usted inmediatamente de aquí... ¡Salga de mi habitación!

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

25 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

El Comandante Anderson leía La Biblia en el museo de la estación. La estancia se encontraba inundada por una penumbra que cambiaba entre el gris y el verde oscuro, fruto de la refracción provocada por el extraño manto de luz que, sin que todavía sepamos por qué, sube y baja en intensidad cubriendo gran parte de la Tierra. Es como si el planeta ardiera en fiebre. Observé un momento la silueta de Anderson mientras me dirigía a hablar con él. Me pareció la imagen de un hombre atormentado.

El Comandante estaba sentado en el suelo, contra la pared, y a pesar de mi evidente presencia no hizo gesto alguno por desviar la mirada del libro. Volví a sorprenderme por la cantidad de objetos apilados en las estanterías a lo largo de los años. Un secador de pelo, camisetas, comics, discos de vinilo, un antiguo casco de cosmonauta soviético... Extraños y silenciosos testigos ante la conversación que estaba por venir.

—¿Comandante Anderson?

—¿Qué haces aquí Sander?

—Disculpe si le molesto... Tan solo quería...

—¿No deberías estar conspirando?

—Me entristece saber que me tiene en tan baja consideración.

—Conozco bien a la gente como tú. Piensan que pueden mirar al resto de los mortales por encima del hombro tan solo por el hecho de vivir y trabajar en una gran ciudad como Nueva York. Los comunistas para los que trabajas consiguieron un permiso para que pudieras darte un paseo por el espacio, pero tengo que decirte, muchacho, que esto ya no es ningún juego. Vas de aquí para allá haciendo preguntas a todo el mundo y grabándolo todo como si esto fuera un maldito reality show. Nunca debiste haber venido aquí, Sander. Eres como un grano en el culo de esta estación.

—¿Puedo reproducir sus palabras literalmente a mis lectores? —
Respondí a la defensiva.

Anderson cerró de golpe La Biblia y se puso en pie.

—No te pases de listo conmigo Sander.

—¿Qué hace con esa Biblia?

—¿Y a ti que te importa?

—Intento ser amigable, Comandante.

—¿Te incomoda estar en manos de Dios?

—¿Se encuentra usted bien?

—¡Te he dicho que no te pases de listo Sander! —Me increpó Anderson extendiendo el brazo y apuntando con la Biblia.

—¿De verdad cree que Dios tiene algo que ver en todo esto? —Pregunté atónito.

—¿Cuanto hace que no vas a la iglesia?

—Hace años, tuve una amiga... Loraine... Me pregunto qué habrá sido de ella...

—No cambie de tema.

—Loraine era una persona religiosa que de vez en cuando insistía en que la acompañara a la celebración de la palabra. Su vida estaba en gran parte dedicada a aquella congregación de la calle 116 y sé que allí la apreciaban mucho. Naturalmente yo estaba mucho más interesado en los aspectos más terrenales de la relación... Ya me entiende... —Explicué guiñando un ojo.- Así que, digamos que durante una época de mi vida, me vi obligado a asistir MUCHO a la iglesia.

Anderson me obsequió con una mirada torva.

—Eres despreciable.

—Yo procuraba sentarme siempre en las filas de atrás. Odio llamar la atención. Me gustaba ver a Loraine cantando en el coro. Radiante, dando palmas al ritmo de *All in His Hands*. Sonreía todo el tiempo... La gente lloraba...

—Hoy más que nunca, estamos en sus manos... —Respondió el comandante.

—A mi todo aquello me parecía ridículo.

—Dios ha hecho bien enviando esta enfermedad. Acabará con toda la podredumbre... Nos librá de la impureza que contamina a su creación... Él nos ha elegido. Él nos ha puesto a salvo de la devastación para llevar a cabo un nuevo comienzo en su nombre.

—¿Me está usted diciendo que Dios ha matado a siete mil millones de personas?

Anderson abrió La Biblia para leer.

“Entonces Dios le dijo a Noé: Entre toda la gente de este tiempo, he visto que tú eres el único hombre bueno. Por eso, entra en la casa flotante con

toda tu familia. De todos los animales y aves que acepto como ofrenda, llévate contigo siete parejas, es decir, siete machos y siete hembras, para que sigan viviendo en la tierra. De los animales que no acepto como ofrenda, llévate sólo una pareja. Dentro de una semana voy a hacer que llueva cuarenta días y cuarenta noches. Así destruiré en este mundo todo lo que he creado. Y Noé siguió todas las instrucciones que Dios le dio.”

—¿Está seguro de que se encuentra bien? Vaya por delante mi respeto por las convicciones religiosas, pero no estamos en una abadía. ¡*Harmony* es una instalación científica!

—¡Tu no respetas nada! ¡Contempla el resultado de la soberbia de los hombres! ¿Qué es lo que ha hecho la ciencia durante esta calamidad? ¿Dónde están las vacunas? ¿Donde los medicamentos? ¡La Tierra está siendo purificada sin que nadie pueda hacer nada para impedirlo!

—¡Aún es pronto! —Exclamé exasperado.

—¿Acaso te atreves a cuestionar a Dios?

—Yo no cuestiono a nadie.

—“Y vendrán una Tierra Nueva y un Cielo Nuevos...”

—Wang no puede estar de acuerdo con todo esto... —Respondí.

—Yun Wang no es más que un instrumento en manos de DIOS. Todos lo somos. Deberías hablar menos y rezar más. Te va a hacer falta.

—Creo que lo que nos hace falta a todos es dormir más y rezar menos. Una vez esté usted más descansado, le propongo una reunión para acordar el mejor momento de evacuar esta condenada estación. Dígale a Wang que intentaré hablar con Aslan. Les avisaré cuando estemos listos.

—Sander...

—Maldita sea, deje ya de sermonear.

—¿Sabes pilotar un transbordador espacial?

—Me salté esa asignatura en la facultad de periodismo... —Respondí con sarcasmo.

—Recuerda siempre, que yo soy el único aquí capaz de hacerlo.

—Los caminos del Señor son inescrutables... —Respondí intentando parecer condescendiente.

—Mucho más de lo que piensas. —Dijo Anderson furioso. —Mucho más de lo que piensas...

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

26 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

Mi habitación tiene una ventana situada a media altura. La mayor parte del tiempo no es más que un hueco oscuro en la blanquísima aleación que recubre la pared pero dependiendo de nuestra trayectoria y orientación; la luz, a veces, hace acto de presencia. Al principio, tímidamente, pero al cabo de unos minutos esta claridad lechosa abandona su recato inicial para dejar pasar al despampanante fulgor de la Tierra. La vista es tan impresionante, Kate, que suelo dejarlo todo para fijar la mirada en ella, pero ni siquiera este momento, resulta relajante o beatífico para mi atribulado espíritu. Me acerco al cristal y mi retina, devora la imagen con tanta ansiedad que la experiencia se convierte en un acto frenético, breve... insatisfactorio...

La rotación del anillo exterior de la estación sigue su curso.

—Es el maldito precio que hay que pagar por la gravedad. —Suele decir Zaitsev...

Implacable, *Harmony* me devuelve de nuevo a la oscuridad y yo aparto las manos de la ventana.

Me pregunto cuándo va a terminar todo esto.

Le dije a Wang que no había que perder la esperanza pero la realidad tiende a ser tozuda y debo reconocer que las cosas se están poniendo muy difíciles. A veces pienso que mi empeño en que al final todo salga bien, es comparable a la fe que tienen los niños en Santa Claus, o la creencia desesperada del Comandante Anderson en ese Dios tan generoso que ha tenido la deferencia de preservarnos vivos, después de haber aniquilado de un plumazo a más de siete mil millones de personas.

Los seres humanos y su ineluctable necesidad de creer.

Creer en Dios o creer en la ciencia. Si ninguno de los dos puede salvarnos... ¿Cual es la diferencia? Nos gusta creer en un futuro mejor, en nosotros mismos... Creer que después de la tormenta sale el sol, creer en las hadas, en los duendes y creer que La Fuerza siempre te acompaña... Creer que sigues viva Kate... Creer...

Creer a pesar de todo.

Echo de menos las interminables jornadas de trabajo con Bill en la redacción. Nos gustaba perder el tiempo, filosofando sobre estas y otras

muchas cosas...

—Somos una especie cuya curiosidad sólo es equiparable a nuestro atrevimiento. —Solía decir el viejo Bill.

Si estuvieras aquí, Bill, estoy seguro de que hace tiempo que hubieses mandado todo a la mierda.

Me niego a pensar, como Anderson, que ningún Dios ha decidido borrarlos caprichosamente de la existencia.

Me niego a pensar, como Wang, que una estúpida enfermedad ha dejado tras de sí, tal nivel de devastación.

Me niego a pensar...

¿Qué más puedo hacer? Ni siquiera puedo decir que estoy cien por cien seguro de mí mismo... De que nada de esto sea real. Cualquiera de nosotros puede llegar a perder el juicio en *Harmony*... Ella es así... Te devora.

Afortunadamente, escribir me mantiene ocupado y como ya sabes, paso muchas horas intentando llevar un registro lo más fidedigno posible de todos los acontecimientos. El diario me ayuda a ordenar mis ideas y me obliga, además, a llevar un orden cronológico de los hechos. Con el paso de los días, todos iguales, resulta fácil confundir fechas y acontecimientos y cuando no hay demasiado que hacer, hasta las nimiedades se convierten en acontecimientos importantes... ¿Fue esta semana cuando le pedí a Dana un nuevo cepillo de dientes? ¿O fue la anterior?

Gracias a mi empeño por documentarlo todo, he podido relatar con precisión mis encuentros con Wang, Dayan y Anderson. Todavía no he podido hablar con Lawrence pero el hará lo que diga su comandante. Está claro que los planteamientos de Wang se encuentran en las antípodas de la razón. Zaitsev, como era de esperar, se puso hecho un basilisco y no paraba de vociferar.

—¡Esto es un golpe de estado contra Naciones Unidas! Estamos en manos de un psicópata peligroso, un extremista religioso y un judío... — Concluyó.

—Puedes ahorrarte los comentarios racistas Viktor. Intentemos mantener la calma. —Respondió Aslan.

—La idea de Wang sobre esa supuesta extinción y sus aspiraciones de reconstruir toda la civilización partiendo de la base genética de ocho personas es ridícula. —Dijo Dana visiblemente afectada.

Todos la miramos sin atrevernos a profundizar en las implicaciones de lo que la doctora Lehner acababa de decir.

—Hay que pasar a la acción y cuanto antes, mejor. El que golpea primero, golpea dos veces. —Afirmó Viktor con firmeza.

—¿Que es lo que propones Zaitsev? ¿Darles una buena paliza?... Por el amor de Dios...

—Eso es... ¡Vamos con todo! ¡A pecho descubierto! —Intervine con sorna.

—¿Y a ti? ¿Quién te ha preguntado? —Dijo Zaitsev.

—¡Basta! —Exclamó Omar.

—Ya está bien Viktor. Paul también forma parte de nuestro pequeño equipo para salvar el mundo. —Dijo Dana muy seria.

Sé que quizás no esté bien admitirlo, Kate, pero no se qué me molestó más, si el abierto desprecio del ruso, o la maternal condescendencia de Dana.

A pesar de todo, Zaitsev se atrevió a replicar.

—Haced lo que os venga en gana, pero si no veo resultados, yo mismo me encargaré de que el imbécil de Anderson nos lleve de vuelta.

—¿A punta de pistola quizás? —Pregunté resentido.

—En la fuerzas aéreas rusas nos enseñan a ser persuasivos... ¿Quieres una demostración? —Respondió Zaitsev acercándose con aspecto siniestro.

—La única forma de salir todos ganando, pasa por llegar a un acuerdo. Nos reuniremos con ellos. Negociaremos. —Dijo Omar.

—No veo qué podemos negociar... —Dije. —Wang ya tiene lo más importante, el transbordador.

—Te equivocas Sander. Nosotros tenemos algo que Wang quiere. Lo necesita desesperadamente y además ya. —Respondió Omar enigmático.

—No sé a qué te refieres... —Respondí confundido.

—Nosotros tenemos a la doctora Lehner.

Miré instintivamente a Dana.

Su cara era la viva imagen del terror absoluto.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.
28 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

Todo se ha ido apagando en una lenta agonía. Vista desde el espacio, la noche en la Tierra es como contemplar un lienzo negro donde ocasionalmente surgen destellos aislados provenientes de esta o aquella tormenta. Nada queda del luminoso espectáculo de nuestra civilización.

La última emisión que recuerdo ver en nuestras pantallas, fue de la Televisión Nacional de Uruguay. El gobierno instaba a poner rumbo al Centro Internacional de Refugiados de las Naciones Unidas en la localidad Argentina de San Carlos de Bariloche.

ALERTA PRESIDENCIAL

Mensaje de evacuación a todos los ciudadanos de la República Oriental del Uruguay

Alerta de Evacuación por virus. WAS1 -Wicca-

- **No olvide su pasaporte**
- **Haga acopio de provisiones: Comida, combustible y agua.**
- **Asegúrese un calzado adecuado para emergencias.**
- **Deje su casa cerrada.**
- **En caso de atasco en la vía, estacione su vehículo en el arcén y continúe su travesía a pie.**
- **El Centro de Acogida de Refugiados más reciente se encuentra en la localidad argentina de San Carlos de Bariloche.**

Nadie va a poder ayudarnos Kate.

Anderson aprovecha cada contratiempo, cada pequeña derrota, cada mala noticia, para predicar la cólera de su Dios.

—¡Qué más pruebas necesitáis! —Exclama por los pasillos de la estación.

—¡Maldito chiflado! ¡Lo que necesitamos es paciencia para no arrojaros

a ti y a Dios directamente al vacío! —Responde Zaitsev fuera de sí.

Anderson, se encoge como un animal asustado y emprende la retirada.

Un odio profundo y primitivo se destila en su mirada.

El ruso simplemente le ignora, pero a mí me da miedo.

Aslan está convencido de que lo de Anderson es una puesta en escena. Piensa que todo obedece a una estrategia, un plan cuidadosamente urdido por Wang con el fin de ir minando poco a poco nuestros nervios.

—Espera que demos un paso en falso para hacerse con el control de la estación. —Argumenta.

—Bravo por Yun Wang... Pero si ese loco vuelve aquí con su Biblia, lo estrangulo. —Respondió Zaitsev.

—Vamos Viktor... No entres al trapo... —Dijo Dana tratando de quitar hierro al asunto.

—Volvamos al trabajo. —Sentenció Omar.

Zaitsev va a programar los sistemas para que *Harmony* rastree automáticamente retransmisiones en todas las bandas: HF, UHF y VHF. Por otro lado, hemos grabado un mensaje explicando nuestra situación para lanzarlo continuamente a las ondas con la esperanza de obtener una respuesta. Puede que todavía quede alguien ahí fuera escuchando... Maldita sea Anderson, no necesitamos a ningún Dios, tan solo hace falta un poco de suerte. Estableceremos turnos de escucha con los auriculares, pero si pasa el tiempo y no obtenemos nada, Aslan opina que lo más práctico será aprovechar la megafonía de la estación.

—Si alguien dice algo, nos enteraremos todos.

Incluido Yun Wang. —Pensé con aprensión.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

29 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

Podría decirse que la Estación Espacial Internacional *Harmony* ha quedado físicamente partida en dos. Por un lado, el grupo de Wang controla toda la zona que comprende *Lindon High*, el *Museo Ripley*, el gimnasio, el almacén de repuestos y provisiones, varios laboratorios y los muelles de acoplamiento del transbordador. Nosotros estamos al otro lado, donde se encuentran la sala de comunicaciones, el comedor, el puente de mando desde donde se gestionan los sistemas, la enfermería y la sala de recreo.

Ellos tienen la comida, los repuestos y lo que es más importante, todos los recursos para poder evacuar la estación. Nuestras son las comunicaciones y la gestión de los sistemas, y si bien Zaitsev puede bloquear las esclusas que dan acceso al transbordador, o provocar la eyección del mismo, eso no nos va a sacar de aquí. También podría cortar la energía de la estación o poner toda esta maldita estructura en rumbo de colisión contra la luna; lo cual, teniendo en cuenta que el ruso me parece un tipo peligrosamente impulsivo, constituye un motivo adicional de preocupación.

Intuyo que Wang es consciente de que tenemos que llegar a un acuerdo. Mientras tanto, sólo cabe esperar que a ningún idiota se le ocurra la estupidez de emprender cualquier locura. En realidad Kate, no sé quiénes son estas personas. ¿Cuánto tiempo llevo viviendo aquí con ellas? ¿Unos meses? La mayoría de las veces, ni siquiera confían en mi criterio... ¿Cómo puedo estar seguro de que no me utilizan?

Durante mis primeros días en la estación, nunca percibí nada que pudiera presagiar grandes desavenencias. Viktor Zaitsev me pareció un tipo lleno de energía, espontáneo y en ocasiones hasta divertido. La doctora Dana Lehner, una joven brillante, capaz, resolutiva. Omar Aslan, un científico abierto, amigable y siempre dispuesto a echar una mano. Yun Wang me causó una profunda impresión. Una persona calmada, tremendamente reflexiva, casi tímida y al mismo tiempo deseosa de saber sobre mí. El comandante Anderson, en su rol de profesional serio y dedicado a su trabajo, contrastaba con Morgan Lawrence, el contrapunto perfecto al equipo que ambos formaban como responsables del transbordador. Y por último, no hay duda de que Dayan fue siempre el más reservado, pero este rasgo de su

carácter no restaba un ápice a sus modales, con lo que, lejos de parecer arisco, siempre se mostró conmigo muy educado.

Si por entonces, alguien me hubiese preguntado, no podría haber pensado en un equipo mejor con el que compartir esta experiencia. ¿Cómo es posible que hayamos podido llegar hasta estos extremos de animadversión?

Si Bill estuviese aquí, diría que estamos ante el hundimiento de la sofocracia. Platón defendió en *La República* que el capitán de un barco nunca puede ser ni el más fuerte, ni el más rico, ni el más popular sino el más sabio... Desgraciadamente, dejó sin aclarar cómo proceder si el barco estaba lleno de sabios.

—Probablemente, se pasarían meses tirándose de las barbas unos a otros y la cosa terminaría con todo el mundo saltando por la borda. Adiós barco. — Diría Bill riendo.

A tenor de los acontecimientos y para mi desazón, esta estación constituye la prueba empírica de que ningún sabio es inmune al miedo, ni a la violencia, ni al fanatismo, ni a la cobardía, ni siquiera a las veleidades de la conspiración. ¿Por qué entonces debería yo dejarme influenciar por ellos?

Me miran por encima del hombro, Kate. Todos ellos lo hacen. Es algo sutil, nunca abierto. Puedo percibir cómo se parapetan detrás de sus fórmulas, de sus conocimientos, de su infalible racionalismo para despreciar mis opiniones. Hasta Dana me trata a veces con condescendencia. Creen que no soy capaz de aportar nada, que esta crisis es demasiado compleja como para ser abordada, ¡Dios nos libre!, por un periodista...

Debería sentirme un privilegiado, vivo rodeado de algunas de las mentes más brillantes del planeta, pero me siento solo.

Maldita sea, no quiero morir aquí Kate.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

30 de Noviembre de 2.036.

Hola Kate.

Tal y como dijo Zaitsev, encontré a Morgan Lawrence en el pasillo que conduce al transbordador. Tristemente, poco queda ya del hombre que vino al espacio conmigo gastando bromas como si estuviésemos en un parque de atracciones. Su aspecto jovial y desenfadado ha desaparecido y ahora es una persona incapaz de mirarme a la cara cuando le hablo. Sufre pequeños temblores en las manos, tiene el rostro demacrado, signos evidentes de falta de sueño. No es más que una sombra que deambula por la estación, con aires esquivos, encorvada.

Bill solía hablarme en la redacción de lo mucho que el dinero cambia a las personas. Tú debes saberlo bien, Kate. Conoces a mucha gente influyente.

Yo siempre he dicho que cualquiera puede aspirar a ser un insolente en Nueva York. ¿Quién no tiene un amigo rebosante de arrogancia en la Gran Manzana? Les gusta frecuentar los clubs del *Meatpacking*, presumiendo, como si llevaran paseándose toda la vida por allí. Aquí he descubierto que lo que *de verdad* cambia a las personas es el miedo.

El miedo lo cambia todo.

Inquieto, saludé a Morgan con la mayor espontaneidad que fui capaz de fingir.

—¿Ocupado Lawrence?

—Déjeme en paz.

—Llevaba tiempo sin verte... ¿Estás bien? —Respondí con aire familiar.

—Que me dejes tranquilo, Sander.

—Sólo quiero charlar un rato.

—Sólo quieres información.

—No sabía que en Wisconsin sintieran tanta fascinación por los espías. En Nueva York nos gusta ir al grano. Así que dime Morgan, ¿Qué es lo que estáis tramando?

—Nueva York es ahora una ciudad fantasma.

—Y eso... ¿Cómo lo sabes?

—¿Es que no te das cuenta? Es el fin.

—Vamos Morgan... ¿Acaso crees que somos los últimos

supervivientes? ¿Cómo puedes tomarte en serio toda esa charlatanería de Wang? ¿De verdad piensas que de repente nos hemos convertido en un Arca de Noé espacial?... Anderson afirma que formamos parte de un plan divino, ¿Tú también estás de acuerdo?

—No somos quién para juzgar a Dios.

—¡El plan divino de un Dios psicótico, al que no se le ha ocurrido otra cosa que enviar una enfermedad a la Tierra para exterminar a más de siete mil millones de sus queridos hijos! ¡Es ridículo! —Exclamé con tono incrédulo.

—El comandante Anderson es uno de los mejores hombres que he conocido.

—¡Anderson está trastornado! —Respondí.

—¡Cállate! —Estalló con violencia Lawrence.

—...

—¡Ustedes y su estúpido optimismo! ¡Están todos muertos! ¿Me oyes Sander? ¡Todos!

—Podemos buscar... Ir a algún sitio... Sudamérica... África... Hay aeródromos donde aterrizar el transbordador... Vamos Lawrence... ¡Ningún maldito microorganismo puede acabar con un planeta entero! Podemos salir de aquí.

—Wang habla de entre doce y quince meses de cuarentena antes de siquiera pensar en volver.

—¡No se puede poner a todo el planeta en cuarentena! —Exclamé desesperado.

—El Coronel Dayan también está de acuerdo.

—¿Qué es lo que sabe Dayan? ¿Qué es lo que sabéis y no nos estáis diciendo maldita sea? —Pregunté exasperado, a punto de agarrar a Lawrence por el cuello.

—Habla con Wang.

—¡Por el amor de Dios! ¡Morgan! Somos compatriotas. No podéis poner el transbordador en manos de Wang y quedaros tan tranquilos. Espera a que algún pez gordo del gobierno se entere de esto... Cuando volvamos, te aseguro Lawrence, que me encargaré de publicar esta mierda en todos los periódicos del país.

—Déjame tranquilo. —Respondió Morgan con desdén.

—¡Esto no va a quedar así! -Continué presionando.- Estás acabado Lawrence. Cuando el mundo entero sepa cómo has actuado aquí... Estás arrojando tu carrera por la borda. Con suerte, acabarás tus días sacando brillo

a las rampas de lanzamiento en Cabo Cañaveral... ¿Qué vas a decirle a tu hijo?

—Hace tan solo treinta y tres días, Dennis vivía con su madre en Chicago. Tenía seis años.

—¿Por qué eres tan pesimista?

—Está muerto Sander. TODOS LOS NIÑOS ESTÁN MUERTOS. — Contestó Morgan dirigiéndome una mirada torva.

—...

Me di cuenta entonces de que había llegado demasiado lejos. Morgan no diría nada más. Sacar a colación a la familia fue un error de principiante.

Antes de retirarme a mi habitación para lamentarme por mi estupidez, Lawrence me hizo un gesto extraño con la cabeza.

—Sander...

—Dime.

—Reza.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

02 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

Mis conclusiones sobre el ánimo de Morgan confirmaron nuestros peores temores sobre el estado emocional del grupo liderado por Wang. El comandante Thomas Anderson enajenado, Lawrence completamente anulado, David Dayan paranoico... La desesperación llama a más desesperación y Wang lo sabe. Es un experto alimentando nuestros miedos.

Tanto Dana como Omar coinciden en que la situación en la Estación Espacial Internacional *Harmony* está a punto de descontrolarse. Todos los días hago un esfuerzo titánico por tratar de mantener mi independencia, y lo que es más importante, conservar mi propia cordura. Creen que no me doy cuenta, pero ser la marioneta que todo el mundo quiere manejar, no está escrito en el maldito guión.

Reconozco que en el periódico yo siempre evitaba los conflictos. Mi tendencia a ponerme de perfil ante cualquier problema, irritaba mucho a Bill, que no perdía la ocasión para recordarme que la gestión del personal también estaba entre mis atribuciones como jefe del departamento. Afortunadamente, contaba con Marge Flaherty, nuestra maravillosa, incombustible y sexagenaria ayudante de administración. Marge era un ángel puesto por Dios en el New York Times para amansar a las fieras. Una palabra malsonante o una discusión fuera de lugar, y todos sabíamos que la señora Flaherty infestaría inmediatamente la redacción con el aroma de su temible arsenal de velas de incienso, así que, si no queríamos volver a casa oliendo como una pagoda, más nos valía llevarnos bien.

Se lo que me vas a decir... ¡Tres hurras por la señora Flaherty! Me pregunto qué habrá sido de ella... ¿Crees que estará bien...?

Como te iba diciendo, y a pesar de todas las presiones, creo que aún conservo mi objetividad. No soy estúpido, Kate, Omar nunca ha sido el líder carismático que pretende hacerme ver, y mi instinto me dice que el profesor Aslan es perfectamente capaz de llegar a ser tan obstinado como Wang. ¿Es posible que también nos esté utilizando? ¿Acaso somos todos simples peones en la desquiciada partida de ajedrez que están jugando dos hombres consumidos por una oculta rivalidad que hasta ahora pasaba más o menos desapercibida en la estación? No lo sé Kate, pero te aseguro que pienso averiguarlo.

¿Quién es más peligroso, Anderson o Zaitsev? ¿Quién está más deprimido? ¿Morgan Lawrence o Dana Lehner que roba ansiolíticos de la enfermería? ¿Y qué podemos decir de mí? Me temo que últimamente hablo conmigo mismo muchas más horas de las recomendadas por la Organización Mundial de la Salud...

Acordamos ir juntos a la reunión con Wang. Aslan insistió en que intentásemos ser comedidos ante cualquier provocación en clara referencia al carácter explosivo de Viktor que, de mala gana, asintió taciturno.

—Nuestro objetivo es buscar el consenso. Escucharemos con calma sus argumentos y yo expondré los nuestros. Nada de gritos ni discusiones. —Afirmó Omar.

—No hay nada que discutir. —Respondió Viktor.- Evacuamos la estación cuanto antes y punto.

—Viktor, tu deja que yo me encargue de esto. ¿De acuerdo? —Dijo Aslan irritado.

—Vamos ya. —Intervine, intentando evitar de nuevo otro estúpido debate.

Partimos juntos hacia el comedor. Ellos ya estaban allí, Anderson y Lawrence sentados sobre una mesa, Dayan algo apartado, aguardaba en un rincón. Wang nos recibió de pie y sin perder tiempo, nos invitó a pasar.

—Adelante, pónganse cómodos.

Yo metí las manos en los bolsillos de mis desgastados vaqueros y me apoyé contra la pared de la entrada. Viktor y Dana se sentaron con Omar en la encimera y guardaron silencio. Wang, continuó.

—Hemos accedido a reunirnos aquí porque no podemos esperar mucho tiempo más.

—¿Acaso pueden negar que nos están ocultando información sobre lo ocurrido en la Tierra? —Pregunté sin poder reprimir mi indignación.

—Paul... Por favor... No estamos en una rueda de prensa... —Intervino Dana con tono condescendiente.

Wang agradeció la apreciación con un gesto y continuó.

—Nosotros somos los únicos supervivientes de Wicca, un evento de extinción que ha provocado el fin de la humanidad. A partir de ahora, tenemos una responsabilidad; un objetivo: Asegurar la continuidad y el futuro de nuestra especie.

—¿Evento de extinción? —Murmuró Zaitsev incrédulo.

Todos nos miramos extrañados, pero haciendo caso a Aslan, dejamos

que Wang continuase con su discurso.

—Hace hoy sesenta y cinco días que todos los seres humanos comenzaron a ser borrados de la faz de la Tierra. Observen que he dicho TODOS. La composición química del aire que respiramos en el planeta ha sufrido una alteración que afecta a nuestro genoma y que produce un fallo multiorgánico irreversible en un corto periodo de tiempo. La supervivencia de la persona afectada es muy corta. Una vez expuestos, la muerte llega rápido y el fenómeno se ha extendido con inusitada rapidez por todo el planeta, siempre siguiendo el patrón norte-sur.

—Pero... —Interrumpió Dana.

—Les ruego que se abstengan de pronunciarse hasta que haya concluido mi exposición.

—Muy bien. —Respondió Aslan haciendo un gesto a Dana con la cabeza.

—Afortunadamente, creemos que la virulencia de Wicca desciende con el tiempo y que el hemisferio norte del planeta comenzará a ser gradualmente habitable. Pensamos que dentro de aproximadamente un año, podremos encontrar áreas de Alaska, Groenlandia, Noruega, Suecia, Finlandia o Siberia donde el fenómeno será lo suficientemente débil como para poder volver a respirar. Esto no significa que, nada más llegar, podamos deambular libremente por donde queramos. Lo ideal sería encontrar una base aérea que disponga de instalaciones militares subterráneas. El Coronel Dayan se encuentra estos días trabajando de manera intensiva en ello. Por lo tanto, a partir de este momento, y ante la ruptura de las comunicaciones con la Tierra, declaramos que esta Estación Internacional está bajo el mando militar conjunto de las potencias de los Estados Unidos de Norteamérica, representada por el Comandante Thomas Anderson, el Estado de Israel representado por el Coronel Dayan y la República Popular China cuya representación ostento yo mismo. La Federación Rusa y la República Federal de Alemania quedan temporalmente excluidas de este acuerdo salvo que Viktor Zaitsev y la doctora Dana Lehner se avengan a aceptar la situación en los términos que hemos expresado.

—¡Están ustedes locos si por un momento piensan que vamos a entregarles la estación! —Explotó Zaitsev.

—Cálmate Viktor. —Intervino rápidamente Omar.

—Gracias profesor Aslan. Tal y como hemos explicado, nuestra prioridad debe consistir ahora en asegurar el futuro de nuestra especie. En

esta cuestión, como es lógico, juega un papel fundamental la doctora Lehner.

Dana no decía nada. Lívida, tenía la mirada acuosa, fijada en algún punto indeterminado de la pared situada detrás de Wang, que continuaba hablando.

—Comenzaremos inmediatamente con los estudios de fertilidad, estableciendo los períodos óptimos de fecundación. Para ello necesitaremos tomar algunas muestras. Afortunadamente, nada que no podamos hacer con el instrumental del que disponemos en la enfermería. Con el objetivo de maximizar la diversidad genética, los óvulos deben ser fecundados teniendo en cuenta la mayor pluralidad racial posible. Más adelante, y una vez evacuada la estación, confío en poder realizar pruebas genéticas preimplantacionales para determinar el género de los bebés. Teniendo en cuenta las circunstancias, es fundamental engendrar el máximo número posible de sujetos de sexo femenino. Un mínimo de entre doce y hasta dieciocho individuos en no más de veinte años sería lo aceptable. Lógicamente, a medida que Dana vaya envejeciendo, se producirá un aumento de las dificultades. Es algo que tendremos que asumir. Por último, debemos asegurarnos de que las futuras generaciones seleccionen cuidadosamente los cruces genéticos, con el objetivo de minimizar las consecuencias de la inevitable endogamia. La tarea y la responsabilidad histórica que tenemos por...

—No puedo creer lo que estoy escuchando... ¡Ni en un millón de años cuente usted conmigo para semejante locura! —Exclamó Dana enfadada.

—Su opinión es irrelevante doctora Lehner. Es el futuro de la humanidad lo que está en juego.

En ese momento, todo explotó. Zaitsev se abalanzó como un lobo sobre Wang. Omar intentó detenerle agarrándole por el brazo, lo que permitió que el ruso se viera placado de manera formidable por el Coronel Dayan, que se lanzó a por él con la velocidad del rayo. Pronto, se dibujó un remolino de piernas y brazos que empujaban, golpeaban, pateaban y juraban mil insultos y maldiciones. Wang, que se había apartado de la escena, indicó con un gesto a Anderson que éste también debía intervenir, pero Aslan, todavía algo aturdido, consiguió interponerse y mantener al comandante fuera de juego a base de empujones.

Entonces, en medio del caos, ocurrió algo que paralizó de golpe a todos los actores de la refriega. Los puños quedaron alzados y amenazantes en el

aire. Zaitsev tenía una pierna flexionada y lista para descargar su impacto en la mandíbula desprotegida del Coronel Dayan, que a su vez, agarraba con fuerza el cuello del ruso. Omar se cubría la cara de una andanada de golpes provenientes del comandante Anderson, que intentaba abrirse paso con fiereza. Wang señalaba a la Doctora Lehner mientras Lawrence corría hacia ella, y yo trataba de evitar que la alcanzara con una zancadilla. Toda la escena era como contemplar un extraño lienzo de cuerpos suspendidos en un violento escorzo interrumpido por el sistema de megafonía de la estación. La voz, irrumpió ronca y ajada.

—¿HAY ALGUIEN AHÍ?

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

3 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

¡Por fin buenas noticias! No creo que sea capaz de expresar con palabras la emoción que sentimos al comprobar que no estamos solos en medio de este desastre. ¡Oh Kate! ¡Qué Dios bendiga a John Harper y a todos los climatólogos de la Real Sociedad Meteorológica de Su Majestad!

Una vez recuperados de la estupefacción que nos causó el escuchar su voz resonando por todo el sistema de megafonía de la estación, corrimos hacia la sala de comunicaciones para responder. Aslan llegó el primero, con la camisa abierta, descompuesta por la refriega y la respiración jadeante, se apresuró a contestar.

—Soy el profesor Omar Aslan de la Universidad de Chicago ¿Con quién hablo?

—¿Chicago? No es posible...

—¿Quién es usted? ¿De dónde procede la señal? —Preguntó visiblemente nervioso Omar.

—Mi nombre es John Harper, soy climatólogo de la Universidad de Edimburgo. Le hablo desde la Antártida. Hace seis meses que fui destinado a la base Bernardo O'Higgins como comisionado de la Agencia Europea del Medio Ambiente en colaboración con una expedición chilena. Nos encargábamos de realizar mediciones periódicas en los glaciares de la Cordillera de los montes Antartandes. Ahora le toca a usted amigo. ¿Cuál es su posición?

—La Cordillera Antartandes... —Interrumpió Zaitsev.

—Está en el Polo Sur... —Musitó Dana.

Aslan se tomó un instante para pensar y respiró hondo antes de responder.

—Está usted al habla con la Estación Espacial Internacional *Harmony* de las Naciones Unidas. Necesitamos contactar de manera urgente con algún representante de...

—Si se trata de una broma, ya le digo que es una de muy mal gusto... —Interrumpió bruscamente Harper.

—No es ninguna broma señor Harper. Soy el Profesor Omar Aslan, Director del Programa Conjunto de Magnetismo y Micro Gravedad de la

Universidad de Chicago y adjunto al programa de investigación aeroespacial de la NASA. Tengo a mi lado a la Doctora Dana Lehner de la Agencia Espacial Europea, al cosmonauta ruso Viktor Zaitsev, al doctor Yun Wang de la República Popular China, al Coronel israelí David Dayan y a los tripulantes del transbordador espacial *Reacher*, los astronautas Thomas Anderson y Morgan Lawrence. También se encuentra con nosotros, como fruto de un acuerdo entre Naciones Unidas y el periódico The New York Times, el periodista Paul Sander.

Se hizo un prolongado silencio antes de que Harper acertara a contestar.

—Paul Sander... Si... Leí la noticia... —Respondió lacónicamente.

—Señor Harper... Nos gustaría... Necesitamos saber si...

Entonces, John Harper empezó a reír.

Quise achacarlo al nerviosismo, a la emoción del momento, pero aquello no tenía nada de festivo. Durante unos segundos, que a todos nos parecieron una eternidad, tuvimos que resignarnos a escuchar aquellas carcajadas histéricas, casi brutales. Nos miramos sin saber muy bien cómo responder. Luego, la señal quedó envuelta en silencio, tan solo interrumpido por las leves interferencias de la conexión.

—¿Señor Harper?- Inquirió Omar.- ¿Continúa usted ahí?

—...

—¿Harper?

—Si... Disculpe...

—Verá, la estación espacial lleva dos meses incomunicada. Usted es la primera persona con la que hablamos desde... Bueno... Desde que tuvimos noticia de los terribles acontecimientos que han ocurrido por todo el planeta. Como podrá suponer, disponemos de un número limitado de recursos y provisiones, y tarde o temprano, si no se reanudan las misiones de abastecimiento desde la Tierra, nos veremos obligados a evacuar esta instalación. Estamos desesperados por tratar de obtener cualquier información, por pequeña que sea, que nos ayude a determinar la mejor vía de actuación.

—Comprendo... —Respondió Harper.

—Bien. Dígame Señor Harper, ¿Está usted al mando de la base? ¿Cuánta gente hay ahora mismo en Bernardo O'Higgins? ¿Cómo están organizados? Hasta donde usted sabe, ¿Cual es la situación en otras partes del mundo? ¿Podemos hablar con alguna autoridad? ¿Qué hay de las Naciones Unidas? ¿Están ustedes en contacto con alguien más?

—Dispara usted demasiadas balas al mismo tiempo, profesor...

Viktor miró a Omar con desaprobación, mientras éste le devolvía un gesto con las manos, implorando calma.

—Le pido disculpas... —Respondió Aslan.- Por favor, tómese su tiempo.

—Como ya le dije, formo parte de una expedición climatológica. Yo y Edward Newman, un compañero de la Agencia Medioambiental de Canadá, viajamos integrados en un equipo de expedicionarios chilenos liderado por el profesor Emilio Parralde de la Universidad de Santiago. Nuestro cometido consistía en pasar gran parte del verano antártico efectuando mediciones entre los glaciares más perjudicados por el cambio climático.

—Continúe por favor.

—Montamos el campamento base a principios de Noviembre en el Glaciar Arensky. Allí recibimos las primeras noticias de que algo iba mal. Rumores sin confirmar de una especie de súper virus que estaba causando algunas muertes al norte; principalmente en Alaska y también en Canadá. No le dimos demasiada importancia. Si le soy sincero, no empecé a preocuparme hasta que pude hablar con mi esposa en el Reino Unido.

—Wicca... —Pensé estremecido. Escuchar el mismo relato que habíamos vivido nosotros pero en boca de otra persona me estaba poniendo los pelos de punta.

—No fue hasta mucho más tarde que supe de los disturbios y los saqueos en las ciudades. Ha ocurrido en todas partes. Rusia, Europa, Estados Unidos...

Luego vinieron los cierres de las fronteras. Territorios inmensos en todo el hemisferio norte, sometidos a despiadadas cuarentenas. Enormes campos de refugiados, rebosantes de enfermos abandonados a su suerte...

Desde aquí, sólo podía imaginar el drama de tantos millones de personas atrapadas. La preocupación por conocer el estado de mis seres queridos no me deja en ningún momento pero cualquier intento ha resultado infructuoso.

Sentí escalofríos. El inquietante relato de Harper empezó a sonarnos tristemente familiar...

—Con el paso de los días comenzaron los problemas de verdad. Ante la magnitud de la catástrofe, algunos gobiernos comenzaron a exigir el asilo sin restricciones de sus nacionales. Rumores de conflictos armados... Escaramuzas en las fronteras... Al mismo tiempo, la información empezó a escasear. En algún punto de los acontecimientos, llegó el colapso total y se

impuso el sálvese quien pueda.

—Dios mío... —Musitó Dana.

—Traté de hablar con mi familia en numerosas ocasiones, pero las conexiones satelitales no funcionan. La última conversación que mantuve con mi esposa Carol la situaba en un campo de refugiados al sur de Londres. Me habló de las condiciones inhumanas que se había visto obligada a soportar... Sin alimentos, ni agua corriente... Sin luz...

Harper hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Carol me hizo un relato escalofriante de miles de personas apiñadas en el barro. Disputándose como hienas las escasas provisiones y unos pocos centenares de tiendas de campaña proporcionadas por la Cruz Roja Internacional. Un pequeño grupo de médicos voluntarios intentaron, sin demasiado éxito, paliar las pésimas condiciones sanitarias del campo. Sabe... Carol es de ese tipo de personas que siempre están pensando en los demás... Su mayor angustia era no disponer de medios suficientes para poder mejorar las condiciones de vida de los niños y los ancianos en el recinto.

—¿Medios insuficientes? ¿Y el gobierno? —Quise saber.

—Según Carol, al comienzo de la crisis los ingleses acogieron de buen grado a la gente que huía aterrada de la enfermedad. El problema todavía estaba lejos de Londres. Pero cuando miles de personas se convirtieron en cientos de miles de escoceses atestando pueblos y autopistas, la cosa cambió. En pocas semanas, comenzaron las primeras disensiones en el parlamento. La situación llegó a ser tan caótica, que los malditos tories comenzaron a hacer campaña ¡a favor de la independencia de Escocia!

—Ah... Las bondades de la democracia... —Susurró Wang por lo bajo.

—Inglaterra cerró las fronteras oficialmente el 7 de Octubre de 2.036. La noticia no hizo otra cosa sino aumentar el número de refugiados. Las Tierras Altas de Escocia quedaron desiertas en un tiempo récord y todo fue a peor. Cuatro millones de seres humanos marcharon sobre Inglaterra exigiendo la protección del gobierno y más de cincuenta millones de ingleses salieron a la calle para rechazarlos. A veces el destino, tiene una forma bastante cruel de reírse de las cuitas de los hombres, ¿No cree profesor?

Omar no contestó.

—Paradójicamente, lo último que supe con respecto a la situación en mi país, se refería a los vanos esfuerzos del primer ministro por intentar negociar evacuaciones masivas de refugiados al continente.

- ¿Qué ha sido de sus compañeros? – Quiso saber Wang.
- Alfred Newman cayó en una grieta y acordamos que yo me encargaría de llevarle de vuelta a la base. Desgraciadamente, falleció durante el trayecto. Emilio Parralde y su esposa decidieron continuar, adentrándose aún más en el continente. No he vuelto a saber de ellos.
- Lo siento. – Respondió Aslan.
—Estoy solo y hace demasiado tiempo que no sé nada de mi familia. — Reflexionó Harper con tristeza.
—Aquí también hemos pasado por lo mismo John. —Admitió Omar.- Todos hemos perdido el contacto.
Harper continuó.
—Estoy a merced del hielo y la nieve. He dejado de preguntarme qué demonios hicieron los gobiernos para arreglar este desastre. La ONU y la Organización Mundial de la Salud... ¿Qué medidas cómo es posible que haya podido ocurrir algo así? Todavía me cuesta creer que todo esto no sea más que una pesadilla.
—Nosotros estamos pensando evacuar *Harmony*. La cuestión es cuando. —Dijo Omar.
—¡Lo antes posible! —Exclamó Zaitsev excitado.
—Cuando llegué a Bernardo O’Higgins. Encontré los cuerpos del resto de la expedición. Se suicidaron y las instalaciones quedaron completamente abandonadas. Traté de ponerme en contacto con Santiago de Chile, pero todos los canales permanecen en silencio. Tampoco obtuve respuesta alguna del resto de las bases antárticas.
—Pero... —Interrumpió Aslan.
—Estoy solo.
—...
—Carlos y Maritta se quitaron la vida porque no fueron capaces de resistir.
Al escuchar aquellas palabras, Omar no pudo evitar preguntar.
—¿Por qué se quedó usted, Harper?
De nuevo, otro de aquellos incómodos silencios.
—¡Harper! ¡Harper! ¿Está usted ahí? —Exclamó Aslan temiendo haber perdido la conexión.

—Si.

—¿Por qué se quedó usted?

—Tenía... Tenía que averiguar si había alguien más.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

10 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

Llevamos una semana en contacto con John Harper. La información de la que ahora disponemos ha provocado que Wang se haya visto obligado a renunciar, al menos temporalmente, a su desquiciado plan. Para mí, la consecuencia más agradable de este inesperado y esperanzador giro de los acontecimientos, es haber recuperado para todos la característica sonrisa de la doctora Lehner. Ella y Zaitsev, en coordinación con Omar y en base a los escasos datos aportados por Harper, trabajan con ahínco ultimando los preparativos para conseguir salir de aquí, tan pronto como sea posible.

El Comandante Anderson y Morgan han accedido a colaborar y aunque lo hacen a regañadientes y con muchas suspicacias, al menos podemos decir que ya no nos peleamos como salvajes. Wang ha retomado sus meditaciones y el Coronel Dayan ha vuelto a recluirse en su laboratorio.

Mientras tanto, esperamos que Harper nos ayude a encontrar un punto de aterrizaje en alguna parte del sur de Chile o quizás, Argentina. Después de nuestra primera toma de contacto, John nos ha confirmado que no todo está perdido. Conseguimos que hablara vagamente de una colonia de supervivientes con la que consiguió contactar hace un tiempo. ¡Lo sabía! Sabía que tenía que haber gente tratando de organizarse, tratando de comenzar de nuevo.

Tener, por primera vez desde que comenzó esta pesadilla, la certeza de que la epidemia no es definitiva me hace pensar que es posible que estés bien. Que es posible que hayas conseguido escapar a tanta devastación. Que es posible que algún día, volvamos a vernos...

Me imagino Kate, que todo ahí abajo debe de ser un auténtico caos. La pesadilla relatada por Harper nos confirma que ya no queda nada del mundo que dejamos atrás. Desde que sabemos algo más de lo ocurrido, pasamos muchas horas debatiendo sobre esta nueva realidad. Sin países... sin gobiernos... Pensar que ya no existen las escuelas, ni los hospitales... ¡Ni los medios de comunicación...! Imaginar a la gente vagando por ahí sin nada... Amas de casa, contables, carpinteros, médicos, jueces, ejecutivos, fontaneros... Convertidos, de la noche a la mañana en nómadas... Abandonando sus hogares, volviendo al campo, sin medios de transporte...

Una sociedad tecnológica como la nuestra, arrebatada de repente de todos sus logros y comodidades... ¿Puede sobrevivir? Supongo que una economía colapsada en un mundo donde el dinero ha perdido todo su valor, obliga a la gente a retornar al trueque más elemental... Te confieso, Kate, que el consumista impenitente que hay en mí, es incapaz de imaginar semejante cosa... ¿Cómo demonios se supone que funciona? ¿Intercambiamos lechugas por cigarrillos? ¿Una vaca por tres bolígrafos? Y todo esto... ¿Hasta cuándo?... Aquí estoy, en la estructura espacial más avanzada jamás construida por el hombre, y sin dejar de preguntarme cuánto tiempo vamos a tener que vivir en la Edad de Piedra...

Menuda ironía de mierda, Kate....

Harper nos ha hablado de otros supervivientes. Hay un grupo al sur de Chile liderado por un tal Mario Silva, un ex comandante de la guerrilla colombiana que aglutina a refugiados de todas partes. Dice John que nunca permanecen demasiado tiempo en el mismo sitio. Me imagino que Wicca no es la única amenaza que esta gente tendrá que afrontar. El descontrol y la anarquía han debido propiciar la aparición de todo tipo de maleantes y bandoleros por los caminos, con lo que la inseguridad debe ser una constante en todas partes.

Hemos tenido una suerte increíble al conseguir establecer contacto con John. Las reservas de fuel de la base antártica no van a durar para siempre y los generadores de O'Higgins dejarán pronto de proporcionar la energía necesaria para continuar transmitiendo. Harper asegura tener una lancha preparada que le permitirá poner rumbo a Argentina cuando esto ocurra pero, entre tú y yo Kate, no estoy seguro de que sea capaz de reunir el valor necesario para acometer semejante viaje.

Estoy convencido de que John Harper es una buena persona y aunque muestra algunos signos preocupantes de inestabilidad, confío en que finalmente pueda ayudarnos. Es terrible todo lo que este hombre ha tenido que pasar, solo, en el lugar más inhóspito del mundo. El tremendo estrés y la presión a las que Harper se ha visto sometido, le provocan a veces repentinos cambios de humor que intentamos manejar de la mejor manera posible. Aslan afirma que tan pronto se muestra optimista y colaborador, como hosco y desagradable, con episodios de ira, melancolía o amnesia... Entonces se cierra en sí mismo, dando a entender que nada ya tiene sentido. Durante estos episodios de perturbadora ansiedad, Harper sólo quiere hablar conmigo.

A continuación te transcribo nuestra última charla.

—Hola John.

—Hola Paul.

—¿Cómo estás?

—No lo sé, Paul...

—Aslan me ha dicho que no has podido hablar con Silva... ¿Qué te parece si nos facilitas las frecuencias y los horarios en los que te comunicas con él? Eso nos ayudaría John...

—¿Silva? ¿Quién es Silva?

—El líder de las personas sobre las que hablaste John. Están empezando de nuevo... ¿Te acuerdas?... Necesitamos saber dónde encontrarlos para aterrizar con el transbordador.

—Claro... Aterrizar el transbordador...

—Se trata de una maniobra difícil, John... El Comandante Anderson va a tener que arreglárselas sin el control de tierra.

—¿Crees que la gente es buena Paul?... ¿Piensas que somos buenos por naturaleza?... ¿Crees que merecemos... seguir vivos?... ¿Después de lo que hemos hecho?

—¿Qué estás diciendo John...?

—¡CONTESTA!

—Últimamente, no me paro a pensar en esas cosas Paul... No lo sé...

—¿Crees que un crío puede ser malo por naturaleza?

—No creo nadie sea malvado por naturaleza. Pienso que hay personas que hacen cosas malas, pero casi siempre hay una explicación para ello.

—El último día antes de partir hacia la Antártida, salimos en familia. Fuimos a un centro comercial.

—John...

—¡ESCUCHA!

—...

—Carol, las niñas y yo... Fuimos al Princess Mall en Edimburgo...

—Muy bien, así que fuiste con las niñas de compras...

—Teníamos que pasar primero por el supermercado... Luego, a comer algo ligero y terminar el día en el cine... No recuerdo que película...

—¿Y qué pasó John?

—NO RECUERDO LA MALDITA PELÍCULA...

—No importa la película...

—Carol fue con Kaisy a por algunos productos de limpieza... Yo me quedé con Linda, cogimos número en la frutería y aguardamos

pacientemente.

—Muy bien...

—Linda es nuestra hija pequeña... Tiene siete años.

—Seguro que es preciosa John.

—Seguro que está muerta.

—No debes pensar eso...

—Mientras esperábamos, miré a Linda y le dije: ¿Qué es lo último que has aprendido en el colegio?

—Terremotos. —Me respondió.

—¿Terremotos? —Pregunté.

—Si. —Me dijo.

—Los terremotos son muy peligrosos. —Añadí.

—¿Y qué pasaría si viniera un terremoto, Papá? —Me preguntó.

—En Escocia no hay terremotos, princesa.

—¿Nos quedaríamos aquí encerrados? —Quiso saber alarmada.

—Nadie va a quedarse encerrado en ningún sitio...

—Mi hija se quedó pensativa durante unos segundos. Luego me pidió que la cogiera. Viéndola asustada, me agaché para abrazarla y cuando mi cabeza estuvo a su altura, me susurró al oído: “Tendríamos que matarlos a todos.”

—Pero... ¿Qué dices? —Pregunté alarmado.

—Para que nadie nos quite la comida.

—...

Dejé que Harper siguiera hablando con sus fantasmas.

—No te preocupes Linda... Aquí en la base hay comida de sobra... No hay por qué matar a nadie...

—...

—Vais a estar bien... Yo... Hay un escondite... Un lugar donde nos reuniremos...

—...

—Es un lugar secreto... Estaremos todos a salvo... ¡Os echo tanto de menos!

Comencé a sentirme como un intruso así que corté la comunicación.

Cansado, me llevé ambas manos a la cara y comencé a llorar.

Hay un rincón en la Antártida donde Carol, Kaisy y la pequeña Linda estarán, para siempre, bien.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

11 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

Le he dicho a Omar que estoy muy preocupado por Harper, pero él ha quitado hierro al asunto diciendo que es normal que alguien en su situación tenga algún “episodio de melancolía” en momentos puntuales.

—Lo importante es que Harper consiga ponernos en contacto con Silva y luego encontrar un punto de aterrizaje viable para el transbordador. —Argumentó.

—¿Y por qué estamos tardando tanto? Llevamos ya más de una semana sin resultados. —Respondí.

—Parece ser que ahí abajo también tienen sus propios problemas con las comunicaciones...

—¿Y no te parece un poco raro?

Aslan me miró con dureza antes de responder.

—No lo sé Paul. No estamos allí para comprobarlo... ¿Verdad? Puede que el grupo de Silva haya estado evitando las ciudades debido a los disturbios. Puede que estén en la cima de alguna maldita montaña... ¿Cómo vamos a saberlo? John Harper es nuestra única esperanza si queremos salir pronto de aquí. Además, ya has visto lo inestable que es. No creo que sea buena idea empezar a cuestionarle.

—Tienes razón, disculpa. —Respondí sin demasiado convencimiento.

Decidí dejar a Omar tranquilo, y puse rumbo a mi habitación para recoger la baraja con la que Dana y yo solíamos pasar el rato jugando al póquer, durante las horas muertas que pesan sobre todos nosotros. La puerta estaba entreabierta, y para mi sorpresa, sentado tranquilamente en mi mesa, se encontraba Yun Wang.

—Doctor Wang. -dije.- No recuerdo haberle citado.

—Ni yo haberle invitado a pasar. —Respondió con su habitual sonrisa condescendiente.

—¿Se puede saber qué hace usted en mi habitación?

—No hace mucho, le dije que viniera a verme a menudo. ¿Lo recuerda señor Sander?

—Perfectamente.

—Si Mahoma no va a la montaña...

—Está bien, ¿Qué es lo que quiere? —Pregunté algo exasperado.

—John Harper...

—¿También conspira contra usted?

—Es un farsante.

—Ya...

—Llevan ustedes más de una semana hablando con el... ¿Y qué es lo que han conseguido? Vaguedades y tonterías.

La insufrible seguridad con la que Wang se expresaba no hizo otra cosa sino aumentar mi mal humor. Me considero una persona tranquila, así que decidí responder a su suficiencia con ironía.

—¿Todo lo que no encaje dentro del nuevo orden mundial son tonterías para el infalible Yun Wang?

Wang se rió.

—Señor Sander, su obstinación resulta verdaderamente extraordinaria. Seremos afortunados al preservar su carga genética. Nuestra especie va a necesitar niños con sentido del humor.

—Deje a mis genes tranquilos, maldito chalado. —Respondí indignado.

—Escuche. John Harper no cambiará nada y están ustedes perdiendo un tiempo precioso con toda esta pantomima. En cuanto se den cuenta de que ese hombre no conduce a ninguna parte, todo volverá al punto donde lo dejamos. ¿Me he expresado con la suficiente claridad señor Sander?

—Se expresa usted con la claridad de los sociópatas trastornados, doctor Wang.

—¿Qué sabe usted de mi señor Sander?

—¿Qué importa eso ahora? —Pregunté desconcertado.

—¿Ha tomado usted, en todos sus años de rutinaria existencia alguna decisión que implicara poner en juego la vida de otras personas, señor Sander? ¿Ha tenido alguna vez usted que sacrificar algo en aras de un bien superior? Usted no está preparado. Le confieso que al principio abrigaba ciertas esperanzas, pero me produce mucha tristeza comprobar que toda esta situación le viene demasiado grande.

—No pienso tolerarle... —Conseguí balbucear.

—Hasta el día que decidió venir aquí, usted se ha pasado toda la vida cómodamente parapetado en su pequeña, segura y rutinaria realidad. Las interminables jornadas de trabajo en el periódico le han proporcionado una existencia independiente y económicamente desahogada, pero también solitaria y hasta, en cierto modo, vacía. ¿No es cree usted señor Sander?...

—Así es la vida de millones de personas. Nacemos, trabajamos y morimos. —Respondí pragmático.

—A pesar de todo, usted se siente moderadamente satisfecho... ¿Verdad? Pero yo me pregunto... Atendiendo a esa vida centrada en usted mismo... Atendiendo a ese EGOÍSMO... ¿Quién es el sociópata trastornado? ¿Yo o usted que ni siquiera se ha molestado en formar una familia?

—¡Cómo se atreve! —Exclamé.

—Paul Sander. Un periodista acomodado y demasiado pagado de sí mismo que se cree muy importante porque ¡trabaja en el New York Times! El periódico de una ciudad que se ha convertido en el paradigma de un consumo voraz de bienes y servicios que en realidad, no se necesitan. Todo ello, por supuesto, a costa de millones de otros seres humanos, a los que ustedes nunca concedieron ni siquiera el derecho a poder soñar con una mínima fracción de su obscena opulencia...

—Es usted un maldito demagogo...

—Ha llegado el momento de cambiarlo todo.

—Usted... Está completamente loco... -Intenté argumentar.

—Permítame que le cuente una pequeña historia, señor Sander.

—...

—No es más que una anécdota de cuando yo era bastante más joven, bastante más impetuoso y bastante menos sabio que hoy. Durante mi etapa como agregado militar de la República Popular China en Nepal, tuve la oportunidad de conocer a la esposa del embajador estadounidense en una recepción...

—Estoy seguro de que se trataba de una señora encantadora. — Respondí cansado.

—Su apellido de soltera era Ortega. Una mujer muy hermosa, elegante, culta, doctora en Filosofía por la Universidad de Columbia. Su marido era de Boston. He de admitir que ambos constituían una pareja formidable.

—Todavía no sé a dónde quiere llegar.

—Después de una agradable cena, y pese a mis esfuerzos por evitarlo, acabamos hablando sobre política en la región. La ocupación del Tíbet por parte de mi país es un asunto del que a muchos chinos no nos gusta hablar. Mi gobierno ha tratado siempre de mantener esta espinosa cuestión, lejos de las mesas de negociación internacionales y, desde luego, fuera de la agenda mediática en todo el mundo.

—Yo diría que han cosechado ustedes un rotundo éxito.

—Cierto pero, desgraciadamente, esto no significa que nuestra presencia allí estuviera exenta de problemas... Aunque a occidente sólo llegaran rumores, muchos tibetanos contravinieron los dictados de los lamas y lucharon contra la ocupación. Yo estuve al mando de uno de los escuadrones encargados de sofocar esta resistencia.

—Está resultando usted toda una caja de sorpresas Doctor Wang...

—Le conté a mis encantadores anfitriones, cómo una mañana, temprano, llegué con mis hombres a un pequeño monasterio, buscando insurrectos. Recuerdo que el aire olía a pan recién horneado y a boñiga de yak... Desplegué a mis efectivos de forma que cubriesen todas las salidas y nos dispusimos inmediatamente a registrarlo todo. Sacamos a los monjes al patio para situarlos de espaldas contra una pared; los viejos y los niños en el centro, de rodillas. Las banderas de oración ondeaban furiosas bajo el viento.

—No me interesan sus viejas historias de guerra. —Quise interrumpir.

—Le ruego que, por favor, me permita continuar.

—...

—El monje, envuelto en llamas, apareció de repente para arrojarse encima de uno de mis guardias instantes después de que encontrásemos las armas; un puñado de viejos Kalashnikov... algunas granadas... un par de escopetas... Todo a continuación, sucedió muy rápido. Desenfundé mi arma y disparé contra un novicio que se separó del muro para venir corriendo hacia mí. El interior del monasterio comenzó a arder y toda la escena no tardó en llenarse de humo mientras mis soldados, asustados, disparaban a discreción.

—...

—La embajadora me miró. Sus ojos, lejos de juzgarme con dureza, reflejaban compasión.

—No se preocupe Mayor Wang. —Me dijo mientras me cogía la mano con dulzura.- Usted sólo hizo lo que tenía que hacer.

Me pareció que el relato de Wang se estaba volviendo cada vez más absurdo. Por más vueltas que le daba, no alcanzaba a comprender el motivo por el que me estaba confesando todo aquello...

—Me cuesta mucho imaginar que la esposa de un embajador norteamericano... Una persona con valores, formada en la universidad de Columbia...

—¿Pudiera comprender lo que me vi obligado a hacer?

—No tengo ni la menor idea de por qué me cuenta usted todo esto Doctor Wang, pero le aseguro que yo no vine a esta estación a hablar de

filosofía con usted. Intentar justificar una atrocidad... ¡un crimen de guerra! en base a que hace años, la insensible esposa de un diplomático americano le tomó a usted la mano con cierto afecto es...

—En aquellos días, Anne era la esposa del embajador Ted Wilkinson, lo que en la actualidad la convierte en la Primera Dama de los Estados Unidos de Norteamérica. ¿Cree entonces que su insensibilidad la hace mi cómplice?... Pero ella es la Primera Dama... ¡Una mujer maravillosa! ¿No es cierto?

—Es usted despreciable... —Respondí confundido.

—Una lástima que no podamos hacer partícipe a Anne Wilkinson de la gran estima que acaba usted de demostrar hacia su persona. Lo más probable es que ya esté muerta.

—¡Salga, maldita sea! —Exploté encolerizado.- ¡SALGA INMEDIATAMENTE DE MI HABITACIÓN!

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

12 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

No he podido dejar de pensar en mi absurda conversación con Wang. Saber que vivo con un criminal no contribuye precisamente a calmar mi creciente estado de ansiedad. No duermo bien, alterno pérdidas repentinas de apetito con episodios de un hambre voraz en los que, subrepticamente, me atiborro de pollo deshidratado y, por si fuera poco, he empezado a tener horribles migrañas que me obligan a permanecer acostado, maldiciendo mi cabeza, durante horas.

Los días pasan aquí monótonos y extraños. Sin nada que hacer, vago por la estación. Un lugar que he aprendido a odiar. No sabes hasta que punto echo de menos estar en casa. Ir a la redacción, mi trabajo, bromear con Bill, hacerme el enconadizo contigo por los pasillos, con la esperanza de poder charlar unos minutos... Con la esperanza de que te fijes en mi...

He decidido no hablar con los demás sobre lo ocurrido. Estoy seguro de que si Zaitsev se enterara, éste sería perfectamente capaz de partirle el cuello a Wang así que, al final, la pregunta es obligada: ¿Quién es más peligroso? ¿Yun Wang o Viktor Zaitsev?

¿Acaso puedo justificar los violentos arrebatos del ruso bajo el convencimiento de que está con los buenos? ¿Pretendía Wang decirme que lo ocurrido en Tíbet no fue más que una consecuencia derivada del deber? La barbarie... ¿Deja de serlo cuando se comete en nombre de un bien superior? En 1.961, Stanley Milgram, un psicólogo de la Universidad de Yale, llevó a cabo una serie de perturbadores experimentos que demostraron que cualquier persona, es capaz de torturar a un semejante, si la orden es percibida como proveniente de una autoridad o un marco moral legítimo... Personas normales convertidas en monstruos... ¿Es eso lo que le ocurrió a Wang en el Himalaya?

Agobiado por todas estas cuestiones, decidí que me vendría bien despejarme un poco charlando con Dana. La encontré en su laboratorio revisando unos cálculos proporcionados de mala gana por Anderson para poner a punto el transbordador. Seguimos sin noticias de John Harper, lo cual me preocupa, pero no quiero empezar a alarmar a nadie con mis impresiones sobre este tema.

Dana levantó la vista por encima del monitor de su ordenador y me dedicó una cálida sonrisa.

—Hola Paul. ¿Cómo estás?

—Bien. Muy bien. —Mentí.

—¿Estás grabando? —Preguntó con gesto divertido.

—Soy periodista Doctora Lehner. Siempre estoy grabando... Si me aceptas el consejo, nunca digas nada de lo que te puedas arrepentir delante de un periodista armado con un teléfono móvil.

—Lo tendré en cuenta. —Respondió Dana con afabilidad. —Con todo lo que ha pasado, debes tener ya suficiente material como para escribir un libro... Te vas a hacer muy famoso, amigo mío.

—“El Apocalipsis según Paul Sander”.

—Suenan un poco dramático...

—Lástima que, si el doctor Wang está en lo cierto, no vaya a quedar nadie para leerlo... —Respondí sombrío.

—Oh, ¡Vamos! ¡No te pongas pesimista! Siempre hay luz al final del túnel... ¡Tenemos a John Harper!

—Hemos sido muy afortunados al encontrarle. Demuestra que Wang está equivocado. —Asentí.

—Todo va a salir bien. —Añadió Dana acariciándome el rostro afectuosamente.

Fue un gesto espontáneo y sincero, pero pude, al mismo tiempo que lo agradecía, percibir también la desesperación que había en el mismo. Los ojos grandes y profundamente azules de Dana, se clavaron en los míos, pequeños y grises; implorando una fe que, reconozco Kate, a veces zozobra dentro de mí. Hay momentos, cuando estoy solo en la habitación, tratando de conciliar un sueño que no llega, en los que pienso que nada de lo que hago aquí tiene sentido. Me pregunto si Wang no tiene razón al decir que no estoy preparado.

—Paul... ¿Seguro que estás bien? —La dulce voz de Dana acabó con mi ensimismamiento.

—Si, disculpa... ¿Puedo hacerte una pregunta? —Respondí.

—¡Por supuesto! —Exclamó Dana moviendo alegre las manos.

—¿Qué vas a hacer cuando todo esto termine?

La doctora Lehner se quedó un momento pensativa.

—Bailar.

—¿Bailar? -Pregunté divertido.

—Como July Andrews en aquella película...

—¡Sonrisas y Lágrimas! —Respondí inmediatamente.

—¡Sí! ¡Sonrisas y Lágrimas!

Imaginarme a Dana bailando y cantando en los Alpes Suizos rodeada de niños y vacas tirolesas produjo en mí una sincera carcajada.

—¡Jajajajajaja!

—¡No te rías Paul!

—Sonrisas y Lágrimas... Resulta irónico... ¿No crees?

—¡Es una gran película!

—Cinco Oscars... Recuerda que soy un cinéfilo empedernido. —Añadí sin poder dejar de reír.

—Bailaremos juntos. Te lo prometo. —Afirmó Dana muy seria.

—Soy un pésimo bailarín, Doctora...

Esta vez, fue ella la que no pudo evitar la risa y para mi absoluta sorpresa Dana se levantó y comenzó a cantar haciendo muecas mientras daba vueltas sobre sí misma por el laboratorio, sin parar.

Yo daba palmas, riendo.

La puerta, se abrió de golpe y tan distraídos estábamos que ni siquiera le vimos venir.

—¿SE PUEDE SABER QUÉ DEMONIOS ESTÁIS HACIENDO?

La presencia del Profesor Aslan en el laboratorio, con cara de preguntarse si nos habíamos vuelto locos, no hizo sino aumentar lo ridículo de la situación. El rostro de Dana se puso en seguida rojo de vergüenza.

—Pues creo que está claro. —Dije acudiendo al rescate.- Cantar y bailar.

—Ya cantareis cuando hayamos salido de aquí. -Respondió Aslan en tono amargo.

—Tienes razón Omar. —Se apresuró a contestar Dana. —Disculpa.

—A veces no viene mal un poco de diversión... —Quise interceder.

—Esto no es un ningún juego Paul. —Sentenció Omar secamente.

La actitud de Aslan me molestó. Por un instante, pude ver en él, el mismo destello intolerante que tanta repulsa me ha causado siempre en Wang. El gesto duro, la mirada fría. La acción moldeada por el objetivo, sin importar las consecuencias. Me inquietó profundamente tener que preguntarme si Aslan y Wang serían las dos caras de la misma moneda.

—No pasa nada. Ya me disponía a volver al trabajo. ¿Verdad Paul? —Terció Dana.

—Si... Mientras, yo dedicaré un par de horas a seguir arrastrando mis fantasmales cadenas por los pasillos de esta condenada estación. —Dije

resentido.

—¿Has hablado con Wang? —Preguntó Aslan suspicaz.

—¿A ti que te importa?

—Mira Sander, llevo más de diez horas intentando que el maldito John Harper responda y no estoy de humor para...

—Wang cree que el fin siempre justifica los medios...

—¿Cómo has dicho? —Preguntó Omar.

—Afirma que nada ha cambiado. Que Harper no significa nada... Que pronto nos daremos cuenta de que...

—No deberías hablar más con Wang. —Sentenció Aslan.

—¿Y quién eres tú para impedírmelo? —Respondí desafiante.

—Te recuerdo que *Harmony* se encuentra bajo jurisdicción de las Naciones Unidas. Estamos en una grave crisis y tú eres un civil. Sencillamente, no puedes ir por aquí haciendo lo que te dé la gana. ¿Está claro?

—¿UN CIVIL? ¿Qué demonios quieres decir con eso? —Pregunté anonadado.

—Que no eres un miembro de la tripulación.

—Así que ahora soy el único “no miembro” de la tripulación... ¿Y que implica eso exactamente? ¿En serio piensas que acaso estoy a tus órdenes?

—Chicos, no creo que valga la pena... -Intercedió Dana.

—¡PODRÍAS CALLARTE DE UNA VEZ! -Estalló Aslan.

—¡DÉJALA TRANQUILA! —Respondí lleno de ira.

—¿Por qué no te vas un rato a cantar con tu amigo Wang, Sander? — Dijo Omar con amargura.

Volví a mirar al hombre que se apoyaba en el quicio de la puerta del laboratorio. Toda su expresión corporal expresaba firmeza y determinación. Su hosca actitud contrastaba con las formas calmadas pero sibilinas de Yun Wang, no obstante; en ese momento me di cuenta, Kate, de que ambos hombres harían lo que fuera necesario para prevalecer. Asqueado no pude sino responder:

—ESO HARÉ.

Mientras salía de allí, miré de reojo a Dana que, pálida, había vuelto a su trabajo. Una lágrima, rodó rápido por su mejilla en una carrera sin obstáculos que terminó en la suave comisura de sus labios. Yo bajé la cabeza y abandoné la estancia consumido por una fuerte sensación de oscuro resentimiento.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

13 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

John ha vuelto a retomar el contacto pero sólo está dispuesto a hablar conmigo. Sé que estos extraños empeños de Harper exasperan a Omar, con lo cual acudí a la sala de comunicaciones con la idea de que nuestra charla fuera lo más breve posible. Desde el incidente con Dana, Omar se muestra distante, quizás debería hablar con él; últimamente pasa mucho tiempo con Viktor, pero desconozco exactamente el propósito de estos encuentros. Aslan ejerce una gran influencia sobre Zaitsev y resulta evidente que es la única persona capaz de controlar el difícil carácter del ruso. Igualmente, sabe que la doctora Lehner nunca sería capaz de cuestionar sus decisiones. Para él, soy el único en discordia.

A pesar de mis esfuerzos, no consigo adaptarme. Sigo siendo un extraño, una anomalía dentro de la estación. Está claro que a nadie le gusta tener a Paul Sander “deambulando sin control por las instalaciones”. ¡Un brindis por la libertad de prensa! A lo mejor piensan que estoy disfrutando con todo esto... ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Permanecer encerrado en mi habitación esperando acontecimientos?

Te digo Kate, que los últimos sucesos me han hecho pensar. Nunca en mi vida me he dejado llevar por la corriente. ¿Por qué aquí iba a ser diferente? Por muy descabellado que parezca... ¿Qué pasaría si Wang, por un momento, tuviera razón? ¿Qué ocurriría si fuésemos los únicos supervivientes? ¿Tendríamos entonces la obligación de comenzar de nuevo? ¿Con que derecho podríamos negarnos a hacerlo? ¿Acaso no tendríamos el deber moral de intentar asegurar la supervivencia de la especie?

Wang no me habló de su encuentro con los Wilkinson por casualidad. Hasta el Presidente de la democracia más antigua del mundo entendería que, ante determinadas circunstancias, hay que ser pragmáticos. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en Dana... En última instancia, todo depende de ella, pero ¿Qué pasaría si rehusara colaborar? ¿Sería Wang capaz de obligarla a tener hijos continuamente durante el resto de su vida?

En estas inquietantes divagaciones estaba cuando me puse los auriculares para volver a hablar con John Harper.

—¿John? —Pregunté.

—Hola Paul.

La voz me llegaba con interferencias; lejana, débil.

—¿Puedes acercarte un poco más al micrófono, por favor, John? Te escucho como si estuvieras...

—¿En el polo sur? —Respondió Harper con ironía.

—Si... Más o menos... —Afirmé yo sonriendo.

—¿Tú sabes lo que es la soledad Paul?

Inmediatamente, temí otro de sus largos monólogos.

—¿Qué quieres decir, John?

—No tenemos mucho tiempo... —Harper hizo una pausa, como si le costase hablar.- La verdad es que no hay tiempo para más tonterías.

—Estoy de acuerdo John... ¿Dónde demonios te has metido últimamente? Nos tenías preocupados.

—Preparando mi viaje.

—Bien John, eso está bien... Sabes... Nosotros aquí también tenemos un viaje que planificar, pero para ello, necesitamos que nos ayudes. Tienes que conseguirnos una conexión John.

—No hay ninguna conexión.

Me tomé unos segundos para procesar el significado de aquellas palabras, deseando con toda mi alma no haberlas entendido bien.

—¿Qué has dicho? —Pregunté intentando que no me temblara demasiado la voz.

—No existen los refugiados. No hay ningún Emilio Silva. Vosotros sois los únicos con los que he conseguido hablar, Paul.

—Pero... Pero... Tú dijiste... —Sólo podía balbucear.

—Mentí.

—¿Por qué? -Estallé.

—¿Sabes lo que es la soledad? —La voz de Harper se iba apagando cada vez más. Presa del pánico, sentí que le perdía.

—Dios mío John... No puedes hacernos esto... ¿Que voy a decir a los demás? No tienes ni idea... No puedes imaginar las consecuencias... Wang... Omar... Zaitsev... Dana... Maldita sea... ¡No puedo creer que esto esté pasando!

—Quédate en la estación Paul. Si regresas, morirás. Como han muerto todos.

—¡Pero tú estás vivo!

—Ya he enfermado...

—¿Enfermado? ¿Estás seguro? ¡No puede ser! ¡John! ¡John! —Noté como las palabras pugnaban por salir de mi garganta, se confundían con mis lamentos. Se ahogaban en mis sollozos.

—Está en el aire... El aire huele a hierro...

—Tranquilo, John...

—La boca me sabe a sangre... Creo que llevo unos días con fiebre...

—Puede ser cualquier cosa... Un resfriado...

—Tengo miedo, Paul... Me enfrento a horribles visiones...

—Dios mío, John... Cálmate... Espera un momento. Voy a buscar a alguien que pueda ayudarte... No tardaré nada.

—NO VENGÁIS.

—Pero... Tenemos que volver a casa...

—Carol... Linda... Kaisy... Ellas están aquí.

—No lo entiendo...

—...

—¿JOHN?

—Han venido a buscarme...

—DIOS MÍO...

—...

—No te vayas... ¡CONTESTA JOHN!

—...

—¡RESPONDE! ¡JOHN!

—Adiós, Paul.

—¡NO PUEDES HACERME ESTO!... ¡NO PUEDES DEJARME SOLO!...

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

14 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

Lo ocurrido con Harper cayó como una losa sobre el ánimo de todos. Zaitsev, como siempre, entró en cólera, llegando incluso a acusarme de intentar sabotear los planes para evacuar *Harmony* lo antes posible.

—¿Qué le has dicho? ¿No será que trabajas en secreto para Wang?

—Yo no he hecho nada... Harper... Él no está bien... —Respondí aturdido.

—¿Y qué esperabas? —Añadió Viktor —Yo creo que no estás a la altura. Todo esto te viene demasiado grande.

—Soy periodista, no psicólogo.

—Tenías que convencerlo para ayudarnos a salir de aquí, no espantarlo.

—Estoy seguro de que tu proverbial talante diplomático habría obtenido mejores resultados... —Concluí sarcástico.

Zaitsev me dedicó una mirada de pocos amigos y Dana volvió a adoptar un aire triste y reservado, como si todo lo que estaba pasando no fuera con ella. Omar se limitó a recibir la noticia con aire serio, y reconozco, Kate, que yo tampoco realicé ningún esfuerzo por buscar su complicidad.

—A partir de ahora, yo seré la única persona autorizada para hablar con John Harper. —Sentenció.

—Nadie volverá a hablar nunca más con John Harper. —Respondí con aire sombrío.

—¿Por qué dices eso Paul? —Preguntó Dana.

—Wicca lo tiene atrapado, es imposible que sobreviva mucho tiempo más.

—Dios mío... —Musitó la doctora Lehner.

—No sirves para nada Sander. —Sentenció con desdén el ruso.

La profunda decepción que me produjo la actitud de mis compañeros, me ha llevado a pensar si sería mejor actuar por mi cuenta, Kate. De vuelta en la habitación, pasé muchas horas meditando. ¿Debería dar este paso?... Si quiero volver a verte, tengo que convencer a Wang de que debemos llegar a un acuerdo. Después de darle muchas vueltas, decidí que ya era hora de ir a hablar con él.

—¿Doctor Wang? —Pregunté empujando ligeramente la puerta del

laboratorio de biología.

—¡Mi querido Paul Sander! —Respondió Wang con cinismo y enarcando exageradamente las cejas. —¿Qué le trae por aquí?

—John Harper es un hombre enfermo. La información que nos proporcionó ha resultado ser producto de su torturada imaginación. Emilio Silva no existe. Los refugiados no existen. Es posible que nada de lo que haya dicho sea cierto. A estas alturas, ya no se qué pensar.

Wang estaba ataviado con un batín de la División Aeroespacial de las Naciones Unidas que llevaba puesto sobre su habitual indumentaria de trabajo. Lo había sorprendido revisando un montón de papeles.

—¿Ha llegado ya Wicca a la Bernardo O'Higgins señor Sander?

—Harper ha reconocido sentirse... Indispuesto... —Respondí con vacilación.- Pero eso no significa...

—SIGNIFICA lo que SIGNIFICA, señor Sander. —Dijo tajantemente el doctor Wang.- Significa que el aire es ya irrespirable en todo el planeta y que por lo tanto, todo el mundo ha muerto... Menos nosotros...

La descarnada lógica de Wang me golpeó con toda su dureza. En un segundo, pasaron por mi imaginación los monumentos agrietados, los edificios colonizados por la vegetación, aviones estrellados, barcos fantasmas, a la deriva. Estadios vacíos, teatros y cines... Todo a oscuras... Pensé en la Quinta Avenida, alicatada de vehículos inmóviles, abandonados... las puertas abiertas... las llaves puestas... Pensé en sus conductores, emprendiendo una huida desesperada... Familias enteras yendo a ninguna parte...

También pensé en ti, Kate. Pensé en ti, y mi mente rehusó verte muerta.

—¡Usted no tiene ninguna prueba! —Exclamé impotente.

Wang me miró con tristeza. Como cuando un padre mira a su hijo cuando éste le pregunta si, de verdad, existe Santa Claus.

—Paul... —Replicó Wang, adoptando un tono familiar que me hizo sentir incómodo.- Creo que hay algo en lo que vamos a estar de acuerdo.

—Usted dirá. —Respondí.

—*Harmony* no puede continuar así.

—Efectivamente. —Afirmé intuyendo que Wang podría estar dispuesto a negociar.

—Me gustaría tener una charla con usted y con la Doctora Lehner. ¿No cree que sería un buen comienzo?

—No me gusta la idea de dejar al margen al profesor Aslan y a Viktor

Zaitsev. —Respondí reticente.

—Viktor Zaitsev no es una persona razonable y ambos sabemos que Aslan nunca accederá a renunciar a la posición que siempre ha creído tener en la estación. Podría contarte unas cuantas cosas sobre Omar Aslan... Te ayudaría a ver las cosas con otros ojos...

—¿Y por qué debería confiar en sus palabras? —Respondí molesto.

—Aslan esconde su carácter testarudo y narcisista bajo un barniz de aparente afabilidad. Tú no le conoces... Por otro lado, su indudable influencia sobre la Doctora Lehner me resulta especialmente preocupante... Bajo el ascendente de Aslan, es obvio que Dana está impedida para tomar sus propias decisiones. Por eso te pido que me la traigas.

—¿Que se la traiga? —Pregunté con perplejidad.

—¿Crees que Aslan es el único que se ha dado cuenta de que has congeniado con ella?

Las palabras de Wang me hicieron recordar la abrupta y áspera irrupción de Omar durante mi último encuentro con Dana. ¿Tendría razón Wang con respecto al profesor?

—Muy bien, supongamos que accedo. Supongamos que ella está dispuesta a dialogar. Supongamos que todo transcurre tal y como usted espera... Pero antes, tendrá que prometerme algo.

—Si tu demanda es razonable, te doy mi palabra de que será atendida.

—Quiero que me dé su palabra de que Dana y yo seremos puestos al corriente con toda la información que ustedes actualmente manejan. Es evidente que saben algo que no nos quieren contar, y si desea usted un diálogo honesto, es absolutamente necesario un conocimiento compartido de los hechos.

—Me parece razonable. —Asintió Wang.

—Hay otra condición. —Añadí envalentonado.

—...

—Deberán ustedes estar abiertos también a otras opciones. Odiaría tener la impresión de que únicamente pretende adoctrinarnos con sus postulados.

—Le doy mi palabra.

—También deberá usted tener a Anderson controlado...

Wang me miró con extrañeza.

—No pienso discutir con Dios.

—Le aseguro que Anderson no dará problemas.

—Muy bien, en ese caso, usted y yo tenemos un trato.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

18 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

Tardé un par de días en contarle a Dana la conversación con Wang.

Ojalá no lo hubiese hecho.

Todavía hoy, mientras escribo tembloroso estas palabras, me pregunto la verdadera razón por la que tuve que involucrarla... Debí haber sospechado de la aquiescencia con la que Wang aceptó todas mis condiciones... Debí haber sido más precavido, y más humilde... Tenía que haber dejado mi estúpido ego a un lado, Kate. El peso del orgullo al pensar que yo sería capaz de encontrar una solución sin ayuda de nadie, se hizo demasiado grande como para poder mantenerme alerta. La soberbia es la antesala de los descuidos, sobre todo, en los cobardes.

Al trasladarle a Dana mi charla con Wang, ella se quedó un momento pensando, para luego mirarme con una determinación que nunca había apreciado.

—Tienes razón Paul, alguien tiene que hacer algo. —Me dijo, mientras se apartaba un mechón dorado que, rebelde, parecía empeñado en reivindicar un extraño protagonismo en la conversación.

—Estás más guapa con coleta. —Bromeé mientras ella se sujetaba el pelo.

—¿Está tu novia al tanto de estos flirteos? —Respondió Dana con un guiño.

—No tengo novia. —Respondí con involuntaria brusquedad.

—Vale... No se enfade señor Sander...

—Disculpa, no pretendía parecer brusco. —Respondí con mi mejor sonrisa.

Me alegré de ver que Dana cambiaba de tema.

—Es hora de tomar la iniciativa. —Afirmó.

—¿Y qué hacemos con Viktor y con Omar Aslan?

—Viktor es un bruto y Omar... —Una sombra cruzó el rostro de la Doctora Lehner por un instante.- Omar... A pesar de las apariencias...

Decidí que ya estaba harto de los secretos de la estación.

—¿Es que todo el mundo en *Harmony* tiene algo que ocultar, Dana?
¿Qué demonios pasa entre tú y Aslan?

Dana continuó mostrándose esquiva.

—Es... complicado... Paul, por favor, no insistas.

La repuesta de Dana no hizo sino confirmar mis temores sobre la relación entre la atractiva alemana y el maduro, y aparentemente siempre agradable, profesor Aslan. Pensé que lo último que necesitábamos en la estación, era un maldito y tormentoso romance que pudiera complicar aún más las cosas...

—Muy bien Dana. No es asunto mío. ¿Qué tienes pensado hacer?

Inmediatamente percibí un tono de alivio en su respuesta.

—Tú y yo vamos a ir a hablar con Wang. Ya va siendo hora de que alguien ponga un poco de empatía en todo este desastre. ¿No crees?

—¿Qué pasará si Omar y Zaitsev se enteran de que estamos dialogando con Wang? —Pregunté.

—Omar y Zaitsev están muy ocupados. Últimamente pasan mucho tiempo juntos.

—¿Qué es lo que están tramando? -Pregunté.

Dana se quedó un momento valorando si debía contestarme a aquella pregunta. Podía ver los engranajes de su cerebro calibrando cuidadosamente la respuesta.

—No lo sé con certeza... Omar no me cuenta todo lo que hace... — Admitió.

—Vamos Dana... No es justo que yo sea siempre el último en enterarme de todo...

—Creo que quieren pilotar el transbordador...

—¿Cómo dices? —Exclamé alarmado.

—Zaitsev afirma que es capaz de hacerlo... Antes de venir a la estación, llegó a pilotar cazas de combate en las fuerzas aéreas.

—¡Es una locura!

—Lo sé... Pero no tiene por qué ocurrir. ¿No es cierto?

—¡Son aeronaves diferentes!

—Anda, vamos. —Concluyó Dana.

La doctora Lehner me cogió con fuerza de la mano hasta que llegamos a *Lindon High*. Los amplios ventanales de la sala, ardían proyectando mil tonalidades anaranjadas procedentes de un planeta moribundo. Wang estaba de pie, contemplando la escena, impasible, junto a la cristalera. Anderson, Lawrence y el Coronel Dayan discutían acaloradamente inclinados sobre un montón de planos, desplegados en la gran mesa de reuniones.

—Parece que Omar y Viktor no son los únicos que están ocupados. —
Le susurré un poco nervioso a Dana.

Nuestra irrupción en la estancia sorprendió a todos los presentes. Wang se levantó rápidamente para dirigirse a nosotros. David Dayan y Anderson apartaron la conversación y Lawrence nos miró con ojos inexpresivos.

—Señor Sander, Doctora Lehner. ¡Qué sorpresa! —Dijo Wang mientras nos invitaba a acompañarles.

Nos sentamos a un lado de la mesa. Ésta había vuelto a ocupar su emplazamiento original en el centro de la sala y Wang no tardó en tomar asiento en la cabecera. Pensó que así gobernaría la estancia, pero la pretendida solemnidad de su pequeña figura, enmarcada por las banderas de la División Aeroespacial de Naciones Unidas, no consiguió restar ni un ápice de surrealismo a la inoportuna presencia de un Goosie Goose flamígero que sonreía a las estrellas desde la pared.

—Precisamente estaba pensando en ustedes. —Dijo David Dayan en tono amigable.

Esboqué una sonrisa forzada.

—Tenemos que hablar. —Apuntó Dana con firmeza.- Hemos compartido mucho en este lugar, lejos de nuestros hogares, separados de nuestras familias. No obstante, todos vinimos aquí, voluntarios y dispuestos a trabajar por el bien de la humanidad. *Harmony* es un lugar único, fruto del esfuerzo de las naciones representadas en esas banderas. No podemos defraudar a tantos millones de personas.

Yo asentí satisfecho, deseando con todas mis fuerzas que el discurso de Dana diera algún resultado.

—Palabras llenas de razón y sentido común. —Asintió Wang.

—Me alegra que...

—Pero... —Interrumpió Dayan. —Viktor Zaitsev quedará al margen de cualquier acuerdo que alcancemos. Es un tipo violento, no le escucharemos más.

—Nosotros ahora mismo no podemos garantizar semejante demanda... —Intervine yo con prudencia.

—Me temo que esta cuestión no es negociable. —Recalcó Wang.

Dana y yo nos miramos confundidos. Me quedé sorprendido por la sequedad y dureza con la que Wang se había expresado. Aquel no era el talante pactado. Esa fue la primera vez que intuí que podía haber cometido un terrible error. David Dayan continuó.

—Así mismo, el profesor Aslan debe entregarnos el control de la estación. —Añadió Anderson.

—...

—¿Le ocurre algo señor Sander? —Inquirió Wang.

Las promesas hechas iban a quedarse en nada... ¡No estaban dispuestos a escuchar! ¡No iba a haber ninguna negociación! Sus palabras, sonaban como un ultimátum, y por mi culpa, nos tenían a su merced. Dana, ajena a cualquier sensación de peligro, continuó haciendo un esfuerzo por suavizar el tono de la conversación.

—Creo que daremos un paso importante si conseguimos convencer primero a Omar, de que los que estamos en esta sala, somos capaces de llegar a un acuerdo. Zaitsev será más difícil, pero entre todos, conseguiremos que reflexione.

—Viktor es peligroso. La estación estaría mucho más segura sin él. —Afirmó Morgan Lawrence temeroso.

Mientras el resto hablaba, yo fijé mi atención en Wang. Estaba calculando sus opciones. Pude percibir que se había dado cuenta de que, a esas alturas de la conversación, yo ya sospechaba algo. Con la frente surcada y el ceño fruncido, parecía inmerso en un profundo debate sobre el camino a seguir. De repente, se levantó. Todos callamos y nos quedamos contemplando cómo cruzaba la sala con parsimonia hasta el reproductor de sonido.

El Lago de los Cisnes de Tchaikovski inundó por completo toda la estancia.

Yo reaccioné con sorpresa.

—Pero qué demonios...

Wang se acercó en silencio y puso sus manos sobre los hombros de Dana, que estaba tan perpleja como yo.

Las llamas bailaban sobre nuestros rostros, el techo y las paredes...

—Doctora Lehner. —Dijo Wang. —Haga el favor de quitarse la ropa.

Dana giró la cabeza bruscamente para mirar a Wang con incredulidad, provocando que una buena parte del pelo le cayera desordenado sobre la cara. Todos nos levantamos de la mesa, como movidos por un resorte.

—Doctora Lehner, será mejor que no se resista. —Insistió el Coronel Dayan.

Dana seguía sentada a mi lado. Giró la cabeza y me miró, los ojos anegados. Su rostro, deformado en una extraña mueca, imploraba ayuda. Un

leve gemido, desde lo más profundo de su interior, hizo de angustioso y macabro contrapunto con la Danza de los Pequeños Cisnes. Toda la escena se me antojaba como una pesadilla.

Me aparté de la mesa con la intención de hacer algo, pero no pude, Kate. Intimidado por las miradas amenazantes de Anderson y Lawrence, me quedé completamente inmóvil, obligado a contemplar la terrible escena que se iba a desarrollar ante mí.

Dana se percató de mi estado inmediatamente. Me miró con desprecio y, empezando por el batín del laboratorio, comenzó a quitarse lentamente la ropa. Yo negué con la cabeza, aún sin decir nada. Morgan se acercó a mí por detrás para agarrarme con firmeza del brazo.

—No te muevas Sander, o serás el siguiente en ocupar el puesto de la doctora. —Me espetó con inusitada fiereza.

La amenaza me dejó petrificado. Fui incapaz de hacer nada durante todo lo ocurrido, Kate. No pude. ¡Dios sabe que NO PUDE! Un terror irrefrenable se apoderó de mí mientras Dana, tumbada desnuda sobre un extremo de la mesa, con la cara bañada en lágrimas; no dejaba de mirarme.

Anderson fue el primero. Extendía toda su presencia sobre ella al tiempo que exclamaba:

—¡QUE DIOS TE BENDIGA!

¡QUE DIOS TE BENDIGA!

¡QUE DIOS TE BENDIGA!

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

19 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

Escribo estas palabras con la esperanza de que algún día se haga justicia. Todas las conversaciones de este documento han sido transcritas escrupulosamente por mí y provienen de las grabaciones que, en el desarrollo de mi profesión, he realizado durante mi estancia en la estación. Confío en que lo relatado aquí pueda servir contra los que, durante la mayor crisis de la historia de nuestra especie, perdieron su humanidad en aras de la justificación de sus desquiciados planes. Si algo me pasara, autorizo al receptor de este archivo a hacer el uso que estime necesario del mismo, de forma que lo ocurrido en la Estación Internacional *Harmony*, salga a la luz.

El Doctor Yun Wang es un embustero en el que, bajo ninguna circunstancia, se debe confiar. Debí informarme, antes de partir para la estación, sobre sus primeros años, pero las referencias que conseguí encontrar al respecto eran todas escasas y en ocasiones, hasta contradictorias. La mayoría retrataban a un eficiente y condecorado teniente de las fuerzas especiales del Ejército de la República Popular China, que acabó contrayendo matrimonio con la hija de un alto dirigente local del partido comunista en la provincia de Qinghai. La pareja, tuvo dos hijas, Mei Ling y la pequeña Kumiko, ambas nacidas en el transcurso del periplo diplomático de Wang en varios países del extranjero.

Pero Yun Wang es hoy conocido por ser el genio tardío del régimen en Pekín. Después de unos años oscuros, aparece de repente en escena al obtener un doctorado con honores por la University of Science and Technology of China. En 2.025 publica varios artículos en la edición asiática del *Journal of Biological Chemistry*, sobre la investigación biológica molecular en condiciones de gravedad cero. Su trabajo encuentra eco rápidamente entre la comunidad científica aeroespacial, lo cual le brinda la oportunidad de viajar por todo el mundo. Numerosas universidades e instituciones solicitan su participación en todo tipo de seminarios y conferencias.

En 2.032, Wang ya colabora estrechamente con la División Aeroespacial de las Naciones Unidas, y a petición de la Administración Espacial Nacional China, termina dirigiendo y supervisando todo el programa de Investigación

Biológica Molecular de *Harmony*. Cuatro años después, en 2.036, Yun Wang se convierte, con sesenta y tres años, en el astronauta activo más veterano del mundo. Es la culminación de una impresionante carrera.

Con profunda inquietud, me doy cuenta de que, con cada día que pasamos aislados aquí, todos corremos el riesgo de ver cómo el andamiaje que conforma nuestra cordura, corre el riesgo de desmoronarse. Yun Wang está convencido de ser el nuevo Mesías, con el comandante Thomas Anderson en el papel de Inquisidor General de la Galaxia... Por otro lado, Viktor Zaitsev, anda por ahí agazapado en las profundidades de la estación, al parecer, dispuesto a cometer cualquier locura.

¿Quién será el próximo de entre nosotros en volverse loco por culpa de toda esta pesadilla, Kate? ¿Es posible que mi propio juicio se esté viendo afectado? El hecho de haberme quedado completamente paralizado ante la brutal y horrible escena que se estaba desarrollando en aquella sala... ¿Me convierte en cómplice de lo sucedido?...

El remordimiento de los cobardes es implacable.

Cuando todo terminó, me quedé solo. Temblaba de miedo, y sin poder dar crédito a lo sucedido, maldije una y mil veces ese sentimiento, mezcla de ingenuidad y egoísmo, que me hace pensar que soy capaz de tenerlo todo bajo control. La arrogancia es la peor enemiga de la prudencia y, para mi desesperación, Dana ha acabado sufriendo las consecuencias. Yo la convencí de la necesidad del diálogo. Yo la acompañé, sin pensar que podía estar poniéndola en peligro... Un poco de humildad por mi parte, me hubiese permitido bajar la cabeza, consultar el plan con Aslan... Viktor podría haber estado allí para protegerla... ¿Cómo pude pensar que un tipo como yo iba a disuadir a Wang si las cosas se ponían feas?

Me engañó... Demasiado tarde, me doy cuenta de cómo me utilizó para llegar a ELLA...

Todo este tiempo... Jugando... Jugando conmigo...

Ahora me siento incapaz de hablar con Aslan, de contarle lo ocurrido... ¡Y mucho menos a Zaitsev! El ruso seguramente me mataría.

Debo pensar.

Tengo que mantener la calma.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

20 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

Soñé que encontrábamos el cuerpo sin vida de la doctora Lehner en su habitación. Tenía el abdomen lleno de moretones, consecuencia de los golpes que se había infligido en un desesperado intento por interrumpir el embarazo.

Soñé con Dana.

Enajenada, camina en círculos con el espinazo encorvado recorriendo el *Museo Ellen Ripley*, cuyas estanterías se van derrumbando al paso de la figura que castiga con fuerza el fruto de su vientre. En mi sueño, trato de impedir que se haga daño, pero cuanto más me acerco, más lejos la veo en el laberinto de baldas y hierros retorcidos en el que se ha convertido mi inconsciencia.

Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

Soñé con Dana.

Dando a luz a extrañas criaturas.

También pude ver el futuro imaginado por Wang.

La Arcadia de nuestros descendientes.

La Ciudad Blanca es armoniosa y serena.

Descomunales estatuas de LA MADRE adornan las plazas y protegen los templos.

Dana, por todos lados.

Afrodita Dana.

Dana Atenea.

Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

Soñé con niños de rostros iguales.

Aprenden en la escuela el SACRIFICIO DE LA MADRE.

Los afortunados, recitan de memoria los NOMBRES:

Yun Wang, Thomas Anderson, Morgan Lawrence, David Dayan.

Yun Wang, Thomas Anderson, Morgan Lawrence, David Dayan.

Yun Wang, Thomas Anderson, Morgan Lawrence, David Dayan.

Yun Wang, Thomas Anderson, Morgan Lawrence, David Dayan.
Yun Wang, Thomas Anderson, Morgan Lawrence, David Dayan.
Los NOMBRES pensaron el MUNDO
Fueron UNO con LA MADRE
Antes de los NOMBRES
La NADA.

Yun Wang, Thomas Anderson, Morgan Lawrence, David Dayan.
Yun Wang, Thomas Anderson, Morgan Lawrence, David Dayan.
Yun Wang, Thomas Anderson, Morgan Lawrence, David Dayan.
Yun Wang, Thomas Anderson, Morgan Lawrence, David Dayan.
Yun Wang, Thomas Anderson, Morgan Lawrence, David Dayan.
Los NOMBRES pensaron el MUNDO
Fueron UNO con LA MADRE
Antes de los NOMBRES
La NADA.

Afrodita Dana. Dana Atenea.
Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!
Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!
Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

21 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

No sé cuánto tiempo pasé encerrado en mi habitación hasta que reuní el coraje suficiente para poder salir.

Me encontré con ellos en el pasillo que desemboca en el gimnasio de la estación.

Me estaban buscando...

—¿Sander! ¿Dónde demonios te has metido? —Vociferó Viktor.

—En mi habitación. —Dije.

Ya fuera por la expresión de mi rostro, o por genuina preocupación, el ruso preguntó:

—¿Dónde está Dana?

—No lo sé... —Respondí temeroso de verme obligado a revelar lo ocurrido.

—Mientes. —Insistió Zaitsev.

—Ha pasado algo... Terrible... —Balbuceé.

—¿Qué quieres decir?

—Dana quería... Arreglar las cosas... Me dijo que estaba harta... Que la situación tenía que cambiar... Quiso ir a hablar con Wang...

—¿Hablar con Wang? ¿Sobre qué? —Preguntó Omar.

—Me pidió que la acompañara. Intenté disuadirla.

—¿QUÉ? —Exclamó Viktor con incredulidad.

—Ella... Me convenció... ¡No paraba de decir que alguien debía intentarlo!

—¿Por qué no nos dijisteis nada? —Preguntó Aslan contrariado.

—No fue sola. Yo la acompañé.

—¿TÚ? —Inquirió el ruso

Conté lo ocurrido de manera tan atropellada que no dejé opción a interrupciones. Hablé de cómo obligaron a Dana a desnudarse y a tumbarse sobre la mesa, de cómo ellos se turnaron... Expliqué que me retuvieron, que me fue imposible hacer nada...

—Ellos eran cuatro...

Viktor me miró con un profundo desprecio.

—Voy a matar a todos esos hijos de puta. —Dijo.

Aslan no intentó matizar ni una sola de las palabras de Zaitsev. Me percaté en seguida de que mi relato le había privado de su resolución. Estaba devastado, parecía incapaz de reaccionar.

—Pero... ¿Dónde está? ¿Sigue con ellos? Oh Dios mío... Dana... ¿Qué es lo que te han hecho? —Consiguió balbucear.

—No lo sé... —Musité avergonzado.

—La encontraremos. Buscaremos por todos los rincones y la encontraremos Omar. Te doy mi palabra. Y luego acabaremos con ellos. — Sentenció Zaitsev.

—Yo puedo ayudarlos.

Me arrepentí de mi ofrecimiento inmediatamente después de haber pronunciado aquellas palabras. Un sentimiento de culpabilidad me atenazó. En realidad, no quería tener nada que ver, con nadie ni con nada.

—¿Tú? —Estalló Aslan.- ¿TÚ?... ¡Cobarde! ¡La dejaste sola! ¡Te quedaste mirando y luego huiste como la rata que eres! Seguro que has estado muy ocupado, escribiendo al respecto... ¿No es cierto? ¡Responde! ¡Maldita sabandija!

—Ellos eran cuatro... Cuatro contra uno... —Repetí.

—Apostaría lo que fuera a que ahora mismo estás grabando nuestra pequeña charla... ¿Verdad Sander? —Dijo Aslan cambiando de repente el tono de voz.

—Yo... Sólo hago mi trabajo... —Respondí aturdido.

—¿Donde tienes el puto teléfono? Insistió Omar empujándome con violencia, buscando en mis bolsillos, desesperado. —¡DONDE!

—¡Suéltame! —Grité asustado.

—Me das asco Sander. —Increpó Omar, mirándome fijamente.

—¡YO NO TENGO LA CULPA! —Exclamé histérico. —¡NO TUVE NADA QUE VER! ¡NO TENGO LA CULPA!

—Vete. —Dijo Viktor.

Volví a deambular por los pasillos de la estación. Las imágenes de lo sucedido se agolpaban inmisericordes en mi mente. Dando vueltas por el anillo de hierro, colgado de la locura, sobre el planeta de los muertos.

TODO se reduce a *Harmony*.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

28 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

Vuelvo a estar encerrado en mi habitación. El silencio que envuelve la estación es sepulcral. Al principio, y a pesar de sus enormes dimensiones, se podía decir que este era un lugar bastante animado. Wang solía disfrutar de su tiempo libre leyendo y escuchando música clásica frente a los grandes ventanales de *Lindon High*. A veces, jugábamos al Póquer... Anderson y Lawrence siempre intentando llevar al astuto Omar a la bancarrota... Lo pasábamos bien. La Doctora Lehner andaba de aquí para allá, siempre con una sonrisa y cuando, entretenidos como estábamos, las horas pasaban volando, ella nos reprendía.

—¡Hay que cerrar el casino! ¡A trabajar! ¡A trabajar todo el mundo!

—¡A cubierto! ¡Llega la Inquisición! —Bromeaba Omar guiñando un ojo...

Zaitsev iba y venía por los pasillos constantemente haciendo pequeñas reparaciones. Sus herramientas, tintineaban al chocar unas con otras en el macuto amarillo que el ruso llevaba colgado al costado, con lo que uno siempre podía intuir por donde andaba. El Coronel Dayan era el más circunspecto de todos, pero este rasgo de su personalidad no constituía ningún problema. En todos los grupos siempre hay uno que es más serio que los demás.

El tiempo de mi llegada me parece ahora lejano, Kate. Los acontecimientos de aquellos primeros días se perfilan borrosos en mi memoria, mientras la estación sigue girando como si lo que ocurriera en sus entrañas no fuera con ella. Me pregunto cuantas órbitas faltan para que *Harmony* termine cayendo sobre los restos de sus propios creadores, más de siete mil millones de personas...

Toda mi actividad se reduce ahora a escribir en este diario. De vez en cuando, veo viejas películas en el ordenador. No es lo mismo que en casa, pero me las apaño... A pesar de este modo de vida tan sedentario, por primera vez en mi vida, he adelgazado. ¡No existe mejor régimen que la comida para astronautas! Te alegrará saber, que cuando todo esto termine, estaré en forma para esa cena que tú y yo tenemos pendiente.

Recuerdo que estaba con *El Pianista* de Roman Polanski cuando sentí

pasos cerca de la puerta. Las paredes de la estación no son demasiado gruesas y al prestar más atención, me pareció que alguien iba y venía de forma indecisa, rondando, sin atreverse a entrar. Intrigado, arreglé un poco mi aspecto, cogí el teléfono y decidí salir.

Morgan Lawrence caminaba pesadamente por el pasillo con las manos detrás de la espalda. Me pareció que murmuraba algo con insistencia pero, por más atención que puse, me resultó imposible entender una sola palabra de su letanía. Al verme, se quedó muy quieto.

—¿Qué haces aquí? —Pregunté.

—Sander... —Respondió Lawrence tímidamente.

—¿Y a quien si no esperabas encontrar?

—No sabía si seguirías...

—¿Vivo?

Morgan asintió con la cabeza pero sin atreverse a decir nada.

—Lo estoy. —Afirmé sin demasiada convicción. —O al menos eso creo... Dadas las circunstancias, a veces pienso que todos en *Harmony* somos muertos vivientes.

—Si... —Se limitó a contestar.

Como seguir hablando en el pasillo me pareció incómodo, invité a Lawrence a entrar. No obstante y por precaución, opté por dejar la puerta entreabierta.

—Adelante, pasa.

—Gracias.

—¿En qué puedo ayudarte Morgan?

—Yo... Yo nunca quise... —Balbuceó.

—¿Qué estás haciendo aquí Lawrence? —Pregunté.

—Lo ocurrido con Dana... Ellos... Ellos me obligaron...

—¿Dónde está? —Pregunté ansioso.

—Está... A salvo...

—¿A salvo dónde? —Insistí.

—No puedo decírtelo... Me matarían...

—¡Es lo que te mereces! —Estallé.

—Wang... No quiere correr riesgos... Hay demasiado en juego...

—¿Y por eso había que forzarla?

—Wang dijo que...

—¡Wang esto! ¡Wang lo otro! ¡Estoy harto!

—Tú no le conoces...

—Vuestra soberbia será vuestra perdición. —Añadí.

—Paul, tienes que escucharme.

—Claro que le conozco... -Respondí airado.- Yun Wang cree que tiene un destino, una misión... Algo más grande que él mismo y que todos nosotros. ¿No es cierto? También cree que tiene deber de hacer siempre lo que se tiene que hacer... Si hay que matar, se mata y si hay que forzar a una joven inocente en una estación espacial, se hace... Ya sé cómo suena esa canción... ¡La historia de toda humanidad está llena de gentuza como Yun Wang!

—No esperamos que lo entiendas.

—Claro que no. No esperáis que la gente como yo entienda vuestras atrocidades, vuestros crímenes... Creéis estar tan por encima de los demás, que ni siquiera nos tomáis en cuenta... Pasáis por encima de las vidas de la gente, como habéis hecho con Dana... ¡No sois más que unos lunáticos!

Lawrence parecía cada vez más apesadumbrado. Sudaba copiosamente. Podía ver las gotas resbalando por su cráneo perfectamente afeitado. Por fin, vomitó lo que realmente había venido a decir.

—Necesito que me hagas un favor.

—¿UN FAVOR? —Pregunte con ironía.

—Que me acompañes a hablar con Zaitsev y con Aslan.

—¿En serio?

—Es importante.

—Lo que quiera que sea, puedes decírmelo a mí...

—Tú no eres de la tripulación.

Volví a sentir de nuevo todo el menosprecio, Kate. Siempre por debajo de todos ellos. Excluido, apartado, engañado, utilizado...

Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

Dana muerta... Dana sola... ¡POR TU CULPA! ¡POR TU CULPA!

—De acuerdo Lawrence. Te acompañaré.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

31 de Diciembre de 2.036.

Hola Kate.

Lo primero que tenía que hacer para cumplir mi compromiso con Lawrence era encontrar a Viktor y a Omar. Una tarea nada sencilla desde que ambos decidieron darme la espalda... Acordé con Morgan que una vez ubicado cualquiera de los dos, yo dejaría una señal en el laboratorio de Dana Lehner. Unos cuantos de sus cuadernos cambiados de sitio, bastarían.

Resignado por tener que abandonar mi aislamiento, comencé a vagabundear por la estación. *Harmony* es más grande de lo que puedas imaginar, Kate, y uno puede perderse durante un buen rato en sus entrañas si no sabe bien por donde va. El ominoso silencio que sucedió a lo de Dana, seguía incrustado en los corredores y estancias que iba recorriendo en mi errático deambular. Tras un rato dando vueltas, encaminé mis pasos hacia la Sala de Comunicaciones. Los monitores del circuito cerrado de televisión sólo mostraban habitaciones vacías: el área de recreo, la enfermería, los laboratorios adyacentes, el comedor, la cámara de ingravidez... Lo que a mi llegada habían sido estancias repletas de actividad, parecían ahora las escenas de una mala película de terror.

Deprimido, encaminé mis pasos hacia las dependencias de Aslan. Encontré la puerta cerrada, así que golpeé con los nudillos la fría superficie metalizada. Tal y como esperaba, no hubo respuesta. Con desgana, me puse en marcha con el objetivo de bajar al reino de Viktor Zaitsev. La Zona Restringida de la estación dista mucho de ser un lugar acogedor. Los blancos y asépticos pasillos que he acabado conociendo tan bien se transforman allí en estrechos corredores iluminados tenuemente por una luz rojiza, que acentúa la sensación de agobio. Haciendo caso omiso de todas las advertencias que especificaban que las profundidades de *Harmony* sólo pueden ser franqueadas por el personal autorizado, me adentré en un laberinto de tuberías y cables que reptaban por paredes y subían hacia el techo.

Vi la imponente y oscura sombra de Zaitsev al doblar un recodo bajando la escalera metálica. Manipulaba un soldador sobre un panel abierto en la pared. A juzgar por la cantidad de herramientas y la botella de vodka que le acompañaba, confié en que el ruso tuviera trabajo para rato. Despacio,

desanduve todo el camino hasta llegar al laboratorio de Dana Lehner. Cambie los cuadernos de repisa y regresé nervioso a mi habitación.

YA Sólo cabía esperar.

Lawrence tardó en aparecer más de lo que me hubiese gustado. Su mirada, esquiva, seguía sin convencerme.

—¿Tienes algo? —Preguntó sin saludar.

—Aún no he podido encontrar a Aslan, pero sé dónde está Zaitsev. — Respondí sin demasiado entusiasmo.

Morgan se mordió el labio inferior y fijó la vista en mi escritorio, pensativo.

—Está bien. —Concluyó. —Bastará para empezar. Vamos.

Guié a Lawrence por la maraña roja de pasadizos y escaleras hasta dar con Viktor. Al llegar al recodo, hice un gesto de decepción. Zaitsev ya no estaba.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Lawrence inquieto.

—Estaba aquí... hace un rato... trabajaba en una soldadura. —Respondí confundido.

Morgan frunció el ceño con desconfianza.

—Sander, si esto es algún estúpido truco...

—¡Estaba aquí! —Exclamé frustrado mientras me acercaba hasta el panel que Viktor había estado manipulando.

—Eres un completo inútil. —Me espetó Morgan con fiereza.

Alcé la mirada. Lawrence, se dirigía ya hacia mí con cara de pocos amigos.

—¿QUE ESTÁIS HACIENDO AQUÍ?

El potente vozarrón de Viktor Zaitsev nos llegó amortiguado desde el hueco de la escalera. Lawrence se detuvo y volvió la cabeza para ver aparecer al ruso que bajaba los escalones con parsimonia. Tenía una botella en la mano y arrastraba las palabras, con entonación pastosa.

—Sander... Maldita sabandija... ¿Interrumpo un momento íntimo? — Inquirió Zaitsev con sorna antes de dar un trago.

—Wang me envía para hablar contigo. —Respondió Lawrence.

—¿Te gustan altos y fuertes Sander? —Preguntó Viktor haciendo caso omiso de la respuesta de Morgan. El tono empleado no me estaba gustando nada.

—Tenemos que hablar. —Intervino Lawrence, desviando la atención de Viktor sobre mi persona.

—No hay nada que hablar, negro. ¿DONDE ESTA DANA?

Zaitsev estaba borracho. Recé para que Lawrence no entrara al trapo de las provocaciones.

—La Doctora Lehner está bien. —Dijo Morgan.

—¿Te gustó verla en la mesa tumbada? —Replicó el ruso.

Zaitsev tenía los ojos vidriosos y los músculos tensos de ira.

El recuerdo de Dana mirándome intensamente volvió a asaltarme.

—Era necesario.

—¡NECESARIO! —Estalló Zaitsev dando un buen trago de la botella, casi vacía.

—¿Es que no entiendes que en la Tierra están todos muertos? —Exclamó Lawrence señalando la pared.

—¡MIENTES! —Gritó Viktor.

—John Harper nos advirtió: NO VENGÁIS. —Dije.

—Tú límitate a mantener la boca cerrada. —Respondió el ruso clavándome la mirada.

—Con el tiempo, Dana entenderá. —Dijo Morgan.

—¿ENTENDERÁ? —Preguntó Zaitsev arrastrando las palabras.- Sois unos bastardos.

—Wang quiere verte. Tiene información... Sobre Moscú...

Viktor se quedó paralizado durante un segundo. Tambaleante, pensó brevemente la respuesta.

—Escúchame bien NEGRO: Dile a Wang que tiene veinticuatro horas para liberar a la Doctora Lehner, o nadie saldrá de aquí. He reprogramado los accesos al transbordador.

Lawrence y yo nos miramos intentando asimilar las implicaciones de lo que Zaitsev acababa de decir.

—¿Qué has hecho Viktor? —Preguntó Lawrence con incredulidad.

—Lárgate de mi vista, NEGRO. —Concluyó Zaitsev.

—¡HAS CAMBIADO LOS CÓDIGOS! —Exclamó Lawrence acercándose peligrosamente al ruso.

A pesar de su corpulencia y su evidente estado de embriaguez, Viktor encaró a Morgan con la agilidad de un felino. Un golpe seco contra una tubería fue suficiente y, como si toda la acción estuviese transcurriendo a cámara lenta, el ruso alzó la botella de vodka rota para clavarla en el cuello expuesto de Morgan que cayó de rodillas, sorprendido.

—¡NO! —Grité.

La sangre salió a borbotones por la yugular de Lawrence pero Viktor continuó cortando.

—¡PARA! ¡VIKTOR! ¡PARA! —Exclamé.

Trozos de cristal, rojos al trasluz, salían despedidos con cada impacto.

—¡NEGRO! ¡NEGRO! ¡NEGRO!

¡NEGRO! ¡NEGRO! ¡NEGRO!

¡NEGRO! ¡NEGRO! ¡NEGRO!

Aterrado, busqué las escaleras.

Subí los peldaños a trompicones, apoyándome en la oscura baranda para evitar tropezar y caer al rojo abismo interior de la estación. Cuando por fin, mis ojos vislumbraron el blanco cegador de los pasillos, los gritos de Zaitsev resonaban todavía, siniestros, en mi cabeza.

—¡NEGRO! ¡NEGRO! ¡NEGRO!

¡NEGRO! ¡NEGRO! ¡NEGRO!

¡NEGRO! ¡NEGRO! ¡NEGRO!

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.
02 de Enero de 2.037.

Hola Kate.

Me quedé dormido revisando mis notas sobre Lawrence. Nuestro copiloto del transbordador terminó sus estudios como licenciado en Ingeniería Aeronáutica por la Universidad de Wisconsin en Madison, gracias a una beca de las Fuerzas Aéreas. Sus brillantes calificaciones le permitieron ingresar inmediatamente en el Departamento de Tecnología Espacial de la NASA, donde pronto destacó por su inquietud hacia la astronáutica. El destino de Morgan quedó sellado el día en que éste conoció a Mathilda Heart, la primera mujer afroamericana de la agencia en estar a cargo de un Control de Tierra en Houston.

Resultó ser amor a primera vista. Un sinfín de almuerzos compartidos sobre el césped del Rocket Park junto al Johnson Space Center, terminaron en una boda no exenta de rumores malintencionados sobre las verdaderas intenciones del joven ingeniero aeronáutico. Sea como fuere, en 2.034 y coincidiendo con el nacimiento de su hijo Jefferson, un entusiasmado Morgan Lawrence realizó con éxito su primer viaje a la Estación Espacial Internacional *Harmony* acompañando al comandante Thomas Anderson en misión de abastecimiento. ¿Cómo podía imaginar entonces que su vida terminaría tan solo un par de años después entre estas paredes?

Me pregunto, Kate, que es lo que nos ha llevado a todo este horror. ¿Es la desesperación? ¿El miedo? ¿Merecía Lawrence una botella clavada en el cuello? ¿Es Zaitsev un asesino o un justiciero? ¿Cuando se convierte la justicia en venganza? ¿Acaso no es, en demasiadas ocasiones, lo mismo? Que fácil resulta caer en la confusión... No puedo descansar bien, la más leve cabezada me devuelve sueños desagradables, agitados. El tiempo transcurre sin días ni noches, envuelto en fantasmagóricos destellos que alternan confusión y lucidez.

Intenté levantarme para conseguir algo de comer, cuando percibí la figura de Yun Wang, recortada contra el ventanuco de mi habitación. En mi estado de somnolencia, me pareció que tenía un aspecto irreal. Una sombra oscura, velando mis pesadillas.

—¿Ha descansado usted lo suficiente? —Me preguntó.

Aturdido, no supe que responder.

—¿Dónde está Morgan? —Quiso saber.

Me incorporé pesadamente. Sentado en el borde de la cama, y sin saber qué hacer con las sábanas, respondí.

—Ha muerto.

Tenía la boca pastosa y necesitaba beber agua urgentemente.

—Comprendo.

Wang no se alteró con la noticia. Acercándose, encendió la luz del flexo sobre el escritorio y apoyó los codos sobre la mesa.

—Sander... Sander... Pobre señor Sander... —Musitó Wang con su peculiar acento, mientras movía de un lado a otro la cabeza.

—Todos ustedes se han vuelto locos...

—¿Quién está más loco señor Sander, el hombre que mata a la yegua para que nazca el potrillo o el que no hace nada esperando que haya suerte y no mueran los dos?

—No empiece con sus estúpidas analogías. —Contesté airado.

—Usted cree que yo soy un monstruo. ¿No es cierto? Es fácil poner etiquetas sin tener en cuenta las circunstancias.

—¿Circunstancias? —Inquirí con amargura. ¡Déjeme que le hable de circunstancias! —¿Por cuánto tiempo más cree usted que Viktor va a permitir que tengan a Dana retenida?

—Viktor Zaitsev... —Asintió Wang pensativo.

—Si no la sueltan pronto...

—La Doctora Lehner está encantada de estar con nosotros. —Dijo Wang tajante.

—Es usted un cínico despreciable.

—¿Donde te gustaría morir Sander? Dime... ¿Te gustaría morir aquí?

—¡Déjeme en paz! —Respondí hastiado.

—Sabemos por lo ocurrido a John Harper, que Wicca ha llegado ya hasta el polo sur de la Tierra. El aire que antes respirábamos, ahora nos mata. No obstante, no todo está perdido.

—Pero... ¿Cómo saben todo eso? —Pregunté atónito.

—Wicca se irá debilitando paulatinamente, una vez más, de norte a sur.

—¿Debilitando? ¿Qué significa?

—Cállese y escuche.

—...

—El retorno a la normalidad es inevitable. Será un proceso lento, pero tan irreversible como lo que ha terminado con la vida de nuestra especie en el

planeta. De ahí, nuestro empeño por evacuar *Harmony* lo más tarde posible. Podemos esperar en la estación tranquilamente y hacer las cosas bien, o podemos irnos de aquí mañana mismo e intentar sobrevivir confinados en el primer iceberg del polo norte que encontremos. Personalmente, me inclino por la primera opción.

—Todo esto es ridículo. —Insistí si poder creer lo que Wang me estaba diciendo.

—Escúchame Paul... Yo he decidido adquirir un compromiso firme con todos nosotros. Un compromiso con la supervivencia.

—¿Me está usted diciendo todo esto en serio? —Inquirí.

—Sander... Sander... ¿Qué más puedo hacer con alguien que quiere saber lo que no puede saber?

—¡Deje de tratarme como a un niño! —Exclamé.

—Vengo hasta ti, te muestro una rendija de la realidad y... ¿Qué es lo que obtengo, Sander?

—...

—Orgullo, ira, frivolidad... Tu actitud es la que me obliga a actuar. — Concluyó Wang.

—Otra vez su estúpido mesianismo... Usted ha provocado todo esto... Tenga por seguro que lo va a pagar.

—A diferencia de la doctora Lehner, tú no estás preparado. Pensé que quizás habría llegado el momento, pero es evidente que me he equivocado.

—¡Dígame qué es lo que han hecho con Dana!

—Como ya le he dicho Señor Sander, no está usted preparado.

—En eso estamos de acuerdo Doctor Wang. En Houston no te preparan para gestionar pandemias, ni para ser testigo de violaciones y desde luego, no me considero preparado para ver a nadie caer muerto delante de mis narices, con una botella de vodka clavada en el cuello... Tampoco me prepararon para tratar con tipos tan despreciables como usted...

Wang me miró con tristeza.

—¿Sabía usted que fueron los musulmanes los primeros en explorar las más de diecisiete mil islas de Indonesia?

—¿Ve a lo que me refiero? ¡Realmente disfruta con esto! ¿Verdad?

—Usted nunca escucha. ¿Verdad?

—¡Tan sólo me interesa saber DONDE ESTÁ DANA! —Exclamé airado.

—Un pequeño grupo de comerciantes, no mayor que el nuestro, se

perdió a finales del siglo XIII en el interior de la selva. Desesperados y diezmados por la malaria, continuaron marchando sin saber que se internaban cada vez más, en la espesura. Cuando estaban convencidos de que les aguardaba una muerte segura, la mermada caravana se dio de bruces con un poblado de aborígenes. Tras un largo debate, la tribu, que había vivido siempre aislada en lo más profundo, resolvió acogerles amistosamente. Los expedicionarios, permanecieron en la aldea más de quince años, hasta que finalmente pudieron regresar a la civilización.

—Muy interesante. —Respondí con desgana.

—¿Quiere escuchar Señor Sander o prefiere usted que me marche?

—Continúe... —Dije.

—Los aborígenes vivían completamente aislados. Pero esto no debe sorprendernos, muchos asentamientos humanos han sido capaces de prosperar en entornos similares a lo largo y ancho de todo el planeta. Lo verdaderamente relevante, desde un punto de vista antropológico, es lo que esta pequeña comunidad se vio obligada a hacer.

—¿Sus amigos indígenas también forzaban a mujeres inocentes? — Pregunté con acritud.

—Ahórrese su sarcasmo. El jefe de la tribu y sus parientes ostentaban los privilegios. Tenían prohibido salir a guerrear, cazar o participar en la recolección. Gozaban de una vida placentera... Las mejores casas, las mejores piezas de carne, y la fruta más succulenta... Los días en la selva, transcurrían tranquilos, bien atendidos, obesos y despreocupados.

—Una descripción muy acertada de su propio partido comunista...

Wang sonrió.

—Pero toda sociedad, por idílica que parezca, está sujeta a crisis periódicas. Un conflicto con otra tribu, una tormenta demasiado violenta, una enfermedad inesperada...

—Y cuando la cosa se pone fea, los poderosos se dedican a exprimir a los más débiles... Es la historia más antigua del mundo. —Respondí.

—Una vez más, vuelve a usted a equivocarse, Sander.

—...

—Los comerciantes musulmanes volvieron horrorizados, contando historias sobre la tribu que devoró a sus propios dirigentes en un banquete ritual.

—...

—Lo que en circunstancias normales puede parecer una atrocidad, se

convirtió en un recurso para evitar la inanición de toda la comunidad.

—Es usted un pésimo demagogo. —Respondí con desprecio.

—¿Es esa entonces su conclusión?

—Zaitsev ha cambiado los códigos de acceso al transbordador. —
Anuncié sin previo aviso.

Esperé encontrarme con el gesto bobalicon de sorpresa que él mismo estaba acostumbrado a ver en su interlocutor cuando daba un giro inesperado en la conversación, pero nada de eso ocurrió. Simplemente, Yun Wang se levantó de la mesa para fijar, amenazante, sus ojos rasgados en mí.

—Así que tu amigo el ruso quiere JUGAR FUERTE...

—No es mi amigo... —Respondí, contento de haberle inquietado.

—Me alegro mucho de haber tenido esta charla contigo Sander. Creo que acabamos de encontrar un nuevo propósito para ti.

—No sé a qué demonios se refiere... —Respondí desconcertado.

—Es muy sencillo. Quiero que me consigas esos códigos.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Acaso tu trabajo no consiste en sacar a la luz lo que permanece oculto? Averigua, investiga... Haz lo que tengas que hacer o lo haré yo, y te aseguro que lo lamentarás.

Me quedé mirando, absolutamente perplejo. ¡Yun Wang me estaba amenazando!

—¿Cómo se atreve...?

—Que tenga un buen día, Señor Sander.

—¡DÉJEME EN PAZ! —Grité indignado.

—Y una última cosa... Nunca olvide que el universo siempre encuentra la forma de volver al equilibrio.

Y diciendo esto, Kate, el Doctor Wang se marchó.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

05 de Enero de 2.037.

Hola Kate.

Han pasado más de cuarenta y ocho horas desde que Wang me pidiera los nuevos códigos. Decidí no hacer caso y ahora, mientras escribo estas líneas, sé que me equivoqué. De haberme involucrado... De haber sido capaz de reunir el valor para ir de nuevo en busca de Viktor Zaitsev... ¿Se habrían desarrollado los acontecimientos de manera diferente?

El universo siempre encuentra la forma de volver al equilibrio...

No siempre podemos calcular las consecuencias de nuestros actos. Hablé con Dana, le dije que teníamos que hacer algo y ahora ni siquiera sé donde está. Hablé con Morgan y ahora es un fantasma que me persigue por los pasillos... Le veo al doblar una esquina... al entrar en los laboratorios... reflejados en los cristales... Intentando zafarse el cristal clavado en el cuello... A veces, puedo abrir un armario y encontrarme con su imagen, pálido, grotesco... Debo de estar perdiendo el juicio...

No hice nada por recuperar esos códigos Kate.

Vivir es decidir...

Vivir es decidir...

Vivir es decidir...

Nunca me ha gustado destacar. De pequeño yo era el niño que en clase nunca levantaba la mano, aunque supiera la respuesta correcta. Entré en la facultad de periodismo por decisión de mis padres. Tenía veinte años y ninguna idea al respecto de qué hacer con mi vida. Comencé a trabajar en el New York Times por decisión de mis profesores, que me recomendaron al viejo Jimmy Paterson, el último de los grandes redactores que tuvo el periódico, y un habitual de la noche universitaria en el campus de la NYU. Más tarde, fue Jimmy quien decidió que yo tenía cualidades para ser jefe de sección. ¡Fue Jimmy el que habló con Spanoulis al respecto! Yo siempre me dejo llevar...

Bill Walsh es de las pocas personas que saben que en realidad soy un cobarde. Me ha visto esconderme demasiadas veces, huyendo para llegar, preferiblemente, a ninguna parte.

Vivir es decidir...

Vivir es decidir...

Vivir es decidir...

Pude no haber venido aquí. Pude haber rechazado la oferta... Por una vez, decidí subir alto... Más alto que nadie... Tocar las estrellas... ¿Y cuál ha sido el resultado? La diosa Fortuna me agradece la osadía con el fin del mundo...

Gloria Victis.

Cuando Wang me dijo que me necesitaba, decidí no hacer nada. Me limité a continuar encerrado, llenando las horas muertas con mis cosas. No vi nada, nunca me crucé con nadie, los días pasaron monótonos.

Hasta que encontré la nota.

Escrita a mano, una única frase de caligrafía rasgada, presurosa. Decía lo siguiente: “Hoy a las 20.00 horas en la sala de comunicaciones.”

Vivir es decidir...

Vivir es decidir...

Vivir es decidir...

—¿Por qué no pueden dejarme en paz? —Pensé.

Observé durante un rato la misteriosa convocatoria. Podía ser otro de los trucos de Wang... También podría ser Dana...

TENÍA QUE SER DANA.

La idea me entusiasmó y me arreglé apresuradamente. Mientras me duchaba, la esperanza crecía dentro de mí. ¡Dana!... ¿Estaría bien? Las ganas de verla trajeron también al miedo. ¿Qué le diría?... ¿Cómo explicarle...? ¿Sería capaz de comprender...?

No tenía ni idea de lo equivocado que estaba.

Llegué a la sala de comunicaciones cinco minutos antes de la hora fijada en estado de gran ansiedad. La estancia estaba vacía y en penumbra, iluminada débilmente por las tenues imágenes del circuito cerrado de televisión. Me senté frente a la consola de radio, desde la que había mantenido mis charlas con John Harper. No pude evitar que mis pensamientos se centraran en él. Sólo, en una base antártica con todo derrumbándose a su alrededor... Pensé en la señora Harper, en sus hijas pequeñas, hacinadas en un campo de refugiados en Inglaterra... Aguardando un barco, un bote, cualquier cosa que las sacara de allí...

Vivir es decidir...

Vivir es decidir...

Vivir es decidir...

Sentí la presencia de alguien que se acercaba, proveniente del pasillo

que desemboca en la sala desde la enfermería. Mi corazón dio un vuelco. Era Aslan y tenía mal aspecto. Lo suficientemente malo como para que su tez, habitualmente aceitunada, apareciera pálida, casi transparente, como papel de fumar.

—Hola Sander. —Dijo de manera anodina.

—Omar... —Respondí yo.

Llevaba en la mano una nota.

Nos miramos con desconcierto bajo la luz lechosa de los monitores, esperando. Yo no dejaba de preguntarme si vendría alguien más. Suplicaba a Dios que así fuera, el silencio incómodo que reinaba entre los dos empezaba a agobiarme y además tenía ganas de ir al baño. Iba a levantarme cuando Aslan emitió un gemido ahogado. Observé con aprensión su rostro, clavado en las pantallas que recibían la señal de las cámaras de vigilancia de la estación.

Mi visión periférica captó un movimiento en el monitor de la Sala de Ingravidez. Un objeto redondo, flotaba girando sobre sí mismo perezosamente en medio de la estancia. Me levanté para fijar bien la atención y aunque me costó un poco, pronto identifiqué el casco de cosmonauta soviético que había visto en el museo. El antiguo acrónimo, CCCP, avanzaba, ingrávido hacia su inevitable colisión contra la pared. Fruncí el ceño extrañado, Aslan no podía apartar la mirada de la pantalla.

El choque me permitió verlo.

Vivir es decidir...

Vivir es decidir...

Vivir es decidir...

La cabeza de Viktor Zaitsev, estaba dando vueltas en el vacío, justo en el centro de la estación.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.
07 de Enero de 2.037.

Hola Kate.

Podríamos decir que el *Museo Ellen Ripley* es un sitio único en la galaxia. Me gusta venir aquí durante mis largos paseos por la estación. A través de los grandes ventanales de *Lindon High*, nuestro planeta luce envuelto en su manto de luz, pero en las grises paredes de esta pequeña estancia, lo que brilla es la emoción que produce contemplar cientos de fotos y recuerdos, acumulados a lo largo de los años en este lugar. Ajenos a la locura sobrevenida. Ajenos al horror.

Una joven, posa sonriente en Sidney frente al Teatro de la Ópera. Es una mujer hermosa. La brisa de la bahía, debió de jugar una mala pasada en el momento de tomar la instantánea, puesto que su oscura y larga melena, cubre ligeramente una sonrisa radiante y unos espectaculares ojos verdes, llenos de vida.

Un niño, juega con su pelota en un jardín.

Una pareja de ancianos, pasa la tarde sentada plácidamente en el porche.

Un adolescente, disfruta de su graduación.

Un grupo de oficinistas, mira a la cámara con los pulgares levantados, sostienen un cartel escrito en francés: ¡Bon Voyage, Michel!

Tomé la fotografía de la chica en mis manos y eché un vistazo al reverso.

Escrita a mano, la estrofa de una canción:

She swore that she loved me.

No never would she leave me.

But the Devil take that woman.

Yeah, for you know she tricked me easy

Sonreí con tristeza, y me dispuse a dejar la imagen en su sitio.

Entonces, escuché la pregunta.

—¿Ataque de nostalgia, Señor Sander?

Un sudor frío me recorrió la espalda.

—No tema. —Añadió Wang en tono tranquilizador.

—¿Qué hace usted aquí? —Pregunté, armándome de valor mientras mis ojos buscaban en las estanterías algún objeto contundente con el que poder

defenderme.

—He venido a recoger algunos efectos personales.

Wang encaminó sus pasos hacia una esquina de la habitación, y con gesto seguro, despegó cuidadosamente una fotografía de la pared. Sin dejar de mirarla, se acercó para que la pudiera ver. Un Yun Wang mucho más joven, aparecía junto a su familia. Todos sonreían, pertrechados con cámaras y sentados frente a la Fuente de Bethesda, en Central Park.

—Me marchó Señor Sander.

—¿Cómo dice?

—Intentamos obtener los códigos pacíficamente, pero Viktor Zaitsev insistió en recurrir a la violencia. —Respondió Wang.

—¿Era necesario decapitarlo?

—Zaitsev escogió enfrentarse a nosotros. Golpeó brutalmente al Coronel Dayan. Fruto de esta agresión, David está en coma, con graves heridas y probablemente, morirá. Sin embargo, el Comandante Anderson hizo un excelente trabajo. Cuando amenazó a Zaitsev con torturar salvajemente a la doctora Lehner, el ruso finalmente se vino abajo. Es fascinante lo fácil que resulta doblegar a la gente a través de aquellos que les importan.

Moví la cabeza, apenado.

—¿Qué sentido tiene todo esto? —Quise saber.

—¿Ha perdido ya la esperanza Señor Sander?

—¿Y a usted qué le importa? —Respondí. —¿Y usted doctor Wang? ¿Goza su esperanza de buena salud después de todo lo que ha hecho?

—Alguien tiene que tomar las decisiones.

—¿Y cómo se atreve usted a decidir por todos nosotros? —Respondí estupefacto.

—Señor Sander. Su tendencia a olvidar que soy mucho más inteligente que cualquiera de los que estamos aquí, me resulta ya extenuante. No obstante, lo más irónico de todo este desagradable asunto, es que, contra todo pronóstico, cabe la remota probabilidad de que usted, nos sobreviva a todos nosotros.

No supe si protestar, o agradecerle el pronóstico al Doctor Wang. Como siempre, aquel hombre me desconcertaba.

—¿Qué quiere usted decir? —Inquirí.

—¿Se refiere usted al abismo intelectual que nos separa o a nuestras respectivas probabilidades de supervivencia?

—¡Olvídelo! —Exclamé exasperado.

—Un individuo como usted, llegado aquí gracias al azar, un... periodista... Escasamente cualificado, con escasas capacidades para la resiliencia. Y sin embargo... Aquí sigue.

—¿Se puede saber de dónde saca usted esos insoportables aires de suficiencia? ¿Quién demonios se ha creído que es?

—Soy un científico. Todos aquí los somos. Todos menos usted.

—...

—La gente cree que tiene derecho a todas las respuestas, pero lo cierto es que no se merece ninguna.

Sin poderme contener un minuto más, saqué el teléfono móvil de mi bolsillo y se lo puse a Wang delante de la cara.

—¿Puede repetir de nuevo eso que acaba de decir? Es para mis lectores. —Dije amenazante.

Wang empezó a reír.

—Paul Sander... Paul Sander... ¿Qué vamos a hacer contigo...? Si por un momento, me hubieses hecho caso... Todo habría resultado diferente.

—Siempre he sido un poco rebelde. —Respondí.

—Podías habernos ayudado a persuadir a la joven doctora Lehner...

—¿Qué está usted insinuando? —Estallé.

—Yo nunca insinúo. —Dijo Wang.

—Muy bien, ya hemos tenido bastante. Ya va siendo hora de que me aparten todos ustedes de sus maquinaciones.

—¡La intoxicaste con tus miedos! ¡Con tus temores! ¡Con tus prejuicios! y luego ¡LA ABANDONASTE!

—¡ES USTED UN MONSTRUO! —Exclamé sobrecogido.

—¡SILENCIO! —Gritó Wang.

—...

—¡Tu incompetencia! ¡Tu hipocresía! ¡Tu cobardía! ¡Nos condena a todos! ¿Quién es el monstruo, señor Sander? ¿USTED O YO?

Wang estaba lívido. Sudaba copiosamente y me señalaba agitando los puños. La fotografía de su familia estaba retorcida entre los dedos crispados. Pasaron unos instantes de tremenda tensión. ¿Debía golpearle? ¿Acabar con todo de una vez...? Por primera vez en mi vida, sentí ganas de matar a un ser humano. Me imaginé saltando sobre él. No era más que un anciano... Podría golpear su cabeza de pelo cano contra el suelo... La sangre salpicando las estanterías... Pude sentir la euforia.

Wang hizo un esfuerzo por recuperar la compostura.

—Poco importa nada ya... —Reflexionó.

Mi instinto asesino se esfumó.

—¿Qué ocurrirá a partir de ahora? Quizás deberíamos hablar con Aslan...

—¿Deberíamos?

No supe qué contestar.

—Tu amigo Omar Aslan está acabado. —Sentenció Wang.

—Aquí no tengo amigos. —Respondí con tristeza.

—Nos has rechazado a todos. —Sentenció Wang.

—Creo que en el fondo, usted tiene miedo de Omar.

—Te equivocas.

—...

—Aslan está consumido por los celos.

En ese momento, recordé la expresión de Omar al irrumpir en el cuarto de Dana mientras hablábamos.

—Y pocas cosas resultan tan sencillas de manipular como los celos. Nunca me preocupó Aslan. En realidad, gran parte de mi atención ha estado siempre fijada en ti.

—¿Por qué en mi? —Pregunté con voz temblorosa.

—Por dos razones. La primera, tu relación con Dana. Desde el principio ustedes dos hicieron muy buenas migas... ¿No es cierto?... Aunque no lo crea, ha acabado usted revelándose como un gran seductor, señor Sander.

—Ahórrese los cumplidos. ¿Y la segunda razón?

—Nunca se deba dejar a un incompetente deambulando por ahí, a su libre albedrío. Es algo que aprendí muy pronto, como comandante en el ejército.

—Váyase a la mierda. —Respondí ofendido.

Wang rió con ganas.

—Realmente estoy disfrutando mucho de nuestra última conversación.

—¿Última conversación? —Pregunté.

—Abandono *Harmony*.

—Pero usted mismo ha sostenido todo este tiempo que es demasiado pronto...

—¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Esperar a que Aslan te convenza y ambos intentéis matarme?

—Pero... No tiene por qué ser así.

—Ya es demasiado tarde.

—Pero...

—Te advertí.

—Yo...

—DECIDISTE no hacer caso.

—¿Donde piensan aterrizar? —Quise saber.

—Ya pensaremos en algo.

—No puedo creer que Dana esté de acuerdo.

—Dana estará bien.

Inmediatamente Kate, pensé en ti.

—¿Cree que puede haber supervivientes?... ¿Es posible que haya gente a salvo en bases subterráneas? ¿Qué pasa con los submarinos?

—No lo sé... Honestamente, creo que no hay demasiadas probabilidades.

—Pero todavía hay esperanza... —Quise saber angustiado.

—NOSOTROS ÉRAMOS LA ÚLTIMA ESPERANZA.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.
08 de Enero de 2.037.

Hola Kate.

Las palabras de Wang dejaron tras de sí un montón de interrogantes. ¿Acaso piensa evacuar la estación dejándonos atrapados aquí? ¿Cuándo y cómo va a poner en marcha un plan tan arriesgado? ¿Qué podemos hacer para impedirlo?... Sigo sin noticias de Dana... ¿Donde está David Dayan? Wang afirmó que la trifulca con Zaitsev le dejó malherido... ¿Qué papel ha jugado el israelí en todo esto? No me queda más remedio que hablar con Aslan.

Encontré a Omar en el laboratorio de la Doctora Lehner, rodeado de papeles. Me llamó la atención observar decenas de archivadores apilados en el suelo. Aslan estaba buscando algo entre la documentación técnica de la estación.

—¿Qué haces? —Pregunté sin saludar.

—Estudiar. —Dijo Omar.

—...

—Estamos en un barco sin timonel, alguien tendrá que ocupar el puesto...

Supe que detrás de aquella aparente muralla de indiferencia había un hombre desesperado. Aslan tenía un aspecto macilento.

Delgado, con el cabello revuelto, la mirada perdida... Aquel tipo no tenía nada que ver con el jovial y vigoroso profesor de universidad que conocí a mi llegada. Me pregunté, preocupado, si yo mismo no sería también más que el reflejo de su ajada figura. Dos fantasmas condenados por Wang a vagar para siempre en la estación.

—Pareces un científico loco —Dije para romper un poco el hielo.

—Yo diría que, estas alturas, todos aquí tenemos algunos problemas mentales. —Afirmó sin levantar la vista.

—Wang va a abandonar pronto la estación. Dayan está gravemente herido, tras una pelea con Viktor después de que éste cambiase los códigos de acceso al transbordador.

—Creo que ambos sabemos cómo termino ese asunto...

—¿Cómo hemos llegado a esto Omar? —Quise saber apesadumbrado.

—No lo sé.

—...

—La obsesión de Wang siempre ha sido Dana. Ha hecho todo lo posible por intentar seducirla. Yun Wang... la cortejaba... Ella no se daba cuenta, ya que Wang siempre ha sido muy sutil, pero yo lo capté todo desde el primer momento. Me ponía enfermo.

—Pero...

—Ha estado todo este tiempo intentando seducirte a ti también ¿No es cierto?

—Por el amor de Dios, Omar...

—¿Dónde está Dana? ¿Qué ha hecho con ella? —Preguntó ansioso.

—Tan sólo afirma que se encuentra bien. Wang pretende evacuar la estación, Omar; sospecho que de manera inminente.

Aslan no pareció en absoluto sorprendido.

—Pues habrá que ir sacando los billetes. —Ironizó con amargura.

—Creo que deberíamos hablar con él y dejar, por fin, atrás este lugar.

Omar Aslan me miró con tal fiereza, que me dio miedo.

—No pienso suplicar, Sander.

—No se trata de eso... —Respondí a la defensiva.

—Sin embargo tu sí. ¿Verdad? Si con ello pudieras salvar el pellejo...

El desdén con el que Omar pronunció sus palabras caló profundamente en mi interior. Una sensación de oscuro resentimiento creció dentro de mí. En realidad los odiaba a todos. Omar, Wang, Dayan, Anderson, Lawrence, Zaitsev... Dana... Tanta inteligencia... Tanta preparación... Tantos títulos y tantos diplomas... Ninguno de ellos ha servido para nada.

—Así que ahora, quieres continuar matándonos unos a otros. —Dije entristecido.

Aslan hizo un gesto de desprecio con el labio.

—No tiene por qué ser así. —Respondió con sequedad.

—...

—Préstame atención y puede que, si haces las cosas bien, podamos salir de esta. ¿Me has entendido?

Vivir es decidir...

Vivir es decidir...

Vivir es decidir...

—A partir de ahora, tú y yo haremos turnos en el Puente de Mando. Cuando tengamos que descansar, activaremos los sensores de movimiento de *Harmony*. Si Wang o Anderson intentasen acceder a la consola de mando para activar los protocolos de despegue del transbordador, sonará la alarma

por toda la estación.

—¿De qué serviría? —Pregunté desconcertado.

—Si vienen a por mí, tu presencia equilibrará un poco las cosas. Yo puedo enfrentarme a Anderson, pero tú deberás neutralizar a Wang. ¿Crees que podrás hacerlo?

—No soy una persona violenta... —Comencé a farfullar.

—¡Maldita sea Sander! ¡Wang es un viejo! —Exclamó Aslan, visiblemente alterado.

Mi mente me trajo de nuevo la imagen de mis manos, golpeando con fuerza el cráneo de Wang contra el suelo de la estación.

—Tiene que haber otra solución. —Insistí.

—Sander, si no me ayudas en esto...

—¿También tú vas a recurrir a las amenazas? —Pregunté acorralado.

—No puedo hacerlo solo.

—¿En qué te diferencias entonces de él? —Quise saber.

—En nada. Si me abandonas, TE MATARÉ.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

20 de Enero de 2.037.

Hola Kate.

El sonido agudo de una sirena me sacó de otro sueño inquieto y pesado. Estos días las pesadillas son constantes. Tengo la cabeza llena de escenas confusas que me hacen dudar de lo que de verdad ocurre. Recuerdo una escena en la que me veo, fuera del cuerpo. Estoy manteniendo una charla insustancial, con Bill en el pasillo de la redacción. Desvío la mirada al atisbar tu presencia, pero es Dana, no tú, la que discute con Spanoulis. Sin embargo, está empleando tus gestos, habla con tu tono de voz... Me mira... No deja de mirarme... Dejo a Bill y extrañado voy hacia ella. De repente, estamos en el laboratorio. La estoy besando... Otra vez esa luz danzando sobre las paredes... La estoy besando... Sé que en la misma estancia hay otra persona y sé que está muerta. Eres tú.

Ahora estoy en el museo, cenando con tu espectro. Hablo sin parar. Nos acompaña un niño bajo, demasiado obeso para su edad. Mike Schreder le quita las provisiones que su madre le deja en la talega para que no pase fatiga durante las interminables sesiones de apoyo escolar con la Señorita White...

—¡Sander el cerdo! ¡Sander el cerdo! ¡Ven a por tu comida maldito cerdo! —Grita Schreder desafiante.

Aprieto los puños y me lanzo pesadamente tras él. Ahora estoy corriendo por los pasillos del colegio. Llorando.

—¡Se lo diré a mi madre!

—¡Sander el cerdo! ¡Sander el cerdo!

—¡No! ¡No! ¡Déjame en paz!

Me despierto sobresaltado. Intento ponerme en marcha, acosado por los pitidos intermitentes de la alarma. Tal y como quería Aslan, llevamos más de diez días haciendo guardia en el Puente de Mando. Nos turnamos para intentar dormir un rato, poder asearnos y volver. Pasamos las horas, interminables, esperando. Esperando a que pase algo, pero tras mi última charla con Wang, no he vuelto a ver a nadie en toda la estación. ¿Dónde demonios se han metido?

Somnoliento, muerto de sed, me acerco al cuarto de baño con paso tambaleante. Tan solo quiero un poco de agua. Mi cerebro me transmite instrucciones simples. Enciendo el fluorescente situado encima del espejo. El

astronauta Paul Sander en todo su esplendor. Desaliñado, la barba descompuesta y profundas ojeras; el cabello, bastante más largo de lo habitual; rebelde, sucio.

Dejo correr el agua del lavamanos y lleno un vaso blanco de plástico. Está serigrafiado con el logotipo azul de la División Aeroespacial de las Naciones Unidas. No puedo evitar una mueca de desprecio. Me bebo el agua tibia, reciclada de nuestra propia orina, de nuestro sudor... Sólo pensarlo, casi vomito. Aslan debe estar ya maldiciendo mi parsimonia. No es la primera vez que suena esa estúpida alarma. Los sensores de movimiento no funcionan correctamente, y la alerta se activa de forma aleatoria. Me pregunto qué pensará Wang al escuchar semejante escándalo...

Salí del baño con mucho esfuerzo para echar un vistazo por la ventana. El transbordador espacial, sigue acoplado a la bahía de carga. Como una rémora adherida al costado de *Harmony*, la silueta de la nave se muestra cortada por la sombra del impresionante brazo mecánico encargado del trasiego entre bodegas en la estación.

La alarma seguía sonando. Extrañado, me pregunté cuánto tiempo más iba a tardar Aslan en apagarla...

Decidí salir, maldije a Omar, los maldije a todos.

Mientras encaminaba mis pasos hacia el Puente de Mando, volví a acordarme de mi llegada a la estación. La excitación, todo lo que tenía previsto hacer, lo que tenía pensado escribir... Había tanto que contarle al mundo...

No sé en qué punto del trayecto comencé a verte, Kate. Primero me pareció distinguir tu silueta al final del corredor de enfermería. Extrañado, apresuré el paso. Mis oídos... Maldita sirena... Otra vez... ¡Ahí estás! ¡Entrando ahora en el comedor! Un grito desesperado salió de mi interior.

—¡Kate! ¡Kate!

Comencé a correr pero no podía alcanzarte... Cada vez que creía que estaba a punto de lograrlo, desaparecías para volver a esperarme a lo lejos, apoyada en una pared, reflejada en un cristal. Te seguí por toda la estación, llamándote. Las lágrimas corrían por mi rostro. ¡Nublan mi visión! ¿Por qué tiene que ser todo tan confuso?

—¡Kate! ¡Kate!

Me detuve un momento para recuperar el aliento y preguntarme si, de nuevo, estaría soñando. La idea me pareció aterradora.

El sonido de la alarma me devolvió a la realidad. No sin esfuerzo,

conseguí recuperar un poco el aliento y orientarme. Estaba en marcha de nuevo y aliviado por haber conseguido recuperar mis sentidos. Llegué tarde al Puente de Mando.

Esperaba encontrarme con el rostro malhumorado de Aslan y con una retahíla de recriminaciones, pero en su lugar, vi que Omar estaba tirado en el suelo, al pie del Panel de Control. Una brecha roja y tremenda brillaba en su cabeza. Apagué la maldita alarma y corrí para agacharme junto a él.

Aslan abrió un poco los ojos mientras yo, angustiado, intentaba comprobar si todavía respiraba.

—¡Omar! ¡Omar! ¿Puedes oírme Omar? —Grité desesperado.

—...

—¡Vamos Omar! ¡No te vayas! ¡No me dejes aquí!

El sonido de algo metálico que avanzaba hacia mí rozando el suelo, erizó todos los cabellos de mi cuerpo. Instintivamente, me incorporé. Acercándose muy lentamente, Anderson arrastraba un palo de golf que iba dejando un macabro rastro de sangre por las baldosas metálicas de la sala. Por segunda vez en el día, tuve ganas de vomitar.

Al fondo, esperando, pude distinguir la odiosa figura de Wang.

—Déjalo. —Dijo con un tono escalofriante.

Anderson soltó el palo de golf, que hizo un estruendo tremendo al impactar contra el suelo.

El miedo volvió a apoderarse de mí. Un miedo visceral que recorrió cada terminación nerviosa de mi piel. Me levanté y grité.

—¡Wang!

Anderson detuvo sus pasos. Se encontraba a punto de franquear la salida cuando giró sobre sí mismo.

—Paul Sander... —Dijo el comandante del *Reacher* con suavidad.

—No será necesario. —Puntualizó Wang desde el pasillo. Dana estaba junto a él.

Obviando a Anderson, fijé mi atención en la extraña pareja que conformaban. Para mi asombro, Dana no parecía en absoluto atemorizada... Wang captó inmediatamente mi confusión.

—¡Sander el cerdo! ¡Sander el cerdo! —Volví a escuchar la voz burlona de Mike Schreder en mi cerebro.

—Ve preparando el transbordador. —Dijo Wang con un gesto dirigido a Anderson.

—¡LLÉVEME CON USTED! -Exclamé con un chillido agudo.

Wang se quedó quieto, mirando.

—¡SE LO RUEGO! ¡NO ME DEJE AQUÍ! ¡SE LO SUPLICO! -
Imploré desesperado.

Yun Wang me obsequió con una profunda mirada de desdén, y sin más, se dio la vuelta mientras yo caía de rodillas al suelo cubriéndome el rostro con las manos, tratando de ahogar mis gemidos.

—¡DANA! —Grité llamando a la doctora Lehner.- ¡DANA!

Ella se acercó, despacio, majestuosa.

—¡DANA! ¡POR FAVOR! ¡HABLA CON ÉL!

Dana se agachó a mi lado y puso mis manos sobre su vientre.

—¡DANA! ¡PERDONA! —Supliqué.

Ella me susurró al oído.

—Nadie le hará daño a MIS HIJOS.

Justo antes de incorporarse, me dio un beso. Luego, me miró intensamente, con rabia, con desprecio.

Mike Schreder entró en mi cabeza aullando de nuevo.

—¡SANDER EL CERDO! ¡SANDER EL CERDO! ¡SANDER EL CERDO!
¡SANDER EL CERDO! ¡SANDER EL CERDO! ¡SANDER EL CERDO! ¡SANDER EL CERDO!
¡SANDER EL CERDO! ¡SANDER EL CERDO!

La vi alejarse, escoltada por Anderson.

Afrodita Dana. Dana Atenea.

—¡Sander! ¡Sander!

—¡SANDER EL CERDO! ¡SANDER EL CERDO!

—¡Sander! ¡Sander!

—¡SANDER EL CERDO! ¡SANDER EL CERDO!

La débil voz de Omar llegó, abriéndose paso con dificultad, a través de mi estado de completa enajenación.

Me incorporé. Aslan, enfebrecido y con el rostro ensangrentado, me hacía indicaciones.

—¡El brazo mecánico...! ¡Actívalo...! ¡La consola...! —Consiguió pronunciar.

Yo le miré aturdido.

—No dejes... No permitas que...

Para cuando conseguí incorporarme, el transbordador espacial comenzaba a separarse lentamente de la estación. Aterrado, intenté seguir las

imprecisas instrucciones de Omar y accioné bruscamente, el único mando que tenía un piloto verde parpadeando en la base del mismo.

—¡SANDER EL CERDO! ¡SANDER EL CERDO!

—¡SANDER EL CERDO! ¡SANDER EL CERDO!

Como en una escena a cámara lenta, la inmensa pala cayó con violencia golpeando los motores del transbordador. La fuerza del impacto hizo que la nave girara sin control sobre sí misma. Una vuelta, dos, tres... Las toberas del sistema de propulsión salieron despedidas en mil pedazos. Observé, hierático, como el transbordador se alejaba, rápidamente de *Harmony* hacia las profundidades del espacio.

—Dios mío... —Musité. —Dios mío, Omar... ¿Qué hemos hecho?

—...

Me volví para mirar a Aslan.

—¿Omar...? ¿QUE HEMOS HECHO?

—...

Sus ojos oscuros, abiertos e inertes, miraban ya al vacío.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

18 de Febrero de 2.037.

Hola Kate.

Me he quedado solo, y me levanto todos los días con la horrible sensación de que el equipo de la estación ha muerto por mi culpa. ¿Sabes lo que significa eso?

¡Si Yun Wang estaba en lo cierto, he acabado con los últimos seres humanos de TODO el UNIVERSO!

Soy un asesino.

Dios mío... ¿Cómo ha podido ocurrir?

El mejor momento del día es cuando, agotado, me voy a dormir.

Cuando duermo, no estoy aquí.

Buenas noches, Kate.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

19 de Marzo de 2.037.

Hola Kate.

Encontré la Biblia del comandante Anderson tirada en el suelo, cerca de la esclusa para entrar al transbordador. Supongo, que se le debió caer al abandonar tan precipitadamente la estación, o quizás se deshiciera de ella a propósito. ¡Imposible saberlo! Me quedé unos minutos mirando el libro de cubiertas negras y desgastadas.

Me acordé de Génesis, 18. La señorita Claire solía ponerlo a menudo como ejemplo. Era una mujer piadosa la señorita Claire. En sexto grado, nos explicaba que ni ella, ni Dios, castigaban a nadie.

—Sois vosotros, a través de vuestros malos actos, los que provocáis el castigo. —Sentenciaba.

Y entonces, leía:

“Se le acercó y le dijo: "¿Así que vas a exterminar al justo junto con el culpable? Tal vez haya en la ciudad cincuenta justos. ¿Y tú vas a arrasarlo ese lugar, en vez de perdonarlo por amor a los cincuenta justos que hay en él?

¡Lejos de ti hacer semejante cosa! ¡Matar al justo juntamente con el culpable, haciendo que los dos corran la misma suerte! ¡Lejos de ti! ¿Acaso el Juez de toda la tierra no va a hacer justicia?". El Señor respondió: Si encuentro cincuenta justos en la ciudad de Sodoma, perdonaré a todo ese lugar en atención a ellos.

Entonces dijo: Yo, que no soy más que polvo y ceniza, tengo el atrevimiento de dirigirme a mi Señor. Quizá falten cinco para que los justos lleguen a cincuenta. Por esos cinco ¿vas a destruir toda la ciudad? No la destruiré si encuentro allí cuarenta y cinco, respondió el Señor.

Pero volvió a insistir: Quizá no sean más que cuarenta. Y el Señor respondió: No lo haré por amor a esos cuarenta. Por favor, dijo entonces, que mi Señor no lo tome a mal si continúo insistiendo. Quizá sean solamente treinta. Y el Señor respondió: No lo haré si encuentro allí a esos treinta.

Insistió: Una vez más, me tomo el atrevimiento de dirigirme a mi Señor. Tal vez no sean más que veinte. No la destruiré en atención a esos veinte, declaró el Señor. Por favor, dijo entonces, que mi Señor no se enoje si

hablo por última vez. Quizá sean solamente diez.”

“En atención a esos diez, respondió, no la destruiré”.

—Espero que ni mi Señor, ni Abraham, se enojen si me meto donde no me llaman... Pero... Quizás no haya más de cinco entre más de siete mil millones... ¿Acaso el Juez de toda la tierra no va a hacer justicia? ¿Por qué no acabas con todo de una vez? ¿Para qué me has dejado aquí? ¡VAMOS! ¡FULMINA YA ESTA MALDITA ESTACIÓN! ¡TERMINA LO QUE EMPEZASTE!

Tantas mentiras, tantas mentiras, Kate...

La dulce Dana, mi mejor amiga, mi confidente, mi verdugo.

Cerré de golpe la Biblia. Un Dios cobarde, es un Dios humano.

—Dana... Dana... Una palabra tuya, hubiese bastado para sanarme...

—Vamos Paul, no seas dramático.

—Tú me besaste.

—Y ahora estoy muerta.

—Y ahora estás muerta...

¡TERMINA LO QUE EMPEZASTE!

¡TERMINA LO QUE EMPEZASTE!

¡TERMINA LO QUE EMPEZASTE!

Pensé en un corte rápido en las muñecas, o quizás, colgarme en cualquier rincón. Cualquier cosa, con tal de escapar de un Dios que me ha castigado con su misericordia.

—Maldita sea, no seré el cronista de tu destrucción.

Tiré la Biblia al suelo, la pisé con rabia, la zarandé, intenté romperla en mil pedazos con la esperanza de caer abatido por la cólera divina.

—¡Vamos PADRE!... ¡Mira lo que hace tu último hijo!

No sucedió nada.

Nunca sucede nada.

—Tu ausencia es tu fracaso.

Agotado, me encaminé hacia Lindon High.

Paso la mayor parte del tiempo allí, Kate, esperando.

Se que, pronto, a través de sus ventanales, volveré a ver la luz de los hombres sobre la Tierra.

Por amor a cinco hombres justos, volverá a brillar la luz sobre la Tierra.

Por amor a cinco hombres justos...

¿No es cierto, Señor?

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

14 de Mayo de 2.037.

Hola Kate.

He estado haciendo cálculos.

Dispongo de provisiones suficientes para poder sobrevivir durante muchos meses...

Incluso dos o tres años, si soy capaz de racionar la comida estrictamente...

No sé si es una buena o una mala noticia...

Tengo que resistir.

Hay que mantener viva la esperanza. Seguro que, cuando todo vuelva a la normalidad, alguien vendrá a rescatarme.

A mi regreso, me mirarán con otros ojos.

A mi regreso, me mirarás con otros ojos.

Hasta la próxima, Kate.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

2 de Septiembre de 2.037.

Hola Kate.

Hay una película antigua llamada *Náufrago*. El protagonista es un piloto que está perdido en una isla desierta tras un accidente.

Con el tiempo, nuestro héroe termina hablando con una pelota a la que llama Wilson...

¿Te lo puedes creer? ¡UNA PELOTA!

Todo el mundo sabe que ES IMPOSIBLE HABLAR CON UNA PELOTA.

Yo tengo algo mucho mejor.

UN CASCO.

SE LLAMA VIKTOR.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

5 de Marzo de 2.038.

Hola Kate.

A pesar del tiempo transcurrido, ni Viktor ni yo perdemos la esperanza.

Desconfiar de la ciencia no es de personas ilustradas y si Wang dijo que el planeta terminaría por recuperarse, es que el planeta TERMINARÁ por recuperarse.

VIKTOR se muestra escéptico, pero yo voy al gran ventanal todos los días.

Pronto volverá a aparecer de nuevo la luz.

¿Será Nueva York?

¿Londres?

¿Moscú?

¿París?

¿O quizás una ciudad pequeña situada al norte?

P.D. ¡VIKTOR Y YO NO PARAMOS DE HACER APUESTAS!

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

4 de Junio de 2.038.

Hola Kate.

¿Qué tal estás?

Me gusta correr desnudo por la estación.

VIKTOR siempre pone esa cara tan suya de reprobación cuando hago estas cosas, pero ya me he acostumbrado.

P.D. Deberías venir algún día a visitarme.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

4 de Octubre de 2.038.

Hola Kate.

Hoy he tenido una amarga discusión con VIKTOR.

Yo creo que está celoso.

Aunque me mira con ojos inexpresivos, le conozco.

NO LE GUSTA NADA QUE TE ESCRIBA.

Estoy seguro de que aprovecha mis horas de sueño para fisgonear.

Le he hecho saber que hurgar sin permiso en la vida de los demás, no está nada bien, pero lo único que obtengo como respuesta es ese desagradable y hosco silencio que delata la naturaleza caprichosa de su carácter.

VIKTOR puede llegar a ser muy tozudo. Estoy seguro de que si te conociera, entraría en razón.

¿Cuándo vas a venir?...

De todas maneras... NO PIENSO PERMITIR QUE NADIE SE INTERPONGA ENTRE NOSOTROS.

¿ME HAS OÍDO VIKTOR?

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

14 de Noviembre de 2.038.

VIKTOR dice que debería suicidarme.

Creo que me tiene un poco de envidia.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.
1 de Enero de 2.039.

Hola Kate.

Suena *Chop Suey* por toda la estación.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

13 de Febrero de 2.039.

Hola Kate.

Hoy, buscando a VIKTOR, (reconozco que a veces no sé dónde se mete) he encontrado esta carta:

Estimado señor Sander:

Si está leyendo estas líneas, es que todo ha salido terriblemente mal.

Puedo comprender su decepción, pero todas las decisiones que tomamos estuvieron siempre encaminadas a garantizar la salvaguarda de nuestra especie.

Usted desconoce gran parte de lo ocurrido en la Tierra durante el acontecimiento de extinción llamado Wicca, y soy consciente de la dificultad de las relaciones basadas exclusivamente en actos de fe, así que mediante esta carta le brindo, por fin, la posibilidad de acceder a TODO el conocimiento.

Encontrará una carpeta denominada WICCA en el terminal de trabajo de mi laboratorio.

El código de acceso es: JASON.

Confío en que la lectura de estos documentos sirva para obtener, si no su simpatía, al menos su comprensión.

Te deseo mucha suerte, Paul Sander.

Hicimos lo que pudimos.

Un afectuoso saludo.

David Dayan

Hice el descubrimiento en la habitación del Coronel.
Su cuerpo lleva más de dos años inerte sobre la cama.
Miré la pantalla del ordenador, me acerqué al teclado y escribí: *JASON*.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

14 de Febrero de 2.039.

Dios está solo, rodeado de muertos. Como yo.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

27 de Febrero de 2.039.

Lupus est homo homini.

Lupus est homo homini.

Lupus est homo homini.

Lupus est homo homini.

Lupus est homo homini.

Lupus est homo homini.

Lupus est homo homini.

Lupus est homo homini.

Diario de Paul Sander.

Estación Espacial Internacional Harmony.

28 de Febrero de 2.039.

TE QUIERO, KATE...

TE QUIERO TANTO...

Kate

Capítulo 1

Hartford. Connecticut.

Estados Unidos.

Sábado Sept./13/2036.

Wicca -13

Kate no pudo evitar una mueca de fastidio frente al espejo. Probó de perfil, las manos en la cintura, el pelo suelto, después a un lado... recogido... una coleta... ¿Un moño quizás...? El vaquero descolorido todavía le sentaba como un guante.

—No está mal. —Pensó mirando.

Sin embargo, la ajustada sudadera universitaria evidenciaba el paso de los años.

—¡Mamá! —Exclamó frustrada Kate.

—¡Dime cielo! —Contestó Annette Brennan con voz lejana desde la cocina.

—¿Qué le ha pasado a mi sudadera? ¡Ha encogido!

—¡No te oigo cariño! —Respondió su madre intentando alzar la voz por encima del ruido de las varillas y el motor de la batidora.

Kate refunfuñó algo ininteligible y empezó a tirar con insistencia de las mangas hacia abajo.

—¡Mamaaaa!

—¡Katherine Alexandra Celeste Brennan! ¡Te he dicho que no me hables desde el otro extremo de la casa!

La batidora seguía haciendo un ruido espantoso mientras Annette movía las caderas al ritmo de la única emisora de radio en Hartford que todavía pinchaba los grandes éxitos de los noventa.

—Es difícil competir contra *Sunday Bloody Sunday*. —Dijo una voz profunda desde la entrada.

Las palabras de Arthur Brennan provocaron una reacción inmediata en Kate.

—¡Papá! ¡Por fin!

El padre de Kate dejó la bufanda, el chubasquero y su gorra Ascot de fieltro verde en el perchero.

—¿Otra vez mirándote el trasero en el espejo? —Dijo con una enorme sonrisa.

—¡¡Papa!! —Exclamó Kate con falsa indignación mientras el enorme

perro labrador blanco que acompañaba a Arthur comenzaba a ladrar.

—¡Baxter!... ¿Me has echado de menos, bandido? —Preguntó Kate acariciando al animal.

—¡Hace un día espantoso! ¿Cuando has llegado? ¡Te veo estupenda! — Quiso saber Arthur Brennan abrazando con cariño a su hija.

—Apenas me ha dado tiempo para ponerme cómoda y descubrir que Mamá sigue sin hacer caso... —Respondió Kate poniendo cara de pena.

—Ya la conoces, siempre ocupada. ¿Cuando has salido? No te esperábamos tan pronto.

—Vale la pena levantarse temprano y evitar así tormentas desagradables en la carretera.

Arthur asintió complacido. Una de las cualidades que más admiraba en la muchacha era su inquebrantable sentido de la responsabilidad.

—¿Y qué tal las cosas por la Gran Manzana? —Preguntó con cierta ironía.

—Vamos tirando. —Respondió Kate acompañando a su padre al jardín. Aunque ya no llovía, el cielo seguía preñado de nubes y hacía bastante fresco; inusual a mediados de septiembre.

Baxter decidió que no estaba el tiempo para paseos y se tumbó, perezoso, sobre la alfombra frente a la chimenea.

Kate se tomó un momento para mirar a su padre. Le echaba mucho de menos.

Arthur Brennan, prominente y exitoso abogado de Connecticut protagonizó una boda tardía con Annette Lefleur; guapa, rebelde y heredera de una de las familias más aristocráticas del estado. El padre de Annette, Michel, afirmaba sin ambages que el linaje de los Lefleur se remontaba a los tiempos de la Guerra de Independencia.

—¡Luchamos junto a La Fayette! —Presumía con orgullo.

Y Arthur asentía mientras miraba de reojo el escote de Annette durante los partidos de tenis en la casa de campo que los Lefleur tenían a las afueras de Northampton. La boda fue el acontecimiento del año 1.998. Congresistas, senadores y gobernadores venidos desde estados lejanos inundaron los salones del Hotel Hilton con el aroma del buen brandy y sus cigarros habanos. Eran buenos tiempos.

—Las cosas no están yendo exactamente como pensaba... —Se lamentó Kate en el jardín.

—Vamos Katie... Es sólo trabajo... —Respondió Arthur afablemente.

Kate devolvió a su padre una sonrisa. Al contrario que Mamá, él siempre la apoyaba en todo. Cuando la pequeña de los Brennan anunció en casa que había decidido comenzar sus estudios de periodismo, Annette torció el gesto.

—¿Periodismo? Pero... ¿Qué hay del bufete? ¿Quién va a...?

—Déjalo estar, cariño. —Sentenció Arthur con suavidad pero con aquella firmeza que toda la familia conocía tan bien.

Annette lo dejó estar pero nunca cesó de fruncir el ceño ante la idea de que la más inteligente y capaz de sus hijas hubiese renunciado a recoger el testigo de su padre. Siempre había creído que Kate sería una excelente abogada. El periodismo se le antojaba más bien como una profesión de fisgones sin escrúpulos.

—La verdad, hija. No te imagino en las oscuras rotativas de un periódico...

Kate Brennan no sólo había conseguido evitar del todo las rotativas del New York Times sino que, desde la sección de economía, se había convertido por méritos propios en una de las más jóvenes e inquisitivas promesas de toda la redacción.

No obstante, algo no iba bien.

—Papá... Me han apartado de un asunto importante. Sé que es algo muy grande. Llevo meses investigando pero Bruce McKellen me ha pedido que lo deje para cubrir todo lo relativo a esa maldita estación...

—¿Te refieres a *Harmony*? —Preguntó Arthur.

Kate se apartó con la mano un mechón rebelde de la cara.

—Pasado mañana, publico un artículo sobre Paul Sander, el compañero que pasará cuatro meses en la Estación Espacial Internacional.

- ¡Eso es estupendo! ¡Se trata de una historia importante! —Exclamó Arthur.

—No estoy tan segura. —Respondió Kate sin poder evitar el tono de amargura.

—Vamos Kate... ¡Es tu primer gran artículo! ¡Tenemos que celebrarlo!

—¿No lo entiendes Papá?... ¡Tengo testigos! Pruebas que relacionan a ChinaKorp con sobornos y extorsiones a gente importante en Washington. ¿Cómo han podido darle mi trabajo a Bob Petrulis? ¡Ese inepto presuntuoso!

—Cariño... ChinaKorp es un holding de empresas inmenso. Controla

cientos de bancos y está detrás de los intereses energéticos de medio mundo. Es gente que apuesta fuerte y no se anda con tonterías. Pueden arruinar tu reputación y tu carrera. Lo he visto hacer muchas veces. Eso... y cosas peores...

Kate frunció el ceño disgustada.

—Crees que la noticia me queda grande... ¿No es cierto?

—No es eso Kate. —Respondió Arthur con tono serio. —Simplemente me alegro de que se publique ese artículo tuyo.

—¡No estoy en el maldito New York Times para ser la niñera de Paul Sander! —Estalló Kate furiosa.

Ahí estaba, el mal genio de los Lefleur. ¡Cómo se parecía Kate a su madre! La misma obstinación, la misma inquebrantable tozudez...

—Me la han jugado y no voy a parar hasta averiguar quién y por qué.

Arthur Brennan suspiró profundamente. Sabía que no valía la pena continuar discutiendo. Además, no quería fastidiar el almuerzo. Un apetitoso aroma a cordero asado llegó al jardín desde la cocina.

—¿Tienes hambre? —Preguntó Arthur cambiando de tema.

—¡Me comería un león! —Respondió Kate.

—Pues vayamos a ayudar a tu madre. —Dijo Arthur más aliviado.

La comida y la sobremesa transcurrieron de manera agradable. Kate le contó a su madre sus progresos en el periódico omitiendo cualquier referencia a ChinaKorp y Annette habló por enésima vez de lo ocupada que estaba gestionando la fundación.

—El jueves que viene haremos una cena benéfica para recaudar fondos destinados a la lucha contra el cáncer de mama. Ya sabes, Arthur, que cuento con el gobernador.

Su marido asintió desde la mecedora y se limitó a disfrutar de la pipa mientras escuchaba.

—¿Quién es Paul Sander, querida? Nunca habías hablado de él... —Quiso saber Annette.

—Trabaja con Bill Walsh, es el responsable de la Sección de Ciencia del periódico.

—¡Qué interesante! ¿Y es mono?

—¿Paul Sander?... ¡Mamá por favor!

Arthur sonrió divertido.

Annette continuó.

—Bueno hija, no te pongas así. Los científicos tienen su atractivo. No

tanto como los abogados. Pero si al menos es guapo...

—Paul Sander no es un científico Mamá. Es periodista, como yo.

Annette no pudo evitar un mohín de desencanto y desaprobación.

Kate continuó dando explicaciones.

—Creo haber hablado con Paul un par de veces. Me pareció un tipo raro e introvertido. No lo sé... no le conozco. Su despacho está siempre desordenado; las paredes forradas con carteles de cine clásico y una enorme estantería repleta de figuras extravagantes...

—¿Porcelana?- Preguntó Annette.

Kate rió.

—No Mamá. Nada de porcelana... Hablamos de dragones, magos, enanos y elfos.

—¡Santo Cielo! —Exclamó Annette. ¿Y cómo permite el New York Times semejante cosa?

—Eso mismo me pregunto yo... —Respondió Kate.

—Tu padre nunca permitiría que ninguno de sus empleados tuviese dragones en el bufete... ¿No es cierto querido?

—¡Ni pensarlo! —Respondió solemnemente Arthur Brennan tras una azulada nube de tabaco virginiano.

Los tres continuaron un buen rato bromeando hasta que llegó la hora de volver a Nueva York.

Annette y Arthur se despidieron de su hija en el porche.

Mientras se alejaba, la joven no pudo evitar mirar por el retrovisor.

El viejo Baxter corrió detrás del coche ladrando.

No quería que se fuera.

Ciudad de Nueva York. Nueva York.

Estados Unidos.

Lunes Sept./15/2036

Wicca -11

Kate puso la humeante taza de café a la izquierda del teclado a las cinco menos cuarto de la mañana e introdujo su clave en el sistema. La oficina estaba casi desierta y el ordenador tardó unos segundos en mostrar un escritorio plagado de accesos directos, notas y recordatorios de llamadas pendientes. Antes de abrir el navegador para leer su artículo, escrito el viernes, Kate repasó mentalmente su entrevista del miércoles anterior con Spanoulis.

—Adelante, Kate... Pasa, toma asiento. —Dijo el editor jefe del New York Times mientras colgaba el teléfono.

—¿Ocurre algo Josh? —Preguntó Kate extrañada.

Spanoulis se tomó un momento para estudiar a la joven que tenía delante. No muy alta y de complexión atlética, Katherine Brennan había heredado el rostro ligeramente ovalado de su padre con una nariz pequeña y delicada que aportaba armonía a todo el conjunto. Josh identificó también con facilidad los labios bien proporcionados de Annette Brennan, así como sus dientes grandes, blanquísimos, y por supuesto, los ojos.

Unos ojos verdes de mirada permanentemente inquisitiva.

—¿Cómo están tus padres? —Quiso saber Spanoulis, cordial.

—Bien... Tengo pensada una visita durante el fin de semana. — Respondió Kate.

—Es lo mejor que puedes hacer. Mis hijas no vienen a verme muy a menudo. Y si por casualidad aparecen por aquí, sus condenados maridos se encargan de fastidiarlo todo.

Kate le dedicó a su jefe una sonrisa forzada.

—Estoy segura de que cada uno hace lo que puede...

—Lo dudo mucho. Pero da igual... Por favor, saluda a Arthur y a Annette de mi parte cuando les veas.

—Por supuesto, Josh... Descuida.

A Kate siempre le habían incomodado las relaciones de la familia Brennan con el periódico. Detestaba cualquier trato de favor y por eso intentaba esforzarse más que el resto lo cual generaba a la vez, admiración, y no pocas envidias entre algunos compañeros.

A Kate le daba igual. Se había acostumbrado a vivir con ello.

—Tengo buenas noticias para ti. —Dijo Spanoulis, ufano.

—Vaya...

La silla crujió bajo el peso del redactor jefe mientras éste se inclinaba hacia atrás con las manos cruzadas sobre la nuca. Kate no pudo evitar dirigir su atención hacia la oronda barriga que emergía de la chaqueta dejando al descubierto un par de llamativos tirantes.

—Queremos que lleves el timón de un proyecto muy importante para el periódico. Se trata de un nuevo cometido que necesitará dedicación exclusiva. Estamos seguros de que vas a realizar un gran trabajo.

—Pero... —Intentó objetar confundida Kate.

—Bob Petrulis se encargará de ChinaKorp.

Kate palideció.

—ChinaKorp es algo grande Josh... No podéis darle mi trabajo a otro... Hablamos de mis fuentes... Llevo meses investigando.

—Y has hecho una labor excelente, Kate. Pero ahora te necesitamos liderando otro asunto.

—¡No podéis hacerme esto!

—Kate... ¿Me dejas hablar?

—Josh. Odio tener que decirlo, pero si me apartas de ChinaKorp, mi padre hablará personalmente con Bruce. —Amenazó Kate recurriendo desesperada a la influencia familiar en el Times.

—El señor McKellen está al corriente de la situación, señorita Brennan. —Respondió con frialdad Spanoulis.

Kate se derrumbó. Ya no había nada que hacer.

Una oleada de indignación le recorrió todo el cuerpo.

—No podéis soportar que sea una mujer la que...

—Ni se te ocurra ir por ahí. —Advirtió muy seriamente Josh.

—Muy bien. En una hora tendrás mi dimisión y me iré con la historia a la competencia. —Amenazó Kate disparando su último cartucho.

—No harás tal cosa, y lo sabes, Katherine Brennan. —Afirmó Spanoulis con seguridad.

—¿Por qué haces esto Josh...? —Preguntó Kate descorazonada.

El editor jefe del New York Times miró a la joven periodista. Parecía conmovido.

—Lo lamento Kate. ¡No es culpa mía que Paul Sander se vaya al maldito espacio!

La joven tardó varios segundos en procesar la respuesta.

—Esto quedará así.

Kate tomó un sorbo de café y accedió desde la carpeta de favoritos a la página web del New York Times. Al igual que en la edición de papel, el artículo sobre la novedosa misión en *Harmony* ocupaba una gran parte de la portada y aparecía ilustrado por la espectacular instantánea de un transbordador a punto de acoplarse con una de las bahías de carga en la estación.

EL NEW YORK TIMES EN LA ESTACIÓN ESPACIAL INTERNACIONAL

Por **KATE BRENNAN**. SEPT, 15, 2036

El New York Times será el primer medio de comunicación de la historia en tener un corresponsal en la Estación Espacial Internacional Harmony. Paul Sander, responsable de la Sección de Ciencia del periódico, convivirá durante cuatro meses con los astronautas que desarrollan su trabajo en la obra de ingeniería más importante jamás construida por la humanidad. Esto ha sido posible gracias al acuerdo firmado por nuestro Presidente Ejecutivo, Bruce McKellen y el alto comisionado de la División Aeroespacial de las Naciones Unidas (DANU), John Philip Cruz.

Esta agencia de la ONU, fundada en 2.017 con el objetivo de aunar todos los esfuerzos de la humanidad en la conquista del espacio, fue la responsable de la exitosa puesta en marcha de la nueva Estación Espacial Internacional Harmony. A diferencia de su predecesora, la estación dispone de un avanzado módulo de rotación que simula la gravedad terrestre mediante el aprovechamiento de la fuerza centrípeta. En los casi cinco años de investigaciones llevadas a cabo por este ambicioso proyecto, se han producido importantes avances que serán decisivos en el próximo objetivo de la DANU: El planeta Marte.

Inaugurada en 2.031, Harmony no es solamente una estructura tecnológicamente asombrosa a 400 km de distancia en el espacio. Aparte de las actividades científicas que allí se desarrollan, la ONU ha puesto en muchas ocasiones a la estación como ejemplo de convivencia para los

habitantes de la Tierra. Astronautas de numerosos países, a veces históricamente antagónicos, han compartido con éxito el mismo entorno en la estación en beneficio de un bien común que trasciende razas, ideologías y religiones. La estación ha sido por lo tanto, unánimemente considerada como el mejor ejemplo de lo que la humanidad puede llegar a conseguir cuando se impone el espíritu de colaboración entre las naciones.

El próximo 17 de Septiembre, despegará, con Paul Sander a bordo, y desde el Centro Kennedy en Cabo Cañaveral, el transbordador Reacher de la DANU, en misión de aprovisionamiento rumbo a Harmony. El trabajo de Paul consistirá en contarle a la humanidad, de primera mano, cómo es el día a día de los científicos y astronautas que desarrollan su labor en el espacio. Para ello, el New York Times tiene previsto publicar una edición especial con cada crónica que Paul vaya haciendo llegar a esta redacción.

Actualmente están presentes en la Estación Espacial cinco grandes especialistas, todos ellos cuidadosamente escogidos por la DANU en base a sus sobresalientes cualidades, tanto profesionales, como físicas y psicológicas. Viktor Zaitsev, cosmonauta ruso, es el Responsable de Sistemas y el más veterano de todos. La joven y brillante Dana Lehner, experta en Física de la Agencia Espacial Europea. El Dr. Yun Wang es una reconocida eminencia en Biología Molecular de la Administración Espacial Nacional China. El Coronel David Dayan se ha constituido como uno de los más prestigiosos estudiosos de la Materia y la Energía Oscura en la Agencia Espacial Israelí y por último, el profesor Omar Aslan, Director del Programa Conjunto de Magnetismo y Micro Gravedad de la Universidad de Chicago e importante asesor de la NASA.

El pronóstico del tiempo previsto por el Servicio Meteorológico Nacional para el 17 de Septiembre es de cielos despejados para todo el sur de Florida.

Kate terminó la lectura y permaneció unos segundos ensimismada delante de su primera portada en el New York Times.

—Sólo tengo treinta y tres años. Debería estar orgullosa... —Pensó mordiéndose el labio inferior.

Sin embargo, las sensaciones al contemplar la pantalla a floraban

contradictorias.

—Josh Spanoulis, si crees que puedes comprarme con una portada es que no me conoces... —Musitó Kate, frunciendo el ceño como hacía su madre.

El reloj en la pantalla marcaba las cinco y treinta y cuatro de la mañana. Pronto, la redacción herviría con el bullicio característico de las mañanas.

—Katherine Alexandra Celeste Brennan, no vas a dejar que se salgan con la suya. —Murmuró apagando el ordenador y cogiendo el bolso.

Tenía cosas que hacer.

Ciudad de Nueva York. Nueva York.

Estados Unidos.

Miércoles Sept./17/2036

Wicca -9

Kate dejó atrás la estación de la calle 72 para internarse en Central Park. Atravesó Terrace Drive paseando, tranquila, hasta llegar a la Fuente de Bethesda. El lugar estaba atestado de turistas, no obstante, y a pesar de la increíble amalgama de atuendos la joven pensó que no resultaría difícil identificar al hombre de la bufanda roja.

—Mantén la calma, fíjate bien. —Pensó.

Kate miró el reloj. Eran las 11.52 h.

Llevaba un buen rato esperando y tenía la impresión de que cada minuto que pasaba no hacía sino aumentar la sensación de que su contacto en ChinaKorp terminaría por no aparecer.

Entonces, lo vio. Un tipo delgado, impecablemente vestido, se sentó en la fuente y sacó un cigarrillo. Sujetaba en una mano la prenda acordada.

Kate se acercó.

—Hola. —Fue lo único que se le ocurrió decir.

El hombre dio una calada al cigarro y se levantó.

—Acompáñeme. —Dijo con acento extranjero.

Kate siguió los pasos del desconocido a través de los senderos del parque hasta que éste, finalmente, llegó a un banco apartado bajo la sombra de una arboleda. Al fondo, llegaban apagadas las voces de los transeúntes. El hombre de ChinaKorp calzaba zapatos de cuero italiano a juego con un traje de corte inglés que, por su aspecto, parecía recién comprado.

—Señorita Brennan...

—Disculpe la urgencia de mi llamada. —Respondió Kate sentándose en el banco.

—Corremos riesgos innecesarios al venir aquí. ¿Qué ha ocurrido?

—He sido apartada del caso.

Kate observó la reacción de su interlocutor ante la noticia. No parecía sorprendido.

—Han puesto a Bob Petrusis, un inepto, en mi lugar.

Su contacto en ChinaKorp la interrumpió.

—Son los primeros movimientos. Está usted jugando una partida muy

peligrosa. Me pregunto si una mujer tan joven va a tener las agallas necesarias...

—¿Qué demonios significa eso? —Preguntó Kate ofendida.

En vez de responder, el hombre sacó un pendrive del bolsillo.

—Tome esto.

—¿Qué contiene?

—Es su seguro de vida. Buenos días señorita Brennan. Tenga cuidado.

—Pero...

Su fuente se levantó y se marchó con paso nervioso por donde había venido. La joven tuvo la extraña sensación de que nunca más volvería a saber de él.

Una hora después, Kate entraba como un vendaval en su despacho.

Cerró la puerta, encendió el ordenador y sacó el pendrive.

—Toc... Toc... ¿Puedo pasar?

La suave voz de Bill Walsh sacó a Kate de su ensimismamiento.

Con un gesto rápido metió el pendrive en un cajón.

—¡Bill! ¡Por supuesto! ¡Adelante!

Bill la miró con cara de viejo zorro y tomó asiento.

—¿Que tal tu nuevo despacho? ¿Estás contenta?

Kate respondió de forma automática. La ansiedad la iba a matar.

—Si... Mucho... —Dijo sonriendo.

—Me gustó tu artículo. ¿Primera portada? —Pregunto afablemente Bill.

—Si... —Respondió Kate ausente.

—Quería darte la enhorabuena. Estoy seguro de que Paul también lo habrá leído. —Afirmó Bill.

—Claro... Seguro...

Bill enarcó una de sus pobladas cejas.

—Ahora que Paul no está, te has quedado solo... —Dijo Kate cambiando de tercio.

—Todos le echamos de menos.

—¡Por supuesto! ¡Estoy segura de que hará un gran trabajo ahí arriba!

—Contestó Kate señalando al techo.

—¿Estás bien? —Quiso saber Bill.

—¿Por qué no iba estarlo? —Respondió Kate jugando nerviosa con el pelo.

—Se rumorea que andas detrás de algo grande relacionado con ChinaKorp...

Kate intentó disimular.

—No hagas caso de lo que diga Bob Petrulis, es un bocazas.

—Resulta extraño que, de repente, escribas sobre Paul Sander.

Kate se mordió con fuerza la lengua.

Bill sabía cómo hacer hablar a la gente.

—*Harmony* es todo un reto para el periódico. Nadie ha tenido nunca a un corresponsal en el espacio. —Respondió Kate.

—Corta el rollo, jovencita...

—No sé a dónde quieres llegar.

Bill Walsh se levantó y abrió la puerta del despacho.

—Muy bien. Te reitero mi enhorabuena. Si alguna vez necesitas algo, lo que sea, ya sabes dónde estoy. —Dijo Bill con sinceridad.

Viéndolo allí, con aquella cara de genuina preocupación, Kate estuvo a punto de contarle todo.

—Si caigo en un agujero negro, te avisaré. —Respondió Kate.

Bill rió de buena gana.

—¿Sabes una cosa?

—Dime.

—Además de guapa, también eres graciosa.

El cerebro de Kate dio orden a su laringe de emitir una suave carcajada cuya musicalidad irradiase un halo de cautivadora indolencia.

En vez de eso, un gallo histriónico salió desbocado por la puerta del despacho provocando no pocas sonrisas malintencionadas en la redacción.

Ciudad de Nueva York. Nueva York.

Estados Unidos.

Viernes Sept./19/2036

Wicca -7

Franklin & Fairhill Steel and Iron Corporation

Birmingham. Alabama.

Est. 1987

Margen Bruto TTM:.....47,09

Margen Operativo TTM:.....16,02

Margen de Utilidad Neto TTM:.....14,63

Rentabilidad sobre fondos propios TTM:.....14,09

Test ácido MRQ:.....1,13

Ratio de solvencia MRQ:.....16,02

Deuda de solvencia / Total fondos propios MRQ:.....14,63

Total deuda / Total fondos propios MRQ:.....14,09

Flujo de caja / Acción TTM:.....16,84

Beneficio / Acción TTM:.....83,17

Flujo de Caja Operativo.....10,84

Índice Paschendale:.....0,75

Kate se quedó un momento en la cocina mordisqueando el último trozo de zanahoria cruda untado en crema de queso del desayuno *Fast & Healthy* popularizado por Ivy Corr, una de sus instagramers favoritas. El conciso resumen financiero de Franklin & Fairhill Steel and Iron Corporation de Birmingham, Alabama formaba parte de un inmenso listado en el que figuraban más de 400 empresas de las casi 600 que cotizaban en Wall Street.

No obstante, la información contenida en el pendrive era bastante básica.

—Todo esto está publicado en internet. —Se dijo frustrada.

Sin embargo, un detalle llamó su atención.

—¿Qué demonios es el Índice Paschendale? —Se preguntó antes de

apagar el ordenador.

Kate abrió la nevera y sacó la bolsa con el almuerzo cuidadosamente preparado.

—Mochila... llaves... monedero... y teléfono móvil... —Murmuró corriendo por el pasillo.

Para cuando salió de casa y consiguió abordar un taxi frente al edificio de apartamentos en la calle 40, el reloj marcaba las seis y once minutos.

Kate quería llegar pronto al periódico para hacer algunas llamadas. Además del misterioso índice, los documentos habían revelado algo más. Todo estaba firmado por una consultora financiera de Hartford, Connecticut.

—*Fort Rock Financial Services and Consulting.*

- ¿Cómo dice? —Preguntó sorprendido el taxista mientras serpenteaban entre el tráfico de la sexta avenida.

—Disculpe. A veces tengo la manía de hablar sola.

—¡Oh! No se preocupe. A mí también me pasa.

Kate asintió y puso cara de circunstancias.

—Orlando Fraidía para servirle. ¿Trabaja usted en el Times?

—Mas o menos... —Contestó Kate evasiva.

Para cuando llegaron a destino, Kate había pasado media hora charlando con el taxista y tenía la cabeza como un bombo. Renunció al cambio de su último billete de veinte dólares y salió disparada hacia el despacho.

La voz chillona de Orlando Fraidía la persiguió hasta el ascensor.

—¡Muchas gracias señorita! ¡Que Dios la bendiga, señorita!

Una vez sentada en su escritorio, Kate cerró los ojos durante unos minutos y respiró profundamente, intentando concentrarse.

—*Fort Rock Financial Services and Consulting...*

- ¿Cómo dices?

—¡Bill! ¿Cuánto tiempo llevas ahí? —Preguntó Kate sorprendida.

—El suficiente. ¿Qué estás murmurando?

—¡Nada! ¡Me gusta hablar sola! ¡Eso es todo!

Kate se preguntó cuantas explicaciones más tendría que dar durante el resto del día.

—¿Has leído el material que ha enviado Paul?

—¿Qué material? —Respondió Kate extrañada.

—Spanoulis lo envió anoche. ¿Es que no miras el correo?

—He estado... Ocupada.

—¿Ocupada con qué?

—Mira Bill... No tengo tiempo para esto... De todas formas, te prometo que echaré un vistazo.

—Más te vale porque a las nueve en punto estamos convocados a una reunión en el despacho de Bruce.

—¿En el despacho de Bruce? —Preguntó Kate alarmada.

—¡Abre el correo! —Dijo Bill con una sonrisa.

Bill se fue por donde había venido y Kate se apresuró a encender el ordenador.

De:spanoulisj@nyt.com
Enviado: 18/09/2036 23.10
Para:brennank@nyt.com
Asunto: Paul Sander. Urgente.

RIPLEY

Por **PAUL SANDER**. SEPT,--,2036

Harmony es como una gigantesca rueda de diligencia girando lenta y silenciosamente en el espacio. A medida que el transbordador de la DANU se aproxima al muelle para su acoplamiento, mi atención se fija sobre todo en los pequeños detalles: El familiar escudo de las Naciones Unidas en la cubierta, las luces rojas de posición, los engranajes de los brazos robóticos, los ventanucos distribuidos de forma regular a lo largo del imponente círculo exterior, la luz refractada en los enormes paneles solares desplegados para absorber la vital energía con la que aquí funciona todo...

La estación da la impresión de ser más grande vista desde fuera. Parece que la falta de espacio ha venido siendo una constante desde que en 1.957 la humanidad puso en órbita a la perrita Laika a bordo del Sputnik 2. La primera lección que aprende el recién llegado, es que en Harmony se debe ser siempre extremadamente ordenado. Lo que uses debe ser devuelto siempre a su sitio. Las habitaciones, las áreas comunes, los laboratorios, el gimnasio, incluso los pasillos, cuentan con gran cantidad de cajones y armarios minuciosamente etiquetados, así que, aquí, todo tiene su sitio.

Harmony está dividida por sectores bien señalizados siguiendo un código alfanumérico pero, a la postre, tan sesuda nomenclatura ha terminado convirtiéndose en un fútil esfuerzo de ingeniería. Pronto, los astronautas adoptaron su propia jerga a la hora de referirse a muchas de las estancias e instrumentos de la estación: La nevera, el destornillador, el burdel...

Mi lugar favorito no es el amplio puesto de control CR-HS1, ni la sala de reuniones rebautizada hace años como Lindon High. Ni siquiera la

impresionante cámara de ingravidez o los modernos y sofisticados laboratorios han conseguido dejar una huella especial en mi interior. Mi lugar favorito en Harmony pertenece oficialmente a la categoría de almacenes SE-AA3 y es un rincón apartado que en algún momento dejó de albergar piezas de repuesto para convertirse en el Museo Ellen Ripley. Se trata de un espacio ocupado por estanterías cuyas paredes están forradas con un montón de imágenes. Fotos de astronautas y de sus familiares: abuelos y abuelas, padres y madres, novios y novias y, por supuesto, decenas de bebés. Hay carteles de deportistas, actores, músicos y tentadoras instantáneas de despampanantes modelos. Instantáneas de coches, casas y postales con todo tipo de ciudades y monumentos. Imágenes de montañas, ríos, playas y lagos... Fotografías submarinas y de exploradores anónimos recorriendo selvas y bosques...

Es como si todos los que han pasado por aquí hubiesen traído consigo un pequeño trozo de la Tierra.

Cuenta también el Museo Ripley, con una bizarra colección de objetos inverosímiles entre los que he podido catalogar: una Biblia presbiteriana, varias botellas de vodka, todo tipo de revistas y hasta una bolsa de palos de golf. Así mismo, no pude evitar sorprenderme ante una colección de cromos de la Súper Liga de Críquet de Pakistán y me llevé un buen susto al toparme en una esquina con la reproducción, a tamaño real, de un Linguafœda Acheronsis, el octavo pasajero más aterrador de todos los tiempos.

Sorprendido por tan peculiares descubrimientos, inmediatamente quise saber más. ¿Cómo habían llegado todos aquellos extraños objetos allí?

—Todo empezó de manera espontánea. —Confesó Viktor Zaitsev, el ingeniero de sistemas.

—Los astronautas, antes de regresar a casa, empezaron a dejar algunos de sus efectos personales en la estación. Puede que al principio se tratara de deslices, objetos olvidados con las prisas, falta de espacio a la hora de hacer las maletas... El caso es que pronto se corrió la voz de que todo el que venía a Harmony tenía que dejar algo aquí y el descuido se tornó en tradición.

—¡Vaya!

—Surgió una especie de competición por ver quién lograba traerse de la Tierra el objeto más extravagante para la que al principio se llamó: “La Maravillosa Habitación de Objetos Inverosímiles e Inusuales en el Espacio Exterior, Teniente Ellen Ripley.”

—Un poco largo...

—Con el tiempo, este lugar se ha ido ganado su categoría de museo. — Respondió Zaitsev con solemnidad.

Absolutamente fascinado por la historia, continué con mis indagaciones.

—¡Pero si hay hasta palos de golf! ¿Juegan torneos? —Pregunté con sorna.

—18 hoyos. Aunque debo pedirle que sea discreto. La Federación Galáctica aún no los ha homologado...

Reí de buena gana con las respuestas de Viktor y esto me hizo reflexionar sobre el buen ambiente que se respira en la estación. Entre los astronautas, sin importar su procedencia, impera una gran camaradería y todos me han acogido de buena gana. Se interesan por mi y desde aquí me gustaría agradecer públicamente el esfuerzo adicional que a ellos les supone intentar que mi estancia en Harmony sea lo más agradable y productiva posible.

Dejando a un lado las respuestas del señor Zaitsev, el Museo Ellen Ripley me parece una muestra palpable de lo que somos. Una habitación gris, suspendida en el espacio, nos recuerda que no importan los mundos que descubramos ni lo lejos que lleguemos. No hay nada como nuestro hogar. Esta pequeña sala es un tributo a todo lo que, como especie, nos resulta querido y ha causado un efecto en mi mucho más impresionante que cualquier otra cosa en Harmony.

El espacio es un entorno hostil, frío. Me hace sentir frágil y vulnerable. Lo único que nos libra de una muerte segura son unas finas paredes de metal. Dejo un momento de escribir para mirar a nuestro planeta por la ventana de este estrambótico museo...

Luce azul, tranquilo y maravilloso.

Vine aquí con el encargo de documentar el día a día el uno de los mayores logros de la humanidad. Sin embargo, en vez de hablar sobre los importantes experimentos científicos que se realizan en esta estación, o tratar de explicar con detalle el funcionamiento de la misma, he preferido comenzar esta crónica recordando lo que he dejado atrás: A todos ustedes.

PAUL SANDER. SEPT,--,2036

Estación Espacial Internacional Harmony.

Paul Sander había enviado un escrito extraño. La reunión no iba a estar exenta de polémica.

—Alguien se va a cabrear... —Musitó Kate mientras imprimía el documento y cogía sus cosas. Le esperaban en la planta cincuenta y dos.

Bruce, Spanoulis, Bill Walsh y Amanda Carlson ya estaban discutiendo para cuando Kate hizo acto de presencia.

—¡Kate querida! Toma asiento. —Dijo Amanda tratando de relajar un poco el ambiente.

Kate trató de no sentirse intimidada.

—Gracias. —Dijo Kate con una sonrisa. —Perdón por el retraso.

Spanoulis hizo un gesto de reproche. No soportaba la impuntualidad.

—¿Cómo están tus padres? —Terció Bruce McKellen.

Debería haberse sentido halagada por la pregunta pero no fue así.

—Muy bien gracias. Envían recuerdos. —Mintió.

—Ahora que por fin estamos todos. ¿Comenzamos? —preguntó Spanoulis mirando a Kate de reojo.

—Adelante —Dijo Bruce. ¿Qué os parece lo que tenemos entre manos? Me gustaría publicarlo cuanto antes.

—Es una basura. —Protestó Spanoulis.

Bill defendió el trabajo realizado por su compañero.

—Vamos Josh. No hace falta ser tan duro con Paul. A mí me ha gustado. Creo que aporta una visión diferente, inesperada de lo que significa estar tan lejos de casa. Conecta con el lector.

Spanoulis insistía.

—¿Estás bromeando? Hay que cambiar el enfoque. Al lector le da igual lo que un astronauta eche de menos la Tierra. ¡Por el amor de Dios! ¡No hemos enviado a Paul Sander ahí arriba para hablar de museos! ¡La gente quiere saber lo que se está haciendo en la estación! ¿Qué nuevos descubrimientos nos esperan? ¿Qué avances se están consiguiendo? ¿Cuándo demonios vamos a tener una colonia en Marte? Esas son las cuestiones sobre las que el New York Times debería hablar.

McKellen permaneció en silencio.

—Me preocupa lo que dice Josh. —Apuntó Amanda cautelosa.

Bruce levantó la mano para pedir la palabra.

—¿Qué opinas tú, Kate?? Al fin y al cabo, eres la supervisora de este proyecto.

Los ojos de Bill se clavaron en Kate. El momento era crucial.

—Creo que es un aldabonazo en el corazón adormecido de América.

El silencio se hizo en la estancia. Spanoulis la miraba boquiabierto y Bill sonreía sin poder disimular su satisfacción.

—Sinceramente, yo no tocaría ni una coma. Está escrito con el corazón, llegará a los lectores y precisamente porque nadie espera algo así del Times, desconcertaremos a la competencia. — Insistió Kate.

—¿Que has desayunado hoy Brennan? —Preguntó Spanoulis.

—Zanahorias crudas con crema de queso. —Respondió la joven sin pensar.

—¡Qué chica tan espontánea! —Apuntó Amanda sorprendida.

Bruce miró su reloj de cincuenta mil dólares.

El máximo ejecutivo del New York Times siempre tenía prisa.

—Muy bien. Kate. Tienes razón. Es un escrito emocionante. Lo publicaremos la semana que viene. Gracias a todos.

Spanoulis salió bufando del despacho, acompañado de Bill al que sólo le faltaba dar saltos de alegría, y de Amanda Carlson que no conseguía despejar cierto gesto de preocupación.

Bruce llamó a Kate antes de que ésta saliera de la estancia.

—Kate.

—¿Si Bruce?

—En serio. ¿Zanahorias...?

Kate Brennan rió.

Ciudad de Nueva York. Nueva York.

Estados Unidos.

Martes Sept./23/2036

Wicca -3

Will Patterson tardó un rato en acercarse al hombre que leía el periódico en la terraza del Southwest Porch en Bryant Park.

La razón por la que no resultaba fácil abordar a los clientes pesaba casi cien kilos y se llamaba Clothilde. La encargada madrugaba todos los días dejando al niño a cargo de su marido en Harlem para coger el metro y llegar a tiempo a Manhattan. Justo antes de la hora del desayuno. Una vez en el parque, abría las sombrillas, desplegaba las mesas y se apostaba tras el mostrador.

Los clientes del café solían ser, en su mayoría, turistas. Puede que al alcalde le encantara que la ciudad estuviera siempre atestada pero a Will no le gustaban los extranjeros. No solían dar propinas.

Sin embargo, con el hombre bien trajeado había una oportunidad.

A veces ocurría que alguno de aquellos ejecutivos estaba contento por haber tenido un buen día y le obsequiaba con un billete de cincuenta dólares. Entonces Will sonreía ufano y se retiraba haciendo reverencias y deseando toda suerte de parabienes a su benefactor.

Claro que algo así sólo ocurría de vez en cuando y si no sacaba nada, Will se retiraba igualmente contento.

—Nunca una mala cara, nunca un mal gesto. Ese es el truco. Es lo que solía decir Nelson. — Murmuró Will.

Ahora el viejo, su mentor, estaba muerto. El invierno se lo llevó. Encontraron el cuerpo congelado sobre un miserable lecho de cartones bajo un paso elevado en la calle 125.

Reverencia, pirueta, salto y despedida.

Reverencia, pirueta, salto y despedida.

Reverencia, pirueta, salto y despedida.

—El último juglar de Nueva York. —Se dijo por enésima vez antes de que su vieja gabardina flameara impulsada por el movimiento de las zancadas.

El hombre bien trajeado leía tranquilamente cuando, en un periquete, un rostro enjuto y primorosamente afeitado asomó por encima de la segunda página del New York Times.

Los ojos azules del ejecutivo se vieron distraídos de la lectura y repararon, desconcertados, en Will.

—¡Mire vuesa merced que, a veces, el demonio nos engaña con la verdad y nos trae la perdición envuelta en dones que parecen inocentes! — Exclamó el extraño con aire teatral.

El hombre bien trajeado le contempló al principio alarmado pero luego sonrió.

Esa siempre era una buena señal.

—Macbeth... —Respondió doblando el periódico para dejarlo apartado junto a una humeante taza de café.

—Antes que nada, ser verídico contigo mismo. Y así, tan cierto como que la noche sigue al día, hallarás que no puedes mentir a nadie...

—¿Hamlet?

—Vuestro intelecto es rápido y certero. —Concluyó Will halagador. — ¡Me pregunto si se hallará éste a la altura de vuestro elevado espíritu!

—¡Will! ¿Ya estás otra vez molestando a los clientes? —Exclamó Clothilde enfadada desde la barra.

El hombre bien trajeado hizo un gesto indicando que la situación se encontraba bajo control.

—Tome asiento. ¿Señor...?

—William de Westchester. *El último Juglar de Nueva York* — Respondió Will haciendo una reverencia dieciochesca.

—¿Y desearía desayunar algo el señor William de Westchester?

—¡Es usted muy amable! ¡Pero, en hora tan temprana, mi pituitaria, rebelde por naturaleza, nunca lo aprobaría! Se trata de una afección molesta y muy poco civilizada. Pero dejemos de hablar de mí... ¿Con quién tengo el gusto...?

—Puedes llamarme Bruce. Bruce McKellen.

—Muy bien señor Bruce McKellen. Ahora debo irme. Ha sido un placer. Bajo prescripción médica, preciso de una o dos ingestas diarias de cierto brebaje... No sé si me entiende... Mano de santo para la pituitaria... Pero terriblemente caro para un pobre diablo como yo.

—¿Estás enfermo, Will? ¿De qué medicamento se trata? Puedo acompañarte a una farmacia y...

—¡Hablamos del famoso tónico del doctor Jack Daniel's! Estoy seguro de que Clothilde, —Respondió Will señalando el mostrador. —Estará más que encantada de despachar uno o dos, si fuese menester.

Bruce se levantó riendo de buena gana. Deslizó un billete de cincuenta dólares en un bolsillo de la gabardina de Will y se despidió con una reverencia.

—Que tenga usted un buen día, mi querido y ciertamente trastornado, William de Westchester.

—¡Toda locura tiene su propia lógica! ¿No cree? —Respondió Will ondeando victorioso su billete antes de pedir a gritos un bourbon con mucho hielo.

Bruce, todavía sonreía recordando el pintoresco encuentro cuando se topó con Kate en el ascensor.

—¡Buenos días! —Saludó de buen humor.

—Bruce... —Respondió Kate somnolienta.

—El artículo de Paul Sander se ha publicado hoy.

—Si... Disculpa... Esta es mi planta. —Respondió Kate con aire indiferente.

—¡Buen trabajo! —Exclamó Bruce antes de seguir subiendo hasta el piso cincuenta y dos.

Kate colgó la mochila de cualquier manera en el perchero. Las noches de insomnio estaban pasando factura.

Encendió el ordenador con pereza.

—¡Saludos a la joven estrella del New York Times! —Exclamó Bill Walsh asomando la cabeza, una vez más, por la puerta del despacho.

Kate se sobresaltó.

—Bill... Tienes que dejar de hacer eso...

—¿Hacer qué?

—¡Aparecer de improviso en mi despacho dándome sustos de muerte!

—Vamos... No es para tanto... —Respondió Walsh sonriendo.

—No estoy de humor. He dormido poco y tengo un aspecto horrible. —Hizo saber oficialmente Kate.

—Procuraré entonces no mirar la cara de la Medusa. Sólo quería darte la enhorabuena. Hoy se ha publicado el primer artículo de nuestro corresponsal en el espacio.

—El mérito es de Paul Sander. Él lo escribió.

—Pero tú conseguiste que ocurriera. De no haber sido por ti, Spanoulis se habría salido con la suya. ¿Te importa si le cuento a Paul lo ocurrido?

Kate le miró extrañada.

—¿Es necesario?

—Estoy seguro de que se sentirá agradecido.

—Como quieras. —Respondió Kate bostezando.

—Gracias, Kate.

—Si... Si... Y ahora, lárgate... La muerte por dolor de cabeza es un acto íntimo.

Bill miró a la joven preocupado.

—Tienes mal aspecto. Parece que te haya arrollado un camión.

—Estoy perfectamente.

—Genial. —Dijo Bill enarcando las cejas. —Que te diviertas.

Kate observó como Bill cerraba con cuidado la puerta del despacho y venciendo al agotamiento, descolgó el teléfono para a continuación marcar el número de *Fort Rock Financial Services and Consulting* en Connecticut. No es que una aproximación tan directa fuese un plato de buen gusto pero necesitaba atajar el problema de raíz.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?... Es hora de remover un poco el avispero. — Se dijo mientras marcaba.

Una voz amable le indicó que si no sabía la extensión de la persona con la que quería hablar, esperara.

Al cabo de unos segundos, una operadora respondió.

—*Fort Rock Financial Services and Consulting*. Mi nombre es Betty, ¿En qué puedo ayudarle?

Kate no se anduvo con rodeos.

—Al habla Katherine Brennan. Trabajo para el New York Times y estoy escribiendo un artículo basado en ciertos informes elaborados por ustedes. Quisiera hacer algunas preguntas.

—Publicamos cientos de informes todos los años...

—¿Le suena el índice Paschendale?

Un silencio incómodo se produjo al otro lado de la línea.

—¿Hola?... ¿Sigue usted ahí?...

—No se retire por favor. Le paso con nuestro departamento de relaciones.

Kate esperó. Una voz nerviosa respondió al otro lado del aparato.

—¿Quién es?

—Hola... —Dijo Kate empezando a explicar de nuevo el motivo de su llamada.

—¿Afirma usted tener documentos financieros de *Fort Rock* en su poder?

—Desde luego aparece su firma en ellos. La mayoría son simples balances pero hay algo que no entiendo en sus valoraciones.

—Tiene usted 24 horas para devolver esos informes, señorita Brennan.

Kate sintió como se encendían todas las alarmas.

—¿Me está amenazando? — Preguntó la joven desafiante.

—Es evidente que esos documentos han sido obtenidos de manera ilegal. Si no satisface de manera inmediata la demanda que le he formulado, tendrá usted que atenerse a las consecuencias. —Respondió su interlocutor.

—¿Con quién hablo? ¿Quién es usted? —Quiso saber Kate.

—Eso no importa. Tiene 24 horas.

—Pero...

La voz sonó categórica.

—¿Puedo preguntarle algo, señorita Brennan?

—...

—¿No debería estar usted ocupando su tiempo en nuevas responsabilidades?

Un sudor frío recorrió la espina dorsal de Kate.

—Un momento... ¿Cómo sabe...?

La comunicación se cortó bruscamente y Kate se quedó mirando aterrada el auricular.

—¿Qué demonios...? —Consiguió balbucear.

Kate sintió náuseas.

—¿Qué es lo que está pasando? —Se preguntó desorientada.

Su teléfono móvil comenzó a sonar.

Kate se levantó. Se sentía mareada y el smartphone no paraba de sonar en el interior de la mochila.

—¿Diga?...

—¿Kate? ¿Estás bien?...

—¿Papá...? —Preguntó extrañada.

—¿Estás en el periódico?... No te muevas de ahí. Tenemos que hablar.

Kate se apoyó en la pared mientras todo el despacho daba vueltas.

A continuación, se desmayó.

Etah.

Groenlandia.

Viernes Sept./26/2036

Wicca +0

La bandera de Dinamarca ondeaba sujeta a la antena del viejo Rodman 810r que luchaba contra las olas de un mar embravecido. En medio de la borrasca, la embarcación consiguió embocar el muelle así que Kunuk sacó trapo, jabón y cepillo de la carretilla oxidada con la que trabajaba.

Los motores rugieron durante la maniobra de atraque y del *Nordlys* descendió un hombre corpulento de grandes ojos grises, nariz aguileña y labios rectos bien proporcionados.

Adrian Hjort comenzó a sacar las mochilas con el equipo fotográfico. Tenía las mejillas enrojecidas por el viento y el cabello rubio empapado de agua salada y estaba ansioso por tomar algo caliente en la taberna.

—¿No suerte hoy señor Hjort?

—No Kunuk. Hoy no ha habido suerte. —Respondió Adrian dejando uno de los trípodes sobre la madera descascarillada del embarcadero.

Kunuk miró al océano e hizo un gesto de desaprobación, como si regañase al mar por no permitir que el señor Hjort hiciera su trabajo.

—Yo puedo hacer ofrenda a *Qailertetang* y no más tormentas... —Dijo Kunuk extendiendo las manos muy serio.

Adrian sonrió.

—No será necesario Kunuk. ¡Vuelvo a Copenhague!

El chico puso cara de tristeza.

—Kunuk echará de menos a señor Hjort.

—Yo también me acordaré de ti. —Afirmó Adrian.

—¿Limpio barco? ¡50 coronas señor Hjort! —Preguntó Kunuk.

Adrian miró al muchacho con lástima. Presentaba un aspecto desarrapado envuelto en aquel enorme manto de pieles.

—Casi parece un espectro... —Se dijo Adrian. —De acuerdo Kunuk, dale un repaso.

—¡Kunuk rápido! ¡Kunuk bueno!

—Estaré en la taberna. —Dijo Adrian cargando los bultos al hombro.

—¡Naaja guapa! ¡Pechos grandes! —Dictaminó Kunuk.

Adrian todavía se estaba riendo cuando atravesó el umbral del *Jolly*

Fish. La cantina olía a tabaco y a madera mezclados con suaasat y cerveza. Los aromas de las noches tranquilas, repletas de historias de pescadores.

Naaja saludó a Adrian con familiaridad.

—¡Hjort! ¿Cómo estás?

—¡Cansado y muerto de frío!

—¿Cómo es que has vuelto tan temprano?

—La cosa se puso difícil, con esta borrasca es imposible sacar fotos. —

Respondió Adrian desanimado.

—Lo siento... —Otra vez será.

—No pasa nada, tengo material suficiente. —Dijo Adrian. —Vuelvo a Copenhague.

Naaja enarcó las cejas y se mordió los labios.

—Sabes que no te irás de aquí sin darme un beso. ¿Verdad?

Hjort sonrió.

—Será lo último que haga antes de zarpar. Te lo prometo. —Respondió Adrian guiñando un ojo.

—¿Quieres comer algo?

—Cualquier cosa caliente vendría bien.

—¡En seguida!

Adrian aprovechó el tiempo que tardaría Naaja en traer la comida para pensar sobre su estancia en Groenlandia. El trabajo había sido duro pero en la agencia estaban contentos. Tenía suficiente material y algunas fotos eran realmente buenas. Ballenas, focas, morsas, renos... ¡Osos polares! Cuando Naaja era niña, abundaban. Luego se convirtieron en una especie al borde de la extinción.

El cambio climático de principios de siglo propició el incremento del turismo en Groenlandia y la afluencia de cruceros aumentó el nivel de vida de los habitantes de la isla. El comercio de todo tipo de souvenirs floreció y con un clima más suave, también se empezaron a explotar algunos recursos naturales hasta entonces prisioneros del glaciar.

—Ya casi no hay osos. —Había respondido Naaja con tristeza cuando Adrian preguntó dónde encontrarlos.

Un gran plato de suaasat apareció en la mesa como por arte de magia y el penetrante aroma a laurel hizo rugir el estomago del danés.

—Hay apetito... —Dijo Naaja.

—¡Me comería una ballena!

—Come despacio, vikingo.

Adrian sonrió seductoramente.

Naaja era aún una mujer atractiva. Alta y de figura esbelta la patrona del *Jolly Fish* no había dejado de coquetear con Adrian desde el día en que se conocieron.

Hjort se quedó mirando mientras ella volvía al mostrador. La noche caía ya sobre Etah y los primeros clientes comenzaban a llegar al local. A Adrian le gustaba aquel ambiente y la idea de tener que regresar a Dinamarca le causaba agobio.

—Laisa, los niños, el divorcio... —Pensó de mala gana.

Le costaba asumir que su matrimonio hubiese terminado en tan poco tiempo pero nada había que él pudiese hacer.

—Será mejor que lo afrontes de una vez. —Se dijo tomado un trago de cerveza.

Adrian renunció al postre y decidió que iba siendo hora de descansar.

Un torbellino envuelto en pieles atravesó la taberna como un vendaval.

—¡50 coronas! ¡50 coronas!

Kunuk demandaba el pago acordado por su trabajo.

—¡Barco limpio! ¡50 coronas!

Adrian sonrió y le dio el dinero al muchacho que salió corriendo, dando saltos.

Naaja intentó retenerlo.

—¡Kunuk! ¡Es tarde! ¡No te quiero ver por el muelle! ¿Me has oído?

—¡Pechos grandes! ¡Pechos grandes!

—Pobre chico.... La vida no le ha tratado bien. —Afirmó Naaja.

—¿Qué ocurrió? —Quiso saber Adrian.

—Su padre, Anori, salió una mañana a pescar y nunca más volvimos a saber de él. Nada peor puede ocurrirle a una joven esposa inuit. La madre de Kunuk, se vio obligada a sacar al niño adelante de cualquier manera posible.

Adrian frunció el ceño. No estaba seguro de querer seguir escuchando.

—El muchacho siempre ha sido un poco lento y muchos se ríen de él pero Kunuk tiene mejor corazón que cualquiera de nosotros.

—¿Qué ocurrió con la madre?

—Timmia murió. Demasiados clientes, demasiado alcohol... Llega un día en el que no puedes más. Se tiró por la borda en uno de esos barcos. —Afirmó Naaja en referencia a los cruceros fondeados en el muelle.

Adrian sintió un nudo en la garganta.

—Pobre Kunuk. ¿Dónde vive? ¿Quién se ocupa de él?

—Siempre anda de aquí para allá... Yo dejo que duerma aquí a veces, pero no suele ser lo habitual.

Adrian hizo todo el camino desde el *Jolly Fish* hasta su cabaña en las afueras de Etah pensando en Kunuk.

—Debo considerarme afortunado. Tengo dos hijos sanos y Laisa es una persona razonable. Es posible que con algo el tiempo nuestra relación sea más llevadera.

Adrian entró y dejó las mochilas en el recibidor, se lavó los dientes y cayó agotado en la cama todavía dando vueltas a estos pensamientos.

Temía que Laisa nunca le perdonara.

—Nunca me traiciones y todo irá bien. – Le susurró al oído ella el día de la boda.

En la primera oportunidad que hubo, Adrian la engañó con una becaria en la oficina.

Fue una tontería, una larga jornada de trabajo que terminó fuera de control.

Nada serio.

Pero había bastado.

Laisa se enteró y entonces todo acabó.

Por eso había aceptado el trabajo en Groenlandia.

Necesitaba olvidar.

Lo que le despertó a las tres y once minutos de la mañana fue el aire frío entrando por el quicio de la ventana.

Somnoliento y tiritando, Adrian se tapó con el edredón.

La ventana no cerraba bien.

—Tengo que calzarla con algo. —Murmuró odiando tener que salir de la cama.

Entonces, lo escuchó.

Un golpe contundente y seco en el piso de abajo. A continuación un haz de luz blanca entró por la puerta del dormitorio. Provenía del salón y era tan intenso que por un instante no pudo dejar de pestañear.

—Es como estar directamente bajo todos los focos del estadio del FCK. —Pensó de manera un tanto absurda.

Extrañado, Hjort se puso el edredón por encima y se dispuso a bajar.

Escuchó pasos.

Había alguien más en la cabaña.

—¿Naaja? Preguntó. —¿Kunuk?

A medida que descendía por las escaleras, una silueta se iba proyectando en la pared.

Adrian tragó saliva y decidió afrontar la situación.

—¿Quién es usted? —Preguntó con voz firme.

Un hombre uniformado se dio la vuelta.

Sujetaba un casco en la mano derecha.

—Pero...

El rostro del visitante expresó tanta sorpresa como el de Adrian.

Hjort se tuvo que apoyar contra la baranda de la escalera.

Aquel hombre era idéntico a él.

—¿Qué demonios...? —Consiguió balbucear.

Por la nariz del intruso comenzó a salir un abundante hilo de sangre.

El casco cayó al suelo y el militar se derrumbó al tiempo que Adrian percibía un fuerte sabor a hierro en la boca.

También él, había comenzado a sangrar.

—Oh Dios mío... —Musitó confundido.

Lo último que Adrian pudo hacer antes de morir, fue darse cuenta de un detalle en la indumentaria del extraño.

Una identificación.

CORONEL ADRIAN HJORT.

EJÉRCITO DEL AIRE.

ESTADOS CONFEDERADOS DE AMÉRICA.

Capítulo 2

Ciudad de Nueva York. Nueva York.

Estados Unidos.

Martes Sept./30/2036

Wicca +4

Kate llevaba un buen rato observando el monitor cardíaco. La luz de la mañana entraba diáfana por las ventanas de la habitación 326 en el Hospital Monte Sinaí y aún así, la joven se sentía un aturrida y con pocas ganas de hablar.

La voz de su madre sonó apagada desde el aseo.

—Tranquila cariño, no te vas a morir.

Kate volvió la cabeza intentando sonreír.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eres igual que tu padre y la mala hierba nunca muere. —

Afirmó Annette sosteniendo un vaso de agua.

—Papá... —Dijo Kate.

—No ha podido venir. Cosas del trabajo. Como siempre.

—¿Qué me pasó? —Preguntó Kate bastante confundida.

—¡Te encontraron inconsciente en el despacho! ¡Sabía que algún día nos darías un disgusto con esa dieta que haces!

—...

—Si no llega a ser por tu compañero... ¿Hall?... ¿Wall?...

—Walsh... Bill Walsh... —Afirmó Kate tratando de incorporarse sobre el respaldo de la cama.

—Exacto. Bill Walsh. Un hombre encantador. Lástima que no sea abogado.

—¡Mamá!

—¿Has visto las flores que han enviado?

Kate echó un vistazo a la mesa auxiliar repleta de margaritas, tulipanes y gladiolos.

—Este ramo es de Bruce McKellen. —Apostilló Annette.

—Mamá... Por favor... —Volvió a decir Kate.

—Por Dios hija... Parece que cualquier cosa que diga, te molesta...

Kate se preguntó cuánto tiempo más tendría que aguantar a su madre. No se encontraba con fuerzas y su forma de ser la agotaba.

—¿Qué han dicho los médicos? —Quiso saber.

—Te han hecho algunas pruebas. El doctor Park diagnostica

agotamiento y estrés. Yo digo que tienes anemia. —Afirmó Annette poniendo la palma de la mano en la frente de su hija.

Kate cerró los ojos un momento.

—No me extrañaría nada. Con lo mal que comes y duermes... Y tantos fines de semana trabajando. ¿Por qué no pasas unos días en casa? Podríamos cocinar juntas.

—Mamá... Ya hemos hablado de esto antes.

—No sé cómo puedes tomarte la salud tan a la ligera, hija. —Afirmó de forma categórica Annette.

Kate estaba a punto de darse por vencida cuando alguien vino al rescate tocando la puerta con firmeza.

Una cabeza se asomó con prudencia.

—¡Señor Hall! —Exclamó Annette. —¡Qué alegría verle!

Bill respondió con timidez.

—Perdón. No quisiera interrumpir.

—No se preocupe. Ya me iba. Necesito hacer algunas compras. Arthur nunca perdonaría que volviese de Nueva York con las manos vacías. ¿Verdad querida?

Kate se apresuró en contestar.

—Si mamá. ¡Vete tranquila!

—Adiós Katherine. Te dejo en manos del apuesto señor Wall.

Bill esbozó una sonrisa tonta.

—Le ruego que tenga un poco de paciencia, hoy está un poco irascible. —Dijo Annette antes de marcharse.

El compañero de Kate asintió y cerró la puerta.

—Tu madre es muy simpática. —Afirmó.

—A veces me saca de quicio. —Dijo la joven malhumorada. —Debo de tener un aspecto horrible.

—Efectivamente. Estás espantosa. —Afirmó Bill socarrón.

Kate se puso roja como un tomate.

—Gracias por los ánimos.

—Te echamos de menos. ¿Estás mejor?

—No ha sido nada. Un simple desmayo. —Se apresuró a decir Kate. — Mi madre está convencida de que tengo anemia. —Respondió Kate quitando importancia.

—¿Te traigo una hamburguesa de Freddie's?

—¡No por Dios!

Bill sonrió.

Kate pensó que tenía una bonita sonrisa.

—Deberías descansar, jovencita.

La puerta volvió a abrirse y por ella entró un doctor acompañado de una enfermera.

—Hola Kate. ¿Cómo te encuentras? —Preguntó Jason Park al tiempo que estrechaba la mano de Bill,

—He sobrevivido la visita de mi madre. —Dijo Kate con ironía.

El doctor Park asintió sonriendo mientras anotaba los datos reflejados en el monitor.

—Eritropoyetina y complementos vitamínicos. —Dictaminó Park entregando un papel a la enfermera.

Kate frunció el ceño.

—¿Eritroqué...?

—Lo toman los deportistas para aumentar su rendimiento. Pronto estarás bien.

Kate no parecía muy convencida.

—¿Los deportistas? ¿Qué deportistas?

Park no parecía inclinado a dar más explicaciones.

—Soy amigo de tus padres y nos conocemos desde que eras pequeña pero ahora tengo que dejarte, Kate.

—Pero... —Kate nunca había visto al doctor tratarla con tanta prisa.

—El Comité Ejecutivo de la Organización Mundial de la Salud quiere que vaya al edificio de Naciones Unidas y llego tarde.

Kate y Bill se miraron extrañados.

—¿Naciones Unidas? ¿Qué ocurre? —Preguntó Kate.

—Ni siquiera en la cama de un hospital eres capaz de aplacar ese olfato de reportera. —Dijo el médico sonriendo antes de abandonar la habitación.

Jason Park dejó el Hospital Monte Sinaí después de haber cumplido su palabra de haber echado un vistazo rápido a Kate.

Arthur Brennan era un buen amigo. Era lo mínimo que podía hacer por él.

El doctor tuvo que recorrer un buen trecho de la quinta avenida antes de poder subir a un taxi.

—Al 885 de la segunda avenida. —Indicó. —Deprisa.

En Naciones Unidas, el Doctor Joao Pereyra presidía la mesa de la sala 415b. Estaba nervioso, así que comenzó a jugar con la placa que le identificaba como Director General Adjunto de la Organización Mundial de la Salud.

De repente, Jason Park entró de manera atropellada acaparando todas las miradas.

—Lo siento. No he podido llegar antes.

—No te preocupes Jason. Sabemos lo ocupado que estas. Gracias por venir. —Respondió Pereyra.

Park se tomó un momento para tratar de identificar al resto de los presentes.

Reconoció con facilidad a los miembros habituales del comité, el austriaco Wilhelm Pichler, Director Ejecutivo de Emergencias Sanitarias así como a los Subdirectores Generales Olsson y Kobayashi.

—Sin embargo, también hay caras desconocidas. —Pensó mirando a los tres extraños con los que compartía sala.

Pereyra tomó la palabra.

—Les presento al Doctor Jason Park, del Hospital Monte Sinaí. Es, sin duda, el mejor epidemiólogo de Estados Unidos además de un excelente jugador de golf.

Todos sonrieron antes de dirigir sus miradas a Park que se levantó ligeramente de su asiento para saludar.

—No hagan mucho caso... —Dijo un poco cohibido.

Pereyra continuó.

—Estos caballeros son los embajadores de Rusia, Estados Unidos y China ante Naciones Unidas. Los señores Korovin, Lynch y Zhang.

El doctor Park inclinó levemente la cabeza. No estaba acostumbrado a la presencia de embajadores en el comité.

—Por favor, luces. —Dijo Joao.

La sala quedó a oscuras y la imagen de un mapa con varios puntos rojos salpicando el hemisferio norte quedó proyectada.

El Dr. Pereyra comenzó su exposición.

—Esto, —Dijo señalando con un puntero.- son los principales focos de un brote desconocido. Apareció hace pocos días en el hemisferio norte y se extiende rápidamente hacia el sur.

El Jason Park intentó procesar aquellas palabras.

—Perdón... No entiendo...

—Será mejor dejar las preguntas para el final. —Respondió Pereyra antes de proseguir.

—Llevamos setenta y dos horas sin saber nada de cualquier población situada al norte de un amplio eje que va desde la Bahía Resolute en Canadá hasta Nordvik en Siberia.

El embajador ruso carraspeó.

Pereyra hizo un gesto para darle la palabra.

—Todavía no estamos seguros con respecto a Nordvik.

El Director General Adjunto de la OMS asintió.

—Tampoco tenemos claro lo ocurrido con tres cruceros en Groenlandia. El *Nordic Sea* estableció contacto con su naviera en Hamburgo desde Savissivik. Reportaron pasajeros enfermos a bordo y solicitaron asistencia sanitaria urgente. No hemos vuelto a saber nada de ellos ni del equipo enviado.

—¿Hablaron de síntomas? —Preguntó el doctor Olsson.

—Si. Hemorragias internas y sangrado abundante por la cavidad nasal, boca, oídos...

Jason Park se puso lívido. El relato de Pereyra era sumamente inquietante.

—¿Qué van a hacer? —Quiso saber el embajador de China.

Pereyra respondió con rapidez.

—Vamos a declarar una alerta urgente por enfermedad contagiosa desconocida. En dos horas salgo para Ginebra. Me gustaría pedirte que me acompañaras Jason.

El doctor Park respondió sin pensar.

—Por supuesto.

El embajador norteamericano objetó.

—¿Están seguros? ¿Han pensado en las consecuencias? Van ustedes a proporcionar un buen dolor de cabeza al presidente Wilkinson a las puertas de unas elecciones. ¿Y si fuese una falsa alarma? —Apuntó Lynch.

—Nosotros no somos políticos, embajador. Nuestro cometido es salvar vidas, el del presidente, dar la cara ante sus votantes. —Respondió tajante Pereyra.

—Espero que sepan lo que están a punto de hacer. —Respondió el embajador visiblemente molesto.

—Asumiremos todos los riesgos.

Dos horas más tarde, el doctor Jason Park vería alejarse la pista 4L/22R

del Aeropuerto Internacional JFK desde la ventanilla de su asiento en el vuelo 2804 de Swissair con destino a Ginebra.

Ni siquiera había podido hablar con su mujer.

Washington D.C.

Estados Unidos.

Miércoles Oct./01/2036

Wicca +5

—Damas y caballeros, con ustedes, el Presidente de los Estados Unidos de América.

Los doscientos integrantes de la Fundación Irving Palmer se levantaron en el salón Astor para aplaudir al Presidente Wilkinson que apareció acompañado de la Primera Dama.

Juntos, se dirigieron al estrado.

—¡Oh Ferguson! ¿No es maravillosa? —Preguntó Miss Redcliff a su marido en la mesa número ocho.

—¡Adorable! —Exclamó la esposa de Marcus Bell, Director General Ejecutivo de Farmacéuticas Wellmouth, Greensboro en Carolina del Norte.

Belinda Bell se estaba esforzando por retener hasta el más mínimo detalle de la cena.

Del salón Astor, se decía en el último número de la revista *Washingtonian* lo siguiente: “Constituye el epítome del buen gusto capitalino. Lo suficientemente sobrio como para no resultar presuntuoso y lo suficientemente lujoso como para que el cliente selecto pueda cenar tranquilo.”

Impresionaba especialmente el techo, de estilo artesanal renacentista e iluminado por cuatro impresionantes candelabros de cristal en cascada de doce brazos. La ávida mirada de Belinda se recreó en los diseños policromados, poniendo especial atención al rico troquelado de las vigas y a los contrachapados de madera noble.

Desde luego, la estancia era todo un acierto. Transmitía distinción.

El presidente Wilkinson comenzó su alocución.

—Estimados Señor Director de la Fundación, patronos y distinguidos miembros de la junta:

Quisiera expresar, un año más, mi satisfacción por estar compartiendo con ustedes esta velada. No hay palabras para agradecer la labor de esta institución, consagrada a la necesaria tarea de obtener fondos para la investigación de enfermedades raras; no sólo en Estados Unidos sino a nivel internacional. No porque una afección afecte a un porcentaje pequeño

de la población, ésta es menos importante.

Es por ello que la administración que presidido ha dedicado en el último año más de seiscientos millones de dólares en ayudas para la investigación farmacéutica. Cuando el empuje del sector público converge con la iniciativa privada, nacen los más brillantes y beneficiosos proyectos para la sociedad. Es mi deseo esta noche, que todos los presentes rindamos un merecido tributo a los hombres y mujeres que trabajan por toda América en instituciones esta.

Por ellos, alzo mi copa y que Dios les bendiga.

Belinda brindó con solemnidad.

—¡Por el presidente! ¡Qué Dios le bendiga! —Exclamó.

—¡Y por la Fundación! —Apostilló su marido.

A continuación, el Presidente Wilkinson y los invitados fueron dejando la cena con discreción.

Pese a sus denodados esfuerzos, Belinda no había podido hablar con la Primera Dama. Marcus no era tan importante todavía como para que ella pudiese acceder a un círculo tan reducido pero estaba segura de que nadie podría culparla si, al llegar a casa, mentía un poco al respecto.

—En Greensboro se van a morir de envidia. Especialmente esas arpías del Country Club. Vaya que sí. —Se dijo. —¡Marcus!

—Dime, Belinda.

—¿Nos vamos?

Su marido se despidió de algunos amigos influyentes y se reunió con su ella en el hall del hotel.

—¿Contenta? —Preguntó antes de subir al taxi.

—Ha sido un viaje muy productivo. —Respondió Belinda tomado la mano de su esposo.

No muy lejos de allí, la comitiva presidencial llegaba a la Casa Blanca al filo de las nueve de la noche.

Ted Wilkinson estaba agotado aunque optimista ante la perspectiva de poder disfrutar de un rato libre con Anne.

Con las elecciones tan cerca ambos necesitaban distraerse un poco.

—Estaría bien un rato de televisión juntos. —Pensó tratando no pensar demasiado en su legislatura.

En el frente doméstico, la industria automovilística amenazaba con movilizaciones por todo el país. El Congreso, en manos del partido republicano, insistía en el equilibrio presupuestario con lo que el programa

demócrata de incentivos, tan importante para el sector, estaba a punto de desaparecer.

En el ámbito internacional, las tensiones con Rusia seguían en aumento a cuenta de Ucrania.

Un conflicto que llevaba años enquistado y en el que ninguna administración había tenido el coraje de intervenir.

—Ucrania pertenece al área de influencia rusa. No podemos involucrarnos. —Ese era el argumento invariable de todos los Secretarios de Estado.

A Ted Wilkinson no le gustaba la idea de dejar que Moscú continuara interfiriendo y, aunque fuese contra el parecer de los asesores, el presidente llevaba meses maniobrando para encontrar una solución firme de afrontar la espinosa cuestión.

—¿Y si propiciamos más sanciones? —Preguntó Ted a su esposa mientras subían las escaleras que conducían a sus dependencias en la Casa Blanca.

—¿Te refieres a los rusos? Piénsalo bien, Ted.

—No dejo de darle vueltas. —Respondió el presidente.

—¿Quieres saber mi opinión?

—Por supuesto.

—Déjalo en manos de la Unión Europea.

Ted Wilkinson soltó un bufido.

—¡No puedo entregar Ucrania a esa pandilla de burócratas!

—Tendrán que posicionarse y nosotros les apoyaremos, pero entre bambalinas. —Razonó Anne.

—Lo pensaré.

La Primera Dama sonrió y se detuvo un momento en el rellano para contemplar a su marido.

El cabello ya plateado del presidente contrastaba con sus ojos negros, tan profundos e indescifrables. Su marcado mentón le daba aquel aspecto de emperador romano del que a ella le gustaba tanto reírse.

—¡Ave, César!

Y a pesar de haber oído mil la burla, Ted siempre respondía con una buena carcajada. En muchos aspectos, ambos mantenían la inocencia del tiempo en el que se habían conocido.

Y eso, a Anne, le gustaba.

—¿En qué piensas? —Preguntó Ted.

—En el día que te conocí.

Wilkinson sonrió.

—¿Te refieres al día en el que casi me matas, después de la conferencia de tu padre?

Anne frunció el ceño, divertida.

—Me refiero al día en que cruzaste sin mirar el carril bici.

—Arrollaste al Presidente de los Estados Unidos. —Dijo Ted con solemnidad.

—Por entonces no eras presidente de nada y yo era la hija de un gobernador.

Una llamada les interrumpió.

Ted se disculpó y se levantó para atender el teléfono.

Anne supo que cualquier plan para el resto de la noche acababa de quedar automáticamente cancelado.

—Tengo que irme. —Dijo Ted unos minutos más tarde.

—¿Es grave? —Preguntó Anne con tono mimoso.

—Se trata de algo relacionado con la alerta emitida ayer por la Organización Mundial de la Salud. Quieren que me reúna inmediatamente con un experto.

Anne torció un pequeño gesto de fastidio.

—No pasa nada. Ve a hacer tu trabajo. —Le susurró dándole un beso.

Ted Wilkinson se ajustó la corbata y salió al encuentro de su Jefa de Gabinete.

Mientras, en el despacho oval, el doctor Jason Park esperaba contemplando las fotos familiares del Presidente.

—Ayer Ginebra, hoy la Casa Blanca. No me pagan lo suficiente. —Pensó.

La puerta se abrió y entró en la estancia Ted Wilkinson acompañado de Marge Stanley.

—Señor Presidente. Le presento al Doctor Jason Park. Uno de nuestros mejores epidemiólogos. Acaba de regresar del cuartel general de la OMS en Ginebra. Creo que debería escucharle.

—Encantado. —Se apresuró a decir tímidamente el Doctor Park.

—El placer es mío. —Respondió cortésmente el Presidente. —¿En qué puedo ayudarle doctor?

Park tragó saliva, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Verá... Señor Presidente... No soy hombre de andar con rodeos.

—Se lo agradezco. —Dijo Wilkinson.

—Está usted a punto de enfrentarse a la mayor crisis de la historia en nuestro país.

El Presidente tomó asiento.

Aquella iba a ser una larga noche.

Rehovot.

Israel.

Jueves Oct./02/2036

Wicca +6

Salomón Rubín volvió a echar un vistazo a los últimos resultados.

System Entry Code: 03467f567gh654ab120410022036... Error.

System Entry Code: 03467f567gh654ac022110022036... Error.

System Entry Code: 03467f568gh654ad044710022036... Error.

System Entry Code: 03467f569gh654ae065410022036... Error.

System Entry Code: 03467f570gh654af071410022036... Running.

El profesor no se sorprendió. Los errores en la simulación venían siendo una constante desde el inicio del proyecto. Pese a todo, habían hecho importantes progresos.

A finales de los años noventa simplificaron los algoritmos lo que permitió una reducción significativa en los tiempos de cálculo y ahora, *Fat Betty* disponía de 82.000 procesadores de 260 núcleos. El supercomputador era capaz de procesar más de un trillón de operaciones de coma flotante por segundo. Los resultados que obtenían en poco más de dos horas, llevaban semanas años atrás.

Todavía era temprano y el Laboratorio de Astrofísica del Weizmann Institute of Science estaba vacío.

A Salomón le gustaba madrugar, llegar antes de que los más de treinta integrantes del equipo comenzasen a trabajar en las amplias y modernas instalaciones. La mayoría eran jóvenes, gente brillante y entusiasta.

Nunca los tuvo mejores.

—Tendrás los recursos. Israel trabajará para ti.

Aquellas fueron las palabras del primer ministro.

Salomón recordó complacido la entrevista en el huerto de una casa del gobierno a las afueras de Tel Aviv.

Por primera vez su interlocutor comprendía perfectamente la importancia de lo que se traía entre manos.

Y así, entre naranjos en flor, toda la maquinaria del estado hebreo fue puesta a disposición de su visión.

JASON iba a disponer de recursos ilimitados.

La tecnología más avanzada, conseguida a través del servicio de

inteligencia más eficiente del mundo, estaría disponible. No hubo avance que, en cuestión de semanas, no estuviese en su escritorio. Listo para ser replicado
Un aviso parpadeó en la pantalla del terminal.

Incoming call. /... Asset:

Col. David Dayan. Israeli Air Force.

ID#:DD428568/K

Security Clearance: Granted.

Loc: ISS *Harmony*.

Status: Urgent/* .Encrypted.*

T&D: 06:21 h. Oct/02/2036.

El profesor Rubin observó la alerta, dio un sorbo al batido de plátano con miel que su esposa Sara había preparado en casa y aceptó el descifrado de la llamada.

La imagen del Coronel Dayan apareció borrosa en la pantalla.

—¡David! —Exclamó Salomón —¿Ocurre algo?

David Dayan mostraba un semblante preocupado.

—Salomón... ¿Qué está pasando con la OMS? ¿Enfermedad contagiosa desconocida?... ¿En serio?...

—Aquí estamos igual de sorprendidos. Mi opinión es que no presenta buen aspecto. Es posible que al final no sea nada, pero no me gusta. Todo parece demasiado confuso. —Respondió Rubin.

—Internet es un hervidero de rumores. Parece que el pánico empieza a cundir en varias ciudades y aquí en la estación, Viktor Zaitsev está asustando a la tripulación con todo tipo de conclusiones disparatadas.

—Debéis mantener la calma. —Dictaminó tajante Salomón.

—Es fácil de decir pero el ruso habla de conspiraciones y lo que es peor, de miles de muertos. Intoxica el ambiente hasta el punto de poner en peligro el proyecto.

—¿Qué hay de Wang? —Quiso saber Rubin.

—Wang intenta averiguar lo que ocurre. ¿Vas a decírmelo Salomón? Si hay alguien que puede saberlo, eres tú.

Rubin emitió un profundo suspiro.

—Es cierto que hay gente muriendo en el norte.

—¿Cuánta gente?... Oh Dios mío... ¿Zaitsev tiene razón?

—Todavía no lo sabemos. David, tenéis que mantener la calma.

—¿De qué estamos hablando, Salomón? ¿Armas biológicas? ¿Quién ha

podido? ¿Irán?

—Parece que esta vez no han sido ellos.

—¿Quién entonces? ¿Qué dicen los americanos?

—Están igual de confundidos. Zaitsev está bien informado, está pasando en Siberia, Groenlandia, Alaska y Canadá. Se pierde el contacto con las poblaciones y tampoco se sabe nada de la gente que acude a socorrer las zonas afectadas. La ONU está estudiando emitir un comunicado conjunto pero ya conoces a los rusos. No harán nada hasta que sea demasiado tarde.

—Dios.

—El fenómeno sigue un patrón norte-sur y es global. Lo más preocupante es que, sea lo que sea, se mueve rápido, David.

—¿Cómo es posible?

—Lo único que tenemos son las llamadas desesperadas a los servicios de emergencia por parte de la gente afectada. Se han enviado decenas de helicópteros, muchos se estrellan en pleno vuelo. Los camiones cargados de medicinas y alimentos se quedan varados en las carreteras al poco de entrar en las zonas contagiadas. Pocas personas saben a ciencia cierta esto que te estoy contando, David. Hay que evitar que el pánico se apodere de la población.

El Coronel Dayan tragó saliva.

—¿Cómo se contagia?

—No lo sabemos.

—¡Por Dios Salomón! ¿Acaso sabéis algo?

—¡Calma, David! Necesito tiempo y, sobre todo, no permitas que esto afecte al trabajo en la estación. ¿Has podido enviar las últimas mediciones?

—Aún no he comprimido los datos. El ambiente aquí se está enrareciendo. —Afirmó Dayan.

—¿Qué puedes decirme del periodista americano? —Quiso saber Rubin.

—¿Paul Sander? Se ha adaptado bien. Sólo hace su trabajo.

—¿Sigues creyendo que Sander no trabaja para la CIA? De ser así, puede convertirse en un problema. —Apuntó Rubin.

—Apostaría a que los americanos no saben nada. De todas formas, Wang vigila a Paul Sander de cerca. Descuida. —Respondió Dayan.

—Recuerda, David. No podemos fracasar. Hay demasiado en juego.

—Es Viktor Zaitsev quien me preocupa. El ruso es ingobernable.

Salomón se quedó un momento pensando. Dio otro sorbo más al batido y continuó.

—Yo me encargo.

—Por favor Salomón, ve con cuidado. No sabemos con quién habla Viktor en Moscú.

—Hay gente que me debe algunos favores. Yo me encargo de que alguien le tranquilice.

—Muy bien.

—Tengo que dejarte, David. ¡Recuerda las mediciones! —Exclamó Rubin.

—¿Algún progreso con la simulación? —Quiso saber Dayan.

—No, pero tu trabajo está siendo muy importante. Nos estás ayudando mucho.

—Me alegra saberlo. —Dijo Dayan sin demasiado entusiasmo.

—Adiós, David. —Concluyó Salomón.

—Averigua lo que está pasando. —Insistió Dayan.

—Lo haré. —Dijo el profesor a modo de despedida.

Salomón Rubin cortó la comunicación.

La charla no había resultado demasiado tranquilizadora.

Su mirada volvió a fijarse en los resultados.

System Entry Code: 03467f567gh654ab120410022036... Error.

System Entry Code: 03467f567gh654ac022110022036... Error.

System Entry Code: 03467f568gh654ad044710022036... Error.

System Entry Code: 03467f569gh654ae065410022036... Error.

System Entry Code: 03467f570gh654af071410022036... Running.

Un terrible pensamiento comenzó a tomar forma en su cabeza.

—Dios mío... —Musitó.

Descompuesto, Salomón sintió un fuerte pinchazo en el estómago.

—Es demasiado tarde... —Se lamentó.

Ciudad de Nueva York. Nueva York.

Estados Unidos.

Viernes Oct./03/2036

Wicca +7

—Mamá... Necesito hablar con Papá. – Dijo Kate por teléfono.

—Aún no ha llegado, cielo.

Kate sintió la oleada de frustración creciendo en su interior.

—Me llamó justo antes de... de... bueno ya sabes... El incidente de la oficina.

—¿Incidente? ¿Así es como lo llamas? Perdiste el conocimiento Katherine.

—¿Qué más da, Mamá? —Respondió Kate frustrada. ¿De dónde sacaba su madre aquella habilidad para hablar de lo que no era importante?

—¿Te estás tomando la medicación que te recetó el doctor Park?

Kate suspiró profundamente y dirigió una mirada al techo. Estaba a punto de explotar.

Cornelius I. Franklin se aproximó a la chica pelirroja que llevaba un buen rato con el móvil. La joven no dejaba de dar vueltas por el hall; gesticulando nerviosamente, tratando de contener el tono de voz.

—¿Puedo ayudarla en algo señorita?

Kate se paró en seco ante el conserje.

De repente, en un giro frente a los ascensores, casi se había dado de bruces con él.

Olía a lavanda e iba impecablemente uniformado.

—¡Jesús! —Exclamó Kate sorprendida ante el súbito encontronazo.

—¿Kate? —Preguntó Annette al otro lado del teléfono.

La joven observó la expresión de disgusto del señor Franklin.

—Estoy hablando con mi madre.

—¿Sigues ahí, hija? —Preguntó Annette desconcertada.

—Verá señorita, hay dos cosas que los que viven en este edificio aprecian. Una es la tranquilidad y otra es la discreción.

—Soy Katherine Brennan. —Respondió Kate avergonzada. —Tengo una cita con el señor Bruce McKellen en su apartamento del piso... —Un momento.- Precisó Kate rebuscando en la mochila.

Cornelius Franklin la miró con recelo.

—¡Planta 43! —Exclamó Kate, ufana.

—¿Hija? ¿Estás ahí? —Se oyó preguntar a Annette.

—¡¡Si mamá!! —Gritó Kate retomando el móvil y al borde de un ataque.

El exabrupto provocó un gesto de disgusto por parte del señor Franklin.

—¿Desea que avise al señor McKellen? —Preguntó con tono suspicaz el conserje.

—Voy a tener que dejarte cariño. Papá tiene que estar a punto de llegar y será mejor que prepare la cena.

—No será necesario. —Dijo Kate.

—Me temo que sí, corazón. Ya sabes cómo se pone cuando está hambriento. — Y diciendo esto, Annette Brennan cortó la comunicación.

Kate se quedó mirando el teléfono.

Cornelius Franklin estaba hablando con alguien.

—Disculpe que le moleste señor McKellen. Hay en el hall del edificio una joven que pregunta por usted. A estas horas de la noche.

—¿Estas horas de la noche? —Se dijo Kate. —Pero si son las nueve.

—Si señor. Enseguida señor. Buenas noches señor McKellen.

Cornelius Franklin encaró de nuevo a Kate.

—Puede subir. El señor McKellen está esperando. —Anunció el conserje con solemnidad.

—Ya sé que me está esperando. —Respondió Kate sin dejar de rebuscar en la mochila. —Ya se lo había dicho.

—¿Desea que la acompañe?

—¡No! Puedo coger el maldito ascensor yo sola. —Respondió Kate mostrando a Cornelius su barra de labios.

El espejo del ascensor le devolvió una imagen más destartada de lo que hubiese deseado. Rápidamente, trató de colocarse el pelo y dar algo de color a sus mejillas. No había visto a Bruce desde que la ingresaran en el hospital.

—Estás horrible... —Se dijo abriendo un poco el escote de la blusa blanca de seda que había decidido ponerse.

Bruce McKellen la recibió en su casa vestido de sport. Llevaba un pantalón celeste, un polo del mismo color y un jersey en pico azul marino.

Kate se fijó en las paredes del enorme ático situado en uno de los edificios más exclusivos de la ciudad. Rebosaban obras de arte.

—No sabía que te gustase la pintura. —Murmuró.

—Hay un montón de cosas de mí que no sabes. —Respondió Bruce con

gesto enigmático.

La luna llena se reflejaba en la piscina de la terraza.

—¿Quieres tomar algo? —Preguntó Bruce dirigiéndose al mueble bar.
¿Martini? ¿Champagne?

Kate enarcó las cejas.

—Martini va bien. —Respondió cohibida.

—¿Seco?

—Si por favor. —Respondió Kate contemplando un *Picasso* en el salón.

—Supongo que te estarás preguntando por qué te he hecho venir. —Dijo Bruce mientras le obsequiaba con un *Dry Martini* perfectamente preparado.

—¿Vas a pedirme en matrimonio? —Se le escapó a Kate en medio de una risita nerviosa.

Bruce sonrió enigmático.

—¿Matrimonio?... Vamos Brennan... Hablemos de algo más excitante.

Kate hizo un gesto de coqueteo con los labios y se inclinó sobre la mesa con la esperanza de que el sujetador push up de Women's Secret hiciera su trabajo.

—¿Qué tienes en mente? —Dijo Kate con aire inocente mientras procuraba dejar una marca de carmín en la copa.

—¡Un montón de trabajo! —Exclamó eufórico Bruce.

Kate quiso que la tierra la tragase en aquel instante. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

—¡Por supuesto! —Respondió reclinándose con brusquedad hacia atrás.

—Es piel ecológica de almendra, forrada con guata de lino.

—¿Qué? —Preguntó la joven descolocada.

—El sofá.

—¡Oh! —Respondió Kate sin saber muy bien dónde meterse.

Bruce sonrió.

—Kate, necesito que trabajes en algo.

—¿De qué se trata esta vez?

—Es un tema delicado. Lo llevarás a cabo sola y me tendrás en todo momento informado de tus progresos.

—Pero... ¿Qué hay de *Harmony* y Paul Sander?

—Olvídalo. Esto es mucho más importante.

Kate sintió una inmensa oleada de satisfacción. ¿Acaso Bruce McKellen le iba a devolver ChinaKorp?

—Gracias Bruce. No sabes lo que significa volver a retomar mi trabajo.

Han sido muchos meses de investigación y estoy cerca de algo grande. Sólo necesito un par de llamadas. —Afirmó Kate pensando en su padre.

Bruce la miró con un gesto extrañado.

—¿A qué te refieres?

Kate se puso tensa. Algo no iba bien en la conversación.

—¿A qué te refieres tú?

—¿Has oído hablar de WICCA?

En el hall del edificio, Cornelius I. Franklin miró el reloj.

Las tres y veinte de la mañana. —Se dijo.

Decepcionado, movió de un lado a otro la cabeza.

—¡Podría ser su padre! —Exclamó escandalizado.

Para el señor Franklin, aquella fue la noche en la que Bruce McKellen dejaría de ser un caballero respetable.

Uchami. Siberia.

Rusia.

Sábado Oct./04/2036

Wicca +8

—La mina de oro abierta de Uchami fue descubierta a principios de siglo. Tardó veinte años en comenzar a producir. Así van las cosas en Rusia. Nos tomamos nuestro tiempo.

Oleg Ivanov acarició el taco Pool Viking G41 y fijó toda su atención en la bola blanca que se encontraba justo donde debía estar.

—¿Vas a darle de una vez? —Preguntó Alan exasperado.

—Trabajo para una empresa cuyo contrato firmado por el gobierno corrupto de Popov y la Societé Minière du Krasnoyarsk, es ilegal. El parque natural junto al río es un vertedero y nuestros camiones han arrasado el hábitat de, al menos... cincuenta especies. Lo que hacemos aquí ha contaminado decenas de acuíferos y hemos talado miles de árboles sin ningún tipo de autorización. No vas a conseguir que me sienta culpable por darte una paliza jugando al billar.

Alan observó disgustado como Oleg embocaba, por fin, la bola ocho.

Otra victoria para el ruso.

—Me debes una cerveza. —Dijo Oleg ufano.

—*No mandé a mis naves a luchar contra los elementos.* - Refunfuñó Alan en su particular español.

Oleg, que había pasado unos años en Cuba, sonrió.

—Puedes volver a Manila si no te gusta. Ahora, mi cerveza.

Alan cerró los ojos y, por un momento, su mente volvió al patio colonial de la destartalada casa de sus abuelos en Intramuros.

—De acuerdo. Tendrás tu maldita cerveza. —Contestó de mala gana encaminando sus pasos hacia la ventanilla del economato.

—¿Sabemos algo de Dimitri? —Preguntó Oleg.

Dasha Pavlova maldijo la hora en la que llegó a la mina la mesa de billar.

—¿Es que no tenéis nada que hacer? ¡Esto no es un bar! —Exclamó enfadada.

—Vamos Dasha... Se buena y dame una cerveza. Te cantaré algo bonito... ¿Qué tal *Mariposa Bella*?

—¡Con los pantalones bajados! —Exclamó Oleg riendo.

—¡Vete al cuerno filipino asqueroso! —Respondió Dasha sacando una Baltika nº 3 de la nevera.

Alan cogió la cerveza, la abrió de un golpe calculado contra el mostrador y dio un largo trago antes de lanzar la botella por el aire en dirección a Oleg.

—Dimitri lleva nueve horas sin llamar.

Oleg frunció el ceño preocupado. No era normal.

—¡Son cincuenta rublos! —Exigió Dasha desde la ventanilla.

—Apúntalos. Ya te los pagaré. —Respondió Alan guiñando un ojo.

—¡Asqueroso filipino!

Alan cogió un taburete y se sentó junto a la mesa de billar.

—Es demasiado tiempo sin saber nada. —Dijo Oleg.

—Se habrá levantado con resaca. —Respondió Alan despreocupado.

—Hay un montón de repuestos pendientes de entrega. Si ese cabrón no responde, algo habrá que hacer.

A Alan no le gustó el giro que estaba tomando la conversación.

Su jefe prosiguió.

—Coge una camioneta.

—Vamos Oleg... ¿En serio me vas a hacer esto? —Protestó el filipino.

—Sólo son cuarenta y siete kilómetros hasta la mina. Cuando llegues, busca a Dimitri y dile que estoy a punto de redactar un informe pormenorizando el número de cajas de vodka que se bebe a cuenta de la Societé Minière du Krasnoyarsk. Si ese bastardo no hace su trabajo, me voy a encargar de meterlo en un contenedor rumbo al desierto del Kalahari. ¿Me he explicado?

Alan asintió en silencio. Cuando Oleg se enfadaba, no había lugar para bromas.

—Terminemos con esto lo antes posible. —Pensó resignado.

—Llama por radio cuando llegues. Estaré en mi despacho. —Sentenció su jefe antes de abandonar la estancia con cara de pocos amigos.

Alan salió por la puerta norte del impresionante hangar que servía de almacén para la ciudad en miniatura que era el centro logístico de la mina Uchami. Ciento veinte mil metros cuadrados robados al bosque que incluían catorce naves, veinte barracones, un edificio de oficinas, dos canchas deportivas, un cine y una pequeña pista de aterrizaje.

El garaje bullía con la actividad de los operarios que se afanaban en concluir cuanto antes con el turno de mañana y Alan entró sin llamar por la

puerta roja del despacho del *Gordo Vlad*. No había nada que se moviera sobre ruedas en la mina sin conocimiento del eslavo.

—Vlad, necesito una *cafetera*. —Anunció Alan.

—Están ocupadas. Ponte a la cola. —Anunció con disciplina el responsable del parque móvil.

—Son órdenes del jefe.

Los ojos claros de Vlad Petrovic miraron a Alan por encima de sus espejuelos.

—¿Precisamente hoy?

Alan esbozó un gesto de resignación.

—Con suerte estaré de vuelta para el partido.

—No pienso guardarte un sitio, —Afirmó Petrovic llevándose a la boca un buen puñado de *Papas Chips*.

—¿Me vas a dar el furgón o llamo a Oleg? —Preguntó Alan impaciente.

—Malditos chinos... —Farfulló Vlad mientras sus dedos grasientos pasaban las hojas de un listado repleto de matrículas.

—Soy filipino, gordo cabrón.

—¿Qué más da? —Respondió Petrovic lanzando un manojito de llaves. —Coge la 42. Pero te advierto que tiene el radiador averiado. Reza para no quedarte tirado en el camino.

—Malditos serbios...

—¡Croata! —Exclamó ofendido Petrovic.

—¿Qué más da? —Respondió Alan antes de salir del cubil.

Alan encontró el furgón 42 esperando turno para ser reparado en el taller.

—Me lo llevo. —Dijo agitando las llaves ante las narices del mecánico.

—¿Autorización? —Preguntó el operario.

—*La de mis cojones*. —Respondió Alan en español.

—No puedes retirar ningún vehículo sin autorización.

—Habla con Vlad. ¿Qué es lo que tiene? —Quiso saber Alan señalando el motor.

—Habla con Vlad. —Respondió el mecánico.

—Imbécil... —Murmuró Alan subiendo a la cabina del furgón.

El trayecto a la mina no era demasiado largo. Lo malo era la carretera, de tierra y con cientos de curvas atravesando el bosque de coníferas que bordeaba el recodo sur del río.

El camino era cuesta arriba y Alan rezó para que el radiador aguantara.

Para tranquilizarse, cantó con voz trémula.

*Mariposa bella
de mi tierra inmortal...*

A medida que se acercaba a la mina, algo llamó inmediatamente su atención.

Aquel extraño silencio.

Alan contempló atónito desde la última curva en lo alto de la colina, la explotación de Uchami.

Todo estaba parado. No había volquetes cargando, ni perforadoras arrancando el mineral de los yacimientos, ni palas amontonando el estéril en las escombreras.

Alan no podía creerlo.

El angustioso descenso hasta el aparcamiento del edificio administrativo no hizo sino confirmar su estupor.

Lo peor eran los cuerpos. Algunos, estaban inclinados sobre el volante de sus vehículos, otros, en el suelo junto a camiones, tractores, coches guía...

Enjambres de moscas grandes y azulonas bullían por los cadáveres.

El hedor era insoportable y Alan tuvo que parar a vomitar.

Un extraño sabor metálico se adueñó de su boca.

Alan subió las escaleras de las oficinas y se dirigió directamente al despacho de Dimitri.

En la entrada, junto a la pequeña centralita, una joven ataviada con el uniforme de la compañía yacía con la boca y los ojos abiertos.

—¡Dios mío! ¿Qué es todo esto?

Alan encontró a Dimitri en la planta superior.

El Director de Operaciones también estaba muerto. Tenía la cara manchada de sangre y los ojos desorbitados. Una botella de vodka yacía derramada sobre la mesa del despacho. Alan tomó un trago.

—Tengo que avisar a Oleg. Si al menos pudiese mitigar este horrible sabor en la boca. —Pensó bebiendo de nuevo.

Encender radio no resultó fácil. Tenía los sentidos abotargados y se sentía muy mareado.

Alan llamó.

Mientras esperaba respuesta, comprobó alarmado que la lengua se le

estaba hinchando con rapidez.

—¡No puedo respirar! —Pensó aterrado.

Escuchó la voz de Oleg clara y sin interferencias.

—¡Ayuda! —Gritó Alan.

—¿Alan? —Preguntó Oleg extrañado.

—¡No puedo!

—¿Qué coño está pasando?

Alan supo que no iba a aguantar mucho más.

—Oleg, todos muertos. —Balbuceó.

Le costaba pensar en ruso.

—¡Alan! ¿Dónde está Dimitri? —Exclamó Oleg sin dar crédito.

Alan emitió un silbido. Sus pulmones se cerraban, negándose a respirar.

Goterones de sudor rodaron por su barbilla.

—Muertos. —Consiguió articular de nuevo.

—¿Qué?

—Todos... Todos muertos...

Alan bajo la vista.

La sangre comenzó a salir a borbotones por la nariz.

Antes de morir, Alan Reyes pensó por última vez en Manila.

—*Madre.*

Oleg Ivanov apagó la radio después de varios minutos intentando reanudar la conversación.

Tenía que llamar urgentemente a Moscú.

Londres. Inglaterra.

Reino Unido.

Domingo Oct./05/2036

Wicca +9

Chester Lewis se sentía orgulloso de ser el segundo primer ministro más joven de la historia de Gran Bretaña.

—William Pitt el Joven accedió al cargo en 1783 con tan sólo 24 años pero esa sí que es una marca realmente difícil de superar... —Solía decir.

Chester ganó las elecciones para el Partido Conservador adquiriendo un compromiso claro y sencillo con los electores.

—Gran Bretaña y sólo Gran Bretaña. —Proclamó.

Parecía más fácil de decir que de hacer. El gobierno laborista de Pamela Baldwin había conseguido reducir considerablemente la presión migratoria mediante innovadores acuerdos, las exportaciones de la isla iban a buen ritmo y los británicos, una vez superada la fiebre aislacionista de principios de siglo, parecían preparados para abrirse de nuevo al mundo.

Una ola de optimismo inundaba Londres en 2.034. Todo el mundo daba por hecho que Baldwin conseguiría con facilidad un segundo mandato.

Chester no estaba de acuerdo.

El joven líder de la oposición dedicó todo sus esfuerzos a una tarea muy sencilla: Salir y hablar con la gente.

—Pamela Baldwin pensó que podría ganar sin hacer nada. Ese fue su mayor error. —Diría más tarde en una entrevista de la BBC.

Chester multiplicó su presencia de tal forma que parecía estar en todas partes. Fueron tiempos agotadores en los que no hubo evento, cena o programa de televisión al que no estuviese invitado.

-¿Qué significa *Gran Bretaña y sólo Gran Bretaña*? —Preguntó el periodista Jim Elliot en una célebre entrevista publicada a principio de diciembre.

La respuesta a esta pregunta daría a Chester la victoria en las elecciones.

- Es cierto que ahora estamos bien. En gran parte, gracias al legado de los gobiernos conservadores que, con valentía, sacaron al país de la Unión Europea. Un legado que ahora, Baldwin quiere dilapidar volviendo a repetir los mismos errores del pasado. El gobierno laborista piensa que ha llegado el momento de *abrir las ventanas y dejar que corra el aire....* Y yo digo que el

aire no es lo único que nos va a entrar por las ventanas. Terroristas, inmigración ilegal, las mafias que trafican con seres humanos... Nuestros puestos de trabajo en manos de extranjeros... ¿Es que queremos volver de nuevo a todo eso?

—Pero la situación del país es ahora diferente...

—*Gran Bretaña y sólo Gran Bretaña* significa que debemos continuar protegiendo lo que somos. El único país del mundo con su propia Commonwealth y su propia forma de hacer las cosas.

Los progresistas se aprestaron a acusarle de racista y abiertamente xenófobo lo cual no hizo sino aumentar todavía más su popularidad.

La llama estaba de nuevo, encendida.

En su despacho, unos suaves golpes en la puerta le sacaron de su ensimismamiento.

—Adelante.

Florence Applewood asomó con timidez.

—Buenos días, señor Primer Ministro.

—Buenos días Florence. ¡Un domingo estupendo! —Replicó Chester con familiaridad. —¿Ha descansado usted bien?

—No demasiado. Si le soy sincera señor, llevo algunos días inquieta. —Respondió Florence.

—No me diga que usted también... —Dijo Chester con tono de reproche.

—Es por mi hija Martha. Vive en Boston con los niños.

—No es más que otra falsa alerta de la Organización Mundial de la Salud, Florence. ¿Cuántas hemos vivido ya? En un par de meses nos estaremos riendo con todo este desaguisado.

—Los americanos admiten varias muertes en Alaska.

—No se preocupe. Dígale a Martha que, como Primer Ministro del Reino Unido, yo digo que no hay motivos para la alarma. Pronto todos nos habremos olvidado de este incómodo asunto.

Florence Applewood miró a Chester sin estar del todo convencida.

—Al parecer hay imágenes muy inquietantes en Twitter.

—Vamos Florence... ¿A quién va a creer su hija? —Preguntó Chester sonriendo. —¿Al primer ministro de Gran Bretaña o a lo que publica cualquier chiflado en internet?

—Muy bien señor.

—¡Excelente! Y ahora, ¡a trabajar!

Pero la señora Applewood no quería rendirse con facilidad.

—¿Cree usted que Martha y los niños deberían irse cuanto antes a Florida?

—¿Florida? —Preguntó Chester perplejo. —¿Y por qué habrían de hacer algo así?

—Dado que el virus parece venir del norte...

—Mi querida Florence. ¡Ni que fuera el fin del mundo! Lo mejor que su hija puede hacer es, simplemente, estar atenta a las indicaciones de las autoridades.

—¿Es cierto que hay miles de personas saliendo de Canadá?

Chester perdió la paciencia.

—¡Rumores! ¡Todo rumores! Y ahora... ¿Sería usted tan amable de decirme qué diantres tenemos para hoy?

Azorada, Florence pidió disculpas y pasó a leer la agenda del primer ministro.

—A las 10.00 h. reunión con el embajador de Arabia Saudí. A las 13.00 h. almuerzo con la Cámara de Comercio por la tarde, sesión parlamentaria. Esta noche, cena en *Roots* con Ferdinand Lee, propietario de Lee Enterprises, señor.

Chester recordó la cena con Lee. Tenía que convencer al magnate para que mantuviese las plantas de producción en Gales. Le esperaba una tarea difícil.

—Muy bien, Florence. Por favor, avíseme tan pronto llegue el embajador.

—Si señor Primer Ministro. —Respondió diligente la señora Applewood.

—Y ahora, ¡A trabajar! —Exclamó Chester intentando transmitir entusiasmo a su atribulada asistente personal.

La señora Applewood le miró con gesto adusto y cerró la puerta del despacho.

Chester se quedó pensativo. No tenía más remedio que hablar con el Rey.

El primer ministro torció el gesto.

No se llevaba bien con el rey.

A nadie se le escapaban las ideas progresistas del monarca con lo que sus encuentros solían ser fríos y protocolarios.

—¿Así que Gran Bretaña y sólo Gran Bretaña?... Curiosa expresión. ¿No le parece? —Le había preguntado Guillermo V durante su primer encuentro.

—¡Estimulante! ¿No cree Su Majestad? —Respondió Chester sin dejarse amilanar.

—¿Qué es exactamente lo que va a hacer el gobierno señor Lewis? —Quiso saber el monarca suspicaz.

—Empezaremos renovando algunas instituciones.

—¿Qué le ocurre a nuestras instituciones? —Quiso saber el rey intrigado.

—Algunas se preocupan más de lo que ocurre fuera que dentro del país, Señor.

—¿Le apetece a usted un té?

Chester no supo si la pregunta era un gesto de cortesía o si el Rey le estaba tomando el pelo.

—No, gracias. —Farfulló algo desorientado.

Chester se vio sorprendido por la irrupción en la sala de uno de los lacayos.

—¡Por el amor de Dios! — Pensó. —¡Un africano!

—Majestad, el té está listo.

—¡Maravilloso! —Exclamó Guillermo. —Gracias, Jasir. ¿Qué tal la familia? ¿Todos bien?

—Si, Majestad. Gracias por preguntar.

—Me alegra oírlo.

El lacayo hizo una reverencia al Primer Ministro antes de retirarse.

Chester palideció. Como adalid en contra de los extranjeros, aquella había sido una situación innecesariamente incómoda. Estaba convencido de que Guillermo había planeado la escena a posta.

—Creo que hablaba usted de renovar las instituciones. —Dijo el Rey.

—¡Un té excelente el de Su Majestad! —Respondió Chester dejando el tema para otra ocasión.

El teléfono sonó en el despacho, insistente.

Chester volvió al presente para coger la llamada.

—¡Chester! —Graznó una voz aguda al otro lado de la línea.

—Mamá... Preferiría que no llamas cuando estoy trabajando.

—¿Y de que sirve entonces ser la mujer más poderosa de Inglaterra?

—Como quieras... —Convino Chester resignado a otra de aquellas

absurdas conversaciones con su madre.

—¿Cuándo vas a venir a verme?

—Tengo una reunión con los saudíes, Mamá.

—¡No te fíes de los musulmanes!

—Madre...

—¡Ni de los católicos!

—Descuida. Mamá... Ahora, si me disculpas, tengo que colgar.

—¿Cuándo vas a venir a verme?

Chester escuchó al fondo, a su hermana Triss.

—¡Mamá! ¡Dame el teléfono!

Tras lo que pareció un breve forcejeo, la voz de Triss sonó disgustada al aparato.

—Chester... Lo siento... Ha vuelto a hacerlo...

—No te preocupes, Triss.

—Espero que no te haya importunado demasiado. —Quiso saber su hermana.

—Estoy esperando al embajador saudí. —Respondió Chester quitando hierro al asunto.

—Me va a volver loca... —Se lamentó Triss. ¿No podrías hacer algo?

—Triss... Ya hemos hablado sobre este asunto. No es ético.

—Lo sé... Lo sé... Perdona...

Chester se presionó la sien con el dedo índice de la mano derecha. ¿Cuántas veces había mantenido con su hermana aquella conversación?

—Sabes que tanto yo, como el partido te agradecemos enormemente...

—Oh Chester... Ni se te ocurra mencionar al partido... —Respondió Triss amargada.

Triss Lewis había sido durante un tiempo una figura importante dentro de las filas conservadoras y, de no haber sido por ella, Chester nunca habría conseguido llegar lejos.

Entonces, llegó la enfermedad de Mamá y Triss tuvo que sacrificarlo todo.

—¡Soy la mujer más poderosa de Inglaterra!

—¡Silencio! —Replicó Triss con dureza.

—Triss... Tengo que dejarte...

—Lo sé... Siempre tienes que dejarme.

Chester continuó presionando las sienes con fuerza.

—¿Es que no tengo suficientes problemas intentando sacar al país

adelante? —Pensó.

Justo cuando creía que la mañana no podría ir a peor, Rob Brown entró como un torbellino en el despacho.

—Cuelga el teléfono. —Dijo Rob.

Florence intentó justificar la descortés irrupción del ministro del interior.

—Señor Primer Ministro...

—Está bien, Florence. No se preocupe. ¿Qué haces aquí Rob? ¿No deberías estar jugando al golf? —Preguntó Chester con un terrible dolor de cabeza.

—Señor... El embajador acaba de llegar. —Anunció su secretaria.

—Que se vaya con viento fresco. —Ordenó Rob.

Chester frunció el ceño, molesto.

—Rob... Soy yo el que da las órdenes. —Afirmó Chester fijando la mirada en su mejor amigo y, a la sazón, máximo responsable del *Home Office*.

—Disponemos de menos de veinticuatro horas antes de que miles de personas empiecen a morir. —Anunció Rob con voz temblorosa.

Florence Applewood palideció.

—Que Dios nos ayude... —Murmuró.

—¡Suéltame Triss! ¡Soy la mujer más poderosa de Inglaterra!

El Primer Ministro miró el teléfono.

Aquel, iba a ser uno de los peores días de su vida.

Frontera entre Inglaterra y Escocia.

Reino Unido.

Lunes Oct./06/2036

Wicca +10

—Señor, ayúdame... —Suplicó la mujer entre lágrimas sosteniendo el cuerpo empapado de su hija.

Acurrucada en una cuneta, a merced de la lluvia, Carol Harper observó incrédula a la muchedumbre que se agolpaba contra las barreras.

—Parecen lobos rabiosos. —Pensó. —Una enorme manada de lobos.

Un hombre empujó a una señora mayor para lanzarse como un animal contra la garita.

Carol vio como un soldado salía mientras el hombre trataba de cruzar las alambradas.

—¡Por favor! ¡Ayuda! —Gritó Carol. ¡Mi hija necesita insulina!

El cabo Michael Kensington del 2º Regimiento de Paracaidistas del Ejército Británico dejó al hombre en su vano empeño para fijar su atención en la mujer de la cuneta.

Llevaba a una niña pequeña en los brazos y, la que parecía su hermana, estaba también agarrada a ella muerta de miedo.

Kensington nunca pensó que el punto fronterizo de Carter Bar pudiese llegar a convertirse en un infierno.

—Solo tienen que mantener unos cuantos civiles a raya. Algo sencillo. —Les dijeron.

Pero tan pronto las carreteras se volvieron impracticables, la gente salió de sus vehículos y ahora, cientos de miles de escoceses trataban de llegar a Inglaterra a pie.

Decenas de helicópteros sobrevolaban la zona contribuyendo al caos general.

—Parece que sobrevolamos una zona de guerra. La vista desde el aire es indescriptible. El gobierno de Chester Lewis se lo ha buscado. —Informó el corresponsal de la BBC.

Los rumores sobre el cierre de la frontera se extendieron por las redes sociales la mañana del día cinco. Por la noche, las primeras colas de vehículos ya colapsaban todas las autopistas del sur.

Desbordadas, Policía y Protección Civil suplicaron por la intervención

del ejército.

A unos metros de la garita, el cabo Kensington se dio cuenta de que se había alejado demasiado de su puesto.

De repente, cientos de personas le miraban con cara de pocos amigos.

En medio de una lluvia torrencial, abrió fuego.

Inmediatamente la multitud comenzó a correr. Tres disparos al aire bastaron para dispersar a la gente dejando sola a la mujer arrodillada al borde de la carretera.

Carol protegía a las niñas con su cuerpo.

—Acompáñeme. —Dijo Michael extendiendo la mano.

—¡Mi hija! ¡Necesita insulina! —Exclamó Carol desesperada.

—Hay un puesto de la Cruz Roja cerca. Vengan conmigo.

Consiguieron cruzar justo antes de la masa, cada vez más furiosa, volviéndose a cargar contra las barreras.

Carol aceptó la taza humeante de caldo que le ofreció el teniente médico Jacob Ridges.

—Han tenido suerte. —Dijo.

Carol no dejaba de acariciar uno de los mechones del cabello de Linda.

La pequeña dormía y no sabía si despertarla para que comiese algo.

—¿Viaja sola? ¿Dónde está el padre de las niñas? —Quiso saber Ridges.

Carol tomó un sorbo mientras indicaba con un gesto a Kaisy que podía hacer lo propio.

—Has sido muy valiente. —Le dijo a su hija mayor.

Kaisy apretó los labios y asintió. Carol, suspiró. No se encontraba con fuerzas para dar explicaciones.

—Me llamo Carol Harper. John está fuera del país. Forma parte de una expedición a la Antártida. Es climatólogo. Salí con las niñas esta mañana con la intención de visitar a mi hermana en Londres.

—Toda Escocia se ha levantado hoy con un hermano en Londres. — Respondió el teniente Ridges con tono sarcástico.

A Carol no le hizo gracia el comentario.

—Si quiere, puede comprobar la dirección.

—No será necesario.

—Gracias por ayudarnos. —Musitó Carol tratando de reducir la tensión.

—¿Qué está pasando, Carol? ¿Qué es esta avalancha?

—La gente ha sucumbido al pánico. Dicen que solo es cuestión de tiempo antes de que esa... cosa... llegue a las costas escocesas. Yo sólo

quería protegerlas a ellas. —Dijo señalando a las niñas.

—Nunca he visto nada igual. — Se lamentó Ridges.

—¿Cómo se han atrevido a cerrar la frontera? —Preguntó Carol indignada. —¿Qué es lo que pretenden?

Jacob Ridges enarcó las cejas. No tenía una respuesta para aquella pregunta.

—No podéis hacer esto. —Continuó Carol con un escalofrío.

Jacob intentó excusarse.

—¿Y si todo esto no fuesen más que rumores?

Carol se sintió ofendida.

Habían sido nueve horas caminando entre el barro y la multitud. Su coche y la mayoría de sus pertenencias estaban abandonadas en algún punto de la autopista y les habían robado todas las medicinas.

—¿Rumores? ¿Cree que soy una irresponsable? ¿Tiene hijos, teniente? —Preguntó Carol con dureza.

—Perdón. No pretendía ofender.

—Yo también lo siento. Estoy muy cansada. —Respondió Carol conciliadora.

—Pueden pasar la noche aquí. —Dijo Jacob señalando unas literas en la tienda de campaña. —Mañana podremos hablar más tranquilos.

Carol le dedicó una intensa mirada.

—Teniente...

—¿Si?

—Usted también debería ir al sur.

Jacob Ridges sonrió tímidamente antes de desear buenas noches a Carol y a las niñas.

El soldado Michael Kensington fumaba un cigarro sentado al volante de un Land Rover.

—Las niñas, ¿están bien? —Preguntó.

—Si. Tienen lo necesario para continuar. Buen trabajo, soldado.

—A sus órdenes mi teniente. —Respondió Michael.

Jacob dejó a un lado las formalidades.

—¿Qué demonios estamos haciendo aquí?

Kensington se quedó mirando a su superior.

—No tiene buen aspecto. —Respondió chascando la lengua.

—¿Qué quiere decir?

—No me alisté para disparar contra civiles.

—No creo que tengamos que llegar a eso.

—Están desesperados, teniente. No podremos contenerlos sin violencia por mucho tiempo. —Respondió Kensington con aire apático.

La noche cayó, plomiza, sobre toda la línea divisoria entre Inglaterra y Escocia.

Ridges se dirigió a los barracones. Necesitaba descansar.

Al cabo de un par de horas, los gritos le sacaron de un sueño liviano y poco reparador.

El teniente salió alarmado. El puesto fronterizo estaba en llamas.

Las ametralladoras tabletearon en medio de la noche.

—¿Qué está pasando? – Se preguntó.

Una miriada de sombras furibundas se recortó contra las llamas.

Los soldados, aterrados, no paraban de disparar.

Washington D.C.

Estados Unidos.

Martes Oct./07/2036

Wicca +11

El Presidente de los Estados Unidos contempló incrédulo las imágenes.

—Hemos Perdido Anchorage, señor. —Afirmó el General Caldwell.

El dron volaba bajo. Ocasionalmente, y sólo a petición del responsable de la misión, el operador ascendía el aparato para dejarlo suspendido a una altura suficiente como para conseguir panorámicas de 360 grados.

Las calles de Anchorage aparecían colapsadas. Por todas partes, vehículos atascados, algunos en situaciones inverosímiles.

—¿Qué ha podido causar semejante devastación? —Preguntó la Secretaria de Interior, Laura Miller. La imagen de un camión de bomberos empotrado contra el edificio de la British Petroleum en Benson Boulevard resultaba extraña y perturbadora.

Lo peor eran los cuerpos.

Estaban en todas partes. Coches, parques, tiendas, aparcamientos, aceras... Cadáveres contorsionados en las ventanas de los edificios. Los restos de una mujer sobre el pavimento...

¡Por Dios! —Exclamó Laura sin poder encajar la crudeza de las imágenes.

—Es suficiente, Rex. —Dijo el Presidente mirando el reloj.

Sólo eran las 6.45 de la mañana.

El Secretario de Defensa apagó el monitor.

Los rostros de todos los presentes, circunspectos, demudados, denotaban el profundo estado de confusión en el que se encontraba todo el gabinete.

—¿Cómo vamos a afrontar esto? —Quiso saber Wilkinson.

El Secretario de Estado, Philip Baker, fue el primero en tomar la palabra.

—La situación internacional es inconcebible. Hablamos de regiones enteras desoladas. Se calcula que más de la mitad de la población en Noruega y Finlandia ha abandonado ya sus hogares. Todos quieren ir al sur. Los gobiernos de ambos países han acudido a Bruselas con el objetivo de negociar con la Unión Europea que, siendo sinceros, tampoco sabe muy bien qué hacer. En Suecia, el caos en Estocolmo es de tal magnitud, que el ejecutivo ha declarado la ley marcial. El sistema energético del país está al

borde del colapso y los aeropuertos de Arlanda, Skavsta y Bromma están colapsados.

—¿Qué sabemos de los canadienses? —Quiso saber el Presidente.

—La orden del Congreso del día 2 facilitando los trámites de inmigración a todos los refugiados provenientes de Canadá, está poniendo al límite el sistema, señor. Cientos de miles de personas cruzan nuestra frontera en estos momentos, mientras hablamos.

—¿Y el Presidente Rivero? —Quiso saber Laura Miller.

—México no va a colaborar. Ayer recibí una llamada del gobernador de Texas. Quiere saber qué va a hacer el Gobierno Federal con respecto a toda la gente que está empezando a montar campamentos en nuestro lado de la frontera. Tenemos noticias preocupantes sobre escaramuzas entre grupos de civiles armados y patrullas del ejército mexicano a ambos lados del río.

—El Pentágono ha dado la orden de no intervenir. —Afirmó el general Caldwell.

—Sería catastrófico para nuestros intereses. La postura del Consejo de Seguridad en Naciones Unidas y las continuas protestas de la OEA hacen que Rivero se sienta apoyado internacionalmente. Hay que intensificar el esfuerzo diplomático. —Respondió con aire sombrío Wilkinson.

—¿No cree que ha llegado la hora de comenzar a preparar alternativas más... contundentes...? —Preguntó el Jefe del Estado Mayor.

—¡No! —Exclamó irritado el Presidente.- ¡Nuestras maniobras militares en el Golfo de México no han hecho sino aumentar la tensión!

El general Caldwell hizo una mueca de disgusto y se mantuvo en silencio.

—Si me permite, señor... —Intervino el Secretario de Seguridad Nacional, Jeff Nicholson.

—Por supuesto. ¿Qué tienes, Jeff?

—La postura Mexicana no es excepcional. Fuentes de inteligencia advierten de un inminente cierre de fronteras también en países como Estonia, Bulgaria y Dinamarca. Copenhague está haciendo oídos sordos a las protestas de sus vecinos en la península escandinava. Ahora mismo, el Estrecho de Oresund es un hervidero de embarcaciones tratando de alcanzar las costas danesas. La guardia costera recibirá la orden de abrir fuego en cuestión de días. Mucha gente va a morir en esas aguas.

—¡No se atreverán! —Exclamó indignada la secretaria Miller. ¿No podemos hacer para ayudar a toda esa pobre gente? ¿Qué pasa con la Unión

Europea? ¿Qué están haciendo los rusos?

Nicholson continuó.

—La Unión Europea es incapaz de adoptar una postura conjunta así que cada país hace lo que considera oportuno y Rusia parece no querer saber nada de todo esto. De todas formas, creemos que este hermetismo durará poco. Si esto sigue así, es sólo cuestión de tiempo que la pandemia se extienda y alcance a algunas de sus ciudades más pobladas. Sólo entonces el Kremlin admitirá que también ellos se están viendo afectados.

—¿De dónde demonios ha salido esa cosa? —Quiso saber Wilkinson.

—No lo sabemos señor. —Admitió el general Caldwell un tanto avergonzado

El Presidente estaba irritado.

—¿Qué hay de los británicos?... ¿Israel?... ¿China?...

Un incómodo silencio se hizo en el despacho oval.

Sólo Jeff Nicholson, se atrevió a romper el hielo.

—Lo cierto es...

—Habla Jeff. —Dijo el Presidente.

Nicholson sacó de su cartera un manojito de expedientes.

—El consenso general entre agencias es que no estamos ante un acto terrorista. Es imposible orquestar una operación con armas biológicas a tal escala.

—Ni siquiera nosotros seríamos capaces de algo así. —Murmuró el general Caldwell.

—Señor Presidente. —Dijo Marge Stanley intentando ser pragmática.- ¿Qué le parece si nos concentramos en encontrar una solución?

Ted Wilkinson miró a su Jefa de Gabinete. Marge era la viva personificación de la sensatez.

—Muy bien. Está claro que hemos perdido Alaska y que continúa extendiéndose. ¿Podemos contenerlo?

—¿Alguna noticia del Centro de Control de Enfermedades en Atlanta? ¿Para cuándo una vacuna?- Preguntó Laura Miller.

Todas las miradas se clavaron en el asesor científico recientemente designado por el presidente.

El doctor Jason Park llevaba toda la reunión temiendo aquella pregunta.

—Estamos... Estamos trabajando en ello. —Consiguió balbucear.

—¿Cuánto tiempo, doctor? —Preguntó el general Caldwell inquisitivo. Jason Park respiró hondo.

—Estamos volcados en esta crisis pero las dificultades son enormes. Los primeros casos han aparecido muy al norte. Hablamos de áreas remotas, poblaciones pequeñas y en muchas ocasiones, de condiciones climatológicas complicadas. Perdimos a varios equipos durante las primeras horas. Ninguno de los que enviamos a las zonas afectadas regresó. Los trajes NBQ no sirven de nada.

—¿Cómo es eso posible? —Preguntó incrédula la Secretaria del Interior.

—No lo sabemos. —Admitió Park. —No obstante, hemos conseguido recuperar algunos cuerpos. Encontramos un pesquero en el Golfo de Alaska. Creemos que la tripulación se encontraba faenando al norte. De alguna forma se contagiaron y el barco quedó a la deriva.

El Presidente Wilkinson respiró aliviado. —¿Han practicado ya las autopsias?

Jason Park tragó saliva con dificultad.

—Si señor. Pero... los cuerpos... —Jason Park no sabía muy bien cómo explicarse.

—¿Qué pasa con los cuerpos? ¡Maldita sea! —Explotó exasperado el general Caldwell.

—Están limpios. No hay rastro de ningún virus.

Un silencio sepulcral se instaló en el despacho oval.

—¿Qué se puede hacer? —Preguntó aturdido Jeff Nicholson.

—Evacuar. —Respondió rápidamente el Doctor Park.

Ted Wilkinson le miró extrañado.

—Señor Presidente. Debe usted evacuar a toda la población.

—¿A cuatrocientos millones de personas? —Preguntó Wilkinson exasperado.

—Deben ir al sur.

—Eso es una locura. Necesitamos otra alternativa.

Jason Park se levantó.

—Señor presidente, ordene la evacuación al sur.

Ciudad de Nueva York. Nueva York.

Estados Unidos.

Miércoles Oct./08/2036

Wicca +12

Kate miró de reojo la portada del ejemplar de la edición vespertina del New York Times en el asiento.

El Volkswagen Beetle de su madre llevaba horas ronroneando en el monumental atasco de la carretera noventa y cinco que unía Nueva York con New Haven. Kate comenzaba a preguntarse si llegaría a casa antes del amanecer y el clamor de decenas de conductores airados no hacía sino empeorar la situación.

—¿Es que no se dan cuenta de que perder los nervios no sirve de nada?
—Exclamó irritada dando un golpe al volante.

El conductor a su derecha salió del vehículo dando un portazo y se alejó caminando por la atestada carretera.

—¡A la mierda! —Exclamó.

—Gracias Dios por Cindy Lauper. — Murmuró la joven intentando concentrarse en la música.

Girls just wanna have fun.

Kate no quería escuchar más noticias.

El panorama era deprimente y los acontecimientos se estaban sucediendo con una rapidez asombrosa.

El reto que McKellen le había ofrecido en su apartamento era abrumador y no pensaba defraudarle. El Presidente Wilkinson, aprovechando su amistad con Bruce, necesitaba hacer algunas averiguaciones de manera eficaz y, sobre todo, discreta.

—Wilkinson ya no se fía de su entorno. Sobre todo de los militares. Necesita a alguien que esté fuera del sistema. Por eso ha recurrido a mí, y yo a ti. ¿Te interesa? — Había preguntado su jefe.

—Muy bien, Bruce. Averiguaré para el Presidente lo que está pasando con ese virus. Pero con una condición. —Le dijo.

—¿Cuál? —Respondió el máximo ejecutivo del New York Times.

—Nada de puñaladas por la espalda. Esta vez no intentarás joderme.

Bruce miró a Kate.

—Muy bien. Nada de puñaladas. — Afirmó Mckellen extendiendo la mano.

Y así fue como los últimos días en Nueva York se convirtieron en un torbellino de llamadas y entrevistas con todo tipo de funcionarios gubernamentales. Pero ni si quiera sus mejores contactos pudieron ayudarla.

Era como estar a los pies de un muro de silencio.

—¿Wicca? ¡Nadie sabe nada! —Se lamentó en el despacho ante la mirada preocupada de Bill Walsh.

—¿De dónde ha salido? ¿Qué es? ¿Cuánta gente está muriendo? ¿Qué ocultan las autoridades? ¿Son ciertos los rumores? ¿Quién puede haber orquestado algo así? Y sobre todo... ¿Cómo van a pararlo?...

—Son demasiadas preguntas sin respuesta. —Afirmó Bill.

—Este es un muy mal asunto. —Concluyó Kate.

En el atasco, Cindy Lauper seguía cantando.

Girls just wanna have fun.

Kate cogió el periódico para releer, con tristeza, su último artículo.

EL GOBIERNO FEDERAL DECRETA LA EVACUACIÓN.

Por KATE BRENNAN. OCT, 07,2036

El gobierno federal ha decretado hoy por medio de un comunicado oficial “la evacuación de todas las poblaciones de los Estados Unidos de Norteamérica que se encuentran situadas al norte del paralelo 35. El estado de emergencia en el que se encuentra el país desde la propagación descontrolada del virus Wicca, incluye a partir de ahora, ésta y cualquier otra medida que el ejecutivo estime necesaria para salvaguardar la integridad de los ciudadanos.”

Se estima que más de ciento cincuenta millones de personas, a lo largo de todo el país, se verán obligadas a trasladarse al sur. Este será, con toda seguridad, el acontecimiento migratorio más colosal de la historia del continente. Representantes oficiales han insistido en que “aquellos que no obedezcan las directrices de evacuación decretadas por las autoridades y permanezcan en cualquier localidad situada al norte del paralelo 35 lo harán bajo su propia responsabilidad, exponiéndose a un serio peligro de muerte.”

Esta medida es muy similar a la adoptada hace una semana por el gobierno canadiense, acusado de generar un caos sin precedentes. El país entero se ha visto afectado por cientos de disturbios en las principales ciudades, multitud de autopistas colapsadas e interminables avalanchas de refugiados. El despliegue del ejército ha sido también calificado como un vano esfuerzo por intentar controlar la situación.

En Washington D.C., Andrew Olmos, director de la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias, apeló enfáticamente en rueda de prensa a “la colaboración y solidaridad del pueblo de los Estados Unidos para acometer con éxito el mayor desafío humanitario y logístico de su historia.”

En el campo de la lucha contra el virus, y a pesar de los recursos desplegados, la comunidad científica internacional ha sido hasta ahora incapaz de detener la oleada de fallecimientos. Wicca se desplaza de norte a sur con rapidez por todo el planeta. Tras el desastre de Canadá, donde la Organización Mundial de la Salud estima, a día de hoy, cerca de cinco millones de casos, la ONU ha venido apremiando para que se acoja sin restricciones a todos los refugiados. Atendiendo a la gravedad de la situación, el ejecutivo del presidente Ted Wilkinson declaró la apertura de toda la frontera norte de los Estados Unidos el pasado 2 de Octubre.

Pero no todos han seguido su ejemplo. El Departamento de Estado realiza en estos momentos intensos encuentros diplomáticos desde la nueva sede del gobierno en Nueva Orleans con el embajador de México y el secretario general de Naciones Unidas, el nicaragüense Pablo de Lorenzo. El objetivo de estas gestiones no es otro que conseguir que el Presidente Rivero abra la frontera. Los reportes de enfrentamientos entre el ejército Mexicano y los grupos de refugiados norteamericanos y canadienses que intentan llegar desesperadamente al país vecino son constantes y la escalada de declaraciones por parte de ambos gobiernos no está ayudando a encontrar una solución diplomática a esta situación.

El insistente rumor de que el gobierno de los Estados Unidos ultima preparativos militares para una invasión a gran escala de México y varios países de Centroamérica como alternativa a un posible fracaso de la vía

diplomática, no ha sido desmentido por la Casa Blanca. El Departamento de Defensa anunció el pasado lunes la puesta en marcha de nuevas maniobras militares en toda el área del Golfo de México. Esta declaración ha sido interpretada por parte de las autoridades Mexicanas, como un abuso intolerable y se han multiplicado los efectivos a lo largo de los más de 3.000 km de frontera. El Presidente Rivero cuenta con el respaldo unánime de la Organización de Estados Iberoamericanos que, “a pesar de las excepcionales circunstancias,” observa con creciente preocupación la escalada de los comunicados emitidos por el gobierno Norteamericano.

Por otro lado, el comité de dirección del New York Times ha decidido por unanimidad trasladar la actividad del este a Nueva Orleans. La ciudad más poblada del estado de Louisiana se ha convertido en pocos días en el centro neurálgico de la nación y allí es donde consideramos que debemos estar. La edición en papel de este rotativo queda suspendida hasta la resolución de la crisis. Nuestro compromiso con los lectores y su derecho a la información, se verá plasmado temporalmente y de manera exclusiva a través de nuestra cabecera online.

Un súbito aumento de las protestas en el atasco sacó a Kate de su ensimismamiento. Por fin, los coches comenzaban a circular. Kate soltó el periódico y se puso de nuevo en marcha.

Eran las diez de la noche. Hacía frío y estaba empezando a nevar.

—¡Vamos a casa! —Exclamó aliviada.

Kate llegó a Hartford de madrugada. La nevada, tímida al principio, se había convertido en una furiosa borrasca y los neumáticos resbalaron en la curva de entrada.

El vehículo se detuvo frente al porche.

Las luces estaban apagadas y la casa parecía sumida en una penumbra desagradable.

Las cortinas estaban cerradas y la puerta del garaje retumbaba por la fuerza del viento.

Kate cogió la mochila, sacó su abrigo del maletero y entró.

—¿Papá? ¿Mamá? —Preguntó aterrida de frío mientras se sacudía la nieve de los pies contra el paragüero de madera en la entrada.

—No hace falta que des patadas.

La voz profunda y calmada de su padre la inundó.

Su figura, en la puerta de la biblioteca y a contraluz frente a la chimenea, estaba enfundada en la rebeca de punto con la que, invariablemente, Arthur Brennan se abrigaba todos los inviernos.

Sostenía la pipa, prácticamente apagada, con su mano izquierda.

—¡Papá! —Exclamó Kate corriendo. —¡Cuánto te he echado de menos!

La compostura habitual de Arthur Brennan se vio momentáneamente desarbolada por el impulso de su hija que no dejaba de hablar.

—¿Dónde está Mamá? ¿Qué haces en la biblioteca a estas horas?

Las preguntas se amontonaban. Salían a borbotones.

Arthur se sentó en su sillón.

—Vamos, ven Kate. Cada cosa a su tiempo.

Kate miró a su padre con cariño. Tenía razón. Debía calmarse.

—¿Estás bien? ¿Tienes hambre? Puedo prepararte algo rápido. —

Preguntó Arthur.

Kate negó con la cabeza.

—Estoy bien, papá. Comeré cualquier cosa antes de acostarme.

—Tu madre está arriba durmiendo. Dice que no parará hasta hablar con el gobernador Hayes, lo cual, hoy en día, resulta prácticamente imposible pero... Ya la conoces...

Kate se imaginó a su madre poniendo patas arriba el gobierno estatal.

—Ha estado cinco veces en casa de los Worcester. Carol es muy amiga de la esposa del gobernador.

Kate ubicó mentalmente a Carol Worcester. Otra de aquellas insufribles damas, que junto a su madre, pugnaban por la hegemonía de la alta sociedad en la Costa Este.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí a oscuras?

Arthur sonrió. Kate siempre conseguía que lo hiciera.

—Ahora los llaman “cortes intermitentes del suministro eléctrico”. ¿No pasa en Nueva York?

Kate no pudo evitar cierta sorpresa.

—¿Cortes en el suministro? No. Al menos no en Manhattan. ¿Has leído mi artículo en el Times?

Arthur respondió con un gesto afirmativo.

—Las cosas se están poniendo feas.

Kate asintió.

—Papá... ¿Cuándo nos vamos?

Su padre la miró con gesto extrañado.

Enarcó un poco las cejas y dio una calada a la pipa.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—A Nueva Orleans. Bruce McKellen quiere que vaya allí con él. Le prometí que vendría primero a buscaros.

Arthur se revolvió en la silla.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros en Luisiana?

A Kate no le gustó la pregunta.

—Papá. Todo el mundo se está marchando al sur.

Arthur Brennan esbozó una sonrisa.

—¿Quién es *todo el mundo*? En Hartford todo sigue como siempre.

—Hasta Bruce traslada el periódico a Nueva Orleans. Vamos Papá... ¿Crees que el New York Times tomaría una decisión así a la ligera? Sois amigos y él conoce bien al Presidente Wilkinson. Tú y Mamá tenéis que venir conmigo.

—Pero...

—Papá, tenemos que irnos. —Insistió Kate preocupada.

—Hija, tu madre no piensa ir a ningún lado. Y yo, sin ella, tampoco.

—¿Es que no habéis leído el periódico? —Preguntó Kate airada.- ¡Han decretado una evacuación!

—Por eso quiere tu madre a hablar con el gobernador. Hayes tiene algunas ideas alternativas.

—¿Ideas alternativas? —Preguntó Kate asombrada.

—Cuarentenas... Control de inmigrantes... Quizás no sea necesario evacuar.

Kate estaba anonadada.

—¿Hayes va a desobedecer al gobierno federal?

Arthur resopló agotado.

—Yo sólo quiero que tú estés bien.

—¿Y vosotros?

—En Nueva Orleans seríamos una carga para ti.

Las lágrimas anegaron los ojos de Kate.

—Papá...

—¿Recuerdas aquella llamada que hice? El día que te desmayaste en la oficina.

Kate no lo había olvidado.

—Si.

—Te amenazaron. ¿Verdad? —Confirmó Arthur con voz trémula.

—¿Cómo lo sabes? —Preguntó Kate confundida.

—Yo hablé con Bruce y él te sacó de ChinaKorp.

Kate se quedó sin palabras. De repente, no quería continuar con la conversación.

—¿Tú?

—¡Es gente peligrosa!

—¿Me apartaste de la historia más importante de mi carrera?

—¡Para mantenerte a salvo! —Respondió Arthur nervioso.

—¡Es mi trabajo! ¿Por qué no te limitas a hacer el tuyo, Papá?

—Muchos de mis clientes están vinculados con ChinaKorp. No tienes ni idea de los grandes que son.

Kate se quedó sin palabras.

—La casa... Las propiedades... Tus estudios... Nuestra posición... Indirectamente, se lo debemos todo a ellos.

Kate sintió arcadas.

—¿ChinaKorp te proporciona trabajo?

—¿Qué importa eso ahora? Ve con Bruce, él te cuidará. —Respondió Arthur cansado.

Kate salió de la casa tambaleándose.

El camino de vuelta iba a ser insoportable.

Capítulo 3

Río Amur.

Federación Rusa.

Jueves Oct./09/2036

Wicca +13

Me despierto.

Intento moverme.

Dolor en las piernas, muy intenso en las rodillas llegando hasta la cintura.

Me canso rápido.

Ceso en mi empeño.

Alzo la vista.

¿Dónde estoy?

El agua del río corre caudalosa, a pocos metros. Pero no oigo nada.

El suelo está cubierto por un espeso manto de hojas.

Hay un montón de ramas, no demasiado gruesas, esparcidas por todas partes. Parecen partidas.

Entre los restos, las alas, la hélice, un buen fragmento del fuselaje...

El timón de cola se bambolea asomando entre la espesura de un montón de arbustos y uno de los asientos cuelga de un árbol.

- *Société Minière du Krasnoyarsk.* —Murmuro.

Me duele la cabeza.

Me llevo la mano al oído.

Sangre.

Tengo que moverme.

Latigazo en las rodillas.

Aprieto los dientes por el dolor.

Miro al río.

Vuelven los recuerdos.

Oleg...

Oleg Ivanov...

—La mina... Dimitri... Alan... Todos muertos.

Lo que queda de la cabina del *Cessna 208* con el que he dejado atrás Uchami está ahora en el recodo del río, seccionada y conmigo dentro.

—Las piernas.

Me duelen.

No quiero mirar.
Hay mucha sangre.
Fluye desde las rodillas a través de un montón de hierros retorcidos,
clavados en la carne.
Pido auxilio.
—¡Ayuda!
No escucho nada.
El aire es frío. Huele a combustible y a tierra húmeda.
No quiero morir aquí.
El terror se apodera de mí.
—Voy a morir aquí.
Intento calmarme.
Intento pensar.
Me arranco las mangas de la camisa rasgando con los dientes.
Improviso un rudimentario torniquete.
Contengo la hemorragia.
Estoy mareado.
—Me llamo Oleg Ivanov...
Tengo sueño.
Una idea me saca del letargo.
Busco.
—El chaleco... ¿Dónde está el chaleco?
Está junto al asiento del copiloto.
Intento alcanzarlo.
El dolor me va a matar.
—¡Vamos!
Es inútil, no llego.
Estoy exhausto.
Un ciervo se para frente de la cabina.
Tiene una cornamenta enorme.
Me mira con ojos inexpresivos y encamina sus pasos hacia el río.
Bebe.
Contemplo la escena. No tiene sentido.
Deshago el torniquete.
La sangre vuelve a brotar, casi a borbotones.
Uso el trozo de hierro para alcanzar el chaleco.
Ya es mío.

—¡Sí!

El ciervo, con un movimiento nervioso, sale corriendo.

Palpo el chaleco. Saco el teléfono móvil.

—Funciona.

Tiene batería pero apenas cobertura.

Me encomiendo a los satélites.

Llamo a emergencias.

No hay respuesta.

Sigo intentándolo.

Pierdo la conexión. No hay cobertura.

Ha empezado a llover.

Las gotas caen furiosas sobre la pantalla del teléfono.

La imagen se emborrona.

Cierro los ojos.

Ahora soy pequeño.

Hay un bebé dentro de una canastilla, en la playa, a orillas del Mar Negro.

Ella me llama.

¡Oleg! ¡Oleg!

¡Oleg! ¡Oleg!

Hace calor, pero no demasiado.

La temperatura es agradable.

El sol acaricia mis mejillas.

Las olas rompen armónicamente contra los guijarros.

Ella, llama.

¡Oleg! ¡Oleg!

¡Oleg! ¡Oleg!

¡Oleg! ¡Oleg!

¡Oleg! ¡Oleg!

Reserva Natural de Fockbeker Moor. Rendsburg.

Alemania.

Viernes Oct./10/2036

Wicca +14

El cuervo emprendió el vuelo desde un roble solitario situado al norte de la ciénaga. Desde Fockbeker Moor planeó un rato siguiendo el sendero de la Granja Knüll y luego puso rumbo a Rendsburg.

Volaba tranquilo, meciéndose en las suaves corrientes de aire.

Libre de urgencias, se dejaba llevar.

El cuervo hizo un alto en la intersección de Loher Strasse con la carretera 77. Durante el tiempo que permaneció posado sobre una rama, vio a un ratón correteando entre la hojarasca, a un perro callejero hurgando entre desechos y a varios saltamontes intentando pasar inadvertidos entre las raíces; sacudió la cabeza con gestos rápidos y remontó el vuelo en dirección sudeste. En mañanas agradables y soleadas, sitios como Paradeplatz o el embarcadero del canal siempre tenían algo que ofrecer.

Los humanos constituían una fuente inagotable de pequeños tesoros. Llaves o monedas estaban entre sus preferidos aunque, en alguna ocasión, el cuervo se había hecho con pendientes, hebillas e incluso algún anillo.

Coleccionaba cosas.

Era algo que el cuervo hacía.

El bullicio que caracterizaba a la gran plaza había sido reemplazado por un silencio extraño que el cuervo quebró con un par de graznidos.

¿Dónde estaban los niños que solían corretear alrededor de los malabaristas? ¿Y los puestos de comida? ¿Dónde las parejas de novios paseando y los vendedores ambulantes?

¿Quizás entre la maraña de cuerpos amontonados frente al escenario y la enorme cruz?

El cuervo no pudo evitar la tentación y se posó en un brazo que sobresalía, inerte, a media altura en la pila de cadáveres.

Yacían los padres sobre los adoquines con sus hijos y varias parejas se abrazaban con discreto pudor.

El cuervo saltó para afirmar sus garras en la cabellera de una mujer de mediana edad.

Estaba un poco apartada, en una esquina del escenario.

La mirada vacía de Heike contemplaba a la silente multitud.

El cuervo graznó.

—¿Qué vamos a hacer Heike? —Preguntó el párroco de la Iglesia Evangélica-Luterana de Rendsburg-Neuwerk.

Heike miró al pastor Rohde con sus inmensos ojos azules para, a continuación, dedicarle una sonrisa.

—Rezar. Naturalmente.

Konrad Rohde asintió aunque la repuesta no le pareció suficiente.

—¿No crees que deberíamos ir al sur? —Preguntó cauteloso.

Heike frunció el ceño.

—El Sur no nos salvará Konrad. Sólo Dios lo hará. —Respondió su esposa.

—¿Has hablado con el alcalde Meller?

—Conozco a Hans. Es un buen cristiano y un hombre piadoso. Nos entregará la plaza.

El pastor Rohde respiró aliviado.

—Konrad, debemos ser fuertes. —Insistió Heike.

—¿Cómo vamos a convencerlos? —Preguntó el párroco.

—Dios pone las palabras. Nada escapa a su mirada. Debemos reunir a la comunidad y rezar. Hay que permanecer limpios, Konrad.

El Sacerdote reflexionó sobre las palabras de Heike.

Huir no iba a servir de nada.

—¿Y qué pasará con los que se opondan?

El rostro de Heike se ensombreció.

—Eso es problema del alcalde.

—¿A qué te refieres?

—La policía garantizará nuestra seguridad. —Respondió Heike vagamente.

—¿La policía? ¿Será necesario? —Preguntó Konrad con aprensión.

—¡No vamos a permitir que unos cuantos alborotadores estropeen el plan del Señor! —Exclamó Heike airada.

El pastor Rohde retrocedió atemorizado.

A veces, su esposa le daba miedo.

—“*El que no está conmigo, está contra mí y el que no recoge conmigo, desparrama...*” ¿Qué más necesitas, Konrad?

—Que Dios se apiade de nosotros...
—Lo hará.

El cuervo bajó la mirada para fijarse en el pequeño y brillante aro de plata que colgaba de la oreja izquierda de Heike.

Con un gesto rápido dio un picotazo intentando hacerse con la alhaja pero lo único que consiguió fue desgarrar la carne.

Aburrido tras un par de intentos más con pobres resultados, optó por los ojos.

Consiguió hacerlos saltar sin demasiado esfuerzo.
El cuervo graznó.

Heike Rohde entró contrariada en la comisaría.

El servicio estaba a punto de comenzar y no estaba dispuesta a permitir interrupciones.

El comisario Bauer expuso brevemente la situación.

—Heike... Me alegra que hayas podido venir.

—Tengo prisa, Gerald.

Bauer asintió.

—Hemos capturado a tres.

—¿Por qué no se han ido?

—Dicen que Rendsburg también es su pueblo.

—Aquí no hay sitio para ateos. —Respondió cortante Heike.

Bauer esbozó un gesto de fastidio.

—¿Qué hago con ellos?

—Son alborotadores. Sácalos de la ciudad, Gerald.

—Eso va a ser imposible. —Preguntó el comisario incómodo.

—¿Se puede saber qué demonios te ocurre? —Preguntó Heike sin poder ocultar su irritación.

—Se han encadenado en la plaza.

Heike sintió cómo la ira se apoderaba de ella.

La ira de Dios.

—Llévame con ellos.

El comisario Bauer acompañó a la esposa del pastor Rohde. En la plaza y ante los aturridos miembros de la comunidad que preparaban el servicio,

había tres jóvenes con pancartas y amarrados al escenario, dos chicos y una chica.

—¡Ha llegado la Inquisición! —Dijo el más alto, un muchacho de mirada furibunda, que contemplaba a Heike con desprecio.

—Quitaros las cadenas y marcharos de Rendsburg.

Los jóvenes esbozaron una sonrisa irónica.

—¿Por qué no buscas la llave tú misma? —Preguntó burlona la chica.

—Arderás en el infierno. —Respondió Heike chirriando los dientes.

Los jóvenes rieron, burlones.

—¡Fanáticos! ¡No podréis robarnos la ciudad!

Heike resopló indignada.

—No tengo tiempo para esto. —Dijo en voz baja.

Heike Rohde sustrajo la pistola del comisario con un gesto rápido e inesperado.

Más tarde, Gerald Bauer afirmaría que hubo de ser la mano de un ángel del Señor la que guiara a la esposa del párroco.

—No pudo hacerlo ella. No por sí misma. —Insistió.

Heike nunca había usado un arma, no tenía ni idea de cómo funcionaban.

Simplemente, y ante la atónita mirada de todos los presentes, apretó el gatillo contra los tres jóvenes.

Los disparos sonaron atronadores.

Luego dejó el revólver en el suelo.

Con suerte, llegaría a tiempo a cambiarse para el servicio.

El cuervo se cansó de picotear los ojos de Heike y decidió emprender vuelo de vuelta a Fockbeker Moor.

Mientras regresaba dando un amplio rodeo, prestó atención a la autopista 210 en dirección a Kiel.

Una columna interminable de automóviles se extendía más allá del horizonte.

Muchos estaban abandonados.

El cuervo efectuó un giro.

Aquella estaba siendo una mañana muy agradable.

Londres. Inglaterra.

Reino Unido.

Viernes Oct./10/2036

Wicca +14

Thomas Lehner paró un momento para descansar.

Tenía sed, un fuerte dolor de cabeza y los pies magullados.

Cabizbajo y dolorido, se dejó caer sobre el capó gris de un Mercedes deportivo que formaba parte de una interminable fila de vehículos abandonados en Lancaster Gate. Thomas se fijó en la torre de la antigua Christ Church como parte de la particular estructura de Spire House. Se trataba de un edificio residencial de seis plantas adyacente que durante un tiempo significó en Londres una construcción de vanguardia.

—A quién se le ocurre demoler una iglesia, conservar la torre y convertirla en el hall de un edificio de viviendas... —Pensó Thomas.

Quitarse las botas dejó al descubierto sus pies llagados. Estaba poco acostumbrado a caminar y el dolor le parecía insoportable.

Thomas suspiró.

Una sombra pasó presurosa por la acera en dirección al Hotel Corus próximo a Hyde Park.

Thomas recordó los consejos de las autoridades antes de abandonar Cambridge, rumbo al sur.

—Intenta viajar en grupo.

—Lleva agua, provisiones, vestido y calzado adecuados.

—Comunica cualquier sospecha sobre posibles infectados a la policía.

—Se amable con los demás.

Las había incumplido todas.

El trimestre en la universidad impartiendo clases de Filología Germánica se vio interrumpido por las noticias venidas del norte. Los primeros rumores entre los estudiantes le parecieron pueriles, incluso irrisorios. “*La Peste Escocesa*”, la llamaron. Éste y otros términos similares estuvieron los primeros días en boca de muchos pero cuando el gobierno decretó el cierre de la frontera, las cosas se pusieron verdaderamente difíciles.

Atravesaron la frontera y llegaron del norte, a Inglaterra, por cientos de miles.

Al principio, la gente intentó ser solidaria.

Se habilitaron campamentos de acogida y los lugareños repartieron agua, medicinas y alimentos. Sin embargo, los buenos sentimientos no

durarían.

La idea de que los recién llegados podían ser, en realidad un peligro mortal, no tardó en extenderse. Al fin y al cabo la mayoría había cruzado sin ningún tipo de control sanitario.

En un abrir y cerrar de ojos, todos pasaron a ser sospechosos y Cambridge se convirtió en un manicomio.

Un simple estornudo, un catarro mal curado, la tos seca de un anciano en el autobús... Cualquier cosa era un síntoma. El virus podía estar en el aire, en el agua, en la comida... ¿Qué hay de la ropa? ¿Puede pegarse a la ropa?... Algunos clérigos locales teorizaron en el púlpito sobre una variante del SIDA, más mortífera, más depravada.

Los homosexuales y los toxicómanos, comenzaron a sufrir las consecuencias. Un concejal conocido por officiar matrimonios entre personas del mismo sexo fue salvajemente golpeado a las puertas del ayuntamiento. Varias ONGS locales y conocidas por su trabajo con la población drogodependiente, vieron sus sedes asaltadas por los radicales.

Se llegó a decir que las personas de color y los musulmanes transmitían la enfermedad más fácilmente. Había algo en sus cromosomas.

Sin embargo, la gente con sobrepeso podía llegar a desarrollar cierta inmunidad. Había algo también en sus cromosomas. En medio de la locura, se agotaron las existencias de Dunkin' Donuts en toda la ciudad.

Se llegó a decir que el virus era también capaz de imbuir a la víctima en un estado severo de catalepsia.

— ¡Cuidado en los entierros! Demasiadas tonterías... —Reflexionó Thomas masajeando su tobillo izquierdo con movimientos firmes y circulares.

Todo era absurdo. Lo único cierto es que no se sabía nada.

Nadie volvía de las zonas infectadas para contarlo.

—Esta es la enfermedad del silencio. —Afirmó su amigo y compañero de piso, Angus Clayton.

Angus no podía tener más razón.

Se sabía que una población había sucumbido a Wicca porque nunca más se volvía a tener noticias de los que habían decidido permanecer en sus hogares. También decían que el gobierno tenía imágenes e internet bullía con las instantáneas, supuestamente reales, de Edimburgo en llamas con las calles atestadas de coches y muertos por todas partes.

Era el destino de los que se quedaban.

Así que Thomas, se marchó.

—Siempre rumbo al sur. —Murmuró enfundándose de nuevo las botas.

Thomas dedicó una última mirada a la torre de Spire House.

Por encima de la misma, las estrellas brillaban sobre Londres, vacío y oscuro.

Thomas pensó en Dana.

Siempre habían estado unidos y como hermano mayor, Thomas se había visto a menudo en la necesidad de protegerla.

—Condenada chiquilla. Siempre enredando. —Recordó.

Como cuando Dana engañaba a la vieja Frau Scheidemann, la dueña de la confitería en la esquina de Merseburger Strasse, pagando con viejos marcos que quedaban en casa, en vez de con euros. La pobre señora nunca se daba cuenta.

Los hermanos Lehner tuvieron una infancia feliz vivida al calor de una familia pequeña pero fuertemente unida.

Más adelante, durante la adolescencia, se invirtieron las tornas. Dana se convirtió en una joven seria, enfocada en sus estudios y muy aplicada y Thomas adoptó el rol anárquico e inconformista.

—Al menos ahora estás a salvo, entre las estrellas. —Murmuró Thomas intentando no pensar demasiado en lo preocupada que estaría su hermana por la familia en la estación espacial.

También decían que, en una noche clara, podía verse a *Harmony* surcando el cielo.

—Parece una estrella fugaz.

En los últimos días Thomas se había sorprendido hablando solo.

—Te estás volviendo loco. —Dijo sacando la brújula antes de reanudar la marcha.

—Siempre al sur.

Thomas guardó la brújula. No era suya. La había robado a una mujer que viajaba sola. Se hicieron amigos antes de salir y en cuanto pudo, Thomas robó todas las pertenencias de su compañera.

—De todas maneras, no tenía buen aspecto. Seguro que estaba infectada. —Volvió a decirse por enésima vez al recordar el rostro de Olivia.

A decir verdad, nadie presentaba buen aspecto en aquella caravana de gente cuando salieron de Cambridge.

Al principio las cosas iban bien y la gente intentaba ser amable.

Para cuando consiguieron llegar a Londres ya imperaba la ley del más fuerte.

Thomas decidió que era mejor viajar solo.

Escuadrones de grupos violentos patrullaban las columnas de refugiados, abusando impunemente de todo el mundo. A él, le golpearon en varias ocasiones.

Su acento le delataba y cualquier excusa servía para buscar chivos expiatorios.

Thomas recordó una escena al poco de salir.

—No eres de por aquí... ¿Verdad?... ¿Estás infectado?... —Le increpó un tipo alto con cara de perro.

—¡Déjale en paz! —Exclamó Olivia defendiéndole.

La joven se llevó tal golpe en la cara que terminó con sus huesos en el suelo.

Thomas miró al cielo en busca de *Harmony*.

Recordar le producía escalofríos.

—¿Cómo pude portarme así con Olivia? —Murmuró avergonzado.

Las calles de Londres estaban desiertas.

—Lo que importa es sobrevivir. —Se dijo.

De vez en cuando, Thomas se encontraba con figuras esquivas que trataban siempre de mantener las distancias.

Igualmente, si alguien intentaba acercarse demasiado, Thomas corría.

Cuando le evitaban, Thomas caminaba más tranquilo.

—Cuanto más lejos, mejor. —Dijo apretando el paso. Intentando no pensar en el dolor.

La sed le atormentaba.

Thomas cruzó Hyde Park desembocando a la altura del Royal Albert Hall.

Vio la puerta entornada en el margen izquierdo de la acera, casi al principio de Exhibition Road. Una luz tenue salía por la rendija.

Del interior, llegaba el sonido de una melodía melancólica. Alguien tocaba el piano.

—Schubert.

Thomas entró.

A los pies de un sillón de estilo victoriano, tumbado en una gran alfombra había un perro de ojos grandes y mirada cansada. A su lado, un caballero fumaba en pipa. Tenía un ejemplar del *Financial Times* en el regazo

y a la derecha, una copa de vino reposaba sobre una mesa auxiliar.

A la izquierda del salón, y cerca de una imponente escalera, estaba el hombre que seguía al piano.

—Schubert... —Dijo de nuevo Thomas.

El hombre del sillón enarcó las cejas.

—¡Tenemos visita!

El pianista terminó con la melodía y se levantó para colocarse junto a la chimenea.

—Eso parece milord. Aunque tiene un aspecto deplorable. —Dijo.

Thomas se sintió avergonzado.

—Llevo días caminando... —Dijo con voz pastosa.

El hombre del sillón inclinó un poco la cabeza.

Era un individuo algo mayor, de cabellos plateados, rostro amable y cejas pobladas.

—Diría que en los próximos minutos, tendrá la bondad de presentarse. ¿Qué opinas Hopkins?

Hopkins se encogió de hombros.

—Thomas Lehner. Nací en Leipzig y antes de que todo se desmoronase era profesor de Filología Alemana en Cambridge.

—Un extranjero. Eso explica esa terrible falta de modales.

Hopkins asintió. —Desde luego milord.

—Yo soy Lord Harrington y éste, Herr Lehner, es el Club de Caballeros Carltone, que no debe ser confundido; bajo ninguna circunstancia, con el Carlton Club, fundado por esos advenedizos de Saint James Street.

—Muy bien dicho Milord.

Thomas miró a sus interlocutores extrañado. Parecían una versión ridícula del Sombrerero Loco.

—¿Qué hacen aquí? — Preguntó.

Lord Harrington le miró ofendido.

—Será mejor que ignore la naturaleza de su pregunta.

—¿No ven lo que está ocurriendo?

—¿Insinúa usted que milord no es una persona informada, Herr Lehner?

—Intervino Hopkins indignado.

Thomas no quiso parecer brusco.

—No. Por supuesto que no pero... ¿No van ustedes al sur?

—¿Qué hay al sur, Hopkins?

Hopkins encogió un poco los hombros.

—Yo diría que al sur está la Península Ibérica. España y Portugal milord.

—Portugal siempre ha sido un país amigo. Con los españoles, sin embargo... Hemos tenido nuestras diferencias. —Afirmó Lord Harrington.

—No pueden quedarse aquí. —Afirmó Thomas. El virus avanza. No hay supervivientes. Hay que llegar a los puertos. —¿Quizás ustedes conozcan a alguien que pueda...?

El Gran Danés que seguía tumbado junto al sillón bostezó plácidamente.

—¿Qué pueda qué?... No le entiendo Herr Lehner. —Hopkins, ¿Puedes traer algo de beber a nuestro invitado?

—Agua, por favor. —Musitó Thomas cansado.

—Si, milord. —Respondió Hopkins abandonando la estancia.

—¿Donde estábamos? —Preguntó Lord Harrington.

—En los puertos. —Respondió Thomas.

El semblante de Lord Harrington se oscureció.

—Hay algo de lo que usted no se ha dado cuenta.

Thomas miró a su excéntrico interlocutor intrigado.

—El fin de Inglaterra, Herr Lehner, es el fin del mundo. ¿Qué sentido tienen los puertos?

—Pero...

—Ahora si me disculpa... Estoy seguro de que tendrá usted muchos puertos que visitar ahí afuera.

Hopkins volvió con una botella de agua.

Entregándosela, le indicó amablemente la salida.

—Están ustedes locos...

El sonido del piano todavía volvió a acariciar sus oídos cuando Thomas, a mitad de calle, abrió la botella de agua para dar un buen trago.

—Este sí que ha sido un extraño encuentro. —Se dijo.

Cerró los ojos para beber.

Tan ansioso estaba, que no se percató del frío contacto del afilado acero rasgando su cuello hasta que fue demasiado tarde.

Thomas cayó sobre la acera, sujetándose el gaznate con ambas manos.

Antes de morir notó que le registraban.

—¡Una brújula! —Exclamó una voz ronca.

—¡Y agua! —Respondió la mujer.

—¡Estamos de suerte!

La pareja se alejó corriendo hacia los muelles en mitad de la noche.

Al fondo, el sonido de una melodía melancólica.
Hopkins había vuelto al piano y tocaba con virtuosismo.
—Schubert...
Fue lo último que Thomas escuchó.

Falmouth. Inglaterra.

Reino Unido.

Sábado Oct./11/2036

Wicca +15

Carol Harper se despertó sobresaltada en el saco de dormir.

El viento soplaba fuerte en Gylly Beach y la lona de la tienda temblaba dando la impresión de que, en cualquier momento, iba a salir volando como levantada por la mano de un gigante.

Carol intentó respirar con calma.

Todas las noches soñaba con el centro comercial de Edimburgo. John se marchaba y habían decidido pasar el día juntos, de compras. No sabía por qué los recuerdos de aquella jornada seguían tan presentes en su memoria. Fueron al supermercado, comieron en *Sushi Stop*, recorrieron las tiendas con las niñas y vieron una película en el cine.

Un día agradable.

Las horas previas a un viaje de John siempre resultaban algo extrañas. El tiempo pasaba volando y cuando se daba cuenta, su marido se tenía que ir otra vez a algún rincón remoto del mundo.

Pronto adoptaron una pequeña costumbre.

Hasta que John no le enviaba un emoticono desde el asiento del avión, justo antes de despegar, ella no se quedaba tranquila.

—John... John... ¿Por qué has tenido que dejarnos? —Pensó Carol recogiendo el pelo.

Era una pregunta retórica puesto que Carol sabía perfectamente las razones. El trabajo de su marido consistía en vigilar el clima.

Esta vez, en el Polo Sur.

De todas formas, Carol dio rienda suelta a su frustración.

—¿Por qué no estás con nosotras? Tus hijas te necesitan, John...

Sabía que todos aquellos reproches eran injustos.

—No podemos adivinar el futuro. —Musitó.

En sus pesadillas Carol está siempre sola.

De lejos, ve a John entrar en un probador con las niñas.

Quieren sorprenderla con un par de nuevos abrigos para el colegio.

Carol espera.

Les ha visto coger las prendas y sabe que debe hacerse la sorprendida cuando salgan.

Pero nunca salen.

Angustiada, Carol entra en la zona de probadores y abre las puertas, una por una.

Entra en los habitáculos con violencia, sin avisar.

—‘John!...

—...

—¡Niñas!

Piensa que le gastan una broma pesada.

—¡No tiene gracia!

El pasillo de probadores se alarga.

Se extiende hasta el infinito.

—¡John! ¡Niñas!

¡John! ¡Niñas!

¡John! ¡Niñas!

¡John! ¡Niñas!

La angustia es tan grande que el sueño termina con un despertar abrupto, empapado en sudor.

Carol salió de la tienda para terminar de asearse.

El agua salada le estropeaba la piel y el jabón era de mala calidad.

—Seguimos juntas. —Se recordó una mañana más.

Después de ordenar la tienda, Carol contempló a las niñas mientras dormían.

Linda roncaba ligeramente y Kaisy, en sueños, movía la cabeza. ¿Sufriría su hija las mismas pesadillas?

Estaban bien. Seguían juntas.

Carol cerró la tienda.

Alguien había escrito algo en el transcurso de la noche.

—ESCOCESAS.

Carol encaminó sus pasos hacia la carpa que Protección Civil había instalado al otro lado de Cliff Road.

En la entrada y organizando la cola del desayuno estaban, como siempre, las juventudes de *England Now*.

A Carol le daban miedo.

Los rumores sobre auténticas batallas campales contra la gente del norte en Londres llegaron al campamento y en seguida comenzaron las primeras pintadas.

—MARCHAOS.

Carol temía que se terminara pasando de las amenazas a los hechos. Hasta ahora, había tenido suerte. Tras cruzar con las niñas la frontera, habían cogido el último tren, atestado de gente, rumbo al sur. Se preguntó cuántos no podrían decir lo mismo. ¿Cuántos abandonados a su suerte en los campos? ¿Tirados en las carreteras?

Las colas en el campamento de refugiados eran interminables.

Colas para comer, para el agua, para los baños...

La vida transcurría despacio en Falmouth. Esperaban a los barcos.

—¿Número? —Preguntó el joven pelirrojo a la entrada de la carpa.

—3256 respondió Carol mostrando su tarjeta.

—No estás en el primer turno.

Carol sonrió y se inclinó un poco sobre el muchacho, justo lo suficiente.

—¿A qué hora terminas? —Preguntó.

Los ojos del joven se encendieron.

—A las dos.

—¿Querrías entonces dar un paseo?

El muchacho tragó saliva.

—Te espero a las tres, en el viejo molino. Puedes pasar.

Carol sonrió, se humedeció los labios con la lengua y sin dejar de mirarle, entró.

Durante el primer turno se agotaban las mejores provisiones.

—Luego ya sólo quedan las sobras. —Le advirtió el primer día Jenn Wilson.

Jenn había sido una de las primeras en llegar a Falmouth y Carol no tardaría en comprobar lo cierto de sus palabras.

—¿Qué número te han dado?

—3256

Jenn la miró con tristeza.

—Suerte. —Dijo.

Un tipo calvo, de aspecto rudo esperaba dentro de la carpa, tras el mostrador bajo la bandera de *England Now*.

Carol frunció el ceño.

—¿Dónde está Tim? —Se preguntó preocupada.

No era extraño ver caras nuevas en la puerta pero dentro, siempre estaban los mismos.

- Número. —Le espetó el desconocido.
Carol miró desconcertada.
—Lo di en la entrada.
—¡Número!
Carol tragó saliva.
Nunca le habían pedido el número dos veces.
—Quiero hablar con Tim.
—Tim está de vacaciones. —Dijo el hombre con una sonrisa forzada. —
Escocesa... ¿verdad?
Carol mintió.
—Inglesa, vivía en Paxton. Cerca de la frontera.
El hombre sonrió.
—Si claro, eso dicen todos.
—Necesito comida, agua y medicinas para mi hija, Linda.
—¿Qué tipo de medicinas?
—Tim lo sabe. ¿Puedo hablar con él? —Insistió Carol.
—Ya te he dicho que no está.
Carol empezó a preocuparse.
Conseguir que Tim hiciera la vista gorda no había sido fácil. Nada fácil.
Con un guarda nuevo iba a ser imposible.
—Necesito insulina.
El calvo hizo una mueca de fastidio.
—Hay escasez.
Carol empezó a temer lo peor.
—¿Escasez?
—Es sólo para ingleses.

- Soy ciudadana británica. —Respondió Carol con firmeza.
—Eres *escocesa*. —Dijo el hombre.
Carol se sintió sucia.
Sólo quedaba intentar lo de siempre.
—¿A qué hora terminas el turno? —Preguntó haciendo de tripas,
corazón.
El hombre le miró con desprecio.
—¿Qué insinúas zorra escocesa?
Carol tragó saliva.
—Mi hija necesita insulina. ¡Sólo tiene siete años! —Gritó desesperada.

—¿Cuántos niños han muerto en Manchester por vuestra culpa?
¿Cuántos en Londres? ¿Me lo vas decir?

—Yo no estoy infectada.

—Rompiste la cuarentena. ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo podemos saberlo?

Carol pudo percibir la rabia en su interlocutor. Todo aquel odio. Todo aquel miedo.

—Por favor... —Suplicó.

—¡Número!

—3256.

—No es tu turno.

—Pero...

—¡SIGUIENTE!

Carol salió de la carpa y volvió arrastrando los pies hasta la playa.

A las tres, iría al viejo molino.

Sólo quedaba esperar.

Pronto, llegarían los barcos.

Ciudad de Nueva York. Nueva York.

Estados Unidos.

Domingo Oct./12/2036

Wicca +16

Kate subió las escaleras de la redacción despacio.

Apoyada en la baranda, contempló la escena.

Los escritorios vacíos hacían compañía a montañas de papeles tirados por el suelo. Papeleras volcadas, monitores rotos, flexos torcidos... Un montón de cables sueltos serpenteaban por la moqueta azul, abriéndose paso entre trozos de cristal y material de oficina proveniente de los despachos.

Una impresora, parpadeaba sobre un mostrador.

Una voz profunda trató de describir la escena.

—Parece que ha pasado un tornado... ¿No es cierto?

—¡Bill! —Exclamó Kate corriendo a los brazos de su compañero.

—¿Qué haces aquí, muchacha?

—Bruce... Me pidió que viniera.

—Así que el gran jefe va a recibirte entre las ruinas del imperio... —

Dijo Bill señalando el desorden que los rodeaba.

Kate observó las maletas.

—¿Te vas?

Bill se encogió de hombros.

—¿Acaso no lo hace todo el mundo?

Kate asintió. Efectivamente. Todos se iban.

—No pienso rendirme. —Afirmó Kate con obstinación.

Bill se tomó un instante para fijarse en ella.

Parecía mentira lo mucho que había cambiado. Kate Brennan era ahora una mujer mucho más madura. Su rostro, antes inmaculado, dibujaba ya los surcos característicos de la preocupación y la amargura de los reveses inesperados. Kate había dejado de ser la hija caprichosa de un abogado influyente para convertirse en toda una fuerza por sí misma y, aunque presentase un aspecto cansado, su mirada brillaba con determinación.

Bill sonrió con tristeza.

—Al contrario que yo, no eres de las que abandonan el barco. Supongo que Bruce también lo sabe.

—No quería decir... —Respondió Kate apurada mirando las maletas.

—Vine a recoger algunas cosas y a echar un último vistazo. Supongo

que ya es hora de partir.

Bill extendió el brazo para acariciar un mechón del cabello de Kate.

—Adiós, Katherine Brennan.

Kate sintió como los ojos se le bañaban en lágrimas.

—Oh... Bill... ¿Qué nos está pasando?

—¡Es el fin de mundo!

—¿A dónde vas? —Quiso saber Kate.

—No te preocupes por mí.

Kate no quedó muy convencida con aquella respuesta.

Walsh siguió hablando.

—Ahora Bruce está solo. En cierto modo se lo merece, pero es un viejo zorro, de los que siempre salen adelante. Estarás bien a su lado, Kate.

—¡Así que un viejo zorro! —La voz de Bruce McKellen resonó mientras subía las escaleras.

—¡Bruce! —Exclamó Bill.

—¿Llego en mal momento? —Preguntó el Presidente Ejecutivo del New York Times.

—No. —Dijo Bill. —Ya me iba.

—Deberías acompañarme a Nueva Orleans. Es la última vez que te lo voy a pedir, Bill. —Dijo Bruce.

Kate miró sorprendida a Bill.

—Así que tienes una oferta...

—¡Quién sabe! —Exclamó Walsh bajando la escalera y arrastrando las maletas.

Kate quiso decir algo pero McKellen se adelantó.

—Me alegra verte, Kate. Gracias por venir. ¿Podemos sentarnos en tu despacho?

La estancia tenía un aspecto tan destartado como todo el resto del edificio.

Bruce cerró la puerta.

—Perdona el desorden... —Dijo Kate con ironía.

—Recuérdame que despida a los de la limpieza.

Kate sonrió.

—¿Que tal estás?

Kate, que no sabía que responder, así que se encogió de hombros.

—¿Qué pasó con tus padres, Kate? —Quiso saber Bruce.

—Fui a Hartford. Han decidido quedarse. —Respondió Kate con

sequedad.

Bruce McKellen puso cara de consternación.

—Lo siento.

Kate sintió la indignación creciendo en su interior.

—¿Hay algo más que lamentos, Bruce?

McKellen hizo un gesto de extrañeza.

—¿A qué te refieres?

Kate decidió encarar la cuestión sin rodeos.

—Sabías de las conexiones de mi padre con ChinaKorp. ¿En que estabas pensando Bruce? —Exclamó Kate con amargura.

McKellen guardó un silencio incómodo.

—¡Yo te lo diré! —Explotó Kate.

—No te precipites.

—Pensabas que una novata como yo nunca conseguiría airear los trapos sucios del sistema. ¿No es cierto?

—Nunca creímos que llegarías lejos en la investigación. —Admitió Bruce.

—Y cuando lo hice, me utilizasteis.

—Tu padre es un gran hombre, Kate, de los mejores que he conocido. Todo lo hizo para protegerte.

—¡Me espiaba! —Gritó Kate recordando amargamente las numerosas tardes pasadas confiando en casa los pormenores de su investigación.

Bruce se revolvió incómodo en la silla.

—Kate. Tenemos que pasar página. ChinaKorp, el periódico... Nada de eso importa ya.

Kate suspiró abatida.

—¿Qué quieres de mi Bruce?

Bruce se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—El mundo entero se desmorona. El Reino Unido, Suecia, Noruega, Dinamarca... Gran parte de Canadá, Bélgica... Extensiones incalculables de Rusia, Alemania... En Francia, el virus ha arrasado la ciudad de Amiens y París vive en estos momentos las horas más amargas de su historia.

Kate escuchó atónita.

El viaje a Hartford la había aturdido. Parecía desconectada de los acontecimientos.

Bruce prosiguió.

—Praga, borrada del mapa. Al igual que Kiev o Ulan Bator en

Mongolia.

Kate escuchaba pero su cerebro se negaba a procesar tanta información.

—¿Mongolia?... —Preguntó desconcertada.

—La humanidad se está extinguiendo.

Kate pensó un momento en la palabra “extinción”.

En su mente, era un término asociado a los dinosaurios o a los mamuts, nunca a la raza humana.

—¿Cuánta gente ha muerto?

—Decenas, cientos de millones. Es imposible saberlo. —Dijo McKellen.

—¿Entonces los rumores son ciertos? ¿Por qué hay tan poca información, Bruce? —Quiso saber Kate.

—La respuesta a esa pregunta la tienen los gobiernos.

—¿A qué te refieres?

—Se ha impuesto un férreo control informativo. Hay que evitar el pánico, al menos, en la medida de lo posible. Todos los medios fuimos advertidos.

—¿Advertidos? ¿Por quién?... —Preguntó Kate incrédula.

—Seguridad nacional. En mi caso, hablé personalmente con el Presidente para expresar mi apoyo.

—¿Y qué hay de Internet? —Preguntó Kate.

—La red siempre ha sido un hervidero de rumores. La propia administración se asegura de que resulte imposible discernir lo verdadero de lo falso.

—¿Nuestro propio gobierno se dedica a propagar bulos?

—La verdad es inasumible.

—¿Quién determina lo que es asumible, Bruce?... ¿Tú te encargas?... —Murmuró Kate incrédula.

—Solo soy un asesor más de los que tiene ahora mismo el Presidente.

—Asesor del Presidente...

—Necesitamos ganar tiempo y si no somos capaces de dosificar las malas noticias, estallará el caos.

—¿Y qué esperan en el gobierno? ¿Qué la gente se quede en casa esperando el siguiente comunicado oficial? —Preguntó Kate sorprendida.

—Ningún presidente ha tenido que enfrentarse a una algo así. No hay ninguna cura, Kate. Ni siquiera sabemos lo que es.

Kate asintió.

Si Bruce estaba en lo cierto, las proporciones del desastre parecían inabarcables. Hasta ahora, su visión de la enfermedad había sido la de algo terrible que estaba ocurriendo pero que, en cuestión de meses, estaría bajo control.

Por primera vez, sintió verdadero miedo.

—El presidente Wilkinson está decidido a intentar salvar al mayor número posible de ciudadanos americanos. —Afirmó Bruce.

—¿Y cómo va a hacer eso?

—Creemos haber aprendido algo de los territorios afectados.

—¿Aprendido?

—El sistema comenzará a derrumbarse y lo hará muy rápidamente. El proceso, como verás, —dijo Bruce señalando la redacción.— ya ha comenzado.

Kate observó los escritorios vacíos.

—Pronto, la gente sólo pensará en huir.

Bruce pasó entonces a enumerar las implicaciones.

—Se abandonarán las fábricas, los agricultores dejarán las tierras y comenzará así, la carestía. La producción industrial desaparecerá. Los médicos dejarán a los enfermos en los hospitales y los aviones no podrán despegar de los aeropuertos. Sin jueces ni abogados, todo el entramado legal colapsará. Lo mismo ocurrirá con el sistema financiero. No habrá nadie en las gasolineras, no habrá nadie en los supermercados, ni en los restaurantes, ni en las comisarías...

—Dios mío... —Musitó Kate.

—Imagina a millones de personas en la carretera. Todos rumbo al sur.

Kate asintió horrorizada.

—Las plantas que generan toda nuestra energía serán abandonadas a su suerte. Sin nadie que las gestione... ¡Muchas son centrales nucleares! ¿Qué crees que ocurrirá entonces Kate? ¿Puedes imaginar el número de potenciales catástrofes?

—Pero... Las autoridades...

—El gobierno terminará por diluirse, seguido del ejército que acabará dividido en diferentes facciones, todas armadas hasta los dientes luchando entre ellas y contra todos.

—¿Qué pasa con el virus? ¡Hay que pararlo! —Insistió Kate.

—La enfermedad se extiende de norte a sur, de manera más o menos uniforme, por todo el planeta... No sabemos nada sobre el periodo de

incubación ó cómo se propaga.

—Dios santo Bruce... ¿Hay alguna buena noticia?

McKellen torció el gesto.

—Tal y como te dije, el Presidente Wilkinson necesita hacer algunas averiguaciones, de forma discreta. Es posible que la Casa Blanca no cuente con toda la información.

El instinto de Kate se puso en alerta.

—¿Qué tipo de averiguaciones?

—Necesitamos alguien que trabaje rápida y eficientemente. El tiempo juega en nuestra contra. —Respondió Bruce.

Kate sintió que su corazón se aceleraba.

Bruce fijó su profunda mirada en ella.

—Tendrás que viajar. Hablar con determinadas personas. Recopilar datos de primera mano.

—¿Viajar? ¿A dónde?

—En Atlanta, visitarás el Centro de Control de Enfermedades.

Kate asintió.

—Y a continuación, irás a Tel Aviv.

—¿TEL AVIV?

Atlanta. Georgia.

Estados Unidos.

Lunes Oct./13/2036

Wicca +17

Kate aguardó pacientemente en la sala de espera del despacho del doctor Jerome Swift donde la recepcionista atendía las llamadas tras un pequeño mostrador.

—No. El doctor Swift no puede atenderle en estos momentos. Muy bien... Tomo nota. Gracias, buenas tardes... Oficina del Doctor Swift, ¿En qué puedo ayudarle?

Kate, impaciente, extrajo del bolso un paquete de caramelos mentolados, lo abrió y se echó uno a la boca. El vuelo a Atlanta no había estado exento de incidentes. Todos los aeropuertos de Nueva York estaban colapsados. La oferta de vuelos no podía satisfacer la demanda y miles de personas se agolpaban en las terminales intentando salir de la ciudad.

El Falcon 10X Dassault de Bruce McKellen pudo salir sólo tras horas de espera en la pista.

Kate era la única pasajera.

La joven recepcionista dejó un momento de atender llamadas para dirigirse a ella.

—¿Señorita Brennan?

—¿Si? —Respondió Kate.

—Disculpe el retraso. El Doctor Swift le atenderá en breve.

—Gracias.

Kate pensó sobre las últimas palabras de su última charla con Bruce.

—El presidente Wilkinson necesita que alguien de confianza haga ciertas averiguaciones antes de tomar una decisión.

—¿Y qué está pasando con el gabinete? ¿Acaso no informan correctamente?

Bruce hizo una mueca extraña.

—Es posible que el relato no sea del todo veraz.

—¿Su propio gobierno miente? —Preguntó Kate escandalizada.

Bruce trató de explicarse.

—Debes entender que hay muchos intereses en juego. Algunos preferimos actuar con prudencia, diplomáticamente. Al otro lado, están los que abogan por una aproximación contundente a los problemas.

—Los halcones.

—Liderados por el Secretario de Defensa y el general Caldwell. Creen que los Estados Unidos deben cruzar la frontera con México y ocupar militarmente toda Latinoamérica.

—¿Se han vuelto locos?

—Son tiempos difíciles, Kate. —Concluyó Bruce.

En el despacho de Jerome Swift, la recepcionista volvía a llamarla.

—¿Señorita Brennan? ¿Señorita Brennan?

Kate, ensimismada, se sobresaltó.

—Si... Perdón.

—Puede pasar —Dijo la chica señalando una puerta entreabierta.

Kate se levantó y entró con paso firme.

Sentada detrás de un escritorio de cristal impecablemente ordenado, la adusta figura del profesor Jerome Swift, aguardaba.

—¿Katherine Brennan? —Inquirió.

—Doctor Swift, gracias por recibirme. —Respondió Kate mirando de reojo los diplomas colgados en la pared.

Jerome Swift juntó las manos sobre la mesa.

—Es un placer. ¿En qué puedo ayudarla?

Kate fue directa al grano.

—¿Qué puede decirme el Centro Nacional de Enfermedades sobre Wicca, doctor?

—Nada que no hayamos dicho ya oficialmente. —Dijo Swift a la defensiva.

—¿Por qué tan reservado? —Se preguntó Kate.

—Continuamos sin hacer progresos.

—Verá... —Dijo Kate.- Estoy aquí en calidad de asesora especial del Presidente. Mi trabajo es asegurarme de que...

—Si el presidente quiere saber algo, no tiene más que preguntar.

El doctor Swift parecía nervioso.

—Para eso se ha concertado esta entrevista. Para preguntar. — Respondió Kate con seguridad.

—¿Quiere la verdad? Dígale al Presidente de mi parte, que prepare al país para lo peor.

Kate cerró un momento los ojos.

Aquello no era lo que había venido a oír. En vez de un experto de discurso tranquilizador, se encontraba ante un hombre visiblemente asustado.

Swift comenzó a jugar con un bolígrafo entre los dedos.

—¿Qué quiere decir exactamente?

El máximo responsable del Centro de Control de Enfermedades se llevó las manos a la cara.

—Hay un patógeno del que no sabemos nada propagándose por todas partes a una velocidad escalofriante. Lo que quiero decir, señorita Brennan, es que estamos perdiendo la batalla.

—¿Cuánto tardarán en desarrollar una vacuna?

El doctor Swift la miró con gesto cansado.

—No me ha entendido... ¿Verdad?... ¡No sabemos cómo combatirlo!

—Pero... Tienen ustedes todos los recursos...

—No hemos podido obtener nada.

—¿Cómo es posible? —Preguntó Kate horrorizada.

—No lo sabemos. No sabemos cómo funciona. Se propaga demasiado rápido. —Respondió lacónico el Doctor Swift.

Kate suspiró. Estaba ante un hombre derrotado.

—Muy bien. Hablaré con el Presidente.

Kate seguía sin poder creerlo. Las afirmaciones del Doctor Swift no tenían sentido.

—¿Está completamente seguro de que no hay ningún error? ¿Algo que no hayan visto? —Se atrevió a decir.

Jerome soltó una carcajada.

—¡No hemos visto nada! ¡Ese es el problema! —Afirmó golpeando la mesa con ambos puños.

El retrato de familia conformado por esposa e hijos, tembló.

Kate temió haber ido demasiado lejos.

—¿Qué puede decirme de otras zonas del mundo?

—Estamos en contacto con todos los organismos internacionales. La situación es la misma. En todas partes.

Kate supo que ya no tenía sentido permanecer por más tiempo allí.

—Pensaba que venceríamos. —Dijo mientras ofrecía la mano al doctor.

—Yo también.

—La gente mantiene su esperanza en ustedes. ¿Sabe lo que eso significa?

—Si.

—Esperan un medicamento que les devuelva la normalidad. Siempre ha habido epidemias en el pasado y a todas las superamos.

Jerome Swift permaneció en silencio.

—Pero esto... No vamos a superarlo. ¿Verdad doctor?

—Le deseo mucha suerte señorita Brennan.

Kate bajó la mirada.

Mientras caminaba por el pasillo hacia la salida, aun pudo escuchar la voz de la joven recepcionista.

—No. El doctor Swift no puede atenderle en estos momentos.

—No vamos a superarlo. —Murmuró tratando de hacerse a la idea.

—Muy bien... Tomo nota... Gracias, buenas tardes.

Tel Aviv.

Israel.

Martes Oct./14/2036

Wicca +18

Kate Brennan contempló las largas hileras de olivos que jalonaban los veinte kilómetros que separaban Tel Aviv de la pequeña localidad de Rehovot.

—En los últimos años, el gobierno expropió muchas de estas tierras para dedicarlas a la producción intensiva de aceite. —Afirmó el conductor del Lexus negro que se desplazaba escoltado por la policía a gran velocidad por la carretera 412.

Kate asintió.

El viaje a Tel Aviv desde Georgia había sido largo.

Diez mil kilómetros, de un vuelo solitario y monótono habían dado bastante para pensar.

—¿Qué noticias me esperan en Israel? Dios quiera que no sea peor que Atlanta.

El aterrizaje en el aeropuerto Ben Gurion fue largo y tedioso. La torre de control retuvo al reactor en el aire durante un tiempo que a Kate se le hizo interminable. El tráfico aéreo en Israel tampoco funcionaba con normalidad.

Nada más poner un pie en la terminal, Kate fue interceptada por dos funcionarios que la llevaron a una sala pequeña y mal iluminada.

Una mujer vestida con traje gris oscuro de raya diplomática, aguardaba.

—Pasaporte.

Kate estaba confusa.

—¿Cual es el motivo de su presencia en el país?

—Estoy en viaje de trabajo. Debo entrevistarme con el profesor Salomón Rubin, del Instituto Weizmann en Rehovot.

—Ha hecho usted un largo viaje para una simple entrevista. ¿No le parece?

Kate se removió incómoda en la silla.

¿A qué venía aquel interrogatorio? ¿Debía decirle a aquella mujer que estaba en Israel por orden del Presidente de los Estados Unidos? ¿Por qué la retenían?

—Trabajo para el New York Times. Estoy segura de que si se ponen en contacto con mi embajada...

—Todas las embajadas están clausuradas. El estado de Israel está a punto de cerrar sus fronteras y de repente, aparece usted en Tel Aviv, sola y con una excusa de lo más endeble. ¿Qué se supone que debo pensar señorita Brennan? —Preguntó la funcionaria golpeando el pasaporte contra la mesa.

La reactividad de uno de los fluorescentes vibraba provocando un desagradable parpadeo de la luz en la habitación.

Kate tragó saliva.

—Oiga, si habla usted con sus superiores...

—¿Mis superiores? ¿Qué tipo de sugerencia es esa?

Aquello estaba yendo de mal en peor.

—¿Estoy detenida? —Quiso saber Kate.

En aquel momento, la puerta se abrió dando paso a un hombre de aspecto vulgar. Bajo, entrado en kilos, cabello negro fino y grasiento, gafas de pasta y gruesas patillas que enmarcaban un rostro rechoncho de piel sorprendentemente tersa.

—*Hakol beseder*. Todo está bien. —Dijo.

La funcionaria enarcó las cejas.

—Su pasaporte le será devuelto antes de regresar a Estados Unidos. Ahora, por favor, acompañeme.

Kate fue escoltada al exterior de la terminal e introducida en el vehículo que ahora la llevaba a su destino en Rehovot.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —Preguntó ansiosa.

El conductor hizo caso omiso.

—La expropiación no estuvo exenta de polémica. Fueron muchas las familias afectadas, pero el Primer Ministro hizo bien. Había que apoyar a la industria aceitera. —¿No le parece? —Ustedes hicieron lo mismo con el maíz.

Kate, que no tenía ganas de discutir sobre política agraria, respondió distraída.

—Estoy segura de que su Primer Ministro hizo lo correcto.

El conductor embocó una salida de la carretera para internarse en un camino rural que terminaba a los pies de un pequeño chalet situado encima de una pequeña loma. Estaban en las afueras de la ciudad.

Una anciana abrió la puerta.

—Señorita Brennan. —Saludó con marcado acento.

Kate inclinó la cabeza, esbozando una tímida sonrisa.

—Bienvenida.

En el salón de la casa, entre papeles y ordenadores, se encontraba el profesor Rubin.

—¡Adelante! —Exclamó. —Espero que haya tenido un buen viaje.

Kate se presentó.

—Profesor Rubin, soy Kate Brennan.

—Se quién es usted y también el motivo de su visita.

Kate suspiró aliviada. Estaba cansada de tener que dar explicaciones.

—Disculpe si le han tratado de manera un poco ruda. Son tiempos difíciles.

Kate asintió.

—¿Qué es este lugar? —Preguntó Kate mirando a su alrededor.

El profesor Rubin metió las manos en los amplios bolsillos de su pantalón de franela color beige y se balanceó ligeramente sobre los talones.

—Una de mis *oficinas*.

Una impresora comenzó a vomitar folios encima de una mesa.

Rubín no le hizo caso.

—¿A qué se dedica usted profesor? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué está ocurriendo?

Rubin sonrió.

—Le gusta hacer preguntas... ¿Verdad?... Tome asiento. —Dijo el profesor señalando un destartado sillón al fondo de la estancia. —¿Le apetece tomar algo?

—No gracias. —Respondió Kate.

—Martha prepara un té excelente.

—Estoy bien. Gracias profesor.

—De acuerdo. Empecemos entonces por el principio.

Salomón Rubin se acarició la blanca barba antes de comenzar a hablar.

—Llevo trabajando para mi país más de cuarenta años. —Afirmó Rubín en tono melancólico, como si de repente, se viese transportado a una época muy lejana. —Primero como soldado y más tarde, liderando el programa científico más importante de nuestra historia. También he asesorado a varios primeros ministros.

Kate asintió impresionada. No la habían enviado a tratar con un cualquiera.

—Al principio de mi carrera, descubrimos algo en el instituto Weizmann. Algo... Trascendental... —Dijo Rubin pronunciando las palabras

con cierta amargura.

Kate presintió que estaba ante una historia importante.

—Nuestro trabajo se convirtió en el secreto mejor guardado de Israel. Debe saber que, ser otras las circunstancias, usted no podría salir viva del país con la información que estoy a punto de revelar.

A Kate no le gustaron aquellas palabras pero prefirió no interrumpir.

Una mezcla de excitación y temor le recorría todo el cuerpo.

—Comprendo. —Musitó.

—La situación internacional es extremadamente grave. Alemania, Austria, Hungría y Suiza están al borde del colapso. —Dijo Rubin enumerando los países europeos más afectados por la enfermedad.

Una lista que no dejaba de crecer.

—¿Cuándo va a parar, profesor? —Preguntó Kate con la esperanza de que aquel hombre le tranquilizara.

—En Estados Unidos, ciudades como Seattle y Portland ya están infectadas.

Kate pensó aterrada en Hartford.

El profesor Rubin se detuvo un momento a observar el rostro descompuesto de Kate. Era una chica muy hermosa.

—Pero de todo esto, nadie tiene la culpa. El Presidente debe saberlo. No debe malgastar esfuerzos buscando culpables. —Afirmó categórico Rubin.

Kate le miró extrañada.

—Deje que le hable de lo que hemos estado haciendo en Rehovot durante los últimos treinta y cinco años.

Kate escuchó con atención.

—¿Qué sabe usted de Hugh Everett, Alan Guth o Stephen Hawking?

Kate no pudo contestar.

Rubín continuó hablando.

—Everett fue el primero en proponer la Teoría de los Universos Paralelos en física cuántica. En la década de 1970, Guth elaboró la primera formulación sobre el universo inflacionario. Su trabajo terminaría respaldando lo que Everett ya intuía.

—Creo que le estoy perdiendo... —Respondió Kate aturdida.

—Alan Guth predijo un número de universos paralelos que tiende al infinito y en su última publicación, Hawking dejó escritas instrucciones sobre cómo encontrarlos.

- Sigo sin entender... ¿Qué tiene todo esto que ver con lo que está ocurriendo, profesor?

—Durante años, he vivido obsesionado con las implicaciones del trabajo de Everett. ¿Es posible extrapolar el extraño comportamiento de las partículas a nivel cuántico a los dominios de la física tradicional?

Kate se resignó a seguir escuchando.

—¿Cómo puede una partícula estar en dos lugares a la vez? Y teniendo en cuenta que nuestra realidad está fundamentalmente constituida de partículas... ¿Es posible que ésta se encuentre también replicada? ¿Qué exista una misma realidad en dos o más lugares a la vez?

—No sabría muy bien qué responder a eso.

Salomón Rubin continuó.

—Nosotros nos propusimos averiguarlo.

Salomón hizo una pausa para tomar un sorbo de agua.

—Quisimos jugar a ser Dios.

Kate se revolvió en el sillón. El discurso del profesor se volvía por momentos cada vez más extraño.

—Así, nació el proyecto JASON.

—¿Qué es lo que hacían exactamente, profesor?

—JASON es el instrumento mediante el cual el Estado de Israel compromete los recursos necesarios, durante el tiempo que haga falta, para ser el primero en desarrollar posibles aplicaciones prácticas basadas en las teorías que le he comentado.

—¿Aplicaciones prácticas?... ¿Qué tipo de aplicaciones prácticas? ¿Se refiere a algún tipo de arma? —Preguntó Kate inquieta.

Rubin sonrió.

- No se trata de armas. Llevamos casi cincuenta años intentando abrir una puerta. Queríamos hacer un viaje imposible sin tener en cuenta las consecuencias.

—¿Qué consecuencias? —Quiso saber Kate alarmada.

—Todo tiene consecuencias... ¿No es cierto? —Murmuro Rubin.

—¡Qué consecuencias! —Exclamó Kate impaciente.

Salomón Rubin guardó silencio.

—Es posible que nuestro trabajo haya emitido una señal en otro lugar. Una pista sobre cómo encontrarnos.

Kate no entendía nada.

—¿Se refiere a otras potencias?

Salomón Rubin volvió a desconcertarla con otra pregunta inesperada.

—¿Qué sabe sobre la Estación Espacial Internacional *Harmony*? Tengo entendido que su periódico envió a alguien allí arriba. Salió en las noticias.

Una vez más, la figura de Paul Sander salía a relucir.

—Sander era un compañero de redacción. Fue elegido por ser el responsable de la sección de Ciencia y Tecnología del New York Times.

—A veces los cargos no son suficiente. Hay que estar hecho de una pasta especial para querer ir al espacio. —Afirmó Rubin.

Kate se sintió incómoda.

—¿En qué momento he dejado de ser yo la que haga las preguntas? — Se dijo.

—¿Conoce usted bien al señor Sander?... ¿Son buenos amigos?...

—A mí siempre me ha parecido un tipo extraño. Demasiado introvertido. Justo lo contrario que su compañero de departamento, Bill Walsh.

Salomón Rubin movió la cabeza pensativo.

—¿Por qué lo pregunta? —Quiso saber Kate. —No entiendo a dónde quiere llegar, profesor.

—Simple curiosidad. Perdone mis maneras de anciano metomentodo. ¿Dónde estábamos?

Kate sintió que algo no encajaba.

—Me hablaba usted de *Harmony*, la estación.

—Constituye una parte fundamental de nuestro proyecto. Recogemos gran cantidad de datos fuera de la atmósfera y a continuación, los procesamos aquí. —Dijo Rubin señalando el equipamiento informático del salón.

—¿Qué tipo de datos?

—Mediciones. Realizadas en secreto.

Kate no salía de su asombro.

—¿Temen que la seguridad de JASON se haya visto comprometida? — Preguntó Kate incisiva.

El profesor negó con la cabeza.

—JASON está todavía en pañales pero puede que nuestra actividad haya alterado algo.

—¿Sabe el gobierno de los Estados Unidos lo que están ustedes haciendo ahí arriba?

—Israel financió generosamente la construcción de *Harmony*. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué?

—Para asegurarse una posición preeminente en la estación y poder así efectuar sus mediciones.

—Estábamos en el camino correcto pero sólo al comienzo del mismo. Mi principal preocupación es que otros lo hayan completado y que estemos pagando las consecuencias.

—¿China? ¿Rusia? ¿Los Estados Unidos? —Respondió Kate pensando en el dinero también invertido por su país en la estación.

—Vaya más allá. Piense fuera de los esquemas tradicionales.

Kate dio con lo que Rubin quería oír.

—El otro lado de la puerta...

Rubin la miró con gravedad.

—Nos han adelantado.

Kate no sabía que decir.

—Todo esto suena muy extraño, profesor. —Afirmó incrédula.

—Los polos opuestos se atraen, los iguales, se repelen. La fuerza de la gravedad hace que caiga la manzana y nada puede viajar más rápido que la luz. Es posible que si rompemos las leyes fundamentales, el Universo tienda a restablecer el equilibrio. Es posible que dos versiones diferentes de la misma consciencia no puedan coexistir en la misma realidad y que por lo tanto, una termine anulando a la otra, o que ambas queden destruidas en el proceso.

Kate estaba haciendo un verdadero esfuerzo por tratar de comprender.

—Suponiendo que el viaje del que me habla fuese posible...

—Constituiría una anomalía y tendría que corregirse.

—Los iguales se repelen...

Kate comenzó a vislumbrar las implicaciones.

—En realidad es bastante sencillo. —Dijo Salomón abatido.

—Es ridículo. —Concluyó Kate.

—Sólo es una teoría.

Kate cerró los ojos.

—El virus.

—En realidad, no sabemos lo que es. La Organización Mundial de la Salud ha dado por hecho que el mundo se enfrenta a algún tipo de patógeno desconocido pero puede que se trate de otra cosa.

Kate miró extrañada al profesor.

—Puede que simplemente estemos en el lado equivocado de la ecuación.

Océano Atlántico.

Al oeste de Portugal.

Miércoles Oct./15/2036

Wicca +19

Kate miró el mar de nubes tenuemente iluminadas.

—Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre... —Pensó mientras el Falcon X dejaba atrás la costa portuguesa rumbo a casa.

La entrevista con Salomón Rubin había sido desconcertante.

Nada de aquello tenía sentido.

—Nadie va a creerme. —Murmuró Kate. —¿Qué le voy a decir al Presidente?

Una alerta de correo electrónico la sacó de sus pensamientos.

Era un mensaje de Paul Sander.

De:sanderp@nyt.com

Enviado: 15/10/2036 16.21

Para:brennank@nyt.com

Asunto: ¿Estás bien?

Kate, ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?

Aquí estamos todos muy preocupados por las noticias que van llegando desde el centro de control de misiones en Houston. No puedo creer lo que está ocurriendo. En la estación, mis compañeros intentan mantener la calma pero incluso ellos, que están preparados para afrontar todo tipo de emergencias; están completamente desconcertados. Aunque intento no dejarme llevar por el pánico, no puedo evitar pensar en lo que pueda pasarte a ti y a Bill en medio de todo este caos. Por favor, sé que no es fácil, pero si puedes; responde a los correos. Es la única manera de saber que te encuentras bien.

Cuídate mucho.

Paul.

P.D. Te dejado varios mensajes en redes sociales. ¡Por favor responde!

Kate pensó si debía o no contestar.

Podía hablar del miedo, de la incertidumbre, del caos en el que se habían visto todos envueltos; de lo absurdo de toda la situación. Pero hablarle a Paul de Bruce, de Bill y de los padres que había dejado atrás, esperando la muerte en Hartford, no iba a solucionar nada.

—Podría contarte, Paul, cómo el gran abogado, Arthur Brennan, traicionó a su hija... Claro que podría... Podría hablarte de una vida destrozada y de cómo estoy ahora, sola en un avión, con el mundo desmoronándose bajo mis pies. ¿Qué más quieres saber? —Murmuró Kate llorando mientras apagaba el teléfono.

El mar de nubes parecía no tener fin.

Kate fijó la mirada en el horizonte.

—¿Qué va a pasar?

Estaba terriblemente cansada.

Laderas del monte Cvrsnica.

Bosnia-Hertzegovina.

Miércoles Oct./15/2036

Wicca +19

Dragan Jankovic aprovechó un alto en el camino para rellenar su cantimplora.

El riachuelo corría alegre por la pendiente bañando las rocas cubiertas de musgo.

Dragan sintió el agua, muy fría, entre las manos.

Le gustaba salir a cazar.

—Hay que darse prisa. Aguanta esto. —Dijo extendiendo el rifle a su hijo.

—Podríamos acampar. Será difícil que perdamos el rastro.

Dragan miró al muchacho.

El parecido de Zarko con su madre era asombroso. Los ojos grandes y azules, el cabello rubio, enmarañado. La nariz, respingona, le daba un aspecto peculiar.

—Nunca se sabe. Están asustados.

—¿Crees que nos han visto? —Preguntó Zarko.

Dragan dio un trago de la cantimplora y respondió.

—Me sorprendería. Hemos sido cuidadosos. Si quieres cobrar tu primera pieza, tenemos que seguir.

Zarko sonrió.

—De acuerdo. Vamos.

Dragan y su hijo se internaron aún más en el bosque.

—Para seguir bien un rastro, debes prestar atención a los detalles.

Zarko iba tras su padre intentando no hacer ruido, con la máxima cautela.

—Además de seguir huellas, el cazador debe intuir el patrón de la marcha. Busca flores o ramas rotas... ¿Ves? —Dijo Dragan señalando un rasguño en el tronco de un árbol.

—No pueden andar muy lejos... —Respondió Zarko emocionado.

El sonido de un trueno les sorprendió.

El cielo se encapotaba de manera traicionera.

Dragan echó un vistazo y chascó los labios. Padre e hijo se iban a ver sorprendidos por un inesperado aguacero.

—Busquemos refugio. —Dijo Dragan.

Después de deambular un buen rato bajo la lluvia, encontraron una cueva situada al final de una cuesta en la profundidad del bosque de coníferas.

—¿Preparo un fuego? —Preguntó Zarko empapado de la cabeza a los pies.

Dragan sonrió pero, al tiempo, una punzada de dolor le atravesó el corazón.

—Es increíble lo mucho que te pareces a tu madre.

Zarko asintió con cara de tristeza.

—Encendamos ese fuego... —Dijo Dragan apoyando el arma contra la irregular superficie de la pared.

Olía a bosque, a hojas muertas, a musgo y a humedad.

Los recuerdos se agolparon en su mente.

Las noticias sobre la enfermedad llegaron a Sarajevo de forma atropellada y un tanto confusa. Aunque el virus venía del norte, en el barrio serbio decían que era cosa de musulmanes. Dragan no dio importancia a los rumores. Bastante trabajo tenía en la escuela, intentando sanar las heridas que la guerra había dejado en la comunidad.

Entonces comenzaron a llegar los refugiados. Traían consigo historias de una muerte implacable y silenciosa.

—Debéis ir al sur. Toda Europa se va a convertir en un cementerio. —Afirmó un funcionario polaco que llevaba semanas caminando. —Salimos sin nada de Varsovia. Nuestro objetivo son los puertos del Adriático.

La comunidad musulmana, se mostró por lo general indiferente ante las alarmantes noticias. Cuando las autoridades municipales recomendaron la evacuación, muchos pensaron que se trataba de una estratagema para obligarles a abandonar sus hogares.

Pero a los pocos días comenzaron los primeros disturbios. Serbios y musulmanes se levantaron de nuevo en armas y la policía, desbordada, no podía contener el torbellino de violencia.

Dragan intentó mantenerse al margen pero la escuela fue de los primeros edificios en arder. El fuego de la pequeña hoguera que su hijo estaba preparando le recordó las llamas saliendo por las ventanas.

Zarko echó el resto de la hojarasca que habían acumulado en el interior de la cueva.

Seguía lloviendo a cántaros.

—¿Tienes hambre? —Preguntó su padre.
—Un poco...
Dragan sacó unas chocolatinas de la mochila.
—Toma, pero no acabes con todas.
—¿Cuándo podremos reanudar la marcha?
—En cuando deje de llover. —Afirmó Dragan.
—Se está haciendo de noche. —Apuntó Zarko.
—Podemos movernos de noche.
—Si. Podemos movernos de noche. —Asintió Zarko con convicción.
El brillo de un rayo transportó a Dragan de nuevo a Sarajevo.

La madre de Zarko terminó por salir de casa sin hacer caso a las advertencias de su marido.

—Tengo que echar un ojo a los Mirkovic. No tardo nada.

La pareja de ancianos vivía en la octava planta y todo el edificio sufría problemas de suministro eléctrico, escasez de comida y falta de medicamentos.

—Pero Mirna... ¿De verdad vas a salir a estas horas? —Preguntó Dragan preocupado.

Su mujer le miró con aquellos enormes ojos oscuros.

—Soy enfermera. ¿Cómo no voy a ayudarles? —Respondió dándole un pellizco cariñoso en la cara.

—Está oscuro ahí fuera. Deja que busque la linterna y te acompaño.

—Sólo son dos plantas. Quédate con Zarko.

—¡Papá! ¿Me ayudas? —Preguntó el niño desde la cocina.

Mirna salió.

En la cueva, Dragan cogió el rifle y se sentó junto al fuego.

—Papá... —Preguntó Zarko.

—Dime.

—¿Cuándo crees que estaré listo?

Dragan meditó por un momento la respuesta.

—Es indudable que tienes talento.

—¿Será entonces pronto? —Quiso saber ansioso Zarko.

Dragan sonrió.

La luz del fuego bailaba sobre el rostro de su hijo. Sólo tenía trece años.
—Ya veremos.

En Sarajevo, Dragan miró el reloj. Eran las once menos cuarto y Mirna no había vuelto.

—Ya sabes cómo es. —Dijo Zarko mientras terminaba de pelar patatas.

—Voy a buscarla. —Concluyó Dragan.

El ascensor llevaba tiempo sin funcionar y las escaleras estaban oscuras. La linterna, gastada, apenas iluminaba los escalones.

Un golpe surgió de la nada, inesperado.

Dragan sintió cómo su cabeza era empujada hacia atrás por la fuerza del objeto contundente que impactó en su frente.

Mientras caía escaleras abajo, pudo escuchar un grito de júbilo.

—¡Alá es grande!

Mirna fue encontrada muerta, desnuda, horas después junto a los cuerpos de los Mirkovic.

—Tal y como están las cosas, será difícil encontrar al culpable. —
Afirmó apático el subinspector.

—¿Es usted el marido? ¿Se encuentra bien? —Preguntó un agente señalando el golpe en la cabeza.

Dragan aturdido, asintió.

—Quisiera estar solo.

—Sólo quedan indeseables en Sarajevo. Todos abandonan la ciudad para probar suerte en las montañas. Creen que en los bosques estarán mejor que aquí. —Dijo el policía mirando al hombre y al muchacho sentados en el salón. —Quizás deberían ustedes hacer lo mismo. Son tiempos difíciles.

Las últimas gotas de lluvia que cayeron sobre el charco que se había formado en la entrada de la cueva dejaron paso a un anochecer tranquilo.

—En marcha. —Dijo Dragan apagando el fuego.

Padre e hijo avanzaron entre los árboles.

De vez en cuando, se detenían para escuchar.

—En el bosque, el oído es tu sentido más importante.

Zarko asintió.

—¿Crees que habrán parado para descansar?

—Es posible. Vamos. —Respondió su padre dando una palmada.

Después de un trecho caminando, por fin, los vieron.

Descansaban cerca de un recodo del arroyo.

Dragan hizo señales a su hijo de forma que ambos se apostaron detrás de un tronco caído.

—Ahí están... —Susurró con una sonrisa triunfal.

Zarko contempló la escena, excitado.

—¿Me dejas disparar?

Dragan miró a su hijo pensativo.

—De acuerdo. —Respondió tendiéndole el rifle. — Apóyate aquí, junto a la rama.

Emocionado, Zarko acarició la culata del rifle con suavidad.

—Debes controlar la respiración. —Susurró su padre. —Con calma. Si haces ruido, se asustarán.

Zarko inspiró, contuvo el aire y disparó.

La bala atravesó el hiyab que envolvía la cabeza de la muchacha que descansaba junto a su familia junto al riachuelo a trescientos cincuenta metros por segundo. La fuerza del impacto provocó que un trozo del cráneo cayese en una pequeña fogata, despidiendo ascuas en varias direcciones.

El cuerpo de Fátima hizo una extraña pirueta antes de caer al suelo.

Dragan contempló orgulloso a su hijo.

Zarko había cobrado su primera pieza.

Roma.

Italia.

Jueves Oct./16/2036

Wicca +20

Los dos hombres subieron las escaleras del viejo edificio en la Vía del Falco con cierta dificultad.

Al llegar al rellano del tercer piso, se detuvieron un momento para tomar aliento.

—¿Es aquí? —Preguntó el mayor señalando la puerta de madera oscura que estaba entreabierta.

—Si. Vamos.

La casa olía a cerrado, a pizza recalentada, a orines y a sudor.

—Los aromas del abandono. —Pensó el Padre Lorenzo Cárdenes.

Al fondo, en penumbra, se podía distinguir una figura que daba cabezadas en un destartalado sillón.

La luz blanquecina de una pequeña televisión mal sintonizada iluminaba la estancia con intermitencia.

—Don Giordano... —Dijo el Padre Cárdenes tratando de no alzar demasiado la voz. —Don Giordano... Despierte.

El anciano se removió un poco y alzó la vista.

—¿Marco? ¿Eres tú? —Preguntó con voz quejumbrosa.

—Está aquí Su Santidad. Tal y como le prometí. —Respondió el Padre Cárdenes sonriendo.

Julio IV se inclinó para coger las manos del anciano.

—Qué Dios te bendiga, hermano.

—¿Dónde está mi hijo? —Insistió Don Giordano.

El Padre Cárdenes cerró con fuerza los ojos, un gesto reminiscente de una infancia difícil.

—Ha salido un momento. —Mintió el Papa. —Volverá en un rato.

La respuesta pareció calmar al anciano.

—La televisión... No funciona. —Se quejó Don Giordano.

—Hacía días que ninguna lo hacía. Pero... ¿Cómo explicarlo?... —Pensó el Padre Cárdenes.

—¿Quiere usted rezar conmigo? —Preguntó el Papa.

El octogenario miró al Vicario de Cristo con ojos acuosos.

—¿Rezar...?

Julio IV se arrodilló junto al sillón e inclinando la cabeza, enganchó un rosario en los delgados y temblorosos dedos de Don Giordano.

—Dios te salve María, llena eres de gracia...

El Padre Cárdenes se apresuró a responder.

—El Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres...

Don Giordano interrumpió la plegaria.

—¿Dónde está mi hijo?

—Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús...

El Papa y el Padre Cárdenes terminaron sus oraciones y volvieron a la calle.

—¿Siguiente?

—Regina Paliotta. Noventa años. Tres días sin saber nada de su familia.

—¿Cómo pueden abandonarlos? —Preguntó consternado el Papa.

Mientras hablaban y al doblar una esquina cerca de la Vía Properzio, una figura les salió al paso entre las sombras.

—¡Alto!

El Papa y su acompañante se miraron sorprendidos.

—¡Tú! ¡Dame eso! —Exclamó el ladrón señalando la mochila de la Red Juvenil Ignaciana que sujetaba el Padre Cárdenes.

—Sólo llevamos algo de comida y botellas de agua. —Respondió el jesuita.

—¡Qué me lo des! —Gritó el hombre visiblemente nervioso.

El desconocido tenía una pistola y le temblaban las manos.

El Papa hizo un gesto de asentimiento y el Padre Cárdenes entregó la mochila.

Antes de irse, el atracador hizo una genuflexión, se santiguó y murmurando algo ininteligible, echó a correr.

El Padre Cárdenes estaba estupefacto.

—¿Y ahora qué hacemos? —Preguntó.

—Será mejor que volvamos a casa, Lorenzo. —Dijo el Papa con una sonrisa.

—¿Cree Su Santidad que nos hubiese disparado?

—Son malos tiempos. —Afirmó Julio IV.

—Pero esa comida era para los desamparados...

—¿Y cómo sabemos que él no lo está?

El padre Lorenzo cerró de nuevo con fuerza los ojos.

El Papa le miró con compasión.

—¡Podía habernos matado!

—Es posible. —Concluyó tranquilo el Sumo Pontífice.

Los dos hombres atravesaron la Plaza de San Pedro.

Antaño siempre bulliciosa, la impresionante explanada presentaba ahora un aspecto lúgubre y sucio.

—CHIESA PECCATRICE... —Leyó el Papa desde la escalinata.

La enorme pintada en las columnas, junto al portón cerrado de la basílica, podía verse desde varios metros de distancia.

—IGLESIA PECADORA... —Murmuró el Padre Cárdenes en español antes de hacer un gesto animando al Papa a seguir.

—Entremos Santidad. No vale la pena mortificarse.

—Debí haber dado crédito a las apariciones de Nuestra Señora. Sus advertencias fueron claras. Medjugorje... Garabandal... Belluno...

—No es culpa suya, Santidad.

—Hice oídos sordos a las palabras de la Virgen y mira lo que ha pasado.

—Afirmó quejumbroso el Papa.

El Padre Cárdenes respondió.

—Este mundo tiene que pagar por sus pecados.

—Yo, Lorenzo, he sido el más grande de todos los pecadores.

El sacerdote miró a los ojos del Papa que continuaba sufriendo.

Julio IV continuó hablando.

—Mi pecado es la soberbia. — Su Santidad aminoró el paso. —¿Sabías que cuando era joven quería ser maestro?

El Padre Cárdenes escuchó.

—Hubiese sido feliz en cualquier escuela, hablando sobre Octavio Augusto.

—¿Y qué lo impidió?

—¡Dios, por supuesto! ¡Al parecer no opinaba lo mismo! —Exclamó Julio IV mirando al cielo.

El Padre Cárdenes rió de buena gana.

—Volvamos.

La tarde comenzaba a dar paso a la noche y a Su Santidad le gustaba acostarse temprano.

Las dependencias papales estaban desiertas y el habitual bullicio de idas y venidas por los pasillos había sido reemplazado por el discreto sisear de las alpargatas de la hermana Judith. La religiosa se acercó para dejar un plato humeante de verduras cocidas sobre la mesa del Papa.

Julio IV torció un poco el gesto. No le gustaban las verduras.

—¿Otra vez? —Se quejó.

La hermana Judith se encogió de hombros para, a continuación, volver por donde había venido.

—¿Sabía Su Santidad que Sor Judith era anglicana? —Dijo el Padre Cárdenes señalando con la barbilla a la veterana carmelita.

El Papa continuó mirando las verduras con gesto de desaprobación.

—Se convirtió al catolicismo acompañando a una amiga enferma que sanó en Lourdes.

El Papa enterró el tenedor entre un montón de judías verdes.

—Es increíble el poder que tiene la fe. —Afirmó el Padre Cárdenes.

—¡La Fe verdadera! —Afirmó Julio IV mientras se llevaba un trozo de coliflor hervida a la boca.

El jesuita aprovechó el momento para volver a tratar con el Papa una delicada cuestión.

—Santo Padre.

—Dime, Lorenzo.

—¿Cuando nos iremos de la ciudad?

El Papa miró con compasión a su ayudante. El joven sacerdote tenía miedo.

—Cuando Dios quiera.

El Padre Lorenzo negó con la cabeza. Temía aquella respuesta.

—¿No sería mejor marcharnos como han hecho todos los demás? ¿Qué pasará con la Iglesia si le ocurre algo al Papa?

Julio IV sonrió con tristeza.

—¿No ves, Lorenzo, que mi sitio está aquí, en Roma?

—¡Su Santidad se está poniendo en peligro de muerte! —Exclamó angustiado el Padre Cárdenes.

—Peligro de muerte... —Reflexionó el Papa.

—¿Es que no lo ve?

—No debes preocuparte por mí. —Dijo Julio IV. — Dios no querrá que me pase nada. ¡Soy su mejor enlace!

El Padre Cárdenes no pudo evitar sonreír. Aquel hombre siempre le

desconcertaba.

Julio IV miró el rostro del sacerdote.

—¿Tienes miedo, Lorenzo?

—No quiero morir. —Confesó.

El Papa asintió comprensivo.

—Marcha Lorenzo. Ve tranquilo. No te preocupes por mí.

El Padre Cárdenes respondió con firmeza.

—No pienso dejarle aquí.

Julio IV comprendió con tristeza que era inútil insistir.

Llevaban días con la misma discusión, llegando siempre al mismo desenlace.

—Estoy cansado. Será mejor que me vaya a acostar. —Concluyó el Santo Padre.

Mientras el papa se retiraba, Lorenzo miró de nuevo al triste plato de verduras que continuaba casi intacto sobre la mesa.

—Señor... ¡Ayúdanos! ¡Por favor, no permitas la dispersión de tu Iglesia! —Pensó con un nudo en la garganta.

Sor Judith no encontró el cuerpo del Papa Julio IV en la biblioteca hasta bien entrada la madrugada.

El cadáver pendía rígido del techo y tenía la cara amoratada, con la lengua pugnando por salir entre los labios azules.

El padre Cárdenes acudió alarmado ante los gritos de la religiosa.

—¡No! ¡No! ¡Así no! ¡Así no! —Exclamó el sacerdote ante el cuerpo del Papa.

La hermana Judith se arrodilló.

La visión que tuvo en Lourdes se manifestó de nuevo, con claridad, en su cabeza.

El hombre colgado.

Tal y como La Virgen se lo había mostrado tantos años atrás.

Nuestra Señora había pronunciado dos palabras.

—Ad finem.

Nápoles.

Italia.

Viernes Oct./17/2036

Wicca +21

Bianca siguió a la multitud que, eufórica, doblaba la esquina de la Vía Egiziaca con la calle de la Iglesia de la Santísima Anunciación.

La Procesión llevaba horas nutriéndose de la luz temblorosa de cientos de antorchas que venían de incontables puntos en la ciudad.

Bianca dio un salto, danzando al rítmico compás de las consignas con la sensación de estar participando en algo grande. El subidón de adrenalina le transportó de nuevo a las manifestaciones estudiantiles que habían sacudido Italia durante los primeros compases del gobierno de Filippo Bensi, sólo que en esta ocasión, todo parecía mucho más vívido. Más intenso.

Los *fratelli* no paraban.

—¡La morte danza!

¡La notte ammazza!

¡La ora arriva!

¿Uno? ¡Non basta!

Cientos de teas culebrearon por las calles hasta llegar al pórtico de la basílica.

Ave Gratia Plena.

El friso dorado de la vieja iglesia reflejaba a la congregación aullante, distorsionando las figuras en un remolino de llamas y capas negras.

Ave Gratia Plena

La masa se juntó con el objetivo de derribar el portón a golpes.

Bianca se subió a un Fiat blanco.

Puño en alto exclamó.

—¡La morte danza!

¡La notte ammazza!

¡La ora arriva!

¿Uno? ¡Non basta!

La puerta cedió y la nave central se vio pronto invadida por las antorchas humeantes. Había una decena de fieles rezando frente al sagrario.

Pronto se vieron rodeados por los rostros sudorosos y desencajados de los *fratelli*.

El padre Rossi se adelantó para protestar.

—¡Fuera de aquí demonios! ¡Fuera de la Casa de Dios!

Un fuerte golpe en la sien propinado con el mango de un machete lo derribó antes de que pudiera decir más.

Bianca escuchó excitada los sollozos de los fieles que habían sido sacados a rastras fuera de la iglesia.

Una figura encapuchada, el *Frate Nero*, subió a una improvisada tarima.

Sin pronunciar una sola palabra y con el rostro cubierto por una máscara veneciana el *Frate* hizo un gesto teatral para preguntar a la multitud. ¿Qué debían hacer?

—¡*Fuoco!* ¡*Fuoco!* ¡*Fuoco!* —Gritaron.

Las primeras llamas comenzaron a lamer los muros de la Iglesia de la Santísima Asunción mientras las vidrieras estallaban y una gruesa columna de humo se elevaba hacia el cielo de la ciudad. El hombre oscuro sujetó al párroco inconsciente por el cuello. Bajo la danza del fuego, y como si de un macabro sainete se tratara, lo mostró gesticulando a la muchedumbre.

Una mujer gritó.

—¡La muerte!

—¡Baila! —Respondió la gente.

—¡La Noche!

—¡Mata! —Exclamó Bianca con todas sus fuerzas.

—La hora... —Dijo el *Fraile Negro* con voz de falsete.

—¡Llega! —Gritaron los *fratelli* con júbilo alzando las antorchas.

—¿Uno?

—¡NO BASTA! —Exclamó la serpiente antorchada mientras el encapuchado degollaba al sacerdote con precisión.

La gente chilló enfervorizada.

Bianca, contagiada por una salvaje euforia, bailó enloquecida.

Las procesiones de *Fratelli* surgieron espontáneamente en Nápoles como un movimiento de protesta por la incompetencia de las autoridades a la hora de gestionar la crisis provocada por la enfermedad.

—Los curas dicen que hay que rezar. —Le dijo Bianca a su madre.

La señora Taci miró con tristeza a su hija desde la cama en la que llevaba años postrada.

—Bianca... —Dijo con voz débil.

La muchacha, de tez blanquísima, labios finos y grandes ojos negros apretó los puños.

—Márchate Bianca... Abandona la ciudad, como hacen todos.

—¡No pienso dejarte! —Exclamó Bianca dando un puñetazo contra la pared.

—No te preocupes por mí. —Dijo su madre.

—No se puede confiar en el gobierno. Los ricos. ¡Quieren quedarse con todo!

Nápoles estaba casi desierto. Miles de personas se hacinaban en el puerto, compartiendo espacio junto a las columnas de refugiados provenientes de todo el norte de Europa.

—Han sido expulsados por las élites. Llevan tiempo planeando algo así pero Nápoles resistirá. Los *fratelli* resistirán. No te preocupes. —Le explicó Bianca a su madre.

Los barcos llegaron y, en cuestión de horas, partieron de nuevo envueltos en ramilletes de seres humanos que colgaban de las escalas enganchadas a cubierta.

No todos pudieron subir a bordo. Muchos se quedaron en los muelles mirando.

—Si esperabas lo suficiente, podías ver los cuerpos caer al mar. —Recordó Bianca.

Cuando la ciudad quedó a oscuras debido a los cortes de energía, los *Fratelli* se organizaron en rondas nocturnas que, bajo la luz de sus antorchas, patrullaban las calles para mantenerlas a salvo de los saqueadores. Pronto empezaron los primeros linchamientos.

—Los que no hemos huido, tenemos que defendernos. —Razonó Bianca justificando las ejecuciones.

Su madre negó con la cabeza.

—*Napoli appartiene al diavolo...*

- Nápoles pertenece al Diablo. —Bianca bajó del coche repitiendo las

últimas palabras de su madre.

Bianca reanudó la marcha junto a la multitud.

En la Vía Pietro Colleta un grupo de chicos jaleaba a una pareja que se revolcaba en un portal.

Un joven pelirrojo, se fijó en Bianca al pasar.

—¡Eh! ¡Tú! —Exclamó el muchacho con acento extranjero. —¿Quieres divertirte?

Bianca se acercó.

—¿Te apetece? —Preguntó el chico mostrando una bolsa repleta de pastillas.

—La noche mata... —Dijo Bianca con una sonrisa torcida.

—Tú lo has dicho. —Respondió el desconocido poniendo varias cápsulas en su boca.

Bianca besó en la boca al muchacho y continuó su camino.

Las calles vacías y oscuras de Nápoles la envolvieron distorsionadas por el efecto de lo que acababa de ingerir.

Un calor intenso le abrasaba el pecho.

Al principio el sonido de la percusión llegó amortiguado.

—¿Qué son esos tambores? —Se preguntó intentando averiguar su procedencia.

A medida que se acercaba, los ecos provenientes del edificio del Grand Hotel Europa, comenzaron a resonar por todo su ser.

En la entrada, el ritmo atronador la arrastró hacia el interior.

—Bienvenida. —Dijo una mujer desnuda con cabeza de caballo dando paso a un amplio hall.

Bianca saboreó la escena.

Un centenar de cuerpos se entrelazaban al compás de la percusión. Un mar de pieles doradas bañadas en purpurina bailaban ante ella en una inmensa mascarada de cuerpos esbeltos que se alternaban entre los rostros flácidos de un extraño grupo de ancianos.

—¡Nápoles pertenece al diablo! —Le susurró uno de ellos.

Bianca subió por la escalinata que daba a las habitaciones.

—¿Qué es este lugar? —Se preguntó.

Un largo pasillo de puertas abiertas representaba su propio espectáculo

en cada interior. Se extendía hasta el horizonte.

En uno de los habitáculos un hombre con cuchillos en la boca cantaba, cortándose las encías con cada estrofa.

—¡La morte danza!

¡La notte ammazza!

¡La ora arriva!

¿Uno? ¡Non basta!

En otra estancia, una enorme serpiente constreñía la cintura de una mujer, obligándole a regurgitar un montón de pastillas.

—¿Te diviertes?... ¿Niña?... —Le susurró al oído otro anciano.

Por primera vez, tuvo miedo.

—¿Dónde estoy?

La noche comenzó a dar paso a un amanecer lechoso en Nápoles cuando un gato orinó sobre el cadáver de Bianca Taci. El cuerpo, tirado en un portal, yacía junto al de un muchacho pelirrojo de mirada vacía.

A su lado, una bolsa salió volando arrastrada por el viento.

¡Nos vamos a la Zona Muerta!

3sParTaKus_366.

2.6 M visualizaciones.

3sParTaKus_366: ¡Hola gente bienvenidos al canal! ¡Aquí Espartakus 366 retransmitiendo para todos vosotros!

(La cámara enfoca un prado situado en un pequeño montículo. Apoyadas contra un cercado, dos motos. La cámara hace zoom sobre una de ellas.)

3sParTaKus_366: Supongo que os estaréis preguntando... ¿Qué hace Espartakus en el campo?

(Se escucha sonido de alguien imitando el balido de una cabra. A continuación, risas.)

3sParTaKus_366: Coño Maki, va...

(La cámara enfoca la cara de Espartakus.)

3sParTaKus_366: Pues dándole al coco, he pensado que sería bueno para el canal subir un contenido diferente... Algo en plan, máximo nivel de *epicidad*.

(Se escuchan más risas)

3sParTaKus_366: Así que he agarrado a mi colega, el *Maki*, y hemos cogido las motos.

(La cámara enfoca al Maki.)

El_Mak1: ¡Holaaaaaaaaa!

(La cámara enfoca las afueras de un pueblo visto desde la colina.)

3sParTaKus_366: ¡Y nos vamos a meter de lleno en la Zona Muerta!

(Se escucha al Maki tarareando la Marcha Imperial de La Guerra de la Galaxias.)

El_Mak1: Fijo que hay zombies.

(La cámara enfoca de nuevo al Maki que está sentado sobre una piedra.)

3sParTaKus_366: Joder Maki... No me seas acémila, no me seas acémila...

(El Maki imita el rebuzno de un burro. La cámara enfoca de nuevo el pueblo en el que no se ve ni un alma. Sonido de risas.)

3sParTaKus_366: ¿Tú sabes lo que significa Wicca? Se lo inventó una periodista noruega.

El_Mak1: ¿Está buena?
(La cámara enfoca al Maki. Risas.)

3sParTaKus_366: Pero que burro eres...

El_Mak1: Va tío, no seas cabrón.
(La cámara hace ahora un primer plano del rostro de Espartakus)

3sParTaKus_366: Wicca es el nombre que le pusieron al virus.

El_Mak1: Pues menudo nombre de mierda.
(La cámara enfoca de nuevo al pueblo y hace zoom sobre un caballo pastando dentro de un corral.)

3sParTaKus_366: ¿Cómo lo hubieses llamado tú?

El_Mak1: Pues...
(La cámara enfoca a Espartakus, luego al Maki.)

3sParTaKus_366: ¡Atención!
(Sonido de redoble de tambor)

El_Mak1: No sé tío... Un nombre Japonés todo guapo... Akame o Shotaro... O algo así.

3sParTaKus_366: ¿Japonés? ¿En serio?

El_Mak1: No se tío...

3sParTaKus_366: ¿Pero tú te piensas que todo el mundo es tan friki como tú? Inadaptado... Que eres un inadaptado.
(Sonido de risas)

3sParTaKus_366: Wicca es una religión que reivindica la brujería. Adoran a la Diosa de la Luna y a un Dios Astado que también se identifica con el sol. En su artículo, la periodista hace referencia a la aparición del virus como por arte de magia por eso la referencia se hizo popular.
(La cámara enfoca al cielo)

El_Mak1: ¡Hostia cómo mola! ¿No?
(La cámara hace zoom sobre el rostro de El Maki.)

3sParTaKus_366: No te enteras de nada Maki.

El_Mak1: ¿Y cómo sabes tú todo eso?

3sParTaKus_366: Porque a diferencia de ti, yo no estoy todo el día pegado a la consola.

El_Mak1: Estás picado porque te humillo.
(La cámara enfoca rápidamente a Espartakus.)

3sParTaKus_366: Gente del canal, ni caso a este loser.

El_Mak1: ¿Próximo reto victoria sólo a pistola?
(La cámara enfoca a los dedos de Espartakus que hacen el símbolo de la victoria)

3sParTaKus_366: Hecho.
(Sonido de risas.)

El_Mak1: ¿Bueno, vamos o qué?
(La cámara toma una panorámica del pueblo.)

3sParTaKus_366: No se ve a nadie.

El_Mak1: ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

3sParTaKus_366: Vamos desgraciado... Que eres un desgraciado...
(Risas. La cámara enfoca al suelo. Sonido de pasos bajando la colina.)

El_Mak1: ¿Y si hay muertos? ¿Qué hacemos?
(Sonido de respiración jadeante. La cámara muestra un camino de gravilla y un letrero.)

3sParTaKus_366: Villaseca de la Sagra.

El_Mak1: Provincia de Toledo.

3sParTaKus_366: El ombligo del mundo.
(Risas.)

3sParTaKus_366: Yo no he visto nunca un muerto.

El_Mak1: Yo tampoco.
La cámara enfoca un corral. Hay un cobertizo con la puerta abierta.

3sParTaKus_366: ¿Entramos?

El_Mak1: Me da mal rollo, tronco.

3sParTaKus_366: ¿Ahora te vas a rajar?

El_Mak1: Pero...
(La cámara se introduce en el cobertizo.)

3sParTaKus_366: ¿En serio te crees lo que dicen?

El_Mak1: Claro que no.

3sParTaKus_366: Pues para eso estamos aquí, amigos del canal. Para comprobarlo en directo, con todos vosotros.
(La cámara muestra el interior del cobertizo. Hay ropa de hombre)

desgastada colgada en una pared junto a algunos aperos de labranza.)

3sParTaKus_366: ¿Ves? Nada. No hay muertos.

El_Mak1: Menudo fail.

(La cámara sale de cobertizo y se adentra en el pueblo a través de su calle principal. Las puertas de la mayoría de las casas están abiertas. Un perro flaco y de aspecto macilento sale de un bar.)

3sParTaKus_366: Aquí no hay nadie.

El_Mak1: Tío...

(La cámara enfoca la fachada del ayuntamiento en la Plaza Mayor.)

3sParTaKus_366: ¿Qué?

El_Mak1: Me duele la cabeza.

(La cámara enfoca al Maki. Un hilo de sangre recorre la comisura de sus labios.)

3sParTaKus_366: ¡Coño! ¡Maki!

El_Mak1: Tío...

3sParTaKus_366: ¡Buah loco! ¡No jodas! ¿Qué te pasa?

(La cámara se comporta erráticamente. Imagen del suelo. Imagen de la camisa de El Maki. Imagen de la plaza.)

3sParTaKus_366: ¡Maki di algo! ¡Maki! ¡Maki!

(La cámara ahora enfoca al suelo. Pantalla en negro. Corte de la emisión.)

Cuenta de Twitter de la Guardia Civil.

Guardia Civil.

@guardiacivil

PERFIL OFICIAL. Este canal no atiende denuncias, en caso de URGENCIA o EMERGENCIA llama al teléfono 062.

España. guardiacivil.es/es/institución...
499 siguiendo. 13.1M Seguidores

Guardia Civil.@guardiacivil. 2h
#Crisis_Wicca

Desaparecido: José Manuel Hernández Quílez. Alias 3sParTaKus_366. Edad: 21. Última ubicación conocida: Villaseca de la Sagra. Provincia de Toledo. ZONA RESTRINGIDA. Si sabes algo. 062. #Colabora.

Guardia Civil.@guardiacivil. 2h
#Crisis_Wicca

Desaparecido: Francisco Javier López Martos. Alias #El_Mak1. Edad: 19. Última ubicación conocida: Villaseca de la Sagra. Provincia de Toledo. ZONA RESTRINGIDA. Si sabes algo. 062. #Colabora.

Guardia Civil.@guardiacivil. 2h
#Crisis_Wicca

Desaparecida: María Eugenia Díaz González. Edad: 35. Última ubicación conocida: Mocejón. Provincia de Toledo. ZONA RESTRINGIDA. Si sabes algo. 062. #Colabora.

Guardia Civil.@guardiacivil. 2h
#Crisis_Wicca

Desaparecido: Luis Díaz Rodríguez. Edad: 64. Última ubicación conocida: Algodor. Provincia de Toledo. ZONA RESTRINGIDA. Si sabes algo. 062. #Colabora.

Guardia Civil.@guardiacivil. 1h
#Crisis_Wicca

Desaparecido: Inocencio Gómez García. Edad: 76. Última ubicación conocida: Cardenete. Provincia de Cuenca. ZONA RESTRINGIDA. Si sabes algo. 062. #Colabora.

Guardia Civil.@guardiacivil. 1h
#Crisis_Wicca

Desaparecido: Pedro Ramírez Flores. Edad: 12. Última ubicación conocida: Bugarra. Provincia de Valencia. ZONA RESTRINGIDA. Si sabes

algo. 062. #Colabora.

Capítulo 4

Marsala. Sicilia.

Italia.

Sábado Oct./18/2036

Wicca +22

La mujer encogió las piernas y se acurrucó contra la pared metálica de la bodega.

El *Stellante* se mecía suavemente sobre las aguas del puerto de Marsala, no obstante, Charlotte tenía ganas de vomitar.

Olía a sudor y a miedo.

—¿Qué nos van a hacer? —Preguntó una joven de cabello oscuro.

Charlotte cerró los ojos para volver a Milán.

—Las chicas han estado estupendas en la pasarela.

Mássimo estaba exultante y ella se deslizaba como un hada madrina entre sus pupilas.

—Como siempre. — Respondió Charlotte.

—Un cocktail maravilloso —¿No crees? —Le preguntó Vittorio observando el atardecer desde la terraza del Hotel Mandarin Oriental.

—¿Acaso no lo son todos, querido? —Preguntó Charlotte sonriendo.

Vittorio bostezó aburrido.

—¿Cuándo vas a trabajar para mí?

—Mi agencia no trabaja *para* nadie. Estas chicas trabajan *con* los mejores. Es algo que ya deberías saber.

Vittorio emitió un bufido.

—*Los mejores...* —Pareces una vulgar cotorra.

Charlotte tomó un sorbo de vino blanco.

—Me encanta cuando te pones insoportable. —Dijo dejando con la palabra en la boca al diseñador de moda íntima femenina más prometedor del momento.

Mássimo, viendo la escena, acudió al rescate.

—Charlotte. ¡Estás radiante! ¿Te está molestando Vitto?

—Mi nombre es Vittorio. —Respondió el joven visiblemente molesto.

—Y ahora, si me disculpáis... —Añadió encaminando sus pasos en dirección al bar.

Mássimo Liberto enarcó una ceja y sonrió.

—¿Se ha enfadado?
Charlotte negó despacio con la cabeza.
—Puede ser tan enternecedor como insoportable.
—¿Trabajarás con él?
—¿Te importa? —Quiso saber Charlotte.
—Ya sabes que soy un celoso. —Afirmó Liberto.
—Si no lo hago yo, lo hará la competencia. Espero que lo entiendas.
Máximo suspiró.
—Que remedio...
Charlotte le dio un beso en la frente.
—Aunque trabajes con Vittorio, seguirás siendo maravillosa.
—Lo sé... —Respondió Charlotte haciendo tintinear su pulsera de diamantes.

El capitán del *Stellante* tomó un trago directamente de la botella, se rascó una axila y eructó.
—Esto no vale nada.
—Está hecha de oro y diamantes... —Murmuró Charlotte.
El hombre guardó la pulsera en un cajón y le miró con indiferencia.
—Si quieres partir con nosotros, vas a tener que esforzarte más.
Charlotte tragó saliva.
—Ya no eres joven. ¿Qué edad tienes?
—Cuarenta y seis.
El Capitán miró al hombre que tenía al lado y luego clavó sus ojos en ella.
—La encontramos bajo los cadáveres.
El Capitán asintió.
Charlotte evocó de nuevo la escena.
La muchedumbre en el puerto de Marsala intentando subir al barco. A continuación, los disparos. Sintió que la empujaban. Cayó al suelo, un cuerpo cayó encima, luego otro y otro... A partir de ahí, sólo silencio.
—¿Qué hacemos con ella?
—Llévala abajo con las demás. —Dijo finalmente el Capitán.
Charlotte bajó la cabeza aliviada.
Había tenido suerte.

El barco se escoró de forma repentina, haciendo que algunas chicas cayeran al suelo en la bodega.

—¡Sujetaros bien! —Dijo una voz en la oscuridad.
Charlotte intentó recordar sus últimos días en París.

Crystal entró en su despacho con andares de pantera y una mirada tan cautivadora como falsa.

El sol iluminaba toda la estancia y la amplia cristalera ofrecía una panorámica envidiable de los Campos Elíseos.

—¿Qué va a pasar con Milán?

Charlotte apagó el ordenador y prestó atención. La chica era su activo máspreciado.

—Nada.

—¿Y la cuarentena?

Charlotte sabía de lo que Crystal estaba hablando. París estaba en cuarentena pero ella tenía contactos.

—No tienes de que preocuparte. Iremos a Milán.

Crystal hizo una mueca que reflejaba desgana.

—Estoy cansada. Quiero parar.

—Máximo te necesita en su nueva colección.

La joven movió sus ojos felinos en un gesto de desesperación.

—Máximo esto... Máximo lo otro... Estoy harta.

—Es el mejor y paga muy bien. —Respondió Charlotte.

Crystal cogió un caramelo del cenicero de ónice que estaba en su escritorio.

—Muy bien. Quiero el treinta por ciento.

Charlotte respondió al desafío con calma.

—Veinte.

—Treinta.

La dueña de la agencia de modelos más importante de Francia, apretó con fuerza la estilográfica. Por un momento, temió romperla.

—El veinticinco por ciento y no se hable más, Crystal.

La joven se quedó un momento pensativa.

—¿Sabes lo que creo Charlotte?

—Tú dirás.

—Creo que no voy a renovar mi contrato con tu agencia.

Charlotte recogió velas. Había perdido.

—Muy bien. El treinta por ciento.

Crystal sonrió.

—De acuerdo y ahora te dejo. Tengo que hacer algunas compras.

—Con mi dinero, zorra. —Pensó Charlotte mientras acompañaba a Crystal a la puerta.

Las noticias que se recibieron de París después del desfile en Milán no resultaron alentadoras.

—Revueltas, saqueos por todas partes... Toda la situación es un caos. —Afirmó Charlotte.

—Parece que salimos de la ciudad justo a tiempo. —Respondió Máximo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Iremos al sur.

Charlotte intentó acomodarse sobre el frío suelo de la bodega.

—Al sur... Siempre al sur. —Murmuró

La puerta se abrió y una claridad mortecina inundó la estancia. Las pupilas de Charlotte se dilataron junto a las de las mujeres que la acompañaban. La sombra del Capitán, habló desde la puerta.

—Bienvenidas a la cuarta travesía del *Stellante*, señoritas. ¡Son ustedes unas privilegiadas! En estos momentos dejamos atrás las infectadas costas europeas para alcanzar las doradas playas de África, donde Wicca no puede llegar. ¡De todos es sabido que el virus no soporta los cambios bruscos de temperatura!

Algunas chicas asintieron aliviadas.

Charlotte se tomó un momento para estudiar sus caras.

Todas eran muy jóvenes. Algunas, casi niñas.

—Por motivos de seguridad, permanecerán aquí tranquilas, hasta que toquemos puerto. Colgando del techo verán recipientes para... Bueno... Ya saben...

Una risita se escuchó proveniente del pasillo.

—Les daremos comida y bebida tan pronto Luigi, nuestro cocinero de abordo tenga a punto las raciones. ¡Disfruten del viaje!

El portón se cerró con un golpe seco.

Charlotte se vio de nuevo sumida en la oscuridad.

—¿Qué van a hacer con nosotras? —Preguntó una chica.

—¡Silencio!

—¿Qué nos van a hacer? —Insistió la joven.

—¡Cállate! —Respondió otra voz desde el fondo de la bodega.

—Dios mío... ¿Qué estoy haciendo aquí?

—¡He dicho que cierres el pico! ¿Quieres que te tiren por la borda? —

Volvió a exclamar la voz.

Una mano tocó a Charlotte en el hombro.

—¿Estás bien?

Charlotte alzó la mirada.

Una mujer de mediana edad sonreía delante de ella.

—Mi nombre es Paola Ciampi.

—Yo soy Charlotte Bissette.

—Tú y yo. Tenemos que ser fuertes.

—No sé a qué te refieres.

—Alguien tendrá que cuidarlas.

—¿Cuidarlas? —Preguntó Charlotte desconcertada.

—Sí.

—Sigo sin comprender. —Dijo Charlotte.

—En África, pagarán bien por ellas.

Charlotte cerró los ojos.

—No es mi problema. —Respondió.

Bahía de Skida.

Argelia.

Domingo Oct./19/2036

Wicca +23

—¡Merzak! ¡Merzak despierta!

El teniente Merzak Ghezali abrió los ojos sobresaltado.

Tendido como estaba en uno de los estrechos catres del bunker, su voluminoso cuerpo tardó en reaccionar.

—¿Qué ocurre? —Preguntó tratando torpemente de incorporarse.

Un soldado le miraba con apremio desde la entrada.

—¡Están aquí!

—Ya voy... —Respondió malhumorado.

—¡Deprisa!

Merzak suspiró.

—¿Es que ninguno de mis estúpidos subordinados puede hacer nada por sí mismo? —Pensó afrontando el desafío que suponía atarse las botas.

Las voces de fuera le hicieron desistir. El Teniente Ghezali se puso su gorra de oficial y salió al exterior descalzo y en camiseta.

No podía creer el espectáculo que tenía ante sus ojos.

Cientos de embarcaciones de todo tipo se estaban internando lentamente en la bahía.

Los hombres no paraban de gesticular.

—¿Pero qué demonios...? —Murmuró.

—¿Qué hacemos Merzak?

El teniente era un buen hombre al que le gustaba mantener una actitud afable, casi paternal con los muchachos. Conocía bien a cada uno de los jóvenes integrantes de la batería costera y éstos solían llamarle por su nombre.

—¡Eh! ¡Merzak! ¡Juega con nosotros a las cartas!

El teniente los miraba y se reía de buena gana. Cualquier otro hubiese interpretado tanta familiaridad como una falta de disciplina pero Merzak sabía que sus hombres responderían mejor si las relaciones estaban fundamentadas, no tanto en la jerarquía como en el compañerismo.

La posición de la isla de Sridjina, que junto a su homónima emplazada en el cabo Fer, constituía la línea de defensa en la bahía, estaba formada por cinco viejos cañones BS-3 de fabricación soviética y varias ametralladoras

pesadas Browning; adquiridas en el mercado negro tras la segunda guerra de Irak.

—Es material obsoleto, pero bien cuidado, funciona perfectamente. — Solía decir Merzak a los nuevos reclutas que se incorporaban cada año a la posición.

Otro de los soldados volvió a preguntar.

—¿Qué hacemos teniente?

Merzak se tomó un instante para pensar.

—Todos a sus puestos. Brahim, contacta con el cuartel general en Argel.

—En seguida señor. —Respondió el operador de radio.

Merzak entró de nuevo en el bunker, malhumorado.

Aquel iba a ser un día complicado.

El general Bachir observó con cuidado la inclinación del green.

Un put demasiado fuerte y toda la mañana se iría al traste.

—¿Tú qué dices Mourad?

El asistente tragó saliva.

—No lo sé mi General.

—No lo sé... No lo sé... ¿Y para qué te quiero a mi lado si nunca sabes nada? —Preguntó el general agachándose por enésima vez sobre el césped.

El alférez Mourad puso cara de circunstancias.

El General Bachir contuvo la respiración, miró al hoyo dieciocho y alzó ligeramente el pie izquierdo antes de golpear.

La repentina aparición de un carro interrumpió su concentración. La bola salió despedida con demasiada fuerza.

—¡Merde! —Exclamó.

Un hombre enfundado en un traje oscuro se acercó.

—Le necesitan en el cuartel general, señor.

Bachir miró a su interlocutor irritado.

—¿Quién demonios es usted?

El individuo mostró su identificación.

—Departamento de Información y Seguridad.

El general se llevó las manos a la cintura.

—¿Y qué es lo que quiere el DRS? ¿No ve que estoy jugando?

El general Bachir fue trasladado al cuartel general donde le esperaba una sala llena de mapas. El mayor de ellos estaba cubierto de líneas rojas por todo

el Mar Mediterráneo.

El ministro del interior tomó la palabra.

—Son miles de barcos cargados de refugiados. Es imposible saber cuánta gente navega en estos momentos hacia nuestras costas.

El estrecho de Gibraltar era una gran mancha roja. El general Bachir compadeció a las autoridades marroquíes.

Aprovechando una pausa en el discurso del ministro, preguntó.

—¿Y qué propone que hagamos?

El ministro se removió incomodo en su asiento.

—Esto es solo el principio. —Dijo señalando al mapa.- Creemos que a lo largo de los próximos meses, centenares de miles, puede que millones de europeos, traten de alcanzar Argelia.

—Son seres humanos. —Apuntó la embajadora ante Naciones Unidas Malika Bensmail.

—No traen más que miseria y enfermedad. —Respondió cortante el General Bachir.

—Según la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados, estamos obligados a...

—No estamos obligados a nada. —Afirmó Bachir. —No podemos acogerlos a todos.

—¿Y quién puede afirmar que no ocurrirá en nuestro país? No sabemos nada de ese virus. —Afirmó Malika.

—Será entonces la voluntad de Alá. —Concluyó el general.

—¿Y mientras tanto? —Pregunto el ministro.

—Hay que defender el país. —Afirmó el general con rotundidad.

—Si esa enfermedad cruza el mar, puede que sea nuestra gente la que acabe pidiendo asilo. —Apuntó Malika con serenidad.

—¿Por qué habríamos de ser solidarios con Europa? —Preguntó Bashir. Malika guardó silencio.

—París destruyó el túnel del canal de la Mancha. Inglaterra cerró su frontera con Escocia. En esta crisis, cada uno mira por lo suyo, embajadora.

Los miembros del comité asintieron con convicción.

—¿Necesita más ejemplos? El puente de Oresund fue dinamitado por Copenhague y centenares de miles de suecos murieron en las frías aguas del báltico. ¿Por qué tenemos que ser diferentes?

—Fueron decisiones duras. —Quiso matizar la embajadora.

—¿Decisiones duras? ¿Y qué decir de Rusia? Aprovechando la

situación, sus divisiones han ocupado la maltrecha Ucrania y las amenazas sobre Georgia no cesan. No creo que sea necesario recordar lo que ocurrió en Kiev.

Bachir hizo una pausa.

Malika volvió a recordar la indignación de la comunidad internacional ante los acontecimientos de Kiev. Ni siquiera el emotivo discurso del nueve de octubre en Ginebra pronunciado por un Secretario General de Naciones Unidas exhausto y de aspecto demacrado, había servido para detener las matanzas.

El general se puso en pie.

—¡Yo digo que defendamos la costa!

Malika Bensmail se ajustó el hiyab antes de hablar por última vez.

—Van ustedes a cometer un inmenso error.

El general Bachir estalló.

—¡Guarda silencio, mujer!

El viejo ferry que solía hacer la travesía del Estrecho de Mesina hizo sonar alegremente las bocinas al surcar perezosamente las aguas a sólo unos metros de la batería costera de Sridjina.

La multitud se agolpaba eufórica en las cubiertas señalando las playas de la bahía.

Hombres, mujeres y niños saludaban a los soldados que, atónitos en sus posiciones, contemplaban la insólita escena.

—¿Ves Lucca? ¡Hemos llegado! —Susurró Henrietta al oído del pequeño que sujetaba en brazos. La suave brisa de la bahía le acariciaba el pelo.

—¿A dónde? —Preguntó el niño.

—¡África! —Exclamó exultante Henrietta.

—¿Y Wicca?

La mujer miró con ternura a su hijo.

—Aquí estamos a salvo. Wicca no puede cruzar el mar.

—¿No puede?

—¡No! —Afirmó Henrietta con una sonrisa.

Lucca clavó su mirada de seis años en la pequeña isla que lentamente iba quedando a un costado del barco.

—¡Saluda! ¡Vamos! ¡Saluda!

Lucca agitó ambas manos.

El Teniente Ghezali cerró la comunicación con Argel, se ajustó la gorra y miró al operador de radio que le acompañaba.

Con voz ronca, dio la orden.

—Fuego.

Los jóvenes artilleros se miraron petrificados.

—¡ABRAN FUEGO!

Atlanta. Georgia.

Estados Unidos.

Lunes Oct./20/2036

Wicca +24

La piscina pública del Parque Grant presentaba un aspecto triste y descuidado. El agua, verduzca, apenas llegaba a la marca que delimitaba un cuarto de su capacidad y Kate escuchó disparos en la lejanía al tiempo que una figura surgía proveniente de los vestuarios.

—¿Señorita Brennan?

Kate observó a su interlocutor antes de contestar y quedó impresionada de cuánto había cambiado en tan poco tiempo.

Jerome Swift estaba más delgado y tenía la tez pálida, casi acartonada.

- ¡Doctor! —Exclamó Kate. —¡Recibió mi mensaje!

Jerome asintió.

—Ayer por la tarde.

Kate sonrió.

—Hoy hubiese sido imposible. —Dijo sacando del bolsillo su teléfono móvil.

—Lo sé. —Respondió Kate preocupada.

—No hay cobertura. Estos trastos ya no sirven para nada. —Afirmó Jerome arrojando el terminal a la piscina.

Otra repentina detonación provocó el vuelo de algunos pájaros ocultos entre los árboles.

—¿Ocurre a menudo?

—¿Los disparos?

—Si. ¿Ocurren a menudo?

—Los que seguimos en la ciudad nos hemos acostumbrado. ¿Qué le trae de nuevo por Atlanta?

Kate meditó su respuesta.

—No pude aterrizar en Nueva Orleans. —Mintió.

El doctor Swift enarcó las cejas.

—Así que este segundo encuentro es accidental.

Kate comenzó a caminar. Se sentía un poco incómoda.

—¿Le apetece un paseo por el parque? —Preguntó la joven.

—¿No tiene miedo?

—¿Debería tenerlo?

—Usted misma ha oído los disparos.

—Me arriesgaré —Contestó Kate sin tenerlas todas consigo.

Jerome observó a Kate y decidió internarse con ella en el parque.

—¿Ha podido hablar con el Presidente?

Kate se mostró evasiva.

—Estoy trabajando en ello.

El Doctor Swift se paró en seco para mirarla fijamente.

—Oiga... Señorita Brennan... No sé por quién me ha tomado.

Kate dio un respingo sorprendida.

—¿He dicho alguna inconveniencia?

—Si quiere sacar algo en claro, debe ser sincera.

Kate recordó la fría despedida que había tenido lugar en el despacho del Centro de Control de Enfermedades. No sabía si podía confiar en aquel hombre. No obstante, decidió arriesgarse.

—Muy bien.

—Le repito entonces la pregunta. ¿Qué está haciendo de nuevo en Atlanta?

Se sentaron en un banco. Hacía frío y el viento jugaba caprichosamente con las hojas caídas, arremolinándolas a sus pies.

—Necesito contrastar cierta información y usted es el único científico de los alrededores. —Dijo Kate sonriendo.

— Sólo soy un simple médico. —Afirmó Swift apesadumbrado.

—No me subestime doctor. Yo también se hacer mi trabajo.

—No sé a qué se refiere.

—Jerome Swift. Hijo de Robert y Carolina Swift. Licenciado en diversas disciplinas, incluyendo medicina, física y filosofía. Doctor Honoris Causa por el Baylor College of Medicine en Houston. Doctor Honoris Causa en Física y Astronomía por la Universidad de Wisconsin La Crosse. Durante diez años, máximo responsable del programa avanzado de física aplicada del MIT. En 2.004 deja la costa este y comienza a trabajar en Colorado para Cork Pharma, uno de los laboratorios más innovadores del país. Desde hace diez años, responsable del Centro Nacional de Control de Enfermedades en Atlanta. Usted no es un simple médico.

El Doctor Swift sonrió.

—Veo que ha hecho bien los deberes.

—¿Qué ocurrió en Massachusetts?

Jerome hizo una mueca desagradable.

—Me sentí traicionado. Decidí que lo mejor era poner tierra de por medio.

—Debió ser duro romper con todo.

—Lo fue. No me gusta hablar de ello. —Dijo Swift con rotundidad.

Kate asintió cambiando de tema.

—Acabo de llegar de Israel.

Jerome no pareció demasiado sorprendido.

—Es un largo viaje.

Kate continuó.

—Allí me entrevisté con un erudito, Salomón Rubin. ¿Le conoce?

— En los años noventa, solía prodigarse en ciertos círculos académicos, luego desapareció. Como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Rubin no desapareció. Se retiró de la vida pública para trabajar en un proyecto de máxima prioridad para Israel.

El doctor Swift la miró extrañado.

—Durante mi estancia en Rehovot, Rubin me habló de su labor.

—Será mejor que empieces por el principio. —Dijo Jerome visiblemente interesado.

—Todo transcurrió bajo fuertes medidas de seguridad. Me encontré con Rubin en una sus *oficinas*, como le gusta llamarlas.

—¿Oficinas?

—Por lo que pude ver, son potentes centros de procesamiento de datos. Están repartidos por todo el país y bajo tutela directa del Mossad.

Jerome Swift enarcó las cejas.

—Continúa...

—Fue en una de estas... *oficinas*... donde Salomón me explicó la razón por la que él opina que toda esta terrible pesadilla —Dijo Kate extendiendo los brazos.- está ocurriendo.

El Doctor Swift la apremió.

—¿De qué tipo de datos estamos hablando?

—Cálculos complejos procedentes de la Estación Espacial Internacional.

—¿Te refieres a *Harmony*? —Preguntó Jerome, perplejo.

—Hay un militar en la estación, un coronel del ejército. Él se encarga de recoger y enviar las mediciones. Por lo que sé, trabaja solo. Rubin también me preguntó por Paul Sander. La persona que el Times envió a *Harmony*.

Pensó que seríamos amigos.

—Recuerdo haber visto en las noticias algo al respecto.

—Quiso saber hasta qué punto lo conozco y los motivos de su presencia en la estación. ¿Por qué haría eso?

Swift parecía también desconcertado.

—Dejemos a Paul a un lado por el momento. Así que Israel está recogiendo una gran cantidad de datos provenientes del espacio. ¿Con que fin?

Kate se mordió los labios.

—Rubin cree que hay algo ahí fuera. Agujeros de gusano, portales... Según afirma, sólo es cuestión de encontrarlos.

El doctor Jerome Swift miró con extrañeza.

—Suenas ridículo... ¿Verdad?

—¿Y para eso has viajado tan lejos?

Kate intentó continuar.

—Rubin reconoce que su proyecto está todavía en pañales pero cree estar en el camino correcto. Sólo es cuestión de tiempo.

—Algo que ahora mismo no tiene. —Afirmó Swift.

Kate asintió.

—Rubin teme que, debido a su trabajo, hemos dejado señales...

—¿Señales?

—Una especie de marcas en el espacio tiempo que delatan nuestra posición.

—¿Nuestra posición? ¿A quién?

—No lo sé... Esta parte no pude entenderla bien. El caso es que Rubin afirma que nos enfrentamos a un evento de extinción.

—¿Un evento de extinción? —Preguntó Swift con un sudor frío.

—Algo así como un principio de acción – reacción. No soy científica. —Protestó Kate.

—¿Algo así como la reacción entre materia y antimateria?

—Supongo...

—Pero no hemos saltado por los aires.

Kate respiró aliviada.

—Por eso he venido. ¿Qué opina de toda esta locura?

El Doctor Swift se mantuvo pensativo.

—Lo más probable es que te estén utilizando para ocultar la verdad.

Kate se sintió ofendida.

—No soy ninguna estúpida.

El doctor Swift asintió.

—Será mejor que te marches de Atlanta, Kate.

Kate cerró un momento los ojos.

—¿Y usted? ¿Qué va a hacer?

Jerome se levantó del banco para dedicarle una mirada cansada.

—Atlanta va a necesitar a todos sus médicos. —Añadió con una media sonrisa.

Kate cogió las manos del Doctor.

—Gracias.

—Suerte, señorita Brennan.

Kate se encaminó hacia la entrada del parque, junto la piscina.

La conversación con el doctor Swift la había tranquilizado.

—Tengo un avión que coger. —Pensó.

El doctor la vio marchar.

—Serás idiota... —Se dijo.

Entonces dio la vuelta y aceleró el paso.

Tenía una llamada urgente que hacer.

Nada más alcanzar la entrada sur del parque, Kate escuchó otro disparo.

No demasiado lejos, en la estrecha avenida de tierra jalonada de bancos, setos y árboles oscuros la silueta de un hombre cayó al suelo.

Dos sombras se abalanzaron sobre el cuerpo despojándolo con rapidez de todas sus pertenencias.

Kate cerró la verja asustada y cruzó corriendo la calle.

A medida que fue cayendo la tarde, la mirada inerte del doctor Jerome Swift quedó sumida en la oscuridad, al igual que los pájaros en los árboles del parque.

Jerusalén.

Israel.

Martes Oct./21/2036

Wicca +25

Incoming call. /.....

Asset: Col. David Dayan. Israeli Air Force.

ID#:DD428568/K

Security Clearance: Granted.

Loc: International Space Station *Harmony*.

Status:Urgent/*.Encrypted.*

T&D: 18:36 h.Oct/21/2036.

Salomón Rubin: David. ¿Cómo estás?

Coronel Dayan: Ahora mismo no sabría cómo responder a esa pregunta, Salomón.

Salomón Rubin: Está a las puertas de Beirut, pronto caerá Bagdad y también Damasco.

(Silencio)

Coronel Dayan: ¿No hay forma de pararlo?

Salomón Rubin: No.

Coronel Dayan: ¿Estáis seguros?

Salomón Rubin: Hay un rumor que afirma que se detendrá en las latitudes templadas. Tonterías.

Coronel Dayan: ¿No es posible que en algún momento remita?

(Suspiro)

Salomón Rubin: David...

Coronel Dayan: Lo sé... Perdona. ¿Conseguiste la entrevista?

Salomón Rubin: No resultó fácil traerla hasta aquí.

Coronel Dayan: Puedo suponerlo.

Salomón Rubin: Bruce McKellen resultó útil. Él la convenció.

Coronel Dayan: Buen trabajo Salomón.

Salomón Rubin: Paul Sander no supone una amenaza. El presidente Wilkinson no sabe nada y Brennan nos ayudará a mantener el proyecto a salvo.

Coronel Dayan: ¿Qué le has dicho?

Salomón Rubin: Lo suficiente para que no haya creído ni una palabra.

Coronel Dayan: ¿Le has hablado de JASON?

Salomón Rubin: Hay ocasiones en las que la mejor manera de ocultar la verdad es decir la verdad.

(Silencio)

Coronel Dayan: ¿Y si algo sale mal? Si descubren lo que estoy haciendo. ¿Tienes idea de lo comprometido de mi posición en la estación?

Salomón Rubin: Hemos seguido los pasos de Brennan en Atlanta. Es una joven perspicaz. Consiguió hablar con el doctor Swift pero eso no es un problema. Ya hemos tomado cartas en el asunto. No te preocupes y en lo que respecta a la estación, Wang está de tu lado. ChinaKorp se juega tanto como nosotros en esto.

Coronel Dayan: Quizás no sea suficiente.

Salomón Rubin: Mantén la calma David, por favor, te lo ruego.

Coronel Dayan: Zaitsev va a colaborar. Es un tipo muy inestable. Aslan hará cualquier cosa que incomode a Wang así que se pondrá de parte del ruso. Juntos, pueden influenciar a Sander cuyo ascendente sobre la doctora Lehner constituye un desastre para nuestros intereses.

Salomón Rubin: Confía en Wang. Él lo traerá a nuestra causa.

Coronel Dayan: ¿Y si no lo consigue? ¡Estaremos divididos!

Salomón Rubin: ¿Cuál es tu nuevo cometido, David?
(Silencio)

Coronel Dayan: Sobrevivir. Preservar JASON para futuras generaciones. Devolver el golpe.

Salomón Rubin: *Harmony* debe sobrevivir. ¿Lo entiendes, David?

Coronel Dayan: ¿Y qué haremos si la doctora Lehner no está de acuerdo?

Salomón Rubin: La amistad que tiene con Paul Sander es la mejor manera de llegar hasta ella.

Coronel Dayan: Pasan mucho tiempo juntos.

Salomón Rubin: Convencida a Sander y ella cooperará. Aslan y Zaitsev no tendrán más remedio que ceder.

Coronel Dayan: Hablaré de nuevo con Wang.

Salomón Rubin: Él sabrá que hacer.

Coronel Dayan: ¿Algún progreso con la simulación?

Salomón Rubin: No.
(Silencio)

Salomón Rubin: Cuando llegue el momento, pondré fin a los cálculos y todo quedará convenientemente almacenado. Tendrán que ser otros los que concluyan nuestro trabajo, David.

Coronel Dayan: Y tú... ¿Qué vas a hacer Salomón?

Salomón Rubin: Me quedaré en Jerusalén.
(Silencio)

Salomón Rubin: He tenido una buena vida.

Coronel Dayan: No hables así.

Salomón Rubin: David. Manteneros unidos.

Coronel Dayan: De acuerdo.

Salomón Rubin: Suerte, David.

Coronel Dayan: Shalom, viejo amigo.

.....

END OF TRANSMISSION.

Jerusalén.

Israel.

Miércoles Oct./22/2036

Wicca +26

Salomón encendió el reproductor con el primer síntoma.

Llevaba un rato intentando mitigar el fuerte sabor a hierro en la boca pero ni los chicles de regaliz conseguían liberarle de aquella desagradable sensación.

Desde la mecedora, cerca del balcón, podía ver gran parte de la ciudad vieja de Jerusalén.

El murmullo de las oraciones provenientes de la Explanada del Templo se entrelazó con los últimos rayos de luz. La puesta de sol era magnífica y las casas languidecían fundiéndose lentamente con el negro de las esquinas y los tonos cada vez más ocres de los tejados.

Salomón respiró profundamente.

El crujir de la madera con el suave vaivén del viejo balancín se fue acompasando lentamente con las primeras notas.

Ev'rybody loves my baby,

But my baby don't love nobody but me... nobody but me.

El taconeo de sus pies produjo pequeñas ondas sobre la superficie de una jarra de agua que había encima de la mesa, junto a la ventana.

Salomón abrió el álbum con cuidado.

—Aquí estás... —Murmuró.

Una imagen gastada mostraba a una niña pequeña de cabello rubio y ojos profundos sentada en su regazo, años atrás.

Salomón leyó la anotación.

- Sexto cumpleaños de Sarah. Tres de Mayo de dos mil catorce.

Salomón sintió un pinchazo agudo en los pulmones y la primera gota de sangre cayó desde la nariz hasta la barbilla.

Salomón miró otra instantánea. Esta vez de su primera esposa, Raquel. Era una foto tomada bajo el Puente de los Suspiros en Cambridge.

Salomón sacó un pañuelo del bolsillo y limpió de sangre la superficie satinada que recubría el cartón del álbum de fotos.

—Va a ser mucho más rápido de lo que esperaba. —Se dijo.

*Ev'rybody wants my baby,
But my baby don't want nobody but me... that's plain to see.*

La primera rotura importante se produjo en una de las ramas de la arteria gástrica izquierda, provocando la afluencia de suficiente cantidad de sangre en el estómago como para producir una fuerte arcada.

Un sudor frío le recorrió todo el cuerpo.

—¡Cómo duele! —Exclamó llevándose las manos al abdomen.

Salomón intentó levantarse.

Tenía sed y estaba mareado.

Quiso levantarse pero el esfuerzo le hizo vomitar profusamente por el costado de la mecedora.

—¡Maldita sea! —Exclamó.

Sus manos temblaron. El mareo iba en aumento.

*He's got some Elgin movements, twenty years guaranteed.
There's no need for improvement, my sweet daddy's build
for speed!*

Su corazón comenzó a acelerarse.

—Tengo miedo. —Pensó.

Doblado por el intenso dolor de estómago, Salomón pedir ayuda pero las palabras se ahogaban en sangre.

Escupió.

El álbum de fotos cayó al suelo junto con los auriculares.

Sus alveolos pulmonares comenzaron a atrofiarse y la respiración se hizo costosa.

De manera intermitente, una aguda punzada perforaba la parte superior de sus pulmones.

Salomón cayó de la mecedora golpeándose la cabeza contra el suelo.

Su cuerpo no hizo ningún esfuerzo por tratar de incorporarse.

El súbito abultamiento de la vena cerebral magna provocó un trastorno tan violento de sus movimientos oculares que su pupila izquierda quedó inclinada sin poder retornar a su posición.

*That's why Ev'rybody loves my baby,
But my baby don't love nobody but me... nobody but me!*

- No... No...

Salomón Rubí comenzó a revolverse sacudido por los estertores.
—No.

*That's why Ev'rybody loves my baby,
But my baby don't love nobody but me... nobody but me!*

Los últimos momentos de la vida de Salomón Rubin no estuvieron dedicados a su familia. Ni a sus amigos o seres queridos.

Salomón tampoco se acordó de Dios.

Sólo podía pensar en *Harmony*.

—Manteneros unidos. —Murmuró.

Nueva Orleans. Louisiana.

Estados Unidos.

Jueves Oct./23/2036

Wicca +27

Kate alzó la cabeza entre la multitud tratando de contar los guardias apostados en la puerta del Hotel Marriot en Canal Street.

—Dos en la entrada y diez más en los balcones de la primera planta. —
Memorizó.

—Policía. —Afirmó una voz detrás de su hombro.

Sobresaltada, Kate se giró, un tipo de aspecto extraño con una Nikon colgada al cuello le sonreía.

—Alphonse Vanderwick, del *Picayune*. —Dijo extendiendo una mano y mostrando su desgastada acreditación.

Kate respondió al saludo tímidamente.

- Menudo susto me ha dado.

—¿Intenta entrar en el Marriot? —Preguntó el reportero.

Kate hizo caso omiso y sin decir nada, intentó de nuevo abrirse paso entre los manifestantes.

—Los militares no van a dejarla pasar. —Volvió a repetir Alphonse que la seguía de cerca.

Kate se detuvo molesta.

—Y algunos van vestidos de civil. —Añadió.

—¿Y tu cómo lo sabes?

Alphonse puso cara de triunfador.

—¡Lo tengo todo aquí! —Respondió señalando su cámara.

—¿No tienes un artículo que escribir? —Preguntó Kate irritada.

—No queda nadie en la redacción.

Kate se sintió identificada.

—Me llamo Kate Brennan, del *Times*.

- ¿Shreveport? Trabajé allí durante algún tiempo.

—Nueva York.

Alphonse se quedó mirándola como si la joven le estuviese tomando el pelo.

—Claro y quieres entrar en el hotel para entrevistarte con el presidente...

—Correcto. —Afirmó Kate sin dejar de avanzar entre la muchedumbre que no dejaba de gritar.

—¡Wilkinson fuera! ¡Wilkinson fuera!
Alphonse enarcó las cejas.

—Muy bien. Tus razones para entrar en el hotel no son de mi incumbencia. Te ayudaré, pero sólo si me llevas contigo. —Dijo.

—Muy bien. ¿Te vas a quedar plantado? —Preguntó Kate.

—Esa no es precisamente la mejor manera. —Dijo Alphonse señalando la pared de sacos de arena frente a la entrada principal del hotel.

Kate prestó atención.

—Tú dirás.

Alphonse puso cara de interesante.

—Iremos por la puerta trasera.

Kate meditó pensativa.

—Si lo conseguimos, te conseguiré una cita con el Presidente.

Alphonse rió.

—Y luego podríamos salir todos juntos de fiesta con Elvis Presley.

Kate le miró enfadada.

—Muy bien, si no me tomas en serio, lo haré a mi manera.

—No hace falta que te enfades.

—Vamos. —Afirmó Kate cogiendo a Alphonse por el brazo para apartarse de la multitud.

En la última planta del hotel, el presidente Ted Wilkinson contempló a los cientos de ciudadanos que abarrotaban Canal Street.

—¿Tan mal lo estamos haciendo? —Preguntó.

La Primera Dama le cogió la mano con cariño.

—Haces todo lo que puedes, Ted.

El Presidente miró a su esposa. Anne seguía siendo una mujer muy hermosa. Sus ojos grandes y negros continuaban ardiendo como ascuas en su rostro de proporciones perfectas.

Ted Wilkinson acarició el largo cabello de su esposa.

—No podría hacer esto sin ti.

—Lo sé. —Respondió Anne bromeando.

Un policía militar irrumpió en el balcón.

—Señor.

—Capitán. —Respondió de mala gana el presidente.

—El General Caldwell está aquí.

—En seguida voy. —Respondió Wilkinson.

Anne hizo un gesto de asentimiento.

—A por ellos. —Dijo el presidente.

—*Suerte*. —Dijo Anne en español.

Wilkinson sonrió.

Caldwell esperaba en una sala contigua, inclinado sobre una amplia mesa cubierta de mapas.

El presidente se abrió paso entre los asesores.

—Quiero a la décima división acorazada aquí, aquí y aquí. —Señaló el general con determinación.

Wilkinson observó la escena con disgusto.

—No recuerdo haber dado mi autorización.

Bruce McKellen miró preocupado al presidente pero guardó silencio.

—Está usted tardando demasiado tiempo en reaccionar. —Respondió el general. —La situación requiere que movilizemos todas nuestras tropas cuanto antes.

—¡La situación requiere que usted se someta a mis directrices! —Estalló el presidente Wilkinson.

Un silencio incómodo se apoderó de todos los presentes. El General Caldwell hizo un inmenso esfuerzo de contención.

—Su administración está en estos momentos desmantelada. México no va a ceder. La única opción viable es atacar.

—¿Me está usted diciendo que la violencia es la única opción? —Respondió el presidente de mala gana.

—Desgraciadamente, señor. —Respondió Caldwell.

—Yo soy su Comandante en Jefe. No lo olvide, Caldwell.

—Si, usted es el Comandante en Jefe, no la Primera Dama.

Wilkinson encajó mal el golpe.

Caldwell lo había cogido por sorpresa.

—¿Cómo se atreve?

Bruce sintió que había llegado el momento de intervenir.

—Quizás deberíamos evaluar todas las alternativas.

El General Caldwell le interrumpió.

—¡Nuestras operaciones se ven comprometidas por culpa de una mujer extranjera!

Ninguno de los presentes se atrevió a decir una palabra.

Wilkinson apretó los puños.

—General Caldwell, ¿Está usted poniendo en duda la lealtad de la Primera Dama?

—Los latinos son gente muy comprometida con los suyos. ¿Acaso no tienen fama de eso?

Wilkinson miró a Bruce McKellen quién, con cara de circunstancias, negó con la cabeza.

—No iniciaré una guerra contra México. —Insistió Wilkinson. —Le ordeno que retire las divisiones de la frontera.

—No puedo acatar sus instrucciones. —Respondió Caldwell desafiante.

—¡TAMPOCO YO! —Exclamó una voz desde el fondo de la sala.

—Anne... —Murmuró el presidente.

La Primera Dama avanzó sorteando a todos los presentes en la estancia.

—Proceda con sus planes, general. —Dijo señalando los mapas.

—Pero... —Murmuró el Presidente.

Caldwell dedicó una mirada hostil a Wilkinson.

—Y nunca olviden una cosa. —Dijo la Primera Dama bien alto de forma que todos los presentes la pudieran escuchar.

—Anne, no tienes por qué... —Murmuró el Presidente.

La Primera Dama continuó hablando.

—Me llamo Anne Wilkinson. Ana Ortega dejó de existir el día en que me casé con este hombre. El mejor que conozco. Pero aunque no hubiese así, Ana Ortega nació en este país. Mi padre fue gobernador del estado de Nuevo México. Soy tan americana como cualquiera.

Todos asintieron con respeto.

—Ni el Presidente de los Estados Unidos, ni ninguno de ustedes, tienen nada que temer de mí. —Concluyó Anne con tristeza.

Abajo, en la trasera del hotel, Kate casi podía sentir el aliento del marine que la perseguía, arrastrando a Alphonse en volandas, por toda la zona de entrada para proveedores.

La maniobra de distracción no había funcionado.

—¿De verdad vas a intentar entretener a ese gorila? ¿No deberíamos intercambiar los papeles? —Había preguntado Kate poco convencida.

—Nunca se sabe. —Respondió Alphonse aleteando las pestañas.

Kate se encogió de hombros y se preparó para salir como el rayo en cuanto el guarda se despistara.

—¡Eh! ¿A dónde cree que va, señorita? —Había preguntado con voz estentórea el sargento Williams mientras ella intentaba entrar agachada entre un montón de cajas apiladas en la entrada.

—¡Esto es ilegal! ¡Exijo que me suelte! ¡He perdido mi cámara! ¡Brutalidad policial! ¡Brutalidad policial! —Gritó Alphonse tratando de zafarse.

Aún tirando de Alphonse, el sargento Williams consiguió acorralar a Kate en un pasillo sin salida, cerca de la lavandería.

Tenía cara de pocos amigos.

—Quedan detenidos. —Dijo el marine con voz entrecortada.

Kate se cruzó de brazos y exclamó.

—¡DE ESO NADA!

El sargento de marines Williams enarcó, sorprendido, las cejas.

—¡TENGO QUE HABLAR CON EL PRESIDENTE!

Laredo. Texas.

Estados Unidos.

Viernes Oct./24/2036

Wicca +28

El barracón C en el campamento militar de la décima división acorazada situado a las afueras de Laredo olía a demonios. La falta de higiene unida a los efluvios procedentes de la planta de tratamiento de aguas de El Pico hacía que la atmósfera resultara prácticamente irrespirable. Veinte literas se apelotonaban contra las paredes laterales dejando un estrecho pasillo central por el que el sargento Williams pasaba revista todas las mañanas.

—¡Johnson!

—¡Presente!

—¡Díaz!

—¡Presente!

—¡Brennan!

—...

—¡Brennan!

—Aquí... —Respondió una voz con desgana.

Williams avanzó por el estrecho corredor hasta el fondo. Tenía cara de pocos amigos.

—Parece un gorila. —Pensó Kate.

—¿Estás cansada Brennan? ¿Has pasado mala noche? —Preguntó el sargento.

Kate le dedicó una mirada desafiante.

—No tienen derecho a retenerme aquí.

—¿La señorita necesita un abogado? —Preguntó burlón Williams.

—Ya le he dicho que trabajo para el gobierno. —Volvió a insistir Kate.

—Si pudiese salir de aquí, todo quedaría perfectamente aclarado.

—¿Habéis oído? ¡La señorita Brennan conoce a gente importante!

Algunas de las reclusas sonrieron.

El sargento Williams estaba disfrutando.

—Muy bien Brennan, hoy vas a limpiar letrinas.

Kate fue escoltada hasta el cuarto de limpieza mientras sus compañeras comenzaban a hacer la cola para el desayuno.

—Que tengas una feliz mañana. —Le deseó Williams dejándola armada con un cubo, varios trapos y una fregona.

—Maldita sea... —Murmuró Kate.

Se rumoreaba que la décima división se pondría pronto en marcha y todo el campamento se hallaba envuelto en una actividad frenética. Vehículos y hombres iban de aquí para allá por todas partes.

—Es posible que el mayor Slinger nos haga una visita. —Afirmó con aire misterioso el sargento Williams en la cantina.

—¿Slinger? ¿En este agujero? —Preguntó un soldado desde la barra.

El sargento replicó.

—Este *agujero* es uno de los campamentos de la décima división acorazada del ejército de los Estados Unidos de América, soldado. Lo que tenemos aquí es la mayor concentración de hijos de puta armados que este hemisferio haya visto jamás. Esos *mejicanos* no tienen idea de lo que se les viene encima.

El joven artillero asintió y levantó su cerveza.

—¡Por la décima!

—¡Por la décima! —Exclamaron todos los presentes.

—Espero que los rumores sean ciertos sargento, llevamos aquí demasiado tiempo sin hacer nada. —Dijo un cabo de ingenieros acercándose a la barra.

—¿Cómo te llamas muchacho? —Preguntó Williams antes de pedir otra cerveza.

—Jenkins, señor.

—Muy bien Jenkins. Escucha lo que te voy a decir. Pronto estaremos paseando por Monterrey.

El cabo sonrió.

—Espero que así sea, señor.

—Se de lo que hablo, estuve destinado en Nueva Orleans.

—¿Con el General Caldwell?

—Policía Militar en el Marriot, con el mismísimo General Caldwell, muchacho.

El cabo Jenkins puso cara de incredulidad.

—Vaya, sargento... ¿Y cómo es?

—James Caldwell es exactamente el hombre que necesitamos.

—¿Es cierto lo que se dice del presidente? —Quiso saber Jenkins.

—Ese es un asunto delicado. —Afirmó Williams con aire sombrío.

—¿Acusarán al Presidente y a la Primera Dama de conspiración?

—¡Espero que así sea! —Dijo otro soldado desde una de las mesas.

—Wilkinson es un presidente débil. No está capacitado. —Sentenció Williams.

—De no ser por su mujer, la invasión ya habría comenzado.

El sargento Williams asintió.

—Todos estamos deseando cruzar ese maldito río.

—¡Será mejor que guarde su ímpetu para cuando llegue la hora, sargento!

La voz del mayor Slinger se escuchó por toda la cantina.

—¡Oficial en la sala! —Exclamó Williams.

—Descansen. —Dijo afablemente Slinger. —¿Dónde se puede tomar algo frío por aquí?

Christian Slinger era lo más parecido a un héroe de guerra dentro de la división. Su leyenda como experto en operaciones especiales le precedía y la hoja de servicios del mayor incluía condecoraciones en teatros tan complicados como Oriente Medio, el Sudeste Asiático o Sudamérica.

Bruce McKellen entró en la cantina junto a Slinger y echó un rápido vistazo a la estancia mientras los escoltas tomaban posiciones.

Una figura familiar, armada con cubo y fregona, salía en aquel momento de los baños.

—¿Kate Brennan? —Se preguntó atónito.

El sargento Williams dio un respingo al escuchar el nombre.

—¿La conoce? —Preguntó.

Bruce le dirigió inmediatamente una mirada de reproche.

—¿Que hace aquí?

Williams se puso a la defensiva.

—¿Quién demonios es usted?

Slinger intervino.

—El señor McKellen es un asesor civil del Estado Mayor.

Williams tragó saliva.

—No era mi intención parecer irrespetuoso, señor.

El presentimiento de que se movía en terreno pantanoso le aconsejaba prudencia.

Bruce dejó a Williams con la palabra en la boca y encaminó sus pasos hacia el fondo de la cantina.

—¡Kate!

La joven se dio la vuelta.

—¡¿Bruce?!

—¡Llegué a pensar que estarías muerta!

—¡Bruce! ¡Oh Bruce! ¡Gracias a Dios! —Exclamó Kate entre sollozos.

—¿Dónde has estado? ¿Qué haces aquí? —Preguntó McKellen abrazándola.

—En cuanto llegué a Nueva Orleans, intenté hablar con el Presidente pero no pude acceder al hotel. Ese hombre horrible me detuvo. —Afirmó Kate lanzando una mirada concluyente al sargento Williams.

Bruce asintió.

—Acompáñame, tenemos mucho de qué hablar y ¡por el amor de Dios! ¡Deshazte de eso! —Dijo Bruce señalando el cubo y la fregona.

Kate se sentó en una mesa junto a Bruce y al mayor Slinger. Se sentía avergonzada.

—Dime, Kate ¿Qué ha ocurrido?

—Oh, Bruce... ¿Por qué tengo la impresión de que tanto esfuerzo no ha servido de nada?

—Intenta tranquilizarte un poco. ¿Quieres tomar algo?

Kate negó con la cabeza.

—Empieza por el principio. —Quiso saber Bruce.

Kate miró al hombre que les acompañaba. Bruce la tranquilizó.

—El Mayor Slinger.

El veterano militar sacó a relucir su mejor sonrisa.

Kate comenzó su relato.

—Tal y como acordamos, visité Atlanta antes de partir rumbo a Israel pero el Centro de Control de Enfermedades no aportó nada nuevo. El doctor Swift admitió sin rodeos que la situación le sobrepasaba así que abandoné su despacho con la impresión de que una de las mentes más brillantes del país había decidido tirar la toalla.

Bruce asintió.

—Nadie ha conseguido resultados.

La joven se encogió de hombros. Su mirada reflejaba un gran cansancio.

—En cuanto pude, partí hacia Israel.

El mayor Slinger prestó atención.

Sin saber muy bien por qué, Kate se encontraba incómoda en presencia del militar.

Bruce la animó a proseguir.

—¿Qué pasó en Tel Aviv?

Kate se removió en la silla.

—Creo que el Mossad quiso utilizarme.

—¿El Mossad? —Preguntó Slinger incrédulo.

Bruce miró al mayor reprochando la interrupción e hizo un gesto invitando a Kate a proseguir.

—Fui retenida en el aeropuerto. Interrogada y amenazada. Finalmente me llevaron ante Rubin. —Explicó Kate con cautela.

Bruce decidió intervenir.

—Mayor, ¿Puede dejarnos un momento a solas?

Slinger torció el labio y respondió con educación.

—Claro, no hay problema.

—Hablaemos luego. ¿Le parece?

Slinger se levantó y fue a reunirse con sus hombres.

—No me gusta ese tipo... —Dijo Kate sin rodeos.

—Es la mano derecha del general Caldwell. El hombre fuerte del gobierno.

—¿Y qué pasa con Wilkinson? ¿No deberíamos hablar con él? —Preguntó ansiosa Kate.

—El Presidente tiene ahora asuntos mucho más importantes de los que preocuparse, siendo el primero de ellos su propia supervivencia.

Kate no quedó conforme con la explicación.

—¿Qué está pasando, Bruce? ¿Estamos en manos de los militares?

McKellen refunfuñó.

—Todavía no pero la situación es muy compleja. El equilibrio de poderes es muy delicado y cuanto menos sepas, mejor. ¿Prometes conformarte con lo que te diga?

—No lo sé. ¿Puedes tú confiar en la palabra de tu mejor periodista? —Respondió Kate con cierta ironía.

—Nunca lo he hecho. —Respondió Bruce sonriendo.

—Eres incorregible, Bruce.

—Parece que ha pasado tanto tiempo...

Bruce también parecía cansado.

—¿Has sabido algo de tus padres?

Kate sintió una punzada en el estómago.

—No.

—Debes ser fuerte y estar preparada para lo que se avecina, Kate. Prometí a Arthur que cuidaría de ti.

Kate se sintió incómoda. No estaba preparada para hablar de su padre, y

menos con Bruce.

—¿Por qué estás con los militares?

—Me he convertido en un intermediario entre ellos y la Casa Blanca. Siempre que puedo, me entero de cosas.

—¿Así que ahora juegas a ser espía? —Preguntó Kate.

Bruce sonrió para sus adentros. Por un momento, estuvo tentado de explicarle a la hija de su mejor amigo las conexiones que ambos tenían con la CIA, ChinaKorp e Israel.

—Será mejor no decir nada. Debo mantenerla lejos de todo esto. —Pensó.

—¿Quién es realmente Bruce McKellen? —Insistió Kate.

—Supongo que en ausencia de Spanoulis, soy tu jefe más directo.

Kate frunció el ceño.

—Será mejor que dejemos esta conversación.

—No digas tonterías, Kate. ¿Acaso te parezco un espía? Simplemente mantengo los oídos abiertos y si me entero de alguna cosa, hablo con el presidente. Nada que no haya hecho con anterioridad. —Respondió McKellen acariciando el rostro de la joven.

—¿Que va a pasar ahora? —Preguntó Kate que odiaba cuando Bruce se mostraba tan paternal.

—¿Qué ocurrió en Israel? No has terminado la historia.

—Hablaré de Israel con el Presidente. ¿Cuándo podremos verle?

El rostro de Bruce adoptó una mueca de disgusto.

—¿No te fías de mi? —Preguntó.

Kate respondió intentando no parecer desconfiada.

—Sabes que no es eso.

—Eres igual de tozuda que tu padre. —Sentenció McKellen.

—Tú dime qué se traen los militares entre manos yo te hablaré de lo que sucedió en Israel.

Bruce accedió a regañadientes.

—Los Estados Unidos están a punto de invadir el hemisferio sur del continente. El ejército sólo es la punta de lanza de una marea humana dispuesta a hacer lo que sea por sobrevivir. No va a ser guerra justa.

Kate intentó procesar las consecuencias.

—Pero... ¿Qué pasará con la gente que vive en todos esos países?

Bruce prosiguió.

—En la creencia de que la enfermedad detendrá su avance, millones de

canadienses y norteamericanos han puesto su mirada en el sur y van acompañados de la fuerza de sus armas. Cualquiera cosa que se convierta en un obstáculo, cualquiera que oponga resistencia a la ocupación... Bueno, ya me entiendes.

—Dios mío... —Musitó Kate.

—Entraremos como un huracán y todos esos países del sur van a desaparecer.

—¿Desaparecer?... ¿Cómo? ¿Qué vais a hacer, Bruce?

McKellen respondió una inusitada frialdad.

—Se trata de nuestra supervivencia.

Kate sintió ganas de vomitar. —¿En qué nos estamos convirtiendo? — Se preguntó.

Algo en su interior le dijo que debía disimular.

—Muy bien. Suena tan terrible como necesario. ¿Cuándo vas a sacarme de aquí?

Bruce entornó un poco los ojos.

—No te preocupes. Te pondré a salvo.

Kate respiró aliviada.

—El Mayor Slinger cuidará de ti.

—Pero... —Respondió Kate consternada.

—No se me ocurre un puesto más seguro, Kate. Si sabes lo que te conviene, me harás caso. Irás al sur, con las tropas.

—¿Y tú? —Quiso saber Kate.

—Mi sitio está ahora en otro lugar. —Respondió enigmático.

Kate se quedó satisfecha con la respuesta.

—¿Qué pasó en Israel? —Preguntó Bruce cambiando de tema.

Kate hizo un gesto hastío.

—Si te contase los detalles no me ibas a creer. Lo cierto es que Salomón Rubin está tan perdido como Swift en Atlanta.

McKellen la miró un tanto extrañado.

—Pero nada de eso importa ya. ¿No crees? —Sentenció Kate.

Bruce asintió.

—Tienes razón, no importa. Salgamos de aquí.

Kate acompañó a Bruce fuera de la cantina. En una explanada, el Mayor Slinger daba instrucciones a sus hombres junto a un vehículo de cristales tintados.

La puerta del conductor se abrió.

Kate fijó su atención en la silueta que se desperezaba indolente, caminando hacia ellos.

—¿Bill? —Preguntó incrédula.

Bruce McKellen sonrió.

—¡BILL WALSH!

Laredo. Texas.

Estados Unidos.

Sábado Oct./25/2036

Wicca +29

El mayor Slinger bajó los prismáticos y dio la orden.

—¡Fuego!

Instantes después, las explosiones barrieron la frontera en un espectáculo atronador.

—¡Adelante!

A las 23.04 h. Del 25 de Octubre setenta y cinco divisiones del ejército de los Estados Unidos cruzaron el Río Bravo.

Los tanques de la compañía al mando de Christian Slinger atravesaron los pontones tendidos por los ingenieros y en menos de cuatro horas ya se encontraban a las afueras de Monterrey. Sin embargo, el empuje inicial se vio pronto frenado por las dificultades logísticas de la invasión.

Los atascos se convirtieron en el peor enemigo de las columnas en movimiento y es que, sin orden ni concierto, todos pugnaban por ser los primeros en llegar a la capital.

—¡Maldita sea! —Exclamó el sargento Williams al volante de un Jeep de la policía militar.

—¿Dónde estamos? —Preguntó Kate.

Williams gruñó.

—No estoy seguro.

Las primeras en internarse en territorio desconocido fueron las unidades motorizadas ligeras. Pronto comenzaron a deambular por todo el norte del país dejando atrás las autopistas colapsadas por los vehículos pesados, tratando de acortar camino por el interior. Una marabunta de barras y estrellas asoló los estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua y Sonora. Allá por donde pasaban todo el mundo preguntaba lo mismo.

—¡Oiga Señor! ¿Cual camino para el DF?

Los lugareños de los pueblos, atemorizados, señalaban con el dedo cualquier dirección con lo que el caos circulatorio no tardó en incrementarse exponencialmente a medida que avanzaba la noche. Confiadas, algunas unidades se internaron en las montañas sólo para terminar cayendo en emboscadas organizadas por los primeros partisanos.

—No deberíamos estar muy lejos. —Afirmó Williams sacando una linterna de la guantera para mirar un mapa.

—¿Estamos perdidos? —Preguntó Bill.

—¡Cierra el pico! —Respondió amenazante el sargento.

Kate hizo un gesto a Bill indicando calma. El intento por evitar la comarcal cincuenta y ocho no había resultado bien y se encontraban solos en un terreno pedregoso que parecía no tener fin. Bajo el cielo estrellado se recortaba la silueta imponente, oscura y escarpada de las montañas.

—Deben ser *Sierra El Fraile y San Miguel...* —Murmuró el sargento Williams.

—¿Donde se ha metido el ejército mexicano? —Preguntó Bill extrañado.

—No lo sé... —Contestó Kate en voz baja.

—¡Silencio! —Repitió Williams.

—¿No sería mejor regresar por donde hemos venido?

Williams explotó.

—¡Regresaremos cuando yo diga! Y si alguien no está de acuerdo, se puede quedar aquí mismo. Estoy harto de hacer de niñera. —Respondió el sargento mientras ponía el vehículo en marcha en medio de la oscuridad.

Kate y Bill se miraron. El ofrecimiento del sargento no parecía un buen plan con lo que continuaron avanzando, en silencio, hacia las montañas.

Kate intentó dormir en el asiento de atrás pero lo abrupto del terreno no ayudaba.

Cerró los ojos y pensó en su reciente encuentro con Bill.

—Bill Walsh... ¿Se puede saber qué haces tú aquí? —Le preguntó en el campamento con una amplia de sonrisa.

Bill puso cara de sorpresa.

—¡Podría preguntarte lo mismo!

Ambos rieron antes de fundirse en un abrazo.

—La última vez que te vi, bajabas las escaleras del *Times* arrastrando las maletas. —Dijo Kate.

Bill asintió.

—Tras casi una hora vagando sin saber qué hacer, di media vuelta y decidí volver al periódico.

—¿Cómo es que no coincidimos?

—Tú te habías marchado pero Bruce seguía en tu despacho. Le sorprendí revolviendo entre tus cosas. No esperaba verme.

—¿Revolviendo entre mis cosas? —Preguntó Kate molesta.

—Le dije que no tenía donde ir y, de la forma más natural, me respondió que había trabajo que hacer.

—¿Qué hacía McKellen hurgando en mis cosas?

—No lo sé. No me pareció apropiado indagar.

Kate frunció el ceño.

Bill continuó.

—Bruce me preguntó si estaría dispuesto a acompañarle sin hacer preguntas. Acepté y nos marchamos de allí.

—Me alegro de verte, Bill.

Bill sonrió.

—Lo mismo digo señorita Brennan.

Un bache especialmente pronunciado sacó a Kate de sus cavilaciones.

—¿Qué son esas luces? —Preguntó.

Habían aparecido al bajar un pequeño repecho cerca de las montañas.

El sargento Williams detuvo el vehículo.

—¿Qué demonios?

—¿Qué es eso? —Preguntó Bill.

—Dejaremos aquí el vehículo y saldremos a investigar. —Respondió Williams amartillando su revólver.

—Debes estar de broma. —Replicó Bill.

—Yo iré con Brennan, tú te quedas aquí.

Bill protestó.

—¡Estás loco!

Williams le dedicó una mirada furibunda y le apuntó con el arma.

—Ella vendrá conmigo. Tú te quedas. ¿Entendido?

Bill aceptó. No había otra opción.

—Si en quince minutos no volvemos, da la vuelta y busca a la compañía.

—Como si eso resultara tan fácil. —Pensó Bill intrigado por las luces.

El Sargento Williams se puso en marcha acompañado por Kate.

Avanzaban agachados y a medida que se acercaban pudieron distinguir la escena que se estaba desarrollando ante ellos.

Bajo la luz de varias antorchas, un hombre arrastraba un voluminoso fardo.

—¿Qué hace?

—Ha salido de ese almacén subterráneo. —Dijo Kate.

—¿A dónde va?

El hombre cogió el bulto, lo cargó a hombros y se dirigió hacia una silueta voluminosa.

Kate no tardó en reconocerla.

—¡Un avión! —Exclamó.

—¡Silencio! —Respondió Williams enfadado.

—¿Qué hace un avión en medio de este desierto? —Repitió Kate conmovida.

La mente calenturienta de Williams comenzó a trabajar.

—No lo sé pero constituye un peligro para nuestras tropas.

—¿Qué piensas hacer? —Preguntó Kate temerosa.

—Vamos a capturarlo.

Kate tragó saliva.

—¿Vamos?...

El sargento la cogió del brazo con decisión, obligándola a caminar junto a él.

—¿Qué haces? —Protestó.

El hombre del fardo se percató de la presencia de extraños demasiado tarde.

—¡Al suelo! —Gritó Williams sujetando a Kate a modo de escudo.

—¡Al suelo, cabrón!

Carlos Mediavilla levantó las manos y calculó las posibilidades de desenfundar su arma con éxito.

Eran escasas.

—¡He dicho de rodillas! ¡Al puto suelo!

Lentamente, Carlos se puso de rodillas.

—¡Muy bien! —Exclamó eufórico Williams sin dejar de avanzar detrás de Kate.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Explosivos?

Kate estaba aterrada.

En ningún momento se le había ocurrido pensar que Williams fuera a utilizarla de aquella forma.

—Maldito cobarde. —Pensó.

Carlos Mediavilla respondió.

—Comida... Comida... —Repitió en inglés.

—¿Comida? ¿Has visto Kate? ¡Este hijo de puta me ha tomado por imbécil!

Williams soltó a la joven para, en dos pasos, ponerse a la altura de Carlos.

El sargento bajó el arma y apuntó a la cabeza.

Kate cerró los ojos y gritó.

—¡No!

Lo siguiente ocurrió muy rápido.

Una llave inglesa golpeó con fuerza al sargento Williams en la base del cráneo haciendo que éste se desplomara como un saco. La pistola cayó al suelo y el impacto de un disparo que dio contra el fardo que estaba detrás de Carlos levantó una pequeña nube de polvo blanco.

El mexicano sacó su arma y se incorporó rapidez.

Bill Walsh alzó las manos por encima de la cabeza y gritó en español.

- ¡Amigos!

Carlos Mediavilla le miró extrañado. Acto seguido, recogió con calma la pistola del sargento y, sin pensarlo dos veces, disparó.

El cráneo de Williams voló por los aires salpicando a Bill y a Kate que, muertos de miedo se quedaron quietos sin poder dar crédito a lo que acababa de pasar.

Carlos bajó la pistola y exclamó.

—¡Amigos!

Capítulo 5

Ciudad de México.

México.

Domingo Oct./26/2036

Wicca +30

Marcos Rivero era un hombre adusto que, en contraste con sus predecesores, no disfrutaba con las fanfarrias de la presidencia.

—Ni desfiles, ni discursos, aquí se viene a trabajar. —Solía decir.

A pesar de ser un perfil político de segunda fila, Rivero se hizo con la nominación del partido para las elecciones de 2.032 en calidad de “*hombre de consenso*” entre las facciones protagonistas de una guerra interna que amenazaba con hacer saltar por los aires a la *Unión Mexica* fundada en 2.020 por Emiliano Cárdenes.

—¿Quién carajo es Marcos Rivero? —Fue la pregunta que no pocos mexicanos se hicieron en las elecciones.

Fabio Macías, hombre fuerte del Partido Revolucionario Institucional y rival de Rivero en la pugna presidencial, se mostró durante toda la contienda confiado y seguro de sí mismo.

—El licenciado Rivero de la Unión Mexica, no es rival. —Declaró ufano en Televisa.

Grave error.

Rivero terminó ganando la contienda con tanta rotundidad que Macías, humillado, tuvo que abandonar México para dedicarse a sus negocios en Miami.

En su despacho, el presidente Rivero recordó aquellos días.

—Lástima que Don Emiliano no hubiese vivido lo suficiente. —Murmuró.

—¿Dijo algo señor Presidente? —Preguntó el coronel Gamboa al otro lado de la mesa.

—Nada, Gamboa... No se preocupe. —Replicó Rivero.

La insignia de *Unión Mexica*, el partido fundado por el veterano empresario Emiliano Cárdenes a raíz de la quiebra de PEMEX en 2.019, lucía en la solapa del joven oficial de los servicios de inteligencia.

—¿Cuánto tiempo llevas en el partido, Gamboa?

—Cuatro años.

—Cuatro años... Hay que ver lo rápido que pasa el tiempo... —

Reflexionó el presidente.

—Señor, debe escucharme. Permanecer en la capital no tiene sentido. —
Insistió por enésima vez Gamboa.

—No pienso ir a ninguna parte. —Respondió tercamente Rivero.

Gamboa hizo un gesto de impotencia.

—Los americanos están a punto de llegar.

—Y aquí me encontrarán. —Respondió Rivero acariciando la P8 de
Heckler and Koch que descansaba sobre el escritorio.

—Será un gesto inútil.

—¡Es lo último que nos queda!

Gamboa negó con la cabeza.

—¡Nuestra dignidad! —Exclamó Rivero visiblemente alterado.

El presidente se secó el sudor de la frente con un pañuelo blanco que sacó del cajón.

El coronel tragó saliva. Sabía que aquella entrevista iba a ser la última oportunidad para hacer entrar en razón a un Rivero desquiciado por los acontecimientos. La sombra de la delgada y quijotesca figura del presidente temblaba a la luz de las velas. La capital llevaba días con graves problemas en el suministro eléctrico y ni siquiera el Palacio Nacional estaba a salvo de privaciones.

Se escucharon disparos en la calle.

—¿Qué día es hoy, Gamboa? ¿Y por qué no han venido mis hijas a verme?

El coronel Gamboa negó con la cabeza.

El progresivo declive del estado mental del presidente se estaba haciendo cada vez más patente.

—No se preocupe por sus hijas, están bien.

Clara y Marta Rivero habían muerto al poco de comenzar el mandato. El camión que arrolló al coche oficial que las llevaba al colegio había perdido los frenos.

Una desgracia.

Las sospechas recayeron de inmediato sobre los capos del narcotráfico, a nadie se le escapaba que el nuevo presidente no era plato de su gusto, pero nunca encontraron pruebas.

La nación entera contuvo el aliento ante la tragedia y se llegó a especular con una posible dimisión.

A pesar de todo, el presidente se mantuvo al frente del país.

—¿Qué noticias hay del ejército? —Preguntó Rivero con mirada perdida.

—No hay ningún ejército, señor. Las divisiones acorazadas enemigas apenas han encontrado oposición. La agresión norteamericana es imparable.

—¿Han llegado ya los refuerzos colombianos?

El Coronel miró con tristeza al presidente.

—Me temo que Colombia tiene sus propios problemas.

—Vendrán Gamboa. El presidente Cortés se comprometió a ayudarnos.

—Debemos irnos, señor Presidente.

Rivero se levantó y se dirigió despacio hacia el balcón.

La plaza estaba oscura y vacía.

Gamboa hizo un gesto para cogerle del brazo.

—¡Aparta! —Exclamó el presidente levantando su bastón.

—¡Es muy peligroso! ¡Tenemos que irnos!

—¡Cobarde!

El coronel sujetó por los hombros a Rivero. Tenía un aspecto frágil.

—¿Qué hay de Ana? —Preguntó Rivero.

A pesar de la opinión de muchos de sus asesores, Marcos Rivero siempre defendió la capacidad de Anne Wilkinson para influir decisivamente en los acontecimientos.

Un error que iba a costar caro.

Gamboa respondió con desprecio.

—Nuestras fuentes afirman que la Primera Dama está a favor de la invasión.

Rivero miró a la pared con extrañeza.

—Eso es imposible... Ana nunca se volvería contra su propia gente.

—Su gente son ahora los gringos, señor, pero ya nos ocuparemos de eso más adelante. —Afirmó críptico Gamboa.

Rivero recordó su última visita a la Casa Blanca.

Anne Wilkinson estaba radiante.

—Tiene usted en casa lo mejor de Latinoamérica. —Le dijo Rivero al Presidente.

Ted Wilkinson miró a su bella esposa y asintió.

—Es cierto.

Anne sonrió un tanto avergonzada.

—Vamos caballeros, ya basta de cumplidos. Me van a sacar ustedes los colores.

Rivero miró a Gamboa como si no estuviese en el despacho.

—Constituían un equipo formidable. —Murmuró.

Gamboa hizo un gesto de hastío.

—Anne Wilkinson es una traidora.

Durante la crisis y tras el fracaso de la vía diplomática, todas las esperanzas de Rivero se centraron en Ana.

—No habrá invasión. Ella convencerá a Wilkinson. —Manifestó Rivero con convicción.

Fuera, en la plaza, se escucharon de nuevo disparos.

Gamboa tomó su decisión.

—Presidente Rivero. Ha sido un honor.

—Vete, Gamboa. Déjame solo.

El coronel abandonó el Palacio Nacional conteniendo la rabia en su interior

—Esto aún no ha terminado. —Pensó mientras corría para fundirse en las sombras de la capital.

En la entrada, el teniente Thomas Leed contempló las escalinatas del Palacio Nacional.

Sus hombres se fueron internando en el edificio oscuro.

Parecía tan abandonado como la Plaza de La Constitución.

Mientras iban registrando las diferentes estancias, algunos de los muchachos conversaban.

—Menudo sitio... —Dijo el soldado Jerry Stanford de Virginia encendiendo un pitillo.

—Id con cuidado. —Previno Leed.

—Vamos teniente... No hemos disparado ni un solo tiro desde que dejamos Laredo. ¿Por qué aquí iba a ser diferente?

—Busquemos algo de tequila. —Bromeó el cabo Lynn señalando una puerta alta, entreabierta y vagamente iluminada al final del pasillo. —¿Vamos? —Preguntó dando una palmada sobre el hombro de Stanford.

El teniente decidió que ya era hora de informar por radio sobre su posición. La mayoría de los satélites ya no servían para nada y muchas cosas tenían que hacerse a la vieja usanza.

—¡Clark! —Exclamó. ¡Sargento Clark!

La respuesta del sargento se vio interrumpida por un disparo seco que retumbó por todo el Palacio Nacional.

Instintivamente, los hombres se pusieron a cubierto.

A continuación se escucharon ráfagas de fusil y los improperios del cabo Lynn.

—¡Hijo de puta! ¡Ha matado a Jerry!

El teniente Leed entró apresuradamente en la habitación.

Lynn no dejaba de gritar.

—¡Hijo de puta!

El cuerpo del soldado Stanford yacía en el suelo con la cara destrozada.

—Mierda. —Dijo Leed.

Desde el sillón, el cadáver acribillado de un tipo delgado y de aspecto extraño les miraba con una aviesa sonrisa.

—¡Ha matado a Jerry! ¡Ese cabrón ha matado a Jerry!

—¡Cállate soldado! —Exclamó el teniente.

Lynn intentó calmarse. El fusil le temblaba entre las manos.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó el Sargento Clark que llegó con la radio.

—Nada. —Respondió Leed.

—¿Nada?

—Lynn, ha matado al mayordomo.

Nuakchot.

Mauritania.

Lunes 27 Oct./27/2036

Wicca +31

Para no ser ingleses, los jardines del Palacio Presidencial de Nuakchot presentaban un aspecto bastante decente. Aún así, el Primer Ministro se revolvió incómodo en el banco de piedra blanca. Llevaba un buen rato esperando.

Un pavo real pasó por delante de la pequeña fuente finamente decorada con motivos musulmanes, hizo una parada para beber y desplegó, indiferente, su plumaje.

—Un excelente ejemplar. —Comentó Chester Lewis.

El capitán Mamadou Laghdaf asintió.

—¿Desea un poco más de té, Primer Ministro?

Chester negó con la cabeza.

—No gracias. Prefería poder hablar con el General Razqa.

Laghdaf se encogió de hombros.

—Nuestro líder es un hombre muy ocupado.

Chester apretó los dientes.

—Comprendo. ¿Quizás sería usted tan amable entonces de revelarme el motivo por el cual mi avión ha sido obligado a aterrizar en Nuakchot?

—No estoy capacitado para darle esa información. Pero no se preocupe, estoy seguro de que pronto quedará todo aclarado.

El Primer Ministro se puso en pie. Se estaba cansando de aquella ridícula situación.

—Se informó debidamente a la torre de control sobre el carácter urgente de nuestro vuelo. Le exijo que me lleve ante el General Razqa. —Dijo Chester con firmeza.

El capitán enarcó una ceja y esgrimió una sonrisa burlona.

—Usted no está en disposición de exigir nada.

Chester se puso rojo como un tomate.

—¡Soy el Primer Ministro del Gobierno de Su Majestad!

—Después de lo que hizo, no creo que vuelva a ganar unas elecciones.

—Apuntó Mamadou.

Lewis volvió a sentarse.

El recuerdo de su gestión pesaba en su ánimo como una losa.

—¿Qué otra cosa podía haber hecho?... —Murmuró.

Fueron dos elementos más radicales del partido los que le animaron a cerrar la frontera.

—Bob Clayton... Arthur Cunningham... Esa clase de gente. —Pensó.
—Me utilizaron.

—¿Qué va a hacer Primer Ministro? ¡No puede permitir que se propague la enfermedad! —Exclamó Francis Tipple en el parlamento.

Todas las miradas estaban puestas sobre él y Chester, aturdido, se dejó llevar.

Las consecuencias del Acta de Fronteras fueron devastadoras.

El país se polarizó de una forma nunca antes vista, la opinión pública rugía en las calles y los medios, azuzados por la oposición, no dejaron de hostigar al Primer Ministro durante toda la crisis.

Luego, sobrevino el caos.

—Que calor hace aquí. —Dijo Chester aflojándose la corbata.

—No estamos en Londres, Primer Ministro. —Respondió el capitán Mamadou.

—No... No estamos en Londres...

El capitán se inclinó levemente.

—Voy a tener que dejarle. Hay asuntos que requieren mi atención. Si necesita algo, avise a cualquiera de los guardias. —Dijo Laghdaf.

—¡Por supuesto! Estoy seguro de que es usted un hombre muy ocupado. No se preocupe, estaré bien.

El primer ministro del Reino Unido de Gran Bretaña se entretuvo contemplando las evoluciones de los pavos en el jardín.

¡Nada hubiese funcionado! La enfermedad se extendió como la pólvora, asolando por completo la nación.

En cuanto se tomó la decisión de evacuar la isla, el ejército francés voló el Eurotúnel. Murieron miles de personas.

—No les tembló el pulso. —Recordó apesadumbrado.

Millones de ciudadanos emprendieron una loca carrera hacia los puertos. Las líneas aéreas no daban abasto. Motines en los aviones, disturbios a pie de pista...

La Royal Navy jugó un papel heroico sacando a mucha gente de las playas y, si los últimos informes recibidos eran correctos, al menos dos destructores, El *Fidelity* y el *Relentless*, debían de estar por aquellas aguas al este de las Canarias, rumbo a Sudáfrica.

—Primer Ministro.

Chester vio interrumpidas sus divagaciones por la presencia de un hombre alto y delgado. Tenía la piel pálida y los ojos azules.

—¡Gracias a Dios! —Exclamó.

—Me llamo Alfred Duncan.

—¡No sabe lo mucho que me alegra conocerle! —Exclamó Chester muy contento.

—Soy el embajador de Gran Bretaña en Nuakchot. —Dijo Alfred con acento escocés.

—¡Excelente! ¿Podrá usted creer que llevo horas en este jardín esperando una cita con el maldito General Razqa?

El embajador Duncan asintió.

—Le alegrará saber que mantengo muy buenas relaciones con él.

—¡Magnífico Duncan! Tengo que salir de aquí. ¡Ya debería estar en Sudáfrica!

—Las cosas aquí van despacio, Primer Ministro. Cuesta acostumbrarse. —Aseveró Alfred con seguridad.

—Por supuesto. Pero insisto en hablar con el General cuanto antes.

—Yo diría que eso va a ser imposible.

Chester se vio sorprendido por la respuesta.

—Esta situación es completamente inapropiada. —Protestó Chester molesto.

Los ojos azules de Duncan le miraron con frialdad.

Algo no iba bien.

—¿Cuántos murieron, Primer Ministro?

Chester no entendió la pregunta.

—¿Cómo dice?

—¿Cuánta gente murió en Carter Bar?

Chester tragó saliva al recordar la masacre.

La situación se fue de las manos y el ejército terminó disparando contra la muchedumbre desesperada.

—Yo no fui responsable. —Balbuceó Chester contrariado.

—¡Usted cerró las fronteras! ¡Traicionó a su propia gente! —Exclamó

Duncan.

Chester no pudo ocultar su sentimiento de vergüenza.

—No pude hacer otra cosa.

—¡Por supuesto que pudo!

—Oiga... Duncan... Han pasado muchas cosas desde Carter Bar.

—¿Cuántos murieron? —Volvió a preguntar el embajador.

Chester frunció el ceño.

—Ni siquiera lo sabe. —Sentenció Duncan.

Chester intentó razonar con el embajador.

—Teniendo en cuenta las circunstancias... ¿No será mejor ser prácticos? Es de vital importancia que yo llegue a Sudáfrica. Alguien debe organizar el gobierno en el exilio. Le prometo que cuando todo esto termine, me acordaré de usted.

El embajador Duncan esbozó una sonrisa.

—Ya lo creo que lo hará.

A Chester no le gustó nada el tono del embajador.

—Muy bien Duncan. Seamos francos. ¿Qué quiere? ¿Dinero? ¿Un puesto en el gabinete?

—Deje de ponerse en ridículo.

Chester decidió que era inútil.

—Muy bien. Ha sido un placer conocerle. Ahora, debo volver al aeropuerto para continuar con mi viaje.

El embajador no había terminado.

—Fui yo quien solicitó que le interceptaran.

Chester no podía creerlo.

—¿Cómo ha dicho?

—En cuanto me informaron de que su avión se encontraba sobrevolando espacio aéreo Mauritano.

Chester sintió una ola de indignación.

—¡Cómo se atreve!

—¡Como se atreve usted! —Respondió inmediatamente el embajador.

—Duncan. O me dejan salir inmediatamente de aquí o se va a arrepentir.

—Es usted el que va a tener tiempo de arrepentirse.

El capitán Mamadou apareció de entre las sombras a un gesto del embajador.

Iba acompañado de un pelotón de soldados.

El embajador dictó sentencia.

—Es usted un traidor, por ello, cumplirá pena de prisión perpetua aquí en Nuakchot.

Chester sintió que la tierra se abría bajo sus pies.

—¡Usted no puede hacer eso!

—Llévenselo. —Dijo Duncan.

—¡Soy el Primer Ministro!

Desde una balconada interior, dando al jardín, el general Razqa encendió uno de sus puros.

Había disfrutado enormemente del espectáculo.

Ciudad de México.

México.

Martes Oct./28/2036

Wicca +32

El presidente Wilkinson y la Primera Dama saludaron a la multitud que se congregaba bajo la bandera de los Estados Unidos en la Plaza de la Constitución.

Como habría cabido esperar, la ciudad no estaba preparada para asimilar la avalancha llegada del norte. Cientos de miles se hacinaban en los campamentos improvisados por toda la capital. Los saqueos y el abuso por parte de los recién llegados hacia la población local, que aturdida, no sabía muy bien cómo responder, constituyeron la primera señal de que las cosas no iban a salir de acuerdo al discurso del presidente.

Wilkinson se esforzó por pronunciar claramente todas las palabras.

Vivimos una época desconocida. Un tiempo en el que las fronteras de las naciones se ven alteradas por una terrible y desconocida enfermedad cuya salvaje virulencia ha acabado con la vida de millones de seres humanos.

A lo largo de la historia, el mundo ha sido testigo del nacimiento, auge y caída de numerosas naciones pero ¡No ocurrirá lo mismo con los Estados Unidos!

Ahora mismo, con el país completamente devastado, os estaréis preguntando por el sentido de mis palabras. Lejos de vuestros hogares, cansados, tristes y hambrientos, os preguntareis si es posible mantener la esperanza...

¡Y yo os digo! ¡No desapareceremos! ¡No desapareceremos porque Estados Unidos, sois vosotros!

La Plaza rugió y un mar de barras y estrellas se agitó en la explanada.

El Presidente dejó que la muchedumbre vitorease durante unos minutos para luego proseguir.

La administración que presido ha tenido que tomar decisiones difíciles. La actitud del presidente Rivero es lo que nos ha llevado hasta aquí. Conscientes de la gravedad de esta crisis, Estados Unidos acogió a los refugiados provenientes de Canadá y lo hizo sin restricciones. Lamentablemente, el presidente Rivero no supo estar a la altura.

La historia le juzgará.

La multitud abucheó.

Nadie sabe cuándo ni dónde parará la tragedia pero tomen nota todos los gobernantes. Continuaremos moviéndonos hasta donde sea necesario. Bienvenido el que nos acompañe y a todos aquellos que intenten retenernos yo les digo aquí y ahora... ¡Sufriréis las consecuencias!

Mientras haya un solo americano dispuesto a sostener los valores sobre los que esta gran nación fue fundada, la democracia, la paz y la libertad, perdurarán.

Que Dios les bendiga y que Dios bendiga a América.

La masa respondió con tal grado de paroxismo que los cimientos bajo el balcón del Palacio Nacional parecían temblar.

El general Caldwell observó la escena complacido.

—¡Un gran discurso! —Exclamó satisfecho.

—Muy emotivo, Señor. —Afirmó el mayor Slinger.

—Me llevó horas redactarlo.

—Estoy seguro de ello, señor.

—Muy bien. ¿Qué es lo próximo Slinger?

—Visita del Presidente y la Primera Dama a una escuela de primaria. A continuación, almuerzo con el alcalde y empresarios afines. Por la tarde, pase de revista en el aeropuerto y esta noche, recepción en el Palacio Nacional.

—Muy bien Slinger. Los gestos son importantes. —Afirmó el general.

—Si señor. —Dijo Slinger.

—Una buena imagen contribuirá a calmar los ánimos.

—Descuide general, yo me encargo.

—De acuerdo, mayor. Le veré esta noche.

—A sus órdenes, mi General.

El Mayor Slinger cruzó la plaza llena de gente y mostró sus credenciales en el control de la Policía Militar frente a las puertas de palacio. Acto seguido, subió las escaleras, se ajustó el uniforme y entró en la habitación que ocupaban el Presidente, Bruce McKellen y su esposa.

Ambos le miraron con expectación.

—Excelente discurso. Enhorabuena señor. —Dijo Slinger.

Wilkinson le obsequió con una sonrisa forzada.

—El general Caldwell escribe muy bien.

Bruce hizo un gesto indicando calma al Presidente.

El mayor Slinger obvió el comentario y preguntó.

—¿Están todos preparados?

—Vamos. —Respondió con sequedad la primera Dama.

La limusina presidencial abandonó el Palacio Nacional precedida del Jeep del Mayor Slinger como única escolta. Las calles del trayecto a la escuela estaban desiertas y habían sido convenientemente despejadas por lo que el trayecto se pudo hacer rápidamente.

—Como en casa, muchos abandonaron las ciudades hace tiempo. —Dijo Bruce McKellen contemplando un paisaje de edificios y comercios vacíos.

—¿Hasta cuándo voy a tener que tolerar esto? —Preguntó el Presidente furioso.

Bruce intentó calmar a su amigo.

—Ted... ¿Hace cuanto que nos conocemos?

—Por favor. No me vengas ahora con esas.

Anne fue más pragmática.

—Debemos ser pacientes. No tenemos otra opción.

—Debería poner a Caldwell bajo arresto.

—¿Eso crees? —Preguntó Bruce.

—¡Soy el Comandante en Jefe del ejército!

—Yo no estaría tan segura. —Respondió Anne cogiendo con afecto la mano de su esposo.

Ted Wilkinson asintió a regañadientes. Anne tenía la virtud de sosegarle en los momentos más difíciles.

Bruce contempló el rostro cansado de la Primera Dama. Anne había envejecido. Las últimas semanas se habían cobrado un precio en forma de pequeñas arrugas en torno a la comisura de los labios, otrora perfectos. Su expresión, normalmente animada y alegre, estaba presidida por un velo de

tristeza difícil de ocultar.

—La tristeza de lo que se ven forzados a elegir. —Pensó Bruce.
McKellen recordó el día en que ella y Ted se conocieron.

La facultad había organizado un encuentro de estudiantes con el gobernador de Nuevo México. Raúl Ortega entró en el hemiciclo sonriendo y saludando a todo el mundo. Iba acompañado de su preciosa hija.

Al poco de verla en la tribuna Ted le dijo a Bruce algo al oído.

—Me casaré con ella.

McKellen sonrió para sus adentros.

—Vamos Wilkinson, tu madre nunca lo permitiría. ¿Una chica latina?

—Precisamente por eso. —Respondió Ted sonriendo.

Ted se salió con la suya. Conquistó a Anne con su habitual descaro y el matrimonio terminó celebrándose en los jardines de la casa colonial de los Ortega a las afueras de Albuquerque.

Mamá Wilkinson nunca aceptó a su nuera.

—*Ana*. —Decía en español con desdén. —*Ana Ortega*. Así es como se llama. —Insistía.

La limusina presidencial por fin a la escuela.

Anne miró su reloj. Las cuatro y veinte de la tarde.

A las cinco, la Primera Dama, flanqueada por su marido y Bruce McKellen, recibió de manos de una niña llamada María Fuentes un hermoso ramo de flores con las banderas entrelazadas de México y los Estados Unidos.

—Gracias. —Dijo Anne. Qué bonito.

En aquel instante, una violenta explosión hizo pedazos el edificio.

No hubo supervivientes.

—*Ana Ortega*, ojalá te pudras en el infierno. —Murmuró el Coronel Gamboa esa noche camino a Veracruz.

Gavi. Kerala.

India.

Miércoles Oct./29/2036

Wicca +33

Majeed Lalwani escribió el nombre en la pizarra.

—Charles Darwin. ¿Quién puede decirme algo?

Los niños de la pequeña escuela situada a las afueras de Gavi se miraron entre ellos.

Devmani le tiró del pelo a Aruna.

—¡Darwin! ¡Darwin! ¡Quién es Darwin! ¡Tú eres la que siempre responde!

La clase entera explotó de risa.

—Niños... Por favor... Prestad atención. —Dijo Majeed.

—¿Darwin no es un actor de Hollywood? —Aventuró Yamir.

—No es ningún actor. Aquí va una pista. Darwin fue muy famoso durante el siglo XIX.

Fuera, la lluvia golpeaba con fuerza el frágil tejado de uralita. Majeed observó las primeras goteras haciendo su aparición.

—...

—Vamos niños, no es tan difícil.

—¡El Virrey de la India!

Majeed desistió.

—Charles Darwin fue un naturalista inglés, autor de *El origen de las Especies*.

- ¡El amigo de los monos! —Exclamó Devmani.

El aula volvió a resonar con las risas de los niños.

—No exactamente... —Trató de explicar Majeed.

En un abrir y cerrar de ojos, Devmani ya había saltado y corría entre los pupitres imitando a un mono.

—¡Devmani! ¡Vuelve a tu sitio!

Majeed supo que no iba a ser fácil. La mitad de la clase ya correteaba entre las mesas mientras el resto aplaudía la payasada.

—¡Soy el mono Darwin! ¡Soy el mono Darwin!

En medio del relajo, el rostro preocupado de Chitra asomó por la puerta.

Majeed consideró que los niños ya habían aprendido suficiente.

—¡Todo el mundo a casa! Hemos concluido por hoy.

—¡Bieeeeeen!

—¡Mañana hablaremos de Leonardo Da Vinci!

Los niños dejaron la escuela en un torbellino de zancadillas y empujones, aún con la lluvia, competían por ver quién sería el primero en bañarse en la laguna.

Chitra se apartó a un lado para dejar paso a la chiquillería.

Majeed la miró con cariño.

—¡Chitra! ¡Qué sorpresa!

La hija del alcalde le devolvió un semblante de inquietud.

—¿Ocurre algo? —Preguntó Majeed.

La joven clavó sus profundos ojos negros en el joven maestro.

Majeed había llegado a la aldea proveniente del extranjero, cargado de libros, una sonrisa optimista y los bolsillos completamente vacíos. Nada más verlo, con cara de pasmarote frente a la oficina de correos, Chitra se apartó del resto de las mujeres que llevaban la ropa a lavar.

—¿Quién eres?

—¿Quién eres tú?

Así se habían conocido.

Al principio, los habitantes de Gavi pensaron que Majeed era un tipo bastante extraño.

—¿Qué va a hacer aquí? —Preguntó el padre de Chitra receloso.

—Quiere ayudar. Es un joven culto. —Respondió Chitra.

—¿Y tú como lo sabes? —Preguntó de nuevo el alcalde.

Chitra insistió.

—Ha estudiado en Inglaterra.

Bhavnish resopló.

—¡Nada bueno ha venido nunca de Inglaterra!

—¿Qué hay de malo en que se quede?

—¿Por qué hablas con desconocidos?

—*Baba...* No te enfades...

El anciano acarició el largo cabello de su hija.

—Sabes que no me gustan los forasteros.

—Este es diferente. —Afirmó la joven.

Majeed recogió rápidamente sus cosas y cerró la escuela. Había dejado de llover y se podía escuchar el fragor de los niños en la laguna.

Chitra le acompañó de camino al pueblo.

—Tienes que venir conmigo.

—Claro. —Asintió Majeed. —¿A dónde?

—A ver a mi padre.

—¿Se encuentra bien? —Preguntó Majeed preocupado.

—Está muy alterado.

Majeed era el mayor de los tres herederos de un próspero negocio textil que su familia llevaba dos generaciones regentando en Manchester. Su padre, el Señor Lalwani, era uno de los miembros más respetados de la comunidad en la ciudad.

Se llevó un enorme disgusto al ver que el joven no parecía tener la cabeza demasiado bien amueblada.

—¡De ninguna manera vas a ir a India! —Exclamó horrorizado el día en que Majeed le confesó sus inquietudes.

—¡Quiero ayudar a la gente!

—¡Tu gente está aquí! ¡En Manchester! ¡Tu familia! ¡El negocio! ¿En qué estás pensando?

Majeed hizo las maletas y se marchó.

—He dejado atrás muchas cosas. —Le confesó a Chitra en su primera conversación en el porche de la oficina de correos.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

Ella escuchó su historia embobada y ante la mirada atónita de los vecinos, charlaron durante horas.

—¿Cómo es Manchester? —Preguntó Chitra.

—Allí va todo siempre demasiado deprisa. —Respondió Majeed.

—¿A qué te refieres? ¿Es que la gente va corriendo a todas partes?

Majeed sonrió.

—Piensa en una ciudad enorme donde todos se mueven deprisa, comen deprisa, trabajan deprisa, viajan deprisa... ¡Incluso duermen deprisa!

Chitra trató de componer semejante escena en su mente.

—El tío Amul estuvo una vez en Thiruvananthapuram. Decía que es tan grande y ruidosa que puede nublar, en poco tiempo, el juicio de los hombres

sensatos. Todo el que permanece allí demasiado tiempo termina volviéndose loco. ¿Ocurre así también en Manchester? Yo nunca he salido de la aldea.

Majeed la miró con ternura.

—Tu tío tiene razón. —Afirmó. — En Manchester están todos locos.

—¿Donde aprendiste a hablar? Me gusta tu acento.

—Mi madre era de Kerala.

—¿De verdad?

—Se marchó muy joven a Inglaterra. —Dijo Majeed sin mencionar el matrimonio concertado que tanta desgracia había traído a su vida.

—Ojalá yo también pudiera. —Dijo Chitra con aire soñador.

Majeed negó con la cabeza.

—Estás mejor aquí. Créeme.

—Yo soy Chitra, hija del alcalde, y hablaré a mi padre bien de ti.

—Eres muy amable, Chitra, hija del alcalde.

—Pero a cambio tendrás que contarme más cosas sobre Manchester...

¿Lo harás?

Majeed levantó la mano derecha y adoptó un aire solemne.

—Lo juro, señoría.

—¿Señoría?...

La casa del alcalde de la aldea era un poco más grande que las demás y el viudo Bhavnish llevaba mucho tiempo ocupándola. Tenía fama de hombre sabio y su autoridad, a pesar de algún que otro arrebato de mal genio, era respetada por la comunidad.

—Pasa. —Indicó Chitra abriendo las cortinas.

Bhavnish estaba en la cocina, hablando con un granjero.

—¿Tienes que hacer algo, Bhavnish!

—No te preocupes. —Respondió el alcalde con tono tranquilizador.

La presencia inesperada de los jóvenes trajo un final abrupto a la conversación.

El hombre, incómodo, hizo una reverencia antes de marcharse.

—¿Qué hacéis aquí? —Preguntó el padre de Chitra.

—He ido a buscarle. Quizás pueda ayudar.

El alcalde hizo un gesto de extrañeza.

—¿Cómo iba a hacerlo?

—Quizás él sepa cómo se debe actuar.

—¡No necesito consejos de nadie, niña! —Exclamó Bhavnish golpeando el suelo de madera con su bastón.

Las imágenes de los dioses Agni y Visnu temblaron en la repisa.

La cocina, con la olla al fuego, olía a cordero y a especias.

Majeed cruzó los brazos.

—¿Podría alguien decirme qué es lo que está pasando?

Chitra y su padre se miraron sin saber qué hacer.

—Muy bien. Será mejor que me vaya. —Dijo Majeed.

La joven le retuvo, cogiéndole por el brazo.

—No... Espera.

Chitra bajó la voz para pronunciar la palabra.

—Musulmanes.

—¿Qué?

—Han llegado al pueblo los musulmanes.

Gavi. Kerala.

India.

Jueves Oct./30/2036

Wicca +34

Bhavnish dio un golpe sobre la mesa de la cocina.

—¡Tienen que marcharse!

Majeed protestó.

—¡Estamos hablando de una mujer con dos niñas! ¡Están asustadas!

—¿Por qué le has traído de nuevo a casa? —Preguntó el alcalde enfadado a Chitra.

—Quiere ayudar. —Contestó la joven temerosa.

—¡No necesitamos su opinión! Esta cuestión es muy sencilla. No pueden quedarse.

A Bhavnish no le gustaba Majeed y a Majeed no le gustaba Bhavnish. El alcalde toleraba al joven por el afecto que su hija le profesaba pero si el profesor optaba por la confrontación, Chitra no estaba segura de lo que podría ocurrir.

—¿Puedo hablar con ellas?

—¡No!

Chitra miró a su padre con cara de reproche.

—*Baba*, por favor....

—Muy bien. —Admitió finalmente Bhavnish. — Serás tú quien les diga que se marchen. Al alba. No quiero escuchar una palabra más sobre este asunto. —Dijo levantando el dedo.

—¿Dónde están? —Preguntó Majeed.

—Fueron capturadas robando fruta. No son más que ladronas.

Majeed hizo oídos sordos al comentario.

—Las encontrarás en la oficina de correos. —Apuntó Chitra.

—Muy bien. —Contestó Majeed. —Hablaré con ellas.

—¡Las quiero fuera del pueblo al alba! —Exclamó Bhavnish amenazador.

Chitra hizo el ademán de seguir a Majeed pero su padre intervino.

—¿A dónde crees que vas? ¡Termina de cocinar, niña! —Exclamó.

Majeed contempló la vieja y destartalada oficina de correos. Había un hombre con cara de aburrimiento apostado en la puerta.

—Amul, déjame pasar. —Dijo Majeed.

El guardián miró al profesor con desconfianza.

—Nadie puede entrar.

—Sólo quiero hablar con ellas.

—Son ladronas. —Afirmó Amul.

—Seguro que lo son.

—Hay que darles su merecido. No toleramos esos comportamientos en el pueblo.

—Bhavnish me ha pedido que hable con ellas.

La sola mención del alcalde hizo efecto y el hombre se hizo a un lado de mala gana.

La Oficina de Correos olía a humedad y estaba a oscuras.

En la penumbra, Majeed pudo distinguir tres frágiles figuras acurrucadas contra una pared.

—¿Cómo te llamas? ¿Hablas mi idioma? —Preguntó Majeed en inglés.

La mujer tenía un hematoma en la cara. Había sido golpeada.

—Fátima —Contestó.

—¿Y las niñas?

—Son mis hijas. —Dijo señalando dos cuerpos sucios y flacuchos.

Majeed calculó que tendrían entre diez y doce años.

—No os va a pasar nada. Os voy a ayudar, me llamo Majeed y soy el profesor de la aldea.

Fátima le miró con desconfianza.

—Muchos se han ofrecido a ayudarnos desde que salimos de Pakistán. Nunca terminó bien. ¿Por qué esta vez iba a ser distinto?

El rostro de Majeed reflejaba extrañeza.

—¿Pakistán? ¿Qué haces tan lejos de tu país, mujer?

Fátima le miró con sorpresa.

—¿Acaso no sabes lo que está ocurriendo?

Majeed se sentó en el suelo, junto a las niñas.

—¿A qué te refieres?

—Tan pronto dejé de tener noticias de mi marido, cogí a las niñas y huimos del país. —Dijo Fátima rememorando acontecimientos lejanos.

—¿Qué le pasó a tu marido? —Quiso saber Majeed.

—La enfermedad llegó a Kandahar y él estaba allí por negocios. Nunca volvimos a verle.

—¿Enfermedad? ¿Qué enfermedad?

—La que ha enviado Alá por nuestros pecados. —Dijo Fátima en un

débil susurro.

La mujer estaba tan asustada que Majeed sintió un escalofrío.

—Fátima, háblame de esa enfermedad.

—Está en todas partes. Los muertos son incontables.

La mujer miró por un momento a sus hijas.

—Tenemos hambre. ¿Tienes algo de comer?

Majeed negó con la cabeza.

—Iremos a la escuela. Allí os llevaré agua y comida. —Afirmó. Pero antes necesito más detalles.

Una de las niñas gimió. Parecían bastante débiles. Fátima habló.

—Entramos en India formando parte del convoy que hacía la travesía del Lago Shakoar. El trayecto hasta el puerto de Vandh fue una pesadilla. Preferiría no hablar sobre ello —Dijo Fátima.

Majeed asintió.

—Un carguero nos llevó por la costa hasta Kerala donde desembarcamos de noche y con el mar agitado. Pensé que moriríamos pero Alá quiso que no fuese así. En tierra firme nos dividimos. Algunos continuaron hacia el sur. Otros preferimos las selvas del interior.

—¿Otros? ¿Cuántos?

—Éramos un grupo de unas cincuenta personas. Todos pakistaníes.

—¿Dónde está el resto de esa gente? ¿Qué haces sola con tus hijas?

—Por favor, necesitamos comida. Puedo pagarte. —Dijo Fátima sacando un puñado de dólares americanos de un dobladillo en su ropa.

Majeed miró asombrado los billetes.

—Mi marido tenía un buen negocio. —Se apresuró a decir la mujer.

—Guarda ese dinero. ¿Qué pasó con el grupo?

—Nuestro campamento fue atacado. De noche, a las afueras de Pamba. Vinieron hombres armados con machetes. Yo cogí a las niñas y corrí.

Majeed pudo imaginar el resto.

—Tranquila. Vayamos a la escuela. Allí estaréis bien.

Majeed salió con Fátima y las niñas.

La calle principal estaba vacía y no había rastro de Amul.

—Pronto será de noche. Hay que darse prisa. —Dijo el joven profesor.

Recorrieron el camino a trompicones y al llegar, los goznes de la portezuela de la escuela chirriaron quejumbrosos.

Majeed las invitó a entrar.

—Aquí estaréis bien. Poneros cómodas. Iré a por agua y algo de comer.

¿De acuerdo?

Fátima miró al joven profesor agradecida.

Era la primera vez que sonreía en mucho tiempo.

Majeed cerró la puerta con doble llave y se internó en el camino interior.

Un poco del estofado que Chitra estaba preparando las reconfortaría y haría que hablasen un poco más. Tenía que saber más sobre la enfermedad que Fátima había conseguido dejar atrás.

Para cuando llegó a la cocina, el alcalde y su hija estaban cenando.

—¿Se marcharán? —Le espetó Bhavnish antes de ingerir un sorbo de caldo.

Majeed ensombreció la mirada.

—Las he llevado a la escuela. Tienen hambre.

—¡A la escuela! ¿Sin mi permiso? —Preguntó Bhavnish.

Majeed no quería más discusiones.

—Les vendría bien un poco de estofado. —Dijo señalando la olla sobre el fuego y mirando a Chitra.

La joven respondió.

—Claro.

—¡Basta! —Gritó Bhavnish.

Majeed reaccionó.

—¡Llevan semanas en la selva! ¡Necesitan comer!

—¡No debiste llevarlas a la escuela! —Volvió a repetir el anciano obcecado.

El joven profesor sintió que estaba a punto de perder el control.

—¡Viejo egoísta y sin corazón!

Chitra dejó caer la cuchara.

El rostro de Bhavnish, amoratado de ira, parecía estar a punto de explotar.

Sin embargo, las palabras salieron de su boca con calma.

—Sal de aquí.

Majeed cogió un recipiente de una repisa, lo llenó de estofado y salió.

Mientras regresaba, pensó en lo difícil que siempre había resultado su relación con Bhavnish.

—Si quiero casarme algún día con Chitra, voy a tener que arreglar las cosas. —Pensó justo antes de entrar en la escuela.

La mujer y las niñas comieron con avidez y Majeed decidió que sería mejor seguir hablando con ellas al día siguiente.

—Intentad dormir. —Dijo antes de irse. Yo estaré en la casa de al lado.
—Y no os preocupéis. Soy el único que sabe que estáis aquí. —Mintió.

Los gritos despertaron a Majeed poco antes del amanecer.

Una luz danzarina y anaranjada entraba por el ventanuco de la habitación.

A tan solo unos metros de distancia, la escuela estaba ardiendo por los cuatro costados.

Majeed se levantó y corrió a toda velocidad.

—Fátima gritaba histérica. Pidiendo salir.

Un grupo de vecinos se había congregado en los alrededores para contemplar la escena.

—¡No! ¡No! ¡Apagadlo! —Gritó Majeed antes de ser golpeado por un objeto contundente en la cabeza.

Al día siguiente, por la tarde, los niños se reunieron bulliciosos alrededor de la roca grande, próxima a la laguna.

Olía a quemado y, todavía tratando de contener las náuseas, Majeed ajustó la venda sobre la herida que tenía en la base del cráneo antes de llamar a sus alumnos.

—Las mataron. Asesinos. —Se dijo.

Chitra observó la escena, oculta bajo la sombra de un tamarindo.

—¿Crees que habrá aprendido la lección? —Preguntó su padre.

—Descuida.

Majeed sacó el libro de texto y, con voz temblorosa, llamó la atención de los niños.

—Chicos... Un poco de orden, por favor.

Poco a poco, todos se fueron calmando.

Majeed hizo acopio de las fuerzas que le quedaban e intentando no romperse en un llanto desgarrador, preguntó.

—Leonardo da Vinci... ¿Alguien puede decirme algo?

Capítulo 6

Miraflores. Guaviare.

Colombia.

Viernes Oct./31/2036

Wicca +35

El Mayor Slinger levantó con cuidado la gasa sobre la herida.

No tenía buen aspecto.

—La selva colombiana no es lugar para convalecencias. —Se quejó el doctor Atkinson limpiando la mejilla lesionada.

El trozo de metralla había hecho un corte feo y profundo en la mejilla del Mayor pero eso fue todo. Slinger sobrevivió al atentado.

—Tuvo suerte. Pudo haber perdido el ojo.

—Si. —Contestó lacónico Slinger aguantando el dolor.

Efectivamente, había tenido suerte. Al contrario que la Primera Dama, el Presidente Wilkinson, Bruce McKellen y una veintena de niños, cuyos restos habían quedado esparcidos entre los escombros de una escuela en México.

Slinger, fuera junto al coche, casi había perdido un ojo.

Había tenido suerte.

—¿Cómo van los suministros? ¿Llegan sin problemas al campamento?

—Quiso saber.

El doctor Atkinson terminó la cura y respondió.

—Los helicópteros van y vienen sin mayores contratiempos, Mayor.

Slinger asintió satisfecho.

No había sido fácil organizarlo todo.

A raíz del atentado, las cosas sucedieron muy deprisa. El general Caldwell fue proclamado Presidente por una junta militar y el ejército puso en marcha la purga interna de los hispanos.

Sin nada que perder, los mandos latinos apoyados por tropas bien entrenadas, se declararon en rebeldía. Las unidades fragmentadas empezaron a hacer la guerra por su cuenta.

La cadena de mando se desmoronó.

Slinger consiguió internarse en la selva colombiana al mando de varias compañías gracias a una mezcla de suerte, sobornos e ingenio.

El desembarco en la Bahía de Buenaventura para tomar Cali, Popayán y Pasto, se preveía difícil. Los colombianos habían congregado un buen número de tropas y conocían el terreno. El mayor ofreció a sus hombres para

ir en primera línea y el almirante William Hetfield aprobó complacido el plan.

—La idea es que sus tropas consigan abrir y mantener la brecha que despeje el camino al Ecuador. —Proclamó Hetfield en la sala de mando.

Slinger asintió.

—No se preocupe almirante. Tendrá ese pasillo cueste lo que cueste.

Pero eso no fue lo que ocurrió.

En secreto y en connivencia con otros oficiales descontentos, Slinger había urdido su propio plan.

—Lo importante es controlar la selva. —Anunció.

Y así fue como casi un tercio de los hombres desembarcados dieron la espalda a sus compañeros para internarse en la espesura al mando de Slinger.

—Tiene que descansar un poco. —Concluyó el doctor Atkinson. —
¿Cuánto tiempo lleva sin dormir?

—Casi tres días. Doy cabezadas de cuando en cuando.

—No puede seguir así.

—Este campamento no se va a montar solo. —Dijo Slinger.

—Si no duerme, se derrumbará.

Slinger sonrió.

—No sea alarmista, doctor.

Atkinson prefirió no decir nada más.

—¡Con permiso, Mayor! —La cabeza de un guardia asomó en la entrada de la tienda.

Slinger se incorporó.

—¿Ve a lo que me refiero?

Atkinson movió la cabeza.

—Usted sabrá lo que hace.

—¿Qué ocurre soldado? —Preguntó Slinger.

—Hemos capturado a otro grupo de civiles merodeando por el polvorín, señor.

—¿Cuántos esta vez?

—Doce hombres y seis mujeres, señor.

Slinger frunció el ceño.

—¡Civiles! ¡Se pegan a mis tropas como garrapatas!

La población era un incordio. Las primeras en llegar habían sido las prostitutas pero, una vez establecidas, aparecían en el campamento todo tipo de familiares y amigos. Al cabo de un tiempo, Slinger estaba rodeado por una

multitud de desarrapados que, sin oficio ni beneficio, no hacían otra cosa sino causar problemas.

—Vamos. —Dijo Slinger cogiendo un calmante del botiquín.

El grupo estaba retenido en una choza vallada con alambre de espino.

—Abre. —Ordenó Slinger al guardia.

El interior apestaba.

El Mayor contempló una escena que venía repitiéndose con frecuencia.

—Otra decena de iluminados que creen que pueden hacerse con nuestras armas y jugar a la guerra por su cuenta. ¿Quién manda entre vosotros? — Preguntó Slinger con dureza.

Los rostros, acobardados, se mostraban incapaces de articular respuesta.

—¡Quién manda! —Insistió Slinger impaciente.

Sólo quería acabar con aquello cuanto antes y dormir un poco.

Una voz respondió desde la oscuridad.

—Yo.

El Mayor asintió complacido.

—Muy bien. Acércate.

Un hombre de aspecto delgado se adelantó.

A pesar de la circunstancias, se esforzaba por mantener un porte altivo. A Slinger le llamó la atención.

—¿Cómo te llamas?

—Raúl Gamboa.

—Muy bien Gamboa. ¿Sabes lo que has hecho?

El hombre le dedicó una mirada desafiante.

—Claro que lo sé.

Slinger cruzó los brazos.

La herida le estaba palpitando en la mejilla y le dolía la cabeza.

—¿Eres consciente de la pena para este tipo de delitos en el campamento?

Una de las chicas del grupo gimió.

—No tengo miedo a morir. ¿Y tú, Mayor?

Slinger sonrió. Le gustaba aquel tipo.

—Todos vamos a morir.

—Unos antes que otros.

—¿Para qué querías las armas?

—Pare terminar el trabajo que empecé.

Slinger se puso en guardia. Su instinto decía que algo no iba bien.

—¿De dónde eres?

—Se trata de un pajarito. Hace un tiempo que se me escapó. —Dijo Gamboa con mirada desafiante.

—Llévalos a los postes. —Ordenó Slinger.

La mujer volvió a gemir.

—No quiero morir...

—Escapó vivo de una escuela. No tiene ni idea de lo que me ha costado encontrarlo.

Para cuando Slinger quiso reaccionar ya era tarde.

La bayoneta entró por detrás rasgando la carne con facilidad.

El dolor hizo caer a Slinger de rodillas.

—¡A mí! —Pudo de gritar antes de derrumbarse.

Lo que siguió a continuación sucedió muy rápido.

Gamboa se abalanzó sobre él.

Intentaba asfixiarle pero los soldados entraron disparando a discreción.

El traidor que le había apuñalado por la espalda cayó muerto y en cuestión de segundos, en medio de un ruido ensordecedor, las paredes quedaron cubiertas de sangre.

Slinger escuchó los gritos.

Trató de arrastrarse pero el peso del cuerpo de Gamboa, inerte sobre su pecho, le impedía cualquier movimiento.

Estaba perdiendo sangre y le fallaba la respiración.

La imagen borrosa del doctor Atkinson entró dando órdenes.

—¡Rápido! ¡A la enfermería!

Slinger apretó los dientes con fuerza y todo se fundió a negro.

Cerca de Puerto Concordia. Guaviare.

Colombia.

Sábado Nov./01/2036

Wicca +36

Kate recordó el despegue del viejo Cessna Citation X que enfiló la pista de aterrizaje de mil seiscientos metros en paralelo a la cordillera con un ruido ensordecedor.

—¿Cómo puede haber un lugar así en medio de la nada? —Se preguntó en voz alta.

—¡Lo construyeron ustedes! —Exclamó Carlos con su particular acento desde la cabina.

Bill y Kate se miraron sin comprender.

—¡Con dólares destinados a la lucha contra el narcotráfico! —Añadió riendo.

—Genial. —Murmuró Kate

—El dinero que la DEA presta al gobierno mexicano acaba en manos del cártel. Pinches gringos... Ni siquiera se enteran...

Kate se recostó sobre el hombro de Bill. Sentados en el suelo y apoyados contra el fuselaje ambos trataban de encontrar una posición cómoda para descansar pero los fardos que habían cargado antes de despegar ocupaban casi todo el espacio.

Kate pensó en el cadáver del sargento Williams.

—Apostaría cualquier cosa a que nunca pensó que para él, todo acabaría en México, junto a un zulo clandestino de cocaína.

—¿Estás bien? —preguntó Bill.

—No... ¿Cómo podría estarlo?... ¿Cómo crees qué terminará para nosotros?

Bill movió la cabeza en un gesto de comprensión.

—No lo sé.

Kate apenas pudo contener las lágrimas.

—¡Oh Bill! ¿Qué está pasando? Hace poco menos de un mes, teníamos vidas normales. Yo estaba a punto de destapar un importante escándalo financiero y tú sólo tenías que preocuparte de escribir tus artículos... Míranos ahora... ¡En un avión, pilotado por un delincuente, rumbo a Dios sabe dónde!

—No te quejes tanto. Además de escribir, doy unos masajes estupendos.
—Dijo Bill sonriendo mientras intentaba aliviar la tensión del cuello de Kate.

La joven torció el gesto.

—A veces pienso en mis padres. ¿Crees que estarán bien?

—Yo diría que Arthur Brennan es un hombre de recursos.

La respuesta intrigó a Kate.

—¿A qué te refieres?

Bill se revolvió un poco incómodo.

—Tu padre... Bueno... Tiene conexiones... ¿No es cierto?

Kate se incorporó.

—Bill Walsh. ¿Hay algo que debiera saber?

El veterano compañero de Kate se mordió el labio inferior.

—Hubo una noche en Nueva Orleans.

Kate le miró expectante.

—Bruce estaba bajo mucha presión. Parecía que todo se iba a desmoronar. El Presidente Wilkinson estaba a merced de los militares y yo me limitaba a acompañar a McKellen de aquí para allá. Me dieron un arma y pasé a convertirme en guardaespaldas. Por entonces había numerosas reuniones. Bruce veía a mucha gente, intentando recabar apoyos para el Presidente. Sin demasiado éxito.

—¿Es cierto lo que se rumoreaba en la redacción? ¿Que Bruce McKellen y Ted Wilkinson estudiaron juntos? —Preguntó Kate.

—En Princeton. Siempre han sido buenos amigos.

Kate cogió una de las mantas que cubrían los fardos de cocaína y se la puso por encima. Tenía frío y un sueño tremendo pero no podía dejar de escuchar.

—La noche de la que te hablo, Bruce me hizo llamar. Estaba solo y medio borracho, en el bar del Hotel Marriot. Me miró con ojos acuosos y entonces, habló. Necesitaba desahogarse.

Kate sintió una oleada de ansiedad.

—¿De qué habló, Bill?

—ChinaKorp, tu padre, la CIA, de ti y de Paul Sander.

—¿La CIA? ¿Paul Sander? ¿Qué demonios tiene que ver Paul Sander?

—Dijo Kate confundida.

—¿Sabes qué es un súper procesador? —Preguntó Bill.

Kate negó con la cabeza.

—Hay una empresa en Oklahoma, *Smyrna Technologies*. Pocos la

conocen. Bruce me explicó que lleva décadas trabajando en secreto para el gobierno.

—Continúa.

- Los laboratorios de *Smyrna* patentaron un modelo experimental de procesador con una capacidad de computación muy superior a todo lo conocido hasta ahora.

—Un logro prometedor para nuestra industria. —Dijo Kate.

—No solo para nuestra industria.

—¿Qué ocurrió?

Bill miró a Kate y respondió con otra pregunta.

—¿Por qué Israel, país amigo y aliado, utilizó a ChinaKorp para robarnos el diseño de esos procesadores?

Kate abrió la boca asombrada.

—¿Hablas en serio?

—Para cuando nos dimos cuenta de lo ocurrido, era demasiado tarde. La información ya estaba en Tel Aviv pero la Casa Blanca insistió en llegar hasta el fondo del asunto. El Presidente habló con el director de la CIA quien, a su vez, se puso en contacto con uno de sus más confiables valores, Bruce McKellen.

Juntos decidieron que el despacho de tu padre sería un lugar ideal para presionar a los chinos.

—¿Mi padre? —Preguntó Kate aturdida.

—Arthur Brennan. Discreto, eficiente y con una relación profesional consolidada con las filiales de ChinaKorp. El hombre perfecto para llevar a buen puerto una negociación.

—No entiendo nada, Bill... ¿Qué negociación?

—A cambio de proporcionar información sobre los motivos de Israel, ChinaKorp dejaría de ser investigada. También disfrutaría de privilegios dentro de nuestro sistema financiero.

—¿Te refieres a privilegios tales como colocar en Wall Street miles de millones de dólares en bonos basura sin que la Comisión de Bolsa y Valores hiciese nada para impedirlo? ¿Es esa la forma que tiene nuestro gobierno de negociar? —Kate no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. —¿A cambio de qué?

—El presidente necesitaba saber qué iba a hacer Israel con esos procesadores.

Kate bufó disgustada.

—El acuerdo se cerró de manera satisfactoria. Pero nadie pensó que al poco tiempo, ibas a aparecer tú.

—¡Mucha gente iba a arruinarse con esos paquetes fraudulentos!

—Te convertiste en un incordio, Kate. ¡La hija de Arthur Brennan amenazando a ChinaKorp! Ninguno de los implicados podía permitirlo.

Kate bajó la mirada.

—Por eso me apartaron.

Bill la miró apenado.

—¿Y qué hizo Israel con los procesadores?

—Los nuevos procesadores fueron instalados en *Harmony*.

—¡*Harmony*! —De repente, Kate tuvo la inquietante sensación de que algunas piezas del puzle, empezaban a encajar.

—¿Por qué iban los israelíes a mandar al espacio tecnología tan avanzada? —Se preguntó Bill. —No lo sabemos.

Kate movió la cabeza con incredulidad.

—JASON. —Murmuró.

—¿Qué has dicho? —Preguntó Bill.

—Por favor Bill, continúa.

—Una vez averiguado el destino de los procesadores, se acordó un realizar un movimiento audaz. La intención era comprobar si alguien en Tel Aviv se ponía nervioso. Para ello, el Presidente volvió a confiar en el ingenio de Bruce McKellen.

—Paul Sander. —Respondió Kate.

Bill asintió.

—¿Qué mejor que un periodista para husmear en los secretos de la estación? La idea es brillante.

—Un espacio reducido y Sander todo santo día haciendo preguntas. — Dijo Kate.

—Bruce supuso que si había algo raro, Paul lo descubriría.

—Santo cielo... —Pensó Kate. —¡Creerán que es un espía!

—Es posible.

—¿Crees que corre peligro?

—¿Qué importa ya?... El planeta entero se va a la mierda.

Kate se tomó un momento para reflexionar.

—El profesor Rubin me habló de JASON en Tel Aviv.

Bill prestó atención.

—Pensé que me tomaba el pelo. —Insistió Kate.

—¿A qué te refieres?

—Me entrevisté con un científico llamado Salomón Rubin en Israel.

—¿Qué demonios es JASON?

—Una especie de proyecto llevado a cabo durante años en el máximo secreto. Rubin se quejaba de las enormes necesidades para procesar adecuadamente los datos. Eran datos provenientes del espacio.

—Otra vez *Harmony*. —Concluyó Bill.

—Los cálculos de la estación espacial constituyen un factor determinante para el éxito de su empresa. ¡Por eso robaron los procesadores!

—¿Por qué tanta prisa?

—Rubin afirmó que llegaban tarde. Habló de que habían sido adelantados y que por ello, el mundo paga ahora las consecuencias.

—¿Consecuencias? ¿Otros? ¿Qué otros?

—¡No lo sé! Todo resulta demasiado confuso. Si te soy sincera, no le creí una sola palabra. Lo mejor será olvidarlo. —Dijo Kate abatida. — Necesito dormir.

El veterano periodista dejó que la cabeza de Kate descansara en su regazo mientras él observaba los primeros rayos de sol por la ventanilla.

Once mil metros más abajo, la interminable selva colombiana se desperezaba.

A Bill le pareció un monstruo verde y enorme capaz de a engullirlo todo.

El Alivio. Guaviare.

Colombia.

Domingo Nov./02/2036

Wicca +37

Ringo observó a la camioneta tratando de abrirse paso por el sendero embarrado que serpenteaba por la colina.

—Arquímedes.

—Dime, jefe. —Respondió un hombre de facciones indígenas y mirada oscura.

—¿Serías tan amable de darles la bienvenida?

Arquímedes asintió.

—¡Vamos muchachos!

La partida interceptó el vehículo en la *curva mala*, denominada así por encontrarse en pronunciada pendiente y dando directamente al arroyo. Con las lluvias, no era inusual que el firme perdiera consistencia y acabar mal parado.

Arquímedes dio el alto.

—¡Hasta aquí llegaron!

Carlos paró el motor y salió.

—Hola Carlitos. Has vuelto.

—Arquímedes.

—Ringo quiere verte.

—Cumplí mi palabra. —Contestó Carlos.

—¿Me das tu arma? —Respondió Arquímedes.

—¿Cómo no?

La cueva de Ringo estaba en un extremo del poblado, cerca de una impresionante formación rocosa que terminaba en una catarata desde la cual partía el arroyo. En realidad, el campamento era un lugar pequeño y asfixiante compuesto de chamizos cubiertos de vegetación pero a Ringo le gustaba.

—Es todo lo que tenemos. ¡Nuestro pequeño hogar! —Solía decir.

Hombres y mujeres iban y venían, atareados en sus quehaceres.

Muchos iban armados y presentaban un aspecto sucio.

Kate estaba impactada.

—¿Qué es este sitio? —Preguntó inquieta.

—Silencio. —Dijo Arquímedes con voz profunda.

Ringo salió de su guarida ataviado con un abrigo largo de grandes ojales y hebillas doradas que reflejaban la luz del sol.

Bill no pudo evitar una sonrisa irónica.

—¿Y este quién demonios es? —Pensó.

Carlos le miró alarmado.

Demasiado tarde.

—¿Te hago gracia? —Preguntó Ringo en inglés.

Bill mudó el semblante.

—No.

—¿Entonces por qué te ríes?

—Por nada. Lo siento.

—¡Lo siento! —Exclamó Ringo levantando las manos de forma teatral.

—Yo...

—¿Lo habéis oído? ¡Dice que lo siento!

Algunos de los hombres ya se habían congregado haciendo un corro alrededor de la escena.

Bill se sintió incómodo.

Ringo se acarició la perilla.

—¿Cómo te llamas?

—Bill Walsh.

—¡Bill Walsh!

—¿Y esta hermosa dama? —Preguntó Ringo haciendo una cortés reverencia frente a Kate.

—Ella es... —Contestó Bill.

Ringo le interrumpió.

—¿No puede hablar por si misma?

La joven, nerviosa, respondió.

—Me llamo Kate Brennan.

—¡Muy bien! ¡A mí, todos me llaman Ringo!

Kate y Bill guardaron silencio.

Entonces, Ringo dejó de lado a los americanos para fijar su atención en Carlos.

—¡Has vuelto! —Exclamó de forma que todo el poblado pudiese oírle.

—Prometí que lo haría. —Respondió Carlos inclinando la cabeza con respeto.

—Y estos dos... ¿De dónde salen?

—Bill me salvó la vida en Monterrey.

—¡Cuánto me alegro! ¡Bien hecho, Bill! —Dijo Ringo. —¿Has traído mi droga?

—Está en la furgoneta.

—¡Bien! ¡Muy bien! —Afirmó contento Ringo dando una palmada en el cachete de Carlos.

—¡Aquí donde lo veis! —Exclamó Ringo dirigiéndose a todos los presentes. —¡Carlos quiso quedarse con mi droga!

El mexicano hincó una rodilla en el suelo.

—Subsané mi error y te compensaré con creces.

Ringo le miró divertido.

—¡Claro que lo harás!

Carlos no se atrevió a levantar la mirada. Estaba temblando como una hoja.

—Arquímedes, ¿Puedes traer a las muchachas?

El indio se internó en la espesura para volver al cabo de unos minutos con dos mujeres amordazadas.

Ambas tenían un aspecto lamentable.

Carlos, al verlas, comenzó a sollozar.

Ringo siguió hablando.

—Carlos ha reparado su error. Cumplió su promesa y me trajo la mercancía. Dijo que la DEA la había incautado pero no es cierto... ¿Verdad?

—No... —Respondió Carlos sin dejar de mirar a las prisioneras.

—Pero yo, te creí. Te dije que no te preocuparas. Gajes del oficio. ¿Miento?

—No.

—¿Y qué pasó entonces, Carlos?

Carlos guardó silencio.

—¿Podrías responder?

—Apareció la mercancía.

—¡Apareció la mercancía! ¡Por arte de magia! ¿No es maravilloso? —Ringo se ajustó la guerrera antes de desenvainar un enorme machete.

—¿Cómo apareció mi droga supuestamente incautada por la DEA?

—Ramiro me traicionó. Se encargó de que supieses la verdad.

—¡Tu lugarteniente te traicionó! ¡Un hombre de tu máxima confianza! ¿Cómo te sentiste, Carlos?

—Mal.

Ringo miró Carlos con desprecio.

—¿Comprendes ahora cómo me siento yo?

—Me he dado cuenta de mi error. Prometí que volvería con la mercancía. ¡He cumplido!

—Es cierto. Has cumplido. Y por eso, vas a poder elegir.

Carlos comenzó a suplicar.

—Por favor Ringo, te lo ruego...

—¿Tu mujer o tu hija?

Arquímedes obligó a arrodillarse a las dos mujeres que gemían ahogadas por las mordazas.

—Ringo, no lo hagas... Por favor, mátame a mí. Ellas no tienen la culpa.

—¿Tu mujer o tu hija? Vamos Carlitos... Si me obligas a preguntar de nuevo, serán las dos.

Carlos estaba en shock, sin poder reaccionar.

—Muy bien. —Dijo Ringo. —Lo comprendo. Dejemos que el hombre de risa fácil, el que te salvó la vida en Monterrey, tome la decisión.

Bill abrió mucho los ojos y negó con la cabeza.

—No... Yo...

—¿La madre o la hija, Bill?

—No puedo... —Dijo Bill con la voz entrecortada.

—Arquímedes.

—Dime Ringo.

—¿Qué tal si ejecutas a las dos?

—¡No! —Gritó Bill. —Deja viva a la hija.

Ringo sonrió, se acercó a Bill y puso ambas manos sobre sus hombros.

Carlos gritó.

—¡No!

Ringo se dio la vuelta.

—Arquímedes.

—Dime, Ringo.

—Carlos no está de acuerdo con Bill. Corta la cabeza de la muchacha.

El cuerpo decapitado cayó al suelo con un golpe seco.

Carlos se desmayó.

Kate sintió una fuerte arcada.

—Y ahora, haced pasar a los americanos. —Dijo Ringo señalando la entrada de la cueva.

Las dependencias de Ringo estaban iluminadas con lámparas de gas.

La cueva parecía salida de una novela de Emilio Salgari.

Una enorme cama cubierta de terciopelo rojo y flanqueada por dos colmillos de elefante ocupaba una parte importante de la habitación.

A la derecha, un escritorio de caoba soportaba un espejo Luis XVI.

—Aquí es donde me relajo y trato de abstraerme un poco. —Dijo Ringo quitándose el abrigo para, a continuación, meterlo en un gran arcón.

—¿Quien de los dos puede decir qué es lo peor que puede ocurrir en un sitio como este?

Kate y Bill se miraron atemorizados.

—¿Nadie? —preguntó Ringo sentándose en el borde de la cama.

—¿Perder a tu hija a manos de un asesino? —Dijo Kate sin poder contenerse.

Bill la miró aterrado pero Ringo sonrió.

—¡La chica dice lo que piensa! ¡Me gusta! ¿Qué te parece, Arquímedes? El veterano sicario se limitó a emitir un gruñido desde las sombras.

—Los hijos no deberían morir antes que sus padres. ¿Crees que he sido demasiado duro, Arquímedes? —Preguntó Ringo.

—No, jefe.

—La culpa la tiene el aburrimiento.

—Si, jefe.

—¿Creéis que los hombres han disfrutado de la función?

Kate no pudo evitar un rictus de terror.

—Estamos en manos de un loco. —Pensó.

—Se rumorea que los Estados Unidos ya no existen. ¿Es eso cierto?

Bill asintió.

—Millones de personas han huido al sur.

—¡Acompañadas de un ejército! —Apostilló Ringo.

—Todo el mundo trata de sobrevivir. —Respondió Bill en voz baja.

—¿Y cómo habéis acabado vosotros dos en Colombia? —Quiso saber Ringo.

—Nos perdimos cerca de Monterrey. —Contestó Kate. —Encontramos a Carlos por casualidad. El sargento Williams quería...

—Quedarse con tu droga. —Mintió Bill. —Yo lo impedí.

Ringo le miró complacido.

—¿Por qué todo el mundo quiere quedarse con mi mercancía?

Bill enarcó las cejas.

—Me has hecho un favor. No lo olvidaré. —Dijo Ringo.

El periodista asintió con humildad.

—¿Te gustaría hacer un encargo para mí?

Kate miró a su compañero, alarmada.

—¿Tengo otra opción?

Ringo estalló en una carcajada.

—¡Pues claro que sí! ¡Siempre hay otra opción! ¿Qué me dices?

—¿De qué se trata?

—Necesito que hagas una misión delicada mientras Kate se queda aquí, conmigo. Pero siempre puedes escoger, Bill. Puedes marcharte en cualquier momento. Te prometo que nunca volverás a saber de mí. Ni de la chica. —
Respondió Ringo dejando ver una hilera de dientes blancos.

Bill tragó saliva.

—Estoy a tu disposición.

—Necesito que hagas una visita.

—¿Una visita?...

—¡A los americanos! Al campamento del Mayor Slinger. ¿Harás eso por mí, Bill?

El Alivio. Guaviare.

Colombia.

Lunes Nov./03/2036

Wicca +38

Kate pasó la noche temblando en una oscura celda excavada en la roca. La pregunta de Bill le hizo a Ringo todavía resonaba en su cabeza.

—¿Quién coño es el mayor Slinger?

Había sido inteligente no desvelar la relación de ambos con el militar norteamericano.

Ringo no sospechó nada y contestó con naturalidad.

—Se dedica a hacer la guerra por su cuenta y piensa que la selva le pertenece. Para mi desgracia, ha instalado su campamento cerca de aquí convirtiendo toda la zona en un foco permanente de atracción para todo tipo de vagabundos y desarrapados. Sin embargo. —Añadió.- Me gustaría hacer negocios con él.

—¿Qué tipo de negocios? —Preguntó Bill.

—Slinger tiene armas y yo tengo droga.

Bill captó por donde iban las intenciones de Ringo.

—Le dirás que puedo proporcionar lo que necesite. Si no es estúpido, querrá heroína pero le dirás que también disponemos de otras opciones. Cocaína, anfetamina, LSD...

Bill asintió impresionado. Ringo continuó detallando sus intenciones.

—El intercambio se hará a razón de cinco kilos de producto por cada kilo de armas y munición.

—¿Por qué iba a querer Slinger traficar con droga?

—El mayor tiene un campamento al que no para de llegar gente. Se ha corrido la voz y pronto las cosas se tornarán difíciles de manejar. Créeme, Bill, pronto comenzarán los problemas para Slinger. Robos, asesinatos, violaciones, ajustes de cuentas, ¡Puede que tenga que hacer frente a auténticos disturbios! Son dificultades a las que un verdadero líder se debe saber enfrentar. Ahora, te preguntarás cómo he resuelto yo estas cuestiones aquí en casa, en nuestra pequeña comunidad.

Bill reconoció que estaba intrigado.

—Me lo puedo imaginar. Hemos sido testigos.

Ringo sonrió.

—Lo ocurrido con Carlos fue un hecho puntual. Cualquier idiota sabe que no se puede ir por ahí matando a la gente, sin más. De ser así, no duraría en esta cueva ni cinco minutos. Hay que ser cuidadoso.

Bill enarcó las cejas expectante y Ringo le miró como si lo que iba a decir fuese una obviedad.

—¿Sabías que un adicto a la heroína que recibe puntualmente su dosis no suele dar demasiados problemas? Al cabo de un tiempo, se olvidan de lo que los trajo aquí. Las ambiciones y el carácter se atemperan. En realidad es muy sencillo.

El periodista miró a su interlocutor con incredulidad y Ringo le pasó un brazo por encima.

—Vamos, no pongas esa cara, Walsh... Es un buen acuerdo. Armas por droga. ¿Qué opinas?

—Todo el mundo sale ganando. —Dijo Bill sin dejar de mirar a Kate.

—¡Me encanta este hombre! —Exclamó Ringo exultante. —Partirás esta misma noche. ¡Arquímedes!

La sempiterna sombra de Ringo se adelantó.

—Si, jefe.

—¿Podrías asignar unos cuantos de nuestros muchachos para que acompañen al comandante Bill? No queremos que se pierda.

—Descuida. Ringo.

—¡Excelente!

Kate trató de incorporarse. El suelo rocoso estaba húmedo y frío.

El sonido de pasos acercándose la sacó de sus pensamientos.

Tenía una pierna dormida y mucha sed.

Un tipo barbudo abrió la celda.

—Ringo quiere verte.

—Tengo sed. —Dijo Kate.

—Calla y camina.

Ringo la esperaba en su habitación, desnudo. La miraba fijamente mientras chapoteaba dentro de una gran bañera de metal cromado rebosante de agua caliente.

—¿En serio? —Se preguntó Kate mirando la espuma con envidia.

—Buenos días, Katherine. ¿Has dormido bien?

—Me muero de sed.

—¿Te apetece una copa? —Preguntó Ringo saliendo de la bañera.
Kate apartó inmediatamente la mirada.

—¿Vino? ¿Champagne?

—Agua estaría bien.

—¡Qué aburrida! —Exclamó llenando un vaso.

Kate bebió con avidez y Ringo volvió a meterse en la bañera.

—Toma asiento. —Dijo Ringo señalando la silla frente a la extravagante bañera.

Kate obedeció.

—¿Crees que estoy loco?

—Nada de lo que he visto invita a pensar que no lo estés.

Ringo soltó una carcajada.

—Yo me considero una persona amable.

Kate intuía que a Ringo le motivaba su papel de chica dura y desafiante pero debía tener cuidado. Era un juego peligroso.

—Me gustaría mucho ver esa faceta. —Afirmó Kate.

—Yo también tenía una vida antes de llegar aquí. —Afirmó Ringo con tono nostálgico.

Kate se dispuso a escuchar.

—Terminé la carrera de psicología en París cuando en España era imposible encontrar trabajo.

La joven asintió.

—Después de un tiempo viajando por Europa, decidí sentar la cabeza. Un banco me contrató para hacer evaluaciones en el departamento de recursos humanos y con el tiempo, me fui especializando. Mi trabajo era despedir gente.

—Un trabajo desagradable. —Dijo Kate.

- No creas. Me gustaba. Ese no fue el problema.

Kate sonrió.

—Vamos Kate...

—¿...?

—Si sonríes así, me decepcionas.

Kate se dio cuenta de lo fácil que podía resultar dar un paso en falso.

—Muy bien. Sólo un cabrón disfruta con un trabajo así.

—Así está mejor. —Dijo Ringo dando un sorbo de su copa de

Champagne. —El caso es que, como en el cuento del cazador cazado, hicieron lo mismo conmigo.

—Te despidieron.

—Sí. —Dijo Ringo. —Me la jugaron. Pero esa es una larga historia que dejaremos para otro momento.

Kate pudo percibir el odio y el resentimiento en sus palabras.

—No me apetecía volver a España así que decidí tomarme un descanso y viajar por el mundo.

—Tomar un respiro siempre viene bien.

—Se suponía que las playas de arena blanca de Cartagena de Indias iban a ser el principio de unas tranquilas vacaciones pero ya sabes cómo van esas cosas... Acabé en la calle, solo y endeudado. Si me permites un consejo, no juegues. El juego es un mal asunto.

—¿Debería sentir pena?

—¿Me dejas terminar? —Preguntó Ringo con tono ofendido.

—Continúa.

—Comencé a trabajar para Salazar, el narcotraficante que me había prestado dinero. No tuve otra opción.

—¿Por qué no fuiste a la policía? —Preguntó Kate.

—¿La policía?... ¡Yo apreciaba mi trabajo! —Respondió Ringo.

Kate se mantuvo seria en la silla.

—¿Qué ocurrió entonces? —Preguntó.

—Una noche, el patrón me llamó a su casa en la playa. La puerta estaba abierta. Me esperaba en el piso de arriba, bebiendo tranquilamente mientras tomaba un baño.

Kate tragó saliva. La historia empezaba a no gustarle.

—A su lado, estaba el tipo más impresionante que había visto en mi vida. —Arquímedes. —Dijo Salazar. —Acaba con Ringo.

Kate enarcó las cejas.

—Arquímedes vino hacia mí con decisión. Sólo se me ocurrió hacer una cosa.

—¿Correr? —Preguntó Kate.

—No hubiese servido de nada. Miré a Arquímedes fijamente y le hice una pregunta.

—¿Una pregunta?

—¿Qué te parece si, en vez de matarme, acabas con ese hijo de puta de la bañera? —Para mi sorpresa, Arquímedes se paró en seco.

—¡Indio estúpido! ¡Mata a ese hijo de puta! —Gritó el patrón. —¿Acaso crees que puedes robarme delante de mis narices, Ringo?

Kate hizo un inciso.

—¿Era cierto? ¿Robabas a tu jefe?

Ringo chasqueó los dedos divertido. Se notaba que estaba disfrutando.

—¡Por supuesto!

—Dios mío... —Dijo Kate.

—Arquímedes se dio la vuelta y, en un santiamén, estranguló a Alberto Salazar. En esta misma bañera.

Kate intentó evitar el gesto de asco.

Ringo prosiguió.

—Y así fue como me hice con su negocio. ¿Verdad, Arquímedes?

El indio asintió desde las sombras.

—Si, Ringo.

—Pero basta ya de charlas...

Kate miró a Ringo confundida.

—Ahora que nos conocemos mejor. ¿Qué te parece si te vas quitando la ropa, Kate?

—No...

—Arquímedes, ¿Crees que podrás convencer a la señorita?

Arquímedes comenzó a avanzar. Kate sintió los pesados pasos aproximándose a su espalda.

Temblando como una hoja, tuvo una idea absurda.

—¡Arquímedes! —Dijo.

El indio se paró en seco.

- ¿Por qué no acabas con ese hijo de puta de la bañera? —Preguntó Kate con el corazón en la boca.

—...

—...

Las carcajadas de ambos hombres apenas alcanzaron a amortiguar los gritos ahogados de Kate.

Los matones que custodiaban la entrada echaron un vistazo al interior.

Ringo se estaba divirtiendo.

El Alivio. Guaviare.

Colombia.

Martes Nov./04/2036

Wicca +39

El Mayor Slinger se llevó la mano a la venda que rodeaba el abdomen.

—Así que drogas a cambio de armamento.

Bill asintió.

Los hombres asignados por Arquímedes para la escolta esperaban fuera de la enfermería mientras Bill exponía las intenciones de Ringo.

—¿Está usted bien, Mayor?

Slinger se levantó.

—Demos un paseo, Walsh.

El doctor Atkinson intentó objetar pero Slinger lo cortó con la mirada.

—¿Cual era tu relación con Bruce McKellen?

—Trabajaba para él en el periódico antes de que todo se viniese abajo.

—Debes saber que ha muerto. Estaba con el Presidente y la Primera Dama el día del atentado. —Dijo Slinger. —Pensé que querías saberlo.

Bill sintió lástima.

—No era un mal hombre.

—¿Cómo has llegado a Colombia? ¿Dónde está el sargento Williams? ¿Y la joven que os acompañaba?... No consigo recordar su nombre. — Preguntó Slinger.

Bill puso cara de circunstancias y dejó que el Mayor se apoyase en su brazo al caminar.

—Williams murió cerca de Monterrey. Un narcotraficante mexicano le voló la cabeza. Kate y yo tuvimos más suerte pero ahora somos rehenes de Ringo.

—¿Quién coño es Ringo? —Preguntó Slinger disgustado.

Bill se tomó un momento para responder.

—El narcotraficante que controla este territorio. También es un sádico que no dudará en matar a cualquiera si las cosas no salen como tiene pensado. Está mal de la cabeza.

—Así que un tipo duro...

—Hizo degollar a sangre fría a una muchacha delante de sus padres.

Slinger negó con la cabeza.

—Si quiero que mi gente sobreviva en esta maldita selva, necesito

estabilidad. No puedo permitir que el territorio se sumerja en el caos.

—Ringo es un chiflado. Un exhibicionista que no dudará en hacer cualquier barbaridad con tal de conseguir sus objetivos.

—Y quiere armas...

—Está convencido de que usted estará encantado con el intercambio. — Así fue como lo expresó.

—Armas a cambio de heroína... —Repitió Slinger con una media sonrisa.

—Necesito su ayuda para acabar con él, Mayor Slinger. Mientras hablamos, Kate sigue en manos de ese animal.

Slinger guardó silencio durante unos minutos. Mientras caminaban, el campamento militar bullía de actividad.

—Le dirás a Ringo que acepto su oferta.

Bill dio un respingo sorprendido.

—Esta noche iré a hacerle una visita y, cuando más confiado esté, mis hombres caerán sobre esa cueva.

—Demasiado peligroso.

—Un equipo de Operaciones Especiales hará el trabajo.

—¿Qué pasará con Kate?

—Mis hombres matarán a los malos y rescatarán a la chica. No te preocupes, Walsh.

Bill asintió a regañadientes.

Después de unas horas en la cantina, los hombres de Ringo estaban listos para volver.

Bill se despidió de Slinger y el grupo se internó en la selva con celeridad.

Para cuando llegaron al campamento de Ringo, empezaba a anochecer.

Bill no sabía la hora exacta a la que llegaría el Mayor Slinger con lo que recorrió el angosto pasillo que desembocaba en la amplia estancia de Ringo con ansiedad.

Lo que vio a continuación le dejó desconcertado.

—¡Bill! ¡Ya estás de vuelta! —Exclamó Ringo desde la cama.

A su lado, yacía Kate tumbada de perfil y con el torso desnudo.

Una bolsa con heroína y jeringuillas descansaban sobre la mesa de noche.

—¿Qué has hecho? —Preguntó Bill haciendo un esfuerzo por contener la ira.

Ringo le miró con cara de no haber roto un plato.

—¡Nos hemos divertido! ¿No es cierto, Kate?

Kate emitió un quejido amodorrado.

—¿Ves?

Bill intentó serenarse. Un enfrentamiento con Ringo equivalía a una sentencia de muerte. En unas horas llegaría Slinger con la caballería.

Ringo quiso saber de inmediato el resultado de su visita al campamento norteamericano.

—¿Has cerrado un buen trato, Bill?

—Sí. El mayor Slinger ha aceptado las condiciones.

Ringo saltó de la cama satisfecho.

—¡Buen trabajo!

Bill sonrió.

—Vendrá esta misma noche. Quiere conocerte.

—¡Quiere conocerme! ¡Vaya! ¡No se que ponerme! ¡Estoy tan nervioso!

—Respondió Ringo con voz de falsete.

Bill temió que Ringo hiciese alguna locura estafalaria. Parecía muy excitado con la noticia.

—¡La unión hace la fuerza, Bill! ¡Tú y yo vamos a hacer grandes cosas juntos!

—Seguro que sí, Ringo.

—Tengo el presentimiento de que esto es sólo el comienzo. Nos vamos a divertir. Ahora, déjame solo.

—Muy bien, Ringo.

—Come algo, bebe lo que quieras. Busca una chica guapa y pasa un buen rato. Hablaremos luego. Ahora, tengo que pensar.

Bill miró a Kate, expectante.

—Ella vuelve a la celda. —Sentenció Ringo con mirada oscura.

—¿Qué ha hecho? —Preguntó Bill con voz entrecortada.

—Decir que no. —Respondió Ringo tajante, dando así por concluida la conversación.

Bill anduvo un rato perdido entre las fogatas del patio frente a la cueva. Los hombres, sabedores de que había hecho un encargo importante para el patrón, le invitaban a los corrillos y las mujeres se insinuaban.

—¡Gringo! ¿Quieres ver lo que tengo para ti?

Una botella de tequila llegó a sus manos.

Bill bebió.

Los minutos iban pasando y Slinger no hacía su aparición.

—¿Dónde se habrá metido? ¿A qué demonios está esperando? Kate está drogada en el suelo de una mazmorra y no puedo hacer nada por ayudarla. — Pensó angustiado.

Bill levantó la botella y antes de dar otro trago se tambaleó.

Por un momento, pensó en la posibilidad de entrar en la cueva y avisar a Ringo. Decirle que Slinger le iba a tender una trampa.

—Eso me convertiría en alguien muy valioso a sus ojos y quizás esa sea la mejor manera de ayudar a Kate. —Murmuró.

Bill desterró aquella idea de la cabeza. De repente, se sintió sucio y despreciable.

Entonces escuchó helicóptero.

—¡Ya está aquí! —Se dijo escondiéndose tras unos fardos.

Slinger aterrizó en la explanada frente a la cueva levantando una gran polvareda.

Bill supuso que, en un santiamén, un destacamento de tropas especiales aprovecharía la confusión para salir de las sombras disparando a todo el mundo.

Pero nada de aquello ocurrió.

El helicóptero dejó de rugir y Slinger abrió la portezuela. Ringo esperaba en la puerta de la cueva. Cuando el militar americano estuvo a su altura, hizo una reverencia.

—¡Bienvenido, Mayor Slinger!

—Ringo. —Dijo el veterano oficial. —Me han hablado muy bien de ti.

Bill no podía creer lo que estaba viendo. No iba a haber ningún rescate. Nadie iba a disparar un solo tiro. Slinger iba a aceptar la propuesta.

El Mayor y su anfitrión encaminaron sus pasos hacia el interior la cueva.

—¿Vino o champagne? —Preguntó Ringo cediendo el paso a Slinger.

Bill se mordió los labios. Apoyado de espaldas contra los bultos, había presenciado toda la escena sin saber qué hacer. Los hombres de Ringo continuaban bebiendo alrededor del fuego, como si la presencia de un helicóptero artillado del ejército de los Estados Unidos fuese lo más normal del mundo.

Nada de aquello tenía sentido.

De repente, una mano nerviosa le tocó el hombro.

Bill se dio la vuelta sobresaltado y Carlos hizo un gesto para que guardara silencio. El mejicano mostró su pistola y una granada de mano.

—Carlos. —Susurró Bill. —¿Qué haces aquí? ¡Deberías estar a mil millas de este lugar!

—Mi mujer se ahorcó en la selva.

Bill bajó los ojos.

—Lo siento.

—Voy a matar a Ringo.

—¡Estás loco!

—Y tú vas ayudarme. Será más fácil si distraes a los guardias.

Bill negó nervioso con la cabeza.

—No saldrá bien.

—¡Calla! —Dijo Carlos. ¿Qué es eso? —Preguntó señalando al helicóptero.

—Es del Mayor Slinger. Un militar americano que ha venido a hacer negocios con Ringo. —Dijo Bill asqueado.

—Entonces están despistados. Escucha, Bill.

Bill intentó zafarse del mexicano.

No pensaba ayudarlo sin condiciones.

—Primero sacaremos a Kate.

Carlos miró al suelo unos segundos, pensativo.

—No puedo perder tanto tiempo.

—Si no la sacamos de esa mazmorra, no cuentes conmigo.

Carlos asintió contrariado.

—Muy bien. Vamos.

El cuerpo del centinela, medio borracho, calló como un saco sobre el suelo arenoso frente a la puerta de la celda.

Kate, sobresaltada, gritó.

—¡Dios mío!

El rostro de Carlos apareció entre los barrotes.

—¡Silencio! —Dijo en voz baja mientras abría la reja.

Carlos la cogió de la mano y la llevó junto a Bill.

—¡Kate! ¿Estás bien?

Kate rompió a llorar.

—Bill, toma la pistola. —Dijo Carlos hablando muy deprisa. —Dispara al guardia y luego sal corriendo en dirección el riachuelo. Allí encontrarás mi camioneta.

Bill asintió mientras sostenía nerviosamente el arma.

Kate se extrañó.

—¿Disparar?

—Vamos. —Dijo Carlos. —Ahora o nunca.

—Corre y espera en la camioneta. —Dijo Bill mirando a la joven.

Kate asintió y se escabulló en la oscuridad.

Bill, agazapado, miró al helicóptero. El piloto tonteaba con las mujeres.

Tumbado en la maleza, estiró con firmeza las manos y disparó.

El compañero del matón que acababa de caer herido al suelo sacó inmediatamente su arma y disparó confundido sobre el piloto que apartó a las mujeres con la intención de poner en marcha el helicóptero.

En cuestión de segundos y bajo el ruido ensordecedor de los motores, una sombra entró rauda en la cueva. El centinela herido intentó poner una zancadilla pero Carlos ya volaba hacia el interior con la granada en la mano, perseguido por el segundo centinela que consiguió gritar.

—¡Ringo! ¡Al suelo!

Bill aprovechó la confusión para salir corriendo hacia el riachuelo.

Kate escuchó la explosión que llegó a sus oídos amortiguada desde la cueva.

Sentada en la furgoneta, puso en marcha el motor.

Bill entró en el vehículo como una exhalación.

—¡Vámonos! ¡Vámonos de aquí!

Condujeron toda la noche a través de la jungla.

Ninguno de los dos dijo ni una sola palabra durante el trayecto.

Capítulo 7

El Alivio. Guaviare.

Colombia.

Miércoles Nov./05/2036

Wicca +40

Los primeros rayos de sol alumbraron un claro en el que había, solitaria, una casa destartada.

Un pequeño huerto, gallinas y dos o tres cabras pastaban en un improvisado corral.

Bill paró la furgoneta. Llevaba horas conduciendo.

—Gracias a Dios. —Murmuró Kate. —Necesito una ducha.

Bill la miró de arriba a abajo.

Ambos tenían un aspecto deplorable.

Un campesino salió a recibirles.

Iba armado con una escopeta de caza.

Kate suspiró.

—Déjame a mí. —Dijo con voz cansada saliendo despacio del vehículo.

—Ten cuidado. —Respondió Bill.

Ella sonrió. —Sólo es un viejo asustado.

—*¡Hola Señor! ¡Amigos!* —Exclamó Kate en español.

Los doscientos treinta perdigones del cartucho *Remington Shurshot 12/70* arrancaron prácticamente toda la carne de la mejilla izquierda de la joven haciendo que un trozo impactase contra el parabrisas. El rostro de Kate giró tan violentamente debido al impacto que su cuello estaba fracturado antes de que el cuerpo chocara contra el suelo.

—*Gringos cabrones...* —Murmuró el anciano mientras disparaba de nuevo contra el pecho de la joven.

Bill salió del coche mientras el viejo recargaba.

Corrió como nunca lo había hecho en su vida.

Corrió hasta que los pulmones y el corazón, estuvieron a punto de estallar en su interior.

Afuera de Johannesburgo.

Sudáfrica.

Miércoles Nov./05/2036

Wicca +40

Charlotte Bissette llegó a la cima del montículo de basura donde vio a varias mujeres removiendo desperdicios y a otras muchas subir por la cara oeste.

—Parecen hormigas. – Pensó.

—Si no nos damos prisa, no encontraremos nada. —Dijo Paola.

Charlotte asintió, sacó el pincho y se puso a buscar.

La vista desde la montaña de desechos era desoladora. La extensión de casetas y barracones en la llanura llegaba casi hasta donde alcanzaba la vista. Finas columnas de humo negro salpicaban la escena, aquí y allá.

Los incendios en los barracones eran uno de los mayores peligros para los refugiados. Desgraciadamente se producían con frecuencia.

—Carmen murió ayer. Encontraron su cuerpo chamuscado en la parte vieja.

Charlotte movió la cabeza.

Carmen era una chica joven y vivaracha que siempre estaba dispuesta a arrancar de sus compañeras una sonrisa.

—¿Cuántas más tienen que morir? – Preguntó Paola.

Charlotte levantó por enésima vez el pincho.

Un trozo de madera, un marco de fotos y una montura de gafas.

—Tiene una lente. ¿Crees que valdrá?

Paola se acercó para echar un vistazo.

—Guárdala. Conociendo a Travis, nunca se sabe.

Travis se portaba bien con ellas. Había guardias mucho peores. Peores incluso que los beduinos a los que el capitán del *Stellante* las había vendido a cambio de armas y munición en Argelia.

De las treinta y cuatro mujeres que desembarcaron asustadas en medio de la oscuridad, habían llegado a Sudáfrica seis. Charlotte vivió aquellos días atenazada por el terror, los abusos y las vejaciones constantes. Afortunadamente, a medida que la caravana descendía por la costa del continente africano, los hombres se fueron cansando de ella.

Afortunadamente, Charlotte y Paola se vieron relegadas a todo tipo de tareas domésticas. Había que dar de comer a los hombres, cuidar los animales

y mantener limpias las tiendas. Las chicas más jóvenes no tuvieron tanta suerte. En cada población importante, la mercancía era vendida.

—Quién sabe dónde estarán. —Se preguntó Charlotte metiendo las gafas retorcidas en un zurrón.

Un grito de sorpresa la sacó de sus cavilaciones. Paola había encontrado algo.

—¡Oh Dios mío!

Enganchado al pincho de su amiga, había un revolver sucio y desgastado.

—¿Está cargado? —Preguntó Charlotte.

—¡No lo sé!

—¡Escóndelo! Si alguien nos ve, estamos perdidas. —Advirtió Charlotte nerviosa.

Paola ocultó el arma entre su ropa. El tacto con el acero del cañón se sentía inquietante.

—¿Qué vamos a hacer? —Preguntó la italiana.

—No diremos nada.

—Pero si nos descubren...

Los registros en el campo eran frecuentes y cualquier refugiado al que se le encontrase un arma era inmediatamente detenido y deportado a la ciudad.

—¡Si cualquier *Recogedora* encontrara en el vertedero armas de fuego, cuchillos, machetes u objetos punzantes, ésta deberá reportarlo inmediatamente al Oficial de Supervisión más cercano! —Advertía Travis con voz monótona todas las mañanas desde lo alto de la torre de control.

—¿Tienes idea de lo que podemos conseguir por algo así en el mercado negro? Dámela. —Resolvió Charlotte. —Travis no me registrará. Yo la pasaré.

Durante el trayecto de vuelta a los barracones ninguna de las dos dijo nada. Las colas de *Recogedoras* daban varias vueltas al recinto de entrada del campamento *Jacob Zuma*, a las afueras de Johannesburgo.

Al caer la tarde, las mujeres se agolpaban en las puertas para entregar los pinchos y depositar el contenido de lo recogido en los vertederos.

Cada una reportaba a su supervisor.

—Esto no vale para nada. —Alisa... ¿A qué te has dedicado hoy? —Preguntó Travis a una mujer encorvada y ya entrada en años.

—He trabajado duro. —Murmuró Alisa.

—¡Pero si no traes más que chatarra! ¿Acaso quieres terminar como *Bodeguera*?

Ser *Bodeguera* era lo peor que podía ocurrirle a una mujer en *Zuma*.

Por debajo de las *Recogedoras*, las *Bodegueras* se encargaban de lo que nadie en el campamento estaba dispuesto a hacer. Penosos trabajos de reparación, recogida de basuras, limpieza de letrinas...

—Mejor estar muerta. —Respondió temerosa Alisa.

Las mujeres en el campo de refugiados vivían agrupadas en gremios, sometidas, no sólo a la autoridad de los guardias, sino a los caprichos de cualquier hombre.

Las más acomodadas eran las *Compañeras*. Su territorio eran los burdeles y todas eran jóvenes y hermosas.

—No están al alcance de cualquiera y son un negocio muy lucrativo. —Había explicado Travis nada más llegar.

Las *Bodegueras* recibieron su apelativo por el lugar en el que, al principio, mantenían sus reuniones. Descontentas con el trato que estaban recibiendo, un nutrido grupo de mujeres comenzó a organizarse con la idea de exponer sus reivindicaciones.

El movimiento fue reprimido con una brutalidad inusitada.

—Algunas murieron. —Recordó con amargura Charlotte mientras esperaba nerviosa su turno en la cola de entrada.

El gobierno de Sudáfrica tenía delegada la construcción y gestión de los campos en empresas privadas. *Newmann & Hamstead*, apodada *New Home* por los refugiados, se encargó de levantar *Zuma*, el mayor del país.

Los guardias, en su mayoría reclutados como mano de obra barata en las calles de Johannesburgo, provenían de entornos conflictivos. Pronto surgió la rivalidad y las peleas entre ellos se convirtieron en algo más o menos habitual.

—¿Qué esperaban? —Se preguntaba Travis cuando un episodio de violencia entre sus propios compañeros sacudía algún sector del campamento.

Las armas de fuego estaban rigurosamente prohibidas. Ni siquiera los

guardias tenían acceso. El orden en Zuma se mantenía a base de porrazos. Tener una pistola era un delito mayor.

Charlotte entregó el pincho y depositó el contenido de la bolsa sobre el escritorio.

Si Travis la cacheaba, todo habría acabado.

—¿Qué es esto? ¿Unas gafas? —Preguntó el supervisor.

—Podéis aprovechar la lente. —Respondió Charlotte.

—Mejor que nada. ¿Vendrás luego a verme?

—Sabes que sí. —Respondió Charlotte con una sonrisa nerviosa.

Travis sonrió complacido.

—¡Siguiente!

Charlotte entró en el campo con el arma escondida bajo la ropa y rezando por llegar cuanto antes al barracón.

—¿Por qué no la cacheas? —Preguntó un segundo supervisor mientras se alejaba.

Charlotte, al escuchar la pregunta, sintió un vuelco en el corazón.

—Es de confianza. —Respondió Travis.

El segundo supervisor se encogió de hombros.

—Tú sabrás.

—Vaya si es de confianza. —Pensó Travis sin poder evitar un ligero abultamiento en su entrepierna.

Afuera de Johannesburgo.

Sudáfrica.

Jueves Nov./06/2036

Wicca +41

Charlotte entró en la caseta pasada la medianoche.

Travis estaba medio dormido frente al pequeño televisor que, otra noche más, emitía viejos partidos de rugby.

—Es tarde. —Dijo.

Charlotte dejó la bolsa encima de la mesa y se disculpó.

—He tenido que cuidar de Paola.

—¿Otra vez con jaquecas?

—Sí. Creo que no está comiendo bien.

Travis se revolvió incómodo en el sillón.

—No me mires así. —Dijo el guarda. —Bastante hago con ocuparme de ti.

—¿Podría llevarme luego algunas cosas?

—Depende de lo bien que te portes. —Respondió Travis con mirada lasciva.

Charlotte sonrió.

—¿Tienes hambre?

—¿Vas a cocinar?

—Prepararé algo para los dos. Una cena romántica.

Travis rió.

—Me gusta tu sentido del humor —Exclamó dando una palmada al trasero de la mujer mientras ésta iba a la cocina.

Charlotte aprovechó que la atención de Travis había vuelto al partido para entornar la puerta.

—¡Vamos *Leones!*

Charlotte sacó la pistola del abrigo y la escondió en el armario de los productos de limpieza. —No creo que nadie vaya a mirar aquí. —Pensó.

—¿Ha habido noticias? —Preguntó la francesa mientras sacaba de la despensa un paquete de pasta para hervir.

Decepcionado con el partido, Travis apagó el televisor para asomar su voluminosa cabeza por la puerta de la cocina.

—Dicen que hay *Mute Towns* cerca de Yaundé.

Un *Mute Town* era una localidad de la que no se sabía nada.

—Yaundé está lejos. —Respondió Charlotte intentando aparentar tranquilidad.

—Esa cosa sigue avanzando.

—Aquí, no llegará.

—¿Cómo lo sabes? —Preguntó Travis.

—La selva lo detendrá.

—Más vale que así sea.

—Vamos. —Dijo Charlotte. —La comida está lista.

Travis alabó la pasta con salsa de tomate como si hubiese cenado en un restaurante del centro de la ciudad.

—¡Mis felicitaciones! —Exclamó satisfecho.

—No exageres, no es para tanto. —Respondió Charlotte con una leve sonrisa.

—Johannesburgo se está convirtiendo en un sitio muy peligroso. Prefiero pasar la noche aquí —Afirmó Travis mientras se desabrochaba el cinturón.

—No puede ser peor que esto. —Dijo Charlotte.

—Hay bandas por toda la ciudad y el gobierno ha decretado el toque de queda.

Charlotte asintió con tristeza. Ocurría lo mismo en todas partes.

—En algún momento, toda esta pesadilla tendrá que acabar.

Travis asintió.

—Háblame de París.

Charlotte sintió una punzada en el estómago.

Recordar su vida anterior la trastornaba.

—Ya te he hablado mil veces de París. ¿Qué más quieres saber?

—Todo.

—No me gusta hablar del pasado. No lleva a ningún sitio.

Travis se molestó.

—A veces pienso que Sudáfrica no debería acoger a los refugiados.

Charlotte bajó los ojos con humildad. Era un tema de conversación delicado.

—Nunca podremos agradecer vuestra generosidad lo suficiente. — Respondió pensando en su labor de *Recogedora* en los vertederos.

—En eso tienes razón. —Dijo Travis satisfecho con la respuesta. —Pero ahora... —Dijo cogiendo a la mujer bruscamente por el pelo. —Lo vas a intentar.

Charlotte salió del barracón de Travis bien entrada la madrugada.

Llevaba en la bolsa pasta, salsa de tomate, zanahorias, una pastilla de jabón y un par de periódicos con los que poder encender un fuego en la entrada del barracón por si la temperatura continuaba bajando.

—Sólo pido que no me deje embarazada. —Suplicó mirando al cielo mientras volvía a los barracones.

Las chicas estaban todas dormidas.

Excepto Paola.

—¿Qué tal ha ido? —Preguntó la italiana.

—Bien. —Respondió Charlotte.

—¿Has podido esconder la pistola?

—Está en el armario de la limpieza. Travis no sospecha nada.

—Es un cerdo. —Sentenció Paola.

—Hemos estado peor. —Respondió Charlotte recordando los beduinos con un escalofrío.

Paola la miró temblando. Tenía la mandíbula desencajada.

—¿Te encuentras bien? —Preguntó apartando un mechón del pelo de su amiga.

—No sé si podré aguantar durante mucho más tiempo.

—Travis me ha dicho que mañana no vaya a pinchar. —Dijo Charlotte.

Paola la miró con ojos cansados.

—Que suerte tienes.

—No me mires así. Aproveché para conseguir más cosas. —Respondió Charlotte mostrando contenta la pastilla de jabón.

Paola se sorprendió.

—¿De dónde la has sacado?

—Quédatela. —Dijo Charlotte con una sonrisa.

Paola miró a su amiga con afecto. Desde el principio, desde la bodega del *Stellante*, habían cuidado la una de la otra.

—Nunca habría sobrevivido sin ti. —Dijo Charlotte.

—No exageres. Eres la persona más fuerte que conozco. —Afirmó Paola aspirando el perfume del jabón. —¿De dónde lo has sacado?

—Alguna *Compañera* debe haberlo dejado en casa de Travis. —Respondió Charlotte.

—Las putas disfrutaban de todos los privilegios mientras nosotras... —Se quejó Paola con resentimiento.

—Ni demasiado guapas, ni demasiado feas. Estamos bien.

—¿Bien? ¿En los vertederos? —Reflexionó Paola.

—¿Prefieres el trabajo de una *Bodeguera*?... ¿Después de todo lo que hemos pasado?

Paola le dedicó una mirada dura.

—¿En qué te diferencias tú de una *Compañera*?

Charlotte sintió que la pregunta la desgarraba.

—Lo hago por ti. Por nosotras. Por ellas. —Dijo señalando al resto de las chicas que dormían en la estancia.

Paola se arrepintió en seguida.

—Perdona. Ya me conoces. A veces digo las cosas sin pensar.

Charlotte apartó la mirada dolida.

—Gracias por el jabón. —Dijo Paola cogiendo la mano de su amiga.

—De nada. —Respondió Charlotte tratando de contener las lágrimas.

—Me duele la cabeza. Será mejor que duerma algo.

—Descansa. Mañana conseguiré analgésicos.

Paola tembló ante la sola mención de las medicinas. La migraña la estaba matando.

—Sabes que eso es imposible.

Charlotte sonrió con tristeza.

—Aquí no hay nada imposible, sólo difícil.

—¿Qué vas a hacer? —Preguntó la italiana.

—Tú no te preocupes por nada.

—¿Vas a vender la pistola? ¡Es peligroso!

—No te alteres, Paola, descansa.

La italiana consiguió por fin conciliar el sueño pero el recuerdo de Travis, grueso y maloliente no dejaba de asaltar la mente de Charlotte con virulencia.

Apenas pudo contener las arcadas.

—¡Dios mío!... ¡Haz que acabe pronto!

Luego, en la parte de abajo de la litera, lloró.

Afuera de Johannesburgo.

Sudáfrica.

Viernes Nov./07/2036

Wicca +42

Charlotte se levantó temprano, antes de que las *Bodegueras* llegasen para limpiar los barracones.

Sabía que las medicinas eran complicadas de conseguir pero merecía la pena intentarlo.

—Debo ir a *Little Tribeca*. —Pensó.

Localizada al sur de la primera línea de alambradas, el suburbio más grande y menos atendido del campo había empezado como un montón de chabolas adosadas a las vallas.

Zuma excedió pronto su capacidad pero los refugiados continuaban llegando. Miles terminaron agolpados contra las verjas en el perímetro exterior.

Aunque oficialmente *Little Tribeca* no era parte del gigantesco complejo, los guardias competían por extender su jurisdicción. Al fin y al cabo, una aglomeración tan grande podía reportar pingües beneficios si sabía gestionarse bien, así que, aunque la autoridad de los supervisores se difuminaba al cruzar la primera alambrada, *Little Tribeca* no era tampoco un territorio completamente sin ley.

Las mismas estructuras del campamento estaban en vigor y los guardias hacían la vista gorda a cambio de ganancias que generadas por drogas, alcohol y el célebre circuito de peleas organizadas. La mayoría de los refugiados se dedicaba en *Little Tribeca* a vagabundear por sus sucias callejuelas.

- ¡Eh! —Exclamó un tipo barbudo y grasiento al ver a Charlotte. —
¿Quieres pasar un rato conmigo?

- Soy *Recogedora* del campamento. —Respondió Charlotte con cierta aprensión.

El borracho la miró con ojos vidriosos.

—¿Y qué haces aquí? ¿No tendrías que estar trabajando?

—Mi supervisor me ha dado el día libre.

—¿A sí?... Eres muy guapa... ¿Estás segura de que no te apetece tomar algo?

Charlotte aceleró el paso dejando atrás al desconocido.

Si la situación ya era precaria en los barracones, en *Little Tribeca* todo se agravaba exponencialmente. Su atención se fijó en una *Bodeguera*, apenas una niña.

Limpiaba las botas de un hombre que la increpaba con una botella en la mano.

—¡Las quiero tan brillantes como tu culo!

La joven asintió y se esforzó en sacar el máximo lustre.

Bajo el porche de un *Salón*, un grupo de *Compañeras* contemplaba la escena.

—¡Será mejor que frotes bien o Lucius te dará tu merecido!

—¡No la distraigas, Michelle! —Dijo el hombre de las botas escupiéndolo.

—¿Cuándo vas a venir a verme? —Respondió Michelle con tono mimoso.

Las *Compañeras* rieron de buena gana.

Lucius hizo un gesto de hastío y apartó a la *Bodeguera* para entrar en el *Salón*.

Charlotte tragó saliva. Aquel era el hombre al que había venido a ver.

Los *Salones* de Little Tribeca tenían fama por todo el campamento.

Habían sido contruidos de cualquier manera en las principales encrucijadas del suburbio pero todos tenían un elemento común: el patio.

Charlotte entró. Inmediatamente se vio envuelta en un ambiente ensordecedor. Dos *Bodegueras* peleaban sobre una lona improvisada y los hombres gritaban sus apuestas.

—¡Dos botellas por la pelirroja! —Gritó un rapaz subido a hombros de un tipo alto y delgado.

La pelirroja aprovechó los vítores para coger a su contrincante por la melena y con un movimiento rápido, estamparla contra el suelo.

Los hombres rugieron.

—¡Acaba con ella!

Charlotte se dirigió a la barra.

—Necesito hablar con Lucius.

El tabernero la miró de arriba a abajo.

—¿Y quién coño eres tú? —Preguntó.

Charlotte respondió con firmeza.

—Soy *Recogedora* en el campamento.

—¿Y qué hace tan lejos? ¿Quieres pelear? —Dijo el tipo señalando el cuadrilátero donde la pelirroja seguía dando patadas al cuerpo de la otra mujer.

Charlotte decidió no amilanarse.

- No. Te he dicho que quiero ver a Lucius.

—¡Cómo te atreves a hablarme así! —Exclamó el hombre mientras le propinaba un bofetón.

Charlotte se tambaleó por la fuerza del golpe. Antes de que pudiese reaccionar, una voz tronó a su espalda.

—¿Qué está pasando aquí, Malcom?

—Lucius. Esta zorra está buscando problemas.

El dueño y señor de los salones de *Little Tribeca* se miró las botas y preguntó.

—¿Es eso cierto?

Charlotte respondió.

—Sólo quería hablar contigo. Soy *Recogedora*, en el campamento.

—¿Qué haces en mi salón?

—Tengo algo para ti.

—¿Algo para mí? —Preguntó Lucius escéptico.

Charlotte asintió.

—Será mejor que no me hagas perder el tiempo, *Recogedora*.

—No te arrepentirás.

Lucius sintió curiosidad.

—Haremos una cosa.

Charlotte miró a Lucius.

—Si no me interesa subirás al ring con Molly. —Propuso rascándose la mejilla.

Malcom aplaudió entusiasmado.

—¡Eso si que estaría bien! —Exclamó.

—Sígueme. —Dijo Lucius con mirada malévola.

El despacho de Lucius estaba lleno de objetos estrafalarios.

Una pelota de béisbol, un puzle de quince mil piezas, una vieja máquina

de escribir, un exprimidor...

—La gente llega aquí con todo tipo de cosas.

Charlotte permaneció en silencio.

—Y a mí me gusta quedarme con ellas. ¿Qué puedes ofrecerme *Recogedora*?

—Un revólver.

Lucius se levantó del sillón.

Despacio, se acercó por detrás a Charlotte. Olía a vodka.

—¿Hablas en serio?

—Lo encontré en el vertedero.

—¿Y no la has entregado a tu supervisor?

—No.

—Sabes que podría denunciarte ahora mismo. Me darían una buena recompensa.

—No lo harás. —Respondió Charlotte con firmeza.

—No me gusta tu tono, *Recogedora*.

- Necesito analgésicos y antibióticos.

Lucius se echó a reír.

—¿Algo más?

—¿Puedes conseguirlo?

Lucius miró a Charlotte pensativo.

—Las medicinas vienen de Johannesburgo. No será fácil. Allí manda el ejército.

—¿Puedes o no?

—Dos cajas por la pistola.

—Seis. —Dijo Charlotte.

—Cuatro. —Ni una más.

Charlotte aceptó.

—Muy bien. Cuatro. Antibióticos y analgésicos.

—Ven a verme dentro de una semana. Trae la pistola. ¿De acuerdo, *Recogedora*?

—Una semana. —Acordó Charlotte extendiendo la mano.

El camino de vuelta resultó angustioso. La noche cayó sobre el campamento y Charlotte, desorientada, se perdió un par de veces antes de poder llegar a la caseta de Travis que le recibió con cara de pocos amigos.

—¿Por qué vienes tan tarde, mujer?

—¿Es que quieres que entre aquí a vista de todos? Deja de protestar. —
Respondió Charlotte nerviosa.

Travis se sentó en el sillón y apagó el televisor.

—Ven, siéntate.

—¿No tienes hambre? Te prepararé algo especial.

—Ya he cenado. Siéntate.

Charlotte dejó la bolsa vacía encima de la mesa.

—Está molesto por algo. —Pensó resignada mientras tomaba asiento en una silla frente al supervisor.

—¿Qué has hecho con el día libre que te di?

Charlotte se esforzó por parecer natural.

—He aprovechado para ordenar mis cosas, limpiar y zurcir algo de ropa.

—Vamos Charlotte. Así que ahora te dedicas a coser...

—¿Qué tiene de malo? ¿Tienes idea de lo rápido que se estropea todo en el vertedero?

Travis miró el traje mil veces remendado y de color gris que identificaba a Charlotte como *Recogedora*.

—¿Por qué me miras así?

- Me pregunto qué tal te sentaría el negro. —Respondió Travis en referencia a la indumentaria de las *Bodegueras*.

Charlotte intuyó que algo no iba bien.

—¿Por qué dices eso, Travis?

El supervisor no llegó contestar.

Los golpes en la puerta sonaron fuertes y secos. A Charlotte se la heló la sangre.

—¡Adelante! —Exclamó Travis poniéndose trabajosamente en pie.

Dos soldados del ejército entraron en la habitación.

—Travis... ¿Qué ocurre?

—¿Qué hacías en *Little Tribeca*?

Charlotte sintió que el mundo se le venía encima.

—Travis... No entiendo... Yo...

El primer puñetazo llegó sin avisar.

Un impacto duro que provocó la hinchazón casi instantánea del pómulo.

Charlotte gritó de dolor.

—¡No mientas!

—Lucius. Me ha denunciado. —Pensó aterrorizada Charlotte.

—Te preguntaré otra vez. ¿Qué hacías en *Little Tribeca*?

—Quería comprar medicinas. Paola las necesita. ¡La migraña la va a matar!

Travis asintió. Estaba sudando.

—¿Y cómo pensabas pagar, Charlotte?

—Con lo que tengo. —Respondió Charlotte señalando su cuerpo.

Un segundo golpe impactó con inusitada rapidez, esta vez en el estómago.

Charlotte cayó de la silla al suelo.

—¿Como pensabas pagar? —Preguntó Travis propinándole una patada.

—¡No! —Exclamó Charlotte protegiendo su cabeza con las manos. —

Por favor... basta...

—¿Dónde está la pistola? —Preguntó Travis fuera de sí.

Charlotte escupió sangre. Estaba perdida.

—No sé de qué me hablas. —Respondió Charlotte preparándose para recibir otro golpe.

—Siéntate. —Dijo Travis.

—Travis... Debe de tratarse de un error.

—¡Que te sientes!

Charlotte obedeció.

Tenía un corte en la cara y el estómago le daba fuertes punzadas.

—Haced que pase. —Dijo Travis.

Paola entró escoltada por los militares.

Estaba muy pálida.

—Paola Ciampi. ¿Conoces a Charlotte Bissette?

Paola asintió.

—Estamos juntas en el barracón.

—¿Puedes relatar los hechos? —Preguntó Travis con aire solemne.

—Estábamos en el vertedero cuando Charlotte encontró una pistola.

Pese a mis advertencias, se negó a dar parte al supervisor. Como era su obligación.

—Paola... no... —Musitó Charlotte llorando.

—¿Sabes que ha sido del arma? —Quiso saber Travis.

—Está aquí. Escondida en el armario de la limpieza.

Charlotte bajó la mirada. No iba a poder soportar aquello.

Travis hizo una señal a uno de los militares.

—Paola... —Sollozó Charlotte.

El soldado apareció con el revólver en la mano.

—Sacadla de aquí. —Ordenó Travis.

Charlotte fue levantada en volandas e introducida en un camión que esperaba en la entrada del campo con el motor encendido.

Paola miró a Travis.

—Sé que no soy tan guapa como ella. Pero puedo compensarlo.

Travis la estudió complacido.

—Me gustas. —Respondió el supervisor.

Paola suspiró aliviada.

—¿Te preparo algo de cenar?

Auckland.

Nueva Zelanda.

Sábado Nov./08/2036

Wicca +43

A Cindy Taylor le gustaba salir de casa en bicicleta y pedalear despacio el trecho que la llevaba hasta la bifurcación de Petersons Road. A continuación, bordeaba la pista de moto cross y subía la carretera que terminaba en la cima de la colina.

Desde allí podía ver a los aviones despegar del Aeropuerto Ardmore.

—¿Cuál es el de tu padre? —Quiso saber Timmy.

—Su favorito es un P-51 Mustang.

Timmy asintió como si fuese un experto.

—Es un caza de la Segunda Guerra Mundial. —Aclaró Cindy.

—Ya lo sabía. —Mintió el niño.

—Si quieres, puedo hablar con mi padre para que te deje volar con él.

Timmy abrió mucho los ojos.

—¿Harías eso por mí?

—A cambio de tu bici.

La familia de Timmy tenía dinero. Vivían en una casa más grande, sus padres conducían coches lujosos y viajaban todos los veranos al extranjero.

A Cindy le costaba aceptar la lógica detrás de todo aquello.

—¿Cómo puede un contable ganar más dinero que papá? ¡Un piloto *Warbird*, se juega la vida en cada exhibición! —Razonaba.

Timmy arrugó la frente.

Parecía una buena oferta, al fin y al cabo, siempre podía pedir otra bici mejor.

—De acuerdo. —Dijo.

Cindy sonrió agarrando el manillar de su nueva adquisición.

—Muy bien. Tim Morrison, a partir de ahora, tenemos un trato. —Anunció Cindy con solemnidad.

La suave brisa de la colina acarició el cabello de Cindy. La niña se apartó un mechón de la cara y continuó hablando.

—Ahora, de rodillas y repite conmigo.

Timmy se arrodilló y la miró con los ojos muy abiertos.

—No tengas miedo frente a tus enemigos.

—No tengas miedo frente a tus enemigos...

—Se valiente y recto para que Dios te ame.
—Se valiente y recto para que Dios te ame...
—Habla siempre con la verdad aún si te llevara a la muerte.
—Habla siempre con la verdad aún si te llevara a la muerte...
—Protege a los desprotegidos y no hagas el mal.
—Protege a los desprotegidos y no hagas el mal...
—Este es tu juramento.

A continuación Cindy propinó dos sonoros sopapos en la cara del niño.

—¡Ay! ¡Ay!

—Y esto es para que te acuerdes de él. ¡Ya puedes levantarte como caballero!

Timmy se puso trabajosamente en pie.

—¿Y tú? ¿Has volado alguna vez? —Quiso saber el niño.

—¡Siempre que quiero! —Mintió Cindy. —Mi padre me lleva al aeródromo constantemente.

Timmy asintió nervioso.

—¿Y cuándo podría...?

—Necesitaré algo de tiempo. Mi papá está ahora muy ocupado trabajando para el gobierno. —Respondió Cindy orgullosa.

—El mío también trabaja a todas horas. Apenas le veo en casa. —Dijo Timmy apesadumbrado.

—¡Al menos ya no tenemos que ir al colegio! —Afirmó Cindy contenta.

—Eso está bien. El colegio es una porquería pero me gustaría ver más a mi padre. Él es quien me compra la mayoría de las cosas. —Dijo Timmy sonriendo.

Cindy sintió de nuevo el aguijón de la envidia.

—¿Siempre te da todo lo que pides? —Quiso saber.

—Normalmente sí. —Contestó su vecino.

—Que suerte... A mí nunca me dan lo que yo quiero. —Se lamentó Cindy.

—¿Volvemos ya? Empieza a hacer frío.

Cindy echó un último vistazo al paisaje. Abajo en la falda de la colina, las cuatro casas, entre las que se encontraba la suya. Más allá, el aeródromo y a lo lejos, las luces de Auckland.

—¡Vamos! ¡Carrera! —Gritó la niña.

—¡No vale! —Protestó Timmy. —¡Tu bici es una mierda!

Cindy llegó justo para cenar.

Dejó la bicicleta de Timmy sobre el césped y se dispuso a entrar.

Las cuatro casas estaban situadas en una pradera apartada, rodeadas al sur por una densa vegetación. A Cindy no le vivir tan lejos de la ciudad.

—Es un sitio tranquilo. —Solía decir su madre. —Y está cerca del aeródromo.

—Es un lugar aburrido y me da igual que esté cerca del dichoso aeródromo. —Respondía siempre de malas maneras.

—Tienes a Timmy para jugar.

—Venga mamá... ¿En serio?

Las discusiones entre madre e hija eran cada vez más frecuentes y Cindy se sentía a menudo sola y frustrada.

—Si al menos tuviese una hermana.

La niña entró en casa acompañada del sonido de la campanilla.

Era algo que le enervaba.

—Esto parece una tienda de ultramarinos. —Se quejó.

—Así sé cuando entras. —Respondió su madre sonriendo.

—También puedo gritar: ¡Ya estoy aquí! ¿Qué te parece?

Linda Taylor se limitó a pellizcarle suavemente el cachete y a exclamar con tristeza.

—Oh Cindy... ¡No tengas prisa en ser mayor!

—¡Ya tengo doce años! —Replicó su hija.

Cindy colgó el suéter en el perchero y entró al salón.

Papá estaba en casa.

—¡Hola preciosa! —Dijo Jim Taylor sonriendo.

La niña se echó en los brazos del piloto.

—¿Y esa bici? —Preguntó Jim mirando por la ventana.

—Timmy me la ha regalado. —Respondió Cindy con naturalidad.

—¿Regalado? —Quiso saber Linda. —¿Cómo es eso?

Cindy hizo una mueca con la boca.

—Le nombré Caballero Templario y me la dio.

Su madre hizo un gesto de incredulidad.

—No te preocupes. —Dijo mirando a su marido. —Mañana hablaré con Bertha.

Cindy se sintió menospreciada.

—¿Por qué nadie me cree? —Pensó enfadada.

—Sí, será lo mejor... —Dijo Jim.

Cindy se apartó del regazo de su padre.

—La chica que atiende a la señora Goodfield ha venido hoy a verme. —
Anunció Linda.

Jim miró a su esposa preocupado.

—¿Se sabe algo ya de Mary?

—No desde que cogió ese vuelo hace tres semanas a Shanghai. Me temo que la pobre señora Goodfield se va a quedar sola. Kasih me explicó que va a volver a Yakarta. Echa de menos a su familia. —Explicó Linda.

Jim asintió.

—Es comprensible.

—¿Crees que estaremos a salvo? —Preguntó Linda cambiando de tema.

Jim miró a su esposa alarmado.

—¿A salvo de qué? —Preguntó Cindy tumbada sobre la alfombra junto a la chimenea.

—De nada cariño. Sigue jugando.

Cindy no se dio por satisfecha.

—¿A salvo de qué? —Insistió tirando a un lado la consola.

Jim se levantó y llevó a su mujer a la cocina.

—¡Debes ser más cuidadosa delante de la niña!

—Lo siento.

Jim suspiró.

—Sólo quiero que viva con normalidad.

Linda retomó la cuestión de la señora Goodfield.

—¿Quién va a cuidar de ella si Kasih retorna a Indonesia y su hija Mary no está? —Preguntó Linda.

La cara pecosa de Cindy asomó por la puerta.

—Salgo al jardín. —Anunció.

—Muy bien, cariño. —Dijo Linda. —¡Abrígate!

Jim miró a su mujer pensativo.

—La señora Goodfield está demasiado mayor. No podemos dejarla sola.

—¡Por supuesto que no!

La familia Goodfield, los Taylor y los Morrison llevaban años compartiendo una buena vecindad. La cuarta casa, la del tejado verde, llevaba tiempo en venta. Linda abrigaba el deseo de hacerse con ella pero nunca tenían suficiente dinero.

Jim abrió la nevera.

—Yo no puedo hacerme cargo. El gobierno sigue presionando para que pase más horas en el aire.

—¡Ese avión en el que vuelas tiene más de cincuenta años! —Dijo Linda disgustada.

—Todas las piezas están al día. —Se defendió Jim. —Y cumple con las misiones perfectamente.

—¿Misiones? —Respondió Linda. —¿Así es como llamas a volar sin rumbo por la costa?

—¡Alguien tiene que hacerlo!

—¡Pero no en ese trasto! —Exclamó Linda preocupada. —¿Qué será de nosotras si te ocurre algo?

Jim abrazó a su mujer.

—No va a pasar nada. Todo va estar bien.

Linda asintió.

—Lo siento, Jim.

—No te preocupes más.

—¿Es cierto que ya no llegan tantos? Es lo que se dice en el ayuntamiento. —Dijo Linda.

—Mi trabajo consiste en encontrarlos y avisar a los equipos. No nos corresponde a nosotros llevar el recuento.

Linda intentó tranquilizarse.

Había escasez de productos en toda Nueva Zelanda y el alcalde de Auckland estaba bajo una enorme presión. Si los refugiados continuaban llegando pronto no habría sitio en los centros de acogida municipales y cuando eso ocurriera... ¿Qué iban a hacer con tanta gente?

—¿Qué hay de la señora Goodfield?

El veterano piloto de acrobacias respondió.

—Cindy tendrá que cuidarla.

Linda frunció el ceño.

—¡Tiene noventa y dos años, Cindy no es más que una niña!

—¡Pues tendrá que dejar de serlo! —Exclamó Jim. —Quizás Timmy pueda también echar una mano. Hablaré con los Morrison.

—Por el amor de Dios, ¡debes estar bromeando!

Jim se sintió incómodo.

—Mira Linda, a todos nos toca vivir tiempos duros. Cindy se pasa el día sola en casa sin hacer nada. Los colegios están cerrados. Le vendrá bien tener responsabilidades. ¿Cuál es el problema?

Linda cedió.

—Hablaré con ella.

—Muy bien.

Fuera, en el jardín, Cindy escuchó un ruido cerca de la valla.

Algo raspaba las listas de madera, frenéticamente.

Con cuidado, se acercó.

- ¡Un conejo! ¿Cómo has llegado aquí, amiguito?

Cindy se acurrucó al lado del animal enganchado para acariciarlo.

Por la rapidez de las pulsaciones, parecía que el pequeño corazón estuviese a punto de explotar.

—Pobre. —Dijo Cindy en voz baja mientras cogía una rama larga y fina del suelo.

El conejo emitió un sonido agudo al sentir el palo hurgando en el ojo.

Cindy rió.

—¡Qué guay!

Isla de Navidad.

Australia.

Domingo Nov./09/2036

Wicca +44

El pastor Wallace se ajustó con cuidado el alzacuello, sacó la Biblia del cajón y salió de la sacristía.

Los Kilroy aguardaban, en silencio junto al féretro.

Todos se levantaron tan pronto el sacerdote ocupó su lugar en el púlpito.

—Estamos hoy reunidos para despedir a nuestra hermana Martha. Ella está ahora con Dios, libre de penalidades y su alma se regocija ante la presencia de Jesucristo nuestro Señor.

—Amén —Respondió Jeremiah Kilroy.

—Es en estas horas terribles cuando debemos dirigir todas las miradas al Padre Celestial. Satanás dijo de Job: *“El es fiel porque Tú le bendices y tiene muchas cosas buenas. Pero si se las quitas, te maldecirá.”* Y Dios respondió: *“Ve. Quítaselas. Haz todas las cosas malas que quieras a Job. Veremos si me maldice”*. Hermanos, mucho nos ha sido arrebatado en estos tiempos. Demasiados se han marchado, otros, como Martha, decidieron resistir. Recemos juntos al Señor para que nos de las fuerzas necesarias y poder así continuar.

—Amén. —Respondieron todos al unísono.

Jeremiah Kilroy sintió una punzada de dolor al recordar las muchas veces que su esposa había insistido en que la familia tenía que abandonar la isla.

—Si no por nosotros, hazlo por los niños. —Le rogó angustiada.

Pero Jeremiah se mantuvo incólume. Había demasiado en juego. Su hija Rose regentaba un próspero negocio de deportes al aire libre junto a su esposo Hjalmar mientras que Mike echaba una mano en la granja y de vez en cuando ayudaba también a su hermana con los turistas. El pequeño Steve crecía sano y era un chico risueño conocido por todos en la escuela de Flying Fish Cove.

Ahora, por su culpa, los cuatro estaban frente al ataúd de Martha.

El oficio fue breve.

El pastor Wallace concluyó con una breve oración y todos se santiguaron.

Steve no lloró en la ceremonia, ni siquiera cuando tuvo que ayudar

echando paladas sobre el féretro de su madre. Hans, el enterrador, se marchó a Australia en el último barco así que los muchachos tuvieron que hacer su trabajo.

El de Hans no era un caso aislado. Tan pronto se hizo patente que las importaciones y el turismo en la isla iban a esfumarse, muchos optaron por abandonarla.

—Si esto se prolonga. ¿De qué vamos a vivir? —Había preguntado el alcalde Holmes a sus vecinos.

Angus Kipling, el director de uno de los complejos hoteleros más lujosos de la isla se mostró de acuerdo.

—Estamos al borde del colapso. —Sentenció. —Lo mejor es salir de aquí cuanto antes.

Jeremiah Kilroy fue el primero en alzar la voz para disentir.

—Mi familia se queda. Tengo que cuidar de la granja y mi hija Rose ha luchado muy duro por su negocio. No pienso tirarlo todo por la borda. Toda esta situación pasará.

Las palabras de Jeremiah provocaron un pequeño revuelo en la asamblea del Centro Cívico. Los vecinos convencidos de que había que partir discutían con los partidarios de aguantar. Después de un intenso debate que se prolongó hasta bien entrada la noche, cada cual tomó su decisión.

—Llegará un barco de Perth el próximo jueves. —Anunció el alcalde. —Será el último.

Jeremiah miró tristemente la tumba de su esposa e hizo un gesto a sus hijos.

—Volvamos a casa, dijo Mike.

—Esperad un momento. —Respondió su padre. —Voy a acercarme a la sacristía. Quiero despedirme del reverendo Wallace.

Su hija Rose asintió.

—Ha sido una ceremonia muy hermosa. A mamá le habría gustado.

Jeremiah subió los escalones de la sacristía que olía a madera e incienso. El patriarca de los Kilroy tocó con delicadeza la puerta antes de entrar.

—¡Jeremiah! —Exclamó el sacerdote. —¿Has olvidado algo?

—No reverendo. He venido a darle las gracias. Ha sido una ceremonia

emocionante.

—Martha era una mujer excepcional.

—¿Y su esposa, Leslie, qué tal está?

El pastor Wallace agradeció la pregunta.

—Es una mujer fuerte y a pesar de la anemia, se recuperará. —

Respondió el sacerdote.

—Es difícil encontrar comida en la isla. La mayor parte de los animales han sido sacrificados. —Dijo Kilroy.

—No te preocupes, Jeremiah. Dios proveerá.

—Leslie necesita comer.

—Saldremos de esta. —Dijo Wallace acompañando a su interlocutor a la salida.

—Podemos darle maíz y algo de soja. Haré que Mike se acerque esta noche con la camioneta.

—Gracias Jeremiah.

—Adiós, reverendo.

—Que Dios te bendiga.

Rose puso en marcha el coche y miró a su padre. Parecía abatido.

El trayecto de vuelta a la granja se hizo interminable.

—Papá... —Preguntó la joven al llegar. —¿Estás bien?

Jeremiah negó con la cabeza.

—Ha sido por mi culpa.

—¿Por qué dices eso?

—Tu madre quería salir de la isla. Si le hubiese escuchado, seguiría con vida.

—Mamá murió de un infarto. No hay nada que hubiésemos podido hacer.

—En Perth hay médicos. Aquí no queda nadie. —Se lamentó amargamente Jeremiah Kilroy.

—Quedamos nosotros. —Afirmó su hija. —Debemos confiar en Dios. ¿Acaso no escuchaste las palabras del reverendo?

El rostro de Hjalmar asomó por la puerta de la cocina.

—¿Estás lista cariño? —Preguntó el noruego con su particular acento.

—¿Quieres un café, muchacho? —Quiso saber Jeremiah.

—Nos tenemos que ir ya, Papá. —Dijo Rose. —¿Estarás bien?

Jeremiah miró a su hija.

—Tienes los mismos ojos de tu madre.

—Lo superaremos.

—A veces siento que me fallan las fuerzas.

Rose miró a su novio con cara de preocupación.

—Quizás sea mejor quedarnos a cenar. —Dijo éste.

—No hace falta. —Afirmó Jeremiah. —Estaré bien. Steve me necesita.

El niño, habitualmente alegre y locuaz, llevaba dos días en silencio, encerrado en sí mismo.

—¿Quieres que hable con él? —Preguntó Rose.

—No. Necesita tiempo. Todos lo necesitamos.

Jeremiah agradeció poder preparar la cena con su hija.

—Sólo queda arroz, maíz y alubias... —Dijo Rose con voz monótona.

—Mañana le diré a Mike que salga a pescar.

—¿Cuánto tiempo creéis que podemos seguir así? —Preguntó Hjalmar.

Rose obsequió a su marido con una mirada fulminante.

—Dios cuidará de nosotros.

—¿Como hizo con tu madre?

—¡Hjalmar!

El joven lamentó haber sido tan impulsivo.

—¿Cómo puedes...? —Preguntó Rose indignada.

—Lo siento. —Dijo Hjalmar.

—¡Delante de mi padre! —Exclamó Rose.

—Estamos todos muy cansados. —Terció Jeremiah. —Salid a tomar el aire. Yo cocinaré.

El viejo granjero se esforzó por no prestar atención a la discusión que continuaba en el porche entre Rose y su marido.

—Todo se arreglará. —Pensó metiendo una decena de mazorcas en el horno.

La cena transcurrió monótona y sin demasiada charla.

Steve apenas probó bocado y la tensión entre Rose y Hjalmar todavía era patente.

Tan sólo Mike parecía no enterarse de nada.

—Mañana saldré a pescar. —Dijo despreocupadamente el mayor de los hijos Kilroy.

—Te lo iba a pedir. —Respondió Jeremiah.

—Me levantaré temprano. Tendrás que ocuparte de la granja.

Jeremiah estuvo de acuerdo.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Claro Papá. ¿Qué necesitas?

—Le prometí al reverendo Wallace que esta noche le llevarías algo de maíz y soja. Su esposa tiene anemia. ¿Podrías?

—Claro, descuida.

Después de lavar los platos, Mike cargó el coche con las provisiones y se puso en marcha.

El camino a la casa del reverendo estaba oscuro y aunque el joven conocía bien la ruta, debía conducir con cuidado. La isla estaba a oscuras y con las recientes lluvias las sinuosas carreteras podían ser traicioneras.

Mike aparcó la furgoneta junto a la casa del reverendo, cerca de la iglesia.

La luz de unas velas bailaba a través de las ventanas.

—¿Reverendo? —Llamó Mike haciendo sonar el timbre en la entrada.

El silencio de la noche fue lo único que obtuvo por respuesta.

—¿Reverendo Wallace?

Preocupado, Mike empujó con el hombro la puerta que cedió sin esfuerzo.

Dentro, la casa parecía vacía.

Mike entró en la sala de estar.

—¿Alfred? —Murmuró una voz de mujer. —¿Eres tú?

La esposa del reverendo estaba tumbada en una cama junto a la chimenea y un puñado de velas iluminaba pobremente la estancia.

Mike se acercó a la esposa del pastor.

—Señora Wallace. Soy Mike Kilroy. Les traigo algunas cosas.

La mujer levantó la vista. Un humeante plato de estofado descansaba en una bandeja sobre su regazo.

—¿Alfred? ¿Vas a darme de comer? —Preguntó la señora Wallace con voz débil.

Mike escuchó una serie de golpes secos provenientes del sótano.

Intrigado, el joven dejó a la señora Wallace para adentrarse por el pasillo y bajar las escaleras.

El sonido se fue haciendo cada vez más perceptible al oído. Martillazos breves, rítmicos, contra una superficie blanda.

El reverendo Wallace cortó la cabeza de Martha Kilroy con el machete y la echó despreocupadamente a un cubo para concentrarse en la parte interior

del muslo con el que había hecho el estofado para su mujer.

—Señor, dame fuerzas. —Murmuró antes de levantar distraído la vista.
Había alguien más en la habitación.

Michael Kilroy le contemplaba aterrado desde las escaleras.

Auckland.

Nueva Zelanda.

Lunes Nov./10/2036

Wicca +45

Jim Taylor despegó del aeródromo de Ardmore a las 06:00 h con viento de cola y cielo despejado. El P-51 sobrevoló Whakatete Bay para dejar la costa por Slipper Island y adentrarse sin incidencias en mar abierto.

El océano se extendía bajo las alas inmenso, brillante y azul.

Jim estabilizó el avión a una altura de cinco mil metros.

—Vamos allá. —Pensó.

En las afueras de Auckland, Linda Taylor salió de casa a las 07.10 h. Debía darse prisa si quería llegar a tiempo al ayuntamiento.

—La secretaria de un alcalde como Giles Derrick nunca puede llegar tarde. —Dijo durante el desayuno antes de darle un beso a Cindy.

La niña le miraba con aspecto aburrido mientras revolvía un tazón de cereales y apartaba la cara con un gesto de desaprobación.

—¡Ay Mama! ¡No me besuquees! ¡Sabes que no me gusta!

Linda cogió el bolso, se enfundó la gabardina y exclamó antes de salir como una exhalación.

—¡No te olvides de la señora Goodfield! ¡Te quiero!

Linda llegó al centro de Auckland a las ocho menos diez. Le quedaban cinco minutos para aparcar.

Cindy decidió jugar un rato con la consola. Desde que el gobierno suspendiera las clases en Nueva Zelanda debido a la crisis de los refugiados, la muchacha estaba en el paraíso. Podía trasnochar y luego dedicar todo el día a holgazanear

—Ojalá esto dure para siempre. —Pensó desperezándose.

Al rato, aburrida, se levantó para recorrer la casa en pijama. Le gustaba entrar y salir de las habitaciones vacías. A veces, rebuscaba entre los cajones

del cuarto de sus padres esperando encontrar algo prohibido.

—Papá estará todo el día volando. Son las 11:20 y Mamá también tiene para largo en el ayuntamiento. Un día perfecto. —Se dijo contenta.

De repente, un flash sacudió su mente.

—¡La señora Goodfield! ¡Mierda! ¿Cómo he podido olvidarme?

En el centro de Auckland, Linda Taylor entró en el despacho del alcalde a las once y cincuenta y dos.

—Buenos días Linda. ¿Has descansado bien?

—Estos días están siendo un poco caóticos con Cindy en casa sin hacer nada y ahora la señora Goodfield, nuestra vecina, se ha quedado sola. Tiene más de noventa años.

—No sabe cuánto lo lamento. —Respondió Giles Derrick.

—Nos apañaremos. —Concluyó Linda con una sonrisa.

—¿Qué problema tienes con Cindy?

Linda intentó ser concisa. Odiaba hablar demasiado.

—Yo creo que se aburre. Tanto tiempo sola, todos los días...

—Yo no me preocuparía. Apuesto a que está disfrutando. ¿Qué tenemos para hoy?

Linda abrió su tableta y entró en la aplicación que gestionaba la agenda del alcalde.

—Almuerzo con la concejala Lake, visita al nuevo Centro de Acogida de Wynyard Quarter y a las seis en punto, cena en el War Memorial con la Gobernadora General y el Contraalmirante Lyndon Stir.

—Burócratas... —Murmuró Derrick. —¿Puedes creer que quieren cortar el suministro de electricidad en toda el área metropolitana?

Linda se sorprendió.

—¿Cómo es posible?

—¡Una locura! Piensan que pueden hacer lo que les plazca con la ciudad pero esta noche se llevarán una sorpresa.

Linda no supo qué decir.

—Antes de nada, por favor, avisa al Jefe Bowers. Quiero que hablar con él.

—Muy bien señor. ¿Alguna hora en concreto?

—Lo antes posible.

Linda se levantó.

—Ahora mismo llamo a comisaría.

En las cuatro casas, Cindy tocó la puerta de la señora Goodfield con suavidad. Tenía la esperanza de que haciéndolo así, la anciana no la oyera pero una voz apagada respondió desde dentro.

—¿Mary? ¿Eres tú? ¿Dónde has estado?

—¿Señora Goodfield? —Preguntó Cindy desde el porche.

—¡Pasa Mary, está abierto!

Cindy entró en la casa.

Algo olía a rancio en la cocina.

—Señora Goodfield soy Cindy, la hija de Jim y Linda, sus vecinos.

Sarah Goodfield trató de incorporarse un poco sobre la silla de ruedas en medio del salón.

A Cindy le dio la impresión de que llevaba allí toda la noche.

—¿Sabe dónde está Kasih? —Preguntó Cindy.

—Mary estuvo anoche aquí. Vino a cenar pero luego hizo las maletas y se marchó. Mi hija tiene un puesto muy importante en la compañía telefónica. ¿Cómo dices que te llamas? No consigo recordarlo. Mi cabeza parece una jaula de grillos. Quiero irme a casa.

Cindy intentó encontrar algún sentido a las palabras de la anciana.

La mente de la Señora Goodfield confundía a la enfermera que se marchaba a Indonesia con el viaje a Shanghai de su propia hija.

Un vuelo del que nadie había vuelto.

—Está usted en su casa. ¿Quiere que le ponga la televisión? —Preguntó Cindy con la esperanza de que la anciana asintiese.

—Quiero irme a casa. ¿Dónde está el dinero? No puedo volver a casa sin dinero.

Cindy levantó la mirada hacia el techo desconchabado del salón.

Aquel iba a ser un largo día.

Lejos, en las aguas del océano pacífico, Jim Taylor hizo descender el avión hasta los tres mil quinientos metros. A esa altura, las cuatro embarcaciones se distinguían claramente.

—Cargueros, yendo a toda máquina hacia la costa. —Murmuró.

Decidido a comprobar más de cerca la situación, el experimentado piloto realizó un picado para poder sobrevolar la pequeña flotilla.

No era una tarea sencilla. Los barcos podían ir armados y el Warbird de Jim era un aparato de reconocimiento.

—Nada de hacerte el héroe ahí afuera. ¿Está claro? —Le recordaba constantemente su mujer.

Jim ajustó la frecuencia de radio para informar de la situación.

—P-51 Eco, India, Foxtrot.

—Adelante Jim.

—Cuatro cargueros en mi posición.

—Recibido. La ayuda tardará un poco en llegar pero mantén el rumbo. ¿Tienes visual de las cubiertas?

Jim descendió un poco más.

La superficie de los cargueros estaba tapada con lonas así que no quedaba más remedio que intentar una pasada de costado.

—Necesito unos minutos. Corto.

El P-51 rugió por encima de las olas.

Bajo los toldos grises, una miríada de rostros asustados observó con preocupación las evoluciones del extraño avión.

—P-51 Eco, India, Foxtrot.

—Adelante P-51.

—Visual confirmado. Hay miles de personas en esos barcos.

—Tenemos a los muchachos ocupados.

—¡No puedo estar aquí todo el día! —Exclamó Jim nervioso.

—Mantén la vigilancia P-51. Mandaremos a alguien lo antes posible.

En el ayuntamiento, Linda se sentó en su escritorio y descolgó el teléfono. No había señal.

—¡Mierda! —Exclamó.

Ocurría a menudo que algunos servicios funcionaban intermitentemente.

—Me voy a comisaría. —Anunció.

Margot, su compañera frunció el ceño.

—¿Y qué le digo al alcalde si quiere verte?

—Le dices que he ido a comisaría. ¿Cómo voy a hablar con el jefe Bowers si no? —Respondió Linda contrariada.

En el mar, Jim observó a los F-18 aparecer como tres puntos brillantes en el cielo.

—Ya están aquí. —Se dijo.

Los pilotos descendieron a toda velocidad sobre los buques manteniendo la formación.

Los misiles salieron disparados impactando contra el casco de los barcos y generando enormes explosiones.

Algunos refugiados comenzaron a saltar al mar.

—P-51 Eco, India, Foxtrot.

—Adelante P-51.

—Misión cumplida. —Anunció Jim mientras los cargueros en llamas se hundían en el océano.

—Buen trabajo, Jim. Feliz vuelo de vuelta.

A las 19.45. Cindy terminaba de poner la mesa para cenar.

El apetitoso aroma de un pollo asado inundaba toda la casa.

—¿Por qué tenemos que cenar otra vez pollo? — Preguntó la niña malhumorada.

—Mucha gente se alimenta a base de judías y arroz. No te quejes. — Respondió Linda acabando de separar las pechugas.

—Da las gracias a tu madre, que trabaja en el ayuntamiento y tiene buenos contactos. —Dijo Jim guiñando un ojo. —¿Qué tal el día, cariño?

Linda acercó la bandeja con la comida a la mesa.

—Un desastre, nada funciona como debiera. He tardado dos horas en salir de Auckland y ahora dicen que la Gobernadora Butler quiere hacer cortes de luz en toda la ciudad.

—¿Qué? —Preguntó Cindy incrédula.

—Cuenta con el apoyo de los militares que han elaborado un plan de ahorro energético. El alcalde se opone y tiene al jefe de la policía de su parte. Si esto sigue así, no sé cómo vamos a terminar. —Dijo Linda nerviosa.

—¿Y qué voy a hacer yo sin electricidad por las noches? —Preguntó Cindy como si acabasen de anunciar el fin del mundo.

Linda miró a su hija antes de contestar.

—Podrías dormir con la señora Goodfield. ¿Qué tal tu primer día con

ella?

Cindy cortó con desgana un trozo de pollo.

—No se entera de nada.

Linda adoptó en seguida una mirada de reproche.

—¡Pobre señora Goodfield!

La niña apartó el plato con la cena antes de responder.

—¿Qué esperabas? ¡Tiene noventa años!

Jim intervino en la conversación.

—Será mejor que pase yo la noche con ella.

Linda miró con ternura a su marido.

Jim era un buen hombre.

Un hombre con un gran corazón.

—¿Qué tal tu vuelo? —Preguntó.

Su marido tomó un último trago de cerveza antes de empezar a recoger los platos.

—Bien. Hoy avistamos cuatro cargueros.

—¡Pobre gente! —Exclamó Linda.

—Las autoridades se han encargado de ellos. —Respondió Jim.

—Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de la labor humanitaria que estás llevando a cabo, Jim. Dar cobijo a toda esa gente que encuentras todos los días en alta mar... No debe de ser fácil.

Jim clavó sus ojos en Linda.

Efectivamente, lo que hacía no era nada fácil.

—Gracias, cariño... Y ahora... ¡Será mejor que alguien se encargue de la señora Goodfield! —Respondió cogiendo la chaqueta.

Nueva Zelanda cortó oficialmente el suministro eléctrico en la ciudad de Auckland y alrededores a las 23.07 h. de aquella noche.

Cindy maldijo al gobierno desde su habitación.

—¡Ni siquiera he podido guardar la partida! —Exclamó dando una patada a la consola.

Capítulo 8

Buenos Aires.

Argentina.

Martes Nov./11/2036

Wicca +46

Bill intentó incorporarse pero las ataduras lo impidieron.

—¿Dónde estoy? —Preguntó al cabo de unos minutos.

Tenía miedo y a pesar del tiempo transcurrido, no conseguía acostumbrarse a la oscuridad. Nunca lo haría.

Una voz con un fuerte acento respondió en inglés.

—En el sótano de mi casa, en Buenos Aires.

—¿Quién es usted?

Bill dio un tirón con el pie. Las correas que le mantenían atado a la cama parecían firmes.

—Mi nombre es Ramón Pomares.

—¿Por qué estoy atado?

Ramón miró al americano.

Había resultado fácil hacerse con él.

Bastaba hacer una visita a un Centro de Contención con unas cuantas botellas para conseguir cualquier cosa. Las instalaciones estaban tan saturadas que nadie llevaba el control.

—He tenido que pagar con un montón de vodka para sacarlo del agujero en el que estaba. Deje de quejarse.

Bill no estuvo seguro de haber comprendido la respuesta.

—Me siento confuso —Murmuró.

—¿Recuerda cómo llegó aquí?

—¿A este lugar?

—Me refiero a Argentina.

Bill trató de recordar.

—¿Podría, por favor, aflojar un poco estas correas?

Ramón se mantuvo unos segundos en silencio, dubitativo.

—No voy a ir a ninguna parte. —Insistió Bill.

Pomares liberó un poco la presión de las ataduras.

—Es usted americano. ¿Cómo se llama?

—Bill Walsh.

—Muy bien señor Walsh. ¿Cuál es su historia?

Bill no tenía ganas de hablar.

—¿Por qué me retienen? ¿Dónde está el Teniente Hill?

—No conozco a ningún teniente. Estaba usted sólo cuando le saqué del Centro de Contención.

Bill hizo un esfuerzo por recordar.

—El Centro de Contención...

Repetir aquellas palabras hizo que se formara en su mente la imagen de un lugar asfixiante, de paredes toscas y atestado de gente desesperada.

—No fue tarea fácil traerle a mi casa.

Bill movió la cabeza aletargado.

—El día que murió Kate...

Ramón Pomares hizo un gesto que Bill no pudo ver.

—Espere un momento. Empiece desde el principio. ¿Le importa si tomo algunas notas?

Bill frunció el ceño extrañado.

—¿Notas?

—Me gusta documentar las historias de la gente que traigo a casa.

—¿Por qué estoy atado?

—Las respuestas llegarán a su debido tiempo. Pero antes, por favor, continúe. ¿Quién es usted señor Walsh?

Bill meditó la respuesta.

—Parece que han pasado mil años. Trabajaba en el New York Times. Tenía una vida sencilla, sin sobresaltos.

Pomares dejó de escribir, sorprendido.

—Yo soy redactor jefe en el diario *Clarín*.

Bill enarcó las cejas.

—Deje entonces que le vuelva a preguntar. ¿Por qué me retiene? ¿Qué espera obtener? ¿Un rescate? No valgo nada. No tengo a nadie. —Dijo Bill recordando a Kate con una punzada de dolor.

Ramón Pomares soltó una carcajada.

—No se trata de un secuestro.

—¿Entonces que es usted? ¿Un psicópata?

Ramón volvió a reír.

—Tiene sentido del humor. Me cae bien señor Walsh.

—Suélteme. Se lo ruego.

—No haga más difíciles las cosas.

Bill suspiró.

—¿Qué le ha pasado en los ojos? —Preguntó Pomares observando la

venda que cubría el rostro de Bill.

—Ringo me hizo esto. —Respondió Bill amargamente.

—¿Ringo?

—Un monstruo. —Dijo Bill.

Pomares seguía tomando notas en un cuaderno.

—La mayoría de los norteamericanos que llegan a Argentina estos días lo hacen por mar. ¿Es éste también su caso?

—Fuimos secuestrados en México y llevados a Colombia donde servimos de rehenes para un narcotraficante. Es una larga historia.

Pomares asintió.

—Tengo muchas libretas.

Bill giró la cabeza en la dirección de la que provenía la voz.

—¿Por qué hace esto?

Ramón Pomares respondió.

—Cuando todo esto pase, la gente querrá saber la verdad.

Bill no pudo contener la risa.

—No tiene ni idea de lo que está diciendo.

Ramón se revolvió incómodo en la silla, frente a Bill.

—¿A qué se refiere?

—¿Sabe algo señor Pomares?

Ramón aguardó expectante.

—Ya no hace falta ningún virus. Nosotros mismos nos encargaremos de terminar con todo.

—Prefiero mantener la esperanza.

Bill asintió irónico.

—No se preocupe, pronto tendrá ocasión de perderla.

Pomares dejó de escribir.

—Así que Ringo le hizo eso en los ojos.

—Él está muerto. Yo sigo aquí.

—Le aconsejo que colabore. Las cosas están mal ahí fuera.

Bill asintió.

—Y se pondrán cada vez peor. ¿Qué ha dejado de funcionar?

Ramón enumeró la larga lista.

—Las escuelas, las universidades, la administración pública, la recogida de basuras... Hay disturbios casi todos los días. La policía y los hospitales están desbordados.

—Pronto entrará en juego el ejército. —Dijo Bill.

Ramón Pomares apuntó las palabras de Bill en su cuaderno de notas.

—¿Quién es Kate? Antes la mencionó.

—Kate...

Ramón supo que había tocado un tema sensible.

—¿Por qué estoy atado? Puedo contarle todo sin necesidad de esto. —

Dijo Bill tirando con fuerza de las correas.

Pomares se levantó.

—No se equivoque, señor Walsh. La charla sólo hace que la situación sea más amable.

Bill dio una patada contra los barrotes de la cama.

—¡No soy nadie! Sólo un hombre ciego, débil, cansado de huir.

Ramón Pomares se acercó al americano que sollozaba abatido.

—¿Qué quiere de mí? —Preguntó Bill con voz temblorosa.

El argentino clavó la vista en el rostro demacrado del hombre que acababa de comprar por unas cuantas botellas de aguardiente.

—La sangre. Por supuesto.

Buenos Aires.

Argentina.

Miércoles Nov./12/2036

Wicca +47

Bill intentó levantarse pero las correas que sujetaban brazos y piernas a la cama seguían ahí. Además, se encontraba muy débil.

Aunque no podía verla, una bolsa de suero iba dejando caer lentamente su contenido en el torrente sanguíneo.

Poco a poco, gota a gota.

Bill palpó con cuidado la aguja.

—¿Le molesta?

La voz de Ramón Pomares se abrió paso a través de la oscuridad.

—Si... ¿Qué me está haciendo?

—Si se estuviese quieto de una vez.... —Dijo la voz ajustando la vía.

—¿Qué hora es? ¿Qué día es hoy? —Preguntó el americano.

—Es normal que sentirse débil y desorientado. Anoche tuve que sacar bastante.

Bill tardó en procesar el significado de la frase.

—¿Por qué? ¿Qué hace con mi sangre?

Ramón volvió a sentarse junto al borde de la cama. La luz mortecina del sótano acentuaba la palidez en el rostro de su interlocutor.

—Quisiera que terminara el relato. ¿Qué pasó en Colombia, señor Walsh?

El rostro burlón de Ringo surgió de las tinieblas.

—Entiendo que no quiera hablar. Quedarnos aquí en silencio también es una opción.

—Ringo quiso llegar a un acuerdo con el Mayor Slinger. Un pacto para dividirse el control de una enorme extensión de selva.

—¿Qué ocurrió? —Quiso saber Pomares.

—Ringo me envió al campamento de Slinger. Yo debía exponer las bondades de su propuesta. Kate quedó retenida.

—Háblame de ella.

Bill intentó, una vez más, visualizar el rostro de la joven, recuperar su expresión risueña desde la oscuridad en la que vivía desde que Ringo quemara sus ojos.

—Preferiría no tener que hacerlo. —Contestó secamente.

—Muy bien. —Dijo Pomares. —¿Qué pasó con esa propuesta?

—Slinger mintió. Lo que iba a ser una misión de rescate se convirtió en un amigable encuentro entre dos miserables sin escrúpulos.

—¿Qué ocurrió entonces? —Preguntó Ramón tomando nota.

—Un hombre de Ringo caído en desgracia llegó hasta mí desde la selva. Tenía una granada.

—Comprendo.

—Liberamos a Kate y yo realicé los disparos que le permitieron llegar hasta Ringo. Se escuchó una explosión. Aprovechando la confusión, Kate y yo salimos de allí. —Dijo Bill tosiendo.

Ramón observó al americano.

El esfuerzo por recordar aquellos acontecimientos le estaba resultando agotador.

—Suficiente por hoy. Será mejor que descanses. Esta noche tenemos que hacer otra extracción.

Bill respiró profundamente.

—No. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

Ramón abrió de nuevo el cuaderno.

—Te escucho.

—Conduje toda la noche, sin rumbo, a través de la espesura.

—¿Qué pasó en el atentado?

Bill no hizo caso de la pregunta.

Su mente estaba en otro lugar.

—Por la mañana, llegamos a un claro. Había una cabaña y un viejo delgado, de mirada desagradable. Nos apuntaba con una escopeta. Kate, confiada, bajó del coche.

Ramón dejó de escribir.

—Recibió un disparo en la cara. Sin mediar palabra.

—Los siento. —Dijo Ramón

—La fuerza del impacto destrozó el rostro más hermoso que haya visto nunca.

—Lo siento mucho, Bill.

—Yo salí corriendo mientras un segundo disparo impactaba en el pecho de la joven que había jurado proteger.

Ramón llenó un vaso de agua y lo acercó a los labios de Bill.

—Bebe. Te sentará bien.

—Estuve un tiempo perdido. Deambulé por la selva, hasta que los

hombres de Ringo me encontraron.

—Entonces la granada falló. —Dijo Pomares.

—La explosión sólo mató al Mayor Slinger. Ringo ya no tenía con quien negociar. Los americanos nunca creerían lo ocurrido así que la situación para él, no podía ser más desastrosa.

Cuando me arrojaron a sus pies, estaba realmente enfadado.

—¿Cómo pudo sobrevivir?

—Arquímedes, si hombre de confianza, se interpuso entre Ringo y la explosión.

Ramón asintió.

—¿Qué ocurrió a continuación?

—Bill. ¿Dónde está Kate? —Me preguntó. —Muerta. —Contesté.

Pomares pasó un pañuelo por la frente de Bill. Estaba perlada de sudor.

—Ringo quería saber de mi participación en el atentado. Le dije que no había visto nada. —Continuó diciendo Bill con la voz entrecortada.

—Supongo que no te creyó.

—¿Estás seguro? —Dijo.

Bill paró un momento para coger aliento.

Ramón aguardó pacientemente hasta que el americano pudo continuar.

—¿Conoces la historia de Miguel Strogoff? — Preguntó Ringo colocando la hoja de un machete sobre las brasas.

El argentino sintió un escalofrío.

—No es necesario que sigas.

Las lágrimas corrían por rostro de Bill.

—Yo grité... Supliqué... Juré que nunca intentaría escapar...

—Bill...

—Claro que no... —Dijo. —Claro que no...

Ramón quería acabar la conversación.

El sufrimiento de aquel hombre le conmovía.

—Bill... —Dijo mientras aflojaba las correas. — Déjalo ya. Me gustaría que conocieses a alguien.

Bill guardó silencio. Los recuerdos le asaltaban. Volvían a torturarlo.

—Kate... —Murmuró.

Ramón salió de la estancia.

Bill, sumergido en la oscuridad intentó recomponerse.

Al cabo de unos minutos, el chasquido seco de una cerradura al fondo de la habitación le sobresaltó.

Unos pasos cortos y ligeros precedieron a una voz suave de acento melodioso.

—¿Señor Walsh? ¿Se encuentra usted bien?

Bill movió un poco la cabeza.

La chica hablaba despacio.

—He venido a darle las gracias. Mi padre dice que es usted especial.

—¿Kate?... ¿Eres tú?...

Bill se sentía muy confuso.

—Por favor, no se altere. Intente descansar.

—Oh Dios mío... ¿Podrás perdonarme? No pude hacer nada.

La joven pasó un paño húmedo con delicadeza por el rostro ardiente del americano.

—Lo siento. Lo siento tanto...

La chica desató las correas y guió las manos del hombre ciego hasta su rostro. Bill palpó cada rincón. Primero los pómulos, luego recorrió la nariz delgada, el mentón pronunciado... Tocó febrilmente con los dedos unos labios carnosos y pequeños.

—Kate...

Ramón Pomares dijo algo desde la puerta.

—Señor Walsh. Es mi hija.

Bill retiró las manos del rostro de la joven.

—Se llama Cecilia.

Buenos Aires.

Argentina.

Jueves Nov./13/2036

Wicca +48

El doctor Méndez recibió a Ramón Pomares flanqueado por guardaespaldas en su ático de la Avenida Cerviño.

—¡Ramón! ¡Me alegra verte! —Exclamó el cirujano. —¿Qué traes?

Ramón abrió la mochila.

—Dos bolsas.

Méndez sopeso el contenido, lo miró al trasluz y concluyó.

—Serán diez pastillas.

Pomares observó al cirujano que volvía a subir el precio de la transacción.

Se conservaba bien Méndez para la edad. Piel bronceada, cabello blanco, semblante donjuanesco y cuidado bigote.

—Ese no es el trato. —Afirmó Ramón molesto.

Méndez puso cara de circunstancias.

—Si no te interesa, ya sabes...

Ramón intentó negociar.

—Estás doblando el precio. Es abusivo.

—Tendrás que traer más.

—No es fácil de conseguir.

—Me aseguraste que cumplirías. He invertido una fortuna para acondicionar tu casa. —Respondió Méndez dirigiéndose al mueble bar. —¿Te apetece tomar algo?

Pomares estiró un poco el cuello.

—No. Gracias.

Méndez se sirvió un vaso de whisky sin hielo.

—Diez pastillas, Pomares. O lo tomas, o lo dejas.

—Quince.

—He dicho diez. Es tu hija, no la mía.

—Cecilia... —Murmuró Ramón desalentado.

—Tú dirás.

—Muy bien. Diez pastillas.

Méndez asintió, dio otro trago e hizo una señal a uno de sus hombres que apareció al cabo de unos segundos con lo acordado.

—Tienes mal aspecto, Pomares.

—He tenido que dar un rodeo. Las calles de Buenos Aires se han convertido en una locura. Las bandas están por todas partes.

—Por eso me rodeo de estos señores. —Dijo Méndez señalando a sus hombres armados.

—¿Cuánta más sangre necesita?

—Toda la que puedas traer. Esta tarde tengo a un muchacho, herido de bala. Su madre es la viuda de un antiguo alto cargo en el ministerio. ¿Crees que querrá pasar la noche conmigo si le salvo la vida al chico?

A Pomares se le revolvieron las entrañas.

—No me mires así. En estos días en los que el dinero empieza a servir de poco, ¿Cómo debería cobrar mi trabajo? ¿Te pregunto yo de donde sacas la sangre que intercambias por las medicinas de tu hija? No lo hago. No es asunto mío.

Ramón se tomó un momento para reflexionar.

—Nunca se sabe hasta dónde estamos dispuestos a llegar. —Dijo.

Méndez sonrió.

—Muy cierto, amigo mío. Espero verte de nuevo cuanto antes.

Ramón asintió.

—Hasta dentro de un par de días.

Ramón bajó por las escaleras y volvió a casa sorteando los grupos de gente que deambulaban sin rumbo por la ciudad. Se trataba en su mayoría refugiados sin nada que hacer subsistiendo gracias a la caridad y las precarias ayudas del gobierno. A veces podían ser peligrosos.

—¿Cuánta gente ha llegado últimamente a Buenos Aires? ¿Cientos de miles? ¿Millones de personas?... Imposible saber. —Reflexionó mientras apretaba el paso.

En casa, Cecilia destapó el caldero para embriagarse con el aroma del caldo que llevaba casi una hora cocinando a fuego lento. Revolvió un poco, probó con la cuchara y asintió satisfecha.

—No está mal. —Se dijo.

Su padre entró con cara de pocos amigos.

—¡Papá! —Exclamó la joven. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sólo he podido conseguir diez pastillas. —Respondió Ramón poniendo el medicamento sobre la mesa.

Cecilia sonrió.

—Encontraremos más voluntarios. ¿Cuando se marcha el señor Walsh?

Ramón puso cara de circunstancias.

—Pronto. No te preocupes, yo me encargo.

—Es un buen hombre. ¿No crees que haya donado bastante?

—Tú no te preocupes por esas cosas. ¿Me harás ese favor?

Cecilia asintió pero no estaba de acuerdo con su padre.

El americano era especial.

—Tiene dentro lo mismo que yo. —Pensó.

Cecilia apagó el fuego y retiró el caldero con la sopa de verduras.

—Estaré bien. —Dijo la joven.

—¿Puedo? —Preguntó Ramón señalando la sopa recién hecha.

—Claro. Yo me iré a acostar. —Respondió su hija.

Ramón entró en el sótano sujetando un cuenco caliente y su cuaderno amarillo. El americano, al fondo, tendido sobre la cama, dormitaba con la cabeza recostada sobre un par de almohadones. Su aspecto distaba mucho de ser el de un hombre que fuera a recuperarse.

—He traído algo de comer. Tienes que recuperar fuerzas. —Dijo Ramón.

Bill se llevó la mano a la venda que le cubría los ojos. Era un gesto que siempre hacía al despertar.

—Gracias. —Murmuró.

Ramón cogió la cuchara y aprovechó para hablar un rato mientras le daba de comer.

—Háblame de Wicca, Bill.

—Sé lo mismo que todos.

—Pero has pasado por ello.

—Hice las maletas y dejé atrás Nueva York. Igual que harás tú, llegado el momento.

Ramón se imaginó abandonando Buenos Aires con su hija enferma. Enseguida apartó el pensamiento de su mente.

—No existe virus capaz de matar a tanta gente y propagarse tan rápido. —Reflexionó el argentino.

—Esa cosa no deja supervivientes. Sólo es una cuestión de tiempo. También llegará aquí.

—¿A dónde voy a ir? Cecilia está enferma. Su corazón necesita las pastillas. No tienes ni idea de lo que me cuesta conseguirlas.

—Eso no es asunto mío. —Respondió Bill con dureza.

Ramón dejó la taza de sopa en una mesilla junto a la cama.

—Te equivocas.

Bill no pudo evitar una sensación de tremenda desgana.

—No creo. —Murmuró.

—Mi hija tiene el mismo mal que su madre. Una enfermedad congénita del corazón. A Marta, no pude salvarla.

—Pero a Cecilia sí. ¿Sabe ella lo que estás haciendo?

Pomares se revolvió incómodo en la silla.

—Como bien dijiste, no es asunto tuyo.

—Por favor, déjame solo. —Respondió Bill cansado de la conversación.

—Hago lo que tengo que hacer. ¿Crees que disfruto con esto? ¡Pero sólo tiene veinte años! —Confesó Ramón angustiado. —¿Tienes hijos, Bill?

—No tengo a nadie.

—Entonces, cierra la boca. —Respondió Ramón.

—Pensé que moriría en Colombia... —Rememoró Bill. —Pero Ringo me ató una cadena al cuello y me dio de comer como a un perro. Eso es en lo que me convertí. En un perro flaco y ciego.

Ramón suspiró profundamente.

—Siento que lo hayas pasado tan mal.

—Ahora sólo estoy cansado. —Se lamentó Bill con tristeza. —Y supongo que este lugar es mejor que la jaula donde dormía.

—¿Cómo conseguiste escapar? —Quiso saber Ramón.

—El teniente Hill se encargó de sacarme de allí. Los hombres de Slinger vengaron al mayor sin contemplaciones. Los helicópteros llegaron de noche. En poco tiempo todo hubo acabado. Ringo recibió un disparo en la cabeza. A mí me encontraron en la perrera.

—Dios mío.

—El teniente Hill se hizo cargo de mí. El ejército cuidó mis heridas y cuando Wicca llegó también a la selva, me subieron en el último avión que salía rumbo a Buenos Aires.

—¿Qué ocurrió con el teniente Hill?

—La aeronave fue requisada por las autoridades nada más aterrizar. Luego nos llevaron a un Centro de Contención. Allí perdí la pista del hombre que me sacó del infierno. El resto ya lo conoces.

Cecilia entró sin avisar.

Su voz aflautada llegó a los oídos de Bill.

—Quería dar las buenas noches al señor Walsh.

Ramón se levantó sorprendido.

—Hija, no deberías bajar aquí.

—Sólo quiero ser amable. ¿Puedo? —Preguntó acercándose a la cama.

Bill escuchó los pasos de la joven al acercarse.

Los dedos de la muchacha acariciaron su cabello con ternura.

—No se preocupe, señor Walsh, pronto se recuperará.

Bill sintió un nudo en la garganta.

—Cecilia... —Murmuró Ramón.

—Ya me voy, Papá. Que descansen.

—*Buenas noches*. —Musitó Bill en español.

Ramón se quedó mirando a su hija.

Cuando ésta se hubo ido, el argentino cogió la mano de Bill, la apretó con fuerza y habló.

—Mañana haré la última extracción.

Bill asintió desde la oscuridad.

Buenos Aires.

Argentina.

Viernes Nov./14/2036

Wicca +49

Ramón Pomares guardó las bolsas de sangre en la mochila.

—Hasta siempre. —Susurró al oído de un Bill Walsh adormilado.

El argentino cerró la puerta de seguridad e introdujo la contraseña en el panel digital.

Los cerrojos sellaron la estancia con un chasquido.

Cecilia esperaba en el recibidor.

—¿Sales?

—Si. —Respondió Ramón. —Quisiera pasar un momento por el periódico. Luego iré al hospital. Necesitaremos más voluntarios.

La joven asintió.

Cecilia nunca quiso saber dónde encontraba su padre a las personas que pasaban unos días con ellos en el sótano. Habitualmente eran ancianos o vagabundos. Un día, unos operarios vinieron a casa y lo prepararon todo. El sistema de seguridad, la cama articulada, el instrumental, las correas... Dijeron trabajar para el gobierno.

—La escasez en los hospitales nos obliga a recurrir a particulares. —Afirmó el hombre que los dirigía. —Su padre ha sido muy amable al colaborar con esta iniciativa. —Concluyó.

La joven enarcó las cejas.

—El doctor Méndez nos va ayudar con tu medicación. —Afirmó Ramón.

—¿Cómo vamos a pagar todo lo que hay en el sótano? —Preguntó más tarde Cecilia.

—No te preocupes por eso, hija.

—Papá, ¿Quién es ese hombre? ¿Estás seguro de lo que estás haciendo?

Ramón Pomares miró a su hija incómodo.

—Méndez es un hombre con muchos recursos. Le conocí hace unos meses, a raíz de un reportaje sobre sanidad que preparábamos en el periódico. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Pero...

—¡Necesitas las pastillas! —Exclamó su padre exasperado.

A partir de aquella noche, no hubo más preguntas.

Los voluntarios sólo pasaban unos días en casa. Luego el sótano se quedaba vacante por un tiempo, hasta la llegada de otra persona.

En el recibidor Cecilia no pudo evitar preguntar.

—¿Cuándo se marchará Bill?

Ramón acarició el rostro de su hija.

—Se fue anoche. Me pidió que te despidiese.

—¿Anoche? ¿Tan débil como estaba?

—Ha vuelto donde debe estar, con los americanos.

Cecilia se entristeció.

—¿Podré verle antes de que abandone Buenos Aires?

Ramón Pomares cogió el paraguas y un abrigo. Fuera hacía frío.

—No debes salir.

—¡Llevo semanas encerrada!

—Muy bien, te prometo que iremos a visitarle. —Concluyó Ramón nervioso.

Cecilia se sintió más reconfortada.

Ramón salió de casa y encaminó sus pasos hacia las oficinas de *Clarín*.

Hacía tiempo que el periódico ya no publicaba. No obstante, Ramón iba de vez en cuando.

—Algún día tendrán que retomarlo. —Se decía.

Encontró la redacción desierta.

—Es imposible seguir en estas condiciones, Ramón. —Le confesó el director. —Márchate tú también.

—De acuerdo, pero vendré de vez en cuando.

—Como quieras. —Dijo el máximo responsable del periódico mientras recogía sus cosas.

Ramón deambuló sin rumbo por las oficinas. El edificio estaba vacío y

algunas puertas habían sido forzadas.

—Saqueadores. —Pensó con tristeza.

Al doblar una esquina, la luz parpadeante de un terminal llamó su atención.

El monitor estaba agrietado y al teclado le faltaban algunas piezas pero funcionaba.

Ramón Pomares accedió a la plataforma de edición online.

El sistema tardó una eternidad en cargar las plantillas pero finalmente, consiguió acceso.

La portada del periódico llevaba semanas sin actualizar.

—**El Presidente Wilkinson anuncia ultimátum desde Luisiana.** —
Leyó.

Ramón ejecutó los comandos de edición.

Borró todos los contenidos y escribió tan dos palabras:

EL FIN.

En casa, Cecilia intentó distraerse leyendo un libro. No podía dejar de pensar en Bill.

—Estaba tan débil. ¿Cómo ha podido papá dejarle marchar sin más? —
Musitó.

El reloj de pared en el salón dio la una de la tarde.

—Tengo que saber más. —Resolvió la joven antes de levantarse para hacer algo de comer.

Después de dejar atrás las oficinas del periódico, Ramón volvió a subir caminando los catorce pisos hasta llegar al ático del doctor Méndez.

—Pensé que hoy no vendrías. —Dijo el cirujano irritado.

—Ya dije que cada vez resulta más difícil.

—¡Basta de excusas, Pomares!

—Aquí hay dos bolsas más.

El doctor Méndez negó con la cabeza.

—No es suficiente.

—No tengo más.

—Muy bien. Cinco pastillas. —Dijo Méndez.

—¡No puede hacer eso!
—Claro que puedo. Consigue más sangre. —Dijo el cirujano acariciándose el bigote.
—¡Es imposible!
Joaquín Méndez contempló con desprecio al hombre que tenía delante.
—Esta tarde tengo una operación importante. Un militar americano.
—¿Qué militar?
—Lo acuchillaron anoche en el Centro de Contención. Tiene un pulmón en mal estado. Necesito sangre.
—No puedo hacer más. ¡Me importa bien poco quien sea ese americano!
—Dijo Ramón desesperado.
—A mí sí que me importa. El teniente Hill pagará lo que sea con tal de salvar la vida. He pedido a sus hombres una fortuna en armas.
Ramón sintió un escalofrío.
—Creo que será mejor que me vaya.
—Estas dos bolsas no son suficientes.
—¡No tengo más sangre!
Méndez hizo un gesto a uno de los gorilas que le acompañaban.
El matón dio un golpe seco en la nuez de Pomares que cayó desplomado al suelo.
—Claro que la tienes. Llévadle al quirófano. —Sentenció el doctor acariciando el pomo de marfil de su bastón.

Mientras tanto y a varias manzanas de la Avenida Cerviño, Cecilia bajó las escaleras del sótano.
La luz roja de la puerta de seguridad brillaba en la oscuridad.
—Está cerrada. —Murmuró.
Intrigada, marcó su fecha de nacimiento en el panel.
Acceso denegado.
—¿El cumpleaños de Mamá?
Acceso denegado.
La joven no se desanimó.
Subió hasta el despacho de su padre y rebuscó entre los cuadernos amarillos.
—Tiene que estar aquí. Te he visto apuntar las claves, papá. —Musitó.

Un listado de contraseñas apareció en la contraportada de la última libreta.

—La última es 632548.

Cecilia bajó corriendo al sótano.

La puerta se abrió dando paso a la habitación que estaba a oscuras. La joven entró y dio un respingo al escuchar el cierre automático de la puerta tras de sí.

—632548. 632548. 632548. —Repitió varias veces, temerosa de olvidar la combinación.

Su mirada tardó un poco en acostumbrarse a la oscuridad. A la derecha, en la pared, estaba interruptor de las luces.

El blanco de los fluorescentes inundó la estancia.

Al fondo, sobre la cama, había un cuerpo.

Cecilia se acercó lentamente temiendo lo peor.

Para cuando pudo distinguir el rostro inerte de Bill, le costaba respirar.

Cayó de rodillas y tomó el brazo del americano, que colgaba sin vida del borde de la cama.

—Bill... Bill... ¿Qué ha pasado?

A Cecilia le pareció que su corazón se aceleraba.

—Calma. Mantén la calma. — Se dijo.

Un sudor frío le subió por la nuca.

—Respira.

Una terrible angustia se apoderó de ella.

—¡Sal! ¡Tienes que salir de la habitación! —Pensó histérica.

La joven corrió hacia la puerta cerrada.

—¡632548!

Pero antes de llegar, todo quedó repentinamente a oscuras.

—¡No! ¡No! ¡Dios mío! —Exclamó.

Cecilia golpeó el panel apagado.

—¡No! ¡No!

Sollozando se acurrucó contra la pared.

La oscuridad en la habitación era absoluta.

—Papá vendrá pronto. —Se dijo. —Él me sacará de aquí.

Cuando llegó la madrugada, Cecilia comenzó a gritar.

Buenos Aires.

Argentina.

Sábado Nov./15/2036

Wicca +50

El doctor Méndez entró en el despacho de Ramón Pomares.

Había un cuaderno amarillo abierto sobre el escritorio.

El cirujano recitó el código de seis dígitos en voz alta.

—632548. Vete con los muchachos al sótano y empieza a recoger.

—Muy bien, Don Joaquín —Respondió *Lucho*.

—No quiero cabos sueltos.

—No señor. Descuide, nos ocuparemos de todo.

Un fuerte olor a quemado proveniente de la cocina impregnaba toda la casa.

El cirujano sacó un pañuelo blanco, impoluto, del bolsillo interior de su chaqueta y se lo acercó a la nariz.

—¿Puede alguien abrir las ventanas?

La balda superior de la estantería junto al escritorio estaba llena de cuadernos. Méndez fue leyendo nombres.

—*Félix Lozano, Silvia Márquez, Julio Quevedo...* ¿Qué es todo esto? —
Se preguntó el cirujano.

El último título llamó su atención.

—*Ramón Pomares.*

Méndez abrió la libreta.

Las páginas estaban repletas de titulares.

—*Apuñala en la cara a un compañero por una disputa doméstica.*

- *Detenida una cuidadora por estafar más de un millón de pesos a una anciana de ochenta y seis años.*

- *Muere el niño de tres años atropellado por un conductor que se dio a la fuga.*

- *Más crímenes en la capital: Asesinan a balazos a tres hombres en menos de seis horas.*

- *Le robó la camioneta y lo ejecutó a sangre fría.*
 - *El brutal asalto a una mujer por parte de su marido la deja desfigurada.*
 - *Mataron a golpes a su hijo de un año y diez meses porque les rompió la TV.*
 - *Detienen a cuatro hermanos por torturar y matar a un chico de 17 años.*
 - *Secuestran a una adolescente al salir de la escuela y la violan en un baldío.*
 - *Estado grave de la joven embarazada acribillada a balazos.*
 - *Detienen a un hombre de 62 años acusado de abusar de sus cinco hijas.*
 - *Varios alumnos violan a un niño de diez años.*
 - *Cortan la cabeza con un machete a un joven de 19 años.*
- El doctor movió la cabeza extrañado.
—¿A quién se le ocurre llevar un registro así? —Pensó.
Méndez pasó rápido las páginas hasta la última entrada.
—*Alerta OMS: Enfermedad mortal se extiende con rapidez desde el norte.*

Debajo, en rojo y con grandes caracteres Pomares había dejado algo escrito.

—*LO MERECEMOS* —Musitó Méndez.

Lucho entró de nuevo en el despacho.

—Disculpe, señor.

—¿Qué hay? —Respondió el doctor poniendo el cuaderno de nuevo en la estantería.

—Ya hemos terminado. Hay dos cadáveres en el sótano. Una chica y un

hombre de ojos vendados.

El cirujano no quiso más complicaciones.

—Deshazte de ellos.

—Muy bien.

—Lucho.

—Diga, Don Joaquín.

—Antes de irte, lleva estos cuadernos a casa. —Ordenó Méndez señalando la estantería.

—No se preocupe. ¿Algo más?

—Te veo luego.

Lucho había trabajado durante un tiempo como celador del Hospital Italiano de Buenos Aires donde sus compañeros le describían como “un tipo desagradable y mal encarado.” Cuando las cosas comenzaron a complicarse recibió una oferta que no pudo rechazar.

—A partir de ahora, trabajarás para mí. — Dijo el doctor Méndez en el aparcamiento.

Lucho encendió un cigarrillo y respondió con una mirada burlona.

El cirujano continuó.

—Vivirás en mi casa. Donde yo voy, tú vas. Si aceptas, nunca más tendrás que preocuparte por nada.

El celador aceptó y Méndez cumplió su palabra.

Lucho no tenía que preocuparse por nada.

La luz fluorescente del sótano en casa de Pomares comenzó a parpadear.

—Será mejor que me de prisa antes de que llegue otro apagón. — Pensó *Lucho*.

El sicario extendió las bolsas negras sobre el suelo del sótano y miró el cadáver del hombre. Tenía el gesto torcido.

—Mala suerte, muchacho. —Murmuró mientras abría la cremallera.

En cuanto hubo terminado, *Lucho* dirigió su atención a la chica.

El cuerpo de Cecilia estaba apoyado contra la pared y tenía los ojos muy abiertos.

—Eres una joven muy bonita. —Dijo. —¿Qué llevas puesto? —Pensó acercándose despacio.

Lucho se tomó su tiempo.

Le hubiese gustado hacerlo más despacio pero las luces fluorescentes parpadearon de nuevo.

—Será mejor que nos demos prisa. —Murmuró besando los labios sin vida de la joven.

Buenos Aires.

Argentina.

Domingo Nov./16/2036

Wicca +51

El doctor Méndez recibió la llamada de Doña Matilde temprano por la mañana. Durante el transcurso de la conversación ella, por supuesto, se quejó de lo mal que estaba todo. Protestó por los apagones, por la escasez de alimentos y por la creciente inseguridad en las calles de la capital.

—La culpa la tienen todos esos refugiados. —Dijo.

—Estoy completamente de acuerdo. —Respondió Méndez.

La viuda del ministro Carrión no paraba de hablar.

—Todos esos extranjeros. ¡Van a arruinar Argentina!

—Son tiempos complicados, Doña Matilde.

—Precisamente por eso te llamo, Joaquín.

El Doctor Méndez puso cara de circunstancias y se dispuso a escuchar.

—Necesito que hagas algo por mí.

El cirujano asintió.

—¿De qué se trata?

—Hay un amigo de la familia que necesita que le echés una mano. Padece algunas afecciones.

—¿Algo grave?

—Riñón, arritmias, dolor de huesos...

—¿Qué edad tiene? —Preguntó Méndez.

—Debe rondar los sesenta.

—¿A qué se dedica?

—Augusto es un alto funcionario del ministerio. Le han nombrado director de uno de esos sitios horribles donde el gobierno mete a toda esa gente...

—¿Se refiere a un Centro de Contención?

—¿Podrás ayudarle, Joaquín? Necesita revisiones periódicas y las colas en los hospitales son insoportables.

—No se preocupe Doña Matilde. Déjelo de mi cuenta.

—Sabía que podría contar contigo.

Lejos del ático del doctor Méndez, *Lucho* descargó los tres fardos negros en la lancha y pilotó con cautela la embarcación entre los pastos altos hasta llegar a mar abierto.

Una ligera brisa acariciaba su rostro.

—Ni un solo barco en el horizonte. —Pensó extrañado.

El sicario paró la motora a una distancia más que respetable de la costa.

Antes de tirar los cuerpos al mar, abrió las cremalleras.

—Adiós, gringo. Triste final te dieron.

Con Ramón Pomares no fue tan amable.

—De haber sido un poco más listo, ahora no estarías aquí.

Por último, el pálido rostro de la muchacha le provocó una extraña sensación.

Lucho se estremeció al recordar la noche que había pasado con ella.

—Adiós, niña hermosa. —Dijo humedeciendo con sus labios la boca fría de Cecilia.

Los cuerpos cayeron con un chapoteo al mar.

El ex celador encendió otro cigarrillo y volteó el timón.

—Volvamos a casa. —Murmuró.

Augusto Zabaleta llegó tarde a su despacho en el Centro de Contención del tercer distrito de Buenos Aires. Estaba contento. Doña Matilde había llamado temprano.

—Ya está arreglado. Se acabaron las colas en el hospital, Augusto. —Dijo. —Alguien irá a verte. Te dirán que debes hacer.

Augusto bendijo su suerte.

—Por fin podré ser atendido como Dios manda. —Pensó.

La puerta del despacho se abrió sin aviso previo.

—¡Por el amor de Dios! —Exclamó sobresaltado.

—Perdone que le moleste, Don Augusto. —Dijo el guardia de seguridad.

—¿Qué pasa ahora?

—Tenemos otro altercado.

Augusto frunció el ceño contrariado. ¿Es que aquella gente no podía

comportarse?

—¿Otro más?

—Dos ucranianos. Le han dado una paliza a un interno.

—¿Ucranianos? —Preguntó el director.

El funcionario asintió.

Augusto se levantó contrariado.

—Menuda gentuza.

—Si señor.

—¿Es grave?

—No sabría decirle, señor. Quizás debería comprobarlo usted mismo.

El director refunfuñó, cogió la chaqueta y encaminó sus pasos hacia las puertas que conectaban al edificio administrativo con los módulos de internamiento.

El Centro de Contención no era oficialmente una cárcel aunque se parecía mucho. No había celdas pero todo el complejo estaba rodeado por una extensa valla provista de torres de vigilancia y alambradas.

Augusto avanzó entre los pasillos atestados de refugiados. Iba escoltado por los guardias de seguridad y el hedor era insoportable.

—¿Dónde demonios están? —Preguntó enfadado.

—Por aquí, señor. —Respondió uno de los custodios del primer módulo.

El cuerpo inconsciente de un joven apareció ante los ojos del director en uno de los patios. Junto al muchacho, había dos tipos de aspecto deplorable.

—¿Qué ha pasado aquí? —Preguntó Augusto.

—*Ya ne rozumiyu.*

- ¿Qué ha dicho?

Los guardias se encogieron de hombros.

—No hablamos ucraniano, señor.

—¿Y cómo carajo se entienden con ellos? —Preguntó Augusto asombrado.

—Como podemos, señor.

—Muy bien. —Concluyó Augusto. —Ya me he cansado de esta pantomima.

—¿Qué hacemos, señor?

—Dos semanas de aislamiento.

Las protestas de los dos hombres todavía resonaban en sus oídos cuando Augusto abrió la puerta de su despacho.

Dentro, un hombre de aspecto tosco le esperaba sentado en su sillón.

—¿Quién es usted? —Preguntó el director desconcertado.

Antes de que el extraño pudiese contestar, el conserje apareció de la nada profiriendo un mar de explicaciones.

—Mil disculpas, director. Le dije advertí de que estaba usted ocupado, pero insistió.

—Muy bien, yo me encargo.

—¿Quiere que llame a seguridad, Don Augusto?

—No será necesario, gracias. Por favor, cierre la puerta al salir.

El intruso tuvo el descaro de lanzar un beso volado al conserje antes de que éste se marchase.

—Un tipo encantador. —Dijo sin levantarse.

—¿Me va a explicar quién es usted?

—Me llamo *Lucho*. Creo que tiene usted un problema pendiente de resolver.

Augusto recordó la llamada de Doña Matilde.

—Si. —Dijo Augusto. —¿Qué tengo que hacer?

—Nosotros le proporcionaremos todo lo necesario.

—Necesito ansiolíticos. Hoy llevo un día horrible.

—Eso se puede arreglar.

Augusto se frotó las manos.

—A cambio, usted se encargará de realizar algunas tareas.

El director miró a su interlocutor extrañado.

—¿Tareas? ¿Qué clase de tareas? —Preguntó extrañado. Doña Matilde no había hablado de contrapartidas.

Lucho le miró de arriba a abajo con aire insolente para, a continuación, preguntar con tono despreocupado.

—¿Se marea usted con la sangre?

Capítulo 9

Cerca de las Islas Cook.

Océano Pacífico.

Lunes Nov./17/2036

Wicca +52

Finalmente, y contraviniendo los planes, el capitán Mitch Taccoli del *USS Sparta* ordenó rumbo sur.

—Nunca me perdonaré. —Pensó intentando contener la angustia.

El destructor norteamericano había sido el último barco en salir de Nueva Zelanda con destino a Hawai como parte del grupo de combate del portaaviones *USS William Clinton*. Taccoli recibió instrucciones para partir inmediatamente del puerto de Auckland pero la escasez de provisiones y combustible impidió la salida.

—No quedan suministros. —Afirmó impotente el responsable de la autoridad portuaria.

—¡Arréglole! —Respondió Taccoli apuntando con el dedo al aturdido funcionario. —¡O tendré que hablar personalmente con la Gobernadora General!

Tras cuatro días de retraso sobre el calendario previsto, el *Sparta* pudo partir al encuentro del resto de la flota. Taccoli fijó el curso de navegación y ordenó a toda máquina hasta la mañana en que los operadores detectaron algo inusual en el radar.

—Capitán, el *William Clinton* ha dejado de transmitir. —Anunció el teniente Hughes en la sala de comunicaciones

—¿Cómo es posible? —Preguntó sorprendido Taccoli.

—Nadie responde, señor. El silencio de radio es absoluto.

—¿Es posible que estén en situación de combate?

—No lo creo, señor. La señal de radar muestra a los barcos de escolta dispersos y en posiciones anómalas.

—Será mejor que se explique, Hughes.

—Parecen estar navegando a la deriva, señor...

—Tiene que haber algún error. —Respondió el capitán incrédulo.

—Las lecturas son correctas. Hay otra cosa que debería saber.

—¿Otra cosa?
—Los hombres están preocupados.
Taccoli miró a Hughes con cara de pocos amigos.
—Temen que si seguimos con rumbo norte, nos alcance esa enfermedad.
—Confesó Hughes incómodo.
—¿Qué opina usted? ¿Qué ha pasado con esos barcos?
El operador de comunicaciones se rascó la cabeza.
—Puede que la flota se haya contagiado con ese virus, señor.
Taccoli rechazó la posibilidad.
—¿En mitad del Pacífico?
—Nadie responde y han roto la formación. ¿Qué otra cosa podría ser?
—Respondió Hughes.
—¿Quién más, a parte de su equipo, está al tanto de lo ocurrido?
—Nadie, capitán.
Mitch Taccoli resolvió parar máquinas.
—Convocaré una reunión de oficiales.

El mar estaba en calma y el *Sparta* se bamboleaba suavemente sobre las olas.

En el puente de mando, tres hombres, discutían.
—Tenemos órdenes. —Argumentó Taccoli obcecado.
Ralph Davis, el segundo comandante y el más veterano de los tres, protestó.
—¡Hemos perdido todo contacto con la flota!
—Eso no cambia nada. —Apuntó Marlon Quiver, el oficial mayor.
—Hay que averiguar lo que ha pasado. —Dijo Davis.
—¿Y qué propones, Ralph? —Preguntó Taccoli.
—Enviemos al helicóptero.
Los tres se quedaron en silencio.
—¿Cómo puedes pedir algo así? —Apuntó Marlon.
El capitán del *USS Sparta* cerró los ojos.
—Está en su derecho.
—Mitch, se trata de tu hijo. —Insistió Marlon.
—Es un piloto de la marina. —Respondió Taccoli sintiendo un nudo en el estómago.

—¿Quién dará la orden? —Preguntó Davis.

—Yo lo haré. —Dijo el capitán.

Mitch pensó en su esposa, Gill.

—Capitán Taccoli, prométeme que no permitirás que le pase nada. —
Decía cada vez que debían embarcar.

—Tranquila Mamá. Papá sabe lo que hace. —Argumentaba su hijo
George para tranquilizarla.

—Más le vale —Respondía ella con tono severo.

George Taccoli se presentó ante el Capitán en el puente de mando para
recibir sus órdenes. No había nadie más. Padre e hijo se miraron.

George tomó la palabra.

—Preferiría no tener que ir.

—Por favor. —Respondió Mitch. —No hagas esto más difícil.

George apoyó el casco de piloto en la mesa.

—¡Es una misión suicida! —Exclamó.

—¡Alguien tiene que hacerlo!

Su hijo le miró con miedo.

—Si ese virus está ahí fuera. Voy a morir.

El Capitán Taccoli tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para continuar
con la conversación.

—Es una orden, teniente. —Respondió con la voz entrecortada.

Antes de que el helicóptero partiera, el capitán Mitch recordó el día de la
graduación de su hijo George.

Gill se había puesto su mejor traje y él lucía uniforme de gala.

—Es imposible estar más orgulloso. —Dijo Mitch abrazando a su hijo.

El helicóptero se desplazaba velozmente, volando bajo, rumbo al norte.

En el puente de mando, el capitán dejó a un lado el protocolo.

—¿Ves algo?

Todos podían percibir la angustia en su voz.

La respuesta metálica del piloto se escuchó alta y clara.

—Negativo. Capitán.

Los minutos transcurrían eternos.

—¿Dónde están los barcos?

George respondió con rapidez.

—No hay rastro de la flota, señor.

—¿No debería haberla encontrado ya? —Preguntó Mitch a los presentes.

Todo el mundo se encogió de hombros.

La silueta imponente y brumosa del portaaviones *William Clinton* apareció frente al helicóptero instantes antes de que el Capitán Taccoli estuviese a punto de ordenar su regreso.

Una fina columna de humo se elevaba hasta el cielo desde cubierta.

George, sudoroso, activó la radio para informar.

—Los he encontrado.

Todos se sobresaltaron.

—¿Qué ves, George?

- Me aproximo al portaaviones. Parece que ha habido un incendio. Intentaré aterrizar.

Mitch tuvo el presentimiento de que debía ordenar el regreso inmediato de su hijo.

Davis le distrajo.

—¡Buen trabajo! —Exclamó dando una palmada en el hombro del capitán. —¡Puedes estar orgulloso, Mitch! —Añadió.

—De acuerdo. Ve con cuidado. —Dijo Taccoli a su hijo.

George dejó que el helicóptero se posase suavemente sobre el buque insignia de la flota.

Un cazabombardero ardía atascado en uno de los ascensores hidráulicos.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —Se preguntó asustado mientras subía hacia el puente.

George rebuscó entre los bolsillos y se llevó a la boca un chicle de menta extra fuerte.

Llevaba unos minutos con un extraño sabor metálico en el paladar.

—Acabemos con esto rápido. —Pensó.

El primer cadáver apareció junto a las escaleras. Se trataba de un

marinero joven, tenía la cara retorcida, los ojos desorbitados y el rostro sanguinolento.

—Maldita sea. Tengo que salir de aquí. —Pensó aterrado.

Un mareo repentino le desorientó.

En vez de ir hacia el helicóptero, se acercaba dando tumbos hacia los ascensores del hangar. El calor del avión en llamas le abrasó el rostro.

George se arrodilló para vomitar dejando un charco amarillento de bilis a los pies de otro cuerpo inerte tras un montón de cajas con munición.

—No. —Logró farfullar antes de que los pulmones estallasen dentro de su cuerpo con virulencia.

El *USS Sparta* esperó noticias del teniente George Taccoli durante casi seis horas. Cuando lo ocurrido se hizo evidente, el capitán se levantó para pronunciar tres palabras.

—Rumbo al sur.

Auckland.

Nueva Zelanda.

Martes Nov./18/2036

Wicca +53

Mabel Butler terminó de preparar su *Earl Grey* exactamente como le gustaba, oscuro y con tres gotas de limón. Sentada junto a la mesa auxiliar de su despacho, la Gobernadora General puso la taza de té a un lado para que se enfriase un poco y sacó un pequeño espejo del bolso. Se arregló los labios y aprovechó para retocar un poco las mejillas. Una vez satisfecha con su aspecto, pasó a revisar la montaña de papeles que tenía delante de sí.

—*Protocolo Lyndon-Butler para el establecimiento de un Directorio en el Territorio de Nueva Zelanda.* —Leyó.

El hecho de que su apellido figurase en el título del documento le incomodaba. La Gobernadora General no era amiga de protagonismos. El proyecto que tenía en sus manos era el resultado de un número considerable de hombres y mujeres que trabajaban juntos por el bien del país.

—No estoy sola en esto. —Recordó.

Mabel apreciaba a la gente que trabajaba duro y en política valoraba principalmente dos cosas: la lealtad y la constancia.

—Lo más fácil siempre es rendirse. —Solía decir.

La gobernadora Butler debía su popularidad a un extraordinario don de gentes y a una forma un tanto peculiar de manejarse con las instituciones neozelandesas.

A pesar de que las atribuciones de su cargo le otorgaban un carácter meramente protocolario, Mabel nunca ocultó su interés por todo tipo de cuestiones relativas a la nación.

Esto le granjeó no pocas críticas por parte de la oficina del Primer Ministro y el Parlamento, poco acostumbrados a injerencias por parte del representante de la Corona. Sin embargo, la gente apreciaba en ella un interés genuino por sus problemas y lo agradecía con todo tipo de muestras de cariño.

—Esa mujer tiene a sus votantes comiendo de su mano. —Le increpó amargamente el Jefe de la Oposición Conservadora al Primer Ministro.

Y era cierto.

Robert Atkinson, jefe del ejecutivo en de Nueva Zelanda, era un hombre enfermo y apocado. No eran pocos los que le acusaban de no ser más que un

juguete en manos de la Gobernadora General.

Pese a todo, Mabel recibía las críticas de sus detractores con beatífica sonrisa. La gente veía en ella un líder capaz de conducir al país en tiempos difíciles.

—¡Cómo se atreve! —Le recriminaron en la última comparecencia en el parlamento. —¡Usted no ha sido votada por el pueblo!

Mabel, muy seria en el estrado, se tomó un momento antes de contestar.

—Y usted, señor Farrel, no ha sido nombrado por el Rey.

Las carcajadas en la bancada laboral ahogaron por completo al berrinche del líder conservador.

—¡Pobre Farrel! —Pensó Mabel dando un pequeño sorbo a la taza de té. —No tiene no idea de lo que lo que soy capaz.

Mabel Butler estaba convencida de la necesidad del Directorio.

—*London is no more.* —Le confesó al Contraalmirante Stir ante las inquietantes noticias provenientes del Reino Unido. —Estamos solos en esto, Lyndon. —Dijo la Gobernadora y necesitamos un gobierno fuerte.

El militar con mayor rango del país lo entendió perfectamente.

—Estoy contigo, Mabel.

Su secretaria, Maggie Peterson, tocó con delicadeza la puerta del despacho.

—Señora Gobernadora.

—¿Qué ocurre, Maggie, querida?

—El alcalde Derrick y el contraalmirante Stir están aquí.

—¡Hay que ver lo rápido que pasa el tiempo! —Dijo Mabel mirando el reloj. —Por favor, hágales pasar.

Lyndon Stir y Giles Derrick tomaron asiento.

—¿Té? —Preguntó la Gobernadora.

—No gracias. —Respondió con gesto adusto el alcalde.

Mabel era consciente de que Giles iba a ser un hueso duro de roer.

La Directiva de Ahorro Energético no le había hecho ninguna gracia.

—Cometimos el error de mantenerlo al margen. —Explicó Mabel al contraalmirante cuando éste expresó su preocupación por la oposición del máximo responsable del consistorio capitalino. —Organizaré un té. Déjalo de mi cuenta.

—Gobernadora Butler... —Comenzó diciendo el alcalde Derrick.

—¡Oh querido! ¡No puedo ni imaginar lo molesto que debe estar con todo ese feo asunto energético! ¡Yo también lo estaría!

Derrick se sorprendió. No esperaba tanta empatía.

No obstante, mantuvo el tono de reproche.

—Debió usted consultar a mi oficina. Soy el alcalde de la ciudad más poblada del país.

—Un error imperdonable y le pido disculpas. De hecho, nos gustaría que usted liderase este proyecto de ahorro energético. No solo en Auckland sino a nivel nacional. ¿No es cierto Lyndon?

El militar asintió con solemnidad.

—No se me ocurre un hombre más adecuado para el puesto. — Afirmó Stir.

Derrick se sintió desarmado.

—Es una oferta tentadora e inesperada, Gobernadora.

—Estamos seguros de que hará usted un magnífico trabajo, alcalde Derrick. —Sentenció Mabel. —También queremos que lea usted esto.

La Gobernadora General de Nueva Zelanda dejó caer un pesado documento sobre la mesa.

Giles leyó el título.

—¿Un Directorio?

—Se trata de una medida provisional que permitirá a las personas adecuadas coger las riendas del país durante esta horrible crisis. —Afirmó Mabel.

—Personas como el alcalde de la capital. —Apuntó Stir.

Derrick asintió.

Le estaban ofreciendo un pedazo de la tarta.

—¿Y qué hay del parlamento?

—El parlamento se mantendrá en funciones consultivas. Debe ser el Directorio el órgano que lleve a cabo todas las tareas efectivas de gobierno. No puede ser de otra manera, Giles. —Dijo Mabel con suavidad.

El alcalde de Auckland estaba sorprendido. Técnicamente, le estaban invitando a participar en un golpe de estado.

—¿Y quién formará parte de ese Directorio?

—Nosotros tres, naturalmente. —Respondió Mabel con pasmosa facilidad.

—Lo primero que se debe hacer es aumentar los recursos del Plan de Vigilancia Costera. Esta vez, será llevado a cabo sin injerencias parlamentarias. —Afirmó el Contraalmirante.

—¿Plan de Vigilancia Costera? —Interrumpió el alcalde.

Lyndon Stir y la Gobernadora se miraron.

—Alcalde Derrick. ¿Se da cuenta usted de lo grave que es la situación del país?

Giles se mostró dubitativo.

—De poco servirá cualquier plan si Wicca es imparable.

—¡No! —Contestó Mabel con una dureza inusitada. —¡No existen enfermedades imparables! ¡Sólo gobiernos irresponsables! ¡Métase eso en la cabeza!

Derrick quedó descolocado ante el exabrupto.

—Esta mujer es verdaderamente de armas tomar. —Pensó.

Más calmada, la Gobernadora continuó explicándose en un tono más reposado.

—Nueva Zelanda está desconectada del mundo. Somos la última tierra habitable entre Australia y el continente Antártico. Vivir tan lejos tiene sus inconvenientes pero, dadas las circunstancias, nuestro aislamiento constituye una bendición. Y así es como debe seguir siendo.

Giles intuyó las intenciones de sus interlocutora.

—Si conseguimos mantener las costas y nuestro espacio aéreo a salvo, todo irá bien. —Afirmó el contraalmirante Stir.

—De ahí la importancia de este programa. —Apuntó Mabel.

—¿Qué es lo que quieren hacer exactamente? —Preguntó Derrick.

—Ya lo estamos haciendo. De manera encubierta pero efectiva. Voluntarios repartidos por todo el país con la colaboración de efectivos

militares cuidadosamente escogidos, nos protegen todos los días. —
Respondió la Gobernadora.

El contraalmirante Lyndon Stir asintió.

—Vigilamos y erradicamos. —Continuó implacable la Gobernadora. —
A cualquiera que intente entrar en Nueva Zelanda.

El alcalde de Auckland no tenía muy claro como debía reaccionar a
aquello.

—Pero... ¿Y el Primer Ministro? ¿Qué opina el Parlamento sobre todo
esto?

—Nadie está al tanto del verdadero alcance de las operaciones.

—No se puede vigilar toda la costa las veinticuatro horas del día. —
Concluyó Derrick.

—Por eso debemos aumentar los recursos. Es algo que debe hacerse y se
hará. —Refutó Stir.

—¿Y qué papel juego yo en todo esto? —Quiso saber el alcalde.

—Necesitamos a un hombre capaz de gestionar recursos limitados.
Nueva Zelanda tiene que llegar a ser autosuficiente.

—Queréis implantar una autarquía...

—No es del todo imposible. El país es una tierra rica, bendecida por
Dios. No dejaremos que un gobierno débil nos condene a todos. —Concluyó
Butler.

El alcalde se quedó pensando.

Mabel supo que aquellos segundos de reflexión iban a resultar cruciales.

—Tiene bajo su mando a la policía local de Auckland. Si no colabora,
puede resultar un obstáculo formidable. —Le había prevenido Lyndon Stir.

Giles Derrick respiró con profundidad antes de levantar lentamente la
mirada.

—Gobernadora Butler, creo que voy a aceptar esa taza de té.

Auckland.

Nueva Zelanda.

Miércoles Nov./19/2036

Wicca +54

Jim Taylor llegó al aeródromo de Ardmore más tarde de lo habitual. Había pasado una noche horrible intentando que la señora Goodfield no cayese escaleras abajo en uno de sus paseos nocturnos.

—Lo peor es la falta de sueño. —Le confesó a su esposa.

Linda le miró conmovida.

—Eres un buen hombre, Jim. Te quiero.

La señora Goodfield siempre tenía siempre un motivo para levantarse de madrugada. Cerrar las ventanas, buscar las llaves, comprobar la puerta y sobre todo, sentarse en el salón a esperar a su hija.

Jim entró en el hangar y encontró al viejo Marcus Adler haciendo ajustes en el avión.

—¿Qué demonios haces, Marcus? Tengo que salir en veinte minutos. — Dijo Taylor sorprendido.

El experimentado mecánico contestó desde las profundidades del P-51.

—¡Creo que tienes visita!

Jim ladeó la cabeza.

—¿Visita?

Una voz aflautada contestó a su pregunta desde la puerta.

Provenía de un tipo delgado, de piel pálida y abrigo oscuro.

—¿Sería tan amable de acompañarme Señor Taylor?

—¿Quién es usted? —Quiso saber Jim sorprendido.

—Digamos que, como usted, trabajo para el gobierno.

Por favor, venga conmigo.

Jim acompañó al desconocido hasta las oficinas del aeropuerto. Juntos, recorrieron con celeridad varios pasillos hasta llegar a la puerta de un despacho pequeño en el departamento de contabilidad.

La estancia estaba vacía y apenas amueblada.

Una mesa blanca, tres o cuatro sillas, una pizarra, un par de rotuladores...

—Adelante. Puede pasar. —Dijo el hombre.

—Esto tiene mal aspecto. —Pensó Jim preocupado.

En la secretaría de la oficina del alcalde, Linda Taylor derramó el café encima de su escritorio al tratar de coger la grapadora de la mesa de su compañera.

—¡Mierda! —Exclamó.

—Sólo tienes que pedirla. —Dijo Margot.

—No quería molestar. —Respondió Linda limpiando la mesa con toallitas.

La voz del alcalde hizo que tuviera que dejar la tarea.

—¡Linda! ¿Puedes venir un momento?

—¿Por qué nunca usa el maldito teléfono? —Murmuró mientras se levantaba.

Margot sonrió.

—Si lo hiciera, no sería el alcalde Derrick.

Linda entró en el despacho y tomó asiento.

—¿Cuántos años llevas trabajando aquí? —Preguntó Giles.

A Linda le sorprendió la pregunta.

—Quince años.

—Quince años... —Repitió el alcalde pensativo.

—El tiempo pasa volando. —Añadió Linda sin saber muy bien qué decir.

—¿Qué tal está tu marido?

Linda se mordió el labio inferior. ¿A qué venían aquellas preguntas?

—Bien. Aunque últimamente, cansado. Lleva un par de noches cuidando de la señora Goodfield. Nuestra vecina está sola y es muy mayor.

Giles Derrick enarcó las cejas.

—Cuidar ancianos no es tarea fácil.

—No, señor.

—Linda... ¿Dirías que Jim es un hombre valiente?

—¿Por cuidar de la señora Goodfield?

Derrick rió.

—Me refiero al trabajo que hace.

Linda asintió.

—Se juega la vida todos los días, volando durante tantas horas en ese avión.

El alcalde se levantó de su asiento y se acercó a la ventana.

Linda continuaba hablando.

—Mi marido es lo primero que ve mucha gente antes de ser rescatada en medio de las aguas. Estoy muy orgullosa de él.

—Está haciendo una labor increíble. —Confirmó Derrick.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarle? —Preguntó algo incómoda Linda.

—Si. El país necesita algo más de tu marido.

En Ardmore, la puerta de la pequeña habitación se abrió de repente y Jim vio entrar al contraalmirante Stir.

Venía acompañado de otro oficial y de la Gobernadora Butler que no perdió ni un segundo en tomar la palabra.

—¿Señor Taylor? Encantada de conocerle. —Dijo estrechando la mano.

—Señora Gobernadora... —Balbuceó Jim sorprendido.

El contraalmirante Stir invitó a todos a tomar asiento.

—Trabaja usted con nosotros en vigilancia costera. —Dijo el militar.

Jim asintió cauteloso.

—No se preocupe, estamos al tanto de todo. Me gustaría decirle lo mucho que Nueva Zelanda agradece lo que usted hace. —Afirmó Mabel con convicción.

Jim intentó justificarse.

—Es por mi familia. Por mantenerla a salvo.

Stir asintió.

—Gracias a hombres como usted, mantendremos a esa maldita enfermedad lejos de nuestros hogares. Pero estamos aquí para pedirle algo más.

La Gobernadora corrigió las palabras del contraalmirante.

—Nueva Zelanda necesita pedirle algo más. —Enfatizó.

Jim respiró hondo.

—¿En qué puedo ayudar?

En la oficina del alcalde, Linda volvió a su mesa intentando no parecer demasiado temblorosa.

—¿Qué ha pasado? Estás pálida... ¿Te encuentras bien? —Preguntó Margot alarmada.

—Sí.

—¿Y a qué viene esa cara?

Linda echó un vistazo a las toallitas impregnadas de café.

—El Alcalde Derrick me ha dicho que la Gobernadora General está en estos momentos en Ardmore, hablando con mi marido.

Margot abrió la boca sin saber muy bien que decir.

—Supongo que no es una cita que Jim pueda rechazar fácilmente...

En el aeródromo, el joven oficial que acompañaba al contraalmirante Lyndon Stir puso en marcha una grabación.

—Auckland. Al habla el Capitán Taccoli a bordo del destructor de la Marina Estadounidense *USS Sparta*. Nos dirigimos a puerto. Necesitamos reparaciones. ¿Me reciben?

—*USS Sparta*. Les habla el comandante Brown desde la Capitanía del Puerto de Auckland. ¿Es grave?

—Podemos arreglárnoslas. Manteniendo velocidad y rumbo actuales estimamos llegada a puerto en poco más de treinta y seis horas.

—De acuerdo. Mantengan el contacto.

—Gracias, Auckland.

Jim no vio nada raro en la transmisión.

—Un barco americano necesita reparaciones. ¿Cuál es el problema? —Preguntó.

—El *Sparta* forma parte del grupo de combate del portaaviones *William Clinton*. Partió del puerto de Auckland hace días, iban retrasados con respecto al resto de la flota. —Explicó el contraalmirante Stir.

—Sigo sin comprender... —Dijo Jim.

—No podemos permitir que ese barco llegue a puerto. —Sentenció la Gobernadora Butler.

Jim la miró sorprendido.

—Viene del norte.

Auckland.

Nueva Zelanda.

Jueves Nov./20/2036

Wicca +55

Jim Taylor ladeó el Mustang P-51 para que, durante su aproximación al destructor norteamericano, el avión tuviese el sol en la cola. Mientras se acercaba a su objetivo, el experimentado piloto recordó la conversación con su esposa la noche anterior.

—¡Así que ahora eres un tipo importante! —Bromeó Linda dándole un beso. —¿Desde cuándo te reúnes con la Gobernadora General?

Jim puso cara de circunstancias.

—¡Apareció de repente en el aeródromo!

—¿Qué quería de ti?

—Me felicitó por mi trabajo. Quieren a celebrar un acto junto al alcalde en el Ayuntamiento de Auckland. Mable Butler me preguntó si estaría dispuesto a colaborar pronunciando algunas palabras.

—¡Margot no va a creerlo!

Jim se llevó un dedo a los labios.

—Nada de filtraciones. Debemos ser discretos.

Linda asintió.

—Por supuesto. El alcalde Derrick también quiso saber cosas sobre ti. Estoy segura de que te tiene mucho aprecio. ¡Oh Jim! ¡Estoy tan orgullosa!

El avión se internó en las nubes sin sufrir turbulencias. Jim había tenido suerte, las condiciones meteorológicas eran excelentes. Cielos despejados, mar en calma, poco viento...

Antes de salir, acordaron los detalles.

—Sólo tendrás una oportunidad de hundir el barco. —Afirmó el contraalmirante Stir clavando sus ojos azules en el piloto.

Jim sostuvo la mirada.

—¿Qué pasará si fallo?

—No podemos enviar aviones de combate. Taccoli abriría fuego.

—¿Y nuestras defensas costeras? —Propuso Jim.

—Cuanto más lejos ocurra, mejor. —Dijo la Gobernadora General.

—¿Y si sospechan? ¿Qué voy a hacer?

—¿Quién va a recelar de un viejo avión de la segunda guerra mundial?

—Preguntó Stir.

Jim tragó saliva. Necesitaba beber algo.

—¿Y cómo demonios voy a hundirlo?

—Hemos modificado el P-51 para que puedas lanzar un torpedo con una alta carga explosiva. Tendrás que acercarte, soltarlo y salir a toda velocidad.

—¡Un torpedo! Contra un destructor moderno, armado hasta los dientes. Definitivamente se han vuelto todos locos.

—Contamos con el factor sorpresa. —Insistió Stir. —Tu presencia debe ser considerada como algo pintoresco.

—Cuando se den cuenta de lo que ocurre, será demasiado tarde. — Concluyó Mabel.

El veterano piloto negó varias veces con la cabeza. No las tenía todas consigo.

—Más vale que salga bien.

Cuando el avión descendió a los mil quinientos pies de altura, Jim pudo ver claramente a la estela del *USS Sparta* dejar un reguero de espuma sobre las olas.

El barco navegaba a toda máquina, rumbo a la costa.

El Capitán Taccoli hizo unos cálculos y se dirigió a su segundo de abordó.

—Pronto estaremos en Auckland.

—Los neozelandeses van a querer explicaciones. ¿Por qué hemos dado la vuelta? ¿Dónde está el resto de la flota?

—Es un país aliado. No estamos obligados a revelar ese tipo de información.

—Claro que no. Pero vas a dejar al barco en uno de sus puertos. Si no colaboramos, las cosas pueden ponerse feas.

Una llamada interrumpió el debate.

Taccoli respondió.

—Puente de mando.

—Capitán. Hemos detectado una aeronave en el radar. Se aproxima hacia nosotros lentamente, desde el nordeste.

Taccoli dio un respingo.

—¿Lentamente?

—Creemos que se trata de una pequeña avioneta o similar, señor.

—¿Qué diablos hace mar adentro? —Preguntó Taccoli suspicaz.

Jim Taylor había pasado la noche abrazado a Linda.

Necesitaba escuchar su respiración en la oscuridad.

Cindy había protestado lo indecible por tener que ir a cuidar a la señora Goodfield pero de nada le había servido.

—Hoy duermo con tu madre. —Dijo Jim sin más explicaciones.

—¿Y yo me tengo que fastidiar para que vosotros tengáis vuestro desahogo de tortolitos? —Protestó la adolescente. —¡Es asqueroso!

—¡Más respeto, jovencita! —Exclamó Linda enfadada.

A Jim le hubiese gustado despedirse de su hija de otra manera.

—Ya es tarde para lamentaciones. —Se dijo mientras iniciaba la maniobra de picado.

El capitán Taccoli cogió unos prismáticos y dirigió la mirada al nordeste.

—Quiero hablar con Auckland.

—Si, capitán. —Dijo el oficial mayor.

Mabel Butler y el contraalmirante Lyndon Stir aguardaban junto a la radio en la capitanía del puerto donde la tensión era insoportable.

De repente, escucharon la voz de Taccoli.

—Auckland. Al habla el capitán del *USS Sparta*. ¿Me reciben?

Mabel hizo un gesto afirmativo al operador.

—*USS Sparta*, aquí Auckland. Le recibimos.

Un momento de silencio precedió a la pregunta del capitán.

—¿Quién es usted? ¿Puede identificarse?

El tiempo pareció congelarse por un instante. ¿A qué venía la suspicacia?

—Está usted al habla con el sargento McGrath.

La radio permaneció muda durante unos segundos que parecieron eternos.

—Muy bien, McGrath. ¿Por qué hay una aeronave no autorizada aproximándose hacia nuestra posición?

El operador respiró tranquilo. La conversación tomaba los derroteros previstos.

—Es uno de nuestros aparatos de reconocimiento, un modelo antiguo Capitán.

—¿Tan lejos de la costa?

—Busca embarcaciones de refugiados. Una vez localizadas, ponemos en marcha el protocolo de asistencia.

Tras otra pausa que atenazó a los presentes, Taccoli volvió a hablar.

—Muy bien pero retire a su pájaro de encima mía. Puedo confirmarle que no somos un carguero de refugiados.

—No estoy autorizado a ponerme en contacto con el piloto.

—¿Y quién demonios lo está? —Preguntó airado Taccoli.

Mabel hizo un gesto que indicaba mantener la calma.

—Las operaciones de reconocimiento aéreo dependen del Ministerio de Defensa, señor. Está usted al habla con la Autoridad Portuaria.

—¡Pues llame al condenado Ministerio de Defensa y que retiren a su hombre del cielo antes de que tenga que hacerlo yo!

—Haré lo que pueda, Capitán.

Taccoli cortó la comunicación.

—Esto no me gusta. —Afirmó el Capitán norteamericano en el puente de mando.

—¿Qué ocurre Mitch? —Preguntó Davis.
—Algo no va bien. —Murmuró Taccoli.

Jim se aproximó al barco volando bajo a más de trescientos kilómetros por hora. Como estaba previsto.

La figura imponente del buque de guerra se hacía cada vez más grande y el motor del P-51 no paraba de rugir.

Los hombres del *USS Sparta* se asomaron a cubierta para contemplar atónitos la inconfundible silueta de un cazabombardero de la segunda guerra mundial aproximándose por estribor.

—¿Qué coño es eso? —Preguntó un marinero apodado *Billy Joe* a su compañero. —¿Has visto eso *Pancake*?

En el puente de mando, el capitán Taccoli reaccionó con rapidez.

—Todos a sus puestos.

La alarma de combate resonó por todo el barco.

Los sistemas automáticos de defensa se activaron inmediatamente y *Billy Joe* corrió a su puesto de artillero.

El avión alcanzó la distancia adecuada y Jim Taylor accionó el mecanismo que debía dejar caer el torpedo en el mar.

No ocurrió nada.

—¡Mierda! —Exclamó Jim.

El P-51 continuó acercándose al costado del buque sin disminuir un ápice su velocidad.

El Capitán Taccoli alzó el brazo, listo para dar la orden de disparar.

Justo en ese instante, Jim alzó el morro del avión de forma que éste se elevó majestuosamente haciendo un pronunciado alabeo sobre la cubierta superior del *Sparta*.

Las alas plateadas del P-51 refulgieron a la luz del sol.

—¿Qué coño hace? —Se preguntó *Billy Joe* manteniendo al objetivo en todo momento en el punto de mira.

El viejo caza rugió y realizó un espectacular tirabuzón en el aire al que siguieron un tonel rápido y una inversión de cuarenta y cinco grados.

Los hombres comenzaron a aplaudir la osadía del piloto.

—¡Ese tío tiene un par de huevos! —Exclamó *Pancake*.

—Es un piloto acrobático... —Dijo Davis en el puente de mando.

Taccoli mantuvo el brazo en alto.

Billy Joe observaba anonadado las evoluciones del P-51.

Una duda le asaltó justo antes de que el avión iniciara otro de sus picados.

—Oye *Pancake*.

—¿Qué ocurre *Billy Joe*?

—¿Eso que lleva en la panza es un torpedo?

Jim estaba haciendo acrobacias tan cerca del barco que podía ver las caras de asombro de la tripulación.

Algunos silbaban, agitando pañuelos.

Tras el último *looping*, forzó una barrena que hizo crujir todo el avión.

—Dios. Perdóname. —Musitó.

—¡Abran fuego! —Alcanzó a ordenar Taccoli desde el puente de mando.

El Mustang P-51 se estrelló contra las baterías lanzamisiles.
La explosión fue devastadora.
El *Sparta* tardaría menos de dos horas en hundirse.

Océano Pacífico al norte del cabo Reinga.

SSBN 094 *Hainan*. Aguas territoriales de Nueva Zelanda.

Viernes Nov./21/2036

Wicca +56

El capitán Hua Bai bajó la cabeza en señal de respeto ante el retrato de Mao Tse-Tung cuidadosamente colocado encima del aparador en su camarote.

Luego, recordó las palabras que dijo su padre antes de partir.

—Asumes el mando de un arma temible. Silencioso y casi indetectable, el *Hainan* dispone de un arsenal con doce ojivas nucleares. Tienes en tus manos un enorme poder. La República Popular espera que lo emplees con lealtad, obediencia y sabiduría.

Hua Bai asintió.

—Haz que me sienta orgulloso. —Dijo el Almirante en el puerto de Sanya.

El hijo del Comandante en Jefe de la única potencia naval capaz de rivalizar con Estados Unidos se inclinó ante el anciano que se despedía de él.

—Si, padre. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—Debo ir a Pekín. Lo antes posible.

—¿Es grave?

—La Organización Mundial de la Salud ha emitido una alerta.

—No será nada. —Dijo Hua Bai.

El *Hainan* llevaba tres días patrullando las aguas al norte del Cabo Reinga, cerca de Nueva Zelanda. En el puente de mando del submarino, Hua Bai ordenó bajar el periscopio.

Había visto bastante.

—¿Cuántos esta vez? —Preguntó el jefe de comunicaciones.

—Seis. —Respondió el joven capitán intentando contener la rabia.

En la superficie, en medio del océano había, efectivamente, seis barcos ardiendo. Todos de bandera China y atestados de civiles. Hundidos por las Fuerzas Aéreas de Nueva Zelanda.

—¿Acaso no es un acto de guerra? —Se preguntaban sus hombres indignados. —¿Cuantos más tienen que morir?... ¿Es que no vamos a hacer nada?...

Los ánimos de la tripulación dentro del submarino se iban caldeando con cada masacre y crecía el número de los que opinaban que algo así no podía quedar impune.

Sin embargo, ante los hundimientos, el capitán reaccionaba siempre de la misma manera.

Bajaba el periscopio y se retiraba, taciturno a sus dependencias.

—No tiene agallas. —Decían a bordo.

Hua Bai sabía que los hombres hablaban, pero su conciencia se debatía con respecto a lo que debía hacer.

—Si hubiese alguien en el Cuartel General. —Se lamentó.

Pero el contacto había perdido al poco de partir, después de una comprobación rutinaria en alta mar.

La tripulación del submarino temió el estallido de un conflicto nuclear.

—Los objetivos están asignados. —Anunció el artillero Cheng.

Hua Bai asintió pero no llegó a dar la orden de disparar.

Algo no encajaba.

—Los protocolos no se han activado. En caso de ataque, hubiésemos recibido nuestras órdenes. —Dijo Hua Bai.

—¿Por qué en tierra responde, capitán?

El capitán pensó en la alerta sanitaria sobre la que vagamente le había hablado su padre.

—Puede que haya ocurrido algo grave que impida las comunicaciones.

—¿Qué salvo una acción fulminante por parte de los norteamericanos puede dejar a la flota incomunicada? —Preguntó Cheng.

—Una epidemia. —Respondió el Capitán Bai.

Los acontecimientos que vivieron a partir de entonces corroboraron la hipótesis de que algo terrible se estaba propagando por todo el sureste asiático. El repentino aumento del tráfico marítimo rumbo al sur, embarcaciones perdidas y, por supuesto, aquellos ataques.

Bai finalmente decidió convocar a sus hombres en el comedor. Subido en una mesa, el capitán hizo su declaración.
—Ha llegado la hora de actuar.
La tripulación vitoreó.

Esa misma tarde, la Gobernadora General de Nueva Zelanda recibió la llamada del contraalmirante Lyndon Stir. No era un buen momento, en medio de los preparativos del funeral de Jim Taylor.

La voz del militar se escuchaba entrecortada.

—Lyndon... —Dijo Mabel. —Te escucho con dificultad.

Stir continuó hablando.

—... Vernos... ant... posib... .. amenaz... .. es urgent... ..

—No se preocupe, almirante. Tan pronto termine aquí, le devolveré la llamada.

De repente, la voz de Stir se escuchó fuerte y clara por el auricular.

—¡Está armado con misiles nucleares!

Mabel no llegó a la comandancia del puerto de Auckland hasta pasadas las nueve.

La oscuridad envolvía, otra noche más, a la ciudad y ni siquiera el toque de queda había podido evitar que el vehículo oficial de la Gobernadora se viese envuelto en un atasco.

—Será mejor que escuches esto. —Dijo Lyndon visiblemente preocupado al ver a Mabel entrar airada en su despacho.

La voz sonaba en inglés con un fuerte acento asiático.

—Soy el Capitán Hua Bai a bordo del submarino nuclear de la marina de la República Popular China, *Hainan*. Llevamos semanas siendo testigos de hundimientos indiscriminados perpetrados por las fuerzas aéreas de Nueva Zelanda. Sus aviones se dedican a hundir embarcaciones civiles atestadas de personas inocentes que huyen de una catástrofe humanitaria. Este, es un acto

que atenta contra todos los tratados internacionales. No podemos tolerarlo. Deben ustedes saber que la nave bajo mis órdenes dispone de armamento nuclear. Si el gobierno Neozelandés continúa con esta barbarie, no dudaremos en actuar de la manera más severa imaginable.

Mabel tomó asiento.

—Reduciremos sus ciudades a cenizas. —Concluyó la transmisión.

El almirante Stir tomó la palabra.

—No parece un farol.

La gobernadora cerró los ojos. Necesitaba pensar.

—¿Tenemos la localización?

—Al norte del cabo Reinga.

—¿Podemos hundirlo?

El contraalmirante miró a Mabel con escepticismo.

—¿Sumergido? No.

Mabel se mordió el labio inferior.

—Si permitimos que cualquier barco llegue a Nueva Zelanda, moriremos igualmente.

—¿Qué piensas hacer, Mabel? No puedes tomar una advertencia así a la ligera.

La Gobernadora miró a su compañero de Directorio con preocupación.

El contraalmirante estaba asustado.

—No negociamos con terroristas. —Respondió Mabel con dureza.

—¿Entonces? —Preguntó Stir confundido.

—Está muy claro, Lyndon.

—...

—Hablaré con ese hombre. Invitaremos al Capitán Bai a tomar el té.

Auckland.

Nueva Zelanda.

Sábado Nov./22/2036

Wicca +57

El alcalde de Auckland comenzó a exponer su particular lista de dificultades.

—Indudablemente, el abandono masivo de las ciudades constituye el principal problema al que nos enfrentamos.

La Gobernadora General le miró con gesto cansado.

—Si supieses de verdad a lo que nos enfrentamos... —Pensó Mabel hastiada.

Giles Derrick no paraba de hablar.

—Esta nefasta política de ahorro energético no es la solución. ¡La gente se marcha al campo! Empieza a no haber comida en los supermercados y las comunicaciones son un desastre, ¿Sabía usted que ya no quedan servidores funcionando con normalidad en la ciudad? ¡Internet está congelado!

—Con el paso del tiempo, volveremos a la normalidad. —Respondió molesta la Gobernadora General.

—Ustedes han causado todo esto. ¡Han conseguido que las ciudades resulten inhabitables y, por lo tanto, miles de ciudadanos dejan sus puestos de trabajo! ¡Abandonan empresas, comercios e industrias vitales y se van a vivir como granjeros y campesinos! Explíqueme, Gobernadora... ¿Cómo vamos a mantener la central hidroeléctrica de Manapouri sin sus trabajadores?

La Gobernadora General intentó quitar importancia a las palabras de Derrick.

—Giles, por favor. Este no es momento. El ejército se encargará de que las instalaciones críticas funcionen.

—Admita, Gobernadora, que no está usted haciendo un buen trabajo.

Mabel estalló.

—¡Maldita sea! ¿Tienes idea de la cantidad de frentes que tengo abiertos? ¿De verdad piensas que no sé cómo están las cosas? ¡Lo último que necesito es a alguien con tu actitud en mi gobierno!

El alcalde guardó silencio.

—O remas con el equipo, Giles, o estás fuera.

El alcalde Derrick recogió velas.

—No quería ofender.

—Y ahora, si me disculpas, tenemos un homenaje importante al que asistir. —Zanjó Mabel irritada.

Las autoridades llegaron al estadio de Eden Park puntualmente.

El recinto estaba abarrotado.

Un retrato de Jim Taylor coronaba el escenario y muchos enarbolaban pancartas de apoyo a la Gobernadora. La viuda de Jim y su hija, Cindy, aguardaban de pie, en el centro del estrado mientras un pelotón de fusileros custodiaba el ataúd.

Sonó el himno nacional.

Se dispararon 21 salvas de honor.

Cuando el humo de los fusiles se hubo disipado, Mabel se acercó a la tribuna.

Sólo hizo falta hacer un gesto con la mano y el recinto enmudeció.

—*¡Ciudadanos libres de Nueva Zelanda!*

El estadio rugió.

—*¡Somos supervivientes!*

Un mar de banderas se agitó entre las gradas.

Mabel dejó que se desfogasen durante unos segundos antes de proseguir.

—*¡Hoy estamos aquí para honrar a nuestros héroes!* —*Exclamó la Gobernadora señalando el enorme retrato del malogrado aviador.* —*Jim Taylor dio su vida por este país. Por su familia. Por vosotros. Hizo lo que tenía que hacer para que nosotros pudiésemos continuar hacia delante.*

Linda Taylor emitió un leve sollozo.

—*Nueva Zelanda es una tierra habitada por gente civilizada, gente pacífica...*

Mabel hizo una pausa en su discurso dando así tiempo para que la gente asintiera en las gradas.

La Gobernadora General continuó.

—*¡Pero nadie debe interpretar esas cualidades como una debilidad!*

Un murmullo de inquietud se extendió por todo el estadio.

—*¡Somos fuertes! ¡Somos supervivientes! ¡Jim Taylor marcó con su sacrificio, el camino a seguir! ¡Yo preservaré Nueva Zelanda con uñas y dientes!*

La gente comenzó a vitorear. Las madres cogían a sus hijos pequeños en brazos y señalaban la tribuna.

El césped del estadio se convirtió en un mosaico multicolor.

—¡Firmeza! ¡Protección! ¡Vigilancia! —Exclamó Mabel alzando el puño.

—¡Firmeza! ¡Protección! ¡Vigilancia! —Respondieron treinta mil gargantas.

Más tarde, en su despacho, el contraalmirante Lyndon Stir movería la cabeza, sonriendo.

—Un discurso espléndido, Gobernadora.

Mabel asintió.

Fuera, los pasillos bullían de militares yendo y viniendo.

La actividad era frenética.

—Gracias, Lyndon. Te echamos de menos en el escenario.

El militar puso cara de circunstancias.

—Tengo un submarino que localizar.

La Gobernadora General aceptó la excusa.

—¿Alguna noticia?

—Hemos detectado otro convoy. Siete mercantes al sureste de Philip Island. Se aproximan a toda máquina.

—¿Siete?

—Puede que haya más de quince mil personas a bordo de esos barcos.

Mabel cerró los ojos y respiró hondo.

—¿Qué vamos a hacer, Mabel? —Preguntó Stir.

—¿Cuánta gente infectada crees que habrá en esas bodegas?

El contraalmirante no supo responder.

—Hundidlos. —Sentenció Mabel.

—Pero...

—¡Hundid a esos barcos! ¡Ese submarino no es más que un farol! — Exclamó la Gobernadora con un temblor en la voz.

Aquella noche, el *Hainan* emergió bajo la luz lechosa de la luna que apenas se reflejaba en un mar encrespado.

Las negras aguas ardían impregnadas de fuel y los cadáveres flotaban amarrados a los chalecos salvavidas.

El Capitán Hua Bai apretó los dientes y cerró con fuerza los puños.

—Lanzad los misiles.

Estaba a punto de amanecer.

Auckland.

Nueva Zelanda.

Domingo Nov./23/2036

Wicca +58

Mabel Butler se despertó todavía de noche, inquieta. Llevaba horas sumergida en un sueño liviano y poco reparador. La Gobernadora General de Nueva Zelanda encendió la luz y dedicó unos minutos a contemplar la fotografía que descansaba desde hacía quince años sobre la mesa de noche.

A pesar del tiempo transcurrido, la sonrisa de Ethan, burlona y al mismo tiempo encantadora, seguía cautivándola como el primer día.

Había conocido a su marido hacía muchos años, en un pub de mala muerte cerca de Hertford College en Oxford. Ambos habían entrado para refugiarse de la lluvia que caía a plomo, temprano por la mañana.

A aquella hora, eran los únicos y empapados clientes del local.

—¿Van a beber algo? —Preguntó un tipo de cabello grasiento tras la barra.

Mabel y Ethan se miraron, él sonrió.

—Ponga dos pintas.

Aquellos fueron los buenos tiempos y el paso de los años traería al final un divorcio desgarrador pero pese a todo, Mabel no se arrepentía.

Ethan, siempre tan maniático, no consiguió adaptarse al ritmo de vida de su joven y prometedor esposa en tierras tan lejanas.

—No eres más que la gobernadora de un pequeño país de ovejas y cabras. —Le espetaba su marido cuando quería mortificarla.

Tras la separación, Ethan volvió a Gran Bretaña.

Nunca tuvieron hijos.

Mabel se sentó en la cama.

Una suave brisa hizo su entrada a través de las cortinas.

—Espero que estés bien, Ethan. —Murmuró la Gobernadora antes de cerrar la ventana.

El alcalde Giles Derrick dejó que el despertador sonase al menos cinco minutos antes de darle un manotazo y volver a cubrir su cabeza con la almohada. Tenía la boca pastosa de lo mucho que había bebido la noche anterior, pero estaba acostumbrado.

El silencio de la habitación le incomodaba.

Intentó combatirlo encendiendo la radio pero el dial sólo devolvió un cementerio de emisoras enmudecidas.

—Condenada mujer. —Pensó al recordar la figura de la Gobernadora General.

Giles bajó las escaleras ya vestido.

En la cocina, abrió el refrigerador y sacó un bote de zumo.

Estaba caliente.

—Menuda mierda. —Musitó vertiendo el contenido en un vaso.

Las noches sin electricidad paralizaban la ciudad y, por lo tanto, la intensa vida social del alcalde.

Para una persona como Giles, que necesitaba permanentemente la atención de los demás, no había nada más odioso.

El alcalde abrió la puerta de su residencia y, todavía de noche, respiró con intensidad el aroma de los jazmines en el jardín.

—Esto se ha terminado. Mabel Butler. —Pensó camino del garaje.

A pocas manzanas de allí, Lyndon Stir abrió somnoliento los ojos.

Despertado por el suave ronquido de su esposa, el contraalmirante agarró la almohada, se dio la vuelta y trató de volver a conciliar el sueño.

La rítmica respiración de Magda acompañaba sus pensamientos.

—¿Estamos haciendo lo correcto? —Se preguntó.

Había ocasiones en las que la Gobernadora le causaba reparos.

Su esposa tenía un dicho.

—No te fíes de la gente de mirada encendida.

¿Cuántas veces había visto aquella salvaje determinación en la mujer que en aquellos momentos estaba al frente del país?

—Quizás debería hablar con ella. —Se dijo inquieto.

El discurso de Mabel en el funeral de Jim Taylor le pareció inquietante.

—¿En qué nos estamos convirtiendo?

La voz adormilada de Magda sacó a Lyndon de sus cavilaciones.

—¿Decías algo?

—Nada... —Aún es de noche, vuelve a dormir. —Respondió Stir besando la frente de su esposa.

La mujer con la que llevaba más de cuarenta años cerró sus preciosos ojos verdes.

Lyndon se levantó, hizo sus ejercicios de estiramiento y bajó a la cocina para preparar el desayuno.

—Bacon, tocino, judías con tomate y huevos fritos. —Anunció una hora después dejando la bandeja en el regazo de su esposa.

Magda sonrió.

—Menudo lujo. ¿Qué hora es?

—¡Está a punto de amanecer! —Respondió Lyndon alegre abriendo las persianas.

—Te quiero. —Dijo Magda con suavidad desde la cama.

En las afueras de Auckland, Linda Taylor abrió la botella de agua mineral y se tomó el tercer calmante de la noche. El fluorescente de la cocina parpadeaba emitiendo un sonido desagradable.

—Tendré que decirle a Jim que lo arregle. —Pensó instintivamente.

Acto seguido, y al darse cuenta, lloró.

—Jim... Jim... ¿Cómo has podido?... —Se preguntó fijando una mirada llorosa en el techo blanco y vibrante.

El reloj del microondas marcaba las seis y diez de la mañana.

Todo le parecía demasiado extraño.

El estadio. Los soldados. El retrato. El ataúd.

—Algo fue mal. —Le dijeron.

—El avión de su marido se estrelló contra el barco. —Le dijeron.

—¿De verdad, Jim? ¿De verdad lo hiciste?

No podía creerlo.

Jim Taylor había sido siempre un hombre bueno, solidario y amable.

Jim Taylor se dedicaba a ayudar a los demás, no a hundir barcos.

—Algo no encaja... Algo no encaja... —Murmuró envuelta en un edredón.

El calmante comenzó a hacer efecto y Linda sintió como se le embotaba el cerebro.

Sin querer, tiró la botella de agua al suelo de un manotazo.

Los cristales salieron despedidos, rotos en mil pedazos.

—¡Maldita sea! —Gritó.

No quería volver a llorar.

—Mamá... ¿Estás bien?

Cindy miraba desde la puerta.

La luz del maldito fluorescente no dejaba de parpadear.

—No te preocupes. En seguida lo recojo. —Respondió Linda cogiendo el cepillo.

—Salgo un rato. —Dijo Cindy.

—Aún es temprano. —Respondió Linda susurrando.

Cindy subió la colina y dejó la bicicleta apoyada contra unas rocas a las que trepó para sentarse.

Desde allí podía ver toda la ciudad.

Una voz le sorprendió.

—¿Puedo acompañarte?

—¡Timmy! ¡Menudo susto me has dado! ¿De dónde sales?

—No podía dormir. Vi que salías con la bicicleta y te he seguido. — Respondió el niño.

Cindy esbozó una sonrisa.

—Ven.

Timmy alcanzó la cima de la roca y exclamó.

—¡Menudas vistas!

Cindy suspiró con profundidad.

—¿Ves todas esas luces serpenteando a lo lejos?

El niño asintió.

—Es la autopista, atestada de coches, saliendo de la ciudad.

—Mis padres quieren plantar vegetales en el jardín.

Cindy rió con la ocurrencia.

—¿En serio?
—También han traído unas gallinas. ¡Son lo más!
La adolescente miró a Timmy con ternura.
—Seguro que si...
Timmy se atrevió a preguntar.
—¿Estás bien, Cindy? Te vimos en el estadio.
—El funeral de mi padre fue una mierda. —Dijo la joven cortante.
—Si... Una mierda. —Corroboró el niño.
—No digas palabrotas.
—Tú las dices todo el rato.
El sol comenzó a despuntar en el horizonte.
—Amanece rápido. —Dijo Timmy.
—Más de lo que cabría esperar. —Respondió Cindy abrazando al muchacho.

Una lágrima en la mejilla de la joven precedió a la luz cegadora que, como breve preludio del intenso calor producido por la mayor de las explosiones, terminaría por engullirlo todo.

El viento huracanado desintegró casas y edificios, levantando por los aires a todo tipo de vehículos. Los vagones del tren que hacía su entrada en la estación de Auckland salieron volando llenos de gente y los arboles de los parques se convirtieron en antorchas.

Un muro de fuego se levantó inabarcable en el horizonte.

La lágrima en la mejilla de Cindy, se evaporó al tiempo que su rostro.

En un instante.

Capítulo 10

Campamento base. Península Antártica.

Antártida.

Lunes Nov./24/2036

Wicca +59

John Harper abrió la cremallera de la tienda.

—¿Qué haces? —Preguntó su compañero alarmado.

—Echar un vistazo.

—¿No te basta con el viento?

La herida en la cabeza de Edward Newman no presentaba buen aspecto.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —Se preguntó John.

El canadiense comenzó a murmurar.

—Zoe... Zoe... Zoe...

John estaba preocupado.

El accidente había sido de lo más estúpido. Una mala pisada en una estrecha grieta oculta bajo una fina capa de hielo y una caída que podía haberse evitado si hubiesen estado más atentos.

—Así es este lugar. —Dijo Emilio Parralde. —Te jode cuando menos te los esperas.

Edward estaba con Emilio recogiendo el equipo cuando, de repente, el chileno dio la voz de alarma.

—¡Grieta!

La cuerda de seguridad había evitado que Edward cayese hasta el fondo pero el canadiense había recibido ya el golpe.

A pesar de todo, Emilio insistió en que debían continuar con el trabajo.

—Las mediciones confirman el peor escenario posible. Si seguimos así, pronto se podrá plantar césped y jugar al golf en la Bahía de Ross pero necesito avanzar más, ver el interior. —Sentenció Parralde con determinación.

John, Edward, Claudia y Emilio trabajaban juntos en un estudio climático gracias al convenio de colaboración del Gobierno Británico con La Universidad de Santiago.

—Ve y comprueba que demonios está pasando en el Polo, John. —Le había dicho el director Philips en Glasgow antes de partir. —Pero recuerda

que ellos están al mando. Los canadienses han confirmado que enviarán también a uno de sus muchachos.

John asintió.

—Haz el trabajo y vuelve pronto a casa. —Concluyó Philips con tono afectuoso.

Aquellas palabras habían sido pronunciadas a finales de agosto.

—Parece que haya pasado una eternidad. —Murmuró John antes de asomarse de nuevo a la ventisca. La tienda de campaña flameaba sacudida por la nieve que golpeaba la lona con crudeza.

La tormenta iba a tardar en remitir.

—¿Dónde estará Claudia? —Pensó John volviendo dentro.

Emilio Parralde y su esposa llevaban tiempo llevando a cabo para la universidad todo tipo de expediciones. Ambos eran jóvenes y brillantes.

—Emilio es el más listo de nuestra generación. —Aseguró Claudia al referirse a su esposo el primer día en la Base antártica Bernardo O'Higgins.

—Tampoco es para tanto. —Respondió Parralde con modestia.

Edward emitió un quejido desde el saco de dormir.

John le tocó la frente. Su compañero estaba tiritando.

—Espero que no suba más la fiebre. —Musitó el escocés con preocupación.

De repente, la voz de Claudia carraspeó desde la entrada.

—¿Qué tal está? —Preguntó la joven doctora con delicadeza.

John movió la cabeza.

—¡Claudia! No te he oído entrar.

—No es de extrañar con el viento que hace.

Harper miró a Edward.

—Tiene mucha fiebre y la herida en la cabeza no presenta buen aspecto.

Claudia se quitó los guantes y cerró la tienda.

—Deja que eche un vistazo.

John dejó que Claudia examinase al canadiense.

—No creo que aguante mucho más. No en estas condiciones. —Afirmó.
—Hay que llevarle a O'Higgins. Cuanto antes.

—Sería una locura con esta tormenta. —Replicó John.

—Sin el tratamiento adecuado, morirá.

Harper negó con la cabeza.

—Muy bien. Los intentaremos mañana.

—Tendrás que hacerlo solo, John. Emilio quiere que vaya con él hacia el interior. —Respondió ella.

John percibió la angustia en su voz. Acto seguido, acarició el rostro de la joven.

—No te preocupes. En cuanto llegue a la base, Pedro y Maritta sabrán qué hacer.

Ella se acercó para darle un beso.

—Vete. —Dijo John apartándola con delicadeza.

Ella asintió pero sus ojos decían otra cosa.

—¿Qué ha cambiado?

John hizo un esfuerzo por no abrazarla.

—Mis hijas... Mi esposa, Carol... No puedo dejarlas.

—¿Carol? —Preguntó Claudia.

John le pasó una mano por el cabello.

—Esto es una locura.

—Será mejor que me vaya.

—Claudia...

John recordó los primeros días, antes de que los cuatro se internasen en la península antártica.

Emilio parecía un hombre afable, de mente rápida, siempre acompañado por su esposa Claudia. La mujer más atractiva que John hubiese conocido. Todo en ella le pareció fascinante desde el primer momento y el flechazo fue inmediato.

Los primeros encuentros fueron casuales.

Una noche juntos observando el cielo austral mientras Emilio se ocupaba de redactar informes... Una tarde jugando con los perros mientras Emilio comprobaba los pertrechos... Un paseo por la costa mientras Emilio comprobaba la mejor ruta...

En todas las ocasiones, ella se mostraba agitada, casi temblorosa.

—Emilio no puede saber nada. Me mataría. —Afirmó Claudia la noche del primer beso.

John la miró con intensidad.

—Carol también. —Respondió él bromeando.

—Carol está en Glasgow, mi marido; en un almacén, a menos de quinientos metros.

—Touché. —Respondió John.

Claudia le pellizcó un cachete antes de volver a besarle.

—*Eres sinvergüenza...* —Dijo la joven en español.

En la frágil caseta y a merced de la tormenta, John no pudo encontrar en su memoria momentos más intensos que aquellos vividos en O'Higgins antes de salir de expedición.

Luego, durante las semanas posteriores y ya en la cordillera, vinieron los días de trabajo. Sin tiempo para otra cosa y con Emilio demasiado cerca.

Entonces, ocurrió.

La llamada de Carol, plagada de interferencias, no había podido resultar más inquietante. Incontables muertos, un caos indescriptible, millones de personas huyendo hacia la costa...

—No vuelvas, John. Nosotras estaremos bien. ¡Te quiero! —Exclamó Carol con voz angustiada.

La voz de su esposa sonaba entrecortada y antes de que John pudiese decir nada, la llamada se cortó.

Aquello le trastocó por completo.

En la tienda de campaña, John calentó un poco de agua y acercó el termo a los labios reseco de Edward que, agitado, no cesaba de murmurar.

—Zoe... Zoe... Zoe...

Península Antártica.

Antártida.

Martes Nov./25/2036

Wicca +60

Harper arrojó el cuerpo de Edward Newman al mar desde la cima del acantilado.

Todavía quedaba casi un día de camino para llegar a O´Higgins.

—Adiós Edward. Lamento no haberlo conseguido. —Murmuró el escocés.

John había acomodado a su compañero en un remolque que a duras penas pudo enganchar a la moto de nieve y los dos hombres salieron del campamento en dirección a O´Higgins tan pronto la tormenta hubo amainado.

—Suerte. —Murmuró Claudia al verles partir.

—Si hubiese tenido un día más. —Pensó John reanudando la marcha.

La fiebre y una tos ronca, inacabable, habían terminado con las fuerzas de Edward.

John se lamentó.

—Menuda mierda...

—No podemos acompañarte. —Había dicho Emilio tras conocer la decisión de evacuar a Edward. Si esperamos demasiado, será aún más difícil internarnos en el continente.

—¿Cómo puede ser tan egoísta? —Se preguntó John mientras bordeaba a toda velocidad los blancos páramos de la Península Antártica.

Emilio Parralde quería ser alguien importante. Hacer grandes descubrimientos.

—Está completamente convencido de que aquí se decidirá su futuro. —

Le había confesado Claudia los primeros días al hablar de algunas de las obsesiones de su esposo.

—¿Por qué te casaste con él?

—Me pareció un hombre con ambiciones. Emilio, al contrario que yo, siempre ha tenido las cosas claras.

—¿Habéis pensado tener hijos?

Claudia miró a John como si le hubiese formulado la pregunta más extraña del mundo.

—¿Hijos? ¡No por Dios! ¡Emilio no permitiría que nada se interpusiera en su carrera!

John enarcó las cejas escéptico.

—Mis hijas son lo mejor que tengo.

A Claudia le pareció una respuesta llena de ternura.

—Lástima no haberte conocido antes.

—Si. —Dijo John. —Será mejor que aproveches ahora.

La base antártica Bernardo O'Higgins apareció en el horizonte cuando el depósito de gasolina de la moto de nieve estaba casi vacío con lo que Harper se vio obligado a recorrer un buen trecho a pie antes de llegar.

Entró en el barracón exhausto.

—¿Maritta? ¿Pedro? —Preguntó en la oscuridad.

La base parecía desierta.

John recorrió las cocinas, el comedor, el hangar del hidroavión y la enfermería.

—¿Maritta? ¿Pedro? —Preguntó de nuevo en voz alta al entrar en el almacén de repuestos. —¿Dónde se han metido? —Musitó incrédulo.

Los primeros signos de que algo extraño había pasado aparecieron en la farmacia.

Un montón de estanterías revueltas y todo por los suelos.

John cruzó la calle principal de O'Higgins hasta llegar a los dormitorios.

Encontró los dos cuerpos junto a una pared. Maritta y Pedro yacían inertes en sendos catres. El hedor era insoportable y el escocés tuvo que hacer un esfuerzo por no vomitar.

—¿Qué ha pasado?

John salió del barracón y abrió la puerta de la sala de comunicaciones. La radio estaba apagada pero la pantalla de un ordenador mostraba la portada

de un diario digital.

John se fijó en el titular.

—EL FIN. —Leyó en español.

Base Antártica Bernardo O´Higgins.

Antártida.

Miércoles Nov./26/2036

Wicca +61

John Harper encontró el sobre cerrado encima de una repisa.

—Para Emilio Parralde. —Musitó.

El escocés se dispuso a leer la carta.

Estaba escrita a mano y en español.

Querido Emilio:

Si estás ante estas líneas es porque nada ha salido como esperábamos.

Las últimas noticias llegadas ayer desde Santiago son escalofriantes.

La ciudad se viene abajo. Es la ley de la selva y sólo los más fuertes sobreviven.

Ni Maritta ni yo queremos enfrentarnos a algo así.

Harper sintió un escalofrío.

¡Viene del norte y nada puede pararlo!

Ninguna plaga nos va a arrebatar la libertad para decidir nuestro propio destino.

A estas alturas, habréis encontrado los cuerpos. No importa lo que hagáis con ellos.

Espero que la cantidad de medicamentos que hemos ingerido hagan el trabajo sin dolor. Será como irnos a dormir para no despertar.

Debes saber que me vi obligado a inutilizar el hidroavión. No quería que a última hora pudiese arrepentirme y se me ocurriera la estupidez de intentar volver a casa.

No hay esperanza.

John dejó de leer y, asqueado, tiró la carta sobre la mesa para abalanzarse sobre la radio.

Nervioso, la encendió y comenzó a manipular el dial.

—Al habla John Harper desde la base antártica Bernardo O'Higgins. ¡Se trata de una emergencia!

—...

—Por favor, ¡Respondan!

Costa de Suiderstrand.

Sudáfrica.

Jueves Nov./27/2036

Wicca +62

Carol Harper se sentó en una roca.

Los restos de un naufragio olvidado sobresalían oxidados entre las olas y el viento hacía que algunos mechones de su cabello, largo y descuidado, revolotearan caprichosamente.

Sin prisa, se recogió el pelo y cogió un guijarro de entre las rocas. Húmeda y de textura agradable al tacto, la piedra estaba marcada por pequeñas vetas iridiscentes.

—A Kaisy le hubiese encantado. —Pensó intentando contener las lágrimas.

Las niñas ya no estaban. Murieron como animales, aplastadas por la muchedumbre en las bodegas de un mercante de bandera panameña que recogió a toda la gente que pudo en Falsmouth.

—Las niñas... —Murmuró Carol por enésima vez con la mirada perdida en el mar.

Ella misma había estado a punto de morir asfixiada en las entrañas del monstruo de acero. Los primeros días de travesía transcurrieron sin incidentes y todos a bordo estaban contentos pero la travesía por la costa Africana se convirtió pronto en una pesadilla. Desde lo más profundo de las bodegas, algunos pugnaban por salir.

—¡Necesito aire! —Exclamó un tipo sudoroso dando empujones a diestro y siniestro.

—Haga el favor de comportarse. El barco está repleto de gente. Si sigue así sólo conseguirá que le arrojen al mar. —Protestó una mujer.

—¡Aparta! —Respondió el hombre fuera de sí.

Cuando varios refugiados decidieron intervenir sobrevino vino el caos.

Algunos más secundaron la idea de salir al exterior y en cuestión de minutos se formó un tumulto. La masa, asustada, se alejó de la pelea empujando a muchos contra la pared. Algunos trastabillaron haciendo caer a los que se mantenían de pie.

En un abrir y cerrar de ojos se generó una espiral de gente intentando pasar por encima de los demás en busca de una salida. Carol perdió a las niñas. Las tenía consigo y un segundo después, ambas habían desaparecido en el torbellino de cuerpos y gritos de desesperación.

La tripulación intentó poner orden pero resultó inútil.

Más de doscientas personas murieron aquella mañana en las bodegas.

Por la noche, tiraron los cuerpos al mar.

En la playa las olas seguían rompiendo contra las rocas.

—Yo también tenía que haber muerto en aquel barco. — Pensó.

Una silueta oscura se dibujó tras ella.

Carol giró la cabeza.

Un soldado armado la miraba con curiosidad.

—¿Vas a hacerme daño?

—No. —Contestó el desconocido. —Pero me gustaría sentarme.

Carol asintió. Cogió otro guijarro y lo lanzó al mar.

El hombre se acomodó a su lado y fijó sus ojos grises en el horizonte.

Hacia un poco de frío y el aire sabía a mar.

—No se puede ir más al sur. —Dijo él.

—No. —Respondió Carol sin dejar de mirar el horizonte.

—Tampoco querría. —Afirmó el hombre con tono cansado.

El acento del soldado le delataba.

—¿Americano? —Preguntó.

—De Texas.

Carol asintió.

—Estamos los dos muy lejos de casa.

El hombre le dio la razón.

—Estaba destinado en Bitburg, Alemania, cuando empezó todo.

—Mi marido está más lejos aún. Todavía no sabe que he perdido a sus pequeñas. —Respondió ella ausente.

Él le dedicó una mirada comprensiva.

—Lo siento mucho.

Carol sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Por favor... No me pidas que hable de ello...

El soldado abrazó a Carol que se hizo un ovillo en su regazo.

—No pensaba hacerlo. —Dijo.

El viento seguía soplando, humedeciendo la ropa de los dos.

—¿Por qué? —Dijo él.

—No lo sé.

—¿Tienes frío?

—Sí.

—Yo también.

—Estoy cansada. —Dijo Carol con la vista puesta en el fusil del soldado.

El hombre acarició su cabello.

—¿Quieres?

—¿Lo harías? —Preguntó Carol.

—Si.

Un suspiro profundo salió del pecho de la mujer.

—¿Cómo te llamas? —Preguntó Carol.

—¿Qué más da?

—Tienes razón.

El soldado se levantó.

Carol cogió tres guijarros y los apretó fuertemente entre las manos.

—*John... Linda... Kaisy...*

El eco del disparo resonó por toda la playa.

El soldado miró con tristeza el cuerpo de la mujer, amartilló el arma y siguió caminando.

Base Antártica Bernardo O'Higgins.

Antártida.

Viernes Nov./28/2036

Wicca +63

John entró con Carol y las niñas en el supermercado del Princess Mall. Tenían pensado comer algo en el *Sushi Stop*, hacer algunas compras e ir a ver una película. Linda y Kaisy correteaban jugando al *tú la llevas*.

Linda agarró a su hermana mayor de las coletas.

—¡Ayyy! —Exclamó Kaisy dolorida.

—Hija... —Dijo Carol. —¿Es que no podéis estar quietas?

John miró a su esposa mientras regañaba a las chicas. Tenía el ceño fruncido en un gesto que todos en la familia tenían perfectamente identificado.

—Oh... Oh... —Dijo Kaisy. —Has enfadado a Mamá... ¿Ves lo que has conseguido? —Reprochó dando una colleja a su hermana.

Linda comenzó a llorar.

—Será mejor que nos separemos. —Dijo John cogiendo una cesta para la compra.

Su esposa asintió.

—Yo iré con Linda a por la fruta.

—De acuerdo. Vamos Kaisy. — Ordenó Linda.

—Yo quiero ir con ellos.

—Usted señorita, viene conmigo a por los productos de limpieza.

Kaisy puso cara de enfurruñada.

—Empezó ella... —Dijo alejándose por el pasillo de las conservas.

La cola en la frutería era bastante larga por lo que John tuvo que coger número.

Una señora no paraba de hablar con el dependiente.

—Mi problema es que tengo el intestino perezoso. — Afirmó categórica.

John temió que la espera inquietase a Linda más de la cuenta y ésta empezase a hacer de las suyas así que intentó tenerla entretenida.

—¿Qué estáis haciendo en el colegio? —Preguntó tratando de atraer la atención de la pequeña.

—La profesora nos enseñó un vídeo de terremotos.

—¿Terremotos?

—¿Hay terremotos en Escocia, Papá?
—No. Pero si en otros países y son muy peligrosos.
—¿Qué pasaría si hubiera un terremoto ahora, Papá?
—En Edimburgo no hay terremotos.
Linda se quedó pensativa antes de preguntar.
—¿Nos quedaríamos aquí encerrados?
—Nadie va a quedarse encerrado en ningún sitio.
—Tengo miedo... —Murmuró Linda echando los brazos a su padre.
—Ven aquí. —Respondió John cogiendo a la niña en brazos.
Linda se abrazó al cuello de John.
Mientras apretaba con fuerza, la niña le susurró algo al oído.
- *Tendríamos que matarlos a todos.*

Claudia y Emilio Parralde cruzaron el pasillo en dirección a la sección de congelados antes de que John pudiese responder.

Ella tenía la piel muy blanca y los labios pintados de un rojo extrañamente intenso.

John dejó a Linda en el suelo y corrió tras la pareja.

—¿Papá?... Por favor... No me dejes aquí...

John giró la cabeza.

Claudia y Emilio ya no estaban pero el supermercado estaba lleno de gente.

—¿Linda? —Llamó John. —¡Linda!

Un mar de carros y de señoras parloteando le aturdieron.

No veía a su hija, pero podía escuchar su voz.

—¡Papá! ¡No me dejes!

Claudia pasó a su lado empujando un trineo del que sobresalía la mano del cadáver de su marido.

—Pobre Emilio. —Dijo apenada.

Su tez blanquísima contrastaba con el colorido de un montón de frutas apiladas por las paredes. Hileras de manzanas, plátanos y melocotones.

—¿Claudia? —Preguntó John extrañado. —¿Qué haces aquí?...

—He visto a tu esposa. —Respondió la joven.

John la miró confundido.

—Está muerta. —Dijo Claudia con indiferencia. —Igual que él... —

Concluyó señalando el cuerpo de Emilio en el trineo.

—No digas tonterías... —Respondió John sonriendo.

—Lo sabe. Creo que lo sabe, John.

El escocés levantó la mano para acariciar, una vez más, aquel cabello negro pero en cuanto la tocó, Claudia se quebró en mil pedazos de hielo que quedaron esparcidos por el suelo de la frutería.

—¡Papá! ¡No me dejes!

¡Papá! ¡No me dejes!

¡Papá! ¡No me dejes!

John se despertó sobresaltado.

La voz de la radio volvió a taladrar su cerebro.

—Ocho... Tres... Dos... Uno... Dos... Ocho... Seis... Siete... Cero... Cuatro... Tres... Seis... Cinco... Cinco... Uno...

Refugio 17.

Argentina.

Sábado Nov./29/2036

Wicca +64

El eco del bastón del Doctor Méndez resonó por el largo pasillo.

Toc... Toc... Toc... Toc...

El policía militar que le acompañaba abrió la puerta de una pequeña oficina donde le esperaba un hombre mayor, delgado y con gafas de cristales ahumados.

Méndez aguardó en la entrada.

—¡Doctor! —Exclamó el vicepresidente. —¡Bienvenido a Refugio 17!

Joaquín esbozó una sonrisa.

—¡Querido Jacobo! ¿Qué tal estás? ¿Y Julia? ¿Y los niños?

El vicepresidente hizo un gesto de tranquilidad.

—Estamos todos bien. Las familias residen un piso más abajo. Ahora estás en el área administrativa.

Méndez asintió.

—Nadie mejor que tú para gestionar todo esto.

Jacobo Rivas quiso quitar importancia a las palabras de su amigo.

—Todos aquí nos sentimos afortunados al contar con la presencia de un cirujano de tu categoría, Joaquín. Tu experiencia nos será de mucha ayuda.

—Me tienes a tu entera disposición.

—¡Espléndido! Acompáñame. Deja que te enseñe las instalaciones.

Los dos hombres abordaron el ascensor que los condujo hasta las profundidades del refugio.

—Aquí se encuentran los huertos artificiales y los almacenes. Comida procesada y agua.

—¿Cuántas personas viven aquí?

—Unos doscientos. Incluyendo personal administrativo, seguridad y familiares. Has sido el último en llegar. —Dijo el vicepresidente. —Las puertas están selladas.

Méndez respiró aliviado. El cirujano había pasado por un auténtico infierno para conseguir salir de Buenos Aires.

—¿Qué hay del aire? —Pregunto Joaquín mientras subían a la siguiente planta.

—Fabricamos nuestro propio oxígeno. ¡Este lugar es inexpugnable! —
Respondió Rivas orgulloso de las instalaciones.

Méndez estaba impresionado.

—¡Y aquí tienes tu lugar de trabajo!

El quirófano del refugio estaba perfectamente dotado.

Joaquín asintió satisfecho.

—Espero no tener que utilizarlo demasiado a menudo.

—Aunque no lo creas, ya hay más de uno deseando estrenarlo. —

Respondió Rivas. —Al fondo, está la farmacia.

La inspección de las instalaciones estaba causando en Méndez una muy grata impresión y el refugio estaba lleno de gente que iba y venía, cada cual con sus quehaceres.

—Aquí nadie permanece ocioso. Es importante tener algo que hacer.

En el comedor fueron abordados por un hombre de barba blanca, piel pálida y aspecto aseado.

—¡Vicepresidente!

—Profesor Huber. —Respondió Rivas. —Le presento al Doctor Méndez. Nuestra última y más valiosa incorporación.

Joaquín estrechó la mano de su nuevo interlocutor.

—Jacobó exagera. Es un placer conocerle.

—El profesor Ernesto Huber es un buen amigo de la república. ¡Sus estudios demográficos han resultado ser una auténtica revolución con múltiples aplicaciones en numerosos campos!

La conversación fue interrumpida por un militar que entró en el comedor con cara de preocupación.

—Señor vicepresidente. El presidente Mesa quiere verle.

Jacobó puso cara de circunstancias.

—Tendrán que disculparme. Joaquín, te dejo en la mejor de las compañías.

El vicepresidente se marchó apresuradamente y los dos hombres se quedaron sin saber que decir.

—¿Tiene hambre? —Preguntó el profesor.

Méndez asintió.

—¿Qué tenemos por aquí? —Preguntó cogiendo una bandeja, cubiertos y un vaso de agua.

—Le recomiendo las ensaladas. —Dijo Huber.

—Prefiero esto. —Respondió Joaquín cogiendo una lata de estofado.

—Puede calentarlo ahí. —Dijo el profesor señalando el microondas.

El doctor Méndez calentó la comida, se sirvió un vaso de agua y se sentó junto a Ernesto Huber en una de las mesas del comedor.

—Así que se dedica usted a la demografía.

El profesor asintió mientras masticaba lentamente una hoja de lechuga.

—Me gusta contar personas.

—Que tipo tan raro. —Pensó Joaquín sin dejar de observar a su acompañante.

—¿Y usted? ¿Cuál es su especialidad? —Preguntó Huber sin dejar de masticar.

—Cirugía Cardíaca.

—Muy interesante. —Afirmó Huber. —En otras circunstancias, me hubiese visto obligado a ubicarle en el otro bando. —Afirmó el profesor.

—Me temo que no entiendo. —Afirmó Méndez extrañado.

El hombre le miró fijamente antes de responder.

—Pertenece usted al bando de los que salvan vidas.

Joaquín, recordando sus últimos días en Buenos Aires, dibujó una sonrisa forzada.

—Hacemos lo que podemos. ¿Quiere usted probar el estofado? Está mejor de lo que pensaba.

—Prefiero la ensalada. Es más sana.

—Menudo imbécil. —Pensó Joaquín antes de sonreír.

—¿Conoce usted el trabajo del profesor Willem Van Meijer? —preguntó Huber.

—No. —Respondió Joaquín sin interés.

—Van Meijer fue un demógrafo holandés que vivió la mayor parte de su vida en Londres. En 1.971 publicó una tesis en la que sostenía que los índices de población de la Tierra serían inasumibles mucho antes de lo que todo el mundo pensaba. Nadie le hizo caso.

El doctor Méndez asintió aburrido.

—Nadie, excepto la organización para la que trabajo. O quizás sería mejor decir, trabajaba. Disculpe, no acabo de acostumbrarme.

—Nos ocurre a todos. —Dijo Joaquín.

—Mis superiores se tomaban muy en serio a Van Meijer.

Joaquín frunció el ceño. No entendía por donde quería Huber llevar la conversación.

—¿A qué se refiere? —Preguntó.

El profesor Huber le miró muy serio.

—¡Envenenábamos la comida! ¡Especialmente la procesada!

Joaquín dejó caer la cuchara.

—¿Me toma usted el pelo?

El profesor Huber estalló en una sonora carcajada.

—¡Menuda cara ha puesto! —Exclamó divertido.

Joaquín apartó el plato de estofado.

De repente, había perdido el apetito.

—¿Quiere un poco? —Preguntó el profesor ofreciendo una rodaja de tomate al cirujano.

—No gracias. —Dijo el Doctor Méndez.

—¡Creo que usted y yo vamos a ser buenos amigos!

Joaquín asintió sonriendo pero algo en su interior andaba mal.

Un fuerte sabor a hierro irrumpió con fuerza en la boca.

De repente, el profesor Huber abrió mucho los ojos y comenzó a sangrar copiosamente por la nariz.

—*No puede ser.* —Pensó Joaquín Méndez mientras todos en el comedor comenzaban a retorcerse.

—*No puede ser...*

Base Antártica Bernardo O´Higgins.

Antártida.

Domingo Nov./30/2036

Wicca +65

Matt Slender llegó a la Quinta Avenida atormentado por la sed.

La ciudad estaba vacía pero la acuciante necesidad nublabla su juicio de manera que un intento sucedía a otro, portal tras portal, casa por casa.

La llamada tiraba de él por todo Manhattan.

Hablaba a través del viento en las interminables hileras de vehículos amontonados, en las tiendas vacías y en los vagones varados del metro.

—¡MATT! ¡MATT!

El joven se llevó las manos a la cabeza, desquiciado.

Matt forzó la entrada de un apartamento junto a Central Park. Unos ojos blancos le recibieron inexpresivos en un sofá. Las pupilas de la mujer parecían querer rivalizar con las perlas del collar que descansaba sobre su cuello y el satinado de su elegante vestido de noche dibujaba pliegues imposibles en su figura, extrañamente torcida.

Matt siguió buscando.

Necesitaba beber pero la vivienda estaba vacía.

—Sólo hay muertos. —Pensó desesperado.

De vuelta en la calle, el joven continuó deambulando. La estatua de Atlas, en el Rockefeller Center le vio llegar medio borracho por la ansiedad.

Se acercó dando tumbos.

Justo enfrente, la catedral, desde donde Él le llamaba.

La iglesia negra alzaba sus torres oscuras entre un mar de nubes preñadas de sangre bajo la luz crepuscular. El joven levantó la mirada. Las agujas de los campanarios se estiraban hasta perderse en la lejanía.

El cielo ardía y Matt no pudo resistir más.

Subió despacio los escalones.

La basílica estaba vacía, fría y oscura.

Matt caminó lentamente hasta llegar al transepto donde estaban los ataúdes.

Uno de ónice, el otro, de cristal.

—¡Lucille...! —Gimió.

La voz de Nikolai llegó desde la oscuridad.

—¿Te alegras de verla?

Los músculos de Matt se tensaron inmediatamente.

Sus sentidos se agudizaron al máximo y su lengua acarició, despacio, el interior de sus colmillos.

—Nikolai... ¿Qué le has hecho?

El viejo vampiro salió de entre las sombras.

Ni uno solo de los cabellos de su larga melena blanca se movió cuando el antiguo Amo de Kiev se materializó justo entre los dos féretros.

—¿Tienes sed? —Preguntó Nikolai con tono burlón retirando la cubierta del ataúd de cristal. —¡Tómala! —Exclamó.

Matt sintió la punzada del deseo en cada partícula de su ser.

Todo su organismo le impelía a beber.

El cuello de Lucille, los labios carnosos, llenos de vida.

—No me alimentaré de ella. —Respondió con fiera determinación.

Nikolai bufó.

—Claro que lo harás Matt. ¡Mírala! ¡Tan bella! ¡Tan inocente!

Matt contempló a su prometida.

Lucille respiraba de manera calmada envuelta en un sueño tan profundo como antinatural.

—No queda nadie vivo en la ciudad, Matt. Tienes que alimentarte. Luego, podrás descansar. —Dijo Nikolai señalando el ataúd negro.

Matt se arañó la cara para caer de rodillas gimiendo.

Lloró, se arrastró y se retorció por el suelo pero, al final, tras emitir un horrible quejido de desesperación, se abalanzó sobre su amada.

Los colmillos rasgaron fácilmente la carne y la sangre inundó, presurosa, toda su boca.

Matt bebió.

Nikolai se acercó para acariciar los cabellos del joven.

—Despacio... Despacio...

Los ojos de Lucille se abrieron de golpe.

Tenía las pupilas blancas.

John Harper cerró el libro y se quedó mirando la portada.

Estaba demasiado cansado para seguir leyendo novelas de vampiros.

—Desde la Oscuridad. Décima Edición. —Murmuró. —Por Tricia Wells.

El escocés había encontrado la colección completa en la taquilla de Maritta y, por el momento, constituían la mejor forma de pasar el tiempo.

John se levantó. Quería comprobar la radio una vez más.

Continuaba buscando signos de actividad en todas las frecuencias. Sin resultados.

—¿Cuánto tiempo antes de que se agote el combustible de los generadores? —Se preguntó.

Harper abrió una lata de judías con tomate que comió con desgana antes de lavarse los dientes y meterse en el saco de dormir.

Se acostaba pronto por las noches.

El sueño era la única manera de salir de allí.

—*Desde la Oscuridad.* —Musitó antes de que llegasen de nuevo las pesadillas.

Base Antártica Bernardo O´Higgins.

Antártida.

Lunes Dic./1/2036

Wicca +66

John estaba a punto de averiguar la manera en la que Matt Slender finalmente conseguiría hacer que la bella Lucille volviese a la vida a través de un oscuro ritual que implicaba la sangre de Nikolai cuando una sombra cruzó la entrada de la Sala de Comunicaciones.

—¡Tú la llevas!

Harper se levantó intrigado.

Fuera, el viento aullaba en lo que venía a ser la enésima tormenta que sufría O´Higgins desde su llegada.

—¡Tú la llevas!

John caminó por los pasillos cada vez más inquieto.

La voz infantil llegaba a sus oídos cada vez más cerca.

El escocés comprobó los cierres de puertas y ventanas.

—Los golpes de aire juegan malas pasadas. —Pensó.

La sombra se deslizó de nuevo entre las mesas del comedor en dirección a las cocinas.

John sintió un escalofrío.

—¿Quién anda ahí? —Preguntó buscando algo que le permitiera defenderse.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Ayúdame! ¡Papá!

—¡Linda! ¡Kaisy! —Gritó John aterrado.

En la cocina, los calderos comenzaron a vibrar y a caer de los estantes. El ruido era ensordecedor.

John cogió el cuchillo más grande que encontró y se cubrió la cabeza con las manos.

—¡Para! Dios, por favor... ¡Haz que pare! —Exclamó fuera de sí.

Las cacerolas cayeron al suelo y todo quedó en silencio.

John suspiró aliviado.

Su corazón iba a mil pulsaciones por segundo y le dolía la cabeza.

—Señor... —Musitó. —No permitas que me vuelva loco.

La radio comenzó a aullar otra vez desde la sala de comunicaciones.

Esta vez, los números de las emisoras fantasmas intercalaban frases sueltas en medio de la estática.

—Ocho... Tres... Dos... Uno... Dos... ¿Por qué?... Ocho... Seis... Siete... ¡No te vayas!... Cero... Cuatro... Tres... ¿Dónde estás?... Seis... Cinco... Tengo... Cinco... Uno...

John apagó la radio sobrecogido.

—Estoy perdiendo la cabeza. Tengo que salir de aquí.

La farmacia de la estación estaba en el módulo B.

Para llegar hasta ella, Harper tendría que salir a la tempestad y una vez en la nave, atravesar los dormitorios.

La última vez que había estado allí había sido para coger los libros de la taquilla de Maritta. John odió la idea de tener que volver a encontrar los cadáveres.

—Mantén la calma. Sal ahí fuera. Cruza los dormitorios. Busca los calmantes y vuelve.

No es difícil.

No es difícil.

Pequeñas esquirlas de hielo le azotaron el rostro nada más salir.

John caminó pesadamente entre la nieve hasta llegar al portón del módulo B.

Dentro, todo estaba a oscuras.

El olor del pasillo que conducía a los dormitorios ya era un presagio de los que le esperaba. John se cubrió la nariz lo mejor que pudo. ¿Cuánto tiempo llevaban Maritta y Pedro allí?

—A estas alturas los cuerpos ya deben de haberse hinchado por los gases. —Pensó asqueado.

John atravesó el pasillo corriendo. Aunque no quiso mirar, el rabillo del ojo identificó los dos bultos sobre los catres junto a la pared.

La farmacia estaba abierta.

Bajo la luz de un fluorescente, Harper registró las estanterías en busca de los medicamentos.

—Aquí está. Benzodicepinas. —Se dijo satisfecho.

—¡Papá! ¡Papá!

La voz de su hija Linda sonó con fuerza en el dormitorio.

—¡Tú la llevas! ¡Vamos Papá!

John no quiso esperar ni un segundo más. Entró en el pequeño aseo de la farmacia, dejó correr el agua helada y engulló dos pastillas.

Sudoroso y con la respiración entrecortada se miró al espejo.

La imagen reflejada casi le paró el corazón.

Desde la puerta, la cara hinchada de Maritta le observaba.
Estaba sonriendo.

Base Antártica Bernardo O´Higgins.

Antártida.

Martes Dic./2/2036

Wicca +67

John Harper encontró las claves de acceso al sistema informático en la última página de la novela protagonizada por Matt Slender y su bella prometida.

Intrigado, encendió el ordenador portátil de Maritta y, sin pensarlo dos veces, escudriñó todo el correo electrónico de la joven.

Amigos y familiares, preocupados, preguntaban por ella.

No iban a obtener respuesta. Su cuerpo se estaba pudriendo en un camastro arrimado contra una pared pero eso, nadie podía imaginarlo.

Todos los mensajes describían la angustia y el caos reinante por todas partes.

John leyó alarmado lo ocurrido con la guerra norteamericana, el atentado contra el presidente Wilkinson, los acontecimientos en el *Eurotúnel* y la dramática situación del Reino Unido entre otra gran cantidad de sucesos.

Angustiado, abrió el último email.

—Hola Maritta. Estamos muy preocupados por ti. En Santiago la situación es muy complicada. Internet no va bien y no paran de llegar a la capital cada vez más refugiados. Vienen de todas partes y Papá dice que todo esto es culpa de los evangélicos, que llevan toda la vida conspirando.

Sin embargo, en la calle cobra cada vez más fuerza el rumor de que Wicca es un invento macabro de los americanos. Hay grupos que salen a cazarlos por las noches.

Por favor, si puedes, responde y dime si estás bien. Ya sé que dejaste Santiago enfadada pero Mamá y Papá te extrañan muchísimo.

Un beso de tu hermana que te quiere.

Patricia.

Harper se llevó las manos a la cabeza y apretó, masajeando las sienes con fuerza.

La benzodiazepina estaba haciendo su trabajo y ya casi no tenía visiones

pero se sentía abotargado y se movía torpemente por la base. Los ratos en que finalmente caía rendido y podía dormir eran escasos y siempre se trataba de un sueño plomizo y poco reparador. Ya no soñaba, pero tenía la sensación de que su cuerpo, debido a los medicamentos, no descansaba.

John dejó el ordenador para sentarse de nuevo junto a la radio.

Despacio, volvió a manipular el dial.

Ya no pensaba tanto en su familia. Cada vez que los recuerdos le azotaban, Harper hacía lo posible por entretenerse con cualquier cosa. Además de las infaustas novelas de Maritta, John había descubierto el arte de levantar temerarias construcciones a base de latas y todo tipo de recipientes.

La radio seguía sin recibir ninguna señal.

Los pensamientos que invitaban a terminar con todo eran cada vez más recurrentes.

Un corte rápido y dejar la sangre correr... ¿Cuánto tiempo tardaría en perder el conocimiento?...

John no lo había hecho porque todavía albergaba la esperanza de encontrar a alguien con vida.

—Tiene que haber alguien más. —Decía continuamente.

Entonces ocurrió.

—...*Situación... emergencia... solicitamos... estación... ayuda... posible...*

John escribió el mensaje que se iba repitiendo a intervalos en la onda corta.

—...*Situación... emergencia... solicitamos... estación... ayuda... posible...*

Era una voz femenina, con fuerte acento, pidiendo ayuda.

—¿Vostok?... ¿Arctowsky?... ¿Neumayer?... —Se preguntó comprobando el mapa de las bases antárticas en la pared.

—...*Situación... emergencia... solicitamos... estación... ayuda... posible...*

Temblando, Harper se abalanzó sobre el micrófono.

—¿HAY ALGUIEN AHÍ?

—...

—¿HAY ALGUIEN AHÍ?

Epílogo

Ciudad de Nueva York. Nueva York.

Estados Unidos.

Martes Nov./8/2016

El apartamento 111 del edificio River Terrace frente al río Hudson retumbaba al ritmo de la música mientras los aromas del perejil, el romero y la albahaca inundaban la cocina.

Kate destapó el caldero donde se cocinaba a fuego lento su famosa salsa.

Drink With the Living Dead de *Ghoultown* contaba la historia de un pistolero condenado a retar a los incautos a una macabra competición por toda la eternidad.

Kate bebió un sorbo del vaso de vino que descansaba en la encimera y bailó al ritmo del estribillo.

—¿Es así como se prepara una cena para diez invitados?

La voz de Bill se elevó por encima de la música.

Kate abrió los ojos y sonrió.

—¡No te he oído llegar!

Bill apagó la música.

—Es imposible que oigas nada con este escándalo. —Dijo robando el vaso de vino a la joven.

—¡Drink with the living dead! —Susurró Kate besando con ganas a su marido.

Bill dejó las bolsas de la compra junto a la nevera.

—Será mejor que me vaya a duchar. Deben estar a punto de llegar.

—¿Quieres que te acompañe? —Pregunto Kate con cara de inocente.

Bill la miró embobado. Era una oferta tentadora.

—No seas malvada. ¿Qué tal si vas encendiendo la televisión? ¡Es noche de elecciones!

Kate asintió divertida y guiñando un ojo.

Habían quedado todos en casa para ver la gran cita electoral y ella era la encargada de preparar la cena.

—¡La salsa! —Exclamó corriendo hacia la cocina.

Bill se desvistió y preparó el agua para una ducha bien caliente.

Las cosas en el hospital no estaban saliendo como esperaba.

Acumulaba en la semana cuatro operaciones complicadas y se sentía

exhausto.

—Una noche rodeado de amigos es exactamente lo que necesito. —Se dijo animado.

Kate estaba poniendo la mesa cuando Bruce McKellen se presentó en el apartamento con una caja de cervezas.

—¡Bruce!

—Dios bendito, Kate. ¡Qué bien huele! ¿Ya ha empezado el recuento?
—Dijo el viejo profesor colocando la bebida en la nevera.

—Aún no. Va a ser una noche emocionante.

—¡Y que lo digas! ¿Dónde está Bill?

—En la ducha. ¿Puedes terminar de colocar los cubiertos mientras yo acabo con esto?

—¡Claro! ¿Estarás lista para el claustro del viernes?

Kate recordó todos los exámenes que tenía pendientes de corregir.

—Me temo que no... —Respondió quejumbrosa.

—Yo tampoco. —Respondió Bruce sonriendo.

—¡Esa escuela va a acabar con nosotros!

Bill apareció en el salón con el pelo todavía húmedo y un aspecto imponente.

—¡Hola Bruce! ¡Ya estás aquí!

—Como siempre el primero. Hay cerveza fría en la nevera.

Los dos hombres se sentaron frente al televisor. Kate los miró con cariño. Bruce le había ayudado a adaptarse durante sus primeros días como profesora en el instituto y Bill había conectado con él desde el momento en que se conocieron.

El timbre de la puerta la sacó de sus pensamientos.

—¿Abres tú, cariño? —Preguntó mientras partía el queso para la ensalada.

Bill dejó entrar al resto de los comensales.

Paul Sander, Josh Spanoulis, Tom Anderson, Morgan Lawrence, Viktor Zaitsev, Dana Lehner, David Dayan y Amanda Carlson. Todos se congregaron enseguida emocionados frente al televisor.

—¿Alguien sabe algo de los señores Harper? —Preguntó Bill alzando la voz.

—Todavía están buscando canguro para las niñas. —Respondió Dana

divertida.

Paul Sander entró en la cocina.

—¿Qué tal va todo?

Kate se fijó en su viejo amigo de la infancia.

—Bien. Los alumnos son un terremoto y sus padres el mismísimo infierno pero me defienden. ¿Y tú qué tal?

Paul se mesó la barba intentando parecer interesante.

—Creo que por fin van a darme algo importante en la emisora.

Kate le miró emocionada.

—¿Tu propio programa?

Paul hizo una reverencia.

—Es posible que así sea, mademoiselle.

—¡Oh Paul! ¡Cuánto me alegro!

Sander sonrió satisfecho.

—Te envidio. Sabes que siempre quise ser una intrépida reportera.

—Quizás en otra vida. Aquí eres una intrépida profesora de literatura. —
Respondió su amigo con cariño.

—No me lo recuerdes. El próximo viernes tengo claustro.

—Si necesitas un hombro sobre el que apoyarte, sigo soltero. —Dijo
Paul riendo.

—Quizás en otra vida. —Respondió Kate guiñando un ojo.

Paul agarró una botella de vino y cogió varios vasos de la encimera.

—Será mejor que me lleve esto de aquí antes de que los demás
empiecen a protestar.

Kate asintió.

—¿Cómo va el recuento?

—Lleva un buen rato. Si ganan los republicanos, te prometo que me
ahorcaré con la corbata.

Kate rió con ganas.

—Será mejor que me ocupe de la ensalada o no cenaremos.

—¡Eso no puede ocurrir!

Kate abrió la nevera y, mientras buscaba el aliño, se dio cuenta de que el
volumen de las voces en el salón había subido de tal manera que se
escuchaban por toda la casa.

—Pronto tendré al vecino de abajo protestando. —Pensó preocupada.

Entonces Bill entró en la cocina como un torbellino.

—¡Cariño! ¡Te lo estás perdiendo! ¡Tienes que ver esto!

—¡Alguien tiene que preparar la cena! —Respondió Kate.
—¡Al diablo la cena! —Dijo Bill.
—¡Qué dices! —Replicó la joven sorprendida.
—¡Donald Trump ha ganado las elecciones!

Anexo

Avance aproximado de Wicca.

Desplazamiento: Norte-Sur por toda la circunferencia de la Tierra.

Recorrido diario estimado: 201Km

Punto de Origen: Etah —Groenlandia.

Día 0 Etah-Groenlandia.

Día 1

Día 2

Día 3

Día 4 Canadá: Dundas Harbor, Bahía Resolute / Siberia: Nordvik.

Día 5 Canadá: Barrow, Cambridge Bay / Siberia: Dudinka, Sayylyk, Ryrkaypiy / Alaska: Port Bay, Gordon.

Día 6

Día 7 Canadá: Port Radium, Repulse Bay / Islandia: Laugarbakki / Noruega: Namsos / Suecia: Lycksele / Finlandia: Oulu / Siberia: Arcange / Alaska: Elephant Point.

Día 8 Canadá: Mayo, Coral Harbour / Groenlandia: Nuuk / Islandia: Reikiavik / Noruega: Steinkjer / Suecia: Ratan / Finlandia: Korkea / Rusia: Onega / Siberia: Uchami, Tyaya, Tamvatney / Alaska: St. Michael, Dot Lake.

Día 9 Canadá: Yellow Knife / Noruega: Heidal / Islandia entera / Suecia: Bjart / Finlandia: Jyvaskyla / Rusia: Uya, Bor / Alaska: Anchorage.

Día 10 Canadá: High River / U.K: Islas Feroe / Noruega: Oslo / Suecia: Uppsala / Finlandia: Helsinki / Rusia: San Petersburgo / USA: Alaska entera.

Día 11 Canadá: Rainbow Lake / Escocia: Lybster / Noruega entera / Suecia:

Estocolmo / Finlandia entera / Estonia Entera / Rusia: Ekaterimburgo.

Día 12 Escocia: Aberdeen / Dinamarca: Hadsund / Letonia: Riga / Suecia: Gotemburgo.

Día 13 Canadá: Slave Lake / Irlanda del Norte: London Derry / Escocia: Dumfries / Dinamarca: Entera / Rusia: Moscú.

Día 14 Canadá: Grand Rapids / Irlanda: Dublín / U.K: Liverpool, Manchester / Alemania: Hamburgo / Lituania: Entera / Bielorrusia: Minsk / Rusia: Omsk

Día 15 Canadá: Crane River / Irlanda: Entera / U.K: Londres / Holanda: Entera / Bélgica: Amberes / Alemania: Leipzig / Polonia: Varsovia, Lodz / Bielorrusia: Entera / China: Daxing Anling.

Día 16 Canadá: Winipeg / U.K: Entero / Francia: Amiens / Bélgica: Entero / Alemania: Nuremberg / Chequia: Praga / Polonia: Cracovia / Ucrania: Kiev / Mongolia: Ulan Bator.

Día 17 Canadá: Vancouver / Francia: París / Suiza: Zurich / Alemania: Munich / Chequia: Entera / Eslovaquia: Entera / Austria: Viena / Rusia: Volgogrado.

Día 18 Canadá: Quebec / Usa: Seattle, Portland / Francia: Lyon / Italia: Venecia / Alemania: Entera / Austria: Entera / Hungría: Entera / Suiza: Entera / Rusia: Vladivostok.

Día 19 Canadá: Entero / Usa: Minneapolis, Eugene Oregón / Francia: Niza / Italia: Florencia / Bosnia: Sarajevo / Serbia: Belgrado / Rumanía: Entero / Rusia: Entera / Japón: Otaru.

Día 20 Usa: Boston, Detroit / España: Vigo, Gerona / Francia: Entera / Italia: Roma / Bulgaria: Sofía / Serbia: Entera / Japón: Kushiro.

Día 21 Usa: Ciudad de Nueva York, Salt Lake City / Portugal: Oporto / España: Madrid, Barcelona / Italia: Nápoles / Grecia: Salónica / Turquía: Estambul / Japón: Misawa.

Día 22 Usa: Reno, Denver, Kansas City, Washington D.C. / Portugal: Lisboa / España: Murcia / Italia: Palermo / Grecia: Atenas / Turquía: Esmirna / China: Pekín / Corea N: Pyong Yang / Japón: Tono.

Día 23 Usa: San Francisco / Península Ibérica: Entera / Argelia: Argel / Túnez: Túnez / Italia: Entera / Grecia: Entera / Turquía: Entera / China: Yantai / Corea N: Entera / Japón: Niigata, Fukushima.

Día 24 Usa: Las Vegas, Oklahoma City / Marruecos: Tanger / Creta: Entera / Irán: Teheran / Afganistán: Kabul / Corea S: Seúl, Daegu / Japón: Tokyo.

Día 25 Usa: Los Ángeles, Atlanta / Marruecos: Rabat / Líbano: Beirut / Siria: Damasco / Irak: Bagdad / Pakistán: Islamabad / China: Zhoukou / Corea S: Entera / Japón: Fukuoka.

Día 26 Usa: San Diego, Tucson, Dallas, Savannah / Marruecos: Marrakesh / Túnez: Entero / Libia: Trípoli / Egipto: Alejandría / Israel: Tel Aviv, Jerusalén / Jordania: Amman / Afganistán: Kandahar / Pakistán: Lahore / China: Shanghai / Japón: Miyazaki.

Día 27 Usa: Austin, Nueva Orleans, Jacksonville / Marruecos: Marrakesh / Egipto: El Cairo / Israel: Entero / Jordania: Entera / Irak: Entero / Afganistán: Entero / Japón: Entero

Día 28 Usa: San Antonio, Tampa / Islas Canarias: Las Palmas G.C. / Marruecos: Entero / Kuwait: Entero / India: Nueva Delhi / China: Chongqing.

Día 29 Usa: Laredo, Miami / Egipto: Luxor / China: Hengyang.

Día 30 Usa: Entero / Egipto: Asuan / Arabia Saudí: Medina, Riad / Pakistán: Entero / India: Benarés / Nepal: Entero / China: Quanzhou / Taiwan: Taipei.

Día 31 México: Monterrey, Fresnillo / Cuba: La Habana / Egipto: Entero / Arabia Saudí: Meca / India: Calcuta / Bangladesh: Entero / China: Macao / Taiwan: Entero.

Día 32 México: San Luis Potosí, Tampico, Mérida / Cuba: Holguín / Mauritania: Nuadibu / India: Nagpur / Birmania: Mandalay / Vietnam: Hanoi.

Día 33 México: Ciudad de México, Villahermosa / Rep. Dominicana: Santo Domingo / Puerto Rico: San Juan / Mauritania: Nuakchot / Mali: Tombuctú / Arabia Saudí: Entero / Omán: Entero / India: Hyderabad / Laos: Vientian / China: Entera.

Día 34 México: Acapulco, Oaxaca / Mauritania: Entero / Sudan: Jartum / India: Vijayawada / Vietnam: Hue.

Día 35 México: Entero / Guatemala: Guatemala / Senegal: Dakar / India: Anantapur / Filipinas: Manila.

Día 36 Guatemala: Entero / Honduras: Entero / El Salvador: Entero / Nicaragua: Managua / Mali: Bamako / Níger: Niamey / Chad: Yamena / Temen: Entero / India: Bangalore / Tailandia: Bangkok.

Día 37 Nicaragua: Entero / Colombia: Barranquilla / Venezuela: Caracas / Senegal: Entero / India: Coimbatore / Camboya: Entera / Vietnam: Saigon.

Día 38 Costa Rica: Entero / Colombia: Cartagena / Venezuela: Guanare / Guinea: Entero / Burkina Faso: Entero / Nigeria: Abuya / Chad: Entero / Sudan: Entero / India: Entera / Tailandia: Entero / Vietnam: Entero / Filipinas: Mindanao.

Día 39 Panamá: Entero / Colombia: Zaragoza / Venezuela: Caridad / Sierra leona: Entera / Etiopía: Adis Abeba / Sri Lanka: Entera / Filipinas: Entera.

Día 40 Colombia: Medellín / Surinam: Paramaribo / Liberia: Monrovia / Costa de Marfil: Entera / Ghana: Entero / Togo: Entero / Benin: Entero / Nigeria: Entera.

Día 41 Colombia: Bogotá / Camerún: Yaunde / Rep Centroafricana: Entera / Sudan del sur: Entero / Etiopía: Entera / Malasia: Kuala Lumpur.

Día 42 Colombia: Bogotá, Cali / Venezuela: Entera / Guayana: Entera / Surinam: Entero / Guayana fr: Entera / Somalia: Mogadiscio / Malasia: Sibú.

Día 43 Ecuador: Ibarra / Brasil: Macapa / Guinea Ec: Entera / Gabón: Libreville / Uganda: Kampala / Malasia: Entero / Indonesia: Pontianac.

Día 44 Ecuador: Quito / Brasil: Belén / Uganda: Entero / Kenia: Nairobi / Somalia: Entera / Indonesia: Jayapura.

Día 45 Ecuador: Entero / Colombia: Entero / Brasil: Manaus, Fortaleza / Gabón: Entero / Congo: Entero / Ruanda: Entera / Kenia: Entera / Indonesia: Palembang.

Día 46 Perú: Piura / Brasil: Natal / Rep. Dem. Congo: Kinsasa / Tanzania: Dodoma / Indonesia: Macasar.

Día 47 Perú: Cajamarca / Brasil: Recife / Angola: Luanda / Tanzania: Dar Es Salam / Indonesia: Yakarta.

Día 48 Perú: Chimbote / Brasil: Maceio / Rep Dem Congo: Entero / Tanzania: Entero / Indonesia: Entero / Papúa Nueva Guinea: Entera.

Día 49 Perú: Lima / Brasil: Aracaju / Angola: Lobito / Australia: Darwin.

Día 50 Perú: Ayacucho / Brasil: Salvador de Bahía / Zambia: Serenje / Mozambique: Lichinga / Australia: Coen.

Día 51 Perú: Cusco / Bolivia: San Borja / Brasil: Guanambi / Zambia: Kabwe / Australia: Numbulwar.

Día 52 Perú: Puno / Bolivia: San Ignacio / Brasil: Brasilia / Zambia: Malawe / Mozambique: Tete / Australia: Port Douglas.

Día 53 Perú: Entero / Bolivia: Cochabamba / Brasil: Corinto / Angola: Entera / Zimbaue: Harare / Australia: Cardwell.

Día 54 Bolivia: Sucre / Brasil: Belo Horizonte / Zimbawe: Bulawayo / Madagascar: Anatananaribo / Australia: Port Hadland, Hamilton island.

Día 55 Chile: Iquique / Bolivia: Tarija / Brasil: Campos dos Goytacazes / Botsuana: Francistown / Zimbawe: Entero / Islas Mauricio: Enteras / Australia: Onslow, Mackay / Islas Cook: Enteras

Día 56 Chile: Antofagasta / Bolivia: Entera / Paraguay: Concepción / Brasil: Río de Janeiro / Namibia: Windhoek / Australia: Rockhampton.

Día 57 Argentina: Salta / Paraguay: Asunción / Brasil: Curitiba / Botsuana: Gaborone / Australia: Bundaberg.

Día 58 Chile: Caldera / Argentina: San Miguel de Tucumán / Paraguay: Entero / Brasil: Balneariu Camboriu / Namibia: Aroab / Botsuana: Entera / Sudáfrica: Johannesburgo / Madagascar: Entera / Australia: Tamala, Sunshine Coast.

Día 59 Chile: Alto del Carmen / Argentina: Frías / Brasil: Laguna / Namibia: Entera / Mozambique: Entero / Sudáfrica: Richards Bay / Australia: Geraldton, Brisbane.

Día 60 Chile: Ovalle / Argentina: Córdoba / Brasil: Porto Alegre / Sudáfrica: Port Edward / Australia: Perth.

Día 61 Chile: Valparaiso / Argentina: Rosario / Brasil: Entero / Sudáfrica: East London / Australia: Bunbury / Newcastle.

Día 62 Chile: Santiago / Argentina: Buenos Aires / Uruguay: Entero / Sudáfrica: Ciudad del Cabo, Entero / Australia: Albany, Camberra.

Día 63 Chile: Concepción / Argentina: Santa Rosa / Australia: Melbourne / Nueva Zelanda: Auckland.

Día 64 Chile: Temuco / Argentina: Mar de Plata / Australia: Entera / Nueva Zelanda: Taupo.

Día 65 Chile: Valdivia / Argentina: Villalonga / Nueva Zelanda: Dannevirke.

Día 66 Chile: Puerto Montt / Argentina: Playas Doradas / Nueva Zelanda: Greymouth.

Día 67 Chile: Palena / Argentina: Trelew / Tasmania: Entera / Nueva Zelanda: Christchurch.

Día 68 Chile: Puerto Aysen / Argentina: Comodoro Rivadavia / Nueva Zelanda: Entera.

Día 69 Chile: Cochrane / Argentina: Jaramillo.

Día 70 Chile: Puerto Eden / Argentina: Puerto San Julián.

Día 71 Chile: Amarga / Argentina: Puerto Coig.

Día 72 Chile: Río verde / Argentina: San Sebastián / Islas Malvinas: Enteras.

Día 73 Chile: Timaukel / Argentina: El Quique.

Día 74 Chile: Entero / Argentina: Entera.

Día 75

Día 76

Día 77

Día 78 Base Antártica Bernardo O'Higgins.